BIBLIOTHECA
FF. PRÆDICATORUM,
BENITIÆ.
F.
335
No. 2

Vilavrasa

DEL

PROTESTANTISMO.

Varios Prelados de España han concedido 1260 *dias de indulgencia á todas las publicaciones de la* LIBRERÍA RELIGIOSA.

DEL

PROTESTANTISMO

Y DE

TODAS LAS HEREJÍAS

EN SU RELACION

CON EL SOCIALISMO,

PRECEDIDO DEL EXÁMEN DE UN ESCRITO

DEL Sr. GUIZOT.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

POR

AUGUSTO NICOLÁS,

autor de los Estudios filosóficos sobre el Cristianismo.

TRADUCCION

DE

D. JOAQUIN ROCA Y CORNET,

Bibliotecario primero de la Universidad y provincia de Barcelona,
y redactor del antiguo periódico LA RELIGION.

Diligite homines,
Interficite errores.
(S. Augustin.)

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, NÚMERO 17.

1853.

CENSURA.

Por comision del M. Iltre. Sr. D. Ramon de Ezenarro, Pbro., Doctor en Jurisprudencia, Dignidad de Maestrescuela de esta Santa Iglesia, y Vicario General del Excmo. y Rmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Barcelona, he leido y examinado atentamente el libro intitulado: *Del Protestantismo y de todas las herejías en su relacion con el Socialismo, precedido del exámen de un escrito del Sr. Guizot, por Augusto Nicolás,* traducido al idioma español por *D. Joaquin Roca y Cornet, Bibliotecario primero de la Universidad y Provincia de Barcelona.* Esta obra, que solo por el crédito que justamente se ha merecido el autor por su puro y declarado catolicismo, y por las producciones literarias que anticipadamente ha dado á luz, merece todos los elogios, es en el dia, segun mi juicio, la mas útil para desvanecer y disipar los sofismas é ilusiones con que el Socialismo seduce á los incautos, y preservar la sociedad de los peligros á que por él se halla expuesta; pues que no solo manifiesta con evidencia la estrecha é íntima union que liga el Catolicismo con la Civilizacion, y que solo en él pueden hallarse la verdadera felicidad y libertad; sino que descubriendo la relacion lógica é histórica que el Socialismo tiene con el Protestantismo y demás herejías, manifiesta con igual claridad el abismo á que nos conducen sus falsas y depravadas doctrinas.

Por esta consideracion, y por no haber hallado en ella (tal cual la presenta esta traduccion del Sr. Roca y Cornet) nada que sea contrario á las buenas costumbres, y á los dogmas sagrados de nuestra santa Religion, la juzgo no solo digna de ser dada á la pública luz en nuestro idioma, sino que puede tambien ser de mucha utilidad en las presentes circunstancias.

Barcelona 17 de julio de 1853.

José Jacinto Clotet, *Pbro. y Maestro en sagrada teologia, de la Órden de Predicadores.*

APROBACION.

Barcelona veinte y uno de julio de mil ochocientos cincuenta y tres: Vista la anterior censura, damos nuestra aprobacion á esta obra, tal como se presenta por el traductor D. Joaquin Roca y Cornet.

Dr. Ezenarro, *Vicario General.*

acc.1719

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/delprotestantism0000augu

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Felizmente la primera obra que tengo el honor de presentar bajo mi nombre como traductor en esta *Librería Religiosa* es no solamente la que mas se conforma con la clase de mis estudios, sino la que con mas oportunidad podia darse á la luz pública en las críticas circunstancias que estamos atravesando. Ella descubre maravillosamente al claro fulgor de la mas enérgica verdad y sobre la base de hechos irrecusables el orígen de los profundos sacudimientos y de las trágicas escenas de que ha sido teatro nuestra patria, y explica naturalmente el punto desde donde el espíritu de rebelion á toda autoridad divina y humana ha dirigido tambien sus tiros contra nosotros. A su vista disípanse como el humo las grandes palabras que han llevado inscritas siempre en su bandera los enemigos mas ó menos encubiertos de toda religion y de toda sociedad, y aparecen en su verdadero valor las promesas de todos nuestros reformadores. Tomando á la historia del error sus mas importantes páginas, remóntase hasta la raíz del mal, y le va siguiendo á grandes pasos, aunque de cerca, en su prolongada carrera de devastacion y de exterminio; y elevándose hasta las verdades cardinales de nuestra fe, traza en el cuadro rápido de las herejías de todos los siglos la marcha progresiva del error, presentando al Protestantismo como la última, la mas lata de ellas, ó mas bien su complemento, porque es la que abria el campo á todas para que atacasen en masa y bruscamente todo principio de autoridad, proclamando la soberanía de la razon así sobre el órden sobrenatural como sobre el órden social.

El Protestantismo, pues, es el que nutrió en su seno, si es que no les diese vida, todos los mónstruos en el órden moral, que tienen desquiciado el mundo de las inteligencias, y que acabarian con él, si Dios no detuviera con su mano omnipotente estos nuevos abismos de aguas que ha vomitado el averno para devorar la tierra, é inundarla con un nuevo diluvio de barbarie.

Este es uno de aquellos libros que abren, en cierto modo, un nuevo campo á la reflexion, y que engrandecen el pensamiento, familiarizándole con cuestiones de primera importancia, y presentándoselas bajo un punto de vista tan luminoso como universal. Despues de haberlo leido, parece que el espíritu se halla maravillosamente robustecido con nuevas fuerzas, pertrechado con nuevas armas para combatir. El raciocinio se va produciendo con los hechos, con los cuales va enlazando sus consecuencias, y los hechos se van desplegando en apoyo del raciocinio: la historia se halla siempre presente como testigo fiel é irrecusable de todas las ilaciones, aun de las que pudieran parecer mas arbitrarias; y el testimonio de los mismos adversarios, de los mismos secuaces del error, á quienes la recta razon ó la buena fe arranca algunas confesiones, pone á las conclusiones el sello de una evidencia irresistible.

Falta empero decir una palabra acerca la aplicacion que puedan tener estas doctrinas en el dia á las circunstancias, cási pudiera decirse, felizmente excepcionales de nuestro país, en cuyo seno no se hallan en lucha abierta y sensible los principios opuestos de autoridad y de libre exámen, como en aquellos en que se halla mas ó menos introducida y tolerada la Reforma.

Un ilustre escritor extranjero, bien conocido, queriendo probar que la historia moderna no carecia de hermosura, y delineando el cuadro de la Europa, decia de nuestro país, al comenzar este siglo, las siguientes palabras: «La España,

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

«separada de las demás naciones, presenta al historiador un «carácter mas original; la especie de estanco de costumbres «en que reposa, le será tal vez útil algun dia; y cuando los «demás pueblos europeos estén contagiados de la corrupcion, «ella sola podrá presentarse con brillantez en la escena del «mundo, porque subsistirá en ella el fondo de las costum- «bres.»

Hé aquí un juicio verdadero en el fondo, pero al que la marcha general de los sucesos ha debido hacer sufrir alguna modificacion. La corrupcion es siempre hija del error ó de la ignorancia: cuando es hija del error, pasa de las ideas á las costumbres; cuando lo es de la ignorancia, pasa de las costumbres á las ideas. La primera es mas temible, porque supone viciada la parte mas noble, que es el pensamiento, y procede de una luz mentirosa que le da una falsa seguridad: la segunda, como engendrada en las tinieblas, tiene la esperanza de la luz que pueda disiparlas. La corrupcion hija del error es la que no habia penetrado aun generalmente en nuestro país á principios de este siglo, merced á las precauciones que se convino en llamar de intolerancia, y que sin embargo la preservaron de los estragos sangrientos que habian desolado una parte de la Europa, y que le conservaron la unidad de la fe. Pero ya era de ver que el Protestantismo, transformado en Filosofismo, que abortó la catástrofe del último siglo en la nacion vecina, romperia al fin la valla, y no dejaria de invadir nuestra Península.

No tiene duda, pues, que el espíritu que ha soplado sobre nuestra revolucion política, preludio cási siempre de la social, es el hálito del Protestantismo, por su tendencia continua de hacer prevalecer en todas materias el principio de libertad sobre el principio de autoridad; y lo que se llama soberanía del pueblo, no es mas que la soberanía de la razon individual considerada en el mayor número. Presentóse al principio con el velo especioso de Reforma política, para extender después

su dominio y convertirse en Reforma religiosa y social. Muchos de los que dieron el primer impulso estaban léjos de prever el resultado lógico que debia producir, y que hubiera producido infaliblemente, si la nacionalidad española no se hubiese opuesto como un obstáculo insuperable á sus últimas consecuencias. Para que se vea que hemos sido siempre consiguientes en nuestro modo de pensar, calidad, y lo decimos sin orgullo, no comun en nuestro siglo, reproducirémos las palabras mismas que decíamos trece años atrás, en la *Civilizacion:* «¡Cuántos hombres de los que aplaudieron y coope-«raron en desarraigar convicciones que les parecian enveje-«cidas y como muertas, de las cuales opinaban que nada po-«dian hacer para seguir la marcha del siglo, se arrepienten «ahora, aterrorizados de las últimas consecuencias que pue-«de traer consigo el desarraigo súbito, y el desprecio de aque-«llas convicciones, en cuyo lugar pensaron sembrar otras «análogas á sus miras, á su ambicion y á sus intereses! Cer-«cados de ilusiones seductoras, aun los mas cuerdos, y cer-«rando los ojos sobre lo pasado, y sin recelar lo que pudiera «ser el porvenir, creyeron que para acomodarse á la marcha «y al espíritu del siglo debia contemporizarse *hasta cierto «punto* con los errores del siglo, con su versatilidad, con su «escepticismo, con todo lo que él llama sus despreocupa-«ciones; y persuadidos insensatamente de que esta marcha «se detendria cuando les conviniera, dieron el empuje, y «no vacilaron en volver por tercera vez al ensayo de sus «teorías.»

Cuando esto decíamos, la revolucion se hallaba en su período ascendente; pero nunca perdimos la esperanza de que *por la gravedad de nuestro carácter, por la constancia, ó llámese tenacidad de nuestros principios, podíamos admitir todas las mejoras sociales depuradas de sus demasías y de sus delirios* contra aquellos que pretendian que *á fuer de un pueblo veleidoso y fuertemente impresionable, nos lanzáramos á ciegas*

por un nuevo rumbo lleno de escollos, perdido del todo el timon de nuestra nacionalidad.

Obsérvense sino todas las tendencias de este ciego espíritu de reforma, cuando con tanto furor nos invadia, y pónganse en cotejo con las que el sábio autor de este libro atribuye al Protestantismo, y véase si tienen el mismo é idéntico carácter. Siempre que el sentido de la palabra *Reforma,* la cual en su verdadera acepcion es una necesidad para todas las instituciones humanas, que el tiempo malea y desvirtúa, se convierte en el de *guerra* y *destruccion,* produce los mismos efectos, que cuando las bellas palabras libertad, igualdad y fraternidad, consagradas por el Cristianismo para la felicidad del mundo, si se apoyan en la ley y en el espíritu del Evangelio, se convierten fuera de su círculo en tres furias destructoras de la humanidad.

Si nos propusiéramos, y fuese oportuno, el ir siguiendo la historia de nuestra revolucion desde principios de este siglo, resaltaria la semejanza, ó mas bien identidad de estas tendencias, y veríamos, ya desde un principio, tras el aparato de las reformas políticas la Reforma religiosa que aspiraba á entronizarse. En el primer período apareció mas clara esta tendencia, cuando la prensa inauguró su libertad con los mas bruscos ataques contra la religion católica, contra sus dogmas, contra sus sacramentos, contra su culto, contra sus instituciones y sus ministros: se prodigó la burla y el sarcasmo contra lo mas augusto de nuestras creencias, la injuria y el insulto contra el sacerdocio y contra la autoridad de la Iglesia; se reprodujeron en nuestra lengua cási todas las obras materialistas y ateas de la época enciclopédica; se proclamó la tolerancia universal, suspirando para que se renovara en España la época del reformador Enrique VIII y de su hermana María. Este es un hecho que quizás no conoce una gran parte de la presente generacion, pero que no olvidarán los que conserven memoria de aquel período. Este último soplo

de la escuela volteriana se dejó percibir sensiblemente en muchos de nuestros escritores en el primer tercio de este siglo. Circularon libremente producciones que lastimaban el buen sentido, y hacian llorar á todo corazon cristiano. Mas el curso mismo de los sucesos, que debia traernos estas ideas, nacidas del Protestantismo en sus varias formas, conducido por el dedo oculto de la Providencia, que no deja obrar el mal sino hasta el punto que conviene á sus soberanos designios, debia traernos tambien el antídoto de una reaccion religiosa en la region pacífica de las inteligencias, reaccion que se va cumpliendo paulatinamente á pesar de todos los esfuerzos de sus enemigos. Así que, el Protestantismo desfigurado ha debido mudar de táctica, y apelando á las debilidades del hombre, y resucitando el arma vil de la calumnia y de la impostura, hase cebado y se está cebando contra el sacerdocio católico, hincando el diente en las mas santas y veneradas instituciones.

Hay además otro motivo poderoso para aclimatar entre nosotros las doctrinas que vierte y los hechos de que toma acta en esta obra el distinguido autor de los *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*. No ha dejado de resonar alguna vez, aunque perdida en el aire y sofocada por un general sentimiento de reprobacion, la voz de la tolerancia de cultos, suponiéndola una necesidad de la época. Recientes son todavía las tentativas reiteradas del Protestantismo para introducirse en nuestra patria; en lo mas encarnizado de la guerra civil, cuando en el hervor de las pasiones políticas se derramaba en los campos de batalla la sangre española y se desgarraban las entrañas de la madre patria; el Protestantismo probó arrojar entre nosotros su tea incendiaria para hundirnos mas cruelmente en la discordia. Pero por una proteccion especial de la Providencia, esta tea se apagó en las manos del mismo que la arrojaba; y á pesar de su propaganda, y de la profusion de biblias mutiladas, y de sus emisarios, y de sus afini-

dades con ciertos espíritus novadores, y de todos los incentivos de sugestion, y de todo el poder de una prensa desenfrenada, la nacionalidad española resistió todos estos embates; y el espíritu católico no aterrado por los rayos de la guerra, ni ahogado por el humo de los combates, repelió con firmeza esta nueva invasion espiritual con que nos amenazaba la generosidad protestante.

El Protestantismo, pues, se ha hallado en nuestras puertas, y ha aspirado sobre nosotros su venenoso soplo, y forceja para infiltrarse insensiblemente en nuestras ideas, sentimientos y costumbres. Y como de las doctrinas protestantes tan naturalmente emanan, conforme va á verse, todos los errores, todos los delirios, todas las utopías así en el órden religioso como en el órden social, es importante, urgente, apremiante que el pueblo español, escarmentando en cabeza ajena, y no sin alguna parte de su propia experiencia, se prevenga con este poderoso antídoto contra todas las sugestiones mas ó menos encubiertas de este principio de todo error y de toda impostura; y que vea con una evidencia irresistible como por el canal del Protestantismo podrian y deberian naturalmente venirle todas las doctrinas racionalistas, panteistas y socialistas que tanto braman y forcejan para obtener la ventaja en este gran combate que ha levantado el error contra la verdad, la rebelion contra el órden, la barbarie contra la civilizacion.

Urge además pertrechar los ánimos tímidos, débiles ó vacilantes contra los ataques siempre repetidos de la prensa contra la Iglesia y el sacerdocio. Viva se halla aun, después de tantos desengaños, la llama de la persecucion en el órden de las ideas, con peligro mas ó menos inminente de pasar al órden de los hechos. La voz de nuestros prelados acaba de levantarse contra los esfuerzos de esta razon indómita que está luchando siempre para sobreponerse á la autoridad: á la prensa, pues, toca reparar los descarríos de su propia licencia, y vengar á la Religion y buen sentido público de los daños é in-

sultos que ella misma le ha causado. La mayor parte de los grandes talentos se han decidido por la verdad, y han tomado su defensa: cuando se insulta á la Religion, la cobardía es un oprobio: la inaccion es un crímen. El autor de este libro, digno sucesor de nuestro ilustre y malogrado Balmes, á quien consagra el justo tributo de honor y de admiracion, da el ejemplo de este valor heróico, de esa firmeza de espíritu, que sobreponiéndose á todas las consideraciones humanas, todo lo tolera menos el error, respeta á los hombres, pero combate las doctrinas, y alzando el broquel impenetrable de la razon y la espada cortante del raciocinio, exclama, como debemos exclamar todos en todo cuanto se interesa la gloria del Señor y de su Iglesia: ¿Quién como Dios?

Una sola advertencia nos resta que hacer. El estimable autor de esta obra, á pesar de lo vasto de su erudicion y de lo grandioso de sus miras, no ha guardado en algunos pasajes de ella aquella exactitud de expresion que en materias tan delicadas como ciertos puntos teológicos se requiere; y en esta parte nos hemos creido obligados á modificar las palabras del texto tan solo en lo que ha parecido indispensablemente necesario para fijar bien la idea y alejar toda sombra de duda ó de menos recta interpretacion. Esto era además un obsequio debido á la pureza de sentimientos de nuestros lectores, al mérito mismo del autor, y á la sancion respetable de la autoridad eclesiástica con que salen autorizadas todas nuestras publicaciones. Los lectores echarán de ver á primera vista el cuidado cási nímio con que se ha procurado no alterar el fondo de la idea del autor para no desvirtuar ni la fuerza de su pensamiento, ni el enlace del conjunto, ni el objeto á que se dirige el plan y la marcha de esta excelente obra.

PREFACIO DEL AUTOR.

Por mucho que haya servido para alentarme la buena acogida que el público ha dado á mis *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, no es por cierto una pretension de autor la que me ha movido á componer la nueva obra que hoy le ofrezco, antes bien puede considerarse como un justo reconocimiento de mi inferioridad con respecto al hombre eminente que me ha dado márgen á escribirla. Por de pronto no fue otra mi idea sino dedicar algunas páginas á la discusion del escrito que dió á luz el Sr. Guizot, en noviembre último al frente de la Coleccion de sus *Meditaciones* y *Estudios morales*, que se reprodujo en los principales periódicos, y que todo el público recuerda. Mas aun cuando hubiese dado cima á este mi primer designio, me acusaba á mí mismo como de una presuncion el haberme limitado á las formas precisamente estrictas y directas de una polémica; considerando, que cuando uno se permite emitir una opinion opuesta á la de un hombre tan superior, no le basta el contradecirla simplemente, sino que debe hacerse perdonar la negativa á fuerza de razon. Por manera que para hallar un contrapeso á todas las ventajas personales de un adversario semejante, es indispensable el proporcionarse sobre él todas las ventajas de la verdad. Y con esto me veia conducido como por la mano á un desarrollo complementario y justificativo de mi pensamiento, no ya bajo la forma de discusion, cual debia precisamente hacerlo, sino bajo forma de exposicion, no consintiendo sin embargo que este desenvolvimiento pasase de los límites de un trabajo secundario pero dependiente del primero.

Mas al obedecer desde luego á este primer impulso, no tardé en pasar mas allá de mi objeto, hasta perderle de vista. Tan grande, tan magnífica es la Verdad, que una vez impelido hácia ella, aun con solo el intento de tomar de ella una pequeña parte, y retroceder, os retiene ella por sí misma, y no os deja sin haberos antes colmado con la abundancia de sus dones; dones tan opulentos, que mudan enteramente la condicion del favorecido, pues de

pobre y débil que era pasa á ser rico y poderoso; y sin que olvide su insuficiencia personal, debe á la Verdad el hacer prevalecer las ventajas que de ella ha recibido, y el publicarla con toda seguridad.

A consecuencia, pues, de mis relaciones con la Verdad, que vivifican y fecundan, se ha cambiado tambien mi relacion con el Sr. Guizot, hallándose asimismo invertidas las proporciones de mi plan. Al exámen de su escrito, objeto único, principal á lo menos de mi intencion primitiva, ha seguido un desenvolvimiento de doctrina que se ha convertido en obra principal, con respecto al que este exámen no ha pasado de secundario. He debido sin embargo conservarlo en la línea que á su objeto correspondia, dejándole al frente de la obra, como á su mas natural y mas verdadera introduccion.

Tal es la ocasion que ha dado orígen al presente libro.

El objeto final que en él me he propuesto es el mismo que se propuso el Sr. Guizot: salvar la última consecuencia del error: ¡la muerte! Para conjurar este peligro supremo el Sr. Guizot concilió un medio, emitió un deseo: tal es el que todas las comuniones protestantes y el Catolicismo, por divididas que estén entre sí y con él sobre el objeto de la Fe, por opuestas que se hallen sobre el principio, obren de comun acuerdo para hacer causa comun contra el Socialismo. Un tal expediente, el mejor que la doctrina del Sr. Guizot pudo permitir á la pureza de sus intenciones, me ha parecido no solamente quimérico, sino hasta funesto: he creido de mi deber el manifestar su ilusion y su peligro, y me he propuesto al mismo tiempo lo que en todas las cosas es el único medio de conjurar el mal: ir en busca de su principio, y oponerle su contrario.

El principio del mal social es el error; su contrario es la Verdad. Lo principal para salvar la sociedad es salvar la Verdad, porque esto es salvarle la vida.

La Verdad, he dicho, porque en realidad no son las verdades las que faltan en nuestro tiempo; pues abundan como los restos de un gran naufragio, arrojados y vueltos á tomar por la tormenta sobre los arenales del Océano: ellas se mezclan, se cruzan, se hacinan; están á disposicion de todos como los despojos echados á la orilla: cada cual puede tomar de ellas á su sabor y acomodarlas á sus sistemas: hay, por decirlo así, una anarquía de verdades. Mas la Verdad integral y soberana, la Verdad principio, á la cual deben naturalmente venir, y referirse y subordinarse todas las ver-

dades, la Verdad, en una palabra, ved ahí lo que falta, ó mejor dicho, ved ahí á la que faltamos nosotros, y no obstante la salud no se alcanza sino á este precio.

Sin pronunciar todavía en dónde está la Verdad, digo tan solo que solo con el reinado de la Verdad la sociedad será salvada, y en esto disiento del Sr. Guizot.

Y no obstante la razon de ello no puede ser mas palpable. ¿De qué se muere la sociedad, por confesion de todos, sino de defecto de autoridad, de extenuacion, de la pérdida de su principio? ¿Y en quién reside, pues, este principio, de una manera incontestable, quién tiene autoridad sino la Verdad, y la sola Verdad?

Necesario es por consiguiente restablecer ante todo la Verdad para poder restablecer la Autoridad.

Ved de este modo la consecuencia de la opinion del Sr. Guizot, que aquí nos limitamos á enunciar, dejando su exposicion para su lugar oportuno. Así como no admite la Verdad soberana en una manifestacion que la realice, tampoco admite, ese hombre que tanto ha practicado la autoridad y que tan capaz es de comprenderla, tampoco admite, repito, un principio soberano de autoridad en el mundo; no admite la Autoridad. Admite tan solo la autoridad circunstancial y contingente, moviéndose al gusto de los tiempos y de las revoluciones entre el despotismo y la licencia, y participando del uno ó de la otra cuando no se estrelle en ellos completamente. Es decir, que él no admite sino fenómenos de autoridad, y no la Autoridad sustancial, sin la que estos fenómenos nada tienen que les autorice, y no pasan de combinaciones facticias y aventuradas de la política humana.

Lo que constantemente preocupa el ánimo de este eminente escritor, al que solo falta la llena libertad de su ejercicio en el seno de la verdad, es el defender y guardar intactos los derechos de la libertad, siendo su vigilante y solícito tutor contra la autoridad; y recíprocamente segun las circunstancias, siempre con el afan de conciliarlos. ¡Cómo si la verdadera autoridad y la verdadera libertad pudiesen jamás ser rivales! ¡cómo si se limitasen la una por la otra! ¡cómo si, al contrario, no se desenvolviesen la una á favor de la otra, la una en el seno de la otra! ¡cómo si no se penetrasen recíprocamente! — Esta es una verdad harto desconocida entre tantas verdades, y que nos proponemos presentar con la luz de la evidencia.

Mas para comprender esta reciprocidad de penetracion entre la autoridad y la libertad, para comprender hasta el principio de su

existencia, menester es admitir la Verdad, sin la cual no hay ni autoridad ni libertad; y para admitirla, fuerza es reconocerla en donde únicamente se halla, en Jesucristo, unido inseparablemente á su Iglesia, como ha declarado él mismo que lo estaria hasta el fin de los tiempos.

Así pues la Iglesia, como lo ha dicho muy acertadamente el mismo Sr Guizot [1], no es una escuela sublime de respeto y de autoridad (hubiera podido añadir de libertad) sino porque es la Verdad misma, y la Verdad sola que en ella habla; que de ella sola se levanta el hombre tanto mas libre cuanto mas sumiso, porque por esta sumision se participa de su independencia.

El Protestantismo alzando el estandarte de la rebelion contra la Iglesia, ha atentado contra el principio mismo de la autoridad y de la libertad en el mundo, porque bajo su influencia no ha habido verdad única, esto es, nada que tuviese autoridad en sí, nada por consiguiente que pudiese comunicárnosla, y con ella la libertad, que es ante todo la autoridad sobre sí mismo. El poder quedó sin autoridad; la sujecion sin libertad; y todo no ha sido mas que un conflicto siempre en aumento entre las fuerzas ciegas del despotismo y de la licencia, que debe tender á la extenuacion y á la extincion de toda vida social al través del cáos de sus elementos.

La marcha, pues, de esta accion disolvente del Protestantismo en el seno de la sociedad es la que me he propuesto describir, manifestando al mismo tiempo la relacion lógica é histórica que tiene con esta barbarie final á que llamamos Socialismo; el Socialismo que no es sino el Protestantismo contra la sociedad, así como el Protestantismo no es otra cosa sino el Socialismo contra la Iglesia.

Dice el Sr. Guizot, con la mayor sensatez, que solo por la sumision al órden sobrenatural podrá rehacerse la sociedad. Esta es una de aquellas altas y sencillas verdades, cuya profesion hace tanto mas honor al alma y al carácter del Sr. Guizot, en cuanto las proclama con grave riesgo de la lógica de su doctrina.

Y en realidad, el Protestantismo no es otra cosa que la no sumision al órden sobrenatural, pues hace la nocion de este órden dependiente de esta razon humana que debe someterse á él. Es por consecuencia su negacion, y debe llegar en último resultado al *Naturalismo*, que es uno de los dos grandes rios que desaguan en el piélago del Socialismo. —La exposicion de esta verdad forma el objeto de la primera parte de mi trabajo.

[1] *Del Catolicismo, del Protestantismo y de la Filosofía en Francia.*

Mas no depende del hombre el sustraerse al órden sobrenatural, y el suprimirlo. Este órden existe, haga él lo que quiera, le envuelve enteramente, y lo lleva dentro de sí mismo, le respira, en él se mueve, de él vive. Si le niega no puede hacer mas que una cosa: pervertir la relacion que este órden tiene con su naturaleza, y rehusando corresponder á él por medio del Cristianismo, único que posee su secreto, ser precipitado á él por el Panteismo y el Fatalismo; el *Panteismo* que es el segundo rio que conduce sus aguas al Socialismo, y que fue la primera palabra como ha sido la última del Protestantismo.

Esto mismo me ha conducido á reconocer y á demostrar que el Protestantismo, como herejía, y por consiguiente toda herejía, estaba consagrada al Panteismo, y por consiguiente al Comunismo, que es solo un Panteismo social, así como el Panteismo es un Comunismo religioso; lo cual he demostrado de hecho por el exámen de las principales herejías que han parecido en el mundo, y lo cual se explica teóricamente de un modo el mas admirable por esta gloriosa prerogativa de la fe católica, de ser la única via de comunicacion con lo infinito, el solo puente levantado sobre el abismo. —Esta parte de mi trabajo formará el asunto del segundo libro.

En fin, despues de haber demostrado como el Protestantismo, haciendo salir la civilizacion de la via católica, le ha hecho terminar por el Panteismo y el Naturalismo al Socialismo, he tenido que conciliar esta verdad con la opinion que por largo tiempo ha prevalecido, de que el Protestantismo habia favorecido y hasta determinado el movimiento de la civilizacion moderna, llevando á ella un nuevo espíritu de tolerancia, de libertad, de actividad intelectual y de moralidad. Este trabajo estaba ya hecho por una mano maestra. Balmes hizo justicia para siempre á esta paradoja del Filosofismo contra la Iglesia. Yo no he podido dejar de referirme á esta obra preciosa que la muerte prematura de su autor acaba de sellar para la inmortalidad. Con todo, he creido poder utilizar algunos materiales, que se me han venido á la mano, al buscar los que habian servido para las partes precedentes de mi trabajo, y en mi última parte he dado mas precision á algunos hechos, y he delineado algunos rasgos sobre el Protestantismo en sus relaciones con la tolerancia, las luces, la industria y las costumbres; y he manifestado que el Protestantismo no habia hecho mas que dañar á la civilizacion por su accion directa sobre ella, y que tan solo poniéndola en peligro y por los esfuerzos que habia provocado en el seno de la Iglesia para salvarla, habia podi-

do serle provechoso, pues con esto dió lugar á la Providencia á que sacase bien del mismo mal para el mayor y mas glorioso triunfo de la Verdad.

Tal es el cuadro de mi obra.

En cuanto á su conclusion, ella sale naturalmente por sí misma; con todo pocas palabras bastarán para explicar el resultado que he tenido á la vista.

No me he propuesto directamente en este libro convencer á los Protestantes. Poco valor doy á los libros en general para restituir á nuestros hermanos á la fe de nuestros padres. El Protestantismo en sí es demasiado irracional para creer que la razon por otra parte ilustrada de tantos protestantes, sea el lazo que á él les una; y como la adhesion de los Protestantes al Protestantismo no es obra de su razon, no puede desasirles de él el solo raciocinio. Con todo, cuando las causas reales de esta adhesion, algunas de las cuales son honrosas, pero ninguna tanto como el sacrificio que hacen de la Verdad, quedan destruidas por la accion de Dios sobre el alma, y por la generosa correspondencia de la voluntad; entonces el raciocinio penetra, como en una plaza libre que festeja á su guarnicion. Bajo este punto de vista la lectura de este libro podrá quizás auxiliar el trabajo secreto de libertad que se opera hoy en un grande número de almas generosas, y que se manifiesta por tantas consoladoras conversiones. Pero yo mas bien deseo que no me lisonjeo de haber alcanzado tan feliz término, que confieso ha sido para mí un objeto secundario.

Si el fin principal de este libro no es el de convencer á los Protestantes, menos es aun el de vencerlos y triunfar. Tal vez muchos no lo crean; tal vez muchos se sientan heridos por mas de un tiro que juzgarán disparado por una mano enemiga. Pero á estos tales les excusaré, deplorando su error. Permítanme decirles, sin embargo, en obsequio de la verdad, que ni uno solo de estos tiros herirá su corazon, sin haber antes herido el mio mas vivamente aun por la sola idea de que les haria sufrir, y sin haber antes prevenido todos los calmantes que pudiesen dulcificar el golpe, y que fuesen compatibles con su eficacia. Les diré, por último, que ha sido necesario todo el imperioso sentimiento del deber, la idea de la salud comun y de su propio interés para decidirme á disgustarlos.

Mas la cuestion debia yo mirarla bajo un punto de vista mucho mas extenso. El Protestantismo ejerce fuera de los Protestantes una influencia indirecta que forma como su atmósfera, y que ha

penetrado en nuestras doctrinas, en nuestras leyes, en nuestras instituciones y en nuestras costumbres. La sociedad, aunque nominalmente católica en Francia, y en el fondo en el sentido de antipática al Protestantismo como culto, se ha dejado penetrar de él como principio filosófico, político y social. No siendo posible hacérselo aceptar en su estado natural, se le ha hecho tomar en estado de disolucion, lo cual ha sido tanto mas fácil en cuanto el estado del Protestantismo no es otra cosa, y que se funda en todo lo que protesta. Por largo tiempo ha retenido en sí algo de Cristianismo, pero este Cristianismo que él habia sacado del Catolicismo sucesivamente atenuado y finalmente destruido por el principio contrario en el cual estaba contenido, no ha dejado del Protestantismo sino este principio de protestacion, de reforma, de revolucion, que del órden religioso ha extendido por grados sus estragos al órden filosófico, político y social, y amenaza en el dia poner la sociedad civil en el estado de cáos y de subversion en el que ha puesto ya la sociedad política, intelectual y religiosa.

Este Protestantismo indirecto es el que me he propuesto principalmente combatir, y combatirlo, describiéndolo, porque es de tal naturaleza que basta presentarlo sin velo para confundirlo. Por mucha que sea la consideracion personal que profeso hácia muchos protestantes, y que se la guardo realmente, no podia llegar al extremo de atar mi pluma en presencia de tan grave mal. A mas de que ellos no forman parte en causa, pues solo es emplazado el Protestantismo; y no dudo de que cuando le conocerán, no me perdonen cuando menos el haberlo combatido, si es que no lo abjuren por ellos mismos, pues no me habré servido de otras armas que de sus propias opiniones.

Haciendo ver la indudable relacion del Protestantismo y de todas las herejías con el Socialismo, habré con esto solo obtenido un resultado correlativo que deberá hacerse perceptible de un extremo á otro de la obra, y brotará de su conclusion. Tal es la soberana verdad del Catolicismo, y su relacion viviente con la civilizacion. Siendo, tanto el Protestantismo como las herejías, doctrinas anticatólicas, no pueden ser al mismo tiempo doctrinas antisociales sino por la estrecha é íntima union que liga el Catolicismo con la civilizacion. El hecho solo, tanto es lo que se reproduce infaliblemente en toda la línea de la observacion, bastaria para probarlo: pero la ley de este hecho, como tendrémos ocasion de probarlo, es lo mas claro y mas lógico que puede presentarse; y la relacion recíprocamente confirmativa de lo uno y de lo otro for-

ma una de las pruebas mas nuevas y mas irresistibles de la divinidad de la institucion.

Como aquel antiguo atleta que se sostenia con pié firme sobre un disco untado de aceite, del cual sus adversarios no podian arrancarle, y en donde perdian ellos el equilibrio, el Catolicismo inmutable sobre el disco resbaladizo de la celeste doctrina, en donde la razon humana no puede poner el pié, no solamente ha visto todas las herejías, al desprenderse de él, caer al momento, sin poder arrastrarlo en su caida; sino que solo y á pesar de los asaltos que le han dado, ha sostenido, ha levantado mas y mas el mundo.

El mundo en el dia vacila, y parece inclinarse hácia la barbarie, porque él ha querido tambien desasirse de la Iglesia; mas todavía, por distante que esté de ella, cuando lo inminente de su peligro le advierte su extravío, el único brazo fuerte para detenerle y volverle á levantar es el brazo de la Iglesia, de la cual se puede decir como del Dios que la fundó: *Fecit potentiam in brachio suo.*

Con todo, si el prodigio es asaz grande para convencernos, no puede serlo para llegar hasta forzarnos. Dios puso nuestra suerte en manos de nuestro libre albedrío. Así lo ha querido Dios para nuestra grandeza y para su gloria, el cual, así en la vida como en la muerte de las sociedades queda igualmente justificado. Si, pues, tras tan claros é insinuantes avisos, ponemos el colmo á nuestra infidelidad, él pondrá un término á su prodigio, y nos dejará precipitar á la nada.

Yo, por la ínfima parte que me toca, he osado concurrir á ilustrar la sociedad acerca la gravedad de esta situacion que juzgo extrema, pero no desesperada. ¡Perdóneseme el haberlo probado, en gracia á lo menos de la intencion la mas desinteresada, segun yo creo, que me ha movido á practicarlo! ¡Prepárese sobre todo el público á perdonármelo mas, cuando veo cuán poco he sabido llenar la expectacion que mi imprudencia ha hecho concebir, y dispóngase para mucha indulgencia!

¡Y la reclamo á título de justicia, no habiendo podido dar á esta obra sino la mitad de mi tiempo y de mis medios; y me complazco sobre todo en esperarlo, lector amado, por un título mas dulce y mas confortativo para mi insuficencia, y del que tengo ya una prueba, por el título de amigo!

INTRODUCCION.

EXÁMEN DEL ESCRITO DEL Sr. GUIZOT.

CAPÍTULO PRIMERO.

CÍTASE EL OPÚSCULO DEL SEÑOR GUIZOT.

Para mejor discutir el escrito del Sr. Guizot, vamos ante todo á reproducirlo íntegramente, pues lo permite su brevedad, y lo reclama el honor que le debemos. Admitiendo con el lector la seduccion de su bello lenguaje, tenemos un verdadero pesar en tener que atacar el fondo que encierra. ¡Ah! ¿por qué no ha de ser siempre exacto aquel dicho de Platon? ¿Por qué lo *Bello* no ha de ser siempre el *resplandor de lo verdadero*?

«Cuando hice la coleccion de estos *Estudios morales* escritos en «épocas y en situaciones muy diversas, no podia pensar que de«biese hacer á ellas adicion alguna. Sin embargo, una circuns«tancia reciente me determina, al publicarlas hoy, á decir algu«na cosa mas.

«Llamado en 30 de abril último á presidir la Sociedad bíblica «protestante, me expresé en los siguientes términos:

«¿Cuál es en el fondo y religiosamente hablando, la grande cues«tion, la cuestion suprema que ocupa de antemano los ánimos? «Es la cuestion puesta entre los que reconocen y los que no reco«nocen un órden sobrenatural, cierto y soberano, aunque impe«netrable á la razon humana; y para llamar las cosas por su nom«bre, la cuestion que se debate entre el *supernaturalismo* y el *racio-*

«*nalismo*. Por un lado los incrédulos, los panteistas, los escépticos «de toda clase, los puros racionalistas; por el otro los cristianos.

«Entre los primeros, los mejores dejan subsistir en el mundo y «en el alma humana la estatua de Dios, si me es lícito servirme de «esta expresion; pero la estatua solamente, una imágen, un már- «mol; Dios en realidad no está. Los solos Cristianos tienen al Dios «viviente.

«Del Dios viviente, pues, tenemos necesidad nosotros. Es indis- «pensable para nuestra salud presente y futura que la fe en el ór- «den sobrenatural, que el respeto y la sumision al órden sobre- «natural vuelvan á entrar en el mundo y en el alma humana así «en los grandes entendimientos como en los entendimientos sen- «cillos, en las regiones mas elevadas como en las mas humildes. «La influencia verdaderamente eficaz y regeneradora de las creen- «cias religiosas solo á esta condicion puede lograrse. Fuera de aquí «estas creencias son superficiales, y cási pudiera decirse vanas.

«Puédese con seguridad trabajar en el dia en reanimar y pro- «pagar la fe cristiana; porque la libertad, la libertad religiosa y «civil está presente para impedir que la fe no engendre la tiranía «y la opresion de las conciencias, que es otro género de impie- «dad. Los amigos de la libertad de conciencia pueden volver sin «temor al Dios de los Cristianos: no hay, no habrá ya mas cauti- «vos ni esclavos en torno de sus altares... Que vuelvan, pues, la fe «y la piedad cristianas, que no traerán tras sí ni la injusticia ni «la violencia. Muchas precauciones habrá sin duda que tomar, «muchos combates que sostener para que la verdad religiosa que- «de intacta en medio del fervor religioso que renace; pero esta «bella armonía llegará á conseguirse, y será el honor de nuestra «época. Entre los Cristianos de las diversas religiones no puede «haber ya mas otras luchas que las de fe y de piedad libres, úni- «cas permitidas por la ley de Dios, y solas dignas de sus miradas.

«Estas palabras han sido señaladas y han llamado la atencion, «ora aprobándolas, ora combatiéndolas, de filósofos y de cristianos.

«Al dia siguiente de pronunciadas, el Sr. Luis Veuillot, decia «en el *Universo:*

«El Sr. Guizot pronunció ayer un discurso que hemos leido con «un sentimiento de respeto y de simpatía, mezclado con algun tan- «to de dolor. Imposible nos fuera el dejar de honrar altamente al «hombre que, aun en ocasion de una obra que no podemos amar

«porque no es buena, hace tan hermosa profesion de fe cristiana; «así como nos es imposible el no sentir la mayor amargura en que «un espíritu tan grande y tan generoso, tan bien formado para com- «prender la unidad, tan naturalmente llamado á someterse á ella, «no solamente no advierta que se halla dislocado entre los miem- «bros esparcidos de la Iglesia madre, sino que se halle al frente «de una obra, la cual es y ha sido siempre una máquina de guer- «ra contra la enseñanza de la Iglesia. ¿Qué es el Cristianismo? Es «la autoridad. ¿Qué es el Protestantismo? Es el libre exámen; y «la Sociedad bíblica protestante es la práctica del libre exámen «llevado á su último é inconcebible exceso.»

«En el mismo dia el Sr. Carlos Gouraud decia en *El Órden:*

«El discurso del Sr. Guizot respira á un mismo tiempo la fe á «la revelacion y el amor á la libertad religiosa... Pero es preciso «conformar su conducta con sus máximas. Si se cree que no de- «be hacerse la menor diferencia formal entre un racionalista, por «mas convencido y honrado que pueda ser, llámese Platon, ó Des- «cartes, ó Leibnitz, y un ateo; si se cree de buena fe que fuera «de lo que la Iglesia enseña, toda creencia religiosa es superficial «y cási vana; en este caso, no hay para que dudar: en el regazo «de la verdadera Iglesia, de esta grande Iglesia católica, que des- «de san Pablo al conde Maistre ha hecho doblar bajo el yugo de «una misma disciplina tantas erguidas cabezas y tantas almas «grandes, es fuerza ir á pedirle perdon y asilo. Porque si es da- «do insinuar que el Ateismo es un Racionalismo lógico, mucho «mas lo es el decir que el Protestantismo no pasa de ser un Racio- «nalismo inconsecuente. Una de dos; ó el propio sentido ha de «dominar realmente en las cosas de la fe, y en tal caso ha de do- «minar enteramente, pues ¿quién puede lisonjearse de señalar «su coto al libre exámen y decirle: *Hasta aquí llegarás y no pasarás «mas allá?* ó bien el que tiene este imperio es la autoridad. Pero es- «ta, lo mismo que el propio sentido, no puede tenerlo á medias: «fuerza es ó que le tenga, ó que no le tenga... Todo lo que sea «buscar un acomodamiento entre los dos sistemas es una quime- «ra: la *fusion* es aun mas vana, si cabe, en el órden religioso que «en el político.»

«Yo no discutiré por cierto. Dejaré á un lado toda cuestion per- «sonal, toda refutacion, toda argumentacion. La polémica abre con «sus propias manos los abismos que pretende llenar, pues añade

«la obstinacion del amor propio á la diversidad de opiniones. Te-
«ner en cuenta las objeciones que me dirigen personas estimables
«y que hablan con sinceridad, es un gusto que tiene para mí po-
«co aliciente. Mas elevados son mis deseos: yo aspiro á unirme
«con aquellos en la verdad. Dos ideas son las que ocupan mi al-
«ma, y me dominan en esta materia; ideas que yo quisiera pre-
«sentar con toda la claridad de la luz mas pura y mas viva. Si lle-
«go á alcanzarlo, si logro transmitirlas en otras almas, ellas por
«sí mismas producirán su efecto, y harán inútil la polémica de la
«cual me abstengo.

«Ciertamente que no valdria la pena de vivir, si no sacáramos
«de una larga vida otro fruto que un poco de experiencia y de pru-
«dencia sobre los negocios de este mundo en el momento de aban-
«donarlos. El espectáculo de las cosas humanas, y las pruebas
«interiores del alma irradian resplandores mucho mas elevados,
«y que se derraman sobre los misterios de la naturaleza y del des-
«tino del hombre, y de este universo en cuyo seno se halla el hom-
«bre colocado. De la vida práctica es de donde he recibido sobre
«estas cuestiones terribles muchas mas lecciones de las que me
«han suministrado en ningun tiempo la meditacion y la ciencia.

«Ved ahí la primera y la mayor de todas ellas.

«Ni el mundo ni el hombre se explican naturalmente y por sí
«mismos, por la sola virtud de las leyes permanentes que en ellos
«presiden, y de los actos pasajeros de voluntad que en ellos se
«despliegan. Ni la naturaleza y sus fuerzas, ni el hombre y sus ac-
«tos bastan para dar razon del espectáculo que contempla ó vis-
«lumbra el espíritu humano.

«Así como ni la naturaleza ni el hombre bastan para explicar-
«se á sí mismos, tampoco bastan para gobernarse. El gobierno del
«universo y del género humano es una cosa muy distinta de la
«reunion de leyes y de hechos naturales que en ellos observa la
«razon humana, y de las leyes y los hechos accidentales que en
«ellos introduce la libertad humana.

«Es decir, que mas allá ó mas acá del órden natural y humano,
«que está sujeto al dominio de nuestra comprension, existe el ór-
«den natural y sobrehumano, que Dios regula y desenvuelve fue-
«ra del alcance de nuestras miradas.

«Y desde que el hombre cesa de creer que esto es así, es decir,
«de creer en el órden sobrenatural y de vivir bajo el influjo de es-

«ta creencia, al momento el desórden entra en el hombre y en las «sociedades de hombres, obrando allí estragos que los conduci- «rian infaliblemente á su ruina, si por la sábia bondad de Dios el «hombre no fuese limitado en sus errores, é incapaz de sustraer- «se absolutamente al imperio de la verdad, aun cuando la des- «conoce.

«Que la cuestion religiosa verse ahora entre los que, mas ó me- «nos explícitamente y por muy diversos motivos, no admiten el «órden sobrenatural, es decir, la mayor parte de los filósofos, sea «cual fuere su denominacion, y los que realmente la admiten, es «decir, los Cristianos, esto es lo incontestable para todo grave «pensador.

«¿Es esto decir que entre todos aquellos que no admiten el ór- «den sobrenatural, incrédulos ó escépticos, ateos ó racionalis- «tas, haya paridad y confusion? ¡Guárdeme Dios no solo de pro- «ferir jamás, pero ni aun de pensar tan absurda y tan odiosa ini- «quidad! Conozco las inconsecuencias que por fortuna se deslizan «en el espíritu del hombre, y las demás sombras que á los ojos «de los mas linces ocultan las vias por las que se han ido inter- «nando. Sin duda, entre el impío que niega á Dios y el racio- «nalista que descansa en la confianza de que sin salir del órden «natural y á beneficio de no sé cuál transformacion, ha hallado «y fundado á Dios, el intervalo es inmenso; inmenso, indudable- «mente, tanto ante la justicia divina como delante de la equidad «humana. Y tales son á la vez la efervescencia y la miseria de «nuestro entendimiento, que en este vasto espacio, y de escala tan «dilatada, desde el grosero materialismo hasta el deismo puro se «encuentran y probablemente se encontrarán siempre, por des- «gracia, talentos eminentes y corazones sinceros. Las mudanzas y «las formas del error son infinitas é infinitamente variadas; y «cuando en ellas cae el hombre, hace esfuerzos infinitos para re- «tener algunos restos de verdad, y Dios permite que lo alcance «hasta cierto punto, ó que se persuada de buena fe que lo ha al- «canzado, lo cual producirá algun dia ó su excusa ó su tabla de «salvacion.

«Yo admito todas las distinciones, todas las desigualdades, to- «das las expansiones sinceras; y solamente afirmo dos cosas: la «una, que entre las escuelas filosóficas de nuestro tiempo, por di- «versos que sean sus sistemas y sus méritos, convienen todas en

«no admitir el órden sobrenatural, y en apurar sus esfuerzos pa-«ra explicar y gobernar sin su socorro el hombre y el mundo; la «otra; que allí donde no existe la fe en el órden sobrenatural, las «bases del órden social y moral están profunda y progresivamente «desquiciadas y vacilantes, pues el hombre ha cesado ya de vi-«vir en presencia del único poder que realmente le sobrepuja, y «que puede á la vez satisfacerle y arreglarle.

«El órden natural es el campo abierto á la ciencia del hombre; «el órden sobrenatural está entreabierto á su fe y á su esperanza, «pero allí no penetra su ciencia. En el órden natural el hombre «ejerce una parte de accion y de poder; en el órden sobrenatu-«ral no tiene mas que someterse.

«Se ha dicho en un sentido de conciliacion y de paz: *La reli-«gion y la filosofía son dos hermanas, que se deben mútuamente respe-«to y proteccion.* Palabras en las que se ven aun marcadas las qui-«meras del orgullo del hombre: la filosofía viene del hombre, y «es la obra de su entendimiento; la religion viene de Dios; el hom-«bre la recibe y muchas veces la altera, despues de haberla re-«cibido, pero no la crea. La religion y la filosofía no son pues dos «hermanas; son dos hijas, la una de *nuestro Padre que está en los «cielos,* la otra del simple genio humano. Y su condicion en este «mundo tampoco puede ser igual, así como no lo es su orígen: la «autoridad es la divisa de la religion; la de la filosofía es la libertad.

«Paso ahora á la segunda de las dos ideas madres, y hoy mas «que nunca esenciales para el verdadero órden, que yo quisiera «ilustrar con toda su luz.

«El Cristianismo, dice el Sr. Veuillot, es la autoridad.

«Ciertamente: el Cristianismo es la autoridad; pero no es sola-«mente la autoridad, porque es todo el hombre, toda su natura-«leza, todo su destino; y la naturaleza y el destino del hombre es «la obediencia moral, es decir, la obediencia en la libertad. Dios «crió al hombre para que obedeciese sus leyes, y le crió libre pa-«ra que obedeciese moralmente. La libertad es de institucion di-«vina, como la autoridad; lo que es obra humana es la rebelion «y la tiranía.

«En el estado social tanto la autoridad como la libertad tienen «precision de garantías, y una y otra tienen derecho á estas ga-«rantías. Frenos se necesitan para contener tanto á los que han de «gobernar como á los que han de ser gobernados, pues unos y otros

«son hombres. De aquí las instituciones y las leyes políticas que «ora sostienen, ora limitan el poder; es decir, que determinan á «qué condiciones y por cuáles medios es ejercida la autoridad, y «la libertad queda asegurada.

«¿Cuál es la medida de autoridad necesaria para el gobierno y «la medida de libertad posible en las sociedades humanas? ¿Cuá- «les son los medios de accion y las garantías que deben darse á la «autoridad y á la libertad? Cuestiones son estas de circunstancias, «cuya solucion debe variar segun los tiempos, el estado social, «las costumbres, los diversos géneros y los diversos grados de ci- «vilizacion de los pueblos; y á la política es á la que pertenece «resolverlas.

«Cuando el Cristianismo pareció en el mundo, invocó la liber- «tad, esto es, la libertad moral del hombre. Y así debia ser, pues «venia para abolir las creencias antiguas protegidas por los pode- «res establecidos. En esta lucha de las creencias, no solamente «el Cristianismo naciente no ha atacado jamás ni puesto en duda «los poderes establecidos, sino que ha hecho mas; ha formalmen- «te reconocido, y respetado, y ordenado respetar sus derechos. Pe- «ro al mismo tiempo, y por lo que toca á las relaciones del hom- «bre con Dios, ha apelado á la conciencia libre del hombre, y ha «sentado como principio esta misma libertad que de hecho prac- «ticaba. *Antes ha de obedecerse á Dios que á los hombres*, ha dicho «san Pedro [1].

«*Probad si los espíritus son de Dios*, ha dicho san Juan [2]. *Yo os «hablo como personas cuerdas*, ha dicho san Pablo [3], *juzgad vosotros «mismos lo que yo digo.*

«Dios no tiene parcialidad ni deja lagunas en sus designios; «cuando obra sobre los hombres, abraza toda enteramente la na- «turaleza humana; presentes tiene nuestros apetitos, nuestras ne- «cesidades, nuestros intereses, nuestros diversos derechos, y pro- «vee y satisface al mismo tiempo á todo, así á la autoridad como «á la libertad, no menos á esta que á aquella. Es un peligroso error «el desconocer este carácter completo y armonioso de las obras de «Dios, y mutilarlas buscando en ellas armas para nuestras disen- «siones humanas. Jesucristo vino para salvar al hombre, no pa-

[1] *Actos de los Apóstoles*, v, 29.
[2] *Primera carta católica de san Juan*, iv, 1.
[3] *Primera carta de san Pablo á los Corintios*, x, 15.

«ra hacer triunfar una causa. El Cristianismo comenzó por invo-
«car y poner en juego la libertad; despues conquistó y desplegó
«la autoridad; despues se ha acomodado á las diversas formas y
«á los diversos grados de autoridad y de libertad que el curso de
«las cosas ha hecho aparecer acá y allá en el mundo. Asociado á
«los destinos y á los actos del género humano el Cristianismo ha
«sufrido de nuestros errores y de nuestras faltas; á menudo se ha
«visto alterado y comprometido por los extravíos ya de la autori-
«dad, ya de la libertad humanas; pero por su orígen y por su esen-
«cia está fuera de sus luchas, inagotable en su virtud para curar
«los males contrarios, y siempre pronta á prestar su ayuda al pun-
«to en que estalla el peligro ó en que se deja sentir la necesidad
«de la correccion.

«En el actual estado de las sociedades y de los ánimos, la auto-
«ridad y el órden con la autoridad son los que están en peligro,
«y el Cristianismo les debe todo su apoyo. No conozco impostura
«ni ceguedad mas grosera que la de aquellos hombres que force-
«jan hoy dia para hacer declinar la religion cristiana en prove-
«cho de esta anarquía brutal y loca que ellos llaman democracia
«social. Tan absurda profanacion es igualmente rechazada por el
«Evangelio y por la historia. La causa de la autoridad civil y de
«la religion cristiana es á todas luces comun: el órden divino y
«el órden humano, el Estado y la Iglesia tienen los mismos peli-
«gros y los mismos enemigos.

«¡Concédales Dios la misma prudencia y el mismo acierto! pues
«al paso que deben al mismo tiempo el uno y el otro, y de con-
«cierto restablecer la autoridad en su verdadera línea y en sus de-
«rechos, tienen que resolver otro problema mas nuevo, y que sa-
«tisfacer otras necesidades igualmente imperiosas.

«A los que piensan que de muchos siglos á esta parte la socie-
«dad en Europa, y particularmente en Francia, ha hecho desviar
«de su recto sendero tanto los gobiernos como las inteligencias, y
«que en el carácter dominante y en las tendencias de nuestra ac-
«tual civilizacion no hay sino error, corrupcion y decadencia, na-
«da tengo que decirles. Comprendo muy bien que pensando de
«este modo, miran la accion retrógrada como necesaria á la par
«que legítima, y que á ella dirigen sus esfuerzos. En cuanto á es-
«tos, no tengo mas que exponerles sinceramente mi íntima con-
«viccion de que no saldrán con su intento. Si tuviesen razon, nues-

«tra moderna sociedad estaria condenada á perecer; entonces ten-«dríamos el progreso en la decadencia, no en el restablecimiento «de lo pasado.

«Mas no les asiste la razon. Nadie mas convencido que yo de los «inmensos errores y de los funestos descarríos de nuestro tiempo: «nadie teme ni detesta mas que yo el imperio que ejerce entre «nosotros y el peligro con que nos amenaza el espíritu revolucio-«nario, ese Satan humano á la vez escéptico y fanático, anárquico «y tiránico, apasionado para negar y para destruir, tan incapaz «de crear nada que pueda vivir, como de sufrir que nada se crea «y viva á su presencia. Estoy entre los que opinan que es absolu-«tamente necesario vencer ese espíritu fatal, y restablecer en to-«do su honor y en toda su fuerza el espíritu de órden y de fe, que «es el espíritu de vida y de conservacion.

«Pero léjos estoy de creer que en el espíritu moderno no haya «mas que el espíritu revolucionario: no suscribo á que nuestra ci-«vilizacion, despues de tantos siglos, no sea otra cosa sino des-«carrío y corruptela: no creo en un mal irremediable, ni en la de-«cadencia inevitable de mi época y de mi país.

«El hecho característico, el hecho inmenso de la civilizacion «moderna es el acrecentamiento prodigioso de la ambicion y del «poder del hombre. Recorred en vuestro pensamiento lo que ha «pasado en estos últimos siglos, y lo que pasa en nuestros dias; «esta larga série y esta vasta reunion de trabajos y de obras hu-«manas, en todos géneros, en todos lugares; tantos secretos pe-«netrados por la ciencia; tantos monumentos levantados por el «genio; tantas riquezas creadas por la industria; tantos progresos «de justicia y de bienestar introducidos en la condicion así de los «pequeños como de los grandes, así de los débiles como de los «fuertes; el hombre paseándose como señor por todos los espa-«cios de la tierra que habita, y sondeando con mano firme los mun-«dos que no puede pisar; el pensamiento derramando sus descu-«brimientos y sus ideas en todos los pliegues de las sociedades «humanas; la materia bajo todas sus formas domada donde quie-«ra y sometida al servicio del hombre; este ardor expansivo y as-«cendente que circula por todo el cuerpo social; esta actividad «universal é incesante, é incesantemente fecunda, que todo lo po-«ne en movimiento y en obra á provecho de todos. Nunca el hom-«bre habia marchado tan rápidamente á la conquista y á la domi-

«nacion del mundo; nunca en su calidad y con sus fuerzas de hom-
«bre habia ejercido tanto imperio sobre la naturaleza y sobre la
«sociedad.

«No se me oculta todo lo que hay en esto de malo y de peligroso,
«de embriagador y de ilusorio; pero no son estos por cierto los sín-
«tomas de la decadencia, pues hay tambien grandeza y porvenir.

«Con este grande hecho, con este acrecentamiento inmenso de
«poder y de ambicion de la humanidad tienen que tratar de aquí
«en adelante el Estado y la Iglesia, el gobierno civil y el gobierno
«cristiano. Cuando estos, con la ayuda de Dios y de los mismos
«sucesos, habrán vuelto á conducir el hombre al respeto de las
«leyes eternas que él ha locamente desconocido, cuando hayan
«levantado otra vez los límites de su poder, y humillado las ín-
«fulas de su orgullo, el hombre quedará todavía orgulloso y fie-
«ro, y lleno del sentimiento de su fuerza y del deseo de los dere-
«chos que han excitado su ambicion. Allá donde está la fuerza se
«dirigen por una armonía natural y en una cierta medida el po-
«der y la libertad. ¿Y cuál será de consiguiente esta medida? ¿Qué
«parte de influencia tendrán los hombres y cada hombre en los des-
«tinos públicos y en sus propios destinos? Ahí está el problema:
«puede resolverse, pero no se podrá eludir: tras los trabajos y los
«progresos de la humanidad el espíritu de libertad ha entrado
«en las sociedades humanas; y si bien es necesario contenerle en
«sus justos límites, el expulsarlo de ellas es imposible.

«Así lo conocen por todas partes los gobiernos civiles, y segun
«ello trazan el plan de su conducta. En mi concepto se hace á los
«gobiernos de nuestra época una injusticia manifiesta. No es ver-
«dad que ellos se obstinen en la indiferencia para con el bien y el
«progreso de los pueblos: no es verdad que solo aspiren á la in-
«movilidad y á la tiranía. No carecen indudablemente de pasiones
«personales y de añejos errores; pero todos, cualesquiera que sean
«sus formas, por prudencia ó por deber se hallan formalmente
«convencidos de la necesidad de respetar los derechos y de res-
«petar la condicion de los hombres; y aun los mas rebeldes á las
«apariencias liberales, hacen todos los dias en sus leyes y en sus
«prácticas una multitud de cambios favorables á la justicia y á la
«libertad.

«Y añado, que los gobiernos europeos, al través de tantas bor-
«rascas como sobre ellos han estallado de sesenta años á esta par-

BOSTON COLLEGE LIBRARY

«te, se han conducido, hablando en general, con una grande mo-«deracion. Incesantemente insultados en su dignidad y atacados «en su existencia, no se han entregado, ni durante la lucha ni «despues de la victoria á aquellos raptos de pasion y de poder de «que por tanto tiempo vimos llena la historia del mundo. Y aun «cuando podamos decir que no siempre han sido previsores ni há-«biles en sus actos, ya de resistencia, ya de concesion al espíritu «de la época; tampoco hay razon para decir que hayan sido para «con él irreconciliables adversarios. En esta formidable lucha de «nuestro tiempo entre los gobiernos y las revoluciones, no será «por cierto á los gobiernos á quienes la historia tendrá que impu-«tar el mas insolente desprecio de la justicia y de la libertad; y «si el espíritu de revolucion fuese moderado en sus pretensiones «y en sus actos en el mismo grado en que los gobiernos se han «mostrado dispuestos á serlo con el espíritu de progreso, muy cer-«ca se hallaria de quedar resuelto en el órden civil el gran pro-«blema de la conciliacion del órden con la libertad.

«El gobierno de la sociedad religiosa, ó hablando con mas pre-«cision y franqueza, la Iglesia católica tiene para resolver un pro-«blema análogo; problema tanto mas urgente en cuanto, si bien «se observa, la situacion de los ánimos, la idea de la libertad se «halla en el dia muy especialmente arraigada y poderosa en el ór-«den religioso. Los derechos de la conciencia delante de Dios pa-«recen y son en efecto muy superiores á los derechos del pensa-«miento delante de los hombres. Si existe en la vida del alma una «parte en que la intervencion de la fuerza sea mas inícua y mas «odiosa, es sin disputa en la relacion del alma con su Criador y «con su Juez, y cuando se trata para ella de la eternidad ó de la «salud. Este es, de otra parte, un sentimiento que todos hemos «probado, un principio, al que todos hemos rendido homenaje; «cristianos ó filósofos, católicos ó protestantes, todos sin excep-«cion hemos tenido, y sin cesar aun, en medio de las naciones mas «civilizadas, todos tenemos necesidad á nuestra vez de invocar la «libertad religiosa. De todos los gritos de libertad, este es el que «dispierta con mas seguridad en los corazones la idea de un de-«recho sagrado y de un hecho necesario, el que excita la mas viva «susceptibilidad y la mas general simpatía.

«Profeso un profundo respeto á la Iglesia católica: ella ha sido «por siglos enteros la Iglesia cristiana de toda la Europa, y ella

«es la grande Iglesia cristiana de la Francia. Considero su dig-«nidad, su libertad, su autoridad moral como esenciales á la suer-«te de la cristiandad entera. Si yo creyese que la Iglesia católica no «puede, sin abjurarse á sí misma, aceptar en el Estado el princi-«pio de la libertad religiosa, callaria, pues detesto mas que todo «la hipocresía y la sutileza. Pero no hay nada de esto. Que la Igle-«sia católica conserve plenamente sus principios fundamentales, «su inspiracion permanente, su infalibilidad doctrinal, su unidad; «que por sus leyes y su disciplina interiores prohiba á sus fieles «todo cuanto pudiera atacar ó lisiar estos principios, en esto está «en su derecho, como en su fe. Mas solo deseo que al mismo tiem-«po admita plenamente, no la separacion de la Iglesia y del Es-«tado, grosero expediente que so pretexto de emanciparlas mú-«tuamente las abate y debilita entrambas, sino la separacion del «órden espiritual y del órden temporal, del estado religioso y del «estado civil, y la ilegitimidad de toda intervencion de la fuerza «en el órden espiritual, aunque sea en servicio de la verdad. Que «por consiguiente acepte la libertad religiosa como una ley, no «de la sociedad religiosa sino de la sociedad política; como un de-«recho, no del cristiano sino del ciudadano. Al momento mismo «en que desaparezca la incompatibilidad entre la sociedad moder-«na y la Iglesia católica, el problema de la paz entre la sociedad «civil y la sociedad religiosa queda resuelto.

«La Iglesia católica puede muy bien observar esta conducta, «pues todo lo que religiosamente la constituye, todo su órden es-«piritual queda intacto é independiente del mismo modo. Si así «se conduce, si al propio tiempo que mantiene firmemente sus «principios y sus derechos como sociedad religiosa, acepta fran-«camente los principios de nuestro órden político, y la libertad «religiosa que es una de sus partes, no solo fundará la paz entre «ella y la sociedad civil, sino que asegurará á sí misma una gran-«de fuerza y un grande porvenir. El Cristianismo tiene grandes «conquistas que hacer y que recobrar; para el restablecimiento «del órden social y para la salud moral de las almas le es preciso «reconquistar mucho terreno; y no es fácil concebir la rapidez «con que desaparecerian delante de él los obstáculos y las resis-«tencias, si desapareciesen á la vez los temores de la antigua in-«tolerancia, y si la misma Iglesia católica ofreciese por su parte «una seguridad de respetar la libertad religiosa.

«Y pasando mas adelante, voy á presentar á los Cristianos otra «consideracion.

«Hay entre todos los Cristianos, á cualquiera iglesia que per-«tenezcan, una fe comun: ellos creen en la revelacion divina con-«tenida en los Evangelios y en Jesucristo que vino á la tierra para «salvar el mundo.

«Hay en el dia para todos los Cristianos, á cualquiera iglesia «que pertenezcan, una causa comun: ellos tienen la fe y la ley «cristiana que defender contra la impiedad y la anarquía.

«Esta fe comun y esta necesidad comun á todos los Cristianos «son infinitamente superiores á todos los disentimientos que los «dividen.

«¿Es esto decir, que deben ellos á toda costa dejar á un lado «sus disentimientos, y en nombre de su fe comun y de su comun «peligro, venir, segun el lenguaje corriente, á la fusion para no «formar sino una sola y misma Iglesia?

«No lo creo yo así. El restablecimiento de la unidad en el seno «del Cristianismo por medio de la reunion de todas las iglesias «cristianas ha sido el blanco de los deseos y de los esfuerzos de «los mayores talentos católicos y protestantes. Bossuet y Leibnitz «lo tantearon, y aun en el dia esta idea no deja de dominar en «algunos espíritus generosos, y hasta piadosos obispos me lo han «manifestado con una confianza que reconozco me honra sobre-«manera; pero al paso que respeto tan simpáticos deseos, no creo «que puedan realizarse. En el órden temporal y entre intereses «puramente humanos, la fusion, por difícil que sea, es siempre «posible, porque los intereses pueden transigir bajo el imperio ó «en nombre de la necesidad. Mas en el órden espiritual y entre «creencias religiosas no hay transaccion posible, porque la nece-«sidad no puede jamás convertirse en verdad. La fe no admite la «fusion, sino que exige la unidad.

«Pero allá donde no existe la unidad de la Iglesia, cuando la «fusion de las diversas iglesias es imposible, y cuando queda es-«tablecida la libertad religiosa, hay lugar para el buen sentido «práctico y para la caridad cristiana. El buen sentido dice á los «Cristianos que se hallan todos á la presencia de un mismo ene-«migo, mucho mas peligroso para todos ellos de lo que pueden «serlo los unos para los otros; pues si aquel triunfaba, les haria «caer á todos de un mismo golpe. En las regiones elevadas la guer-

«ra contra la religion solo se manifiesta bajo los pliegues de un «escepticismo ó de un racionalismo reservado, y hasta tímido, á «veces formal y comedido, y que procura antes ocultarse que des- «cubrirse. Pero en el fondo de la sociedad y en las masas, la im- «piedad apasionada es la que fermenta, y la que para vencer asu- «me la defensa de los mas groseros y mas ardientes intereses. La «fe cristiana en su carácter esencial y vital, es decir, la fe y la «sumision al órden sobrenatural cristiano es la única fuerza que «puede sostener este grande combate. Católicos ó Protestantes, «convénzanse todos los Cristianos de esta verdad: lo que el Cato- «licismo perderia en crédito y en imperio en las sociedades católi- «licas, lo que el Protestantismo perderia en crédito y en imperio «en las sociedades protestantes, no lo ganarian respectivamente «ni el Protestantismo ni el Catolicismo; la que ganaria seria la im- «piedad. Es pues para todos los Cristianos, sean cuales fueren sus «disidencias en la esfera cristiana, un interés evidente y un deber «imperioso el aceptarse y sostenerse mútuamente como aliados «naturales, contra la impiedad anticristiana; y entiendan que no «serán demasiadas todas sus fuerzas ni todos sus esfuerzos reu- «nidos para triunfar al fin en esta guerra, y para salvar á la vez «el Cristianismo y la sociedad.

«Y lo mismo que el interés aconseja á los Cristianos, la cari- «dad cristiana se lo prescribe. Me valgo, sin vacilar, de las pa- «labras mas sencillas que expresan con toda verdad las ideas y los «sentimientos á que me dirijo; y aun en medio de esta tibieza de «corazon que es una de las mas lamentables dolencias de la épo- «ca, no siento el menor embarazo en hablar de caridad cristiana á «Cristianos.

«Cuando las luchas religiosas constituyen la pasion activa y el «grande negocio práctico de una época; cuando las diversas creen- «cias están en lucha abierta, manejando las armas no solamente «espirituales sino temporales, y con la esperanza de sujetarse ó «de extirparse mútuamente, conozco que la caridad cristiana es «difícil, pues tiene tentaciones demasiado fuertes, é intereses apre- «miantes en demasía que superar. El Canciller de l'Hospital y el «presidente de Thou, que aconsejaban la paz entre Católicos y Pro- «testantes, en la víspera ó al dia siguiente de un degüello ó de una «batalla poco podian pensar en hablarles de caridad.

«Mas cuando toda lucha material ha cesado; cuando la liber-

«tad religiosa queda establecida en las costumbres así como en la «legislacion; cuando de hecho y de derecho las creencias diver- «sas están obligadas á vivir en paz, las unas al lado de las otras, «¿cómo no les vendria el deseo de embellecer y de fecundar la paz «por la caridad? ¿Por qué, cuando son imposibles las pasiones «duras y desastrosas, dejarian de desplegarse naturalmente sen- «timientos mas dulces y equitativos? Sé muy bien el poder de las «tradiciones, de los recuerdos y tambien de las disidencias per- «manentes que mantienen la polémica, aun cuando esta ha que- «dado puramente especulativa. Sin embargo, la prolongacion de «la paz y de la libertad ejerce un grande imperio para calmar los «ánimos, y hoy mismo tenemos de ello un ejemplo palpitante que «se verifica á nuestra vista. No cesaré, pues, de repetir lo que de- «cia tambien á la Sociedad bíblica: «Mirad lo que está pasando en «Inglaterra: no hay duda que allá está viva y con todo su vigor «la irritacion protestante: hay allá un movimiento general apa- «sionado en favor de una fe popular y poderosa. El Gobierno mis- «mo se asocia á este movimiento, y le sigue. El Protestantismo in- «glés se muestra muy inclinado á buscar su seguridad y su satis- «faccion á costa de la libertad religiosa de los Católicos. Pero ¿qué «sucede? Lo mismo que aparenta poner en obra á este objeto, en «realidad no lo ejecuta, falta para ello osadía, falta poder, y aun «diré que en el fondo falta tambien voluntad. En medio de esta «efervescencia protestante, persiste y se desenvuelve la libertad «religiosa de los ingleses católicos. Su culto es libre; sus iglesias «se abren y hasta se multiplican; sus sacerdotes ejercen sin la me- «nor traba sus funciones. Su imprenta es libre, ellos defienden «públicamente sus creencias y sus actos. Tampoco les falta la li- «bertad de sus discursos y de sus votos en el Parlamento, en el «cual sostienen su causa en alta voz.» Espectáculo admirable por «cierto, y que despues de haber con razon llenado de inquietud «á los amigos de la libertad religiosa, debe llenarles de seguri- «dad. Ha vuelto á asomar el espíritu de persecucion; pero el es- «píritu de justicia y de libertad le ha mirado de hito en hito, y á «pesar de las apariencias, ha quedado dueño del terreno. Reco- «nózcanlo por fin los cristianos católicos y los cristianos protes- «tantes: en adelante les será mas natural de lo que ellos creen vi- «vir en relaciones de caridad cristiana, pues que han perdido la «habitud y hasta la posibilidad de oprimirse eficazmente.

«Una palabra mas, y habré explanado toda mi idea. En un ré-
«gimen de libertad religiosa bien establecido y bien aceptado, no
«solo las diversas comuniones cristianas pueden vivir en paz y en
«buenas relaciones, sino que pueden contribuir con su coexisten-
«cia pacífica, á su mútua prosperidad religiosa. ¿Cuál ha sido en
«Francia una de las épocas mas gloriosas y mas piadosas para el
«Catolicismo? Indudablemente el siglo décimo séptimo. El Cato-
«licismo francés vivia entonces en presencia del Protestantismo
«aun tolerado, y del Jansenismo en todo su vigor. ¿Qué causa ha
«impedido á la iglesia anglicana de caer en la apatía que mas de
«una vez ha parecido estar muy cerca de aniquilarla? La proxi-
«midad de las sectas disidentes, en parte libres, que la han man-
«tenido siempre con afan, forzándola á salir de su habitual lan-
«guidez. No hay institucion, no hay poder que no tenga necesi-
«dad de sentirse contrarestado, y de tener que hacer esfuerzos
«para conservar su posicion. Bueno es el vencer, pero no el ex-
«terminar á sus rivales; y así en el órden espiritual como en el
«órden temporal, el laborioso régimen de la libertad tiene para
«todo el mundo sus justas recompensas; al mismo tiempo que ase-
«gura á los débiles su derecho, regenera incesantemente á los ven-
«cedores.

«Sin duda el Catolicismo reposa sobre el principio de auto-
«ridad; pero sin separarse de esta base, puede admitir, y en el
«decurso de sus destinos ha muchas veces admitido grados muy
«diversos de libertad. Desde el siglo undécimo al décimocuarto
«al propio tiempo que la Iglesia católica era para la sociedad ci-
«vil una grande escuela de autoridad, era en sí misma y en su
«propio seno un vasto teatro de libertad, pues en sus concilios,
«en sus congregaciones, en sus correspondencias diseminadas en-
«tre los fieles, la discusion estaba sin cesar abierta y animada en-
«tre sus jefes. No me toca ahora examinar si nuestros tiempos acon-
«sejan ó permiten el restablecimiento de tales medios de gobierno,
«y mas me inclino á dudarlo que á pretenderlo. Pero me siento
«vivamente impresionado por un grande hecho moral, que me-
«rece, si no me engaño, toda la atencion del clero católico. La
«disposicion del espíritu y del corazon de los fieles que él está en-
«cargado de dirigir religiosamente, no es siempre la misma; ni la
«misma medida, ni la misma calidad de alimento religioso, si es
«lícito hablar así, bastan en todos los tiempos á las almas cristia-

«nas. Despues de la caida del imperio romano, cuando la mision «del clero católico fue la de convertir á los bárbaros, y hacer que «penetrase un poco de órden moral entre aquellos rudos vence- «dores y en las miserables poblaciones que vivian sometidas á su «yugo, solo por el firme y brillante ejercicio de la autoridad re- «ligiosa podian los sacerdotes alcanzar su objeto: tenian en el pue- «blo cristiano, grandes ó pequeños, muchas pasiones que repri- «mir, y pocas necesidades intelectuales que satisfacer; lo que con- «venia era herir y dominar la imaginacion, mucho mas que ali- «mentar y dirigir la actividad de los espíritus. Pero los tiempos y «los hombres han cambiado considerablemente: los ánimos son «en el dia activos, variados, curiosos, ávidos; la vida espiritual «de los fieles cristianos, así de los mas fieles como de los mas vaci- «lantes, es infinitamente mas animada de lo que lo era en otro tiem- «po. Á almas así dispuestas les conviene un régimen moral que «sea tambien mas animado, y que, al paso que la regule dé á su «propia é íntima actividad una mayor medida de satisfaccion. Emi- «to una conviccion mia profundamente arraigada, y me atreveré «á decir, del todo exenta de cualquiera segunda intencion y mal- «querencia, al decir que de aquí en adelante la Iglesia católica, «sin perder nada de su autoridad, tendrá necesidad para gober- «nar las almas, de admitir de parte de los fieles mas movimiento «intelectual y espontáneo de lo que han exigido otros tiempos; «pero me hallo al mismo tiempo convencido de que al momento «de haber ella reconocido este nuevo estado moral de la socie- «dad cristiana, la Iglesia católica sabrá proveer á esta nueva ne- «cesidad.

«En una obra reciente [1], un extranjero justamente ilustre, el «Sr. Donoso Cortés, hablando de mí en términos que no puedo «permitirme el repetir, ha dicho: «El grave error en que ha caido «el Sr. Guizot en su *Historia de la Civilizacion europea* es empren- «der la tarea imposible de explicar las cosas visibles por las co- «sas visibles, las cosas naturales por las cosas naturales; lo cual «es tan supérfluo como el explicar un hecho por el hecho mismo, «una cosa por la cosa misma, pues que todas las cosas visibles y «naturales, y en tanto que visibles y naturales, son una sola y «misma cosa.» El Sr. Donoso Cortés espero que quedará conven-

[1] *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo*, por el señor Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, pág. 99-105.

«cido que no es tal mi pensamiento, y que lejos de detenerme y «de satisfacerme en las cosas visibles y naturales, creo en el or- «den sobrenatural, y en su necesidad para explicar y gobernar «el mundo. Los filósofos creo que reconocerán por su parte, que «si rechazo su doctrina, no doy por desierto su derecho. No digo «esto para reclamar el frívolo honor de sostener á la vez dos gran- «des causas, sino para afirmar una doble verdad que obtiene toda «mi conviccion, y á la que consagraré todas mis fuerzas: la fe cris- «tiana y la libertad religiosa: la salud de los pueblos ha de con- «seguirse á este precio.»

CAPÍTULO II.

ANÁLISIS DEL ESCRITO DEL SEÑOR GUIZOT.

Por medio de este elocuente llamamiento á todas las comuniones cristianas para invitarlas á unirse, ya que no en la verdad, á lo menos en la ficcion de la verdad, el Sr. Guizot se ha granjeado el honor de una tentativa generosa, y nos ha dejado la responsabilidad de las resultas. Esta responsabilidad, pues, es la que nos obliga á explicarnos. Vamos á hacerlo, pues, con la sinceridad de un cristiano, y la autoridad de un católico, sin olvidar que el señor Guizot es demasiadamente superior á nosotros por la gloria de sus años, para que el respeto de nuestras intenciones no deba igualar á la libertad de nuestro lenguaje, y que esta no pase mas allá de lo que la verdad exige.

En estas disposiciones, pasemos á apreciar su escrito.

El talento del Sr. Guizot es en realidad admirable, pero lo mas admirable todavía es su honradez en el error; y es tal esta honradez, que á pesar de su magnífico talento, le hace faltar á una calidad esencial: la claridad.

El Sr. Guizot podria tener mas de esta claridad que caracteriza el espíritu francés: su talento tan elevado, tan flexible, tan rico, le proporcionaria naturalmente los medios; pero dos cosas se oponen á ello: su error y su honradez, su fe y su buena fe.

Su fe protestante le impide de hallarse claramente en la verdad; y su buena fe le priva de hallarse claramente en el error. Retenido por esta y atraido por aquella, pasando y volviendo á pasar de la una á la otra, entre dos regiones, por decirlo así, y sobre sus confines, está en la verdad tanto como se puede estar no viviendo en ella, y está tan poco en el error como es posible estar respirando en su atmósfera.

Así todos los grandes caracteres del talento del Sr. Guizot se convierten al mismo tiempo en procedimientos favorables á la insuficiencia de su doctrina. De ahí ese tono general de imparcialidad, que es una manera de evitar la precision, y que no es por lo comun otra cosa sino la ambigüedad; esa amplitud de formas que da ensanche al pensamiento, y que permite ejercitarle sin compromiso, y esa elevacion constante de su palabra, por la cual elude las dificultades aparentando sobre ellas cierta superioridad. De ahí viene tambien no hallarse claramente circunscritos los giros de su pensamiento, no por efecto de oscuridad ó de falsedad en sus proposiciones, sino mas bien por un conflicto ó confluencia en cierto modo de verdades que se neutralizan hallándose sobre un mismo nivel, en vez de subordinarse y de robustecerse recíprocamente, produciendo el efecto de dos luces respectivamente colocadas en oposicion con respecto á un mismo cuerpo, cuya imágen duplican, pero debilitándola.

Esto es sin duda mas decoroso que una claridad culpable en el error; pero es mucho mas peligroso para la verdad, la cual es mas difícil segregar de esa falaz mezcolanza, y de este falso fulgor de verdades.

Para conseguirlo, pues, volvamos á considerar el conjunto de su escrito; bien que quizás, deslumbrados por la brillantez de su estilo, y bajo la profusa riqueza de su magnífico ropaje, no habrémos podido deslindar con perfeccion sus formas y sus movimientos. Levantemos, pues, y separemos un poco ese rico aparato, fijémonos únicamente en el pensamiento del Sr. Guizot, y preparémosle analíticamente para el juicio circunstanciado que de él debemos hacer despues.

En una sesion de la Sociedad bíblica protestante, el Sr. Guizot habia hecho oir palabras felizmente nuevas en sus labios. Esta vez habia sentado limpiamente la cuestion entre el *espiritualismo* y el *racionalismo*, entre los incrédulos, los panteistas, los escépti-

cos de toda especie, en una palabra, los puros racionalistas, y los cristianos; y se habia colocado, cual nunca habia hecho hasta ahora, de la parte de los cristianos, distinguiéndose y separándose de los racionalistas, aun de los mejores, con toda la distancia que media entre una estatua de Dios, ó un mármol, y el mismo Dios, el Dios viviente.

Entre las razones que le habian obligado á pronunciarse así se hallaba la de la precision que tiene la actual sociedad de esta creencia; y habia hecho resonar palabras admirables acerca la necesidad de introducir otra vez el respeto y la sumision al órden sobrenatural en el mundo y en el alma humana, así en las grandes capacidades como en las almas sencillas, tanto en las regiones mas elevadas como en los espíritus mas humildes.

Con esta profesion de fe y de sumision al órden sobrenatural el Sr. Guizot habia escandalizado á los Racionalistas, asombrado á los Protestantes, y edificado á los Católicos. Habíase él mismo colocado noble y oportunamente al frente del movimiento religioso, tanto como su calidad de protestante se lo permitia.

Mas, preciso es convenir que no se lo permitia mucho, y que la silla de presidente de una Sociedad bíblica no era la mejor cátedra para romper con el racionalismo y predicar la sumision. Así que, la publicacion de su discurso fue acogida muy diversamente y apreciada por los críticos, en especial por parte del Sr. Carlos Gouraud en el *Órden*, y del Sr. Luis Veuillot en el *Universo*.

Y no tuvieron que hacer grandes esfuerzos de dialéctica para hacer resbalar el discurso del Sr. Guizot.

«Si no hay reparo en insinuar que el Ateismo es un racionalismo lógico, decia el Sr. Gouraud, menos lo habrá en decir «que el Protestantismo no es mas que un racionalismo inconsecuente.»

«¿Qué cosa es el Cristianismo? — decia por su parte el Sr. Luis «Veuillot. — Es la autoridad. ¿Qué cosa es el Protestantismo? Es el «libre exámen; y la Sociedad bíblica protestante es la práctica del «libre exámen, llevado hasta su último y mas inconcebible extremo.»

Bastaban estas sencillas palabras para hacer resaltar toda la inconsecuencia de la posicion del Sr. Guizot.

Sin embargo, el Sr. Guizot ha probado afirmarse mas en su posicion, á cuyo efecto ha vuelto á dar á luz sus bellos *Estudios mo-*

rales, en donde el sentimiento religioso, por brillante, por elevado que se presente, evita una forma; y ha publicado al frente de la obra el escrito que vamos examinando.

En este escrito, despues de haber citado él mismo á los señores Gouraud y Veuillot, con la generosidad de un hombre que no teme la verdad, empieza por declarar que él no discutirá; que dejará á un lado toda refutacion, toda argumentacion; que tener en cuenta, ó hacerse cargo de las objeciones que le dirigen personas estimables y sinceras es un gusto que tiene para él poco aliciente; que tiene deseos mas elevados, que aspira á *unirse á ellos en la verdad*, etc.

Mas esta es precisamente la cuestion. Así pues, cuando parece que renuncia á la discusion, el Sr. Guizot entra en ella de hecho; pero entra á su modo y con la pompa que acostumbra.

Empieza por sentar dos verdades innegables.

Es la primera, que existe un órden sobrenatural, y que desde el momento en el cual cesa el hombre de creer en él y de vivir bajo el influjo de esta creencia, entra el desórden en el hombre y en las sociedades de los hombres.

Es la segunda, que la cuestion se halla hoy dia entre los que no admiten el órden sobrenatural y los que lo admiten; entre los filósofos y los cristianos.

Queda ahora la cuestion de saber quiénes son los filósofos y quiénes son los cristianos, ó en otros términos, lo que constituye la sumision al órden sobrenatural y la no sumision á este órden.

Aquí es donde el Sr. Guizot da ante todo con el raciocinio del Sr. Carlos Gouraud.

Para deshacerse de él, se abstiene de querer insinuar que el Ateismo sea un racionalismo lógico, y se abstiene en términos los mas elocuentes y generosos hácia el Racionalismo. «¿Es esto de-«cir que entre todos cuantos no admiten el órden sobrenatural, «incrédulos ó escépticos, ateos ó racionalistas, haya paridad y «confusion? Guárdeme Dios, no solo de proferir jamás, pero ni «aun de pensar tan absurda y tan odiosa iniquidad... Conozco «las inconsecuencias que por fortuna se deslizan en el espíritu del «hombre... Sin duda, entre el impío que niega á Dios, y el ra-«cionalista que descansa en la confianza de que, sin salir del ór-«den natural, y á beneficio de no sé cuál transformacion ha ha-«llado y fundado á Dios, el intervalo es inmenso; inmenso indu-

«dablemente, tanto ante la justicia divina, como delante de la equi-«dad humana, etc.»

Inmenso, pues, por paridad es el intervalo que separa el protestante del racionalista. Verdad es que el Sr. Guizot no deduce esta conclusion; pero ella es evidentemente el fin implícito de este hermoso rasgo acerca las *felices inconsecuencias del espíritu humano*. Rompe el lazo lógico por el cual el Sr. Gouraud habia ligado el Racionalismo con el Ateismo, para deshacerse del lazo análogo que enlaza igualmente el Protestantismo con el Racionalismo.

«Admito, dice, todas las distinciones, todas las desigualdades, «todas las sinceras expansiones, y solamente afirmo que entre las «escuelas filosóficas de nuestro tiempo, por diversos que sean sus «sistemas, convienen todas en no admitir el órden sobrenatural.» «Y por consiguiente, concluye todavía implícitamente el Sr. Guizot, que entre todas las comuniones cristianas, protestantes ó católicas, sean cuales fueren sus diversos sentimientos sobre el objeto y el principio de la fe, hay de comun entre ellas, que admiten el órden sobrenatural.

Despues de haber de este modo respondido al raciocinio del señor Gouraud, llega el Sr. Guizot al del Sr. Veuillot.

«*El Cristianismo*, dice el Sr. Luis Veuillot, *es la autoridad*. Cier-«tamente, el Cristianismo es la autoridad; pero no es la autori-«dad solamente, porque es todo el hombre, toda su naturaleza, «todo su destino, y por consiguiente, la obediencia moral, la obe-«diencia en la libertad.»

De la autoridad y de la libertad así definidas en el órden absoluto y espiritual, pasa el Sr. Guizot sin transicion á una autoridad y á una libertad de un órden enteramente distinto, á las que se ejercen *en el estado social*. Hace ver como estas son movibles en sus límites y en sus relaciones, y como estos límites y estas relaciones se reducen á cuestiones de circunstancias, cuya solucion debe variar segun los tiempos, el estado social, las costumbres, etc., y que á la política toca resolver.

Volviendo despues á pasar, sin hacer distincion alguna, á la libertad del órden absoluto y espiritual, hace observar, que esta misma libertad es la que el Cristianismo ha puesto principalmente en movimiento, mientras que en el dia de la creacion fue *la obediencia*.

Oponiendo de este modo la creacion y la regeneracion, la au-

toridad y la libertad, dice que el Cristianismo no vino para hacer triunfar una causa (la causa de la autoridad) que él empezó por hacer un llamamiento á la libertad; despues, que conquistó y desplegó la autoridad; despues, que se ha acomodado á los *diversos grados de autoridad y de libertad que el curso de las cosas ha hecho aparecer acá y allá en el mundo*, (aquí volvemos á la autoridad y á la libertad del órden social); que se ha visto con frecuencia alterado y comprometido por los descarríos, ya de la autoridad, ya de la libertad; pero que por su orígen y por su esencia está fuera de sus luchas.

Despues de haber así mezclado y confundido á su vez dos órdenes tan diferentes de libertad y de autoridad: la libertad y la autoridad del órden absoluto y divino, y la libertad y la autoridad del órden contingente y terrestre; despues de haber trasladado á aquellas la oposicion y vicisitud de relaciones que son propias de estas, llega el Sr. Guizot hasta hallarse naturalmente sobre las unas y las otras, á repartir entre ellas la parte de los deberes y de los consejos, y á dictar el protocolo de su alianza.

«En el actual estado de la sociedad y de los ánimos, dice, la «autoridad, y el órden con la autoridad son los que están en pe«ligro; y el Cristianismo les debe todo su apoyo. La causa de la «autoridad civil y de la religion cristiana, es á todas luces comun: «el órden divino y el órden humano, el Estado y la Iglesia tienen «los mismos peligros y los mismos enemigos. *¡Concédales Dios el «mismo acierto!*»

Con todo, esta palabra de deseo de acierto ó de sabiduría, segun el Sr. Guizot, no es igualmente necesaria al órden divino que al órden humano; el uno carece mas de sabiduría que el otro, y este no es por cierto el órden humano; al contrario. Esta prudencia, ó sabiduría, ó sagacidad (que consiste mas particularmente en admitir el nuevo espíritu de actividad libre del hombre), hablando generalmente no ha faltado al órden humano ó al Estado. «En mi «concepto, dice el Sr. Guizot, se hace á los Gobiernos de nuestra «época una manifiesta injusticia. No es verdad que solo aspiren á «la inmovilidad y á la tiranía, etc.» Sigue aquí una larga apología de los Gobiernos.

Despues de haber de este modo hecho justicia al órden humano, el Sr. Guizot, dirigiéndose al órden divino, ó á la Iglesia, le dice: «Profeso un profundo respeto á la Iglesia católica: ella ha sido por

«siglos enteros la Iglesia cristiana de toda la Europa: ella es la «grande Iglesia cristiana de la Francia. Considero su dignidad, «su libertad, su autoridad moral como esenciales á la suerte de la «cristiandad entera. Si yo creyese que la Iglesia católica no pue«de, sin abjurarse á sí misma, aceptar en el Estado el principio «de la libertad religiosa, callaria, pues detesto sobre todo la hi«pocresía y la sutileza. Pero no hay nada de esto. Que la Iglesia «católica conserve en toda su plenitud sus principios fundamen«tales, su inspiracion permanente, su infalibilidad doctrinal, su «unidad; en esto está en su derecho como en su fe. Que solamente «acepte la libertad religiosa... ¡No es fácil concebir la rapidez con «que desaparecerian delante del Cristianismo los obstáculos y las «resistencias, si desapareciesen á la vez los temores de la antigua «intolerancia, y si la misma Iglesia católica ofreciese por su parte «una seguridad de respeto hácia la libertad religiosa!»

Por esta respetuosa leccion de sabiduría dada al órden divino, termina el Sr. Guizot la respuesta que habia comenzado á dar á la objecion tan sencilla como fuerte del Sr. Luis Veuillot: «El Cris«tianismo es la autoridad.»

El Sr. Guizot, despues de haber procurado de este modo desprenderse del Sr. Gouraud y del Sr. Veuillot, pasa al principal objeto de su escrito, cual es el de proponer á todos los Cristianos, sea cual fuere la Iglesia á que pertenezcan, una alianza contra la impiedad y la anarquía, en el interés de su comun creencia en la divina revelacion contenida en los Evangelios, y en Jesucristo venido sobre la tierra para salvar al mundo.

¿Es un retorno á la unidad, una reconciliacion, una fusion entre las dos ramas de la familia cristiana lo que se propone el señor Guizot, empresa tan noble como digna de su posicion y de su carácter? No: él declina el honor de esta empresa «que tantearon «Bossuet y Leibnitz, cuya idea llena todavía algunas almas gene«rosas, y que algunos piadosos obispos le han manifestado con «una confianza por la cual se reconoce profundamente honrado.»

El Sr. Guizot, pues, no tiene por mira la recomposicion de la unidad: admite que bajo la alianza de que habla, las sectas cristianas guardan todos sus disentimientos, todas sus divisiones entre sí y con la Iglesia. Lo que les propone, pues, por el hecho no es una union, sino una liga, un verdadero sincretismo, una alta coalicion.

Y á ello les invita en nombre del buen sentido y de la caridad.

El buen sentido dice á los Cristianos de todo género que corren un peligro comun contra el cual les conviene reciprocamente estar acordes, siendo su enemigo mucho mas peligroso para todos ellos de lo que pueden serlo ellos los unos para los otros.

La caridad, de otra parte, les prescribe este acuerdo tanto como se lo aconseja el interés. Habiéndose hecho ya imposibles entre los cristianos disidentes las luchas materiales, ¿por qué no embellecer la paz con la caridad? En apoyo de este llamamiento á la caridad, no duda el Sr. Guizot en citar el ejemplo de la Inglaterra y de cuanto ha pasado en ella en nuestros tiempos.

El Sr. Guizot hace notar además, que en un régimen de libertad religiosa bien establecida y aceptada, no solamente las diversas comuniones cristianas pueden vivir en paz, sino que esta paz misma contribuye á su *mútua prosperidad*, es decir, á su mútua division religiosa, á sus mútuos disentimientos de fe, á su mútua separacion en lo que mas deberia unirlas, lo cual no deplora por cierto el Sr. Guizot, sino que lo propone como una consideracion determinante.

Finalmente, el Sr. Guizot termina por dos profesiones de fe, que halla el secreto de conciliar para el mejor éxito de su mision mediadora, y recomendables á los ojos de todos, desde el católico hasta el ateo: «Yo creo en el órden sobrenatural, y en su necesi-«dad para explicar y gobernar el mundo. Los filósofos por su parte «reconocerán, segun creo, que si rechazo su doctrina, no dejo «abandonado *su derecho*. No digo esto con el fin de reclamar el frí-«volo honor de sostener á la vez *dos grandes causas*, sino para afir-«mar una *doble verdad* que tiene toda mi conviccion, y es el blanco «de todos mis esfuerzos: la fe cristiana y la libertad religiosa. La «salud de los pueblos solo puede adquirirse á este precio.»

Tal es el espíritu del escrito del Sr. Guizot, que hemos debido separar de la seduccion de sus formas para mejor presentarlo y discutirlo, y debemos discutirlo por lo que interesa á la verdad, pues tal es nuestro único móvil. Tiempo hace que el Sr. Guizot posee nuestra admiracion y nuestro reconocimiento por lo mucho que honra al espíritu humano con las bellas producciones con las cuales ha enriquecido su dominio. Ni menos merece nuestros respetos y nuestras simpatías por este noble y generoso movimiento que, desasiéndole del mezquino espíritu de secta, ha hecho siempre gravitar esa luminosa inteligencia en torno del centro de la

unidad católica, tan de cerca como puede permitírselo el error que le retiene en su órbita. Estamos felizmente convencidos que no por cálculo de orgullo y á sabiendas, sino únicamente por las ilusiones y exigencias de este error, que vienen á favorecer aun los maravillosos recursos de su raro talento, se engaña él el primero, engañándonos al propio tiempo acerca los verdaderos intereses de la grande causa del Cristianismo. ¡Honor á él, y á sus nobles intenciones! pero ¡honor á la verdad antes que á él, y libertad para cumplir con el deber de decirla! El interés general y nuestra recíproca dignidad solo pueden adquirirse á este precio.

CAPÍTULO III.

DISCUSION.

Tres verdades hay que establecer en oposicion al sentir del señor Guizot:

1.ª La distincion entre los que creen y los que no creen, entre los cristianos y los filósofos, es falsa y vana, si es otra que la distincion entre los discípulos de la autoridad y los partidarios del libre exámen. Todo aquel que es partidario del libre exámen es racionalista, y no hay verdaderos cristianos sino los discípulos de la autoridad.

2.ª El principio de autoridad, en materia de religion, no sufre transaccion ni composicion alguna en el principio de la libertad. La sumision á la autoridad divina debe ser absoluta, ó es nula.

3.ª De consiguiente, la alianza que el Sr. Guizot propone entre los discípulos de la autoridad y los partidarios del libre exámen, es falsa en su principio, y quimérica en su objeto.

El lector, cualquiera que sea, que nos habrá seguido hasta el término de esta triple demostracion, quedará de ella convencido.

CAPÍTULO IV.

QUE NO PUEDE HABER DISTINCION SINO ENTRE LOS DISCÍPULOS DE LA AUTORIDAD Y LOS PARTIDARIOS DEL LIBRE EXÁMEN.

«En el órden sobrenatural, al hombre no le resta mas que so-«meterse. Para nuestra salud presente y futura, la fe, es decir, «el respeto y la sumision al órden sobrenatural, deben entrar en «el alma humana, así en los grandes talentos como en los espíri-«tus sencillos... La autoridad, en una palabra, es el carácter de «la religion; el de la filosofía es la libertad.»

Estas palabras no son nuestras; son del Sr. Guizot, y no las hubiéramos pronunciado ni mas fuertes ni mas formales. El señor Guizot, pues, está de acuerdo con nosotros acerca el principio de una autoridad soberana, de una sumision absoluta en materia de religion. «*En el órden sobrenatural, al hombre no le resta mas que «someterse; la autoridad es el carácter de la religion.*»

¿Sobre qué está, pues, nuestro disentimiento?

Está en el objeto de esta sumision, en el sujeto de esta autoridad, es decir, en esta misma sumision y en esta misma autoridad: porque una sumision que fuese sin objeto, una autoridad que fuese sin sujeto, serian una sumision y una autoridad puramente nominales: no existirian.

¿Cuál es, pues, el objeto de la sumision, el sujeto de la autoridad entre nosotros?

Para nosotros, católicos, es el órden sobrenatural *enseñado* por la Iglesia, es decir, por una autoridad del mismo órden, puesta sobre nosotros, visible, viviente, distinta, independiente de nosotros, para que podamos nosotros depender de ella. Nada pues mas positivo, nada mas preciso, nada mas formal que esta autoridad y que esta sumision.

Para el Sr. Guizot y los Protestantes, no es así: es el órden sobrenatural *no enseñado*, y por lo mismo, inmediatamente concebido por la razon humana.

Este órden sobrenatural, pues, ó es, ó deja de ser, y es de tal

manera o de tal otra, segun el conocimiento que de ello puede formarse la razon humana por sí misma. Conocimiento necesariamente vano, como dice muy bien el mismo Sr. Guizot, no se halla bajo el dominio de nuestro conocimiento, y se desenvuelve *fuera del alcance de nuestras miradas.*

¿Quién no ve desde luego que la sumision de la razon, en este caso, carece de objeto real, pues que su pretendido objeto, el órden sobrenatural, depende en su conocimiento de esta misma razon que debe depender de él?

Toda autoridad debe ser distinta é independiente del ser que le debe estar sometido, para que esta autoridad y esta sumision sean reales. — El órden sobrenatural, me diréis, es independiente de mí. — Es verdad; pero no su conocimiento, sin el cual es para vos como si no existiera. Este conocimiento, obra de vuestra razon, depende de la debilidad de esta razon, y está sujeto á todas sus vicisitudes, léjos de dominarlo y de regularlo por una enseñanza superior y distinta, como la de la Iglesia para los Católicos.

Y no crea el Protestante escapar de este raciocinio, presentando el libro de los Evangelios como objeto superior y distinto de esta sumision. Lo mismo le diré del Evangelio que le he dicho del órden sobrenatural: él es lo que es su conocimiento, su interpretacion; y como su conocimiento, su interpretacion vos sois quien la haceis á vos mismo, luego vuestra sumision carece de objeto real.

Creer en el órden sobrenatural, creer en el Evangelio, ¿qué significa esto si no se sabe lo que se debe creer? Para que el espíritu esté realmente sometido, necesita ser ocupado y retenido por creencias fijas, determinadas por una enseñanza exterior y distinta; de otra manera reincide sobre sí mismo, y no se alimenta sino de sus propias opiniones, que no podrá jamás imponer á los demás ni imponerse á sí mismo, porque él es, y se queda siendo su autor.

Esto mismo es puntualmente lo que vosotros decís de los filósofos, y que se aplica con igual propiedad á los cristianos que rechazan la única autoridad docente, fuera de la cual no hay mas que opiniones y filósofos de diversos grados, desde el ateo hasta el partidario de la divinidad de Jesucristo.

La diferencia entre el Filósofo y el Cristiano no consiste solamente en el objeto, sino, ante todo, en el principio del acto del espíritu. No difieren únicamente en que este no admite y el otro

admite el órden sobrenatural, sino en que el uno tiene una opinion y el otro una creencia: una opinion, es decir, una manera de ver por si mismo; una creencia, esto es, una adhesion á otro que no es él. Los unos andan por las vias que ellos mismos han inventado; los otros por aquellas que les son abiertas por una enseñanza divina [1].

La admision ó la no admision del órden sobrenatural, como lo entiende el Sr. Guizot, no es, pues, mas que una diferencia de opinion y de manera de ver entre filósofos, movible y mudable como todas las opiniones; lo cual nada tiene de comun con la firme fe del Cristiano en la palabra de Jesucristo, que se hace llegar á su conocimiento por la palabra de la Iglesia.

La demarcacion real está entre los discípulos de la autoridad y los partidarios del libre exámen, entre los Católicos y los Filósofos... cristianos ó no cristianos.

Muy bien ha dicho el mismo Sr. Guizot, y muy francamente, que hay grados sin número entre los Filósofos, desde el ateo hasta el deista puro; y es inmenso el intervalo entre el impío que niega á Dios y el racionalista que reposa en la confianza de que, sin salir del órden natural, y á merced de no sé qué transformacion, ha encontrado y fundado á Dios. Pues bien, nosotros tambien admitimos que el intervalo es inmenso, y mas inmenso todavía entre él y el Sr. Guizot, ó cualquier otro cristiano como él. Pero lo que no admitimos es, que este intervalo sea otra cosa mas que un intervalo de opinion, de la misma naturaleza que separa el deista del ateo, y que no bastaria para constituir una distincion de principio en la adhesion del espíritu á uno ó á otro de estos grados.

No por esto confundimos los Protestantes con los Deistas mas de lo que el Sr. Guizot confunde estos con los Ateos, pero los confundimos hasta el mismo punto, por cuanto el principio que determina las opiniones diversas de todos es el libre exámen.

En esta escala móvil del libre exámen, si hay grados múltiplos en la region inferior de los que niegan el órden sobrenatural, ¿cuántos no habrá en la region superior de aquellos que la admiten? No es menor la diversidad entre los Protestantes que entre los Filósofos, y hasta la línea que separa á estos de aquellos es sumamente vaga y movediza; no creemos que el Sr. Guizot lo desmienta; tan vaga y

[1] *Ibunt in adinventionibus suis. - Si populus meus audisset me; Israël si in viis meis ambulasset.* (Psalm. LXXX, 13, 14).

tan movediza como la que separa de entre ellos mismos los unos de los otros.

Mas hay todavía: la tendencia lógica, la ley de la gravedad, si así puede decirse, de sus convicciones, debe llevarlos mas bien hácia el naturalismo que hácia el supernaturalismo, y la línea debe declinar mas bien de alto abajo que al contrario, porque la razon natural, cuando no recibe la verdad completamente formada de una autoridad sobrenatural en la que tiene fe y que la retiene en un determinado círculo, no puede admitir sino lo que comprende, y no comprende sino lo natural como ella, y aun no siempre; no quedándole en definitiva otro término lógico á sus investigaciones que el escepticismo, ó todo lo mas *esta religion de nivel que allana todas las alturas*, como lo arrostraba muy contra lógica Jurieu á los socinianos de su tiempo.

La verdadera cuestion, repito, está pues entre los partidarios del libre exámen y los discípulos de la autoridad, entre los Racionalistas y los Católicos. Y como los Protestantes no son católicos, luego son racionalistas.

¿Es esto decir que entre todos los racionalistas protestantes, deistas y ateos haya paridad y confusion? Seguramente que no, pues tambien conozco las felices inconsecuencias del espíritu del hombre; tambien admito todas las distinciones, todas las desigualdades, todas las sinceras confesiones; y solamente afirmo dos cosas: la una que entre los Protestantes y los Filósofos, por diversidad que tengan de sentimientos, convienen todos en no admitir *una enseñanza sobrenatural*, y se esfuerzan en explicar y gobernar sin su ayuda el hombre y el mundo. La otra cosa es, que allí donde no hay una enseñanza sobrenatural, el órden sobrenatural se desvanece para la razon, incapaz de alcanzarle y de comprenderle; y de consiguiente, como dice el Sr. Guizot, las bases del órden moral y social se van profunda y progresivamente desquiciando, pues el hombre ha cesado de vivir á la presencia de un poder distinto que realmente le sobrepuje, y que pueda á la vez satisfacerle y regularle.

No es posible hablar con mas acierto que el Sr. Guizot, cuando emitiendo su juicio sobre una palabra con la que el Sr. Thiers coronó, ó mejor dicho, desfiguró uno de sus mas brillantes discursos, dice: «En un sentido de conciliacion y de paz se ha dicho: *La religion y la filosofía son dos hermanas que se deben mútua-*

«*mente respeto y proteccion*: palabras en la cuales se ven todavía «marcadas las quimeras del orgullo del hombre: la filosofía vie- «ne del hombre, y es la obra de su entendimiento; la religion vie- «ne de Dios. El hombre la recibe, y muchas veces la altera des- «pues de haberla recibido, pero no la crea. La religion y la filo- «sofía no son, pues, dos hermanas: son dos hijas, la una *de nuestro «Padre que está en los cielos*, la otra del simple genio humano. Y «su condicion en este mundo tampoco debe ser igual, así como «no lo es su orígen: la autoridad es la divisa de la religion, la de «la filosofía es la libertad.»

El Sr. Guizot acaba de formular, sin él advertirlo, el decreto de condenacion de su propia doctrina.

La autoridad y la libertad de exámen no son en realidad mas hermanas que la religion y la filosofía. No hay duda que el señor Guizot tiene mas razon que el Sr. Thiers, pero la misma superioridad de razon tiene la Iglesia sobre el Sr. Guizot. Hállase sí mas adelantada en la senda de la verdad, y á ella se dirige, pero exclusivamente, y tal vez por esto mismo le es mas infiel. Ni sus palabras están *menos marcadas de las quimeras del orgullo humano*, y este debe ser mas sutil en un estado que permite condenar el orgullo de otros, reservándose el suyo.

Razon, pues, tenia el Sr. Gouraud para decir que *si es dado el insinuar, que el Ateismo es un racionalismo lógico, mas lo es aun el decir que el Protestantismo es un racionalismo inconsecuente.* Una de dos: ¡ó el propio sentido, ó la autoridad! Todo cuanto sea buscar una transaccion ó alianza entre los dos sistemas, es una quimera, honrosa y digna sin duda de consideraciones, en cuanto lo permita la verdad.

Un grande hecho viene á confirmar esta parte de nuestro juicio. ¿Con quién hace ordinariamente el Protestantismo sus alianzas? ¿Es con el Catolicismo contra el Racionalismo, ó con el Racionalismo contra el Catolicismo?

No hago mas que hacer esta pregunta: ella trae por sí misma la respuesta [1].

[1] La contestacion á esta pregunta fue formulada con tanto acierto como energía por un protestante imparcial, Daniel: «Se prefiere, dice, tragar un «elefante ateo que un mosquito católico.»

CAPÍTULO V.

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD EN RELIGION NO PUEDE RECIBIR LA MENOR DISMINUCION DEL PRINCIPIO DE LA LIBERTAD.

El Sr. Guizot, guiado por su elevado instinto de órden y de unidad, opina muy acertadamente que nada puede apoyar sobre el fundamento del libre exámen, y que este fundamento divide y rechaza los materiales del edificio bajo la mano del constructor. Así, pues, prueba el colocarse sobre la autoridad; pero no hay sino un modo de colocarse en ella, y este es de someterse á ella. La autoridad no puede dejar de ser tal, y sobre todo la autoridad divina. Deja, pues, de serlo si no es soberana; es decir, si no le somos inferiores y absolutamente sumisos; y el Sr. Guizot, que la quiere, que conoce toda su necesidad y todo su precio, no la quiere sin embargo como tal. Pretende poder ensanchar ó restringir á su saber su dominio; aplicarla segun los tiempos y los lugares; acomodarla á las miras de los hombres; hacerla servir á sus designios; ser, en una palabra, su ministro, dejándola reinar pero no gobernar.

Triste es á la verdad, pero es una leccion al mismo tiempo, ver á ese grande talento hacerse el juguete de su propia impotencia, insistiendo en su tarea, y torcer ó quebrar contra ella su rectitud y su vigor.

«El Cristianismo, ha dicho el Sr. Veuillot, es la autoridad.»

«Ciertamente: el Cristianismo es la autoridad; pero no es la au«toridad solamente, porque es todo el hombre. Pues la naturale«za y el destino del hombre es la obediencia moral, es decir, la «*obediencia en la libertad.* Dios crió al hombre para que obedeciese «sus leyes, y le crió libre para que obedeciese moralmente. La «libertad es de institucion divina, como la autoridad; la obra del «hombre es la rebelion y la tiranía.»

Toda vez que el Sr. Guizot ha puesto así la autoridad y la libertad frente á frente y en oposicion, las considera naturalmente como envidiosas la una de la otra, y como necesitando por consi-

guiente de garantías y de temperamento. Y ¿quién podrá regular esas garantías y ejercer ese poder de temperar? Es claro que no será la una ni la otra, porque las dos están recíprocamente interesadas. Luego ha de ser un tercero quien venga á ponerlas en acuerdo, y este tercero es el hombre.

Así para ponerlas al alcance del hombre, las hace descender, sin transicion ni reserva, del órden espiritual al órden temporal, y continúa de este modo:

«En el estado social tanto la autoridad como la libertad nece-«sitan garantías, y una y otra tienen derecho á estas garantías... «¿Cuáles son los medios de accion y las garantías que deben dar-«se á la autoridad y á la libertad? Cuestiones son estas de cir-«cunstancias, cuya solucion debe variar segun los tiempos, el es-«tado social, las costumbres, los diversos géneros y los diversos «grados de civilizacion de los pueblos; y á la *política* es á la que «toca resolverlas.»

Sin duda que esto es muy verdadero: el Sr. Guizot, como hemos dicho ya otra vez, no emite proposiciones falsas, pero lo falso está en la relacion de estas mismas proposiciones entre sí, ó mas bien, pecan por faltarles esta relacion. Así, cuando empezó diciendo que la libertad era de institucion divina, como la autoridad, dijo verdad (á menos que no estuviera mejor el decir que la autoridad no es una institucion, como la libertad, sino que es una propiedad inenajenable de Dios mismo sobre sus criaturas). ¿Mas dónde está la relacion de la autoridad y de la libertad en este órden de institucion divina? Esto es lo que el Sr. Guizot no nos dice.

Y de esto resulta que la libertad y la autoridad se hallan frente á frente como dos potencias, de las cuales puede á su vez invocarse la una contra la otra, y que se hallan en disposicion de cualquiera que quiera aprovecharse ó servirse de ellas para la justificacion de sus sistemas, segun se necesite, este de la autoridad, aquel de la libertad.

En el órden social, dice el Sr. Guizot, á la política es á quien pertenece resolver las cuestiones de relacion entre la autoridad y la libertad. Esto es asimismo una verdad. Mas en el órden sobrenatural, ¿quién determinará estas relaciones? ¿Son estas acaso variables y dependientes de las circunstancias como en el estado social? ¿No existen de una manera inmutable? Y ¿cuáles son estas relaciones?

Ved ahí otra vez lo que tampoco nos dice el Sr. Guizot; á pesar de que es demasiado filósofo para ignorar que el órden natural depende del órden sobrenatural, no siendo mas que su reflejo y su expresion; que mucho le costará á la política para conciliar la libertad y la autoridad en el órden humano, y que se le resbalarán siempre hácia la revuelta ó hácia la tiranía, si en el órden divino no están suprema é inmutablemente contenidas en su relacion recíproca, que no puede depender de circunstancias, y sobre el cual ningun derecho tiene la política.

Tan léjos está de decir esto el Sr. Guizot, que parece decir lo contrario: parece asimilar completamente la autoridad y la libertad en el órden divino á la libertad y á la autoridad en el órden humano. ¿A qué viene, sino, despues de haber opuesto al señor Veuillot que la libertad era tan de institucion divina como la autoridad, decir á renglon seguido que en el estado social la autoridad y la libertad necesitan garantías cuya medida es una cuestion de circunstancias que la política ha de resolver? ¿A qué vendria decir esto sino porque, para él, el órden humano arrastra tras de sí al órden divino, y que en este último órden las relaciones de la autoridad y de la libertad deben ser lo que son en el primero?

Y ¿cómo dudar que tal sea la opinion del Sr. Guizot, cuando le vemos, despues de haber pasado inmediatamente del órden divino al estado social para mostrarnos en él las vicisitudes de la autoridad y de la libertad, pasar otra vez al órden divino, y presentarnos en él la autoridad y la libertad á su vez preponderantes la una sobre la otra, como en el estado social, y acomodándose finalmente á las *diversas formas y á los diversos grados de autoridad y de libertad que aquí y allá ha presentado el curso de las cosas?* ¿cuándo le vimos arrostrar al órden divino el no acomodarse lo bastante al *nuevo espíritu de actividad libre* del hombre, y aconsejarle que admita en el gobierno de las almas *mas* movimiento intelectual de lo que *otros tiempos han exigido?*

Es evidente que el Sr. Guizot asimila el órden divino y el órden humano, el órden sobrenatural y el órden terrestre, la autoridad divina, soberana y necesaria, con las autoridades humanas, precarias y contingentes, y los asimila absorbiendo el primero de estos dos órdenes en el segundo, es decir, negando por el hecho este órden sobrenatural, cuyo socorro, no obstante, invoca.

Mas para que mejor resalte el error del Sr. Guizot, hagamos nosotros brillar la verdad y sus eternos principios.

La Autoridad, y no hay mas que una, la de Dios, cuyo primer título y fundamento es la creacion, y de la cual son derivadas y delegadas todas las otras; la autoridad, en su principio es soberana, absoluta, sin límites. Limitarla, sea por lo que fuere, seria absurdo, pues esto implica contradiccion con la nocion de un Dios creador: limitarla por la mas débil de las criaturas inteligentes es un prodigio de locura de nuestro orgullo.

¿Y la libertad, diréis, qué viene á ser? ¿No se ha de tener en cuenta? ¿no es de institucion divina? El hombre, criatura tan débil como se quiera, ¿no es hecho á imágen de Dios? y el primer atributo de esta grande imágen ¿no es la libertad?

Por concedido. Y aun me adelanto: os inculpo el no haber concedido mas extension á la libertad, limitándola por la autoridad; pues yo la quiero tan grande que sea indefinida.

Explicaré mi pensamiento por medio de una definicion muy sencilla de la libertad.

¿Qué es la libertad? ¿en qué consiste la libertad?

La libertad consiste en *hacer lo que se quiera — haciendo lo que se debe.*

Digo *haciendo lo que se debe*, porque lo que se debe es en el fondo el bien, lo verdadero, lo bello, Dios, en una palabra, bajo todos sus aspectos, hé aquí el fin de nuestra naturaleza; y como todo ser quiere naturalmente su fin, la libertad para el hombre consiste en el cumplimiento de este fin, en el desarrollo de sus facultades segun su fin, y por este medio en la satisfaccion de su verdadera voluntad.

Así todo hombre iria derecho á la verdad y al bien, como un tiro hácia su blanco, si no fuese esclavo del mal. Si de esta senda se desvia, es porque su libertad encuentra un obstáculo contra el cual á menudo se tuerce ó se estrella.

De ahí aquel dicho tan profundamente verdadero de Ovidio:

> . . . . . *Video meliora proboque,*
> *Deteriora sequor.*

Y aquel de san Pablo:

> *Non enim quod volo bonum hoc ago: sed quod odi malum illud facio,*

que tradujo Racine por los hermosos versos que trasladamos al castellano:

En guerra ¡ay! siempre con mí mismo, ¿en dónde
Hallar podré la paz?
Quiero, ¡y sumido en mi miseria extrema
No ejecuto jamás!
No hago el bien que yo estimo y que deseo,
¡Y del mal que detesto autor me veo!

¿Quién será el que venga á levantar este obstáculo al cumplimiento del bien, objeto de la voluntad del hombre, y por consiguiente de su libertad? ¿Quién será el que nos dé el poder del bien?... La autoridad.

Así para el niño la autoridad de los padres es la que viene á remover los obstáculas físicos ó morales que se oponen al desarrollo de su naturaleza, y contra los cuales se estrellaria á cada instante su voluntad. Para el jóven es la autoridad de un ayo ó de un preceptor el que viene á quitarle el obstáculo de la ignorancia, y abrir y allanar á su espíritu la carrera de su desarrollo y de su ejercicio. Para el hombre social la autoridad civil es la que viene á asegurarle el libre ejercicio de sus derechos. Para el hombre natural, en fin, es la autoridad de Dios, de su gracia y de su doctrina la que nos emancipa de la servidumbre del error y de las pasiones, y nos vuelve á la libertad del bien. En una palabra, no consistiendo la libertad solamente en el *derecho* estéril, sino en el poder de ejercer y desarrollar nuestras facultades, presupone é implica la autoridad que en cambio de nuestra sumision nos quita el obstáculo que impide el recto ejercicio y desarrollo de este poder.

Así la libertad es en todo hija de la autoridad, léjos de ser su rival. En ella encuentra el principio de su emancipacion y la condicion de su ejercicio. No es la autoridad la que está opuesta á la libertad, sino que es la tiranía; pues la autoridad es esencialmente libertadora.

De ahí viene el gran nombre de Libertador dado á Jesucristo: de ahí ese grito de libertad que resuena en cada página del Evangelio, y que del Evangelio traido al mundo ha fundado en él la verdadera libertad, la libertad moral, la libertad de los hijos de Dios, madre de todas las demás libertades.

«*Si permaneciéreis en mi palabra*, decia á los Judíos nuestro divi-«no Libertador,... conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

«—Ellos le respondieron: Nosotros somos de la descendencia de «Abrahan, y no fuímos jamás esclavos de nadie: ¿cómo pues nos «decís: y seréis libres?—Respondióles Jesús: En verdad, en ver- «dad os digo: Cualquiera que peca es esclavo del pecado... Si «pues el Hijo os hiciere libres, seréis verdaderamente libres.» (*Joan.* VIII. 31 *et seq.*).

Así ¡cosa admirable! la sumision léjos de disminuir nuestro poder, lo aumenta con la autoridad misma á la cual ella se dirige, nos apropia en cierto modo esta autoridad, y por este acrecentamiento de autoridad nos pone en posesion de mayor porcion de libertad. Esto se verifica realmente, hablando de toda autoridad y de toda sumision legítimas: por su sumision á la autoridad el infante participa de la consideracion y de todas las ventajas de la familia; el discípulo de la experiencia del maestro; el ciudadano de la fuerza pública del Estado; el católico de la sabiduría de la Iglesia, de los méritos de Jesucristo, de la perfeccion misma de Dios, segun aquella invitacion de Jesucristo mismo: *Sed perfectos como es perfecto mi Padre celestial.* Así en todo la sumision legítima nos hace entrar en participacion de la autoridad, y por ella de la libertad. Obedecer, pues, es mandar: servir es reinar.

La naturaleza y el destino del hombre es la *obediencia moral*, como dice muy bien el Sr. Guizot; pero la obediencia moral no es, como añade él, *la obediencia en la libertad*, lo cual ciertamente no se concibe, sino la *libertad en la obediencia* y por la obediencia, como acabamos de explicarlo.

No es esto decir que no podamos y que no debamos hacer ciertas reservas para nuestra libertad delante los poderes de la tierra. Ciertamente que sí, lo podemos y hasta lo debemos cuando se nos ofrece proporcion. Pero ¿con qué fin? ¿Será con el fin de guardar nuestra libertad para nosotros mismos, como si fuésemos nosotros nuestro propio fin? No, pues ella se cambiaria muy presto en esclavitud, no teniendo por nosotros solos bastante autoridad para guardarla y ejercerla; sino para aumentar otro tanto nuestra inmediata sumision á Dios, y asegurar y aumentar en la misma proporcion nuestra libertad. De ahí aquella sentencia de nuestro Salvador: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.* Así, ó al César ó á Dios, *dad:* es menester siempre prestar sumision: por manera que, aun en el órden humano, la lucha entre la libertad y la autoridad no ha de ser mas que una lucha de sumision, la lu-

cha de la sumision superior contra la sumision inferior, de la sumision á Dios contra la sumision al César. El hombre es siempre dependiente, porque es un ser creado; y solo es un ser libre cuando es un ser sumiso. La sumision es, por decirlo así, la palanca de la libertad. Esta palanca es la que levantó el antiguo mundo, y la que ha introducido y fundado la libertad moderna. Si alguna libertad hay en el mundo, si esta misma libertad que tanto se nos opone ocupa en él tanto lugar, si ella constituye el carácter de la civilizacion moderna, muy bien lo sabe el Sr. Guizot, y él mismo nos lo ha dicho con elocuente voz, á nosotros, y á nosotros solos y á nuestra doctrina se debe La verdadera divisa de esta libertad deberia ser aquella grande máxima de los que fueron sus primeros mártires. VALE MAS OBEDECER Á DIOS QUE Á LOS HOMBRES. *Respondens autem Petrus et Apostoli dixerunt: Obedire oportet Deo magis quam hominibus.* (Act. Apost. v, 29). De este modo la obediencia es la palanca de la libertad.

Cuando dice el Sr. Guizot que el Cristianismo ha empezado por invocar y por poner en juego la libertad, tiene mucha razon; pero la libertad por la obediencia á Dios, á Jesucristo y á su Iglesia.

Así, para motivar esta obediencia, y por ella la libertad, reparad los anchurosos fundamentos de autoridad sobre los cuales Jesucristo colocó su Iglesia: TODO PODER ME HA SIDO DADO EN EL CIELO Y SOBRE LA TIERRA. COMO MI PADRE ME HA ENVIADO, ASÍ YO OS ENVIO. EL QUE OS ESCUCHA ME ESCUCHA; EL QUE OS DESPRECIA ME DESPRECIA; Y EL QUE ME DESPRECIA DESPRECIA Á AQUEL QUE ME HA ENVIADO: SEA PUES COMO UN PAGANO Y UN PUBLICANO. (*Matth.* XVIII, XXVIII. —*Joan.* XX. — *Luc.* X.

¿Cuándo, ni aun en el dia de la creacion, se ostentó la autoridad de una manera mas soberana, ó prescribió la obediencia de un modo mas estricto y mas absoluto?

Así, pues, la autoridad de la Iglesia está cimentada sobre la autoridad misma de Jesucristo, la cual está fundada sobre la autoridad misma de Dios. Ved ahí los tribunales en donde se estableció la autoridad católica.

Mucha razon tenia el Sr. Veuillot para decir: El Cristianismo es la autoridad; y cuando el Sr. Guizot añadió: El Cristianismo es tambien la libertad, no hizo sino redoblar la fuerza de la verdad sentada por el Sr. Veuillot; porque el Cristianismo no es la libertad sino porque es la autoridad; y el mundo no se desplegó ni se

engrandeció en la libertad sino por su sumision á la autoridad libertadora de la Iglesia.

¿Qué, pues, ha hecho el Protestantismo, sacudiendo el yugo de la Iglesia? ¿Qué ha hecho la Filosofía, sacudiendo el yugo de la revelacion? ¿Qué han logrado el uno y el otro sacudiendo el yugo de la autoridad? Han esclavizado otro tanto la humanidad al yugo del error y del desórden, al yugo de las pasiones convertidas en árbitras absolutas, y cuyo furor, ya no mas contenido por el ascendiente de la fe, ha puesto el mundo en el estado en que hoy le vemos. Ellos le han hecho pasar de la sumision bajo el mentido nombre de esclavitud, á la verdadera esclavitud bajo el falso nombre de libertad. El mundo es en el dia como un vasto palenque de esclavos que luchan entre sí para disputarse sus cadenas doradas ó cubiertas de moho. ¡Pueda la autoridad divina, la autoridad católica, la sola y verdadera autoridad moral, intervenir y ser escuchada á tiempo para impedir la destruccion final, y volver la paz y la libertad verdadera con la sumision y la unidad!

El Protestantismo es el primer y mas grande fautor de esta terrible situacion, porque fue el primero en sentar el principio fatal del libre exámen, que desprendiendo al hombre del conocimiento cierto del deber y de su adhesion al seno de la Iglesia, le ha entregado á su propia ignorancia, á sus propias variaciones, á sus propios apetitos; y por la rápida pendiente del Deismo y del Racionalismo, lo ha hecho descender al Socialismo y al Comunismo, es decir, á la disolucion y al cáos. ¿Cómo podrá concurrir hoy á sacarle de un tal estado?

El Sr. Guizot en su generosa ilusion sobre este punto no advierte que todo cuanto dice atiza el mal de que quisiera librarnos. Este antagonismo, esta situacion suspicaz, rival, desconfiada, envidiosa, en que pone á la autoridad y á la libertad, la una con respecto á la otra, ¿qué mas es sino el error mismo que ha pasado en los hechos?

Bajo el mismo nombre de autoridad y de libertad, confunde la autoridad y la libertad en el órden sobrenatural y divino con la autoridad y la libertad en el órden social y terrestre, haciendo degenerar completamente aquellas en estas, pues les hace sufrir todas las vicisitudes y todos los cambios; y el gobierno de Dios se hace semejante al gobierno de nuestras monarquías revolucionarias, en donde la autoridad y la libertad van pasando por su turno de

arriba abajo. En el dia de la creacion fue la autoridad; en el dia de la regeneracion fue la libertad; despues volvió la autoridad; despues la autoridad y la libertad en los diversos grados que ha presentado aquí ó allá el curso de las cosas: hoy, por fin, la autoridad es la que está en peligro, y el Cristianismo le debe todo su apoyo.

Pregunto ahora al buen sentido: ¿No es la negacion de la Autoridad-principio, y de este órden sobrenatural é inmutable al cual el Sr. Guizot pretende no obstante conducirnos, ese va y viene de autoridad que la reduce á un negocio de circunstancias, y que la pone siempre en lucha con la libertad? ¿Qué puede edificarse sobre este suelo movedizo?

Permítasenos explicar todo el fondo de nuestro pensamiento. Al leer el escrito del Sr. Guizot, nos hemos preguntado mas de una vez: ¿El Sr. Guizot es cristiano? ¿Cree en realidad? ¿Adora la divina autoridad de Jesucristo, supremo Juez de vivos y de muertos?... Sin duda que él adora, que es cristiano, pues que él lo dice, y se pone á mediador entre cristianos; mas, ¿cuáles serán, pues, las preocupaciones de su entendimiento y las inconsecuencias de su doctrina?

El Sr. Guizot, sin embargo, llega alguna vez á hablar cási como un católico; pero por esto mismo nos parece mas problemático su cristianismo, y la fe que en él tenemos es el mayor homenaje que podemos tributar á su sinceridad.

«La causa de la autoridad civil y de la *religion cristiana* es evi-«dentemente comun; el órden humano y el *órden divino*, el Esta-«do y la *Iglesia* tienen los mismos peligros y los mismos enemi-«gos: ¡concédales Dios la misma sabiduría!... Con este grande he-«cho (el nuevo desarrollo del espíritu), con este inmenso acrecen-«tamiento de poder y de ambicion de la humanidad, el Estado y la «*Iglesia*, el gobierno civil y el *gobierno cristiano* han de habérselas «en adelante... Yo profeso á la Iglesia católica un profundo respe-«to: ella ha sido durante siglos la Iglesia cristiana de toda la Eu-«ropa; ella es la grande Iglesia cristiana de la Francia. Yo consi-«dero su dignidad, su libertad, su autoridad moral como esen-«ciales á la suerte de toda la cristiandad entera... Mantenga ella «con toda plenitud sus principios fundamentales, su inspiracion «permanente, su infalibilidad doctrinal, su unidad, etc. [1].»

[1] «*Yo me inclino*, decia igualmente el Sr. Cousin en el prefacio de su libro «contra Pascal, *yo me inclino* ante la Revelacion, única fuente de las verdades

No hay mas que un solo modo de honrar la autoridad, y este es el de someterse á ella. Y si es la autoridad por esencia, la autoridad del órden divino, esta sumision es absolutamente necesaria, no solamente para honrar, sino para no arruinar esta misma autoridad. La autoridad en este caso se apoya sobre la sumision como sobre su base necesaria. Permanecer fuera de ella es negarla; ¿qué será, pues, ponerse sobre ella? Por mas que los términos de respeto, de homenaje, de alabanza, se lleven hasta la mas alta expresion, hasta el himno, nada valen: de nada sirven: ó mas bien, digo mal, hacen mucho, agravan el atentado que se comete contra la autoridad por la insumision, presentando á esta mas desinteresada y mas imparcial. Entre todos los ataques que las inteligencias han dado contra la Iglesia, no conozco otro de mas pernicioso que el que procede por respetos. Estos respetos pasan entonces de una irrision, pues solo ponen en manos de la Iglesia, y solo saludan en ella un cetro de caña. No dudamos que el señor Guizot está léjos de semejante irrision, como léjos estamos nosotros el inculpársela, y que obra con formalidad cuando tales respetos dirige á la Iglesia. Pero por esto mismo son mas peligrosos estos respetos filosóficos, y quizás seria mejor que el Sr. Guizot se mostrase mas reservado en sus demostraciones hácia la Iglesia, hasta el dia en que estas puedan ser filiales.

Aun hay mas: el Sr. Guizot en esto no solo deprime á la Iglesia, sino hasta al Cristianismo. Porque, en fin, si hablando de la Iglesia, llega hasta pasarle tan fácilmente *su inspiracion permanente, su infalibilidad doctrinal*, ¿por qué no cree él en la Iglesia? Sin embargo, si no la cree, este abuso de lenguaje debilita otro tanto las mismas expresiones cuando las refiere al Cristianismo.

Observemos que el Sr. Guizot toma promíscuamente y confunde las palabras *religion cristiana, órden divino, Iglesia,* etc. ¿Las confunde en un mismo espíritu de sumision ó en un mismo escepticismo?

Aun hay mas: no solamente los confunde entre sí, sino que los pone al nivel con *el Estado* y *el gobierno civil;* los coloca en los dos platillos de una misma balanza: *el órden divino* por un lado, el *ór-*

« sobrenaturales; *yo me inclino* asimismo delante la autoridad de la Iglesia, « nodriza y bienhechora del género humano, á la cual tan solo ha sido dado el « hablar á las naciones, arreglar las costumbres públicas, fortificar y contener « las almas, etc., etc. » (*Preliminar*, pág. LII).

den humano por otro, y él se sobrepone para pesarlos, deseándoles el mismo espíritu de *sabiduría*, y hallando por fin de cuenta que el *órden divino* es el que menos pesa.

Todos tenemos un flanco débil, del cual no están exentos ni aun los talentos superiores, y á veces es producido por la superioridad misma. Permítasenos decir que el Sr. Guizot ha tenido siempre este flanco débil, y es el de constituirse árbitro moderador entre la *Iglesia* y el *Estado*, la Religion y el Gobierno; dar á cada una de las dos potestades su parte de consejo y de respetos, y procurar someterlas al yugo de una misma política. En una tal disposicion, no se hace cargo alguno de toda la diferencia de naturaleza y de destino que existe entre estas dos potestades, de las que la una ha visto nacer y morir mil y ochocientas veces á la otra en su seno, y que con la misma proporcion la supera en luces, en sabiduría, en inmutabilidad, en universalidad, en unidad, en fecundidad, en infalibilidad, en todo cuanto hace por fin que el órden divino en nada se asemeje al órden humano. De otra parte la calidad de *protestante* en el Sr. Guizot le excluye de la mision que él mismo se ha dado, y no le permite llenar cumplidamente el objeto que en ella se propone. Nadie puede ponerse á consejero de su adversario, y mucho menos á juez. Para tener, no digo el derecho de aconsejar á la Iglesia, pero ni aun la inteligencia necesaria para el ejercicio de este derecho, preciso es comenzar por admitirla. Si es cierto que ella lleva en sí propia una *inspiracion permanente*, una *infalibilidad doctrinal*, preciso es someterse á ellas; porque si no os someteis, será porque para vos ni tendrá inspiracion permanente ni infalibilidad doctrinal; y si vos no la admitís, ¿cómo os admitirá ella por su consejero y por su árbitro?

Sin duda, y nos complacemos en reconocerlo así, esta falsa posicion del Sr. Guizot en este punto proviene tanto de su sincera inclinacion hácia la Iglesia, como de su adhesion al Protestantismo, á pesar del cual, siente él la atraccion hácia la primera; y á pesar de esta quédase ligado en el segundo. De ahí esta inconsistencia, esta ambigüedad, esta falta de precision en su actitud y hasta en su lenguaje, á pesar de todo el mágico poder de su talento: de ahí tambien ese vago olor de escepticismo que todo el perfume de sus expresiones religiosas no llega enteramente á sofocar.

Una cosa hay no obstante sobre la cual el Sr. Guizot se declara

asaz claramente, y sobre la cual tenemos tambien algo que decir; y esta es la inculpacion de intolerancia que ni aun hoy dia perdona á la Iglesia.

En el decurso de su escrito insiste muchas veces en la necesidad para la Iglesia y para los Católicos de aceptar el principio de la libertad civil de cultos, y de la ilegitimidad de la fuerza en el órden espiritual.

Los consejos y los avisos del Sr. Guizot en este punto, sus preocupaciones y sus insistencias no admiten en verdad una fácil explicacion, hallándonos como nos hallamos en presencia del grande hecho de plena libertad religiosa y de sus abusos en Francia, y de las violencias, ó cuando menos de las amenazas y de los ultrajes de que esta libertad es el blanco en Inglaterra.

¿Cómo, pues, puede decir: «No es fácil concebir con qué rapi«dez se disiparian los obstáculos y las resistencias, si desapare«ciesen *los terrores de la antigua intolerancia*, y si por parte de la «misma Iglesia *se tuviese seguridad del respeto de la libertad religiosa?*»

¡Por cierto que se ha escogido muy bien la época para echar en rostro la intolerancia á la Iglesia, y para inculcarle el respeto de la libertad, y muy bien le cae el hacerlo al Protestantismo! No pretendemos devolverle la leccion: dejarémos tan solo á todo observador imparcial el cuidado de distinguir de qué parte pueden estar los *terrores*, y de qué parte está el *respeto*.

No nos inquieta seguramente el resultado de esta observacion para la intolerancia *presente;* pero queda en las palabras del señor Guizot una alusion á la intolerancia *antigua*, que no podemos dejar pasar sin protesta y sin reserva.

No es preciso interiorizarse mucho en el vasto campo de lo pasado para apreciar en lo que es justo esta mirada hácia atrás: bastarán dos palabras á cualquier lector juicioso.

La sociedad civil reposaba en otro tiempo sobre la Iglesia, como esta sobre la fe. Atacar la fe y la Iglesia era, pues, atacar una cosa muy diferente de lo que seria hoy: era atacar la misma sociedad civil. Esta no tenia entonces para defender su existencia esos principios de moral universal, de derecho público y de sentido social que la han constituido despues. Estos principios no estaban entonces desprendidos de la fe católica que nos los ha dado, sino que estaban dentro de su seno como en potencia: por manera que, defender esta fe era defender estos principios, con tanto

derecho para ello como despues ha habido para defenderlos en sí mismos, cuando se los ha desprendido de aquella fe. Esto es tan cierto, que las mas de las veces los herejes atacando la fe, atacaban los principios constitutivos de toda sociedad, la autoridad civil, la propiedad, la familia, como la religion; y esto no implícita sino muy explícitamente, porque abierta la brecha al único muro de la fe, no se habia levantado aun ningun otro reparo interior para contener el ímpetu de una licencia tanto mas peligrosa en cuanto era fanática, y que derribando la fe, convertia sus mismos escombros en una arma contra la sociedad, la cual se defendia contra aquellos con el mismo título que se defiende ahora contra los anarquistas de nuestros dias, menos peligrosos para ella en cierto sentido que los de otro tiempo, porque, malhechores menos ardientes, no encienden sus teas en el hogar mismo de la religion, ni aguzan los puñales sobre sus altares.

Además, muy distinta es una sociedad en que todo el mundo se halla animado de una misma fe, de otra sociedad en la cual esta fe unánime ha desaparecido, y en que la infinita diversidad de opiniones y de creencias se mueve en el seno de una indiferencia general, que admitiéndolas todas, las desvirtúa todas. En la primera de estas sociedades la unanimidad de las creencias es un hecho dominante, la regla recibida, y por consecuencia el órden mismo: y la libertad de creencia que viene á atacar ese estado es una excepcion de desórden, cuya ventaja no equivale de mucho á los peligros en que pone á la sociedad. En la segunda sociedad, sucede todo lo contrario: la diversidad de creencias, la libertad religiosa es el hecho dominante, la regla recibida, y de consiguiente el órden; y la intolerancia que probase locamente el violentar esta libertad y privar esta diversidad, seria á su vez la excepcion del desórden, por la cual serian mucho mayores los peligros promovidos en el seno de esta misma sociedad, que los socorros prestados.

Ahora, empero, si se me diese á escoger entre estas dos suertes de sociedades, aquella en que reina la fe sin la libertad de la impiedad, y aquella en que reina la incredulidad sin la intolerancia, y se me precisase á decidirme, no dudaria un momento en preferir la primera. Pero me apresuro á añadir, que no la echo menos, porque tengo fe en un tercer estado de sociedad, hácia el cual nos dirigimos, y que reunirá todas estas simpatías, el cual ofrecerá

la feliz alianza de la fe y de la libertad: la unidad libre en la fe.

A esta alianza invita, pues, la Iglesia al Sr. Guizot y á los Protestantes. ¡Y por cierto que no es ella quien la retarda: ¡la libertad! ¡largo tiempo hace que la tienen! ¿Qué tardan, pues, á hacer uso de ella para volver á la unidad?

Pero la alianza de que se ocupa el Sr. Guizot, es enteramente distinta.

CAPÍTULO VI.

LA ALIANZA QUE PROPONE EL SEÑOR GUIZOT ENTRE LOS DISCÍPULOS DE LA AUTORIDAD Y LOS PARTIDARIOS DEL LIBRE EXÁMEN ES TAN FALSA EN SU PRINCIPIO COMO QUIMÉRICA EN SU OBJETO.

Habia dicho el Sr. Gouraud: «Por lo que mira á buscar un aco-«modamiento entre los dos sistemas (del sentido propio y de la «autoridad) esto es una quimera. La *fusion* es algo mas vana, aun «siendo posible, en el órden religioso que en el órden político.»

El Sr. Guizot piensa como el Sr. Gouraud: «El restablecimien-«to de la unidad en el seno del Cristianismo, para la reunion de «todas las iglesias cristianas, ha sido el objeto de los deseos y de «los esfuerzos de los mayores talentos, católicos y protestantes: «Bossuet y Leibnitz lo probaron ya. Aun en el dia este pensamien-«to llama la atencion de almas generosas, y algunos piadosos obis-«pos me lo han manifestado con una confianza que reconozco me «honra sobremanera. En el órden espiritual, y entre creencias «religiosas no hay transaccion posible, pues la necesidad jamás «llegará á ser la verdad; la fe no admite fusion, sino que exige la «unidad.»

Las palabras del Sr. Guizot jamás carecen de valor; y aun cuando no aprovechen á la proposicion para la cual las anuncia, tienen siempre en sí mismas un cierto grado de verdad, tanto mas profunda en cuanto muchas veces se adelantan á la intencion con que las profiere.

Así, ¿qué peso no tiene contra el Protestantismo esta última palabra: *La fe exige la unidad*? ¿Y cuánto no tiene, contra la alian-

za misma que él propone esta otra: *La necesidad no podrá jamás llegar á ser la verdad?*

Mas vengamos al exámen de su proposicion.

La opinion que en esta parte empieza á manifestar el Sr. Guizot es efecto de una equivocacion. La idea de Bossuet y de Leibnitz, que ocupa aun la mente de algunos piadosos obispos, y que ocupará siempre el pensamiento de la Iglesia, no es tan imposible como se cree. No puede transigirse sobre la fe; sea así. No hay acomodamiento posible entre el propio sentido y la autoridad: esto es indisputable. No se trataria, pues, de transaccion ni de acomodamiento en esta generosa empresa, sino simplemente de reunion. Y ya que se ha usado de la palabra *fusion*, me sirvo de ella para expresar mi pensamiento. ¿Qué otra cosa se entiende por esta palabra en el mundo político (si es que se entiendan) sino la reunion por medio de la sumision, de la rama segunda á la rama primogénita de la antigua dinastía? En el órden religioso, pues, seria la reunion por la sumision de la rama segunda á la rama primogénita del Cristianismo para reformar el tronco único de la dinastía de la Iglesia. Seguro estoy de que el Sr. Guizot se ha equivocado si ha creido ver otra cosa en el pensamiento de los piadosos obispos de que habla; y realmente ellos le han honrado mas aun de lo que él cree, creyéndole capaz, siendo como es príncipe del Protestantismo, de concurrir á esta tan deseada reunion por el mayor y el mas digno de todos los medios, el de su personal reincorporacion á la unidad.

Por lo demás el Sr. Guizot en este paso no haria mas que seguir el ejemplo de Leibnitz, con sola la diferencia que, en vez de darlo en el fin de sus dias, y de consignarlo oscuramente en su testamento de profesion de fe [1], mas generoso y mas grande en esta

[1] En su *Systema theologicum*. « ... Esta confesion de fe sincera é íntima de « Leibnitz, que sus contemporáneos no pudieron lograr arrancársela en alta « voz y delante de todo el mundo, la tenemos toda íntegra, escrita de su pro- « pia mano. Leer podemos sin el menor celaje en aquella grande alma, objeto « de tantos votos y de tantas sospechas... No hay allí sutilezas, no hay rodeos, « no hay cuestiones preliminares suscitadas cautelosamente para eludir las « cuestiones principales: poca argumentacion sobre los misterios, un firme y « humilde buen sentido, un franco y sobrio raciocinio que se dirige en dere- « chura al fondo de las cosas, y que sabe pararse á tiempo; la autoridad de la « Iglesia admitida, no solamente sin reserva, pero sin discusion: citado mu- « chas veces y siempre respetado el Concilio de Trento: hé aquí, preciso es

parte que aquel grande hombre, rendiria un solemne y brillante homenaje á la verdad, á la faz de su siglo, y podria consagrarle los fuegos todavía fulgentes de su bella inteligencia. No titubeamos en decir que el Sr. Guizot es asaz grande para sentirse profundamente honrado con la confianza explicada de este modo, que le han manifestado algunos virtuosos obispos, y para honrarse mas aun él mismo correspondiendo á ella.

Añadamos que el sacrificio para el Protestantismo seria mucho menor en el dia que en el tiempo de Leibnitz, y el regreso mucho mas fácil, porque el estado de disolucion á que ha llegado es tal, que todos cuantos abrigan todavía un corazon cristiano entre los Protestantes, se ven acosados de una necesidad de catolicismo, como de una necesidad vital.

Mas no es esta la idea que por ahora ocupa al Sr. Guizot. Admite que Protestantes y Católicos guarden entre sí todas sus disidencias, todos sus disentimientos; y tan solo les invita á que se reunan en el terreno de una fe comun, y en vista de un interés tambien comun.

La fe comun entre todos los Cristianos, á cualquier Iglesia que pertenezcan, *es la fe en la revelacion divina, y en Jesucristo venido á la tierra para salvar el mundo:* — el interés comun es *la defensa de la fe y de la ley cristiana contra la impiedad y la anarquía.* Esta fe y este interés comun, dice el Sr. Guizot, son infinitamente superio-

« confesarlo, otras tantas novedades para Leibnitz, y la muestra de un grande « trabajo que este talento vasto emprendió sobre sí mismo, y que no puede de- « jar de excitar la mayor curiosidad. Y al mismo tiempo, de muy buen grado « llamaríamos hácia este trabajo la atencion de todos los lectores, de todos los « filósofos, y de los mismos Protestantes, para que nos dijesen si su razon, « por estar sumisa, aparece menos vigorosa y enérgica? ¿No se percibe redo- « blada su fuerza por el esfuerzo mismo que la contiene? Apoyado Leibnitz « sobre la autoridad de la Iglesia, ¿no parece hablar de mas alto y ver de mas « léjos?... Nada hay en él, hasta su estilo, que no tome aquí por la primera vez « una uncion severa, una gravedad penetrante que solo la firmeza de la fe pue- « de prestar á su expresion... »

No hay necesidad de decir que este juicio es de un católico, el cual ofrece en sus convicciones y en sus actos las calidades mismas que tan acertadamente describe, y cuyo espíritu tan fecundo como sencillo se deja conducir á la conciliacion con la misma facilidad con que la franqueza de su fe lo permite á su exquisita benevolencia, procurando para los otros una facilidad, que él se niega á sí propio. Nos complacemos en pagar este tributo de justicia, de elevada estimacion y de afectuosa simpatía al digno traductor del *Systema theologicum* de Leibnitz, el Sr. Alberto de Broglie.

res á todos los sentimientos que los dividen, y deben por consiguiente, sean cuales fueren sus disidencias, reunirlos contra el enemigo comun.

Ved ahí una asercion muy especiosa en su superficie; pero no nos paguemos de palabras: salgamos de la vaguedad, y entremos en el fondo de las cosas.

¿Sobre qué versan los disentimientos, y qué resta de incontestablemente comun entre los Católicos y los Protestantes?

Para no perdernos en pormenores, bastará decir: El hombre moral es espíritu y corazon. Conocimiento y amor, tales son las dos grandes necesidades de su naturaleza. Dios, de quien es la imágen, y para cuya posesion está formado, se le revela asimismo bajo un doble respecto, correspondiente á aquellas dos grandes necesidades: como Verdad, y como Caridad. Toda la revelacion, todo el Cristianismo consiste en este doble respecto del Criador con su criatura: como Verdad, satisface la necesidad que tenemos de conocer, alimentándonos de su luz; como Caridad, sacia la necesidad que tenemos de amar, nutriéndonos de amor. Así el Dios de los Cristianos ha dicho con excelencia de sí mismo: *Ego sum Veritas*, y en otra parte, *Deus Charitas est*. Mas ¿en qué consiste esta relacion de Verdad, y esta comunicacion de luz, esa relacion de Caridad y esa comunicacion de amor? ¿Cuáles son los dos grandes canales, las dos grandes arterias por cuyo medio ese Dios de tal modo alimenta de sí mismo nuestro espíritu y nuestro corazon, y por las cuales al irse quedó unido con nosotros, y nos retiene realmente á todas en comunicacion con él? Estos medios son la enseñanza católica y el Sacramento eucarístico. Por la infalibilidad del primero el Catolicismo determina el entendimiento humano, y le fija en la certitud de la verdad; por la renovada participacion del segundo embelesa el corazon y le abrasa en el amor de esta misma verdad. Por ambos lados para el Católico es siempre el mismo Jesucristo continuado en la cátedra y sobre el altar, sobre la fe de aquella palabra aplicable á la enseñanza: EL QUE OS ESCUCHA Á MÍ ESCUCHA; y de esta otra aplicable al Sacramento: ESTE ES MI CUERPO; y de esa otra aplicable á las dos: YO ESTOY CON VOSOTROS HASTA EL FIN.

Ved ahí la fe del Católico, ved ahí lo que hace la fe del Cristiano, lo que produce estas dos grandes maravillas: la *unidad* en la doctrina y la *fecundidad* en las obras, y lo que hace de los Católi-

cos de todos los tiempos y de todos los lugares un solo espíritu y un corazon solo, y aun mas que esto, un solo cuerpo místico, la Iglesia, *desposada con Cristo, su único esposo, para serle presentada como una vírgen pura* [1], en cumplimiento de aquella suprema plegaria del divino Maestro: «Conservad en vuestro nombre aquellos «que Vos me habeis dado, á fin de que sean UNO en nosotros. No «pido solamente para ellos, sino tambien *para todos aquellos que, «por su palabra, creerán en mí*, á fin de que TODOS ellos sean UNO, «como Vos, Padre mio, estais en Mí, y Yo en Vos, á fin de que ellos «sean tambien UNO en nosotros.» (*Evangelio segun san Juan*, XIV, XV, XVI).

Hé aquí lo que profesa y lo que practica el Católico: hé aquí lo que rechaza y desprecia el Protestante: tal es el punto de su disentimiento: nada mas que esto, es decir, todo.

Todo; pues ¿qué queda fuera de esto que realice en lo mas mínimo este fin del Cristianismo y de la oracion del Salvador, que sean UNO en NOSOTROS?

Queda, dice el Sr. Guizot, la fe comun en la revelacion divina, y en *Jesucristo venido á la tierra para salvar el mundo.*

Mas todo esto el Católico ni lo sabe, ni lo conoce, ni lo comprende sino por la enseñanza de la Iglesia, y de la manera que la Iglesia se lo explica y se lo aplica; y si esto es algo es por esta explicacion y por esta aplicacion. Fuera de la Iglesia este símbolo se resuelve en vanas palabras, vagamente convenidas, cada una de las cuales se convierte en un abismo de incertidumbre, de disentimiento y de division, desde el momento en que se quiere escudriñar para descubrir en ella un sentido. Lo menos que de ella puede decirse es que no pasa de una letra muerta, y que desde que se la quiere animar, divide y mata. ¿Qué viene á ser Jesucristo? ¿cómo ha venido? ¿cómo nos ha salvado? ¿de qué manera se nos aplican sus méritos? Y la fe, ¿qué es esto de fe? ¿cuál es su relacion con las obras, etc.? Todas estas palabras, fuera de lo que enseña la Iglesia, son como los dientes de la serpiente de Cadmo: de allí salen batallones armados que chocan entre sí, y gérmenes de discordia que destruyen toda unidad.

Se nos dice que esta *fe en Jesucristo venido á la tierra para salvar el mundo* es comun entre los Protestantes y los Católicos; mas

[1] *Desponsdi enim vos uni viro virginem castam exhibere Christo.* (II ad Corinth. XI, 2).

¿es comun ya entre los Protestantes? Limitémonos á la pregunta ¿qué es Jesucristo? ¿Es ó no consustancial al Padre? ¿Es Dios ó es hombre? Esto solo los divide. ¿Qué es, pues, lo que los divide, no digo ya de la Iglesia, sino de ellos consigo mismos? ¿qué es lo que los fracciona en mil iglesias, y en cada iglesia en mil sectas, y en cada secta en mil sentidos individuales y contradictorios, hasta el punto que el protestante Vinet en su *Tratado del ministerio pastoral* se vió obligado á dar este extraño consejo: «En una comu-«na en que hay dos pastores predicando por su turno al mismo «auditorio, es muy de desear que anden bastante acordes y que ten-«gan entre sí asaz mútua confianza y concierto para que uniformen «su predicacion, de manera que en cierto modo no forme sino una «sola predicacion en la cual se evite tanto el doble empleo como «las colisiones?» *(pág 248)*.

Pónganse de acuerdo entre sí sobre esta fe que se dice comun á todas las iglesias, los Protestantes, ¿qué digo? dos solos protestantes: póngase de acuerdo consigo mismo sobre este punto un solo protestante, como todos nosotros los Católicos, esparcidos sobre toda la superficie de la tierra y en todo el curso de los siglos, estamos de acuerdo entre nosotros, y verémos despues si hay acuerdo entre vosotros y nosotros. Hasta que se logre esto debemos decir que el disentimiento está en todo.

Y ¿cómo no estaria en todo, cuando se extiende hasta la raíz, hasta el principio mismo de la creencia, de la cual proviene el disentimiento? La Fe, prescindiendo aun de su objeto, este acto del espíritu, esta inclinacion del corazon, este movimiento del alma que así se llama, ¿es una cosa comun entre nosotros? ¡Ah! ¡nada menos que esto, por desgracia! La Fe en efecto implica la autoridad, pues es un acto de sumision. Pues el principio del Protestantismo es el principio contrario, es el libre exámen, es el sentido propio é individual. En vano se presenta la Biblia como objeto de la fe del Protestante. Lo hemos dicho ya, y nada hay que responder: la Biblia es lo que es su interpretacion, su conocimiento: cada protestante se hace la Biblia á sí mismo, y hay tantas Biblias como protestantes. En definitiva: el Protestante no cree sino á sí mismo, á su sentido propio; es decir, que no cree. En balde es pagarse de palabras y cerrar los ojos á la verdad; no por esto deja de existir menos, y nosotros nada podemos sin ella.

Sin duda, y es un placer para mi el confesarlo, hay un cierto

número de protestantes, que á mas de la gracia del Bautismo que los hace cristianos, adhieren á la fe en Jesucristo, tal como lo hallan en torno de sí en el mundo, sin examinar el simulacro de autoridad que se la predica, y sobre todo sin conocer y sin poder conocer la verdadera autoridad de la Iglesia, que es su única depositaria. La buena fe de estas almas rectas, que Dios solo conoce, podrá salvarlas, pues por esta buena fe pertenecen al espíritu de la misma Iglesia: estos son católicos extraviados en el Protestantismo, y yo los reconozco por hermanos. Mas si su buena fe puede salvarlos, la inconsecuencia de su situacion, y la inconsecuencia general del Protestantismo les impide de concurrir con nosotros á la salvacion de la sociedad, y á la lucha contra la impiedad socialista, porque en esta lucha solo la lógica y el buen sentido pueden suministrar y manejar las armas.

Tambien el Sr. Guizot apela al buen sentido para invitarnos á esa reunion, y apela asimismo á otro poder, que es la caridad. Examinemos primero la razon del buen sentido.

«Allí donde no existe la unidad, dice el Sr. Guizot, cuando la «fusion de las Iglesias diversas no es posible, y cuando se halla «establecida la libertad religiosa, todavía tiene lugar el buen senti«do práctico y la caridad cristiana. El buen sentido dice á los Cris«tianos que todos están en presencia de un mismo enemigo, mucho «mas peligroso para todos ellos de lo que ellos pueden serlo los «unos para los otros; porque si este triunfaba, los heriria á todos «de un mismo golpe... La fe cristiana en su carácter esencial y «vital, es decir, la fe y la sumision al órden sobrenatural cristia«no, puede sola sostener este grande combate. Católicos ó Pro«testantes, ténganlo bien entendido los Cristianos, lo que el Cato«licismo perderia en crédito y en imperio en las sociedades católicas, lo que el Protestantismo perderia en crédito y en imperio «en las sociedades protestantes, no seria el Protestantismo ó el «Catolicismo quien lo ganaria, sino que seria la impiedad. Es pues «para todos los Cristianos, sean cuales fueren sus disidencias en «la esfera cristiana, de un interés evidente y un imperioso de«ber el aceptarse y sostenerse mútuamente, como aliados natu«rales, contra la impiedad anticristiana. No serán en demasía to«das sus fuerzas y todos sus esfuerzos reunidos para triunfar en «fin en esta guerra, y para salvar á la vez el Cristianismo y la so«ciedad.»

Este pasaje contiene la parte mas especiosa del escrito del señor Guizot.

Ante todo, ¿tendrémos precision de declarar que léjos está de nuestro pensamiento el desconocer que como ciudadanos, como hombres de bien, como seres sociales, morales y religiosos, debemos unirnos todos como un solo hombre para oponer la fuerza, el testimonio y la conciencia del género humano al enemigo comun de toda sociedad y de toda civilizacion? Indudablemente debemos hacerlo; y limitándonos á este concurso respondemos enteramente al llamiento del Sr. Guizot.

Mas en otra calidad y por otro título nos lo dirige el Sr. Guizot: es en calidad de cristianos, y en el interés del Cristianismo, y por él, de la sociedad.

Y aun bajo este respecto, hagamos aun otra distincion. ¿Quiere decir el Sr. Guizot simplemente, que cada cristiano, católico ó protestante, debe defender con todo su poder el Cristianismo, y que cuanto practique en este punto debe ser honrado, alentado, aceptado por todos los demás? Somos incontestablemente de su opinion. Los Católicos han tributado siempre el debido homenaje á los grandes trabajos de apologética cristiana con que los Abbadías, los Lardner, los Leland, los Lyttleton y otros protestantes han enriquecido el arsenal de la verdad, y de ellos van á sacar todos los dias, reconocidos, armas contra el error. Si el Sr. Guizot no hubiese querido decir sino esto, habria dicho una cosa trivial, por lo admitida y practicada.

El Sr. Guizot ha querido, pues, significar otra cosa.

Lo que ha querido decir el Sr. Guizot, es esto: que siendo la fe comun entre los Protestantes y los Católicos *infinitamente superior á sus disentimientos*, y siendo el enemigo de esta fe mucho mas peligroso para todos ellos *de lo que pueden serlo los unos para los otros*, es un interés y un deber para todos, *sean cuales fueren sus disidendencias*, el ACEPTARSE mútuamente *con sus disentimientos*, el *pasar sobre* estos disentimientos para coligarse en el interés infinitamente superior de su fe comun.

Pues bien, esto es lo que no podemos admitir: esto es lo que nos ha parecido peligroso dejar pasar: esto es lo que importa contradecir.

Hemos visto ya que los disentimientos que existen entre Católicos y Protestantes, léjos de ser poca cosa, lo son todo; léjos de ser

infinitamente superiores á su fe comun, absorben toda fe. El principio supremo del Protestantismo es exclusivo de toda autoridad, de toda sumision, de toda regla, y como tal es tambien el principio de este mal comun contra el cual quiere coligarnos el señor Guizot.

Y de esto concluyo tres cosas: la primera, que el mal comun del Socialismo es menos grande para nosotros los Católicos, que el peligro particular del Protestantismo; — es la segunda, que es menos mal para nosotros que para el Protestantismo; — la tercera, que el acuerdo ó liga que se nos propone para combatirlo seria á todos mas funesto que provechoso.

El enemigo comun, el Socialismo, sois vosotros, ó viene de vosotros: es el libre exámen practicado en sus últimas consecuencias, y vos sois el libre exámen profesado en su primer principio. Es el Protestantismo social, así como vosotros sois el Socialismo religioso. Vosotros, pues, sois tan peligrosos para nosotros, como puede serlo el Socialismo para todos; y aun lo sois mas vosotros, porque lo sois con todo el ascendiente que tiene el principio sobre sus consecuencias.

Por la profesion continua de este principio vosotros autorizais, alimentais virtualmente estas desastrosas consecuencias, que, si no fuéseis vosotros, no tendrian relacion alguna con nada humano. Sin duda que vosotros las desaprobais con todo el horror de vuestra natural honradez, las maldecís, como nosotros mismos; pero sois un padre que desaprueba, que maldice á sus hijos, mas no por esto sois menos, ni dejais de continuar de ser su padre.

Así pues, vosotros sois mas peligrosos para nosotros los Católicos, que el enemigo comun. Y añado en segundo lugar, que este enemigo es mas peligroso para vosotros que para nosotros, y que así no puede en rigor llamarse comun.

No hay duda que el peligro material, la subversion civil y social nos amenaza á todos igualmente, y en este órden es comun el peligro; pero en el órden espiritual y religioso, nada de esto: lo que es la muerte del Protestantismo debe ser la vivificacion del Catolicismo, y por esto, de la sociedad. El destino del error es el de crecer incesantemente y hacerse siempre mas error, el perder progresivamente la porcion de verdad, ó sea, de sávia y de vida que retiene siempre al desprenderse de aquella, y por consiguiente, de morir en su triunfo ó en el de sus consecuencias. Sin duda

que la verdad perece tambien en la caida, pero tan solo en la parte en que viene mezclada con el error; pues si ella á la faz de este se ha conservado entera y separada, enriquécese con las pérdidas del error; entonces se depura y surge con tanto mas resplandor y poder, en cuanto el error, con sus excesos le sirve de la mas viva y palpable demostracion. El Socialismo será la última consecuencia, y por consiguiente la muerte del Protestantismo. Entre este y aquel se halla el Filosofismo, que es el padre del Socialismo, así como el Protestantismo es su abuelo. Mas tanto el Filosofismo como el Protestantismo se ven lógicamente arrastrados al precipicio por su horrible descendiente mediato ó inmediato, el Socialismo. Las inconsecuencias que han servido para detenerlos largo tiempo sobre la pendiente, y pueden aun por algunos dias eludir el precipicio, debatiendo sobre sus orillas, son impotentes: en definitiva la lógica sigue su ley irresistible, y lo hace marchar todo bajo esta ley. El Protestantismo que siente ya su fin, quisiera hoy pegarse con el Catolicismo so pretexto de interés comun. Pero no, de ningun modo, el interés no es comun; porque el Protestantismo está acusado, y el Catolicismo vindicado por el Socialismo. ¿Quereis acaso remontaros á la unidad, y volver al seno de nuestra comun madre? os alargarémos la mano, y esta mano fraternal está para vosotros extendida tres siglos hace. Mas ¿no nos la pedís sino para reteneros en la separacion? No: en este caso os la retiramos, no solamente por interés, sino tambien por deber hácia la verdad, hácia la sociedad, pues no pudiéramos reteneros, y nos arrastraríais todos á un abismo.

En efecto, como dije en tercer lugar, el acuerdo propuesto por el Sr. Guizot para conjurar el peligro, seria mas funesto que provechoso.

La cosa es tan clara que no necesita largas explicaciones. Si el Socialismo no es al Filosofismo lo que el Filosofismo es al Protestantismo; si es el hijo desarrollado del libre exámen; si es el mismo libre exámen trasladado del órden religioso al órden filosófico, político y social; si es la insurreccion progresiva contra la Iglesia, contra el Estado, contra el hogar, es evidente que no podemos combatirlo sino en su principio, el libre exámen, y por su contrario, la autoridad. Y si el Protestante profesa el libre exámen, ¿cómo pudiera combatirlo? Si niega la autoridad ¿cómo podria invocarla? ¿Que fuerza tendria esta arma en su mano á la cual

primero heriria? ¿Ni qué fuerza tendria tampoco en la nuestra si de ella nos sirviéramos unidos con él, pues seria por necesidad contra él, y no haríamos mas que oponer al enemigo comun nuestra propia division? Dejadnos hacer, pues, dejadnos salvaros, dejadnos salvar aun otra vez la sociedad; dejadnos levantar la verdad de la Autoridad por la autoridad de la Verdad.

En vano alegais que creeis como nosotros en el órden sobrenatural, en el cual no cree nuestro enemigo, y que por la fe en este órden la sociedad puede salvarse. He manifestado ya que esta era una falsa y quimérica distincion, y no puedo insistir en esta verdad sin presentarla con una evidencia terrible. ¡Cuántos doctores protestantes, cuántas iglesias creen en el órden sobrenatural como si no lo creyesen! Y recíprocamente, ¡cuántos predicadores socialistas creen en el Evangelio, y de él toman sus textos y sus anatemas contra la sociedad! Y en el hecho, ¿cuál es la tendencia que distingue las poblaciones protestantes de las poblaciones católicas en Francia? Y en Europa ¿cuál es la boca que sopla sobre las hogueras del Socialismo revolucionario, mientras que está vomitando insultos para el Catolicismo, y ovaciones de hospitalidad para todos los desterrados de la civilizacion del universo, cuyas incendiarias conjuraciones favorece?... No: la distincion entre los que creen y los que no creen en el órden sobrenatural no tiene la menor solidez, ni es prácticamente cierto, ni puede oponer nada, cuando esta afirmacion ó esta negacion resulta igualmente del sentido privado. Todo sentido privado, siendo naturalmente igual á otro sentido privado, no puede hacer mas que autorizar la libertad, de que él se sirve, y de consiguiente de admitir ó de desechar. Para que esta distincion sea formal y efectiva, fuerza es que la creencia en el órden sobrenatural proceda de otro principio que de la incredulidad en este órden, del principio de Autoridad.

No hay duda en que el único vencedor posible del Socialismo es el Cristianismo, pero el Cristianismo lógico, el Cristianismo íntegro, ó en otros términos, el Catolicismo.

Ved ahí la conclusion que saca el buen sentido, primera autoridad invocada por el Sr. Guizot.

Resta la caridad.

«Lo mismo que el interés aconseja á los Cristianos (dice), esto «es, el aceptarse, la caridad se lo prescribe. Cuando toda lucha «material ha cesado; cuando la libertad religiosa se halla estable-

«cida así en las costumbres como en las leyes; cuando de hecho «y en derecho las diversas creencias se hallan obligadas á vivir «en paz las unas con las otras, ¿cómo no ha de venirles el deseo «de embellecer la paz por la caridad?»

Si el Sr. Guizot se limita á hablar de las buenas relaciones de sociabilidad y de afeccion natural, nos anticiparíamos de muy buen grado, ó por mejor decir, nos anticipamos todos los dias á su llamamiento, dando la mano y el corazon, y si necesario fuese, la sangre y la vida á nuestros hermanos separados, con tanto mayor empeño en cuanto nos alienta la esperanza de transmitirles al mismo tiempo la verdad, ejercitando con ellos la única intolerancia, la sola tiranía que tienen que temer de nosotros, la de nuestra solicitud y de nuestra caridad.

Si quiere hablar de la tolerancia civil de religion, nosotros estamos dando al mundo el mas alto ejemplo de ella, no haciendo mas que una masa con ellos en la reparticion pacífica de todas las ventajas, de todas las inmunidades, de todas las posiciones (harto lo sabe el Sr. Guizot), de todas las libertades civiles, políticas y religiosas. Los Protestantes son los que andan rezagados en esta parte, y que nos están en deuda en gran manera de esta tolerancia donde quiera se ven en mayoría, y especialmente en Inglaterra y en Irlanda.

Mas otra cosa quiere sin duda significar el Sr. Guizot: él quisiera embellecer la paz por la caridad, es decir, la tolerancia civil por la tolerancia dogmática, dos tolerancias muy distintas, y que parece confundir con harta frecuencia: él quisiera, que Protestantes y Católicos, pasando recíprocamente por sobre de sus disentimientos, como infinitamente inferiores á su fe comun, se aceptasen mútuamente así sobre el terreno dogmático, como sobre el terreno social, en faz de un enemigo comun, mucho mas peligroso para todos ellos de lo que pueden serlo los unos para los otros. Tal es el fondo del deseo del Sr. Guizot. Pues bien, fuerza es decirlo: este deseo es un deseo escéptico, no menos contrario á la caridad que á la verdad.

Si el primero de todos los bienes es la verdad, la primera caridad es la caridad de la verdad; el primero de todos los deberes es el de no aceptar, el de no tolerar el error, de no cesar de combatirlo como al mas mortal enemigo, no solamente de la verdad, á la cual nos debemos todos, sino de la caridad, en virtud de la

cual la debemos á nuestros hermanos. Verdad es que esta lucha contra el error debe ir marcada en sus formas con el sello de esta caridad que es su fin; pero ella ha de ser tan vigorosa contra el error, como llena de miramientos hácia las personas, porque la caridad no prescribe menos ese vigor que esos miramientos. Es por demás el decir que debe respetar la verdad que se propone hacer triunfar, no desviándose jamás, ni aun por la exageracion, que es el engaño del celo; no mezclando jamás en ello el menor espíritu de orgullo, ni de conquista; imponiéndose como ley el no negar sino para afirmar, y el no destruir sino para edificar, el no herir sino para curar; por manera que la derrota del error no tanto sea el blanco como el efecto necesario del triunfo de la verdad; y para decirlo de una vez, es un campo de batalla en el cual no se cuentan los muertos sino los vivos. — Bajo tales condiciones la lucha es ordenada tanto por la caridad como por la verdad; y la tregua solo seria provechosa para el egoismo y el error. Tender debemos á la union; pero á la union por la unidad, que es la vida, no por el escepticismo, que es la muerte.

Hasta la tolerancia civil reclama contra una tolerancia dogmática que nos conduciria á semejante resultado; y aquí llamo la atencion sobre una consideracion importante.

Es un grave error, y harto comun por desgracia, el creer que la libertad de religion se nos haya concedido para otro fin que para ejercitarla, y ejercitarla bien, y que podamos nosotros hacer de ella una libertad de irreligion ó hasta de indiferencia. Hase dicho que esta era una ley atea, lo cual es un grande error y una grave injuria. Mas es todo lo contrario, pues esta ley es eminente y esencialmente religiosa. La libertad de conciencia no se concede sino para dejar mas iniciativa y mayor vuelo al movimiento de la conciencia humana hácia su Autor, y no para permitirle el contradecir este movimiento, ni aun simplemente negarse á él. Este es en verdad un negocio de conciencia entre nosotros y Dios; pero no por esto deja de ser un negocio de conciencia entre nosotros y la sociedad. Si esta no nos instiga acerca el uso que hacemos de la libertad de religion que nos concede, es porque una tal pesquisa seria contraria á esta libertad misma; pero no seria menos contrario á esta libertad el volverla contra su objeto, y aun simplemente el dejarla ociosa. Esto es abusar de la confianza que nos la concede, es burlar las intenciones de la sociedad, no pudiendo ser

esta indiferente al uso que de aquella hacemos, hasta admitir moralmente que podamos hacer de ella una libertad de irreligion, y que lleguemos á ser un pueblo de escépticos ó de ateos. Seria hacerle la mas alta injuria el pensarlo así. El interés, aun el mas material, se opone á ello, pues que un pueblo de escépticos y de ateos no tardaria en convertirse en un pueblo de bárbaros y de malvados. La impiedad ó la indiferencia de religion no es un derecho social de libertad de religion; es un abuso de este derecho, es la violacion del deber que él implica, es un acto de mal ciudadano. Los sentimientos particulares de los que sancionaron la libertad civil de conciencia no eran tales quizá; pero yo sostengo que los principios de los cuales la hicieron derivar, eran los que nosotros invocamos, y que como legisladores, no pudieron tener otros. Por nuestra parte solo en este concepto podemos admitir la libertad religiosa y la bendecimos, no como una facultad de escepticismo y de indiferencia, sino como una obligacion moralmente mayor de religion, y como un medio de volver por medio de la libertad á la misma fe que se conservaba en otro tiempo por medio de la intolerancia.

Concluirémos juntamente de esta consideracion contra *el derecho de los filósofos* sostenido por el Sr. Guizot. Por de pronto nos limitamos á sacar de lo dicho esta consecuencia, que la tolerancia civil de religion bien entendida repugna á la tolerancia dogmática, es decir, al escepticismo; y que el *embellecer la paz por la caridad*, como dice el Sr. Guizot, no puede admitirse á costa de la verdad, fuera de la cual no puede haber sino una falsa paz y una falsa caridad.

Pero el Sr. Guizot descubre mas el fondo de su pensamiento, al propio tiempo que nos suministra un argumento contra él en el siguiente pasaje de su escrito:

«En un régimen de libertad religiosa bien establecido y bien «aceptado, no solamente *las diversas comuniones cristianas* pueden «*vivir en paz y en buenas relaciones*, sino que pueden contribuir por «su *coexistencia pacífica* á su *mútua prosperidad religiosa*. ¿Cuál ha «sido una de las mas gloriosas y piadosas épocas para el Catoli- «cismo en Francia? Indudablemente el siglo décimoséptimo. El «Catolicismo francés vivia entonces en presencia del Protestantis- «mo aun tolerado, y del Jansenismo en todo su vigor. ¿Qué causa «ha impedido á la Iglesia anglicana de caer en la apatía que mas

«de una vez ha parecido anonadarla? La proximidad de las sectas «disidentes, en parte libres, que la han mantenido siempre con «afan, forzándola á salir de su habitual languidez. No hay insti- «tucion, no hay poder que no tenga necesidad de sentirse contra- «restado, y de tener que hacer esfuerzos para conservar su posi- «cion. Bueno es el vencer, pero no el exterminar á los adversa- «rios; y así en el órden espiritual como en el temporal el laborioso «régimen de la libertad tiene para todo el mundo sus justas re- «compensas; al mismo tiempo que asegura á los débiles su dere- «cho, regenera incesantemente á los vencedores.»

En este pasaje de su escrito estamos mirando al Sr. Guizot tal cual es, pues ha dejado en él su verdadera marca, mas allá tal vez de lo que él mismo cree. Él se hace ilusion, y pudiera muy bien hacérnosla, sacando de la verdad misma una induccion de error. Es en efecto una verdad que la contradiccion regenera; todo lo que en este punto dice el Sr. Guizot es tan verdadero como bien expresado, y puede compendiarse en esta grande palabra de san Pablo: *Oportet et haereses esse.* Mas, es decir, que porque en las miras y por los recursos de la Providencia, el mal aprovecha al bien, el error á la verdad, ¿será preciso condescender con el mal ó con el error, y vivir con uno y otro en *buenas relaciones*? Y mas aun, ¿es decir, que deberán conservarse estas buenas relaciones, con la mira de una *mútua prosperidad?* ¿Cuál es el sincero católico, dónde está el sincero protestante que pueda consentir en semejante consideracion? ¿Cuál es el católico que pueda moralmente aceptar la prosperidad de la *herejía* protestante? ¿Cuál es el protestante que, bajo su punto de vista groseramente erróneo, pero sincero alguna vez, pueda moralmente aceptar la *prosperidad* de la supersticion papista? ¿Cuál es, en una palabra, el hombre, convencido de la verdad á una creencia cualquiera, que no deplore la *prosperidad* de su negacion?

Tengo formada una idea demasiado elevada de la honradez del Sr. Guizot, para creer que pueda desear la prosperidad del error, y que no deplore, como nosotros, sus estragos. Si pues la mútua prosperidad del Catolicismo y del Protestantismo es una idea que le place, es porque á su modo de ver no hay error ni en la una ni en la otra de estas doctrinas; y como, no obstante, son ellas contradictorias, y que no puede ser verdadera la una, sin que sea falsa la otra, síguese de aquí, que no siendo ninguna falsa, tampoco hay

ninguna verdadera, y que las dos no son para el Sr. Guizot ni verdaderas ni falsas, es decir, indiferentes en sí, y el objeto de un mismo escepticismo. No sé lo que piensan sobre esto los Protestantes; pero para nosotros Católicos la proposicion del Sr. Guizot no puede tener nuestro asentimiento. Si es indispensable que haya herejías, no admitimos que esto sea para la prosperidad de las herejías, ni tampoco por la mútua prosperidad de las herejías y de la Iglesia, sino para la única prosperidad y el solo triunfo de la Iglesia. Aceptamos como una prueba que las herejías se vayan sucediendo unas á otras al pié de la roca inmutable de la fe católica, porque ellas mueren por su sucesion y por su variacion misma, pues la vida no se halla sino en la permanencia y en la unidad; y aunque nos resignemos en verlas renacer, no cesarémos de rechazarlas con todas nuestras fuerzas para la gloria de la verdad, y para la salud de nuestros hermanos. No que por esto entendamos en lo mas mínimo atentar á la libertad de cultos, ni turbar su paz civil en el Estado; sino antes al contrario, para honrar esta libertad por su ejercicio, y para embellecer esta paz con la sola caridad que podemos admitir, la que se enciende en la antorcha de la fe.

Y justifica nuestra opinion el ejemplo aducido por el Sr. Guizot. Seguramente en el siglo décimoséptimo el Catolicismo y el Protestantismo coexistian en Francia, pero no en las buenas relaciones, como las entiende el Sr. Guizot; no con la mira de una mútua prosperidad. Cuando Bossuet confundia la Reforma por su inmortal *Historia de las Variaciones;* cuando lanzaba contra ella sus célebres *Advertencias;* cuando con su misma pluma no desaprobaba la revocacion del edicto de Nantes, ó mas bien la tomaba por materia de sus elogios fúnebres, y entonaba en su honor cantos de triunfo; su grande alma pastoral creia ciertamente preservar la Iglesia y purgar la Francia de uno de sus mas peligrosos azotes; y la caridad que inflamaba su celo no era en verdad el que busca como embellecer la tolerancia, y que procura una mútua prosperidad. La libertad de cultos se halla por cierto en el dia mas asegurada, y las relaciones de Católicos y de Protestantes mucho mas pacíficas y admitidas. Pero si no obstante el Sr. Guizot cree deber apelar al siglo diez y siete como á una de las épocas mas gloriosas del Catolicismo, permítanos, no el valernos de todas las ventajas que contra él nos suministraria este ejemplo, sino tan solo

el sacar del mismo esta sencilla verdad: que la única caridad capaz de honrar realmente la libertad de cultos, no es la caridad que acepta, es decir, que abdica, sino la caridad que combate.

El Sr. Guizot termina su escrito, y le reasume por una doble profesion de fe, la una cristiana, la otra filosófica. Declina la inculpacion de naturalismo que hace el Sr. Donoso Cortés á su *Historia de la Civilizacion europea*, y declara que *cree en el órden sobrenatural*, y en su necesidad para explicar y gobernar el mundo. Los filósofos por su parte reconocerán, que si bien rechaza su doctrina, no les niega su *derecho:* lo cual no dice para reclamar el frívolo honor de sostener á la vez *dos grandes causas*, sino para afirmar *una doble verdad* que obtiene toda su conviccion, y á la que consagrará todas sus fuerzas: la fe cristiana, y la libertad religiosa. La salud de los pueblos solo puede conseguirse á este precio.

Despues de todos los sensibles errores que nos hemos visto forzados á observar en el escrito del Sr. Guizot, esta conclusion sobre todo nos admira, y mas aun nos aflige, condenándonos á deplorar hasta el extremo la ceguera de esta descollante inteligencia.

El juicio que nuestro ilustre amigo el Sr. Donoso Cortés ha hecho de la *Historia de la Civilizacion europea*, es el de cuantos oyen ó leen esta historia; y el Sr. Donoso Cortés no ha hecho mas que ponerle el sello de su enérgica expresion. Harto evidente se presenta que en esta historia, obra maestra de calmosa sagacidad y de ingenioso análisis, vestido con las galas mas preciosas y bellas de lenguaje, se hallan admirablemente expuestas todas las causas segundas de la civilizacion europea, pero que la causa primera falta allí absolutamente; de tal modo que se ve brillar por su ausencia misma, y por todos los esfuerzos que ha hecho el autor para tenerla oculta. Seguramente si el Sr. Guizot hubiese sido cristiano, si hubiese tenido fe en la accion sobrenatural del Cristianismo en el mundo, ¡qué mas favorable, digo mal, qué mas inevitable ocasion para manifestarla que la historia de los efectos del Cristianismo sobre la civilizacion moderna! ¿Cómo es posible que haya podido llegar á sustraer completamente esta accion sobrenatural de su propio dominio, no obstante de tomar en cuenta sus efectos, en especial la influencia de la Iglesia, con una exactitud, una imparcialidad y hasta generosidad, que todo lo concede, menos lo sobrenatural, negándolo por esto mismo mas formalmente? Y puede decirse que ahí está el grande mérito artístico de esta obra, que

seria de una imperfeccion inexplicable sin esta intencion evidente de su autor. Para hacernos creer en su fe seria preciso que el señor Guizot nos hiciera no creer en su talento; y nos ha habilitado en demasía á admirarle, para que ahora podamos hacerle este sacrificio.

El autor de la *Historia de la Civilizacion europea* no es, pues, cristiano; y esto es demasiado cierto por desgracia. Con todo, el señor Guizot, ¿se ha vuelto cristiano despues? *¿Ha recibido*, como dice él mismo con tanta fuerza de persuasion, *de la vida práctica sobre estas terribles cuestiones, mas documentos de los que jamás le dieron la meditacion y la ciencia.*

No vacilarémos un punto en creerlo así, aun cuando él no nos lo dijese; y si pudiéramos dudar de ello, su noble lenguaje cautivaria nuestra confianza. Seguramente que el Sr. Guizot no está sin ser cristiano. ¿Cómo todas sus ricas facultades, tan bien dispuestas para la verdad, tan bien formadas para cogerla, y penetrarla y desplegarse en ella, hubieran permanecido insensibles á tantas y tan sublimes lecciones por las que la Providencia ha hecho como necesario el confesarla á cualquiera dotado de ojos para ver la brillante demostracion que nos da de ella? El Sr. Guizot no puede dejar de ser cristiano. Mas tampoco puede serlo firme y completamente en tanto que se mantenga enredado en las tortuosas vias del Protestantismo; y prueba son de ello las harto ciertas señales de escepticismo que nos hemos visto precisados á hacer resaltar en su escrito.

Y la señal con que lo termina bastará para ello, pues las reasume todas.

El Sr. Guizot cree en el *órden sobrenatural*, y con esta creencia conserva su *derecho* á los filósofos. Y llama á esta creencia y á este derecho *dos grandes causas*, una *doble verdad*.—No menos se confiesa inclinado á este *derecho* de los filósofos que á *la fe* en el órden sobrenatural; y si tuviese que optar entre la una y la otra de estas convicciones, necesidad que, segun nuestro sentir, es inevitable, podemos muy bien poner en duda si sacrificaria mas bien *la fe* cristiana al *derecho* de los filósofos, ó este á aquella. Lo cierto es, que los filósofos deben quedar mas satisfechos de esta profusion de fe que los Cristianos, los cuales solo tienen en ella un motivo de pesadumbre.

El Sr. Guizot no lo ha pensado bien; porque hay una autoridad

que domina á los Filosofos y á los Cristianos, y á la cual no puede sustraerse ni el mismo Sr. Guizot; á ella debemos todos una inevitable sumision, si queremos ser contados entre los hombres, y esta es la autoridad de la lógica.

Pues esta doble conviccion, esta doble glorificacion de la fe cristiana y del derecho de los Filósofos es radicalmente antilógica.

Y para conocerlo basta preguntar qué cosa es el órden sobrenatural, y qué cosa es el derecho de los Filósofos.

¿Qué cosa es el órden sobrenatural? Es, nos dice el Sr. Guizot, *un gobierno*, el gobierno necesario del universo y del género humano.

¿Qué son los Filósofos? Son, nos dice el Sr. Guizot, los incrédulos, los panteistas, los escépticos de toda especie, los puros racionalistas; en una palabra, todos aquellos que niegan el órden sobrenatural y que lo atacan.

Ahora bien, apelamos á la decision del mismo Sr. Guizot, al hombre de gobierno, al antiguo ministro; porque el Sr. Guizot debe soportar los inconvenientes de sus ventajas, y si es á la vez filósofo, y hombre de Estado, y hasta cristiano, debe permitirnos que apelemos del uno al otro: nosotros le preguntamos ¿si es posible conciliar el ejercicio de un gobierno con el *derecho* de las facciones en derribarlo?

Y nótese bien que aquí no se trata de la libertad de los espíritus, de la libertad de religion, que nosotros admitimos, como ya lo hemos explicado: nótese tambien que no se trata de los inconvenientes y hasta de los abusos de esta misma libertad, que toleramos como consecuencias de esta libertad misma, sino del *derecho* de los filósofos; del *derecho* de irreligion, de impiedad, de insurreccion contra el gobierno divino; del derecho de los Panteistas y de los Ateos.

Mas ¿no dicta la razon que si no hay derecho contra el derecho, aun menos hay derecho contra el deber? ¿Que si hay un órden sobrenatural, todos nosotros le debemos una igual sumision, *tanto los grandes talentos como las sencillas inteligencias, así en las regiones mas elevadas, como en las mas humildes* (son palabras del Sr. Guizot); y que con este deber, profesar en contra de ese deber el *derecho* de negar y de derribar este mismo órden sobrenatural, es sostener á la vez dos causas que se repelen?

Tanto valdria reconocer el derecho de los Socialistas para des-

quiciar y echar por tierra la sociedad. Por que, en fin, ¿en qué el gobierno de la sociedad seria mas sagrado que el gobierno de la Providencia? ¿Tiene la sociedad un derecho superior al de Dios? ¿Es ella mas sábia, mejor ordenada, menos atacable que el gobierno del universo? ¿Quién osará asegurarlo? ¿quién se atreveria á negar que muchas veces no presenta el espectáculo del desórden? Y qué, ¿vosotros negariais el derecho de negar y de atacar esta sociedad, y profesais el derecho de negar y de atacar el órden sobrenatural de la Providencia? Mas, si esta sociedad tiene algun fundamento, algun título á nuestra sumision y á nuestro respeto, es únicamente porque se apoya en este órden sobrenatural que responde por ella, y que la cobija, y que solo puede, en razon del derecho que tiene sobre nosotros, y del que nos da contra esta sociedad delante de su justicia, encadenar las rebeldías de la conciencia, y hacerle aguardar en la resignacion y en la paz, el grande dia de la reparacion. ¿Qué es, pues, el reconocer el *derecho* de los filósofos, es decir, de aquellos que atacan este derecho sobrenatural? Es evidentemente reconocer el derecho de atacar la sociedad, hasta en el único fundamento sobre que estriba, en el único baluarte que la protege, en el solo título que ella tiene á nuestra sumision. Vos mismo lo habeis dicho: «Desde que el «hombre cesa de creer en el órden sobrenatural, y de vivir bajo «el influjo de esta crencia, al momento entra el desórden en el «hombre, y en las sociedades de los hombres... Allí donde no «existe ya la fe en el órden sobrenatural, las bases del órden so«cial y moral quedan profunda y progresivamente desquiciadas, «pues el hombre ha cesado de vivir en presencia del solo poder «que en realidad le sobrepuja, y que puede á la vez satisfacerle «y regularle.»

Estas palabras del Sr. Guizot nos desarman. Con tan honrada y tan sublime inteligencia, hay siempre seguridad de encontrar recursos en él contra él mismo.

De acuerdo estamos con el Sr. Guizot: póngase él ahora de acuerdo consigo mismo. Si para esto pudiera bastar su talento, sin la verdad, tendria un privilegio único entre todas las almas. Pero no es así: Dios mismo está necesitado á tener razon. El señor Guizot está á ello obligado como Dios, y como la mas humilde de las inteligencias. ¡Que tome pues su partido, el partido de la razon, de la verdad, de la fe, de la unidad católica!

LIBRO PRIMERO.

DEL PROTESTANTISMO EN SU RELACION CON EL SOCIALISMO POR EL NATURALISMO.

CAPÍTULO I.

FISIOLOGÍA DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Para conocer bien la enfermedad es preciso conocer ya la relacion y el juego de los órganos en estado de salud.

Nos ha parecido muy útil el que una calificacion fisiológica de la Iglesia precediera á la del Protestantismo. Á ella vamos á consagrar este primer capítulo.

Entre las preocupaciones que extravian el mundo de tres siglos á esta parte, la mas falsa y la mas desastrosa es la que no deja considerar la libertad sino en razon inversa de la autoridad.

Siendo la libertad el movimiento de la vida misma del hombre, y por decirlo así, la llama de su ser, deberia, segun este falso juicio, hacer un esfuerzo continuo contra la autoridad, y acabar por destruirla en todo.

Deberia, pues, destruirse á sí propia en la misma proporcion, destruyendo la autoridad que le asegura el objeto mismo de su ejercicio.

En fin, este conflicto de la libertad contra la autoridad y contra ella misma, deberia producir la discordia y la disolucion de todos los elementos, cuya union constituye la sociedad de los hombres.

Rebelion, tiranía, anarquía social; tal debia ser y tal ha sido en efecto el éxito de semejante descarrío.

La disposicion á este falso juicio se halla en la parte mala de

nuestra naturaleza; mas lo que le dió un poder espantoso, es que, por la primera vez en el mundo, fue erigido en principio, en doctrina, en religion, por el *Protestantismo*, cuyo nombre es su exacta expresion.

La libertad de exámen, que es la esencia del Protestantismo, está en razon inversa y exclusiva de la autoridad. En esto es idéntica á la libertad de pensar del filósofo, ya sea deista, ya ateo; la diferencia entre ellos no está sino en el grado. En cuanto al principio es el mismo: y como la autoridad del Evangelio no es mas que una envoltura elástica que sufre todos los desenvolvimientos, todos los extravíos, todos los excesos de la interpretacion individual, toma tantas formas como hay inteligencias y caprichos en estas inteligencias, hasta no ser otra cosa que la libertad misma de pensar bajo la máscara flexible del Evangelio, y no diferenciándose muchas veces de la del filósofo sino por la profanacion de este testamento divino.

La libertad en el Catolicismo obra de un modo enteramente distinto: agítase dentro del círculo perfectamente definido, preciso é inviolablemente determinado del símbolo católico, y fuera de este símbolo en el campo de las opiniones, en tanto que estas no le son contrarias, y tienen convergencia á su rededor. En el centro de este símbolo la autoridad vive, habla, vigila, y léjos de dejarse arrastrar por el sentido privado, le atrae hácia sí: por poco que se descarrie, le amonesta; si se obstina, le corta; y al mismo tiempo asiste á la controversia de las opiniones, como una madre á los juegos de sus hijos, á quienes ella concilia y une hasta en sus holganzas, por el respeto de su autoridad y la efusion de su ternura.

Lo maravilloso de este sistema sobre el cual debemos concentrar nuestra observacion, consiste en que aquellas cosas que en cualquier otra parte no subsisten sino por su oposicion, limitándose y midiéndose por un suspicaz y móvil antagonismo que las tiene en perpétua disputa, que las constriñe recíprocamente, y no satisface á la una sino disminuyendo la otra, allí se armonizan, se desenvuelven y se vivifican en razon de lo que en otras partes hace su opinion.

Así,—en el círculo de la fe católica la autoridad aprovecha á la libertad;—en el campo de las opiniones que se extiende fuera de este círculo, la libertad aprovecha á la autoridad;—y en el juego general de esta doble esfera, esas armónicas relaciones de la au-

toridad y de la libertad aprovechan á la caridad, — la cual á su vez es provechosa á ellas.

He dicho primero, que en el círculo católico la autoridad aprovecha á la libertad.

Nada como esto aparece tanto una paradoja al modo de ver pervertido del Protestantismo; pero nada mas sencillo y mas claro á los ojos del recto buen sentido.

El ejercicio de la libertad supone un objeto, una materia en que pueda ejercitarse. La libertad de comer y de alimentarse concedida á un hombre al cual no se diese alimento alguno, y á quien se hiciese sentar en una mesa vacía, seria vana é irrisoria: seria el derecho sin el poder. Tal, pues, seria la libertad de la inteligencia sin la verdad que es su alimento, y sin la autoridad que se la lleva y se la presenta. La naturaleza suministra á la inteligencia del hombre un alimento de observaciones, porque está puesta delante de él, manteniéndose enteramente distinta é independiente de él, sin que pueda él desnaturalizarla, ni poner siquiera en duda su existencia y los hechos de que se compone: así que ella tiene para sí la *autoridad* del hecho. Este hecho se puede procurar comprenderlo, se pueden estudiar sus leyes, pero es imposible cambiarlo: fuerza es aceptarlo tal como está; y se penetran tanto mejor sus misterios, y se descubren con tanta mayor facilidad sus leyes, en cuanto lo primero que se hace es aceptarlo, y esta aceptacion por sí sola le hace mas determinado, mas fijo, mas accesible á nuestras observaciones. Y de ahí viene, que la base de las ciencias naturales es la observacion. — Lo propio debe suceder, y con mayor razon, en la ciencia sobrenatural. Para penetrar en ella y ejercitar la actividad de nuestra inteligencia, es necesario que los hechos, que los artículos de esta ciencia se ofrezcan á nuestra observacion de una manera no menos inmutable, precisa y definida, y aun mas precisa y definida. Con sola la diferencia que no siendo el órden sobrenatural, como el natural, accesible á nuestra observacion, ha sido indispensable que fuese revelado, y que fuese traido y conservado al alcance de nuestro espíritu por una autoridad del mismo órden; y nuestro espíritu, nuestra alma y todas nuestras facultades no pueden en él desplegarse sin el socorro de esta autoridad, que nos inicia en el conocimiento de este órden sobrenatural, y al cual debemos de este modo todos los progresos que en él podemos hacer.

Refiérese de un sábio ciego, que habia llegado á comprender las costumbres de las abejas, y á descubrir las leyes de su república, y que este estudio habia sido la ocupacion y el embeleso de toda su vida. Pero se añade, como es de suponer, que si llegó á este resultado, al cual no supieron llegar los que veian claro antes de él, fue por tener siempre á su lado una ayuda fiel de sus trabajos, que observaba por él, que le transmitia el resultado obtenido por sus observaciones, que le revelaba y le aseguraba los hechos de la conformacion de las abejas, de sus habitudes, de sus recíprocas relaciones, y á cuya exactitud de relato daba aquel una fe doblemente ciega, una sumision doblemente profunda, ya porque esta sumision y esta fe eran indispensables á su ceguera, ya porque estaban justificadas por la inteligente vista de su compañero. Sin esto, ¿qué habria sido este sábio ciego, por inteligente que fuese, si hubiese tenido que seguir por sí solo á las abejas en la naturaleza, cogerlas, sorprenderlas en los misterios íntimos de sus tareas, de sus instintos, de sus leyes, de sus costumbres, y formarse una opinion, una ciencia sobre las abejas? Hubiera llegado al punto á que llegan los filósofos en la investigacion de la verdad divina: hubiera perdido hasta la esperanza de conseguirlo. ¿Qué hubiera sido, si asistido aun de su compañero, y despues de haber sabido simplemente por él que habia abejas en el mundo, hubiese querido separarse de él, coger por sí solo esas abejas, no referirse sino á sus propios descubrimientos, contradecir los de su amigo que veia claro, protestar contra la autoridad de sus advertencias, y complacerse en el libre exámen? Hubiera sido lo que son los Protestantes: hubiera perdido el conocimiento, perdiendo la fe, y la actividad de su espíritu se hubiera desvanecido en las tinieblas de su natural ceguera. Tales son en efecto los Filósofos y los Protestantes con su libertad de pensar y de examinar. Ciegos son como nosotros; pero no tienen como nosotros el recurso de la autoridad de la revelacion y de la enseñanza de la Iglesia, para adquirir el conocimiento de los hechos del órden sobrenatural, y ejercitar sobre estos hechos su inteligencia. Esta libertad de examinar y de pensar, de que tanto se envanecen, no es mas que una libertad de hacerse ilusiones y de engañarse; y despues de haber hecho alarde del desórden de sus extravíos en mil sistemas huecos é ilusorios, ir á abismarse en el escepticismo.

Si tuviesen á lo menos libre delante de sí el campo de la ver-

dad, como tenian, por ejemplo, los filósofos antiguos, pudiera suceder por ventura, que llegasen á tocarla á tientas, y al través de las tinieblas de la natural ignorancia. Pero no, no tienen ellos el campo libre; pues se lo han limitado á sí mismos, separando la parte ocupada por la enseñanza de la revelacion ó por la enseñanza de la Iglesia, únicamente porque la autoridad de esta enseñanza lastima su libertad. Y como se encuentra que precisamente la verdad no está sino en la revelacion y en la Iglesia, síguese que ellos no han guardado para sí del campo de la libertad, sino la porcion en que no está la verdad, y en que á la ceguera natural del espíritu para conocerla, se junta la certitud de no encontrarla. Así, mas solícitos de la libertad que de la verdad, se privan con certeza de esta para reservarse aquella, antes que deber nada á la autoridad; sin advertir que siendo la verdad el fin de la libertad de pensar, y no haciéndosenos accesible la verdad sobrenatural sino por el auxilio de la autoridad, para quererse dar mas libertad, hacen precisamente lo que se ha de hacer para perderla. ¡Tan admirablemente se encadena todo en el órden moral y espiritual, como en el órden material y sensible! ¡tan falso es todo en el error, hasta en la significacion de su lenguaje, por el cual él se seduce y se engaña el primero á sí mismo [1]!

La Iglesia, en cuanto es autoridad, léjos de limitar, abre el campo de la verdad, es decir, del ejercicio del pensamiento; y lo que se le arrostra como un obstáculo á la libertad de pensar, es precisamente el alzamiento de este obstáculo. Esta libertad, pues, no está en razon inversa, sino en razon directa de la libertad de la enseñanza católica.

¿Y qué cosa hay mas justificada que esta asercion? Cien veces nosotros mismos hemos hecho la experiencia: mil veces la inteli-

[1] El Protestantismo llega á punto de rechazar toda doctrina, no como falsa, sino como enseñada por la Iglesia católica. A tal extremo fue llevada esta ceguera, que los Luteranos, protestando contra todo lo que venia de Roma, rehusaron tenazmente admitir las tan importantes variaciones del calendario de Gregorio XIII. Los teólogos protestantes declararon que el Papa, siendo el Anticristo, queria por medio de este calendario irse deslizando en las iglesias; y que así debia en conciencia desecharse la reforma gregoriana. Persistióse en este error en Alemania hasta 1777; en Inglaterra hasta 1752; en Suecia hasta 1753. Las bases erróneas del viejo calendario Juliano llevaron una diferencia de diez dias en 1582. Así es, dice el historiador protestante Menzel, que preferian engañarse en sus cálculos, que aceptar alguna cosa del Papa.

gencia, dirigiéndose á la enseñanza católica, le ha pedido y le pide, por su sumision un alimento á su actividad. Segun las fuerzas de cada espíritu, este alimento le queda asegurado en razon de su misma sumision. Allí no hay peligro de que falte la verdad, ni de extraviarse en lo desconocido, ni de perderse en el vacío: todo está lleno, todo es verdadero, é inagotablemente verdadero. Se puede, y es un inexplicable goce del espíritu, internarse osadamente en desenvolver y aplicar una verdad católica cualquiera, por mínima, por comun que sea; es el pequeño grano de mostaza que se convierte rápidamente en un árbol frondoso; son los pequeños panes del Evangelio, que se multiplican al infinito, y despues de haber saciado la multitud de vuestros pensamientos, llenan aun de sus sobras vuestras cestas. Por todas partes el campo se ensancha y se extiende, sendas luminosas se abren ante los ojos del espíritu, hienden la oscuridad, irradian, se corresponden por las mas lógicas relaciones, se justifican por las mas infalibles consecuencias, por las mas sublimes aplicaciones, y todas, al paso que se extienden, os vuelven al centro de donde habeis partido, y que se hace sentir donde quiera, sin hallarse en parte alguna la circunferencia. No teneis que temer en estas exploraciones intelectuales de la fe católica, que la decepcion os haga retroceder jamás un solo paso, ó que el error os desvie, ó que ni aun la duda os haga vacilar: no, no, en ese mágico imperio de la verdad no la iréis buscando por largo tiempo sin verla venir á encontraros, no en un punto solo, sino en mil puntos. Ella os invita, os atrae, os arrebata; ella se disputa vuestras preferencias, ella os sacia de sus dádivas, ella os espanta en cierto modo cuanto mas os embelesa con su infinidad; tanto os inunda, que os veis precisado á pedirle gracia, y agobiado bajo el peso de vuestras satisfacciones, exclamar con Bossuet: «¡Ya no puedo mas! ¡ya no puedo mas!»

Así es como dentro el círculo de la fe católica la autoridad aprovecha á la libertad.

He dicho en segundo lugar, que en el campo de las opiniones que se extiende mas allá de este círculo, la libertad aprovecha á la autoridad.

Fuera de la inspiracion católica todo lo que se toma de libertad va en disminucion, sino ya en exclusion, de la autoridad, y no tarda en degenerar en licencia: pues no es mas qme una diferencia de grado y una cuestion de tiempo. El gérmen de la licencia

reside en el principio mismo de esta libertad: la cual está siempre en la actitud de derecho y de insurreccion: ella consiste en la desconfianza, en la resistencia, en la tendencia á prolongar la cadena del deber hácia la autoridad, de miedo que esta no la constriña, y porque recelosa en efecto esta y desconfiada, quiere realmente constreñirla. Esta miserable lucha de esclavo á señor se prolonga mas ó menos tiempo, hasta que viene un dia de rompimiento y de anarquía, y el dia siguiente es de necesidad un dia de arbitrariedad y de opresion tiránica. Ved ahí la historia constante de los espíritus y de los sucesos fuera de la inspiracion católica: tan constante, que toca ya á la monotonía, y tan necesaria, que es la historia tanto del porvenir como de lo pasado.

Muy distinto va todo en la esfera católica. Así como la autoridad aprovecha á la libertad, la libertad recíprocamente aprovecha á la autoridad, hasta en el campo de las opiniones libres. La fuerza excéntrica de estas opiniones halla su contrapeso en la fuerza central de la fe. El amor de esta y el temor de infringirla hace siempre tener la libertad mas acá antes que mas allá del límite extremo que separa la opinion de la heterodoxia; y esta reserva libre, inspirada por el solo respeto y por el solo amor de la fe, es el mayor homenaje de nuestra libertad á la autoridad, y aprovecha á esta en el círculo de su absoluto dominio. ¡Cuál no debe ser, en efecto, la sumision á la autoridad en materia de fe de un espíritu, que, aun en materias opinables, no hace uso de toda la libertad que le está concedida! En el uso mismo de esta libertad, esta reserva no le deja, y se hace sentir en él esta impresion de autoridad; y por léjos que vaya, su perpétuo cuidado en no ofender la fe es un homenaje constante á la autoridad en el ejercicio de la libertad misma, una sumision prestada á gran distancia, en tanto mas honorífica y provechosa á la autoridad, en cuanto es mas libre y mas voluntaria.

Y no se diga que esta sumision sujeta ó disminuye en lo mas mínimo la libertad, y que constituye por parte de esta un verdadero sacrificio á la autoridad. Todo al contrario; porque, como hemos visto ya, aprovechando la autoridad á la libertad, dándole la materia primera, por decirlo así, de la verdad, que es el objeto de su ejercicio, se sigue que todo cuanto la libertad presta en sumision á la autoridad, esta se lo retorna en alimento de ella misma.

Para entrar bien en el juego de este maravilloso organismo, es

menester volver siempre á este tema: que la libertad no es sino el desarrollo del espíritu en la verdad, y por la verdad, de la cual es la autoridad depositaria y dispensera. El seno de la autoridad es como el de la madre para el hijo: someterse á él, es alimentarse de él, y alimentarse de él es estarle sumiso.

Réstanos ver ahora, cómo esta armonía entre la autoridad y la libertad aprovecha á la caridad, y cómo esta le aprovecha.

La comparacion de la Iglesia á una madre se convierte en una realidad. La Iglesia, esposa santa de Jesucristo, es la madre espiritual de todos los Cristianos; é infunde en ellos los mismos sentimientos que los que resultan de la recíproca union de muchos hijos de una misma madre entre sí, y de todos con respecto á ella. No es esto una ficcion, sino la realidad mas sensible, y al mismo tiempo la mas inteligible.

La verdad siendo *una, unifica* á todos cuantos se le adhieren. Y si es la verdad en su mas elevado poder, la verdad primera y final, la verdad infinita y eterna, la verdad que no podemos admitir sin hacerla reina de todos nuestros pensamientos y afectos; la union estará en razon de este poder y de esta soberanía. Haciéndosela cada cual el único fin de sí mismo, vendrá á ser el único fin de todos, y todos por consiguiente llegarán á ser únicos en este único fin.

Si la admitiesen con desigualdad en su importancia, solo estarian unidos en ella imperfectamente, pues poniendo los unos antes ó despues de tal propia inclinacion, ó afeccion, que no seria la misma en los otros, esta diversidad de inclinacion ó de afecciones particulares, menguaria, y por consiguiente debilitaria la union resultante de la verdad comun, á la cual se daria un lugar secundario. Así sucede con la verdad matemática, que no es nuestro único fin, y que si bien es comun entre los matemáticos, los une de una manera muy imperfecta.

Si admitiéndola igualmente como su único fin, la admitiese cada cual de diverso modo, acomodándola á su propio sentir, la union vendria á ser irrisoria. Así sucede con la verdad revelada para los Protestantes; no porque ella deje de ser su único fin, sino porque sometiendo cada protestante esta verdad á su libre exámen, de necesidad le antepone, ó mas bien le sustituye, en lo que pudiera tener de comun, el concepto que de ella se forma; y la diversidad de este concepto del de los otros, afectando la misma verdad,

no solamente debilita, sino que disuelve enteramente lo que ella tenia de comun, y ni aun le deja la débil propiedad de union de la simple verdad matemática.

Los Católicos al contrario, subordinando toda otra verdad á esta verdad única y soberana, y subordinando los conceptos particulares que pudieran formarse de ella al único magisterio de la Iglesia, se hallan reunidos real y absolutamente en su seno supremo por esta comun sumision.

Aun hay mas: ejerciendo esta sumision en ellos la divina virtud de la humildad, los despoja y los vacía de sí mismos, — es decir de aquello en que ellos difieren, — y los reviste, y los llena á proporcion de la verdad suprema que los une. Esta los penetra, los asimila, los transforma y los alumbra, convirtiéndose ella misma en luz por su comun accion sobre todos. De suerte que, viendo y reconociendo recíprocamente la verdad en cada uno de ellos, se aman con el mismo amor con que aman la verdad, con un amor que por esto no tiene el mismo nombre en esta aplicacion diversa, la caridad; y se sienten unidos no solo en la verdad, su único fin, sino por la verdad, su única vida.

Tal es la union que produce la autoridad de la verdad católica entre todos los hijos de la Iglesia.

Y esta union se halla acrecida y vivificada aun mas por el ejercicio de la libertad, tal como la hemos definido en su relacion con la autoridad.

Fuera de la inspiracion católica, la libertad, ó lo que se ha convenido llamar con este nombre, no une realmente, sino que divide, rompe, desgarra. Coliga contra la autoridad los apetitos privados; mas es para hacerlos devorar despues entre sí cuando la han destruido, porque el objeto de sus apetitos es impotente para satisfacerlos. La fraternidad y la igualdad que se hacen marchar por burla con semejante libertad, no deben entenderse sino por antífrasis, como por *Eumenides* (diosas de la dulzura) se entendian las tres Furias.

La libertad en el Catolicismo opera realmente la union y la fraternidad de las almas, porque las despliega en el conocimiento y en la posesion de un bien que cuanto mas se reparte, mas se aumenta, y que queda siempre uno por mas que se multiplique; ó mas bien, que no se reparte entre sus posesores por su division, sino que los enriquece á todos por su comunion. Esta union re-

sulta sobre todo del acuerdo entre las diversas experiencias que los Católicos hacen de este bien soberano. Cuando cada espíritu, cada alma católica se despliega en la verdad, merced á la autoridad que se la asegura, prescindiendo aun de la garantía que esta le ofrece, no omite por cierto hacer experiencias decisivas para armonizar esta verdad con todas las facultades y todas las potencias de su ser. ¡Mas cuánto confirma sus experiencias personales, cuando poniéndose en relacion con otro espíritu ú otra alma católica, halla que las experiencias hechas por esta son idénticas á las suyas! Y esto se verifica no solo una vez y por azar entre dos católicos, sino siempre é infaliblemente entre todos los católicos. Acuerdo tanto mas sorprendente, en cuanto el objeto sobre que versa, la verdad sobrenatural, ya sea como concepto, ya sea como afecto, es lo que hay menos accesible al esfuerzo natural de nuestro entendimiento y de nuestro corazon; acuerdo tanto mas maravilloso y decisivo, en cuanto se verifica entre dos espíritus y dos caractéres los mas extraños, desiguales y diversos de otra parte entre sí. Nada es comparable con el gozo de las inteligencias y de las almas católicas, cuando, sin haberse nunca visto ni oido, venidas á veces del un extremo y del otro del universo, para encontrarse, se abren unas á otras, y se hallan tan conformes en la verdad sobrenatural; y cuando empleando de mancomun su actividad para descubrir su sentido, se adelantan y se reunen una y otra sobre los mismos puntos, respóndense como los ecos de una misma voz, se dicen la una á la otra lo que recíprocamente iban á decirse, y se encuentran y se reconocen la una en la otra, y las dos en la verdad, como en un mágico espejo que multiplica su propia imágen; y experimentan un sentimiento semejante al de dos extranjeros que, cogiendo en su conversacion una palabra que dispierta un recuerdo, se preguntan, se explican, se hallan ciudadanos de una misma patria, hijos de una misma madre, y se confirman mas y mas en este reconocimiento y en el sentimiento dulcísimo que en ellos produce, recordándose y repitiéndose el uno al otro las particularidades mas domésticas, los rasgos mas personales y mas íntimos de la ternura de su comun madre, y hallándose siempre mas hermanos cuanto mas hijos suyos se reconocen. Y este sentimiento para ellos es doblado, porque su objeto no se limita á los recuerdos de lo pasado, sino que está tambien en lo presente por las correspondencias que cada uno de ellos conserva

con la madre comun; y sobre todo está en el porvenir y en la esperanza, porque el lugar en que se verifica su reconocimiento es el camino de retorno hácia la patria. Así los Cristianos católicos se conocen y se aman desde siempre y para siempre.

Pero lo que da mas alto grado de vida á esta union, lo que hace que toda comparacion y toda imágen venga á ser la realidad misma, y la realidad por excelencia, es que su objeto, la Verdad divina, no es una abstraccion pasiva, sino un objeto viviente y personal, la Vida misma, el Amor mismo, el Dios viviente y comunicativo, que dilata su vida eterna hasta sus hijos, ya como verdad, ya como caridad, y se la derrama por los pechos, digámoslo así, de la Iglesia, la enseñanza y el sacramento, la enseñanza, que nos derrama la verdad, el sacramento que nos derrama la caridad; la enseñanza de la verdad que alumbra nuestra fe en el sacramento de la Caridad, y el sacramento de la Caridad que inflama nuestra inteligencia en el estudio de la verdad; la una, que es luz, la otra, que es calor; las dos, que forman la vida, la verdadera y soberana vida.

De ahí las dos tendencias, los dos modos de desplegarse la actividad humana en el seno de la Iglesia, conocidos bajo el nombre de escolástica y de mística: la escolástica, cuyo objeto es la verdad; la mística, cuyo objeto es el bien, que corresponden las dos asimismo á las facultades por las cuales el alma conoce y desea, comprende y ama, cuya armonía forma el tono perfecto del ser y de la vida. La escolástica, que debe regular y mantener la mística en los términos de la verdad; y la mística, que debe vivificar y realizar las percepciones de la escolástica. Sin la mística, la escolástica declinaria, como hartas veces ha hecho, hácia el Racionalismo: sin la escolástica la mística declinaria, y ha tambien declinado, hácia el Iluminismo. Pero la Iglesia, por medio de todos sus grandes doctores, ha equilibrado siempre estas dos tendencias la una por la otra, sirviéndose de ellas para desplegar, sin extravío y sin exceso, todas las potencias del alma en la plenitud y en la infinidad de la perfeccion. La una se halla mas particularmente expresada en la *Suma* de santo Tomás, y la otra en el libro de la *Imitacion:* la *Suma*, que quedará siempre como un monumento incomparable de la inteligencia humana, elevada á una region de ángel, hácia el cual volverán la vista todas las generaciones, como hácia un faro de verdad; la *Imitacion*, que pa-

sará de edad en edad como un elíxir de vida para reanimar todos los deliquios, é inspirar todos los santos deseos.

¡Conózcase ahora la union, la caridad que debe producir entre los Católicos este juego recíproco de la autoridad y de la libertad en el seno de la Iglesia, pues que ellos son uno por la misma verdad que los ilustra, y en la cual ejercitan su pensamiento; uno por la misma caridad que los nutre y en la cual se aman; uno, en fin, por la misma vida que los anima, y en la cual obran, no teniendo así mas que un solo pensamiento, un solo corazon, una sola alma y un solo soplo en un mismo seno!

¿Necesitaré añadir ahora, que la caridad, tan altamente favorecida por la relacion recíproca de la autoridad y de la libertad, les aprovecha á su vez? Bástame insinuar que la autoridad vive de la sumision, y esta del amor, sobre todo cuando esta sumision es exigida por la autoridad del amor mismo. Entonces ya no es sino un amor que manda á un amor que obedece, es decir, lo mas dulce que hay en la tierra y el mismo cielo. ¿Y no es al propio tiempo lo mas libre que existe? *Ama, et fac quod vis,* hé aquí la divisa de la libertad. Si ser libre es hacer lo que se quiere, ¿quién mas libre que aquel que puede hacer lo que quiere con una sola condicion: el amor, que se quiere eminentemente á sí mismo?

Tal es el maravilloso organismo de la Iglesia.

CAPÍTULO II.

DESÓRDEN TRAIDO POR EL PROTESTANTISMO EN LA ACCION CIVILIZADORA DE LA IGLESIA: SU ORIGINARIA RELACION CON EL SOCIALISMO.

Colocada por Jesucristo en medio del mundo la Iglesia, habia llegado á ser su alma y su forma á un mismo tiempo. Sobre ella, en torno de ella y por ella se habia formado, constituido, y en cierta manera amoldado el mundo moderno. Todas las relaciones que acabamos de admirar entre la autoridad, la libertad y la caridad en el seno de la Iglesia, se repetian en lo exterior de la sociedad europea, á la cual ella animaba con su soplo é impregnaba

de su vida. Esta sociedad era altamente católica, ó por mejor decir, no era sino católica. La Iglesia era el mismo Gobierno europeo. Los Gobiernos particulares dependian de ella, y la reconocian unánimemente por su soberana, en virtud del título mas natural y mas legítimo, el de la creacion y de la vida que le debian. «Como la colmena es hecha por las abejas, así la Francia y la Eu-«ropa fueron hechas por los obispos,» dice Gibbon. Y despues de haber recibido de ella la primera existencia social, continuaban en recibir la conservacion y el desarrollo bajo condiciones del todo semejantes á las que constituian la Iglesia misma, que son las propias condiciones de la civilizacion, de las cuales era, es y será aun el tipo perfecto.

Así la autoridad de los soberanos, tomada de la de la Iglesia, tenia de ella á los ojos de los pueblos el derecho sagrado, el carácter divino; y para los soberanos mismos este derecho no era mas que una carga de proteccion, de sacrificio y de caridad hácia los pueblos. La libertad para estos, tal como la hemos visto en la Iglesia, derivaba tambien de ella naturalmente: ejercitábase en su misma obediencia, y los derechos de los pueblos se hallaban resultar del cumplimiento de sus deberes. Eran hermanos que obedecian al primogénito á vista de la madre comun, y cuya obediencia nada tenia de suspicaz ni de servil, así como la autoridad á la cual la prestaban nada tenia de desconfiado ni tiránico; porque era tan fuerte y justificada esta autoridad por descender de la Iglesia, como noble y libre esta obediencia por remontar hasta ella. No era el hombre el que mandaba ó el que obedecia al hombre, lo cual no tiene razon alguna moral de existencia, y solo puede producir la revuelta y la tiranía; era sí la autoridad divina y maternal de la Iglesia, ejercida por delegacion en la persona de los soberanos sobre los pueblos, y la obediencia filial de los hijos de la Iglesia acogida en los pueblos por los soberanos. Y cuando decimos la Iglesia decimos Jesucristo, así como al decir Jesucristo decimos Dios, único á quien pertenece la autoridad cuya alta delegacion espiritual ha recibido la Iglesia. Mandando á los pueblos en virtud de esta autoridad, los soberanos de todas clases, los señores, los poderosos, los fuertes, hacian acto de servicio hácia los pueblos, los débiles y los pequeños, viendo en ellos no tantos súbditos é inferiores como hermanos, hijos de la misma Iglesia, que debian proteger; así como, obedeciendo á los soberanos los pueblos hacian

acto de libertad, porque no obedecian en ellos sino á la Iglesia y á Jesucristo, á quien los soberanos debian igualmente obedecer. Mas sobre todo, unos y otros, ya mandando, ya obedeciendo, hacian acto de caridad, de aquella misma caridad que chupaban igualmente del seno de la misma Iglesia, y de la cual vimos ya las fuentes y las recíprocas relaciones; razon por la cual los resortes de los Gobiernos y de las sociedades obraban con la mas flexible suavidad, como el juego natural de los órganos de nuestra existencia.

Por lo dicho no hemos querido de modo alguno significar que la Iglesia haya jamás aspirado al derecho de ejercer el poder temporal por los soberanos y sobre los soberanos, de hacerlos y deshacerlos, como se dice, desviándose así de su mision enteramente espiritual: no, de ningun modo. Mas como el mando y la obediencia en el foro interior de que proceden son una cosa espiritual, de necesidad reciben en esta parte las inspiraciones de la doctrina espiritual, sea cual fuere, que reina en el mundo, pagana ó cristiana, católica ó protestante. Muy diversos son el mando y la obediencia, segun que están inspiradas por la una ó por la otra de estas doctrinas, porque el hombre exterior y social se conduce en definitiva segun el hombre interior y espiritual. La Iglesia no tiene la pretension de hacer y deshacer los reyes, de ligar ó de desligar los pueblos; pero tiene sí la de hacer lo cristiano y deshacer lo pagano en los reyes; la de formar el espíritu de obediencia, y destruir el espíritu de revuelta en los pueblos, y de hacer penetrar en los unos y en los otros aquellos sentimientos de fe y de caridad que hacen la autoridad blanda y respetada, y noble y fácil la obediencia, haciendo derivar la una y la otra de las relaciones del hombre con Dios, del cristiano con Jesucristo, del católico con la Iglesia. Así es como la Iglesia influye sobre lo temporal, y tiende á formarle la imágen de las relaciones de autoridad, de libertad y de caridad, cuyo maravilloso organismo acabamos de admirar en ella. Así es como ella, despues de haber disuelto el mundo pagano ha hecho nacer el mundo cristiano, formándole insensiblemente sobre el tipo de sí misma.

Y cuanto mas esta influencia habia sido combatida por el mundo pagano, de quien era ella la muerte, tanto mas era aceptada por el mundo cristiano, del cual era la vida. Acéptase siempre, y no puede dejar de aceptarse la vida, y así la Iglesia fue aceptada por la edad media. Las relaciones de filiacion que hubieran

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

debido existir siempre entre el mundo y la Iglesia eran entonces tanto mas estrechas, en cuanto eran relaciones de maternidad. Decirse puede, que la Iglesia lo hacia entonces todo en el mundo, porque todo estaba para hacer en el mundo, y hasta el mundo mismo. Lo espiritual no invadia, no usurpaba nada, como se ha dicho, sobre lo temporal por una razon muy sencilla, y es, porque lo temporal no existia aun. Lo espiritual lo era todo, pues no habia sino lo espiritual. El espíritu de la Iglesia se cernia sobre la barbarie, como en otro tiempo el espíritu de Dios sobre el cáos. Y, ¡ó preocupacion absurda! lo temporal, que se echa en cara á la Iglesia haber invadido en aquella época por la accion de su poder espiritual, solo á esta accion debe su existencia: la Iglesia lo llevaba entonces en su seno, y lo engendraba para la vida, por estos actos mismos que se califican de usurpacion. Como Dios, pudiera decirse, que usurpó sobre la nada y el cáos, sacando de ellos el mundo, así el espíritu de la Iglesia usurpó sobre la noche y la barbarie, sacando de ellas la civilizacion.

Así iban formándose las sociedades europeas sobre el tipo y bajo la inspiracion de la Iglesia. Era realmente duro el trabajo para esta formacion inmensa, era laborioso, atormentado, contrariado por los elementos bárbaros que allí hervian; pero ella se iba desprendiendo de dia en dia de estos elementos, haciéndose superior á ellos, á medida que se iban purificando, disciplinando y suavizando por medio de la Iglesia. Los desórdenes mismos, cuyo aflictivo espectáculo daba la Iglesia en la parte material de su existencia, hallaban sus correctivos de reforma interior en su parte espiritual, única excepcion de la ley comun, por la cual se dominaba ella á sí misma, dominando el movimiento general de la civilizacion.

¡Qué espectáculo hubiera presentado la Europa, si esta civilizacion hubiese seguido hasta nuestros dias, y se hubiese completado bajo el imperio de esta ley! Pero el cielo, ó mas bien el infierno envidioso, no permitió tal felicidad á la tierra.

En el momento en que esta civilizacion católica se iba desplegando, y salia rica y fecunda de las entrañas de la Iglesia, pareció el Protestantismo, y toda la obra quedó cambiada.

Por el mas especioso de los sofismas, que consiste en hacer de una relacion de anterioridad una relacion de causa, *Post hoc, ergo propter hoc*, se ha pretendido que cuanto ha producido la civi-

lizacion despues de la invasion del Protestantismo, era el efecto de la libertad de exámen que este habia introducido. El grande Balmes ha confundido para siempre este sofisma en su eminente obra del *Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*. Él ha demostrado irrefragablemente que todos los grandes caractéres de nuestra civilizacion debian atribuirse directamente al Cristianismo católico, ya en su gérmen, antes del Protestantismo, ya en su desarrollo, por la accion continua de la Iglesia, despues y á pesar del Protestantismo, el cual no ha hecho mas que desnaturalizar esta grande obra, y transformarla en lo que estamos viendo.

Sin entrar aquí en el pormenor de esta bella demostracion, á la cual nos reservamos añadir despues algunos rasgos, vamos á continuar el curso de nuestro concepto general.

El Protestantismo ha roto el lazo de la sumision á la autoridad de la Iglesia, que para la Europa era la autoridad de la verdad misma, y con esto ha atacado la verdad de la autoridad en su principio, en todas sus derivaciones y aplicaciones civiles, políticas y sociales, y en todas sus relaciones recíprocas con la libertad y la caridad, relaciones que ha completamente desnaturalizado y destruido, tanto mas completamente, en cuanto ha hecho gran alarde de sus nombres, aplicándolos á sus contrarios.

El Protestantismo ha sido en esto la mas radical y la mas mortal de todas las herejías. Cualquier otra herejía ha podido negar tal ó cual dogma, la naturaleza divina ó la naturaleza humana del Verbo, ó la relacion de estas dos naturalezas, ó la relacion del Verbo con las otras personas divinas, ó la Divinidad misma en su independencia creadora y en su relacion con el mundo. Mas, no temo asegurarlo: aun cuando todas las herejías, reunidas en una sola herejía, hubiesen llegado hasta el extremo de negar todos los dogmas de la doctrina católica, hasta el Deismo, hasta el Ateismo, serian menos funestas que el Protestantismo; y aun cuando el Protestantismo hubiese conservado todos los dogmas de la enseñanza católica, rechazando empero esta enseñanza, no seria menos funesto.

¿Y por qué razon? Porque, aun cuando todos los dogmas de la enseñanza católica hubiesen sido alterados, negados, mientras que la autoridad de esta enseñanza subsiste en sí misma, es reconocida, puede estigmatizar el error, y hacer que prevalezca la verdad:

el principio, el tronco, por decirlo así, queda todavía en pié y arraigado, y puede aun retoñar y reverdecer. Mas cuando la repudiada es la autoridad misma de esta enseñanza, cuando se ha cortado el tronco mismo del árbol, aunque el árbol de otra parte conserve todas sus ramas, entonces el mal es irremediable: es la muerte.

Así el Protestantismo, atacando el principio de la autoridad visible y docente del Cristianismo, y oponiéndole el principio opuesto del libre exámen, ha muerto de un solo golpe la autoridad de la verdad misma del Cristianismo, y del órden sobrenatural revelado. Ha, por consiguiente, destruido la fe en este órden sobrenatural, la cual no puede subsistir sin una autoridad de magisterio igualmente sobrenatural.

Sentar en principio que no hay autoridad interpretativa de la revelacion de la misma naturaleza que ella, es decir, sobrenatural, y que la razon natural sola debe explicarse á sí misma las verdades del órden sobrenatural, es negar este órden sobrenatural, es desposeer de él al universo. Toda interpretacion exige el conocimiento adecuado de su objeto: lo sobrenatural, que es propio de la revelacion, implica, pues, lo sobrenatural en el agente de su interpretacion: en otros términos, la revelacion se implica á sí misma en el acto de su explicacion [1].

El divino autor de la revelacion debia por consiguiente no dejar al sentido privado, sino reservarse á sí mismo ó á una institucion emanada de él mismo, y por él mismo inspirada y asistida, la autoridad y la luz sobrenaturales necesarias para la explicacion de su doctrina. Debia crear esta institucion de tal manera que pudiese decirle: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la

[1] Lutero mismo habia terminado reconociendo esta verdad, escribiendo lo que sigue poco antes de su muerte: «Nadie puede comprender las Bucólicas de «Virgilio, si no ha sido pastor por cinco años: nadie puede entender sus Geor«gias, si no ha sido labrador por cinco años: nadie puede comprender las car«tas de Ciceron si no ha gobernado un Estado durante veinte años. Por lo que «hace á la Escritura santa, nadie puede hallar en ella bastante gusto si no ha «gobernado la Iglesia por cien años, con los profetas Elías y Eliseo, con san «Juan Bautista, el Cristo y sus Apóstoles.

Hanc tu ne divinam Aeneida tenta,
Sed vestigia pronus adora.

«Nosotros somos unos mendigos, esta es la verdad.»

«tierra; como yo he sido enviado, os envio tambien á vosotros. «Recibid el Espíritu Santo: enseñad á todas las naciones, y yo os «asistiré todos los dias hasta la fin del mundo.» Hé aquí lo que debia hacer el autor divino de la revelacion: ved ahí lo que realmente ha hecho. Y debia hacerlo con tanta mayor razon, en cuanto él mismo en su revelacion inmediata no habia dejado sino una doctrina no escrita, inexplícita, rudimentaria, en cierto modo, y que aguardaba todo su desarrollo y su símbolo de la explicacion sucesiva á la que daria lugar su aplicacion; queriendo con esto hacernos sentir mas, tanto la necesidad de la Iglesia como el prodigio de su enseñanza.

Rompiendo, pues, Lutero con esta Iglesia, rompia con el órden sobrenatural revelado. Dando por único agente interpretador de este la razon natural, suprimia implícita y realmente la creencia en este órden, porque la razon natural no puede explicarse las cosas, si no se las hacen comprensibles, si no se las ponen al alcance de su naturaleza, en una palabra, si no se las naturalizan. Así es como vimos á Lutero moribundo exhalar este grito de su alma devastada: «¡Ah! yo he podido creer todo lo que me decian «el Papa y los monjes, y ahora mi razon se deniega á creer lo que «me dice el Cristo [1]!»

Mas, suprimiendo la creencia en el órden sobrenatural revelado, Lutero suprimia la creencia en todo órden sobrenatural, pues que nosotros no conocemos realmente á Dios sino por Jesucristo, así como no conocemos realmente á Jesucristo sino por la Iglesia.

Y para decirlo de una vez, Lutero suprimia el principio mismo de toda creencia, sentando el principio exclusivo del libre exámen; y colocaba al mundo sobre una pendiente que debia conducirlo necesariamente al escepticismo, al naturalismo, al materialismo, es decir, debia volverlo al cáos de donde lo habia sacado el Cristianismo.

Este cáos en el órden espiritual debia por necesidad reproducirse en el órden temporal, el cual no es sino la forma exterior de aquel.

El hombre no tiene naturalmente autoridad sobre el hombre: la autoridad no reside sino en Dios. Solo de allá puede descender en

[1] Alzog, *Historia univ. de la Iglesia*, tomo I, pág. 80. — Menzel *Nueva Historia de los Alemanes*, tomo II, pág. 427.

diversos grados sobre la tierra entre los hombres, y solo hasta allá puede remontar la sumision. El *hombre es de Dios*, como dice con un noble orgullo Tertuliano. La sumision al órden sobrenatural es asimismo el alma de toda sumision. Por esto dice muy á propósito el Sr. Guizot, desde que el hombre cesa de creer en el órden sobrenatural, y de vivir bajo el influjo de esta creencia, al momento el desórden vuelve á entrar en el hombre y en las sociedades de los hombres. Quedan profundamente desquiciadas las bases del órden moral y social, por haber cesado el hombre de vivir á presencia del solo poder que realmente le sobrepuja, y que puede á la vez satisfacerle y regularle.

La caida de la autoridad en el órden sobrenatural arrastra tras sí la caida de la autoridad en el órden social. Desde entonces el hombre no tiene ya poder sobre el hombre; y si le domina, no puede ser sino por la fuerza; la cual debe precisamente convertirse en tiránica y violenta para obtener una sujecion, que no tiene ya objeto moral, y que cesa de ser voluntaria. La libertad, por su parte, no consistiendo ya en esta sumision voluntaria á la autoridad, y en la actividad obrando en el seno del órden que ella constituye, no es sino resistencia al poder desprovisto de autoridad, insurreccion y revuelta. La superioridad, la desigualdad de condiciones y de riquezas, no siendo ya consagradas y justificadas por el órden providencial, pierden su razon de existencia; y la igualdad de naturaleza, reducida á ella sola, arrastra la igualdad de los derechos en todo. El Socialismo, que pretende arreglar la satisfaccion de estos derechos segun las aptitudes, es en sí mismo demasiado social, pues el mas silvático comunismo es el fin lógico á donde debe tender el mundo desprendido de la autoridad.

¡Y si aun lo que resta de Cristianismo en el alma de los pueblos modernos, despues de haberle separado del principio de autoridad, pudiese temperar esas desastrosas consecuencias! Mas no: todo lo contrario; solo sirve para fomentarlas por el sentimiento de grandeza que el Cristianismo ha puesto en el fondo de nuestra naturaleza, que no permite á las sociedades modernas el grande recurso de la esclavitud, sobre la cual vivian las antiguas sociedades, y por las nociones de libertad, de igualdad y de fraternidad humana, las cuales no siendo reguladas por la fe, y careciendo del objeto para el que esta las proclama, se hacen tan funestas

como saludables debian ser, convierten el remedio en veneno, y ponen el poder mismo del cielo en manos del infierno para desolar la tierra.

Ved ahí lo que debia salir del principio del Protestantismo, mas ó menos tarde; pues esto no era mas que cuestion de tiempo: ved ahí lo que hubiera resultado inmediatamente, si el Protestantismo, para tener vida, no hubiese debido ser inconsecuente.

Mas con todo no pudo serlo lo bastante para impedir que ya desde su nacimiento no salieran directamente de él el Socialismo y el Comunismo, tales como hoy nos amenazan. Ellos pasaron toda la Alemania á sangre y fuego por la célebre *guerra de los paisanos*, seguida por la de los Anabaptistas, bajo el mando de Nicolás Storck, de Muncer y de Juan de Leyda. Hé aquí cómo habla de ella un escritor protestante, O'Callaghan: «Los primeros reformadores pro-«clamaron el derecho de interpretar las Escrituras, segun el jui-«cio particular de cada uno; las consecuencias fueron terribles... «El juicio particular de Muncer descubria en la Escritura que los «títulos de nobleza y las grandes propiedades son una usurpacion «impía, é invitó á sus sectarios á examinar si esta era la verdad. «Los sectarios examinaron la cosa, alabaron á Dios, y procedieron «en seguida por el hierro y el fuego á la extirpacion de los impíos, «y á apoderarse de sus propiedades.—*Seamos ahora los dueños*, de-«cian los paisanos á cada noble que caia prisionero en sus manos. «—El juicio privado creyó tambien haber descubierto en la Biblia «que las leyes establecidas eran una permanente restriccion de la «libertad cristiana; y hé aquí que Juan de Leyda, arrojando los «enseres de su oficio, se pone al frente de un pueblo fanático, sor-«prende la ciudad de Munster, se proclama á sí mismo rey de Sion, «y toma catorce mujeres á la vez, asegurando que la poligamia «era una de las libertades cristianas, etc.»

Lutero, viendo su obra amenazada en su cuna por sus propias consecuencias, probó en vano condenarlas: mas no pudo responder sino por la fuerza mas inexorable á los anarquistas desencadenados que se autorizaban, con razon, como verémos, con su doctrina, con su nombre y con sus escritos: «En aquellos tiempos, «dice Bossuet, toda la Alemania estaba ardiendo. Los paisanos su-«blevados contra sus señores, habian tomado las armas, é implo-«raban el socorro de Lutero. Además de que ellos seguian en esto «su doctrina, deciase que su libro de la *Libertad cristiana* habia

«contribuido no poco á inspirarles la rebelion, por la manera atre-
«vida con que hablaba en él contra los *legisladores y contra las le-*
«*yes*. Pues aunque se salvaba diciendo que no entendia hablar de
«los magistrados y de las leyes civiles, era cierto, sin embargo,
«que confundia *los príncipes y las potestades* con el Papa y los obis-
«pos; y el repetir generalmente, como hacia, que el cristiano no
«estaba sujeto á hombre alguno, era, segun la interpretacion que
«debia esperarse, alimentar el espíritu de independencia en los
«pueblos, é inspirar miras peligrosas á sus conductores.» (*Histo-
ria de las Variaciones*, lib II, xi).

Curioso es el ver á uno de estos, el *Conductor* letrado del Socia-
lismo moderno, Luis Blanc, justificar esta sábia observacion de
Bossuet, tomando del Protestantismo esas *miras peligrosas*, de que
habla aquel grande hombre.

«La revolucion, dice, que preparada por los Filósofos, conti-
«nuada por la política, no se completará sino por el Socialismo,
«debia naturalmente comenzar por la teología.—La usurpacion
«denigraba entonces con el nombre de herejía lo que en nuestros
«dias ha condenado con el nombre de revuelta.—El siglo décimo-
«sexto fue el siglo de la inteligencia en revolucion; preparó, co-
«menzando por la Iglesia, la ruina de todos los antiguos poderes;
«y hé aquí lo que le caracteriza. Tales fueron los primeros datos del
«Protestantismo. Y en cuanto á sus consecuencias, ¿no las estais
«ya presintiendo? Ese Papa, que se trata de derribar, es un rey
«espiritual, pero al fin es un rey; y echado este por tierra, se-
«guirán los otros. Pues adios principio de autoridad, por poco
«que se toque á su forma mas respetada, á su representacion mas
«augusta; y todo Lutero religioso llama tras sí invenciblemente
«un Lutero político.—La autoridad de las Escrituras no era mas
«que un vano paliativo, porque, ¿de qué servia afirmar la infa-
«libilidad de las Escrituras, cuando se negaba el derecho de la
«Iglesia en darles el sentido? Puesto sin comentarios á los ojos
«de la multitud el texto santo, ¿podia dejar de abrir camino á una
«lucha ardiente, á donde cada cual llevaria el testimonio y el or-
«gullo de su razon? Lutero y Calvino pecaron por falta de lógi-
«ca y de audacia: ellos habian invocado la soberanía de la razon
«contra Roma, no contra las Escrituras.—Y no menos faltaron en
«política y en aplicaciones sociales. Una vez abatido el Papa, ¿pre-
«tendia Lutero empujar de firme á los dueños de la tierra? El

«pueblo sufria por el alma y por el cuerpo; era supersticioso y mi-«serable, ¡doble servitud para destruir! ¿Intentaba Lutero poner «en ello la mano? No; porque en este revolucionario quedó el frai-«le. En su libro de la *Libertad cristiana* trata principalmente de la «libertad espiritual é interior, y parece tomar su partido de la ser-«vidumbre en que se halla una mitad del hombre, dejando fuera «del círculo de su revolucion el lado material de la humanidad. «Ya no mas esclavitud por el vicio, sin duda; pero tambien ya «no mas esclavitud por la pobreza. No debe por cierto mancillarse «el alma; pero los sufrimientos del cuerpo valen la pena de que se «tomen en cuenta. Probable es que Lutero, al comenzar, no advir-«tió el formidable carácter de su empresa. Cuando entrevió todo lo «que podia devorar y contener la inmensa zanja que estaba abrien-«do; cuando los presentimientos de su genio le mostraron en lon-«tananza todos esos prelados, todos esos reyes, todos esos prínci-«pes, todos esos nobles, dándose la mano, arrastrándose el uno «al otro, turba solidaria, y cayendo en fin en una general ruina,... «Lutero retrocedió despavorido. Y hé aquí porque se daba prisa «á separar el alma del cuerpo, no designando al furor minaz de «los sublevados pueblos sino la tiranía espiritual, y queriendo que «la tiranía temporal quedase inviolable... Mas no se detiene la mar-«cha del pensamiento ya rebelado. Reclamar la libertad del cris-«tiano conducia irresistiblemente á reclamar la libertad del hom-«bre. Lutero, de su bueno ó de su mal grado, guiaba derecha-«mente á Muncer. El grito que habia dado contra Roma, millares «de voces lo iban á levantar contra los reyes, los príncipes, los «despreciadores del pueblo, los opresores del pobre: vednos ya «en la guerra de los paisanos, contempladnos ya en el preludio «de la revolucion francesa. Doctrina de la fraternidad humana pro-«clamada en el tumulto de los campos y de las plazas públicas, «convicciones santas y por lo tanto bravías, actos de sacrificio sin «límites, escenas de terror, suplicios, grandes hombres descono-«cidos, principios de celeste orígen derribados inútilmente en la «sangre de sus defensores; ved ahí por qué rasgos se anuncia la «revolucion francesa en la guerra de los paisanos: ¡hé aquí por «qué traza inflamada hemos de seguir en la historia el espíritu de «nuestros padres!» (*Historia de la revolucion francesa*, t. I, p. 17, 19, 27, 35, 38, 39, 40, 57, 352, 577).

Así es como al través de tres siglos, el Socialismo y el Pro-

testantismo, Luis Blanc y Lutero se responden entre sí. Dejamos esta curiosa consonancia á las meditaciones del Sr. Guizot.

Si la sociedad se ha sostenido durante estos tres siglos, se debe á dos causas: al ascendiente conservado aun por la autoridad católica, y á la inconsecuencia del Protestantismo: una y otra á costa de las mas horrorosas, mas largas y mas multiplicadas luchas que hayan jamás contristado la historia, y sin las cuales la sociedad hubiera perecido bajo el martillo de los destructores. Si la barbarie que nos amenaza no ha engullido ya la sociedad, no es mas que para repelerla, para retardarla; nuestros padres hicieron en religion lo que nosotros nos vemos obligados á hacer hoy en política, y en defensa del órden. Ellos obraron con violencia, y, como harémos ver mas de una vez en el decurso de esta obra, en el fondo era aquella la misma guerra social bajo el nombre de guerra de religion, con sola la diferencia que la revolucion se llamaba Anabaptismo ó Protestantismo, en vez de llamarse Socialismo. Hallábase entonces en su primera fase, y pasaba á veces rápidamente á su última, porque el órden religioso que ella atacaba contenia entonces estrictamente el órden social. Así la secta de los Albigenses en Francia, la de los Paisanos en Alemania, y la de los independientes en Inglaterra no iban menos dirigidas contra la sociedad civil que contra la sociedad religiosa, y atacaban la sociedad, la familia, todos los poderes, todos los fundamentos de la sociedad, no menos que la religion. Cuando nos indignamos de las represiones ejercidas contra el Socialismo de aquella época por los Gobiernos católicos; cuando nos movemos á compasion por la suerte de sus víctimas, tan inexorables como eran cuando no se contenia su furor, tenemos razon sin duda en cuanto nuestra indignacion y nuestra piedad lo inculpan á las costumbres generales de aquella época todavía bárbara, mas bárbara aun que las épocas que la habian precedido; pero prescindiendo ahora de lo que influyan aquellas costumbres en nuestros justos sentimientos de repulsion, en el fondo y en definitiva, por ruda que haya sido la mano de nuestros antepasados, no podemos maldecirla sin inconsecuencia, pues que ella nos transmitió la existencia, haciendo á su manera lo que nosotros hacemos á la nuestra para transmitirla á nuestros descendientes: aquellos defendiendo sus altares defendian los hogares nuestros, así como defendiendo nosotros nuestros hogares, defendemos las cunas de nuestros hijos. ¿Harian

bien estos en acusarnos un dia de intolerancia con el Socialismo [1]?

Y ¡cosa notable por cierto! El Protestantismo hacia entonces contra el Socialismo lo que se ha arrostrado á los Gobiernos católicos haber hecho contra él. El Protestantismo exterminaba á los Anabaptistas; y sin embargo, ¿qué era él mismo sino el padre de estos últimos? ¿Y qué hacian por consiguiente los Gobiernos católicos, descargando contra él sus golpes, sino herir en él á esos bárbaros, y con mucha mayor razon, pues que no le habian dado el ser [2]?

Lo que ilusiona en los falsos juicios históricos que despues de cien años se conciben contra los antiguos Gobiernos católicos, ilusion que puede muy bien disiparse atendido el estado actual de la sociedad, es que no se advierte la relacion necesaria y lógica que existe entre las herejías teológicas y las herejías sociales que estaban contenidas en gérmen dentro de aquellas; y no se advierte esta relacion, porque estas herejías se han ido desprendiendo de

[1] Aquí no hablamos sino bajo el punto de vista del interés civil de los Gobiernos y de las sociedades, y de su derecho de legítima defensa; y aun deplorando sus abusos y sus excesos. En cuanto á la Iglesia y al interés espiritual de la verdad católica, la violencia le ha sido siempre antipática; y si ha habido en el mundo un lugar de asilo y de refugio contra la intolerancia de los Gobiernos, este ha sido al pié del trono de aquel á quien Jesucristo mandó meter su espada en la vaina, esto es, junto al trono de san Pedro. Es sabido que el recurso á Roma era infalible contra los rigores de la inquisicion civil española; y en su notable y curiosa noticia sobre Vanini, el Sr. Cousin ha demostrado muy bien, que si este célebre ateo fue condenado á muerte, lo fue por la autoridad del parlamento de Tolosa, y porque no pudo hacerse reconocer sujeto en justicia del tribunal *eclesiástico* de la inquisicion, á donde querian sus amigos que fuese trasladado, por la certeza que tenian de que se hubiera librado por una simple pena disciplinaria.

Materia se tendria para una bella historia de la tolerancia católica, y de la inquision eclesiástica, que se ha siempre confundido con la inquisicion civil. Mas ¡qué puntos de erudicion no tendrian que abrirse otra vez para restablecer la verdad desfigurada y ahogada por un siglo entero de calumnias!— Nosotros protestamos aquí contra la que pudiera quererse levantar contra la Iglesia y contra nosotros, sacándola de esta parte de nuestro escrito, y declaramos altamente que como cristianos y católicos somos en alto punto enemigos de violencia en materia de *fe*. — El decurso de esta obra completará, si es necesario, nuestras explicaciones.

[2] Las primeras represiones ejercidas contra el Protestantismo en Francia, bajo el reinado de Francisco I, tuvieron lugar en el momento mismo en que toda la Alemania y la Suiza estaban devastadas por las hordas anabaptistas, y en el temor de esta calamidad. Mas adelante volverémos á esta parte histórica de nuestro asunto.

las primeras poco á poco y al través de muchos siglos de deducciones y de transformaciones sucesivas. No conociendo el espíritu de destruccion sino bajo su primera forma de herejía teológica, se hace esta pregunta: ¿Cómo por proposiciones puramente dogmáticas haber sido tan inexorables y tan intolerantes? Y se toma el partido de los sectarios contra la sociedad católica; se les ensalza como los mártires de la libertad de conciencia, sin considerar el uso inmoral y antisocial que hacian de esta libertad, ó mas bien siéndoles tanto mas simpático el abuso de esta libertad, en cuanto consuena muy bien con ciertas disposiciones secretas ó confesadas de licencia y de revuelta.

Pero no ha permitido el cielo que se pudiera separar así el órden sobrenatural y el órden social: ser libre de negarse al primero, y quedar dueño del segundo. El hombre no vive solamente de pan, ni las sociedades de los hombres de los bienes terrestres. La relacion entre la vida superior y la vida inferior es tal, que no puede ser atacada aquella sin que esta se resienta profundamente; y las sociedades se abisman el dia en que el cielo no sirve de contrapeso á la tierra.

Para convencerse mas de esta verdad nos es indispensable seguir la marcha del Protestantismo.

CAPÍTULO III.

MARCHA DEL PROTESTANTISMO; SU PASO AL FILOSOFISMO.

El Protestantismo habria muerto ya al nacer, si hubiese sido lógico. Tal es la suerte del error; él es la muerte, porque es la negacion de la verdad, es decir, de lo que es, y de lo que produce el ser, de la vida. Para subsistir, pues, el error, se ve obligado á conservar ó á volver á tomar de la verdad, al mismo tiempo que la rechaza. Esto es inconsecuente sin duda, pero la duracion del error no puede lograrse sino por este medio. La lógica que depura la verdad mata al error.

Así cuando Lutero proclamó el principio de libre exámen, el

Protestantismo iba á morir incontinenti del libre exámen. ¿Qué hizo Lutero? Volvió á tomar la verdad de la autoridad que acababa de desechar; solamente que sustituyó á la autoridad secular y universal de la Iglesia, su autoridad, ó mas bien, su tiranía personal, la tiranía de los príncipes en materia de fe. Vióse á los pueblos que él acababa de desatar del yugo sagrado de la Iglesia, tender la cabeza al yugo de un Papa láico, y aguardar *lo que el príncipe ordenaria sobre la cena*. Y oyóse de la boca del que habia apelado á la libertad de exámen contra la autoridad de la Iglesia, proferir estas palabras: «No hay ángel en el cielo, ni menos aun hombre «sobre la tierra, que pueda y que se atreva á juzgar mi doctrina: «el que no la adopte no puede salvarse: el que crea otra cosa de «lo que yo creo está destinado al infierno [1]... A este Evangelio «que he predicado yo el doctor Martin Lutero, deben ceder y so«meterse el Papa, los obispos, los sacerdotes, los frailes, los re«yes, los príncipes, el diablo, la muerte, el pecado, y todo lo que «no es Jesucristo [2]! Mi palabra es la palabra de Jesucristo, mi «boca la boca de Jesucristo. ¿Este Lutero no es un raro hombre? «En cuanto á mí, yo pienso que es Dios; ¿cómo sin esto sus escri«tos y su nombre tuvieran poder bastante para transformar mendi«gos en señores, asnos en doctores, pícaros en santos y barro en «perlas [3]?»

¡Qué absurdidad, diréis, qué locura! Sin duda, pero es preciso vivir. Otras sectas protestantes mas rápidamente lógicas quisieron sacar las consecuencias del principio de libre exámen; y se convirtieron en devastadoras, y se anegaron en la sangre. Con tres siglos de anticipacion ellas fueron el Socialismo. El Protestantismo, que acababa de engendrarlas, se volvió contra ellas y las exterminó; y por lo que hace á él, se mantuvo muy gravemente en la inconsecuencia y por la inconsecuencia.

Mas no por esto dejaba de llevar en sí un gérmen de destruccion que la lógica natural, cuya accion puede retardarse, pero jamás contenerse, debia necesariamente desenvolver en él y en torno de él en el mundo. Desprendido de la autoridad de la Iglesia, que nos fija en ella, así como ella está fija en Dios, no pudo contenerse sobre las alturas resbaladizas del órden sobrenatural;

[1] Tomo II, fol. 44, ed. Witt. germ.
[2] Tomo VII, fol. 56, b. ed. Witt. y tomo II, fol. 145 b. ed. Jen.
[3] Tomo IV, fol. 378, ed. Witt. y tomo III, fol. 559, ed. Jen.

su tendencia fue el descender de ellas, para venir á tomar el nivel de la regla que él se habia formado, de la sola razon.

El Calvinismo, en este sentido, fue un progreso sobre el Luteranismo. Este, al suprimir la enseñanza de la Iglesia, habia guardado el Sacramento; y si habia derribado la cátedra, á lo menos habia respetado el altar; habia conservado la fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; no segun el modo que la fe católica nos enseña, verdad es, mas al fin, él la habia conservado; y con esto habia conservado la prenda mas sensible de la encarnacion de Dios hecho hombre para rescatarnos y alimentarnos de su sacrificio. Calvino suprimió esta prenda del divino amor; suprimió á Jesucristo en el Sacramento, como Lutero lo habia suprimido en la enseñanza; y con esto rompió la comunion de los corazones, como Lutero habia suprimido la de los espíritus.

Mas hizo aun: los separó en dos clases, extendiendo, mas de lo que habia hecho Lutero, el dogma de la predestinacion necesaria, que, como veremos, es propio del Protestantismo, y segun el cual los unos son fatalmente salvados, los otros son fatalmente condenados, cualesquiera que sean las obras: salvados, aunque cubiertos de crímenes; condenados, aunque coronados de virtudes; únicamente por el beneplácito de Dios, el cual imputa ó no imputa, segun mejor le place, los pecados, sin considerar los méritos, no siendo el hombre de otra parte libre, ni por consiguiente responsable de sus acciones. Espantosa doctrina que quita de golpe la justicia y la misericordia á Dios, la libertad y la esperanza al hombre, rompe todos los lazos religiosos y morales que unen el hombre á Dios y el hombre con el hombre, y se adelanta en justificar aquel grito del infierno que estaba reservado á nuestro siglo escuchar: *¡Dios es el mal!*

¡Júzguese ahora qué desórden debia arrojar esta doctrina en el seno de la sociedad, pues no solamente retiraba de ella el foco divino de la caridad, que une á los hombres en la desigualdad de las condiciones, sino que hacia esta desigualdad fatal, inexorable, repugnante en el órden divino, quitándole la razon del mérito y el recurso de la esperanza! ¡La arbitrariedad del hombre estaba sancionada por la arbitrariedad de Dios!

Felizmente Calvino habia dejado subsistir una creencia que protestaba enérgicamente contra esta monstruosidad, y que mantenia en una region superior á todas las inteligencias y á todos los cora-

zones un signo de union, de caridad, de misericordia y de esperanza: Jesucristo muerto sobre la cruz para la salud de los hombres, y satisfaciendo para ellos por el precio que su divinidad daba á los sufrimientos de su humanidad, la justicia de Dios, su Padre; es decir, segun la bella expresion de san Pablo, Dios mismo en el Cristo reconciliándose el mundo: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.* (II Cor. v, 19).

Mas el Protestantismo no podia parar aquí. Empujado por la lógica de su principio de interpretacion de la verdad sobrenatural por la razon natural, que podia llamarse el *arte de descreer*, debia, cualquiera que fuese su esfuerzo para detenerse sobre la pendiente, dar un paso mas.

El Socinianismo vino á negar la divinidad de Jesucristo. El Protestantismo retrocedió un momento delante de esta produccion suya, y el calvinista Jurieu tronó contra esta *religion de pié llano, que nivela todas las eminencias*. Conocia el error que la porcion de verdad que le quedaba se le habia arrebatado, y que su vida se iba por momentos: queria, pues, retenerla, y hacerse reaccionario y conservador. Mas en vano, pues la lógica era mas fuerte que él; y el Protestantismo debia pasar del Calvinismo al Socinianismo, como habia pasado del Luteranismo al Calvinismo. Al reproche de temeridad que le hacian sus predecesores, oponian los Socinianos las objeciones que los mismos Calvinistas se habian atrevido á levantar contra la presencia real, y los Luteranos contra la transustanciacion. Y si estos discurrian apelar para ello á la antigua tradicion, los Socinianos les preguntaban burlándose, si se habian vuelto *Papistas*.

Por lo demás, seria hacer demasiado honor á los Luteranos y á los Calvinistas el creer que ellos mismos se hubiesen mantenido firmes en el grado de fe en donde parecian haberse conservado, y desde cuya eminencia fulminaban contra los Socinianos. En el fondo toda la fe, hasta la fe en la divinidad de Jesucristo, habia sido atacada en el Protestantismo, por efecto de su separacion de la Iglesia. Como aquellas tierras humedecidas que parece se tienen unidas, pero que una vez descompuestas siguen descomponiéndose mas y mas, así la fe cristiana, empapada, por decirlo así, de libre exámen, se iba deshaciendo desde el orígen del Protestantismo en su masa entera; y no seria difícil encontrar Socinianismo aun en Lutero.

De otra parte, seria hacer demasiado honor al Socinianismo el creer, que llegado hasta negar la divinidad de Jesucristo, hubiese conservado la lógica de su incredulidad. No: aun negando formalmente la divinidad de Jesucristo, y no viendo en él sino un puro hombre; aun protestando contra la virtud satisfactoria de su sacrificio, le honraba todavía como á Dios, y como obrando la salud de los hombres: negando la inspiracion de la Escritura, creia todavía en la Escritura interpretada por la recta razon; solamente que esta, no comprendiendo naturalmente el misterio de la Encarnacion, ni el de la transustanciacion, ni el de la presencia real, tenia el mismo motivo para desecharlos. Mas lógico, pues, que los primeros Protestantes, el Socinianismo habia rebajado la revelacion al nivel de la razon, quitando de en medio el misterio de la Encarnacion, que la sobrepuja; pero mas ilógico, ó no menos ilógico, continuaba creyendo en la revelacion y en algunos de sus efectos sobrenaturales, negando la divinidad de su autor. Los Socinianos, por lo demás, estaban muy distantes de entenderse entre sí, y cada uno de ellos consigo mismo, sobre la persona de Jesucristo, habiendo segregado su divinidad. En esto, como en todo lo demás, el Protestantismo no tenia unidad sino para negar.

El Socinianismo desbordándose se derramó en mil diversas sectas por todas partes. Prolijo seria enumerarlas, tanto es lo que pululan, y baste para nombrar una sobre veinte decir, que en Polonia fue la secta de los *Antitrinitarios;* en Alemania la de los *Anabaptistas;* en Suiza la de los *Arrianos;* en Inglaterra la de los *Quákaros* ó *tembladores,* y que donde quiera, el nombre genérico de *Unitarios* es el que les ha quedado. Este nombre se ha hecho comun á todos los Protestantes que niegan abiertamente la divinidad de Jesucristo.

Esta grande negacion debió dejar un espantoso vacío en un mundo formado sobre la fe cristiana, y penetrado en todos sus elementos y en todas sus relaciones de esta fe misma. La frente de los soberanos, despojada ya de la uncion de la Iglesia, que hacia de ellos sus hijos primogénitos, para que fuesen los hermanos protectores de sus pueblos, lo era ahora de la cruz de Jesucristo, que hacia de ellos otros tantos cristos, debiendo imitarle en la real munificencia de su sacrificio y de su amor para con los hombres. Los pueblos, á quienes la fe en Jesucristo tenia aun unidos en el respeto, en la confianza hácia sus soberanos, en la resignacion, la pacien-

cia y la esperanza, debieron, extinguida ya esta fe, sentir gravitar sobre ellos mas aterrador el peso de su condicion, y levantarse del fondo del alma los maléficos sentimientos de la envidia, del odio, de la revuelta. Soberanos y pueblos, con menos confianza y probidad, debieron autorizar y concebir los daños recíprocos que iban á hacerse, ó cometiendo el crímen, ó hasta creyéndose capaces para cometerlo. Y hablo de los soberanos y de los pueblos, para generalizar mi pensamiento, pues este es igualmente aplicable á todas las demás relaciones secundarias que unen el grande con el pequeño, el fuerte con el débil, el rico con el pobre, el hombre con el hombre en todas las posiciones de la sociedad. Toda esta sociedad entera, perdiendo la fe en Jesucristo, que era la ley de su formacion y de su existencia, debió sentir todas esas mediaciones secundarias, de que ella se compone, disolverse con la grande mediacion que la unia á ella misma como un solo hombre á Dios, y elevarse de lo mas profundo de su seno esos apetitos salvajes que hacen al hombre enemigo natural y antropófago del hombre, cuando su naturaleza insaciable, que devora el tiempo para asirse de la eternidad, frustrada en esta, no tiene mas para satisfacerse que los miserables bienes de esta vida, insuficientes para todos, pues lo serian para uno solo, y cuyo repartimiento no puede conocer desde entonces otra ley que la guerra.

La negacion de la divinidad de Jesucristo por el Socinianismo fue uno de los grandes pasos del error que han aproximado el mundo al estado en que le vemos. Mas tal es la naturaleza religiosa, y fuerza es decirlo, cristiana del hombre, que esta negacion, la cual hubiera debido cerrar el cielo sobre la tierra, dejó, sin embargo, subsistir entre uno y otra muchas relaciones, que venian á nutrirse indirectamente de las que la Iglesia católica habia felizmente conservado en su integridad, y que conservará siempre para la salud del mundo.

Por lo demás, el Socinianismo en sí era, como hemos visto, por fortuna inconsecuente. Mientras estaba negando que el Hijo de Dios fuese *consustancial* al Padre, es decir, que fuese Dios, con todo, los Socinianos veian en él un hombre mas que extraordinario: sobre todo, le conservaban los nombres consagrados de *Verbo* y de *Hijo de Dios;* pero negando el dogma del pecado original, desechaban, por consecuencia, el de la redencion, ó á lo menos, le hacian consistir solamente en que Jesucristo nos dió lecciones

y ejemplos de santidad, y en que murió para confirmar su doctrina, etc... Equivaldria á querer amasar nubes y convertirlas en cuerpos resistentes el emprender la clasificacion y la definicion de las doctrinas del Socinianismo. Baste decir que es el Cristianismo en estado de vapor.

Este vapor estaba sin embargo contenido en cierta envoltura respetada, y aunque vana en sí, resistia aun en su forma: la autoridad de la santa Escritura.

Pero continuando el trabajo de vaporizacion, y no teniendo ya el libre exámen otra cosa que devorar en lo interior, fue atacada la forma, rota la envoltura, y el Filosofismo nació del Socinianismo, como este habia nacido del Calvinismo y del Luteranismo: la libertad de exámen se convirtió en la libertad de pensar.

El paso del Socinianismo al Teismo es apenas perceptible; cási diríamos que ambos corren parejas: pues el Teismo, propiamente hablando no es mas que un Socinianismo explícito, así como el Socinianismo es un Teismo implícito. Así que el Teismo no es otra cosa que una secta del Protestantismo, muy poco mas adelantado que el Socinianismo; menos adelantado por cierto de lo que lo es el Socinianismo con respecto á las sectas que le precedieron.

Por un movimiento natural, sin duda, que mueve al error á retroceder en el progreso de su destruccion, los Socinianos se defendian de ser Teistas; asimismo los Teistas no se defendian menos de ser Ateos, bien que entonces se pretendiese asimilar á estos últimos; hasta pretendian ser celadores y discípulos del Cristianismo, pero del Cristianismo *racional*, como entonces se decia, del Cristianismo *sin templos y sin altares*, como lo define Rousseau en su *Contrato social*.

Un pastor protestante, llamado Antonio Jaime Rustan, se habia empeñado en probar que los Teistas son Ateos, pero Voltaire le replicó con su recto buen sentido: «Vos mismo nos decís que no «pensais que Jesús sea consustancial con Dios; luego sois teista. «Asegurais que los Teistas son Ateos: ¡ved, pues, qué bella con«clusion debe sacarse de vuestros argumentos! ¡Ah, pobre her«manito nuestro! vos no teneis el sentido comun.» (*Exhortaciones á Antonio Jaime Rustan, pastor suizo en Londres*, tomo XLIV, pág. 196).

Este raciocinio de Voltaire es el mismo que se ha dirigido al Sr. Guizot, y por ahí se ve cuán vana es la distincion que el se-

ñor Guizot quisiera establecer entre los Filósofos y los Protestantes, pues la demarcacion es aquí imperceptible. Los Socinianos en sus diversas sectas, tan numerosas y tan diseminadas, son seguramente Protestantes; y sin embargo ellos niegan la divinidad de Jesucristo. ¿Y la negacion de esta divinidad no es cien veces mas considerable que el desechar despues la Escritura?... El señor Guizot establece una diferencia inmensa entre el Teista y el Ateo, y sin embargo comprende á los dos en la clasificacion de filósofos. Mas la diferencia entre el Teista y el Sociniano es mucho menor: luego nosotros, con mucha mayor razon estamos autorizados para confundirlos en la clasificacion de Protestantes ó de Filósofos.

Y hablando con verdad, todo esto no es mas que la incredulidad en sus diversos grados. Es una misma casa en la cual hay muchas habitaciones, las unas mas altas, las otras mas bajas; pero una misma escalera conduce á todos los aposentos, la escalera del *libre exámen*, mas fácil de bajar que de subir, y cuyos escalones se rompen de ordinario detrás del que la baja.

El paso crepuscular del Protestantismo al Filosofismo, del libre exámen á la libertad de pensar, fue señalado por un célebre protestante-filósofo, Bayle, de quien dijo con mucha razon Voltaire: «Sus mayores enemigos se ven obligados á confesar que no hay «una sola línea en sus obras que sea una clara blasfemia con«tra la religion cristiana; pero tambien confiesan sus mas acérri«mos defensores, que en sus artículos de controversia no hay una «sola página que no conduzca al lector á la duda, y muchas ve«ces á la incredulidad.» *(Cartas sobre los Franceses)*. Ese mismo Bayle es el que con tanta razon decia de sí mismo, respondiendo al Cardenal de Polignac que le preguntaba si era anglicano, o luterano, ó calvinista: «Yo soy protestante, porque protesto con«tra todas las religiones.» *(Elogio del Cardenal de Polignac*, por de Boze).

Además, vemos surgir el Filosofismo del Protestantismo socinia-no en Inglaterra, pues allí fue su cuna. Descartes en Francia, por mas que se haya dicho en nuestros dias, no puede ser clasificado entre los filósofos *libres pensadores*. Sacudió, es verdad, el yugo de las opiniones, pero quedó sumiso al de la fe católica: nada la ataca en sus escritos, y de otra parte cuenta entre sus primeros discípulos á Bossuet, á Fenelon, á Malebranche, asaz buenos

garantes de su doctrina, y en el odio de Voltaire, un muy excelente título para nuestra confianza. Si él hizo uso de la duda, tan solo fue como método, y con el fin de combatirla homeopáticamente como doctrina. Leibnitz, aunque protestante, tampoco fue mas *libre pensador* que Descartes; pero tambien es verdad que ese vastísimo talento tendió siempre á la unidad católica, y puede decirse que acabó abjurando el Protestantismo. Locke es mucho mas un libre pensador que hace sus ensayos, y que, de acuerdo con el enemigo, llega insensiblemente á entreabrirle la puerta del Deismo, y hasta la del Materialismo, encubriendo esta traicion con su gravedad sombría: «Sin razon se ha contado al grande filósofo «Locke entre los enemigos de la religion cristiana, dice Voltai«re, con una semi-ironía. Verdad es que su libro del *Cristianismo «razonable* se desvia bastante de la fe ordinaria; mas la religion «de los primitivos llamados *tembladores*, que tan considerable pa«pel hace en Pensilvania, es todavía mas distante del Cristianis«mo ordinario; y no obstante ellos son reputados Cristianos.» *(Cartas sobre los Ingleses)*. Esta juiciosa reflexion de Voltaire confirma la que poco hace hicimos, y aun da márgen á añadir que ciertos filósofos, sin entrar en secta alguna de protestantes, son sin embargo mas cristianos que muchas de ellas.

Mas detrás y en torno de Locke, ¡qué de francos y libres pensadores en Inglaterra entre los Protestantes! Citemos solamente á Herbert de Cherbury, Shaflesbury, Wollaston, Woolston, Toland, Collins, Chubb, el mismo Swift, y Bolingbroke, el grande padrino filosófico de Voltaire. Hé aquí los primeros libres pensadores en el órden del desenvolvimiento sucesivo del libre exámen, sentado por Lutero.

Esta misma calificacion de libres pensadores *(Free-thinkers)* es de orígen inglés, y al principio servia solo para nombrar una manera de cristianos entre los cuales el mismo Bolingbroke aspiraba á ser comprendido [1], ¡tan comun y vago es el nombre ó la palabra *cristiano*, fuera del Catolicismo, único que lo precisa y determina! Con todo Voltaire halla que Bolingbroke iba demasiado léjos contra el Cristianismo, ó mas bien con demasiada prisa: «Puede la religion irse depurando, dice; *esta grande obra se «empezó doscientos cincuenta años hace;* pero los hombres no se ilus-

[1] Véase sobre el particular lo que escribia á Swift, *Cuadro de la literatura en el siglo XVIII* por el Sr. Villemain, tomo I, pág. 163.

«tran sino por grados.» En efecto, el Filosofismo no era sino un grado mas de luz del vasto incendio que encendió Lutero, del cual nosotros venimos á ser las cenizas, de las cuales se escapan todavía fuegos destructores de nuestros últimos escombros.

Señalábase en el tiempo de que hablamos, por las primeras obras de irreligion que hayan llenado de afrenta la fe cristiana. Innumerables fueron en aquella época, dice el Sr. de Villemain: en este punto habia un comercio asíduo y una activa emulacion entre Inglaterra y Holanda.

La Holanda, otro país protestante, contribuyó activamente con la Inglaterra y antes de la Francia, al desarrollo de la irreligion, de la cual hizo en realidad comercio, segun su doble naturaleza protestante y mercantil. Sus prensas vomitaron sobre la Europa todo lo mas audaz y profanador que en otras partes se concebia; aquella era la grande prensa ordinaria de la impiedad; y su Guillermo, por su advenimiento al trono de Inglaterra no contribuyó poco á desplegar la irreligion en este último país.

La Francia no fue en este punto mas que la discípula y la tributaria de estas dos potencias protestantes, tomando á la una sus ideas y á la otra sus prensas para envenenarse. Voltaire, como ya es sabido, fué á buscar el vírus del Filosofismo á Inglaterra, en donde pasó dos años en la escuela de Bolingbroke y de sus amigos. — «No hay ninguno de los raciocinios mas atrevidos de «la filosofía francesa en el siglo décimoctavo, observa el señor de «Villemain, que no se halle en la escuela inglesa de principios «de este siglo, y puede decirse que Bolingbroke la reasumió en «él. En su juventud disipada, en sus grandes empleos bajo el «mando de la reina Ana, en su destierro, no habia cesado de «entregarse á las investigaciones de una erudicion anticristiana: «y este curioso saber era lo que encantaba y confundia á Voltai«re en sus conversaciones con Bolingbroke. Allí, en vez de aquel «escepticismo libertino que habia sido su primera escuela, y la «única filosofía de los Vendôme y de los Chaulieu, encontraba «una incredulidad sábia, poliglota, que tenia para sí la auto«ridad de un erudito y la de un hombre de Estado. Y fácilmen«te se concebirá como los reflejos de esta erudicion, las confi«dencias de este osado escepticismo, esa esencia de irreligion «que se exhalaba de tantos libros que Voltaire leyó rápidamente «importados á Francia, en donde solo habia una aduana impo-

«tente para detenerlos y ninguna influencia moral para comba-«tirlos, debieron ejercer un incalculable imperio [1].»

De este medio protestante, en *donde el Cristo estaba escarnecido*, segun escribia Voltaire (*Carta á D'Alemb.* 28 setiembre 1763) fue de donde aquel fatal genio importó á Francia lo que él llamaba las *verdades inglesas*. *Allá fue*, dice su panegirista Condorcet, *donde juró consagrar su vida al proyecto de derribar la religion, y ha cumplido su palabra.* (*Vida de Voltaire*, edic. de Kehl).

Un escritor protestante de sincero talento y de honradez, el Sr. Bungener, en sus estudios sobre el siglo décimoctavo, conocidos bajo el título de *Voltaire y su tiempo*, en la pág. 175 del primer tomo protesta contra esta relacion de filiacion manifiesta entre la Reforma y la impiedad. «Choca á primera vista, dice, «que la mayor parte de los libres pensadores hayan simpatizado «tan poco con los partidarios del libre exámen en religion. Si la «incredulidad volteriana es, como tantas veces se ha dicho, hija «de la Reforma, ¿por qué tan poca intimidad entre la hija y la «madre? — La razon es porque la madre habia guardado, á pe-«sar del general enervamiento, fuerza y fe bastante para repu-«diar á la hija; porque, para hablar sin figuras, los que habian «protestado contra Roma eran todavía aquellos que protestaban «con mayor empeño y teson contra las invasiones de la incredu-«lidad.»

El Sr. Bungener fortifica este argumento con hechos que parecen no destituidos de importancia. En la Alemania protestante muestra á Federico, que no hallando incrédulos en su casa, se ve obligado á hacerlos venir de Francia. «La Inglaterra, es ver-«dad, dió la primera señal de la lucha anticristiana; pero Vol-«taire por mas que le atribuya el honor de todos los sucesos des-«tructores que obtuvo en el continente, no logró hacer bambo-«lear en ella cosa alguna, y de ella parten todos los sérios ataques «contra el escepticismo y contra él. Esta nacion encierra gran-«des incrédulos; pero aislados, y ella queda en masa profunda-«mente creyente. La Holanda, verdad es, imprime todos los li-

[1] *Cuadro de la literatura en el siglo XVIII*, tomo I, pág. 121. Estamos persuadidos que el Sr. de Villemain hallaria hoy, hablando de la incredulidad, aun de la *sábia*, alguna otra expresion para rebajarla algun tanto de este concepto, haciendo notar que la incredulidad nunca es mas que semisábia, ó falsamente sábia. La verdadera ciencia conduce á la fe.

«bros malos de Europa; pero ¿llegan estos á conmover su fe? «No, pues parece apenas percibir el movimiento. *Nosotros os «imprimimos y no os leemos*, decia un holandés á un incrédulo de «Paris. Mirad tambien a Ginebra: por mas que allí esté Vol- «taire, el Cristianismo continúa en recibir los homenajes del «país. Ella cede al torrente, pero no se deja arrastrar, en cierto «modo, sino con el antiguo séquito de sus costumbres, de sus «leyes, de sus veneradas instituciones. Abauzit, muy avanzado «en las ideas del dia, escribió el *Conocimiento del Cristo* y el *Ho- «nor debido al Cristo*, dos de los mejores tratados que se hayan «escrito sobre estas materias. Bonnet, en filosofía es sensua- «lista y mas que sensualista; pues bien, Bonnet es cristiano. «¿De dónde tomaba, con un pié puesto en el abismo, la fuerza «de no resbalar en él, y de quedar con los ojos fijos en el cielo? «¿Se nos citará en aquella época un solo católico, llegado tan «cerca del materialismo, permaneciendo no obstante cristiano? «Seria una inconsecuencia, si se quiere; pero cuanto mayor es «la inconsecuencia, mas honra los sentimientos y los principios «que han tenido fuerza bastante para producirla. ¿Cómo es, pues, «continúa el Sr. Bungener, que tantos historiadores y críticos, «aun siendo en general imparciales, callan, ó cási callan acer- «ca los obstáculos que la incredulidad hallará entre los Protes- «tantes?»

No queremos nosotros merecer la inculpacion que el Sr. Bungener dirige contra aquellos críticos. No callarémos, pues, y hasta nos felicitamos de que su objecion provoque por nuestra parte una respuesta bastante para superarla y destruirla, robusteciendo la fuerza de la verdad que nos proponemos demostrar.

Mucho artificio habria, si no hubiese sinceridad, en la manera con que el Sr. Bungener sostiene su tésis. Por de pronto tenemos que oponerle algunos pormenores, para oponerle despues puntos de vista mas generales.

Que los mismos que habian protestado contra Roma fuesen los que protestaron *con mas valor* contra las invasiones de la incredulidad, esto es lo que no podemos admitir. Apologistas protestantes (no en Francia, en donde la impiedad ejercia una intolerancia inexorable, y en donde los Católicos *solos* tuvieron el verdadero valor de despreciar las tretas insultantes del ridículo, sino en Inglaterra, en donde el escepticismo permitia igualmen-

fe la verdad que el error) han tenido, es verdad, el valor fácil, y como vamos á explicar, *interesado*, de defender la fe con su pluma. Mas en Francia, el Catolicismo, en la masa general de sus sacerdotes, ha tenido un valor de género muy distinto: el de defender la fe por su muerte y por su destierro, destierro que ha contribuido no poco en revivar el Cristianismo en las naciones protestantes, en medio de las cuales han ido á llevar el alto testimonio de su fidelidad, y los ejemplos santos de su vida apostólica.

Federico se veia obligado á hacer venir de Francia incrédulos.—Verdad es, porque todo se hace venir de Francia, hasta el mal que se le ha prestado, y que ella restituye con usura. Mas ¿es esto porque no hubiese incrédulos, y sobre todo disposiciones para la incredulidad en Alemania? ¿Ignora, pues, el Sr. Bungener que desde 1735 antes de la explosion de la impiedad en Francia, la misma impiedad que reinaba en Inglaterra en la escuela de los *libres pensadores*, hacia en Alemania los mas espantosos estragos por la de los *concienciarios*, cuyos principales jefes Kuntzen, Edelmann, Nicolaï, Wolfenbüttel, Reimarus, Lessing y otros teólogos, profesores y doctores protestantes, iban pregonando con un cinismo de incredulidad que nunca tuvo igual en Francia sino en los dias de terror, la *divinidad de la razon*, la *imposibilidad de la revelacion*, la *falsedad de la resurreccion*, y otros declarados ataques de este género contra la fe cristiana? ¿No ha visto, pues, en la correspondencia de Voltaire, que tan bien conoce, y de quien ha sabido sacar tan buen partido, aquel dicho de Federico quejándose de las reservas y retardos de la conjuracion en Francia: *En nuestros paises protestantes esta va mas aprisa?* (Carta 143).

La Holanda, que inundaba la Europa de malos libros, no la hacian vacilar en su fe, dice el Sr. Bungener. Hablando francamente, ¿qué fe podia ser la que así se conformaba con el escándalo, que hacia comercio de él, y que se mantenia del estrago que causaba á la fe de toda la Europa? Póngase el Sr. Bungener de acuerdo consigo mismo: si la Inglaterra daba una prueba de fe produciendo buenos libros, ¿cómo la Holanda podia dar prueba de fe esparciendo los malos?

En cuanto á Ginebra, no sé hasta qué punto Abauzit y el mismo Bonnet pueden hacer tanto honor á su fe. Hé aquí lo que del

primero dice el Sr. de Villemain: «Voltaire le ha llamado en al-«gun paraje el *jefe de los Arrianos de Ginebra*, y *parecia* en efec-«to *inclinarse* á la opinion de los Unitarios; ¡mas con qué reserva «y con qué gravedad religiosa! Sus dos escritos sobre *el conoci-«miento de Cristo* y sobre *el honor que le es debido*, han inspirado las «bellas páginas que, en la profesion de fe del *Vicario saboyardo* «chocaban tan vivamente á Voltaire, como una inconsecuencia y «una negacion de incredulidad.» (Tom. I, pág. 110). —Dirémos primeramente que el *filósofo* Abauzit, como con mucha razon le llamaba Voltaire, no *parece* solamente inclinarse al sentir de los Unitarios, sino que en él abunda abiertamente, que hasta le encuentra demasiadamente cristiano, y que le deja atrás. Apelo á sus propias palabras: despues de haber dicho del modo de pensar de los Unitarios que no estaba del todo exento del peligro de idolatría, le deja para aliarse con el de los Socinianos puros, de quienes dice: «El sentir de los Socinianos, á mas de ser muy sencillo «y conforme con las ideas de la razon, no está sujeto á peligro «alguno semejante de precipitar á los hombres en la idolatría. «Aunque en su concepto Jesucristo no sea mas que *un simple «hombre*, no hay temor que por esto sea confundido con los pro-«fetas ó con los santos de primer órden, pues queda siempre en «este sentir una diferencia entre ellos y él, etc.» (*Explicacion de la Trinidad* por Abauzit). ¡Aquí teneis el Cristianismo de Abauzit, á quien un celoso protestante nos presenta como el honor del Protestantismo! El título solo de su tratado, el Honor *que es debido al Cristo*, que el Sr. Bungener llama *uno de los mejores que se hayan escrito* sobre estas materias, es una profesion de incredulidad, y una blasfemia á la divinidad del Salvador del mundo. Todos los Cristianos rechazan este simple é injurioso *honor*, que en el sentido de Abauzit y de su libro, quiere decir *no adoracion;* Jesucristo mismo le repele cuando dice: *El que no está para mi es contra mí;* y de todas las maneras de ser contra el divino Maestro, la mas peligrosa es el serlo *con reserva y gravedad religiosa.* Voltaire tenia razon de hallar chocante aquella inconsecuencia; y su audaz lógica contra el *infame* ha sido cien veces menos funesta á la fe cristiana que las bellas páginas de la *Profesion de fe del Vicario saboyardo*, inspiradas por Abauzit.

En cuanto á Bonnet, *materialista-cristiano*, dejamos á la gimnástica el cuidado de explicarnos cómo, *con un pie en el abismo, tenia*

la fuerza de no resbalar en el, y hasta de quedar con los ojos fijos en el cielo; y confesamos que *en aquella época*, y en ninguna otra *no pudieramos citar ningun católico, llegando tan cerca del materialismo, y quedando sin embargo cristiano.* Lo que sabemos es, que segun las leyes del equilibrio racional y moral, cualquiera es tanto menos cristiano cuanto mas cerca está de ser materialista, y que por consiguiente Bonnet, por esta última razon debia ser muy poco cristiano, ó cuando menos, que lo era de muy peligrosa imitacion, y á la manera, sin duda, del filósofo Abauzit, y de todos los Protestantes de Ginebra, á quienes Voltaire libraba este bello certificado de socinianismo: «que en la ciudad de Cal- «vino no habia mas que algunos miserables que creyesen en lo «*Consustancial*» (*Carta á d'Alembert*, 28 de setiembre 1763); y posteriormente: «que no habia un solo cristiano desde Ginebra á «Berna.» (*Carta al mismo*, 8 de febrero 1776).

De esta respuesta parcial vamos á otra respuesta de mas general acepcion, y mas útil á nuestro intento.

Que la incredulidad volteriana sea hija de la Reforma, que del foco de esta en Inglaterra salió la primera señal de la lucha anticristiana, esto es lo incontestable, y lo que el mismo Sr. Bungener reconoce. Que de otra parte la madre haya repudiado por de pronto á la hija, y que la fe cristiana sea deudora al Cristianismo protestante de excelentes y numerosas obras apologéticas compuestas en aquella época en Inglaterra, es igualmente verdadero, y lo reconocemos de muy buen grado: aun dirémos mas que el mismo Sr. Bungener, haciendo notar que jamás el Protestantismo ha prestado tan grandes servicios á la fe cristiana como en aquella época, ni antes, ni despues. ¿Y cómo se explica todo esto?

Muy naturalmente. Ya nos lo ha hecho ver la conducta de los Luteranos para con los Anabaptistas, y de los Calvinistas con los Socinianos. Mas ¿qué digo? La actual conducta del Filosofismo con el Socialismo nos pone á la vista esta explicacion, que puede reasumirse en el verso de Racine, cuya traduccion es esta:

> La onda misma que lo trajo
> Retrocede de pavor.

Así como el Luteranismo habia retrocedido delante del Anabaptismo, el Calvinismo delante del Socinianismo, el Socinianis-

mo á su vez debia retroceder delante del Filosofismo, y este, mas tarde, delante del Socialismo.

Tal es la conducta ordinaria del error, de desaprobar sus consecuencias; así como está en la naturaleza de todo cuanto existe el resistirse á la muerte. El error no puede retener en sí la porcion de verdad, ó sea, de vida que le sostiene, sino á condicion de ser ilógico é inconsecuente. Luego, pues, que por la fuerza natural de la lógica, de la cual no puede disponer sino hasta cierto punto, la vida le escapa con la verdad al dar á luz sus consecuencias, no solo se niega á reconocerlas por suyas, sino que se hace su mas implacable enemigo. Es una niña culpable que para escapar del oprobio de su maternidad, ahoga los gritos y la vida de su hijo en un alumbramiento clandestino. Así que, ¿quién ha fulminado mas contra los Anabaptistas que Lutero? ¿quién ha arrojado mas rayos contra los Socinianos que Jurieu? Del mismo modo los socinianos protestantes Clarke, Pearce, Lardner, Warbuton y otros, debian combatir á los socinianos filósofos Cherbury, Shafterbury, Roland, Collins y Bolingbroke.

Así el Sr. Villemain llama muy propiamente este movimiento *una especie de* REACCION, *ó de disidencia que creaba un partido religioso en la* FILOSOFÍA MISMA. Y no era otra cosa. Mas aquí debe añadirse que este movimiento, como todo lo que es sugerido por el interés, no era espontáneo, ni individualmente inspirado por el puro celo de la verdad. Era el resultado convenido de una especie de coalicion, de la cual el sábio y rico Roberto Boyle era el instigador y el encargado. Mas el efecto de esta reaccion es en definitiva enclavar mas bien que detener la caida. Hasta el éxito de la reaccion es funesto, haciéndola cesar con el peligro inmediato, y empujando el error por su marcha lógica hácia el abismo.

Dos movimientos hay en esta marcha: un movimiento rápido, precipitado, como aquel que desde Lutero hizo pasar de un solo salto el Protestantismo naciente al Socialismo; y un movimiento lento, insensible, pero no menos necesario, que pone tres siglos en hacer el mismo camino. Por mas que el error quiera detenerse en esta pendiente, puede sí retardarla, hacerla subir por un movimiento retrógrado, cuando se siente demasiado empujada por la cabeza de la columna, y sacrificándola; pero la lógica fatal la impele. ¡Marcha! ¡marcha! grita al error; y el error, volviendo á tomar de buen ó de mal grado su marcha, llega mas

lentamente y en masa a este mismo punto en donde sus hijos perdidos no habian hecho mas que precederle.

Así todas estas obras de apologética cristiana que el Protestantismo opuso en un principio al Filosofismo, escapado de su seno, y que fueron en él como el canto del cisne del Cristianismo, no han impedido que él mismo, guardando su carácter doctoral, no haya llegado grave y pesadamente á un punto mas avanzado y mas friamente impío que el mismo Filosofismo. Toda la Alemania infatuada con su Strauss y con su Hegel, llegada progresivamente á este pasando por Kant y por Fichte; con una mano rompiendo página por página, línea por línea, palabra por palabra los títulos sagrados de nuestra fe, y con la otra enarbolando el estandarte del Panteismo, y emponzoñando la Francia y la Europa con esta doctrina, justifica harto por desgracia lo que estoy diciendo.

¿Qué opone hoy el Protestantismo á este desborde general? Nada, ó cási nada; y este es el síntoma mas significatico de su fin. Los mas grandes atletas de la fe en Alemania y en Inglaterra no han llegado á serlo sino pasando al Catolicismo; y este Catolicismo, que tan poco se ha defendido contra el Filosofismo, como decís vosotros, que ha dejado al Protestantismo el valor de protestar contra la incredulidad; realzado en la sangre de sus mártires, ha producido los mas fuertes, los mas originales, los mas brillantes defensores de la fe cristiana; y hoy dia, como otro Atlante, sostiene solo, en su jefe supremo, y en sus venerados pontífices el peso del mundo desquiciado por el Socialismo, á despecho de los socorros que este recibe del Protestantismo [1].

[1] Injusto seria el no hacer mencion aquí del excelente escrito del señor Atanasio Coquerel contra Strauss. Bajo las modestas apariencias de un opúsculo, encierra este trabajo un grande número de investigaciones de tanto juicio como ingenio, y que pudieran aspirar al éxito de un grueso volúmen. Tholuck en Alemania por su sábio *Ensayo sobre la credibilidad de la historia evangélica*, cuya traduccion al francés se debe al señor abate de Valroger, tiene igualmente derecho á la gratitud de los corazones cristianos.

«No por esto se crea que la pensadora Alemania haya dejado de prestar ho-«menajes brillantes á la verdad de las Escrituras, y haya permitido que que-«dasen invindicadas á un tiempo la Religion y la Razon. Heydenreich ha es-«crito una obra particular sobre la inadmisibilidad de los mytos en la parte «histórica del Nuevo Testamento. Juan Ruhn, profesor de la facultad de teo-«logía católica de Tubingue, escribió contra Strauss una *Vida de Jesús* expuesta «científicamente, para contrarestar con la ciencia misma las atrevidas y volun-«tarias suposiciones de aquel visionario. El doctor Tholuck, caminando al mis-

Así desaparece, ó mas bien cede en ventaja de la verdad católica, la objecion sacada de la negativa de reconocimiento que el Filosofismo naciente recibe de su generador inmediato, el Socinianismo; y queda bien establecido, que uno y otro no fueron mas que un progreso del Protestantismo.

CAPÍTULO IV.

EL FILOSOFISMO Y LA REVOLUCION.

El Filosofismo, —y entiendo decir con esta palabra esa mala filosofía que so pretexto de emanciparse de todas las preocupaciones, destruye todos los principios [1], — no era, pues, mas que un Protestantismo desarrollado.

¿Qué llegó á ser él tambien?

Y notemos ante todo que, no menos que sus padres, nunca tuvo doctrina fija. El órden sobrenatural, aun el revelado, no siempre

«mo término, ha partido de otro principio no menos luminoso que decisivo. «Observando que uno de los principales motivos que han conducido á Strauss «á la negacion de la relacion evangélica, es la antipatía dominante en su Iglesia «por todo lo que lleva un carácter sobrenatural, ha dicho: «Aun cuando fue«se posible desechar el Evangelio, estamos muy léjos de haber acabado con los «milagros: el libro de las *Actas* y las principales *Cartas* de los Apóstoles, nos «quedan aun como un segundo muro, y estos monumentos de la antigüedad «cristiana bastan sin duda alguna para restablecer los hechos mas importantes «que aquel se ha afanado en destruir.» El doctor Tholuck, en su refutacion de «la obra de Strauss parece á todas luces haber perfectamente demostrado la «verdad de esta asercion. Omitimos, en gracia de la brevedad, presentar una «ligera muestra de la brillante é irresistible lógica de este católico aleman, poco «conocido entre nosotros.» *(Nota del Traductor).*

[1] Nosotros hacemos una distincion entre la Filosofía y el Filosofismo, esto es, entre la buena filosofía y la mala. Nosotros hemos siempre reconocido, respetado y defendido la primera, y no obstante se nos ha hecho decir: *La filosofía no es nada, ni será jamás nada.* Mas para esto ha sido menester desnaturalizar nuestro lenguaje hasta el punto de poner en boca nuestra una palabra, que no hicimos sino recoger de la boca de Jouffroy y de otros racionalistas, y que combatimos acto continuo por un *largo elogio* de la filosofía, empezando así: «Hagamos con todo algunas reservas en favor de la filosofía verdadera, y

fue repudiado por él, aunque tampoco no siempre rechazó al Ateismo. «Los que cesaron de creer, dice un hombre muy introducido «en la sociedad de este tiempo, y su número era espantoso, no «hallando ya dentro del círculo de las tradiciones veneradas nin«gun punto fijo que los retuviese, ó que los ligase; despues de «haberse separado á la vez de la creencia comun, se separaron «muy presto los unos de los otros, y se colocaron á diferentes dis«tancias sin poder poner límites en parte alguna. Los unos, im«presionados siempre por la santidad del Evangelio, persistian «en ver la Divinidad en la moral de Jesucristo, mirando como una «impiedad el ver un Dios en el Hijo de María: los otros, cerran«do todas las Biblias para no buscar al Criador sino en la crea«cion, y la moral sino en las mas tiernas y mas sublimes afeccio«nes del corazon humano, se alejaban de todos los altares y de «todos los sacerdotes, para no adorar á Dios sino en su corazon y «por sus virtudes. Otros, sin freno y sin temor, creyendo ver sa«lir del solo nombre de Dios todos los delirios de la intolerancia, «y todos los furores del fanatismo, revisten la materia de todos «los atributos del movimiento y de la inteligencia, así como de «los de la extension; juzgan su órden y sus desórdenes tan ne«cesarios como su existencia; quieren que se la estudie por me«dio de observaciones, y que se la pregunte por medio de ex«perimentos; y que en vez de dirigir de rodillas súplicas á su po«der, el genio del hombre se apodere de ella, y la ejercite.» Garat, *Memoria sobre Estuardo y el siglo décimoctavo,* tomo I, p. 202).

Todas estas divergencias vienen á concentrarse sobre dos puntos: el uno, principio del error que le impelia á su disolucion; el otro, inconsecuencia de este mismo error que le hacia subsistir.

El principio comun era la libertad de pensar aplicada á la destruccion de los dogmas; la inconsecuencia comun era la profe-

«salvémosla, con la fe, de las manos de sus comunes enemigos. La filosofía «(entiendo hablar de aquella ciencia que obra con las facultades naturales de «la razon sobre los datos de la fe, para transformar á esta en inteligencia, ó «mas bien, lo cual es lo mismo, la fe haciendo prueba de la inteligencia, *fides «quaerens intellectum,* como dice san Anselmo); la filosofía, repito, es cierta «cosa de *verdad,* de *grandeza,* de *hermosura,* de *santidad,* etc. etc.» (Página 226, tomo II, de la última edicion de mis *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo).* Ved ahí en el sentido en que hemos dicho: *La filosofía no es nada.* Y lo que hace mas sensible esta imputacion es el que haya sido renovada despues de una advertencia formal.

sion, digo poco, el apostolado de la moral cristiana aplicado en grande á la humanidad.

Esta profesion de la moral del Evangelio sin los dogmas y contra los dogmas, era para el Filosofismo lo que habia sido para el Protestantismo la profesion de fe en la Escritura sin la autoridad y contra la autoridad de lo que enseña la Iglesia.

«No sé por qué, decia Rousseau, se quiere atribuir al progreso «de la Filosofía la bella moral de nuestros libros. Esta moral, to- «mada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica. Solo «el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre «único, y siempre semejante á sí mismo.» —Sabido es en el fondo lo que pensaba Rousseau del Evangelio. Sea lo que fuere, que se rindiese ó no homenaje al Evangelio, la moral del Evangelio en sus grandes aplicaciones de justicia, de humanidad, y de tolerancia, era pregonada por todas las bocas del Filosofismo. Cualesquiera que hayan sido los excesos de este, y hasta en el Ateismo y Materialismo mas grosero, que evidentemente suprimen el fundamento lógico de toda moral, esta moral de simpatía humana, de tolerancia social, de defensa y de auxilio de los pequeños y de los débiles, era profesada, y profesada en razon inversa de sus fundamentos. Así, un cási-cristiano como Vauvenargues ó Tomás, la predicaban; un cási-deista como Rousseau, la predicaba mas; un cási-ateo como Voltaire, mas todavía; pero quien la predicaba sobre todo con furor, con rabia, eran los ateos y materialistas declarados, como Diderot y Holbach, que habian merecido por esto el ser llamados *un carnero rabioso*.

El Filosofismo en esta parte se parecia al Protestantismo, el cual profesa el respeto á la Escritura en voz mucho mas alta de lo que lo hace el Catolicismo; y tanto mas alta, en cuanto la acomoda, y la hace servir al culto de la razon. El Filosofismo era fanático de la tolerancia: para él la santa tolerancia era como la santa Escritura para los Protestantes.

Y la razon es, y jamás me cansaré de repetirlo, nada puede subsistir ni puede obrar sin la verdad; el error mismo no puede pasar sin ella, y se ve mas obligado á recurrir á ella en cuanto quiere ser mas poderoso contra la verdad misma. Cuanto mas quiere atacar la verdad por un lado, mas se ve forzada á tomar su punto de apoyo sobre esta verdad por otro lado; y entonces lo hace con un énfasis que le hace no menos traicion que su furor. Los ver-

daderos discípulos de la verdad, que estan en comunion constante y familiar, por decirlo así, con ella, la profesan y la practican sin tanto ruido, sin tanto aparato. Calla su boca, pero la alaban sus obras. No apostrofan á la verdad, y no toman fastuosamente por divisa: *Vitam impendere vero;* ellos la *hacen* sencillamente, segun la expresion de la Verdad misma, de Jesucristo, cuyos piés besan en silencio, con grande desprecio de parte de los fariseos.

Cuando leais alguna página apasionada y entusiasta á favor de la verdad, como por ejemplo, la célebre página de Juan Jacobo sobre el Evangelio, poneos en guarda, y estad en la persuasion que el reverso de la página nada tiene de bueno.

Así, bajo todas estas bellas declamaciones de tolerancia y de humanidad, proseguia el Filosofismo la obra del libre exámen; y minaba todo dogma con la segur de la moral.

No quiero decir por esto que todo fuese cálculo en esta conjuracion; no: yo honro demasiado la humanidad, y creo demasiado en el ascendiente de la verdad para pensarlo así, y para no admitir que esta no haya tenido su parte en todos estos sentimientos de humanidad y de tolerancia, cuya expresion rebosa en todos los escritos de nuestra época. Lo que digo es que esta parte de verdad, por el abuso que se hacia de ella, no servia sino para engañar á aquellos mismos que la profanaban poniéndola al servicio del error; pues cuando no se ha entrado de lleno en lo verdadero, la verdad misma es engañosa.

Lo que pretendo consignar aquí sobre todo es, que todos estos sentimientos, generosos en apariencia, eran en el fondo mas bien odio contra los opresores, que verdadera piedad hácia las víctimas. Hasta la indignacion, pasion mas noble que el odio, tenia en ello muy poca parte; y esta exactísima observacion la tomo del Sr. Bungener. Por fin, este mismo odio, triste, pero forzoso es decirlo, en el poco valor moral que en sí lleva, se hace muy sospechoso al observar que solo explotaba cuando convenia, segun la necesidad de la causa, y que segun esta misma necesidad, se convertia muchas veces contra las mismas víctimas, con una crueldad mas inexorable que la de sus opresores. Vámoslo á comprobar con algunos ejemplos.

Así, al tratarse de Cristianos, no se necesita decir que el mismo Neron y todos los demás perseguidores hallan apologistas en-

tre los fanáticos de la tolerancia. Conocidas son las páginas de Gibbon en este punto, que han llenado de justa indignacion al Sr. de Villemain. Basta citar aquí la manera con que Voltaire excusa aquellos suplicios. «Los Judíos fueron, dice, los que en el «imperio de Neron acusaron á los Cristianos del incendio de Ro«ma, y se abandonaron algunos desgraciados á la venganza pú«blica [1].» De esta manera Voltaire justifica á Neron del suplicio de los primeros Cristianos; deja caer sobre ellos la sospecha, cuando menos, de haberlo merecido; hace, en todo caso, de su muerte una necesidad de sacrificio á la venganza pública, y en fin, por un refinamiento de insigne malicia, aplasta á los Judíos, y con ellos, como es sabido, los Cristianos, achacándoles lo odioso de la acusacion. Jamás con menos palabras se han hacinado mas mentiras, mas inhumanidad y mas odio.—En cuanto á la espantosa persecucion de Galerio bajo el reinado de Diocleciano, «es «evidente, dice, que si los clérigos de Nicomedia no hubiesen «armado querellas con los criados de César Galerio, y que si un «entusiasta insolente (un cristiano) no hubiese rasgado el edicto «de Diocleciano (nótese que este era el mismo edicto de la *perse«cucion*), nunca aquel Emperador, hasta entonces tan bueno, y «marido de una cristiana, hubiera permitido la *persecucion*, que «estalló en los dos últimos años de su reinado.» (*Ensayo sobre las costumbres*). — Así pues, los mártires son los que resultan culpables de la persecucion que sufrieron. Si por el espacio de dos años enrojecieron por hecatombas los patíbulos con su sangre, lo tenian bien merecido: ¿por qué un insolente rasgó el edicto QUE Á ELLOS LOS CONDENABA? ¡Motivo habia en esto para impulsar á un emperador tan bueno como Diocleciano á aquel exterminio! —¡Y estos mártires eran los mártires de la libertad y de la tolerancia! ¡Y Voltaire es reputado por su pontífice!

Es notorio el modo con que los desventurados Judíos fueron

[1] Tácito, tan inhumano en el relato de este hecho, obcecado como estaba por sus prevenciones paganas, lo es menos que Voltaire escribiendo la historia á la luz de diez y ocho siglos de cristianismo. En primer lugar, no disimula que los mártires fueron en grande número, *multitudo ingens;* en seguida no rechaza su acusacion sobre los Judíos, y rechaza él mismo el objeto de esta acusacion; por fin, no puede rehusar su expresion de compasivo sentimiento de que hasta la multitud, tan habituada como estaba á los espectáculos de muerte, se sentia movida para con los mártires, *miseratio oriebatur.* El autor de la *Záira* no ha tenido esta compasion.

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

perseguidos por Voltaire, unicamente en odio del Cristianismo, de cuya fundacion son ellos las medallas vivientes. (¡Extraño destino el de este pueblo de ser mas aun el blanco de los enemigos del Cristianismo, que del propio Cristianismo, y de no haber hallado un abrigo mas constante contra el aborrecimiento universal, que el que les ha prestado siempre el Catolicismo en Roma, junto al representante de Aquel á quien ellos crucificaron!) Ved ahí cómo el grande apóstol de la tolerancia la ejerce con ellos. Una palabra entre mil. Reproduciendo, ó mejor, forjando contra ellos las mas odiosas y las mas absurdas imputaciones, «Ellos mataron atroz-«mente, dice, bajo el imperio de Trajano en la Cirenaica, y en «la isla de Chipre, mas de doscientas mil personas: fueron cas-«tigados, pero no tanto como merecian, PUES QUE SUBSISTEN TO-«DAVÍA.» Una palabra igual jamás la inspiró el fanatismo de los tiempos mas bárbaros. Los Judíos eran para Voltaire un singular embarazo.

Diráse tal vez que estos juicios son puramente históricos, y que Voltaire nunca hubiera aplaudido persecuciones hechas en su tiempo. Escuchad: «Se dice que han hecho pedazos al reveren-«do P. Malagrida; ¡bendito sea Dios!» *(Carta á la condesa de Lutzelbourg).* «Me escriben que *por fin* han quemado tres jesuitas en «Lisboa: noticias son estas que consuelan mucho.» *(Carta al señor Vernes).*

Si un inquisidor español, sirviendo á la política de Felipe II, hubiese jamás escrito líneas tan friamente atroces, ¿qué partido no hubiera sacado de aquí Voltaire contra el fanatismo? Y obsérvese de paso que la inquisicion política defendia un órden social; que el fanatismo se encendia á la llama de una conviccion religiosa, y que, habida razon de las costumbres del tiempo, se puede muy bien, sino justificarlas, á lo menos comprenderlas y explicarlas. Pero ¿qué defendia Voltaire? ¿qué conviccion le inspiraba? Odio y destruccion, hé aquí sus dioses; y para ellos, en el siglo de las luces y de la tolerancia, aplaudia los sacrificios mas salvajes.

¡Pero Calas, se dirá! ved ahí una página que no podeis quitar á Voltaire, y por la cual se le pueden pasar muchas otras. Dejo, pues, á un hombre mas desinteresado que yo en la cuestion, á un protestante, el cuidado de juzgarla: —«El siglo décimoctavo, dice «el Sr. Bungener, no se hallaba en estado de indignarse; y así,

«cuando no puede meterse mucho ruido, se calla, y se aguarda «con la mayor calma mejor oportunidad para enfadarse. Los Pro- «testantes podrán sufrir y gemir hasta los tres cuartos del reinado «de Luis XV, sin que ninguna de tantas voces generosas se dig- «ne levantarse en su favor; antes bien ellas habian, como vere- «mos en otra parte, suministrado armas contra ellos. Calas espira, «y hételo ahí altamente patrocinado, porque se vislumbró el gran «partido que habia que sacar de aquel patíbulo [1].»

Ved ahí otra repugnante manifestacion del reverso de esta be- lla humanidad filosófica. No nos complace por cierto el triste mi- nisterio que nos vemos obligados á ejercer en este momento; pero es necesario, como el del médico. Dejemos hablar todavía al se- ñor Bungener: «Este pobre general Lally, cuya rehabilitacion de- «bia hacer tanto honor á Voltaire, habia empezado por compade- «cerle muy poco. «¿Os acordais mucho, escribia á d'Alembert, «pocos dias despues de la ejecucion, de la mordaza de Lally, y «de su cuello gordo, que el hijo mayor del señor ejecutor ha cor- «tado con muy poca destreza, por ser su primer ensayo?» Y con- «tinúa chanceándose siempre, que Lally era un hombre lerdo, «un señor muy mezquino; y todo lo mas que puede concedérse- «le, segun él, era el no ser un traidor, ni merecer morir en un «cadalso.» Del mismo parecer es d'Alembert. «Este Lally era un «hombre aborrecible, le responde, una mala persona que mere- «cia que todo el mundo le matase, menos el verdugo [2]. Sea de «esto lo que fuere, que descanse en paz, y que en paz nos dejen «sus respetables jueces.» «Mas luego se cambia de tono: La opi- «nion pública ha tomado otro giro, y la moda la ha dado en creer «á Lally inocente. Inocente ó culpado, pues, Voltaire continúa «en hacer muy poco caso del fondo de la cuestion, lo que impor- «ta es meter mucho ruido al rededor de su tumba; y así se hará,

[1] *Voltaire y su tiempo*, tomo I, pág. 141: «El amor de la humanidad era raro, «añade el Sr. Bungener, sobre todo entre aquellos que lo profesaban pública- «mente. Siempre algun secreto interés, siempre algo de polémica ó de amar- «gura bajo esos consejos de tolerancia y de amor, pues no son los *hombres* á «quienes se ama, sino tan presto á estos como á aquellos, y siempre se tiene «odio á otros. ¿Hay que reparar alguna injusticia ó alguna crueldad que des- «cuella entre las demás? Menos conmueve en el fondo la desgracia de las víc- «timas de lo que lisonjea el placer de aplastar á los opresores. Esto es odio «todavía, ó cólera, á lo mas; no es indignacion.»

[2] Lally habia muerto como cristiano.

«y llegará á tal extremo que los mismos alborotadores acabarán «por volverse locos ellos mismos, y tomar la cosa de veras.» *(Voltaire y su tiempo*, tomo I, pág. 142).

Dos sentimientos resaltan principalmente de un cabo al otro de la voluminosa correspondencia de Voltaire: el desprecio inexorable del pueblo, tomado ya el partido de su ignorancia y abyecta sujecion, y el servilismo de la adulacion llevado hasta el cinismo de la idolatría hácia los grandes, hácia sus vicios y sus crímenes.

Podríamos multiplicar al infinito nuestras citas, pero esto nos haria retardar demasiado, y preferimos volver al buen libro del Sr. Bungener, en el cual se verán las cosas mas inauditas en punto á villanos y odiosos desaires dados por los Filósofos para desmentir su filosofía. Esta reparticion de la Polonia, por ejemplo, este grande atentado político, que tantos otros ha arrastrado sobre esta desventurada nacion, cuyos sangrientos restos cubren todavía nuestro suelo, ¿quién fue el primero en aconsejarla? ¿quien impulsó á ella? Voltaire. En 1770 admírase este filósofo de no ver intervenir el rey de Prusia en las turbulencias de aquel país. El rey le responde que se va haciendo viejo, y de consiguiente, cuerdo. Insiste Voltaire. ¿Y para qué perder una tan bella ocasion? Con todo, él se contentará, dice, «si en esta cen- «cerrada el rey redondea su Prusia.—¿Y la justicia? ¿y la fi- «losofía?—En filosofía, responde, la figura redonda es la mas «perfecta.»

La Francia misma es inmolada por Voltaire en los impíos votos que forma por su derrota en los campos de Rosbach, como Ginebra por Rousseau en la guerra civil que allí enciende su *Emilio*, y que él atiza con su soplo por medio de sus *Cartas sobre la montaña*. El amor de la patria nada dice á esos corazones que rebosan de sentimientos generosos y patéticos... cuando se trata de aplastar con ellos á sus enemigos.

Hasta hay una máquina para destruir, una especie de carro-falcado de la invencion de Voltaire, por medio del cual con seiscientos hombres pueden destruirse diez mil, *nueva cocina, pequeña travesura*, por la cual parece que aspira á cierta gloria, y con lo que fatiga hasta hacerse ridículo al mariscal de Richelieu, al rey de Prusia y á la emperatriz Catalina, para que hagan un ensayo, y hasta busquen una ocasion de guerra á este efecto. «No se avie- «ne esto mucho con mis máximas de tolerancia, dice; pero los

«hombres son un compuesto de contradicciones, y de otra parte, «veo que V. M. me vuelve la cabeza.»

¿Quiérese, por fin, una prueba mas fuerte aun de la truhanería filosófica en punto de humanidad y de tolerancia? Hé aquí una oda declamatoria contra los reyes y los conquistadores, *esos opresores de los humanos, sin otra ley que el poder, ni otro derecho que la violencia*, y á los cuales dice el poeta:

> Viles conquistadores,
> Vosotros cimentais con una sangre,
> Servil á vuestros ojos y humillada,
> Vuestra gloria por todos detestada.

¿Y quién es este poeta? Es el mismo atroz conquistador: es Federico. Y las palabras formaban tan gracioso juego con los actos, que Voltaire no pudo menos de reirse algun tanto: «De buena ga«na creeria, le escribe, que la oda sobre la guerra es de algun po«bre ciudadano, buen poeta de otra parte, cansado de pagar el «diezmo, y ver asolar sus tierras por las querellas de los reyes. «Pero no: es de un rey que ha empezado la broma; es de aquel «mismo que ha ganado una provincia y cinco batallas. Señor, «V. M. hace muy buenos versos, pero se burla del mundo.»

Federico no era solo en esto: todos los Filósofos hacian otro tanto; y el Filosofismo todo se burlaba del mundo, cavando el abismo que iba á tragarlo.

Pero, sin embargo, por fin de cuenta, se opone á todo esto, la tolerancia ha prevalecido, y este es un resultado cuyo honor no podeis negar á la Filosofía.

Convengo en ello: la tolerancia ha prevalecido en nuestras leyes, en nuestras costumbres, en nuestras instituciones: *el nuevo espíritu de la actividad libre del hombre*, como la llama y la define muy bien el Sr. Guizot, es el hecho característico, inmenso, de la civilizacion actual. Fuerza es saber contar con él, so pena de ser arrastrado por su movimiento, perdiendo el derecho de dirigirlo. Esto es una verdad, y nosotros suscribimos á cuanto nos ha dicho el Sr. Guizot sobre este particular. Somos de nuestro tiempo como él, ó mas bien, somos de todos los tiempos como la Iglesia. Y aun añadimos (lo que él no ha creido poder decir), que el Protestantismo y la Filosofía del siglo décimoctavo no han quedado extraños á este grande resultado. — Pero ¿cómo? — Entendámonos.

Hé aquí, sobre este punto tan importante como delicado, una consideracion, sobre la cual reclamo toda la atencion del lector. Ella es como la llave de este enigma del *espíritu nuevo* que se echa en cara siempre á los Católicos, y que los pone en el doble embarazo, ó de transigir con el mal, aceptando este espíritu, ó de dejarle paso libre, repudiándolo.

El error, no tanto es la negacion, como la falsificacion de la verdad; así es que ha marchado siempre con ella paralelamente en el mundo. Así como ha habido un verdadero y legítimo desarrollo de la razon general, así ha habido otro de falso y culpable; y así como ha habido un verdadero y legítimo progreso de la libertad y de la tolerancia, asimismo ha existido otro desordenado y funesto.

Veamos ahora la ley de relacion que existe entre estos dos desarrollos.

El espíritu del error, conociendo el interés que tiene en hacerse recomendable por alguna verdad, y en encubrir así su juego de destruccion á los ojos de la naturaleza humana, que nunca le admitiria con su cara descubierta; maravillosamente servido, repito, por ese instinto, busca y encuentra sin dificultad el lado por el cual la verdad está en el punto de desenvolverse en el mundo. Luego de haberlo percibido, toma la delantera, se apodera de este punto, metiendo allí mucho ruido, se abroga la iniciativa, lo lleva á un extremo, separándolo del cuerpo entero de la verdad, y aun volviéndolo contra ella, hasta hacer la verdad peligrosa á la verdad misma, y obligar á los verdaderos discípulos de esta á abstenerse, si no ya á reaccionar contra este funesto desarrollo, y aun á venir otra vez á colocarse en aquel saludable desarrollo que ellos mismos habian impreso ya á la verdad. No se descuidan los partidarios del error de sacar su partido de esta prudente conducta de los que profesan la verdad, para denunciarlos y sacrificarlos á la opinion como enemigos del progreso social. Y si, no obstante, la conducta anterior de estos últimos desmiente con demasiada evidencia semejante calumnia, entonces los partidarios del error se los dan con el mayor descaro por sus predecesores, y no vacilan un momento en forjarse por antecesor un Massillon, un Fenelon, un Vicente de Paul, á quienes hubieran inmolado en vida, y ahora les sobrecargan con los honores de su infame apoteosis. ¿Y qué sucede, no obstante? Que como la ver-

dad no es en sus manos otra cosa que un arma contra la verdad, no por esto le hacen dar en el hecho un solo paso de progreso; sino que al contrario, usándola de este modo la desnaturalizan, la comprometen por sus excesos, la retardan, acumulando ruinas por su camino. Por fin, terminada la crísis de destruccion, la verdad vuelve á tomar el curso de su legítimo desarrollo; mas encontrando el programa y las fórmulas de este desarrollo trazadas ya por el error, no le queda mas que cumplirlas, y cumpliéndolas, deja la apariencia á su rival, quien no se descuida de atribuirse la iniciativa de ello, y de reivindicar sus resultados.

Explanando francamente mi modo de pensar, bajo el punto de vista providencial en este órden superior en que la accion del mal importa al bien, segun la verdad de aquel principio: *Oportet et haereses esse*, no titubearé en confesar que los discípulos de la verdad sienten un estímulo en la lucha; que sin ella se adormecerian laxamente en su posicion, como en un campo que produce por sí mismo, y no necesita de cultivo para alimentar en rigor á su ocioso colono, mas á quien esta falta de cultivo quita el honor y el interés de una centuplicada cosecha. El partido que la Providencia saca del error consiste en imponer su trabajo á los discípulos de la verdad, cual á ellos incumbe, en mostrarles con esto las faltas de su retardo, y en ponerles en la precision de adelantar. El espíritu del error, como ya hemos dicho, sirve para esto maravillosamente, pues su interés le da el mas exquisito tacto para hallar el flanco débil del enemigo, y una audacia inaudita para ponerlo á la vista de todos. Mas cuanto mas propio es para señalar las reformas, tanto es mas impotente para cumplirlas. Y esto es un hecho indudable. Solo puede falseando, desnaturalizando, pervirtiendo el objeto, llegar, como realmente llega, á confundir de tal modo las cosas y las palabras, que estas se apliquen á lo contrario de lo que en efecto significan: así es que llama el mas completo desarreglo con el nombre de reforma, la opresion con el nombre de tolerancia, la esclavitud con el nombre de libertad, el monstruoso desquiciamiento de las condiciones con el nombre de igualdad, y se sirve del santo y dulce nombre de fraternidad para expresar la muerte. Solo al espíritu de verdad, y á los que son por él inspirados, pertenece el construir su obra, y el realizar modestamente los fastuosos programas del error.

Ved ahí la parte respectiva del error y de la verdad en la ela-

boracion general de la civilizacion: he aquí particularmente lo que toca al Filosofismo de todo este grande aparato de tolerancia, de justicia, de humanidad, de mejoramiento de las clases pobres, de progreso social, con que su malicia ha pretendido disfrazar la destruccion de todos los dogmas, de todos los principios, sin los cuales no puede haber mas que opresion, revuelta, injusticia, inhumanidad, barbarie.

Al principio el Filosofismo se lisonjeaba de conjurar estas consecuencias de su obra, y pensó no destruir sino sus doctrinas: cada filósofo se lo tomaba á pecho con gusto, descargando á su sabor, bajo la inspiracion de sus odios particulares, con las armas que le eran propias: aquel como deista, este como ateo, el otro como á discípulo de Espinosa, todos como enemigos del *infame*, es decir, de la Iglesia, única en Francia que representaba la *superstición;* de esta misma Iglesia, que bajo el nombre de *prostituta*, habia sufrido ya los primeros golpes de Lutero, y que recibirá hasta el fin de los siglos los golpes de todos cuantos querrán llegar al corazon de la sociedad, de la cual es ella el baluarte.

Por de pronto no se queria hacer pasar mas allá que de ella la destruccion. Las soberanías temporales fueron respetadas, á lo menos de hecho. Se las creia invulnerables, y ellas lo creian tambien así, hasta dejarse atacar de palabra, y repetir locamente, con todo el mundo, las declamaciones de que empezaban á ser el blanco. Las cegaban las rastreras lisonjas con que las apaciguaban otra vez las mismas bocas de los filósofos, y creian sobre todo que la destruccion de la Iglesia les aprovecharia, librándoles de su yugo. Disimulaban á los filósofos sus insolencias en gracia de sus adulaciones, y sobre todo de sus impiedades, y de los despojos espirituales de la Iglesia que ellos procuraban ofrecerles en homenaje. Estaban de tal manera obcecados los soberanos por este interés sacrílego, que no solamente toleraban á los filósofos, sino que los patrocinaban, formaban sus falanges, y hacian á sus primeros jefes partícipes, en cierto modo, de sus coronas, hasta descender ellos mismos de su trono para extender su real mano contra aquella Iglesia, que era no obstante la salvaguardia de su autoridad, tanto como lo era de la justa y prudente libertad de los pueblos [1].

[1] El comun acuerdo entre filósofos y soberanos para repartirse los despojos espirituales de la Iglesia, y la ilusion que sobre este punto los cegaba, se en-

Subió á mayor punto esta ilusion fatal: la encontramos en el corazon de Luis XIV, y (permítanos esta verdad la venerada memoria de tan grande hombre) no muy distante del espíritu de Bossuet, no bastante dominada por su carácter.

Queremos hablar de la declaracion de 1682.

Ved ahí sobre este punto algunas reflexiones cuya exactitud no es fácil desconocer, y cuyo orígen, de otra parte, no es sospechoso; pues no son por cierto de un ultramontano.

«La importancia política de un acto semejante, dice Luis Blanc, «era inmensa. Elevando á los reyes sobre toda jurisdiccion ecle«siástica, quitando á los pueblos la garantía que les prometiera el «derecho concedido al sumo Pontífice de vigilar sobre los señores «temporales de la tierra, la declaracion de 1682 parecia poner los «tronos en una region inaccesible á las tormentas. Luis XIV se de«jó engañar en esta parte: creyó haber dado á la monarquía abso«luta bases eternas, sustrayéndola del mas respetado de los con«tratos. Mas en esto es tan hondo su error que da lástima. El poder «absoluto, en el verdadero sentido de la palabra, es quimérico; «es imposible. Nunca ha existido, gracias al cielo, ni jamás exis«tirá un despotismo exento de toda responsabilidad. Á cualquier «grado de violencia que pueda llegar la tiranía, existe siempre «contra ella un derecho de registro, aquí bajo una forma, allí «bajo otra. La declaracion de 1682, sin cambiar nada de la nece«sidad de este derecho de registro, no hacia mas que dislocarlo «quitándolo al Papa; y lo dislocaba para transmitirlo al Parla«mento, y despues á la multitud.

«Que los Papas no hayan muchas veces convertido en benefi«cio de los pueblos el alto patronato que inmortalizó el genio de «Gregorio VII, es demasiado cierto. Pero la locura de Luis XIV «y de sus ministros es precisamente el no haber comprendido que «la competencia de los Papas en punto de soberanía, léjos de ser

cuentran á cada instante en la correspondencia de Voltaire. «Todas las bulas «del mundo (hablando de una enfermedad del Delfin) no valen lo que el pecho «y las entrañas de un hijo único del rey de Francia.» — «Los filósofos no pi«den sino la tranquilidad, y no hay teólogo que no quisiese ser el árbitro del «Estado.» — «No se habia conocido aun que la causa de los reyes fuese la de «los filósofos, y sin embargo es evidente que aquellos sábios, que no admiten «dos potestades, son los primeros que sostienen la autoridad real, etc.» El Filosofismo en esto como en todo lo demás no hace sino repetir ó continuar el Protestantismo.

«contraria á los reyes, los protegia. Vino el momento en Francia, «en que la nacion advirtió que la independencia de los reyes era «la servidumbre de los pueblos. La nacion entonces se levantó «indignada, y cansada de sufrir, pidió justicia. Mas, faltando los «jueces de la autoridad real, la nacion se constituyó en juez ella «misma, y la excomunion fue reemplazada por una sentencia de «muerte.

«El segundo artículo de la declaracion no era menos revolucio- «nario que el primero; pues afirmar la superioridad de los Con- «cilios sobre los Papas, era conducir á la de las asambleas sobre «los reyes. ¿Qué motivo habia para que una monarquía temporal «fuese mas absoluta que una monarquía espiritual? ¿Una corona «era, pues, mas sagrada que una tiara? Ved ahí hácia cuán ter- «rible afinidad de ideas precipitó los espíritus la declaracion de «1682.» (*Historia de la Revolucion francesa*, tomo I, pág. 252).

Así es como el vencedor da lecciones al vencido, y le explica como perdió la batalla.

Por lo demás, sea cual fuere la opinion que se tenga formada sobre la declaracion de 1682; tanto su ataque como su defensa serian hoy dia un puro anacronismo. No viene por cierto del Papa el peligro, y nosotros no perecemos por abuso de su autoridad. El peligro viene de la calle, de la anarquía, de la impiedad armada, de la invasion de los bárbaros. Ocuparse en el dia sobre el derecho de las coronas con respecto al Papa, cuando ellas son el ordinario juguete de las revoluciones, ó de las libertades galicanas, cuando las violaciones de la libertad echan del Vaticano al mas manso de los Papas, ó no le dejan estar allí sino bajo el abrigo de diez mil bayonetas, es desconocer enteramente nuestra época. Los soberanos en el dia son la masa de bárbaros, que cual torrente minaz y furioso se van engrosando sordamente bajo la mano providencial que los contiene, y que es una mano de muerte. ¡Ojalá puedan los Papas ejercer sobre estos soberanos el derecho de registro, y detenerlos al umbral de nuestras moradas, como en otro tiempo detuvieron á Átila á las puertas de Roma!

Cuando hay un extravío del principio de la verdad, por pequeño que sea, es increible la rapidez con que se corre hácia el error, y el extremo á que se llega, sobre todo en Francia. Así, la declaracion de 1682, pasando de las manos de Bossuet á las manos de los parlamentos y de los jansenistas, por mas que el genio

y la buena fe de aquel grande hombre se esforzasen para disputársela, se convirtió en una palanca de insurreccion contra los tronos, un yugo de cisma para la Iglesia, las gradas del cadalso para el mejor de los reyes; ella guió derecho á las sangrientas escenas del 6 de octubre, á la constitucion civil del clero, y al sombrío reinado de la Convencion.

El Filosofismo engrosó por de pronto su caudal con todos los escándalos á que dieron lugar el ataque y la defensa de esta declaracion, y ejecutó en grande escala la separacion de la autoridad real de la inspeccion de la Iglesia, derribando á esta completamente, y con ella toda creencia.

Por esto mismo dejó completamente los pueblos en descubierto ante el despotismo de los soberanos, y los soberanos en descubierto ante la rebeldía de los pueblos.

Los pueblos, no siendo ya consagrados á los ojos de sus soberanos por la fe, la cual se les manifestaba como los hijos de una misma madre, y los miembros adoloridos de un mismo Redentor, no fueron ya para ellos mas que un vil rebaño. Los soberanos, no siendo ya consagrados á los ojos de los pueblos por aquella misma fe, que les hacia ver en ellos los hijos primogénitos de la Iglesia y los mandatarios de la Divinidad, no fueron ya mas para ellos que unos usurpadores responsables de su poder. Y unos y otros, no siendo ya mas que unos hombres iguales, no ya delante de Dios, sino delante de ellos mismos, y envileciéndose recíprocamente por el mal uso que hacian de sus respectivas condiciones, y por los medios de tiranía ó de rebelion que empleaban para traspasar sus límites, no fueron ya otra cosa que enemigos que se median sus fuerzas. Mas, como Dios no estaba ya en esta lucha de hombre á hombre, los pueblos hacian servir el derecho natural para recobrar su independencia completa, y aun mas que para esto, para trasladar á la masa todos los privilegios que habian constituido hasta entonces las desigualdades políticas, civiles y hasta sociales, y para la expiacion de sus antiquísimos abusos. Así, á la muerte de un comun padre, hijos desnaturalizados se disputan los restos de su sucesion, y se examinan unos á otros las ventajas que cada cual ha percibido de ella, despreciando el testamento que con prudencia habia hecho entre ellos la division.

Aquel dia puede decirse que se dislocaron los polos del mundo cristiano, ó bien, valiéndonos de una imágen mas exacta, que la

pirámide social fue arrancada de su base, y se la quiso *constituir* por su punta. La sociedad, en efecto, y sobre todo la sociedad cristiana, habia siempre descansado sobre la base del deber, y se procuró establecerla sobre la punta del derecho; sistema hasta tal extremo monstruoso para aquellos mismos que lo proclamaron, que conocieron la necesidad de disfrazarlo bajo la nocion misma del deber que tan claramente violaba, llamando á la insurreccion un deber, y el mas santo de los deberes.

Tal es el gran principio de 1789, que en el órden político corresponde exactamente al que sentó Lutero en el órden religioso dos siglos antes, ó mejor, que es el mismo principio pasado del órden religioso al órden filosófico, y de este al órden político. La revolucion inaugurada por Lutero, y sucesivamente victoriosa contra la Iglesia y la tradicion, contra la Escritura y la revelacion, tenia razon y mucha mas razon contra la sociedad y la autoridad política. Los Protestantes religiosos, filosóficos y políticos, se dan la mano: todo se encadena en el desórden, como en el órden; porque el desórden es el mismo órden atacado, y participa, para su castigo y su propia destruccion, de esta misma lógica que constituye la dicha y la estabilidad del órden.

Si el órden sobrenatural, enseñado por una Iglesia que recibió su espíritu y su poder del mismo Revelador, pudo ser atacado por Lutero en el seno de una sociedad fundada sobre este órden y formada por esta doctrina, con mucha mayor razon el órden sobrenatural, enseñado por la razon individual de Lutero y de cada protestante, pudo ser atacado por esta misma razon, y derribado por los Filósofos. Y si el órden sobrenatural pudo ser derribado por los Filósofos, con mucha mayor razon aun el órden político y social, fundado en el órden sobrenatural, pudo ser derribado por los revolucionarios, y puede serlo por los Socialistas. Este desquiciamiento es un derecho relativo, al cual filósofos ni protestantes nada tienen que oponer, y hasta deben ellos mismos abrirle el camino: lo cual no han dejado de hacer, á riesgo de desmentirse del modo mas ridículo é impotente, el dia en que la destruccion ha llegado á alcanzarlos.

En 1789 este derecho relativo de desmoronamiento habia llegado á ser lógico hasta tal punto, que aquellos mismos mas interesados en oponérsele, los grandes, los señores, los soberanos, lo reconocian. El decaimiento de las superioridades políticas y no-

biliarias iba marchando, y se ejercia por las manos mismas de sus posesores y de sus titulares. — Y cuidado con no equivocar aquí el sentido que pretendemos dar á nuestra observacion. No queremos decir que las condiciones de estas superioridades fuesen inmutables, y que no pudiesen ni debiesen ser cambiadas: decimos sí, que sacrificar á la insurreccion, reconocerla, inmolarle desde luego y del todo una sociedad existente; mas que esto, entregarle impudente y cobardemente el honor y la discrecion de una sociedad pasada, no reservarse la gloria y el derecho de los antepasados, y acusándose á sí, acusar á la vez de usurpacion y de iniquidad una sociedad de diez siglos de grandeza y de justicia, restituyendo su noble herencia como un bien mal adquirido; es abjurar toda sociedad, todo órden; es profesar el cáos, es confesar la nada.

Y tal era la situacion que el Protestantismo y el Filosofismo habian creado á la sociedad, que esta confesion era indispensable.

Ella se verificó en la noche, harto célebre por desgracia, del 4 de agosto en aquella orgía legislativa, que fue llamada con razon por Rivarol: *El San Bartolomé de las propiedades.*

CAPÍTULO V.

DE LA SITUACION CREADA Á LA PROPIEDAD POR LA REVOLUCION.

La noche del 4 de agosto fue una verdadera noche de Socialismo, iluminada en lo exterior por los incendios de los castillos, cuyos devastadores se hacian traer los títulos de propiedad para abolir hasta su orígen, mientras que este orígen era sacrificado en el seno de la Constituyente por los mismos titulares con una prisa tal, que parecia querer hacer perdonar á la sociedad su antigua existencia.

Este Socialismo, ejecutado despues en grande por la confiscacion y la venta de los bienes feudales y eclesiásticos, tenia un carácter político; pero en el fondo era el verdadero Socialismo, como supo descubrir muy bien la mirada penetrante de Burke. «Si des-«truís una vez la prescripcion, decia, no hay ya especie alguna de «propiedad que pueda estar segura, desde que llega á ser de al-

«guna consideracion para excitar la avidez de un poder indigente. «Estoy viendo que las confiscaciones han empezado por los obis- «pos, por los cabildos, por los monasterios; mas yo no veo que «se detengan aquí. — Estoy cierto que los principios que predo- «minan en Francia se extienden á todas estas personas, á todas «estas clases de personas, en todos los países del mundo que con- «sideran su indolencia pacífica como su seguridad. Esta especie «de inocencia en los propietarios es muy presto perseguida so «color de inutilidad, y de la inutilidad se pasa á la *incapacidad de «poseer tales bienes.*»

¿Puede darse ojeada mas profética?

Por lo demás, en aquella misma época no faltaron por cierto las advertencias; y algunos rayos de verdad y de sábia prevision vinieron á descubrir y á mostrar cual lejana aparicion el espectro del Socialismo.

«¡Vosotros nos llevais á la ley agraria! exclamaba un dia el «abate Maury. Cada vez, y sabedlo bien, que os remontais al orí- «gen de las propiedades, la nacion entera se remontará á él con «vosotros.»

«¿Sobre qué pendiente vais á ponernos? decia el sábio arzo- «bispo de Aix, Boisgelin; hoy se atacan las donaciones hechas á «la Iglesia: mañana se atacarán las donaciones hechas á las co- «munidades, las donaciones hechas á los colaterales, á los extran- «jeros. ¡Ay de la sociedad, si nos remontamos á los principios! «¿No se ha propuesto ya el derogar los testamentos como una usur- «pacion del porvenir, como actos ilegítimos que transmiten la pro- «piedad de cosechas que no existen, y que el testador ni ha de «sembrar ni ha de recoger? ¿Se limitarán á una primera excep- «cion?... ¿Quién hay que pueda responder de ello?...»

El Socialismo de hoy no descuida el sacar ventaja de estos precedentes, por medio de reflexiones cuya exactitud no es fácil desconocer. — «Sometiendo á la discusion, dice Luis Blanc, la legi- «timidad de los bienes eclesiásticos, la Asamblea, sin pensarlo, «llamaba al pueblo á discutir la inviolabilidad de los bienes láicos; «ella misma abria abismos cuya profundidad no podia descubrir. «El resultado fue, pues, doble y contradictorio en apariencia: mu- «chos propietarios se enriquecieron; pero el derecho de propie- «dad exclusiva quedó hondamente desquiciado [1].»

[1] *Historia de la revolucion francesa*, tomo III, pág. 23.

Aun bajo otro respecto, que no se ha observado lo bastante, la confiscacion de la autoridad eclesiástica dejó descubierta la propiedad láica y privada á los golpes futuros del Socialismo. La explicacion de esto es muy sencilla. Los bienes eclesiásticos eran el patrimonio de los pobres; ellos servian para pagar por la ley de la caridad aquella deuda natural, y sobre todo cristiana, que la pobreza acredita sobre la riqueza. Ellos cubrian el presupuesto del Socialismo cristiano, del verdadero y del perfecto Socialismo, de aquel que asegura á los desgraciados el socorro de su miseria, dejando al rico el mérito de la caridad, al pobre el del reconocimiento, honrándolos y uniéndolos entrambos por el motivo divino de su relacion recíproca. La desaparicion de estos fondos de pobres dejó un vacío horroroso; creó el proletariado, y le dejó frente á frente con la propiedad privada. Ella abrió los caminos al Socialismo, y hasta puede decirse que le proporcionó títulos. Esto es tan cierto, que uno de los hombres mas cuerdos y menos revolucionarios de este tiempo se halló haciendo la proposicion mas formalmente socialista, é inaugurando el mismo Socialismo con solo el hecho de aplicar el derecho mas estricto á la nueva situacion que creaba á los indigentes la confiscacion de los bienes eclesiásticos.

«En tanto que haya en Francia hombres que tienen hambre y «sed, decia Malouet, los bienes de la Iglesia quedan sustituidos «á su favor por la intencion de los testadores, antes de ser rever«sibles al dominio nacional. Así la nacion, aun destruyendo al «clero, y antes de apoderarse de estos bienes para cualquier otro «destino, debe asegurar por hipoteca especial sobre estos bienes «la subsistencia de los pobres [1].»

Así se entreabria el último abismo en que debia venir á parar por último término la sociedad, el abismo del Socialismo, que llamaba lógicamente el de la revolucion, como este habia sido llamado tambien por el del Filosofismo, el cual lo habia sido por el del Protestantismo: *Abyssus abyssum invocat.*

La propiedad aristocrática y eclesiástica cubria con su sacrificio la propiedad de los particulares, ó sea del estado llano; pero

[1] En consecuencia proponia Malouet que declarando los bienes del clero propiedad nacional, se arreglase su empleo conforme á su destino; que una parte se aplicase á los gastos del culto, otra parte á la remuneracion del clero, y una tercera al socorro de los pobres.

por esto mismo la dejaba en descubierto para lo sucesivo, haciéndola aristocrática á su vez con respecto al simple proletario. Aquel grito *¡Fuera privilegios!* dado por la revolucion contra las clases feudales, debia ser mas tarde repetido por el Socialismo contra las clases medias, convertidas en feudales por la desaparicion de las clases superiores y el desborde de las clases inferiores. La propiedad no está mas asegurada en el dia ni tiene mas fundamento del que tenian entonces los privilegios y los bienes que fueron arrebatados á sus posesores. Fácil seria el demostrar esto, y tan fácil que seria peligroso el hacerlo, y que solo lo tocamos ligeramente por este motivo. Como ha dicho muy bien el Dr. Stahl: «¿Es «otra cosa la propiedad que un privilegio de posesion, concedido «á uno mas bien que á otro, sea por nacimiento y herencia, sea «por el trabajo *productor*, sea por felices especulaciones?» *¿Qué habeis hecho para disfrutar de tantos bienes? Os habeis tomado la pena de nacer.* Este rasgo de Fígaro de Beaumarchais, que fue mortal para la riqueza aristocrática, no lo es menos en el dia, si no lo es mas, contra el heredamiento de la riqueza del estado llano y de la rentística, menos noble y menos pura muchas veces en el orígen de su adquisicion.

Y se ha de decir tambien que la situacion creada á la propiedad en el nuevo régimen es en todos conceptos anormal, y la expone gravemente á los ataques de que es el objeto. En la antigua sociedad francesa y en toda sociedad la riqueza no ha sido jamás *el objeto* de la condicion de aquellos que la poseen, sino el *medio*, la manera de ser de una condicion cuyo objeto era superior y altamente social. Dedicábanse unos á la carrera de las armas, de la Iglesia ó de la magistratura; cada cual pagaba de su persona, de su sangre, de su apostolado ó de sus luces el respectivo contingente en las funciones sociales: y la riqueza que venia á unirse á estas funciones ó servicios públicos era únicamente como su dotacion ó su estipendio. La mayor parte de los privilegios eran privilegios de desprendimiento y de sacrificio. La palabra altamente social y francesa Noblesse oblige expresaba perfectamente esta verdad, y no habia familia ilustre que no redimiese á cada generacion su fortuna, consagrando uno ó muchos de sus hijos al servicio público y social de la patria ó de la religion. No hay duda que pudo haber alteracion en las cosas, abusos en los privilegios, que su reforma se habia hecho necesaria; no entro yo á discutir este pun-

to: lo único que pretendo hacer notar es, que estos privilegios que importaban obligaciones de sacrificio, una vez arrancados de raíz, la propiedad ha quedado sola, sin estas obligaciones; y de medio, de accesorio, ha pasado á ser el principal y muchas veces el único objeto de su posesion. Desde entonces, se ha visto y se ve lo que no se vió tal vez nunca en sociedad alguna: la posesion de la propiedad ser un estado, una profesion: la *profesion de propietario;* y familias enteras vivir y renovarse durante muchas generaciones, encerradas exclusivamente en su fortuna, sin tomarse muchas veces ni aun la pena de agenciarla, haciendo por una especie de *absenteismo*, una sociedad en la sociedad que las protege, y no dando á esta cuenta alguna de su existencia, no menos que si fuesen con respecto á ella unos huéspedes extraños, y que en el suelo de la Francia fuesen ingleses, rusos ó alemanes.

Es evidente que en esto hay algo de anormal y de peligroso para la propiedad, la cual no puede defenderse y justificarse por sí misma. Tampoco puede redimirla el impuesto, pues este no pasa de ser una propiedad menor que disminuye ligeramente la cantidad, pero que no cambia la condicion de la fortuna. El dinero no puede rescatar el dinero. Una cosa no puede ser rescatada sino por otra cosa que le sea superior, ó á lo menos enteramente igual, lo cual tiende á la destruccion de la propiedad, ó á su justificacion por el impuesto ó contribucion de la *persona*, ó por servicios sociales, toda vez que solo el hombre puede rescatar la cosa, y no la cosa eximir al hombre.

Ignoro si se ha tenido en cuenta lo suficiente este lado vulnerable de la propiedad en nuestra época, pero esto se conoce instintivamente; y este conocimiento predispone las masas á todos los argumentos que se dirigen contra la propiedad, y constituye un peligro permanente. Una sola cosa puede conjurar ese peligro, y volver á revestir la propiedad de las verdaderas condiciones de su existencia. Tal es el desprendimiento, esto es, el sacrificio de la persona del señor y del rico al alivio de los servidores y de los pobres; y este la sublime funcion de la caridad católica. Así como se decia en otro tiempo: *Nobleza obliga*, menester es que se diga hoy; *Riqueza obliga*. Menester es poder mas que nunca decir del rico que es *caritativo*. Menester es que la caridad, y la caridad de la persona, tanto como la del dinero, sea su profesion, y que la fortuna sea su recurso. Entonces solamente será salvada la

propiedad. Mas como la caridad, y la caridad sobre todo de la persona, única que puede redimir la propiedad, no pueda ser puesta en movimiento sino por la fe, y por la fe católica; es absolutamente verdadero el decir que la fe católica es en el dia el solo refugio de la propiedad [1].

No pretendemos por cierto formular aquí un sistema contra la propiedad. ¡Léjos de nosotros tal idea! Profesamos altamente que la propiedad, aun mal empleada, debe ser respetada por su principio, y que no es responsable á otro que á Dios. Hemos querido exponer solamente el peligro que ella corre, sus causas y su remedio. Queremos solamente sentar como una verdad suprema, que fuera del órden de la fe, garantida por la autoridad de un magisterio del mismo órden, la sociedad carece de fundamentos; que la cuestion social de la pobreza y de la riqueza no puede de otro modo resolverse pacífica y lógicamente, y solo puede ser cortada por la opresion ó por la revuelta, por la esclavitud ó por el Socialismo.

Para hacer resaltar todavía mas esta verdad, nos es indispensable examinar las soluciones del Filosofismo, comparadas con la del Catolicismo sobre esta cuestion palpitante.

Mas de una vez tendrémos que hacer esta comparacion en el decurso de la presente obra, pero vamos á presentar sus principales términos en el siguiente capítulo [2].

[1] Y de hecho lo ha sido y lo es en nuestros dias por las admirables sociedades de caridad de los ricos láicos consagrados á la visita de los pobres y á sus alivios morales y corporales. Las sociedades de *San Vicente de Paul*, sobre todo, propagadas y multiplicadas en todo el mundo con una prodigiosa rapidez y una fecundidad verdaderamente divina, son como los Ángeles custodios de la propiedad.

[2] El asunto, que en este capítulo no hemos podido sino tocar de paso, hubiera exigido una obra especial. Pero esta obra existe. El Sr. Alberto du Boys, en su excelente libro *de los Principios de la Revolucion francesa considerados como principios generadores del Socialismo y del Comunismo*, ha tratado este importante asunto de la manera mas satisfactoria. La erudicion concienzuda esparcida por toda la obra, el sábio y juicioso empleo que de ella hace, le dan como un perfume de antigüedad, junto con un mérito de oportunidad que cautiva el aprecio é interesa la razon. Allí se percibe al jurisconsulto y al publicista inspirados por el hombre de bien y el cristiano.

El Sr. Alberto du Boys es otro de los ilustrados redactores de la *Universidad católica*, sábia y magnífica obra periódica, que cuenta ya diez y siete años de publicacion, y abarca, en sentido católico, todos los diversos ramos de

CAPÍTULO VI.

SOLUCIONES DEL FILOSOFISMO SOBRE LA CUESTION SOCIAL.

Cuando se ha caido en el error, el buen sentido está en no mantenerse lógico en el error mismo. Voltaire tuvo en alto grado este buen sentido, del cual estuvo Rousseau completamente desprovisto, pues fué siguiendo locamente la lógica del error hasta sus últimas consecuencias, hasta los abismos. Por lo cual ¡cosa notable por cierto! aunque su punto de partida sea menos impío que el de Voltaire, y de consiguiente, menos subversivo, viene á parar, en definitiva, á una subversion mucho mayor. Voltaire destruye todos los principios en la aristocracia de la inteligencia, pero no desciende mas abajo, á lo menos directamente. Sus escritos han quedado en las bibliotecas, en donde aun no han metido el fuego, haciendo allí las delicias infames de hombres de *órden*, como él mismo era [1]; y en el dia ha subido ya al estante mas alto, tan

los conocimientos humanos, con cuyos redactores hemos estado siempre en relacion desde que empezó á publicarse la revista de la misma clase: *La Religion.* Permítasenos hacer aquí esta simple indicacion como una corta muestra de agradecimiento. *(Nota del Traductor).*

[1] Véase hasta qué punto lo era: «Yo edifico á todos los habitantes de mis «tierras y á todos mis vecinos, comulgando. Quiere el rey que cumpla cada cual «con sus deberes de cristiano: no solamente cumplo yo con mis deberes, sino «que mando mis domésticos católicos, por lo regular, á la iglesia, y mis domés«ticos protestantes al templo: pago un maestro de escuela para enseñar el ca«tecismo á los niños. Me hago leer públicamente la *Historia de la Iglesia* y los «*Sermones* de Massillon, en mis comidas.» (Al Sr. Conde d' Argental, 23 de mayo de 1768).—Aun mas: «*Al Sr. Cura de Ferney.* Ruego al Sr. Cura que «advierta á los parroquianos, que se han dado quejas en el parlamento de Di«jon de las indecencias y de los excesos que se cometen algunas veces en las «tabernas de Ferney. Las reprensiones del Sr. Cura pondrán fin á estas que«jas, pues él inspirará el respeto por la Religion y por las costumbres. Vol«taire.» Aun mas, para hacerlo mejor, tomaba alguna vez el lugar del señor Cura en la Iglesia, como sucedió el dia en que, inmediatamente despues de haber comulgado, se volvió del lado de los fieles, y dirigiéndose á la santa Mesa, y de aquella boca que acababa de recibir su condenacion, y de añadir el sacri-

polvoroso como olvidado. Rousseau, al contrario: no ha cesado de ser puesto en accion: ha sido llevado en la refriega como el Koran. Ha figurado sobre la mesa del *comité* de salud pública, y hoy dia está en las manos de los Socialistas.

Voltaire, de otra parte, no induce á error, propiamente hablando: pone bandera de mentira y de infamia, y no engaña sino á los que quieren ser engañados, así como no corrompe sino á los que quieren ser corrompidos, esto es, á los que ya lo son. El número de ellos es grande, lo confieso, y mas lo era aun en su tiempo; mas en fin hay contra él la dignidad humana y el sentido moral, los cuales él no hace esfuerzo alguno para dominar, y hasta puede decirse que los subleva. No se vende por hombre de bien ni virtuoso, menos aun por religioso, deista apenas, por descargo del buen sentido: el universo le *embaraza* sin un *relojero*, y bajo este título admite á Dios. Finalmente, él posee la verdad de su impiedad y de su impudencia, la posee hasta el cinismo, hasta la audacia: su talento es proporcionado: claro, limpio, simple, afluente; su estilo deja ver lo inmundo de sus conceptos, al modo que debajo el agua del peñasco se distinguen fácilmente los reptiles impuros. Sobre todo jamás le falta el buen sentido, y por esto mismo es tan temible. Siendo los hechos como él los presenta, sus razones son justas: todo su arte consiste en alterarlos, en desfigurarlos, en mentir, en una palabra. No es *falso*, sino mentiroso; y lo es hasta tal punto, que algunos de sus ataques contra la fe pudieran muy bien tomarse por una ironía contra la incredulidad, tanto es lo que se burla de la verdad, y hasta tal extremo abusa de la credulidad de sus lectores. Tiene, en una palabra, todos los caractéres del espíritu francés: su crímen, su grande crímen, es el haber hecho servir para la mentira calidades de espíritu y una lengua altamente hechas para la verdad.

Rousseau, al contrario (con perdon sea dicho de sus últimos admiradores), es falso. No viola abiertamente la verdad, sino que la tuerce, la falsifica, la sutiliza, bajo las apariencias de la probidad llevada hasta la misantropía. Remeda la sinceridad, la hon-

legio á la blasfemia, predicó á sus vasallos..... EL RESPETO DE LA PROPIEDAD. (*Carta al Sr. Obispo de Annecy*, 15 de abril de 1678).

El Sr. Voltaire era, como se ve, en el mas alto grado *conservador, y hombre de órden*; de aquel órden, que ya se sabe cuál es, y que conduce á donde todos vemos.

radez, la integridad y la cordura; y llega hasta engañarse á sí mismo, para engañar mas fácilmente á sus lectores, hasta á embriagarse de sus sentimientos, de sus sofismas y de su estilo, para hacernos participar de su embriaguez. Gran charlatan de virtud, nunca conoció el sentimiento del deber. Gran charlatan de verdad, no ha ignorado menos las rectas inspiraciones del sentido comun. Usurpa de continuo á la virtud y á la verdad, sin que jamás las indemnice, y con estos robos satisface al vicio y al error. Extravía el espíritu por el sentimiento, y le hace servir despues para extraviar al sentimiento mismo. Menos sacrílego y menos cínico, como ya hemos dicho, que Voltaire, da golpes mas agudos y mas sordos á la verdad, merced al aparato y á las reservas con que los cubre. Hállase en él aquella audacia contenida y regulada, aquel sentimiento de su infalibilidad, aquella nativa disposicion de orgullo, aquella altivez, y al propio tiempo aquella versatilidad doctoral que descubren en él un orígen protestante. Es el Protestantismo, pasando del órden religioso al órden político y social, del cual es el Lutero, que quizás no ha tenido menor influencia en este nuevo órden de aplicacion del Protestantismo, de la que su predecesor tuvo en el antiguo.

De un siglo á esta parte no ha habido falsa direccion del pensamiento y falsa aplicacion de la moral, que no le sea en algun sentido imputable. Así él es quien mas particularmente ha sido el autor de ese deismo vacío é hinchado, de ese culto al *gran Ser*, al *Ser supremo*, que se adapta á todas las inmoralidades, á todas las locuras, á todos los crímenes, y cuyo altar pudo ser levantado por Robespierre hasta con sangre humana. Él es el autor de esa inmoralidad romántica, que so pretexto de levantar el vicio de su fango, le autoriza con el sentimiento, y le emancipa del oprobio y de los remordimientos. Él es quien ha sacado de las escuelas é introducido en nuestras costumbres políticas y en el lenguaje revolucionario esas falsas asimilaciones paganas, esas alusiones declamatorias y funestas, tomadas de los antiguos, de sus costumbres, de sus gobiernos, de su historia, sin tener en cuenta la renovacion efectuada por el Cristianismo en la naturaleza humana, y singularmente del grande hecho de la esclavitud, que da á la palabra *pueblo* un sentido enteramente distinto en los dos estados, y la revelacion de un órden sobrenatural, de una patria celeste, que quita á la palabra *patria* en el órden político el sentido abso-

luto y divino que en otro tiempo tenia. El es quien ha introducido esa grande y quimérica absurdidad, cuyas consecuencias vamos á considerar luego, que el *hombre nació bueno*, que todos los males y todos los errores solo vienen de lo que la sociedad y los Gobiernos han añadido á su naturaleza; que por consiguiente esta naturaleza puede con derecho y sin peligro emanciparse y desencadenarse contra las sociedades y los Gobiernos, y que estos pueden ser reconstruidos otra vez bajo condiciones inversas, es decir, bajo el supuesto que el hombre está sin vicio y sin malignidad. Él es, por fin, el autor de ese método paradoxal, que consiste en tomar siempre las cosas *à priori*, es decir, como ellas serian si no fuesen lo que son, y que, dando á esas suposiciones del pensamiento el valor de realidades, destruye á todas ellas, tira en todas direcciones las líneas inflexibles de una metafísica sistemática, á despecho de la experiencia y del sentido comun, y abandona el mundo á todas las tentativas de la demencia.

Todas esas peligrosas tendencias que han causado las calamidades de nuestra época, tienen mas particularmente en Rousseau su punto de partida; y lo tienen en él mas que en ningun otro, mas que en Voltaire, porque ha sido mas lógico en el error, porque en ese gran vacío, en ese abismo inmenso del *naturalismo* que la pérdida de las nociones de la fe habia producido en el mundo y en el alma humana, el sentimiento mas fuerte en él absorbia la razon, no contenida por cosa alguna; mientras que en Voltaire la razon, mas libre y mas ligera, se mantenia, digámoslo así, mas fácilmente, flotando sobre el vacío, á favor de las inspiraciones del interés y de las dichosas inconsecuencias del sentido comun.

Esto es lo que descuella sobre todo de sus soluciones sobre la cuestion social, soluciones que importa mucho señalar y aproximar, porque expresan perfectamente los dos únicos puntos de vista que el espíritu humano, privado de fe, puede tener sobre esta cuestion formidable, y de la que Voltaire y Rousseau son la representacion mas precisa.

El conservador Voltaire sale airosamente del apuro.

«Es claro, dice, que todos los hombres, en cuanto gozan de las «mismas facultades, inherentes á su naturaleza, son iguales.

«Pero ¿son independientes los unos de los otros, como los ani«males?

«Lo serian si estuvieran sin necesidades, si los bienes de este «mundo bastasen á todos, como los de la naturaleza bastan á to- «dos los animales.

«Pero la miseria inherente á nuestra especie subordina nece- «sariamente un hombre á otro. Habiendo recibido el hombre ese «rayo de la Divinidad que se llama razon, ¿cuál es su fruto? El «ser esclavo en cási toda la tierra.

«Una familia numerosa ha cultivado un buen terreno: una corta «familia vecina tiene un campo ingrato y rebelde: es necesario «que la familia pobre sirva á la familia rica, ó que la degüelle: «aquí no hay réplica. Y si en vez de resignarse á servirla va á ata- «carla, y queda batida, en lugar de ser servidora, será esclava.»

«Es imposible, continúa Voltaire, que en nuestro desdichado «globo los hombres vivan en sociedad, si no están divididos en «dos clases: la una de ricos que mandan, la otra de pobres que «sirven.»

Incontestablemente esto es una verdad: Voltaire tiene razon.

Mas, ¿quién será el rico, y quién será el pobre? Siendo esta condicion de pobre violenta, servil, abyecta, sin temperante, sin consuelo y sin esperanza, nadie querrá ser pobre; el pobre querrá siempre hacerse rico, y le vendrán deseos mas de una vez de decir, como la paisana de Alemania: *¡Ahora me toca ser el amo!* ó cuando menos, dirá: Dadme la parte de que necesito de vuestro sobrante.

Pero Voltaire no lo entiende así. — «Tú vienes á decirnos, res- «ponde al pobre, cuando son hechos ya los lotes: Yo soy hom- «bre como vos, yo tengo dos manos y dos piés, tanto orgullo co- «mo vos, un espíritu tan desordenado, tan inconsecuente, tan «contradictorio como el vuestro. Soy ciudadano como vos; ha- «cedme justicia, dadme mi parte de tierra. — Y se le responde: «Vete á tomártela entre los cafres y los hotentotes; aquí están «hechas ya todas las partes. Si quieres tener entre nosotros co- «mida, vestido, habitacion y lumbre, trabaja para nosotros, como «hacia tu padre; sírvenos, diviértenos, y serás pagado; sino te «verás obligado á pedir limosna.»

Continúa Voltaire diciendo que todos nosotros tenemos una inclinacion violenta á la dominacion, á las riquezas y á los place- res; y que por consiguiente cualquiera querria tener el dinero, las mujeres y las hijas de los otros; que esto es imposible, sin que

se pervierta la sociedad humana; que el genero humano, tal como es, no puede subsistir, á menos que haya una infinidad de hombres útiles que no poseen nada, y que así la igualdad es juntamente la cosa mas natural y la mas quimérica.

El puro buen sentido es el que así habla, el buen sentido bien vestido, bien nutrido, holgándose en el seno de la opulencia y de los placeres. Pero el buen sentido desnudo, famélico, macilento, viene á su vez, y dice: ¿Qué es lo que llamais género humano? ¿á qué llamais sociedad? Si sois vos, poco me importa que sea pervertida: si soy yo, ello lo es realmente; nada voy á perder, y todo á ganar en atacar esa sociedad que me rechaza, que me aplasta como á un gusano, que me niega lo necesario, obligándome á respetar y á aumentar vuestro supérfluo. *Cuidado en no traspasar vuestra medida, porque la rabia me ha subido al corazon, y vuestro servidor y sus ojos respiran sangre* (Proudhon).

Voltaire preveia muy bien esta lógica terrible y las espantosas consecuencias que la siguen, y que no tardaron en estallar sobre la sociedad francesa; mas él se alucina y tranquiliza con este raciocinio: «No todos los pobres son desgraciados: la mayor parte nacieron tales, pero el trabajo continuo les impide el sentir demasiado su situacion; mas cuando la sienten, entonces se ven guerras como la de los paisanos en Alemania, en Inglaterra y en Francia. Todas estas guerras acaban tarde ó temprano, por la servidumbre del pueblo, porque los poderosos tienen dinero, y el dinero es el rey del mundo.» (*Diccion. filos.* Art. Egalité).

Sí, ¿pero despues de qué calamidades y de qué castigos para el rico que así habla? Sí, mas ¿por cuánto tiempo? Sí, cuando el poder de la fe y de la caridad vienen para prestar ayuda al poder del dinero y purificarle; cuando los pueblos no están extraviados por los sofistas; cuando la industria no ha venido á convertirlos en hordas hacinadas y errantes sobre el suelo, en contacto con los goces de la riqueza; cuando esta se hace respetable por los sentimientos de aquellos que la poseen, y por los grandes servicios públicos por los cuales la redimen; en fin, cuando la sociedad está aun en su fuerza, que no ha perdido el último resto de autoridad con el último rastro de fe, y que este mal social, accidental en otro tiempo, no ha pasado á ser crónico é incesante, porque está alimentado por el estado moral de la sociedad ente-

ra, no teniendo otra cosa que los raciocinios de Voltaire para defenderse contra los de Rousseau.

Escuchemos ahora á este:

«Cuando los pobres *han consentido* que hubiese ricos, los ricos «*han prometido* alimentar á cuantos no tuviesen de que vivir, ni «por sus bienes ni por su trabajo.» *(Emilio*, lib. II).

«El primero que habiendo puesto cerco á un terreno *se le ocur-*«*rió decir:* Esto es mio, y halló gentes bastante simples para creer-«le, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¿Qué de crí-«menes, qué de guerras y de muertes, y de miserias y de hor-«rores, no hubiera evitado al género humano el que, arrancando «las estacas ó llenando el foso hubiese exclamado á sus semejan-«tes: ¡Guardaos de escuchar á este impostor! Estais perdidos si «olvidais que los frutos son de todos, y que la tierra no es de nin-«guno.» *(Discurso sobre el orígen y los fundamentos de la desigualdad)*.

El *Socialismo* está todo entero en el primero de estos pasajes, y el *Comunismo* en el segundo.

Todos los escritos políticos de Rousseau giran en torno de estas dos monstruosidades, que son la negacion de toda sociedad, y las teas de la discordia social. Su gran punto de partida está en este sofisma implícito ó explícito, que la sociedad nació de un *contrato;* que hubo un tiempo en que los ricos y los pobres *convinieron* que estos sufririan á aquellos, *bajo la condicion* de que les alimentasen; que hubo un tiempo en que la sociedad empezó de repente por el hecho de uno á quien primero *ocurrió* cercar un terreno, y decir: *Esto es mio*. Y despues ¿es concebible como los ricos pudieron estar *civilmente* obligados á mantener á los pobres, quedando ricos, y sin aumentar desmedidamente el número de los pobres, que se sentirian estimulados al trabajo por la necesidad? ¿Es hasta concebible como los frutos pudieran convenientemente repartirse, ni aun llegar á venir si la tierra no era de nadie?

Nada mas absurdo indudablemente que estos conceptos de Rousseau; pero de otro lado, nada mas odioso que estos raciocinios de Voltaire.

¿Qué puede darse tan odioso y repugnante como oir al rico del fondo de su inícua opulencia, de sus goces criminales, y de sus insolentes placeres, decir al pobre, falto cási siempre de lo necesario, privado de toda esperanza, no teniendo mas perspectiva de felicidad que esos mismos bienes de que está desprovisto, y en

que el rico rebosa: Sírveme, diviértome de buen grado, si quieres vivir? Tente aun por muy feliz, pues podria yo hacerte esclavo, ó no necesitando de tí, enviarte á los cafres ú hotentotes á buscar tu parte de existencia. Si te resistes, ó te atreves á levantar la cabeza, yo te aplasto, porque los poderosos tienen dinero, y el dinero es el rey del mundo.

Entre estas dos soluciones se halla, pues, colocada la sociedad, y estas dos doctrinas se hallan mas ó menos frente á frente en el seno de una sociedad desprovista de fe. En el fondo, la propiedad no se defiende ya en el dia sino por lo odioso de Voltaire contra lo absurdo de Rousseau; y una y otra doctrina se autorizan recíprocamente, para tener á la sociedad en un estado siempre creciente de guerra y de destruccion, y empujarla hasta el abismo, si ella no regresa á la fe;

La fe, que viene á decirle á su vez: Por mas que hagais, habrá siempre pobres entre vosotros, y habrá tambien siempre ricos. La desigualdad de las condiciones resulta de la sociedad misma, que no puede existir sin esta mútua dependencia de los hombres entre sí, que igualmente les aprovecha; porque los ricos son útiles á los pobres, los pobres son útiles á los ricos, y la sociedad es necesaria á todos. Por confusion que aparezca en esta sociedad, hay un órden anterior y ulterior que viene á darle un sentido. Todos vosotros venís de un padre culpable, todos vais á un Padre justo y omnipotente. Responsables de un pasado funesto, capaces de hallar justicia en un porvenir remunerador, el desórden del estado pasajero que se halla entre estos dos términos se rectifica en ellos mismos, y viene á ser un órden admirable, pues constituye la expiacion y la prueba: la expiacion, que es el órden del crímen, la prueba, que es el órden de la virtud; la expiacion, que repara, la prueba, que prepara; las dos, que forman la armonía del mundo moral. Esta armonía, este órden, cuya existencia os garantiza vuestra conciencia misma, y que demuestra vuestro propio anhelo en buscarla, en acusaros unos á otros de su violacion, en acusar de ella á la sociedad, en acusar á su Autor; este órden, que supone el desórden mismo, en vano le buscaríais en la única posesion de los bienes de este mundo, y en la estricta economía de su reparticion; solo lograríais aumentar el desórden en vos y en cuanto os rodea, proponiéndolos por término exclusivo de los deseos y de la satisfaccion del corazon del hom-

bre, porque este corazon, mas grande que todos aquellos bienes, vendrá siempre á romper su equilibrio, é introducir el desórden en su posesion. Mas buscad ese órden mas allá con los ojos de la fe, y vais á verle aparecer perfecto é infinito como vuestros deseos; y como garantía de su certitud, vais á verle tambien aquí en la tierra. ¡Bienaventurados los pobres resignados, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los ricos misericordiosos, porque encontrarán misericordia! Ved ahí el órden en el porvenir. Mas vedle tambien de pronto y por esto mismo en lo presente: la riqueza respetada por la resignacion del pobre, en vista del reino de los cielos; la pobreza socorrida por la caridad del rico, en vista de este mismo reino. Dando así el mismo precio, y un precio infinito, á la resignacion y á la caridad, la fe cristiana hace de un solo golpe, y lo uno por lo otro, la felicidad de la tierra y del cielo, pues procura á la vez el alivio temporal de los pobres, sin perjudicar su dicha eterna, la salud eterna de los ricos, sin menoscabar su dicha temporal, y el bienestar de la humanidad por medio de estas mismas riquezas, que son las grandes fuentes de su corrupcion.

¡Y bajo qué forma tan encantadora ofrece el cielo á la tierra estas grandes verdades! Ved al pobre Lázaro en el seno de la gloria; escuchad los lúgubres gemidos del mal rico que se dirigen á él, del fondo del abismo, para pedirle una gota de aquella agua que le habia negado en vida, y de la que, sin embargo, está sediento por toda la eternidad: «Hijo mio, le responde el Padre de «los creyentes, acuérdate que durante la vida tú habias recibido «los bienes, y Lázaro los males; á él toca, pues, ahora el ser con«solado, y á tí el sufrir.» Pero otra voz mas soberana se deja oir á los ricos misericordiosos, introduciéndolos entre los Lázaros resignados: «Venid, dice, benditos de mi Padre, á poseer el rei«no que os ha sido preparado desde el orígen del mundo; porque «yo tuve hambre, y me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis «de beber; era extranjero, y me dísteis acogida; estaba desnu«do, y me vestísteis; enfermo, y me visitásteis; preso, y venísteis «á consolarme. Pues cuantas veces habeis practicado estas cosas «al mas pequeño de vuestros hermanos, os digo en verdad que «otras tantas lo habeis hecho conmigo.»

¿De quién es esa voz? Es la voz del Rico por esencia, y del Pobre por amor; la voz de Dios hecho pobre para enseñarnos el precio

de la pobreza, mientras él ofrecia el de su opulencia; es la voz de Aquel que, nacido en un establo y muerto en una cruz, hizo que se abrazaran y se penetraran mútuamente la pobreza y la riqueza, abrazándolas y penetrándolas él mismo con su amor, transfigurándolas en su sufrimiento y en su misericordia, y coronándolas la una por la otra con su felicidad inmortal; es la voz de Aquel que, despues de haber regenerado los pueblos modernos con esta sublime doctrina, los ha educado sobre las rodillas de su Iglesia, y los llama ahora á su regazo, como el águila alarmada llama á sus pequeñuelos en la proximidad de la tormenta.

Por descarriados, por dispersos que nos hallemos entre las nieblas y en la noche de nuestros sistemas, esta voz nos debe reunir y hacer volver á la unidad de la fe, si no queremos ir á perdernos para siempre en los últimos abismos de la barbarie.

CAPÍTULO VII.

DEL NATURALISMO: RELACION QUE ESTE ESTABLECE ENTRE EL PROTESTANTISMO Y EL SOCIALISMO.

La odiosa doctrina de opresion de Voltaire, y la doctrina insensata de revuelta de Rousseau sobre la gran cuestion de la desigualdad de las condiciones sociales (y en Voltaire y Rousseau entendemos manifestar todos los filósofos del siglo décimoctavo, el propio Filosofismo, cuya doble escuela representan), estaban impelidas por la necesidad de encontrar una solucion á este formidable problema de la pobreza y de la riqueza, desde el momento en que se desechaba la solucion que del mismo nos da la fe cristiana. Y esta solucion se hacia mas urgente, y lo va siendo mas y mas, á medida que esta solucion de la fe ha sido mas repudiada.

La razon es clara, y su significacion digna de observarse.

Ningun problema existe sino por falta de una solucion. En tanto que la fe habia tejido las relaciones de las condiciones sociales, este problema no se habia suscitado; y desde el momento en que cesó de regirlas, apareció, y se ha ido engrosando á medida que

la fe ha perdido su imperio: prueba evidente de que ella sola es su verdadera solucion. Y como no es natural que la sociedad sea cuestionable, y como la sociedad debe ser una incontrastable verdad, concluyo de aquí, que no quedando probada la verdad de la sociedad sino por la verdad de la fe, viene á ser su prueba á su vez, y que las dos se prestan un recíproco testimonio: el testimonio recíproco del problema y de su solucion.

Este argumento se ha fortificado de tal manera por la experiencia que de él se ha hecho de cien años á esta parte, que en el punto en que nos hallamos, las dos verdades de la fe y de la sociedad se confunden, por decirlo así, como su negacion, y para todo hombre imparcial y lógico, quien dice Socialismo, dice incredulidad, y el que quiere decir sociedad, está obligado á decir fe, y fe católica.

En lo mas fuerte de la repudiacion de esta fe, el problema de la sociedad tomó tal importancia, que la investigacion de esta solucion produjo una ciencia especial, de la que no se habia oido hablar aun, y que absorbió desde luego todas las demás, hasta llegar á ser la ciencia general, la ciencia única, la CIENCIA, como entonces se la llamaba, y al que la enseñaba, el MAESTRO. ¡Qué homenaje dado á la verdad de la fe católica el de esta importancia atribuida á lo que se habia llamado para reemplazarla! ¡Tan inmenso era el vacío hecho por su ausencia!

Esta ciencia es la *economía política*.

Desde entonces todos los talentos han venido á prestarle el apoyo de sus trabajos, y apurar todos sus esfuerzos para encontrar la palabra del enigma, sin poder lograr otra cosa que excitar y acrecer la voracidad del esfinge que amenaza en el dia tragar la sociedad.

Rousseau fue uno de los primeros que se lanzaron á la palestra, y él es el autor del artículo consagrado á la *economía política* en la *Enciclopedia universal*.

Es muy notable hasta qué punto, entre todos los elementos que esta ciencia pone en juego en sus complicados laboratorios, y cuyo empleo ha introducido en nuestro lenguaje una multitud de locuciones áridas que lo desfiguran, el elemento sobrenatural y hasta espiritual ha sido excluido.

Esta exclusion, que es la de la solucion misma, ha venido á ser una de las condiciones del problema; y de ahí puede juzgar-

se de la buena fortuna de nuestros Edipos. Dados la tierra sola y los bienes solos de este mundo para hacer la riqueza y la prosperidad de las naciones, no tomando al hombre sino del trecho de la cuna al sepulcro, sin admitir nada ni mas acá ni mas allá, y aun no tomándolo sino en su cuerpo y en sus facultades físicas, hallar la ley del equilibrio entre sus satisfacciones y sus necesidades, tal es la piedra filosofal de esta nueva alquimia.

Rousseau no habia ido por dos caminos para encontrarla: *El hombre salvaje*, dice, *cuando ha comido, está en paz con toda la naturaleza, y es el amigo de todos sus semejantes.* (Notas del Discurso sobre la desigualdad de las condiciones). —En *cuanto al hombre que piensa, es un animal depravado.* (Discurso contra las artes y las ciencias).

Esta solucion no era un arranque aislado; pues nadie ignora por cuál encadenamiento se la propone por blanco el filósofo ginebrino en sus dos discursos, y además la encontramos modificada en los escritos de otros economistas, apóstoles de la materia. — «Yo no sé, dice Mercier, si me engaño en mis deseos; pero «pienso que la química podrá sacar algun dia de todos los cuer«pos un principio nutritivo, y que será entonces tan fácil al hom«bre el proveer á su subsistencia, como beber el agua de los rios. «¿Qué vendrán á ser entonces todos estos combates del orgullo, «de la ambicion, de la avaricia, todas estas crueles institucio«nes de los grandes imperios? Un alimento fácil, abundante, á «disposicion del hombre, será *la prenda* de su tranquilidad y de «*sus virtudes.*» (Cuadro de Paris).

Condorcet pasó mas allá, pues anunciaba la desaparicion de todas las enfermedades, y la prolongacion indefinida de la existencia: «Sin duda, dice, el hombre no llegará jamás á ser inmor«tal; pero la distancia entre el nacimiento y la muerte puede ir «creciendo sin cesar.» —La moralidad debia crecer á la misma proporcion: «El grado de virtud á que un dia puede llegar es «para nosotros tan inconcebible, como el punto á que puede ser «sublimada la fuerza del genio, etc.» *(Cuadro de los progresos del espíritu humano).*

Sustituyendo la palabra *crímen* á la palabra *virtud*, esta frase iba á recibir una aplicacion inmediata. Trazada fue á la víspera de los horrores del 93 por aquel que debia borrarla con lágrimas de sangre. Jamás el hombre está mas cerca del bruto, que cuando, por sí mismo, quiere hacerse semejante á Dios.

El Naturalismo debia necesariamente conducir á todas estas locuras. Siendo el hombre, hágase lo que se quiera, espiritual é inmortal por la parte mas íntima, mas personal y mas elevada de su ser, si le cerrais la expansion de sus facultades en el órden sobrenatural, preciso es el abrírsela en el órden natural: lo cual es simplemente imposible, y prueba hasta el mas alto grado la necesidad de volver al órden sobrenatural. Y ¿puede darse prueba mas fuerte de esta necesidad que el delirio de todos cuantos, por haber querido sustraerse á ella, han sido condenados á negar las leyes mas imprescriptibles del mismo órden natural, y á ir á estrellar contra ellas su razon, el hombre, y la sociedad?

Partid del solo órden natural, y llegaréis por una fatalidad á la subversion de este mismo órden. Participando el hombre á la vez del órden natural y del órden sobrenatural, el suprimir este es obligarle á que lo busque, á que lo realice á toda costa en aquel; como si dijéramos, á hacer lo infinito con lo finito, lo absoluto con lo contingente, lo perfecto con lo imperfecto, el cielo, en una palabra, con la tierra: medio infalible de hacer de esta la imágen del infierno. ¡Qué de locuras, cuántas calamidades han salido de esta absurda tentativa, imprescindible sin embargo para cualquiera que no admita el órden de la fe!

El Socialismo y el Comunismo son de ello la consecuencia menos irracional; y es la primera que se presenta, pues consiste en tomar los bienes de este mundo tales como son, asegurando su igual y comun goce á todos. Siendo igual en todos los hombres la vocacion á la felicidad; si el fin de esta vocacion no pasa de este mundo, es rigurosamente lógico que los medios sean iguales y comunes como el fin. En vano diréis que esto es imposible y monstruoso: se os responderá que aun hay otra cosa mas imposible y mas monstruosa, y es que la vocacion de todo hombre á la felicidad sea una quimera; que sea una realidad para unos, y una quimera para otros, y que, por fin, siendo realidad para todos, los unos tengan los medios para alcanzarla superabundantemente, y los otros se hallen del todo desprovistos de estos medios, con tanto ó mas mérito que los primeros.

Ó se ha de negar toda idea de órden y de justicia, ó se ha de admitir esto.

¿Diréis que este es el desquiciamiento de la sociedad, y con ella de todo órden, de toda justicia? — Se os responderá que una

tal sociedad es por ella misma un monstruoso desórden organizado, y una injusticia que clama venganza, y que ha pasado como justicia, y por esto mismo es mas desórden y mas injusticia; pues no solamente lo es en el hecho, sino hasta en la nocion de ella, y en la perversion de toda idea de órden y de justicia; y de consiguiente, que nada puede haber peor que un tal estado.

Imposible es el responder al Socialismo y al Comunismo en el terreno del Naturalismo. El Naturalismo establece entre el hombre y la sociedad una verdadera antinomia ó contrariedad que tiende al desórden en todos sentidos; y como el bello ideal de órden siempre prevalece, se interpreta naturalmente contra el desórden existente, porque, entre todos los otros desórdenes, tiene contra sí su existencia misma [1].

En el siglo décimoctavo el Socialismo recibió, como ya vimos, una primera aplicacion en la abolicion de la propiedad feudal y eclesiástica. No negaré las consideraciones políticas que influyeron en aquella abolicion; pero tampoco podrá negarse que aun

[1] Seria muy equivocada la idea que se formase de nuestro pensamiento, si en la expresion que le damos aquí, y en la que le dímos ya ó le darémos en el decurso de la obra, solo se viera una negacion ó una pretericion absoluta del órden social. No; nosotros reconocemos y profesamos la existencia de un órden natural social, fundado en leyes de justicia, de órden, de decoro, de honor, de humanidad en su comun acepcion, y aun fuera del Cristianismo; un *De officiis* natural, que es como el código y la conciencia de la razon universal, y segun el cual los hombres se conservan en sociedad por un cambio de derechos y de deberes recíprocos. Pero, dejando aparte que en ninguna sociedad este órden natural ha sido del todo independiente de un órden sobrenatural cualquiera en el cual hallaba su principio y su sancion; dejando aparte que este código de deberes ha sido mas ó menos completo, mas ó menos rico, segun que las nociones de este órden sobrenatural han sido mas ó menos puras y elevadas; el Cristianismo ha influido tan profundamente en la naturaleza de las sociedades que ha formado, les ha inspirado un sentimiento tan vivo de justicia y de caridad, una pretension tan elevada de dignidad y de ventura; ha sublimado tanto la cúpula de este edificio de la naturaleza humana, y nos ha dado con su divino ideal de órden, de civilizacion y de perfeccion, una tal necesidad, una tal exigencia de su realizacion, que no podemos vivir en un grado inferior, y menos aun contrario á estas sublimes nociones, como lo hubiéramos podido si no las hubiésemos tenido nunca. No puede derribarse la cúpula sin arrastrar en su caida las paredes y hasta los fundamentos. No nos es posible degenerar: estamos condenados á la grandeza ó á la ruina; en una palabra, no podemos dejar de ser cristianos, sin dejar de ser hombres.

en estas consideraciones políticas se hallaba un principio de Socialismo, de tal manera, que los mismos son los argumentos que dirige hoy dia el Socialismo sin rebozo contra la aristocracia y la propiedad actual.

El Socialismo y el Comunismo se encubrieron entonces bajo el manto de la política, y se satisfacieron á costa de la grande propiedad de aquella época. Con todo, nosotros los vemos profesados abiertamente desde el año 1775 en el *Código de la naturaleza*, de Morelly, cuyos principales artículos son estos:

«Mantener la unidad indivisible del fondo y del domicilio co-«mun;

«Establecer el uso comun de instrumentos de trabajo y de las «producciones;

«Hacer la educacion igualmente accesible á todos;

«Distribuir los trabajos segun las fuerzas, los productos segun «las necesidades;

«Conservar al rededor de la ciudad un terreno suficiente para «alimentar las familias que la habitan;

«Reunir mil personas á lo menos, para que trabajando cada cual «segun sus fuerzas y sus facultades, consumiendo segun sus ne-«cesidades y sus gustos, se establezca sobre un número suficien-«te de indivíduos una medida de consumo que no traspase los «recursos comunes, y un resultante de trabajo que las haga siem-«pre abundantes;

«No conceder otro privilegio al talento que el de dirigir los tra-«bajos en el interés comun, y no tener en cuenta en la reparti-«cion la capacidad, sino únicamente las necesidades que preexis-«ten á toda capacidad, y le sobreviven, etc., etc.»

Como se ve aquí, el Comunismo de 1775 nada tiene que envidiar al de 1848: es el mismo concepto, la misma fórmula.

Y no se considere á Morelly como una inteligencia aislada y sin afinidad con las ideas de su tiempo: era, al contrario, la menos insensata expresion de este *Naturalismo* que inspiraba entonces todos los sistemas económicos, y que volvemos á encontrar igualmente en la *Fisiocracia*, ó *Gobierno de la* NATURALEZA, de Quesnay; en el *Órden* NATURAL *de las sociedades políticas*, de Mercier de la Rivière; en el sistema de la *Paz perpétua*, del abate de Saint-Pierre; en el *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, de Condorcet, y en una multitud de otras producciones en las cuales sus

autores se proponian igualmente resolver el problema social fuera del órden sobrenatural.

Morelly tenia mas particularmente á Rousseau por maestro, y á Mably por discípulo. «Estableced, decia este, la comunidad de «bienes, y nada será despues mas fácil que establecer la igual- «dad de las condiciones, y afirmar sobre este doble fundamento «la felicidad de los hombres.» (*Obras completas*, t. XI, pág. 18). «La primera idea de las propiedades raíces se debe á la pereza de «algunos zánganos, que querian vivir á costa de los otros, sin «darse pena, y á quienes no se habia tenido *habilidad para hacer* «*que amasen el trabajo*.» (*Ibid.* pág. 32. Véase tambien por entero el cap. II del *Tratado de legislacion* ó *principio de las leyes*, tom. IX).

El Socialismo pues, como se ve, no carece de progenitores; y de estos hay algunos que no dejan de tener importancia. Estos tuvieron por continuadores inmediatos á Condorcet, al abate Fauchet, Bonneville, Brissot, Goupil de Préfeln, y otros que formaron despues el *Círculo social*. Profesaban el dogma de la igualdad de derechos en la desigualdad de las necesidades, y de la obligacion de la sociedad de satisfacerlas; y preciso es confesar que en las condiciones del problema eran menos absurdas que sus concurrentes [1].

El abate Sièyes vino á prestarles un dia el socorro terrible de su lógica. — «*La naturaleza* (¡siempre la naturaleza!), dice, da al «hombre *necesidades* y *medios* para proveer á ellas. Dos hombres, «siendo *igualmente hombres*, tienen en un *grado igual* todos los de- «rechos que derivan de la naturaleza humana. Existen, es ver- «dad, grandes *desigualdades de medios* entre los hombres; la na- «turaleza produce fuertes y débiles; depara á los unos la inteli- «gencia que niega á los otros: síguese de aquí que habrá entre «los dos desigualdad de trabajo, desigualdad de producto, des- «igualdad de consumo y de goce; pero no se sigue que pueda ha- «ber desigualdad de *derechos*. La ASOCIACION es uno de los medios «indicados por la *naturaleza para llegar á la felicidad*.»

Llegar á toda costa acá en la tierra á esta felicidad, á la cual

[1] Un cierto Boissel, en un librito titulado *Catecismo social*, que dedicó á la Asamblea constituyente, llegó hasta el Comunismo, y no fue desaprobado. Presentaba la actual reparticion de las tierras y la apropiacion de las mujeres, y por consiguiente la propiedad y la familia, como la principal fuente de los males que desolan el género humano.

nos destina la naturaleza, tal era en efecto el problema que debia salir de la negacion del órden sobrenatural; y la solucion de este problema no podia ser sino la asociacion ó el Socialismo.

El abate Fauchet, que terminó por una muerte cristiana una vida llena de descarríos, y que era el orador *evangélico* de la Revolucion, expresó un dia, en uno de aquellos discursos exaltados con que profanaba los púlpitos católicos, una consecuencia lógica del Naturalismo. Despues de haber despojado de su sentido sobrenatural á aquellas palabras del Salvador: *Mi Reino no es de este mundo*, pretendiendo que Jesucristo solo quiso designar con esto la sociedad pagana que venia á destruir; despues de haber desarrollado la idea de que los hombres se deben los unos á los otros el trabajar activamente para la realizacion de esta dicha terrestre para la cual Dios les ha dado un deseo inagotable: «Hermanos, exclamó, ¡juremos en el primer templo del imperio, bajo «este vasto dosel de estandartes consagrados á la religion por la «libertad, JUREMOS QUE SERÉMOS FELICES!» *(Tercer discurso de Claudio Fauchet sobre la libertad francesa).*

Este grito es el grito del Socialismo, autorizado por el Naturalismo, al cual nada hay que responder. En este sentido, toda sociedad no creyente es socialista.

Y lo es tanto mas en cuanto ha sido cristiana, porque su aptitud natural á la felicidad se ha engrandecido por la ambicion de una felicidad infinita, que la fe ha encendido en su alma, y que al retirarse de ella le ha dejado fuera de proporcion con la felicidad que puede dar este mundo.

Si aun la impresion de esta fe estuviera completamente borrada en las almas, volviendo estas á ser paganas, y como muertas en la materia, pudieran encontrar una especie de reposo social en la esclavitud en todos los grados. Pero desgraciadamente, ó felizmente, no es dado á una nacion, á una sociedad que ha nacido cristiana, el caer en este estado: ella está condenada á morir, si no quiere vivir de su vida propia; y esta necesidad, que hace su supremo peligro, constituye tambien su recurso supremo. La mitad del Evangelio ha quedado en las manos de la sociedad; la que llama el hombre á la felicidad. Nosotros hemos guardado el título á esta, habiendo perdido el objeto; y nos será preciso una de dos, ó venir otra vez á la otra mitad del Evangelio que nos asegura esta felicidad, y única que puede acomodarse con la

mitad que hemos guardado, ó ver como esta se convierte en nuestras manos en instrumento de nuestra propia destruccion.

Y por esta razon tambien las sectas socialistas han sido en todo tiempo tan peligrosas. Ellas agitan delante de las almas inquietas de los pueblos la santa túnica de Cristo, como Marco Antonio en otro tiempo agitaba la túnica ensangrentada del César delante de sus legiones, recordándoles sus proyectos de beneficencia; y con la incredulidad al Cristo en el corazon, hacen ellas de su adorable nombre, y de la palabra santa de su Evangelio, los sacrílegos reclamos de su siniestra ambicion.

El autor inmediato de este desórden es el Protestantismo. Rompiendo el lazo de las grandes creencias del género humano, tan vivientes, tan completas, tan bien encadenadas, tan firmemente conservadas en el seno de la autoridad católica, en donde no forman mas que un solo cuerpo, cuyos miembros se corresponden, se equilibran y se motivan, él disolviéndolas, las ha desnaturalizado y falseado; y entregándolas despues una por una al libre exámen, cuya propiedad es el absorber lo sobrenatural, las ha reducido á no ser otra cosa que un Cristianismo hueco y nominal, con el cual se disfraza la negacion de estas mismas verdades, y del que se hace un título de agresion contra una sociedad materialista.

La marcha de una de estas negaciones, que supone todas las demás, y su inmensa extension, deben ocuparnos mas particularmente; pues en ella vamos á tomar y seguir desde su principio hasta su término uno de los lazos que unen al Protestantismo con el Socialismo, por medio del Naturalismo.

En la rápida exposicion que poco hace hemos hecho de la economía social del Cristianismo, hemos dicho que *nosotros veníamos todos de un padre culpable;* y con esto tal vez hemos lastimado á ciertos espíritus incrédulos. Ved no obstante la consecuencia de esta verdad, que es curioso seguir y observar.

Este dogma descansa no solamente sobre la autoridad de la revelacion y de la Iglesia, sino sobre la de todo el género humano. Así lo hemos demostrado en nuestros *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, y vamos ahora mismo á deducir de ello una afirmacion inesperada. Este es un dogma que puede llamarse histórico y social. El maleficio hereditario ha sido donde quiera y en todo tiempo plenamente comprobado, y atribuido su orígen á algun

grande crimen cometido en una vida superior á la presente, *ob aliqua scelera suscepta in vita superiore*, como repite Ciceron, despues de toda la filosofía antigua, de acuerdo en esta parte con todas las tradiciones y todos los ritos expiatorios del universo.

Este dogma es el punto de partida del Cristianismo, cuyo término es la redencion. La caida en Adan, y la reparacion en Jesucristo, son, por decirlo así, los dos polos de la esfera espiritual, que se corresponden por las mas justas, las mas fecundas y las mas sublimes relaciones. Son como los dos movimientos que miden y determinan el tan delicado juego, la tan importante relacion de la libertad y de la gracia, con una precision admirable que solo Dios pudo obrar, que la infalible autoridad de su Iglesia puede sola explicar y conservar, y que todas las herejías se han apresurado á falsear y á destruir enteramente. Estos dos dogmas se hallan de tal modo en la verdad de las cosas, en las necesidades de nuestra naturaleza; son de tal manera necesarias la una á la otra, y al conjunto, que no puede tocarse á ellos, ni disminuirlos, ni exagerarlos, sin romper el equilibrio y el peso de toda la doctrina religiosa, de toda la filosofía humana, y, como verémos luego, de toda la sociedad.

El Protestantismo, pues, desprendiéndose de la unidad, quitó el dogma de la caida con todos los dogmas á la autoridad de la Iglesia, sobre la cual descansaba toda la esfera cristiana. Pero harto débil para sostener lo sobrenatural, presto se vió á la razon humana vacilar bajo el peso de este dogma, y hacerle vacilar con ella. Lutero la hizo inclinar hácia un rigor desmedido: segun él, el pecado original no solamente operaba en nosotros la inclinacion al mal, sino que llegaba hasta á suprimir enteramente el libre arbitrio; y nosotros no éramos salvados ni condenados sino por una inmutable, eterna é inevitable voluntad de Dios. Zuinglio la hizo tender hácia una atenuacion no menos excesiva: segun él, el pecado original no era un pecado, sino una simple inclinacion al pecado: no constituia por sí mismo un estado de desgracia, y no éramos reprobados sino por los pecados que de aquel se seguian. Bajo la misma proporcion vacilaba el dogma de la Redencion: la extension de su eficacia era exagerada ó debilitada, y propendia adentro ó afuera, segun que, ó la sola voluntad de Dios nos salvaba ó reprobaba, segun Lutero, ó por la virtud aun suficiente de nuestra naturaleza no teníamos necesidad

radical de su socorro, segun Zuinglio. Habiendo, pues, cesado de gravitar estos dos dogmas en la proporcion fijada por la revelacion, y conservada por la autoridad de la Iglesia, iban oscilando hácia su caida. Viniendo Calvino á añadir sobre la exageracion de Lutero, y Socino sobre la atenuacion de Zuinglio, el dogma del pecado original fue por fin derribado del todo, y fué á estrellarse con todos los dogmas contra los límites naturales de la razon.

En tal situacion, viene el Filosofismo, y encuentra el terreno de la Fe sembrado de todos los dogmas que constituian su maravilloso edificio, y que esparcidos no presentaban mas que restos inconciliables. Hasta las verdades tradicionales del género humano participaron de la suerte de estos dogmas, en los cuales habian venido á incorporarse y rectificarse. El campo queda libre; y la libertad del pensamiento no debia ser menos atrevida de lo que habia sido la libertad de exámen. Todos los sistemas pueden manifestarse sin rebozo, y ved ahí á Rousseau que, oponiéndose al género humano, á la religion y á la naturaleza, viene á sentar como axioma que EL HOMBRE NACE BUENO.

Y ¿cuál es la primera consecuencia que hay que deducir de aquí? Dejemos que el mismo Rousseau la deduzca. «Los hom-«bres son malos, y nos dispensa de probarlo una triste y conti-«nua experiencia; sin embargo, el hombre es naturalmente bue-«no, y creo haberlo demostrado. ¿Qué puede, pues, haberlo de-«pravado hasta tal punto, sino los cambios sobrevenidos en la «sociedad?»

¿Y no veis vosotros ahora otra consecuencia? «¡Pues qué! ¿se «han de destruir las sociedades, aniquilar el mio y el tuyo, aña-«de Rousseau?»

«*Sí*, responde con audacia una voz reciente [1]. Sí, repiten tras «él mil otras voces, todo se ha de cambiar, todo se ha derribar. «Injustamente se acusa á la naturaleza humana de todos nuestros «males, cuando debe acusarse el vicio de las instituciones socia-«les. Mirad á vuestro alrededor: ¡cuántas aptitudes fuera de su «lugar, y de consiguiente depravadas! ¡cuántas actividades he-

[1] Luis Blanc. —En cuanto á Rousseau, el modo de salirse de la dificultad que él mismo ha promovido, es por medio de un apóstrofe de dos páginas, que empieza así: «Ó vosotros á quienes la voz del cielo no se ha dejado oir «aun, etc.,» y que es un verdadero efugio.

«chas turbulentas por no haber hallado su fin legítimo y natural! «Fuérzase á nuestras pasiones á atravesar un medio impuro, en «el cual se alteran, ¿qué hay en esto de extrañar? Póngase un hom«bre sano en una atmósfera apestada, y allí respirará la muer«te... La civilizacion ha torcido su sendero;... y decir que no po«dria ser de otro modo, es perder el derecho de hablar de equi«dad, de moral, de progreso; es perder el derecho de hablar de «Dios. La Providencia desaparece para ceder su lugar al mas «grosero fatalismo.» *(Organizacion del trabajo)*.

Pero sobreviene un lógico mas terrible y mas decidido [1]. — «¿Qué «hablais de Dios y de Providencia? dice; todo lo que tiene una «pluma se ha conjurado para embrutecer al pueblo; y el primer «artículo de la nueva fe es, que Dios, infinitamente bueno, ha «criado al hombre bueno como él, lo cual no impide que el hom«bre, á la vista misma de Dios, se vuelva malo en una sociedad «detestable. Sin embargo, es sensible que á pesar de estas apa«riencias, digamos tambien, de esas veleidades de religion, la «querella empeñada entre el Socialismo y la religion cristiana, «entre el hombre y la sociedad, deba finir por una negacion, mas «aun, por una acusacion de la Divinidad. El mal existe: sobre «este punto todo el mundo está de acuerdo. Si el hombre no lo «lleva en sí, ¿cómo la sociedad, no siendo mas que un compues«to de hombres, pudiera ser su orígen? Mas entonces, Aquel que «ha hecho el hombre y la sociedad, Aquel que los ha dejado ex«traviarse y pervertirse, sin dirigirlos ni guiarlos, Aquel que «se ha complacido en el espectáculo de su miseria, pudiéndola «impedir, Dios...» Aquí me detengo: del Infierno solo es propio repetir su propia blasfemia. — Y sin embargo, ¿qué responder á la formidable lógica que á ello conduce fuera de la religion cristiana, que es la parte adversa del Socialismo en la contienda, como dice muy bien Proudhon; y única que puede sostenerla, y á la cual queda la última palabra para responder á Luis Blanc y al mismo Proudhon?

Por el ataque dado, pues, á esta Religion altamente social, singularmente en el seno de una sociedad formada sobre ella, el Protestantismo, partiendo de Lutero, de Zuinglio y de Socino, ha trazado la senda á Rousseau, á Luis Blanc y á Proudhon. Reasumamos esta marcha fatal:

[1] Proudhon, *Sistema de las contradicciones económicas*, tomo I, pág. 348.

El Protestantismo sustrae á la tutelar autoridad de la Iglesia los dogmas cristianos, especialmente el dogma radical y universal de una falta de orígen;

La consecuencia es, que la razon natural, demasiado flaca para soportar lo sobrenatural, hace bambolear ese dogma aislándolo, y prepara su caida exagerándolo ó disminuyéndolo;

La consecuencia es, que este dogma desaparece bien pronto con el de la Redencion, hasta del seno del Protestantismo;

La consecuencia es, que derribados los dogmas cristianos, puede el Filosofismo venir á sustituirles los dogmas del pensamiento humano, y sentar como principio que *el hombre es bueno;*

La consecuencia es, que la sociedad deprava al hombre;

La consecuencia es, que esta sociedad depravadora debe ser reformada de arriba abajo, y que el Socialismo, que se da esta mision, es admitido á ejecutar su obra;

La consecuencia es, que la humanidad, que ha arrastrado en la depravacion hasta el orígen del mundo, levanta una acusacion sacrílega contra su Autor, y contra la sociedad que es su obra, y desencadena todos los crímenes con esta blasfemia;

La consecuencia en fin, es, que la sociedad, minada de otra parte por un escepticismo universal, y desprovista de los sustentáculos de la fe, se despeña en el abismo de una negacion sin límites.

Hé aquí el encadenamiento del error.

Proudhon, que tiene la ventaja de tener en su mano el último anillo, nos manifiesta él mismo su encadenamiento por medio de confesiones, que es muy importante recoger de su propia boca.

«Los antiguos, dice, acusaban de la presencia del mal en el «mundo á la naturaleza humana.

«La teología cristiana no ha hecho mas que ir recamando á su «manera sobre este tema; y como esta teología reasume todo el «período religioso que desde el orígen del mundo se extiende «hasta nosotros, puede decirse que el dogma de la prevaricacion «original, teniendo en su favor el asentimiento del género humano, adquiere por esto mismo el mas alto grado de probabilidad.

«El dogma de la caida no es solamente la expresion de un es«tado particular y transitorio de la razon y de la moralidad hu«mana; es la confesion espontánea, en estilo simbólico, de este «hecho tan asombroso como indestructible, su culpabilidad *ab*

«*oro*, la inclinacion al mal de nuestra especie. ¡Ay de mí, peca-«dora! grita de todas partes y en toda lengua, la conciencia del «género humano. *Vae nobis quia peccavimus!*

«Los filósofos modernos han levantado, en oposicion al dogma «cristiano, un dogma no menos oscuro, el de la depravacion de «la sociedad. *El hombre ha nacido bueno*, exclama Rousseau en su «estilo perentorio; *pero la sociedad*, es decir las formas y las ins-«tituciones de la sociedad, *lo depravan*. En estos términos se ha-«lla formulada la paradoja, ó por decirlo mejor, la protesta del «filósofo de Ginebra.

«Mas es evidente que esta idea no es otra cosa que el trastorno «de la hipótesis antigua. Los antiguos acusaban al hombre indi-«vidual; Rousseau acusa al hombre colectivo: en el fondo es la «misma proposicion, una proposicion absurda [1].

«Con todo, á pesar de la identidad fundamental del principio, «la fórmula de Rousseau, precisamente porque era una oposi-«cion, era un progreso [2]: así que, fue acogida con entusiasmo, «y pasó á ser la señal de una reaccion llena de antilogias y de «inconsecuencias. ¡Cosa singular! al anatema fulminado por el «autor del *Emilio* contra la sociedad, remonta el Socialismo mo-«derno.

«Rousseau no hizo mas que declarar de una manera abreviada

[1] La proposicion de Rousseau es en realidad una proposicion absurda, pues que implica contradiccion, no pudiendo ser depravada la sociedad, sin que el hombre lo sea, pues ella es un compuesto de hombres. Pero la *proposicion del género humano* no es absurda, sino que es *prodigiosa;* y aun encuentra universales analogías físicas y morales en las enfermedades de raza, y en la imputacion social de faltas ó de méritos originarios. De otra parte la sola circunstancia de que el género humano entero atestigua el *hecho* del pecado original, da, como dice el mismo Proudhon, *el mas alto grado de probabilidad* á este hecho *tan asombroso como* INDESTRUCTIBLE: á menos que, como Proudhon, no se tenga el empeño de levantarse contra la historia y la conciencia del género humano, contra toda sociedad, y contra Dios mismo, lo cual hace Proudhon contradiciéndose á sí propio, y solamente llevando algo mas allá el término del absurdo.

[2] Progreso ¡contrariando el género humano! ¡contrariando la naturaleza! y *precisamente* porque contraría. Esto sí que es la contrariedad por esencia del sentido comun, el colmo del absurdo, consecuencia inevitable de la pérdida de la fe, que, en todas las superiores inteligencias, equivale á la pérdida de la razon; precisamente á causa de la fuerza de esta misma razon, á la cual nada puede ya detener en la deduccion de las consecuencias del error de donde ha partido.

«y definitiva lo que los Socialistas repiten en detalle y á cada mo-«mento de progreso, á saber, que el órden social es imperfecto, «y que falta siempre en él alguna cosa. El error de Rousseau no «está ni puede estar en esta negacion de la sociedad: consiste sí, «como vamos á manifestarlo, *en que él no supo seguir su argumen-«tacion hasta el fin, y negar todo á la vez la sociedad, el hombre y Dios.*

«Sea como fuere, la teoría de la inocencia del hombre, corre-«lativa con la de la depravacion de la sociedad, es la que por «fin ha prevalecido. La inmensa mayoría del Socialismo, San-«Simon, Owen, Fourrier, y sus discípulos; los comunistas, los «demócratas, los progresistas de toda especie, han solemnemen-«te repudiado el myto cristiano de la caida, para sustituirle el «sistema de una aberracion de la sociedad. Y como la mayor parte «de estos sectarios, á pesar de su fragrante impiedad, eran en «demasía religiosos, en demasía devotos para terminar la obra «de Juan Jacobo, y hacer remontar hasta Dios la responsabili-«dad del mal, han hallado medio como deducir de la hipótesis «de Dios el dogma de la bondad nativa del hombre, y se han «puesto á fulminar bonitamente contra la sociedad.

«Las consecuencias teóricas y prácticas de esta reaccion fue-«ron que el mal, es decir, el efecto de la lucha interior y exte-«rior, siendo cosa de por sí anormal y transitoria, las institucio-«nes penitenciarias y represivas son igualmente transitorias; que «en el hombre no hay vicio nativo, sino que la atmósfera en que «vive ha depravado sus inclinaciones; que la civilizacion se ha «engañado sobre sus propias tendencias; que la violencia es in-«moral; que nuestras pasiones son santas; que el goce es santo, «y debe procurarse como la virtud misma, porque Dios que nos «la hace desear, es santo.

«Así, mientras que el Socialismo, ayudado por la extrema de-«mocracia, diviniza al hombre negando el dogma de la caida, y «por consiguiente destrona á Dios, inútil ya á la perfeccion de su «criatura; ese mismo Socialismo por cobardía de espíritu vuelve «á caer en la afirmacion de la Providencia, y esto en el momen-«to mismo en que niega la autoridad providencial de la historia.

«Sensible es, no obstante, á pesar de estas apariencias, y di-«gamos hasta veleidades de religion, que la querella empeñada «entre el Socialismo y la tradicion cristiana, entre el hombre y «la sociedad, deba terminar por una negacion de la Divinidad.

«La razon social no se distingue para nosotros de la Razon abso-«luta, que no es otra que Dios mismo; y negar la sociedad en sus «fases anteriores, es negar la Providencia, es negar á Dios.

«Así pues, nos hallamos colocados entre dos negaciones, dos «afirmaciones contradictorias: la una, que por la voz de la an-«tigüedad entera, poniendo fuera de combate la sociedad y Dios «á quien ella representa, refiere al hombre solo el principio del «mal;—la otra, que protestando en nombre del hombre libre, in-«teligente y progresivo, rechaza sobre la flaqueza social, y por «una consecuencia necesaria, sobre el genio creador é inspira-«dor de la sociedad, todas las perturbaciones del universo.» (*Sistema de las contradicciones económicas*, tomo I, pág. 344-348).

Y en otros términos, estamos puestos entre el Catolicismo y el Socialismo, entre el órden y el cáos, entre la vida y la muerte, entre el ser y la nada; y Proudhon concluye resolutivamente por el cáos, la muerte y la nada, y pone al mundo en la necesidad de seguirle, ó de retornar á la fe.

En esto no es otra cosa que la última expresion del error sentado en el mundo por Lutero. El principio insurreccional y revolucionario que constituye este error, hubiera tenido su Proudhon en Lutero mismo, si su aplicacion hubiese sido lógica: de ello puede juzgarse por los excesos de los Anabaptistas en Alemania, bajo la direccion de *Muncer*. Los tres siglos, pues, que separan á Lutero de Proudhon, no son mas que tres siglos de inconsecuencia. Pero el error, como dejamos ya suficientemente explicado, no puede ser inconsecuente sino hasta un cierto punto, y durante un cierto tiempo. Siendo su naturaleza y su destino el arruinar la verdad, y en esto ser lógico, y siéndole de otra parte mortal su lógica, precisamente porque arruina la verdad, que es la vida de todo, hasta del error; síguese, que el error se ve forzado á perecer, so pena de no crecer; y todo lo que hace para crecer, halla haberlo hecho para perecer. Así vemos al Protestantismo dejar algo de su vida en cada una de sus victorias, y al punto reaccionar contra sus victorias para volver á tomar algo de vida. Tal ha sido, como hemos visto, la doble conducta del Luteranismo para con el Calvinismo, del Calvinismo para con el Socinianismo, del Socinianismo para con el Filosofismo, y del Filosofismo hoy dia hácia el Socialismo. Pero la reaccion del error es siempre mas débil que su accion, porque esta reaccion es

ilógica, y el error mismo no la quiere ni puede quererla sino hasta un cierto punto de esfuerzo contradictorio con su naturaleza, despues del que vuelve á tomar su curso natural. Por manera que, en definitiva, y en su marcha natural, el error va á la vez creciendo y abismándose, y podrá decirse muy bien de su postrer triunfo lo que ha sido dicho del de la muerte, hija suya: *Absorpta est mors in victoria.*

Tal es el punto en donde ha llegado en el dia el Protestantismo, en su última transformacion, el Socialismo. Proudhon es juntamente el gran triunfador y el gran enterrador de la negacion puesta por Lutero. La Providencia ha permitido que el infierno suscitase en él el genio mas propio para esta empresa. Habia sido ya precedido por Voltaire, como Luis Blanc por Rousseau; Voltaire contiene á Proudhon, como Rousseau contiene á Luis Blanc, como estos estaban contenidos en Lutero y en Socino: esto es manifiesto. Pero en Proudhon la negacion de la sociedad y de la Providencia ha pasado del estado de irónica especulacion al de audaz conclusion práctica, al de accion. Allí está al borde del hoyo inmenso, del hoyo comun que ha vaciado y abierto, ó mas bien que han ido abriendo por su turno, y que han sucesivamente ensanchado sus predecesores en la negacion, de la cual es él el último y el mas completo apóstol. Allí está, repito, con la blasfemia en los labios, la pala en la mano, evocando todos los sistemas del error que han vivido ó que tienen la pretension de vivir, discutiéndolos con una lógica invencible, haciéndolos chocar inexorablemente los unos contra los otros con una terrible facilidad, sirviéndose admirablemente para este efecto de la verdad, pero tan solo como de un reactivo, que desecha en seguida él mismo para terminar en un error total; y despues de haber convencido de muerte todos estos cadáveres, despues de haberlos arrojado unos tras otros al abismo de la negacion, toma la sociedad, desprovista tambien de verdad y de vida, porque está desprovista de fe, y sin tener tampoco para defenderse ninguno de aquellos mentirosos sistemas que la han engañado, y que él acaba de arrancarle; y se prepara á precipitarla, con aquella confianza que mira ya como hecha una cosa que debe hacerse necesariamente.

Sí, lo repito, necesariamente, pues la sociedad está perdida, si no vuelve á la verdad de donde la desprendió Lutero. Si ha vivido desde aquel entonces hasta el dia, ha vivido de la verdad ca-

tólica conservada en la Iglesia, y de lo que se habia conservado de esta verdad aun en el Protestantismo; pero como el progreso de este ha ido siempre mas separando el mundo de la Iglesia, y al mismo tiempo gastando la porcion de verdad que habia llevado consigo en aquella separacion, nada mas queda para vivificar la sociedad. En vano se probaria volver atrás, y tomar otra vez alguna de las posiciones que se han atravesado ya sobre la pendiente del error. ¡Quimérica pretension! El mundo no rehace sus destinos; y lo que está pasado, ya pasó. La posicion que era sostenible ayer, ha cesado de serlo hoy, en que el terreno ha sido minado; y querer probar el subir á él otra vez, seria exponerse á quedar sepultado mas profundamente. Protestantismo, Volterianismo, Liberalismo, Racionalismo, todo esto puede haber sido algo, pero no es ya ni puede ser nada, porque todo esto está absorbido por el Socialismo que de ello ha salido como un mónstruo del seno de su madre, y que no puede ya hacerse que vuelva á entrar en él. Una sola cosa subsiste con el error total, y es la verdad total; la verdad que no pasa, que era ayer, que es hoy, que será mañana, y por la cual tan solo podemos existir.

Seais quienes fuéreis los que esto leais, miembros de una sociedad á la que solo quedan los últimos recursos del empirismo para ganar algunos dias de vida; vosotros todos que sentís en vuestra alma la grande responsabilidad del porvenir, y el insigne honor que la naturaleza ha hecho á nuestro tiempo de poder decidir de la vida ó de la muerte del mundo; gentes honradas de todas las opiniones, que flotais en el escepticismo; os conjuro, en nombre del sentido social que está en vosotros, y que sin duda habla por sí mismo en este momento á vuestro juicio y á vuestro corazon, que os inclineis hácia la verdad de una creencia, tan prodigiosamente demostrada por la lógica como por las horribles consecuencias de su negacion. Ó corred hasta las absurdas teorías de Rousseau, hasta las locas é irritantes apologías de nuestras desordenadas propensiones de los Socialistas, hasta la negacion, hasta la blasfemia de la sociedad, del hombre, de Dios, de vosotros mismos, de todo; ó volved á la sociedad, á la humanidad, á Dios, al honor y á la posesion de vosotros mismos, volviendo á la fe. Ó esta, ó el cáos, no hay mas medio. Este dilema no solamente tiene á su favor la autoridad de tres siglos de experiencia siempre en aumento, que á él nos han conducido, la autoridad de las confesio-

nes del error que en el nos encierra, sino la autoridad de la destruccion que de todas partes se levanta á nuestro alrededor para oprimirnos.

¡Ó verdad católica! ¡cuán cierto es que tú sola eres la verdad! ¡tú sola la sabiduría! ¡tú sola aquel árbol misterioso, cuyos frutos son la vida, y cuyas hojas curan las profundas dolencias de los pueblos! ¡cuán cierto es que tú eres la explicacion y la salud de todo, en el tiempo y en la eternidad!

LIBRO SEGUNDO.

RELACION DEL PROTESTANTISMO CON EL SOCIALISMO POR EL PANTEISMO.

CAPÍTULO I.

ELEVACION DEL ESTADO LLANO, Ó DE LA CIUDADANÍA.

Hasta aquí solo por anticipacion hemos hecho entrever el fondo del abismo y el término de la marcha que describimos; pero ahora nos es preciso volverla á tomar de mas léjos, y ver como se va engrosando con todos los desarrollos generales del error, y con todas las afluencias que vendrán á descubrirnos su orígen.

La antigua sociedad política y civil estaba fuerte y extensamente organizada, y se resentia del principio católico que la habia formado, aun despues que el Protestantismo y el Filosofismo habian arrancado de los pechos aquel principio. Así pues, su destruccion no se verificó sin violentos esfuerzos, los cuales la hicieron mas terrible. Estos esfuerzos, empujados por su misma violencia, no pudieron ser contenidos con freno alguno, y el 89 cayó en el 93.

Se ha querido siempre establecer una enorme diferencia entre estas dos épocas. Existe realmente esta diferencia en cuanto á los hechos; pero no en cuanto á los principios y en cuanto al fin. La insurreccion fue el principio comun, y este principio fue proclamado por el 89. El 93 no hizo mas que repetirlo y realizarlo por medio de la destruccion de todas las superioridades que le servian de obstáculo. El objeto final no era menos comun: el hacer que desapareciese el edificio; con sola la diferencia que el 89 queria deponerle, y el 93 lo derribó. El primero queria matar la monarquía, la aristocracia, el clero; el segundo mató al rey, á los nobles y á los sacerdotes. Esto era lograr mejor el objeto; y en to-

dos los casos, dado el objeto, era impulsado por la necesidad. Si se pasó mas allá de este objeto ó término, fue porque era necesario traspasarlo para llegar á él. En este sentido, que no justifica por cierto los hombres del 89, convengo en que fue traspasado contra sus intenciones y contra sus intereses. La revolucion descargó tan de firme contra el órden político y civil, que hizo bambolear el órden social, del que se querian conservar no solo los fundamentos sino hasta las primeras paredes, las paredes del estado llano ó de la clase media. Esta, que habia impulsado el movimiento, no lo queria sino para ella, bien que la misma razon militaba para empujarlo mas léjos; lo cual por consiguiente debia suceder tarde ó temprano por la fuerza suprema de la lógica.

Y aun entonces se verificó esto implícitamente, no solo por la confiscacion de las propiedades eclesiásticas y feudales, en la cual tan justamente veia Burke un atentado futuro á la autoridad privada, sino tambien por la confiscacion de esta por el solo hecho de salir de Francia en el momento en que el país estaba ardiendo, por la creacion del papel moneda, la bancarrota, que vino despues, el empréstito forzoso que no tuvo otras reglas que las de la arbitrariedad, el *maximum* que arruinó el comercio de un solo golpe, y esas requisiciones de toda especie que se sucedieron bajo el régimen de todas las facciones.

El principio de la propiedad quedó profundamente desquiciado con todos estos atentados. Proudhon viene tambien á confirmar la juiciosa observacion de Burke, diciendo que la revolucion *fue una sublevacion para la ley agraria*. Esta fue proclamada, como nadie ignora, y de la manera mas radical, por *Gracchus* Babeuf, jefe del club de los *Iguales*, que pretendian la reparticion de todas las tierras y de todas las riquezas á los ciudadanos pobres, como una consecuencia natural del principio de la revolucion y de sus aplicaciones anteriores [1].

Una sola palabra de aquella época siniestra, cuyo uso se iba generalizando con la destruccion, daba á entender hácia qué pun-

[1] «Nosotros queremos la *igualdad real* ó la muerte, decian ellos en su ma-«nifiesto; *¡perezcan, si es necesario, todas las artes*, con tal que nos quede la «igualdad real! No ya mas propiedad individual de las tierras; *la tierra no es de «nadie*. Nosotros reclamamos, queremos *el goce comunal* de los frutos de la «tierra; *los frutos son de todo el mundo.*» Esta es la aplicacion *literal y textual* de las doctrinas de Rousseau.

to se proponia llegar: tal era la palabra de *fraternidad*, que conduce indudablemente á la de *igualdad* y de *comunidad*, debiendo todo ser comun entre hermanos [1].

Tal era el punto en que Robespierre dejó interrumpida la obra, y este es el mismo donde vuelve hoy á tomarla el Socialismo.

«La Fraternidad, dice Luis Blanc, anunciada por los pensa-«dores de la Montaña, desaparció entonces en una tempestad, y «hoy solo se nos aparece en las lejanas regiones de lo ideal; pero «todos los corazones magnánimos la llaman, y ella ocupa ya y «domina la esfera mas elevada de la inteligencia.»

Observa Luis Blanc que el principio que ha quedado en posesion de los frutos de la revolucion francesa es el *Individualismo*, sobre el cual es un progreso la *Fraternidad*.

Y lo pinta con una verdad que no permite al original mismo el desconocerse: «El principio del individualismo, dice, es el que, «tomando al hombre fuera de la sociedad, le hace el único juez de «lo que le rodea, y de sí mismo; le da un sentimiento exaltado de «sus derechos, sin indicarle sus deberes, le abandona á sus pro-«pias fuerzas, y por todo gobierno proclama el haz lo que quieras.»

[1] «Ciudadanos, decia el informante de la seccion de salud pública Barrère, «en la sesion de 11 de mayo de 1794: pocos dias hace aplaudiais aquellas pala-«bras: *Los desgraciados son las potencias de la tierra: ellos tienen el derecho de «hablar como árbitros á los Gobiernos que los descuidan...*» (Estas palabras eran de Saint Just). «No basta, añadia, abatir á los facciosos, sangrar al rico comer-«cio, derribar las grandes fortunas; no basta echar por tierra las hordas ex-«tranjeras, llamar otra vez el régimen de la justicia y de la virtud: preciso es «tambien hacer que desaparezcan del suelo de la república el servilismo de las «primeras necesidades, la esclavitud de la miseria, y esta *detestable desigual-«dad* entre los hombres, que hace que el uno tiene *toda la intemperancia de la «fortuna*, y el otro todas las *angustias de la indigencia*. ¡Ya no mas limosnas, «ya no mas hospitales! ¡La limosna es hija de la vanidad sacerdotal!»

Ved ahí como repudiando el órden de fe y todas las relaciones espirituales de resignacion, de esperanza y de caridad que de ellas nacen, la sociedad se hallaba precipitada en el mas salvaje socialismo; y esto hasta en virtud de aquellos sentimientos de justicia, de humanidad y de fraternidad que solo el Evangelio habia traido sobre la tierra, y que no siendo ya regulados ni dirigidos por él, se convertian, sin mudar de nombre, en sentimientos de iniquidad, de ferocidad y de antropofagia.—Y siempre será así. El Evangelio será nuestra muerte, si no es nuestra vida; y será para nosotros el manto de Nessus, si no es la verdadera túnica de Cristo; y no será la túnica de Cristo, si no nos revestimos con ella por manos de la Iglesia. Esta es la grande verdad que de mil modos repetimos en el decurso de esta obra, porque en ella sola esta la salud.

Todo esto sigue bien. Mas ¿quién no reconoce en estos rasgos los del Protestantismo, pasado del órden religioso al órden político y civil? Por esto, pues, añade con mucha razon Luis Blanc: «El Individualismo que inauguró Lutero se ha desarrollado con «una fuerza irresistible; y desasido del elemento religioso, ha «triunfado en Francia por los publicistas de la Constituyente, rige «el presente, y es el alma de las cosas.»

El triunfo de un principio, que es precisamente el de la disolucion, se verificó por la revolucion de 89, al solo provecho de la clase media ó propietaria; mas la ley de su desarrollo debia hacerlo descender en el pueblo en donde debia transformarse en la *fraternidad;* la *fraternidad* de los que no tienen con los que tienen, por la persuasion del terror.

La Providencia no permitió en aquella época que el holocausto de la sociedad fuese consumado enteramente: detuvo la cuchilla de los sacrificadores, y la volvió contra ellos mismos. Compadeciéndose de la Francia y del mundo, suscitó uno de aquellos gigantes de hierro de los cuales echa mano cuando quiere detener las sociedades sobre su pendiente, ó reponerlas sobre sus bases.

Mas estas intervenciones de la Providencia no pueden hacer sino venir en ayuda de la libertad del hombre, sin empero suprimirla, ni dispensarla de ayudarse á sí misma; y de consiguiente dejan subsistir todos los elementos de la lucha. Es una tregua, una dilacion lo que concede á los combatientes para dejarles el tiempo de reconocerse, y de acumular méritos ó faltas, segun los cuales las últimas consecuencias del error ó quedan conjuradas ó se consumen. Porque, y téngase bien entendido, estas consecuencias jamás pueden quedar sino suspensas en tanto que el error subsiste; y aun durante esta suspension, si no se pone todo empeño en repudiar el error, no hacen mas que acumularse para precipitarse un dia con una violencia tanto mas irresistible, recuperando por su fuerza el tiempo que perdieron por su lentitud.

La Providencia, por fin, deja caer ó detiene el golpe segun la medida de expiaciones que reclama su tierna justicia, de concierto con su infinita misericordia.

Pues las clases feudales habian las primeras abandonado la verdad, y rechazado la autoridad de donde sacaban su existencia, y

debieron ser arrojadas las primeras, y abandonadas al fuego vengador de la expiacion.

La clase media, la clase ciudadana fue llamada á la prueba, y su elevacion se verificó al través de las ruinas de su predecesora, la feudalidad. Bien que ella fuese ya cómplice de esta, y responsable, si no culpable, de los excesos por los cuales la Revolucion le habia hecho lugar; no obstante, como no habia envejecido en la infidelidad, y que en cierto modo ni aun habia disfrutado de vida, le fue dado el vivir, y el tener en su mano la direccion de los negocios.

¡Y en qué concurso admirable de circunstancias para ilustrarla y edificarla sobre su deber, tuvo lugar esta elevacion! ¡Qué leccion tan elocuente salia de aquel abismo, en el cual acababa de desaparecer todo un mundo, y del que apenas ella escapaba! ¡Qué fulminante demostracion de la omnipotencia y de la suprema necesidad de la verdad divina aquel espantoso hundimiento de una sociedad que la habia insultado! Y en medio de este hundimiento irreparable, ¡qué prodigio la resurreccion de la sola Iglesia, de la mas antigua, de la mas flaca, de la mas humillada, de la mas escarnecida de todas las cosas que habian sido, y en la cual se hallaba asaz de vida, asaz de fuerza, no solamente para resucitar sola, sino para dar á luz una nueva sociedad!

El hombre extraordinario á quien fue dada la insigne mision de servir á los misericordiosos destinos de la Providencia, recibió de pronto de su correspondencia y de su fidelidad á esta mision, un tino, una fuerza, una superioridad verdaderamente creadoras, que hacen de su grande figura en aquella época la maravilla de la historia. Feliz y grande hubiera quedado entre todo lo que fue grande, si no hubiese querido serlo mas que la Verdad, mas que la Iglesia que es su depositaria, mas que su jefe supremo que es su representante; y si por él no hubiese sido dada una vez mas al mundo esta alta leccion, de la cual tenemos tan relevantes garantías, y que ha sido precisamente recogida en su herencia, que no hay fuerza contra la Iglesia, que ni aun hay fuerza sin la Iglesia; y que eternamente se cumplirá aquella palabra de su fundador y de su fundamento, Jesucristo: La piedra que desecharon los fabricantes vino á ser la clave del ángulo. El Señor es quien ha hecho esto, ¡y es una cosa admirable á nuestros ojos! Por lo cual os digo (si lo olvidais) que os será quitado á vosotros el

REINO DE DIOS, Y DADO Á GENTES QUE RINDAN FRUTOS; PUES QUIEN CAYERE SOBRE ESTA PIEDRA SE HARÁ PEDAZOS, Y Á AQUEL SOBRE QUIEN CAYERE LE HARÁ AÑICOS [1].

A todos estos grandes milagros de justicia, de sabiduría, de fuerza y de misericordia, por los cuales la Providencia daba testimonio en favor de su Iglesia é instruia á la clase media, añadió una gracia señalada: tal fue la de suscitar órganos dignos de promulgar estas instrucciones, y el perpetuarlas por el genio.

El genio, del cual dispone Dios, como de todas las supremacías, del cual prescinde, se burla ó se venga con solo abandonarlo á sí mismo y dejarle obrar contra su verdad, pero que quiere tambien alguna vez hacer servir á su gloria, comunicándosela á su vez; el genio, repito, habia sido concedido al Filosofismo y retirado á la Iglesia, para reproducir en la resurreccion de esta el milagro de su formacion. Cuando quiso Dios que empezase aquella grande prueba, cerró las bocas de Bossuet y de Pascal, y dijo que se abriesen las de Voltaire y de Rousseau y de los otros filósofos, los dejó vomitar y arrojar contra su Cristo todos los rasgos, todas las tretas, todas las chispas del espíritu, de la elocuencia, de la imaginacion, de la ciencia, del ridículo, del sentimiento, todos los tesoros del ingenio humano. Permitió que estos no encontrasen refutacion poderosa, é impuso á aquel siglo desencadenado contra la verdad, el mas espantoso de los castigos: el silencio de la verdad: *Jesus autem tacebat.* Mas consumado el deicidio en la persona de la Iglesia, y salida esta victoriosa del sepulcro, y restablecida en su gloria, hizo Dios que el genio volviese á pasar al lado de la fe; y como si hubiese querido aun manifestar que el servicio que ella recibia del genio no era mandado, sino únicamente aceptado, y al propio tiempo dar á este testimonio la irrecusable autoridad de la conviccion, le hizo brillar principalmente en tres escritores láicos, entregados, cada cual por sí solo, á las propias inspiraciones de la verdad: Chateaubriand, Bonald, de Maistre, tres nombres, ante cuyo brillo aparecen pálidos otros nom-

[1] Evangelio de san Mateo, XXI, 42. ¡Qué palabra! ¡qué profecía! ¡con cuán numerosos milagros se ha cumplido y confirmado en la larga historia de la Iglesia! ¡Qué milagros recientes, actuales, justifican en ella aquella otra palabra: *Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará jamás!* ¡Y qué prenda de seguridad social no debemos encontrar en el homenaje que ella recibe!

bres, que han dominado por la gloria á aquellos que no han podido conquistar á la verdad, y que, despues de haber transcurrido algun tiempo, reciben hoy de los sucesos y de la experiencia la mas solemne y la mas suprema de todas las justificaciones.

Tales fueron las gracias con que fue colmada esta clase media ó estado de ciudadanía en los momentos de su advenimiento.

Veamos ahora cómo correspondió á ellas.

CAPÍTULO II.

NACIMIENTO DEL RACIONALISMO; SU MARCHA RÁPIDA HÁCIA EL PANTEISMO.

Lo que acabamos de decir acerca del destino de nuestros tres grandes escritores católicos es el primer punto de acusacion contra sus contemporáneos. Dejando aparte á Chateaubriand, que tuvo el arte de administrar el Cristianismo en pequeñas dósis, y de disfrazar su severidad bajo el ropaje embelesante de su imaginacion, que romantizó, por decirlo así, el Evangelio, y renovó aquel milagro de las rosas por el cual la pródiga caridad de santa Elisabeth de Hungría logró evitar las inculpaciones de su esposo; aparte, repito, de este suceso obtenido sobre la opinion, y que fue inmenso, en lo que hizo florecer la Religion, esperando que fructificase; nuestros grandes escritores católicos, entre los cuales estamos autorizados no menos por su elocuente caida que por su gloria, á contar al abate de Lamennais, no han hallado séquito en la corriente general de los ánimos. Fueron como aquellos profetas de la ley antigua que venian á anunciar á Israel verdades mal recibidas porque eran severas, y que se veian despedidas, hasta que el cumplimiento de sus predicciones venia á darles una tardía y terrible autoridad. Ellos no influyeron sobre su tiempo. El instinto católico y social, la fuerza propia de la verdad fueron los únicos motores que hicieron dispertar la fe en las masas; y el triunfo general de la Religion en esta época no se debió sino á ella misma, á la Iglesia, y á Aquel que está con ella hasta el fin.

Las inteligencias superiores, las que dan la direccion al pensamiento, no participaron de este movimiento. Ellas debian mas tarde combatirlo abiertamente, y se ensayaban ya en sus preludios de una manera indirecta é insidiosa. En ellas debemos seguir las evoluciones del error.

Lo hemos dicho ya: el error solo puede ser suspendido en su marcha. Si no se le rechaza absolutamente abrazando la verdad, toda transaccion con él es inútil; continúa su obra de destruccion, y arrastra á los mismos maestros tras las huellas de sus discípulos.

En esta época hizo uno de aquellos movimientos de retroceso, que hemos observado ya cuando el advenimiento del Filosofismo. El Socinianismo, como vimos, se hizo cristiano para combatir al Filosofismo que acababa de engendrar, y recobrar la poca verdad que le escapaba.

Del propio modo el Filosofismo, que llevaba en sí el Materialismo, así que este se hubo desprendido de él, y se hubo constituido en doctrina explícita, se hizo Espiritualista, para salvar, mediante esta verdad, el error que perecia por su exceso, y que necesita de verdad para existir.

Pero, ¡fuerza fatal de la lógica! los mismos filósofos que se gloriaron de esta reaccion contra el Materialismo, debian conducir el mundo á un abismo mas insondable aun que el del Materialismo.

En esta época, es decir, en el decurso y hácia el fin del Imperio, formóse una escuela, que comparada con el grosero Materialismo de Helvecio y de Cabanis, y al Sensualismo de Condillac, podia ser llamada Espiritualista, pero que ha merecido mucho mejor el nombre que le ha quedado de *Racionalista*.

El Racionalismo, que hemos de definir, no ha sido otra cosa, á la par del Filosofismo, que una expansion del Protestantismo, el cual ha tenido desde su orígen una doble tendencia: la de negar y la de pretender afirmar. La negacion es su verdadero principio y su único resultado; pero entre este principio y este resultado media la pretension de afirmacion, que no es sino la manera de llegar á una negacion mas grande. Así el Protestantismo *protesta*, hé aquí su carácter principal y dominante, y niega y rechaza la autoridad. En segundo lugar *dogmatiza*, ó pretende dogmatizar, sustituir una fe, un símbolo, una confesion de su *escogimiento*, á la fe, al símbolo, á la confesion de la Iglesia, lo cual es peculiar

de la *herejía*, como lo indica la etimología de este nombre (αἱρέω. *yo escojo*). En una y otra de estas dos operaciones, sea que proteste, sea que dogmatice, el Protestantismo no recibe inspiraciones sino de la razon natural, lo cual hace que, á pesar de su pretension y de su esfuerzo para afirmar, no tiende directa ó indirectamente sino á negar, por la razon matemática evidentísima, que la razon, no teniendo valor sobrenatural, no puede darla á sus operaciones ni á sus productos, y que 0=0.

Y vimos ya como el Filosofismo era el desarrollo del Socinianismo, y por él, del Protestantismo, en su tendencia de negacion directa, de protesta y de subversion. El Filosofismo no ha pretendido dogmatizar: ha tomado la negacion en el punto á donde la habia llevado el Socinianismo, la no-divinidad de Jesucristo; y la ha lógicamente empujado á la negacion de la divinidad de las Escrituras, y despues á la negacion de todos los dogmas de la teología natural.

De la propia manera el Racionalismo procede del Protestantismo, y lo continúa, pero es en su accion dogmática. El Racionalismo es la razon, haciéndose á sí misma sus dogmas de creencia. ¿No es esto mismo el Protestantismo? La única diferencia está que en el Protestantismo la razon ejerce su accion dentro el círculo, y en el Racionalismo fuera del círculo de las Escrituras. Mas ¿qué significa esta diferencia, cuando el sentido sobrenatural de las Escrituras queda completamente suprimido, como ha acabado por desaparecer bajo la accion corrosiva de la exégesis protestante que se ha fijado hasta en la parte histórica? Desde entonces el Racionalismo no es otra cosa mas que el Protestantismo continuando su libertad dogmática fuera del libro de los Evangelios, devorado por él, y ejerciéndola en el grande libro de la humanidad, escogiendo lo que hay de verdad en todos los sistemas, y sacando de ello sus dogmas. Así esta operacion, que es característica al Racionalismo, se llama con un nombre que es sinónimo del de herejía, eclectismo, de ἐκλέγω, que, como αἱρέω, quiere decir: *yo escojo*. Y pretende, como ella, erigir en *dogma* sus conceptos, y, como ella, ejercer el *ministerio espiritual* [1].

Mas, como ella, no hace sino agrandar el abismo, y continuar

[1] Esta pretension ha sido resueltamente expresada por el Sr. Cousin y sus discípulos. Así, pues, los Sres. Cousin, Saisset, Jacques, Simon y otros son los *Pastores* del Racionalismo.

indirectamente la obra de negacion que tan adelante habia sido impulsada ya por el Filosofismo. El Filosofismo habia abierta y brutalmente negado los dogmas de la teología sobrenatural y natural: parece que despues de esto nada quedaba que hacer. Pero no: quedaba el género humano, la sociedad, con el imponente testimonio de su historia, de sus tradiciones, de sus religiones y de sus filosofías, que todas, al través de su diversidad, deponen en favor de una verdad primitiva y tradicional, y contienen sus grandes principios, sus grandes dogmas, que el Cristianismo vino á restablecer en su integridad, completar y fijar para siempre en el seno de la Iglesia. Pues bien, el Racionalismo ha venido á traer la accion del libre exámen sobre esta gran reserva de la sociedad; y bajo el pretexto de beber de ella, escoger y deducir sus sistemas, ha desnaturalizado, falseado y destruido por fin todos sus elementos, como lo habia hecho ya el Protestantismo en el terreno de las Escrituras.

Tal es, pues, el Racionalismo, tal es su estrecha relacion con el Protestantismo.

Su nacimiento fue modesto y recomendable. El honorable señor Royer-Collard fue su jefe en Francia; con todo, no tuvo el mérito de la invencion, sino tan solo el de la importacion. Del Protestantismo fue tambien de donde tomó la Francia esta doctrina, y de Escocia fue de donde nos vino.

Al figurarse el estado de ruina en que se habia hundido el espíritu humano desde las alturas de la fe, y como, despues de haber perdido, desasiéndose de la autoridad, todos los dogmas de la teología sobrenatural que le ponian en relacion con lo infinito y con la Eternidad, habia perdido en seguida todos los dogmas de la teología natural que le conservaban aun en las vagas nociones de Dios y del porvenir, y habia llegado hasta perder la nocion de sí mismo, y á no querer ser sino una sensacion transformada, menos aun que esto, una concrecion de cerebro, y que se ve de otra parte á lo que se reduce una escuela, la cual tenia que revelarnos esta grande ruina, y se ha gloriado de haberlo hecho; admírase en verdad por cuál suerte de ilusiones permite Dios al error que se seduzca á sí mismo.

Mucho se ha ponderado aquel dicho de Jouffroy, que *la cuestion de la inmortalidad del alma era una cuestion prematura*, y se ha creido sorprender en esta palabra una de aquellas confesiones in-

discretas que descubren la nada de una doctrina. Pero nada de esto; esta impotencia de la escuela escocesa, esta abdicacion de su pretension misma data de su nacimiento, resulta de su método, se halla sin rebozo en la boca de sus mas venerados profesores.

La escuela escocesa, en efecto, se reduce á la doctrina, ó mas bien, al método de la observacion y de la induccion, que Bacon habia ya introducido en el órden de las ciencias físicas, y que Reid y Dugald Stewart han aplicado al órden psycológico. Ella consiste en observar el *yo*, y todavía no en sí mismo, sino en sus facultades, y aun no en su naturaleza ó en su accion, sino en su distincion de las unas con las otras y en su nomenclatura. Esto es una rueda, es una palanca, es un eje. Pero ¿y la relacion de esta rueda, de esta palanca, de este eje? ¿y su accion? ¿y su movimiento? ¿y su fin? ¡Temeridad! ¡temeridad! ¡temeridad! Distinguir y nombrar nuestras facultades, reconocer que hay dos, de las cuales la una se llama *el entendimiento*, y la otra se llama *la voluntad;* ved ahí las colunas de Hércules de la filosofía espiritualista moderna.

Mas, en fin, ¿cuál es la naturaleza de estas facultades, y de todas las demás facultades nuestras, de la percepcion, de la memoria, de la conciencia? No llega á tanto la ciencia. «Distinguir «y nombrar estas facultades, nos dice Reid, es todo cuanto he«mos hecho y podido hacer; pero sus nombres no explican ni la «accion propia de cada una de ellas, ni la irresistible conviccion «que de nosotros exigen. Su naturaleza está cubierta para nos«otros de un velo impenetrable.» (*Ensayo de Reid sobre las facultades del espíritu humano*, tomo IV de sus obras, pág. 203).

Pero qué, ¿segun esto, vosotros no sabréis ni aun cuál es *la naturaleza interna de la cosa que piensa*, lo que constituye la esencia particular del *yo*?— «Ciertamente, nos responde el profesor fran«cés, nosotros lo ignoramos, y lo ignorarémos siempre.» (*Fragmentos del Sr. Royer Collard, recogidos por Jouffroy*, tomo IV de las obras de Reid, pág. 316.) — «Nuestras facultades no penetran has«ta la ciencia, dice el profesor escocés; no alcanza ni se extiende «hasta allá el entendimiento humano.» (*Ensayos de Reid*, tomo IV, pág. 203).

Mas, en fin, escuela espiritualista, ¿podrias decirme porque así te llamas? ¿repudias el Materialismo? ¿eres con él incompatible? —«No por necesidad, nos responde Dugald Stewart; la psycología

«se arregla *igualmente* con el Materialismo, y con el Idealismo de «Berkeley [1].»

Jouffroy, pues, no anduvo indiscreto cuando dijo: que la *cuestion de la inmortalidad del alma era prematura, y que hasta la opinion que atribuye los hechos de conciencia á un principio distinto de todo órgano corporal puede hasta ahora ser considerada como una hipótesis.* — Habida razon de la indigencia de la escuela escocesa, era hasta una generosidad el llegar hasta la hipótesis.

El alma lánguida de este pobre Jouffroy, replegándose mas tarde sobre sí misma, tenia, pues, mucha razon en exclamar: «No po«dia volver yo de mi asombro, de que se ocupasen del orígen de «las ideas con un ardor tan extraordinario, que se hubiera dicho «que allí estaba concentrada toda la filosofía, y que se dejasen á «un lado el hombre, Dios, el mundo, y las relaciones que los «unen con el enigma de lo pasado, y con los misterios del porve«nir, y tantos problemas gigantescos sobre los cuales no se disi«mulaba profesar el escepticismo. Toda la filosofía estaba encer«rada en un agujero falto de aire, en donde mi alma, recientemen«te desterrada del Cristianismo, se ahogaba.»

De este agujero, tan estrecho como era, debian salir doctrinas muy extrañas y muy funestas.

La sufocacion que allí sentia el alma de Jouffroy, es la que siente el alma humana puesta fuera de su elemento, que es la verdad, y que la impele, cuando esta le falta, á esparcirse y á agitarse en sistemas que la remedan, y que dan al error un poder afirmativo de destruccion mas peligroso que la negacion directa.

Hasta entonces el Filosofismo habia negado, negado á la Iglesia, negado á Jesucristo, negado á Dios, negado al alma. Nada habia puesto ni pretendido poner en su lugar; y este lugar, y este vacío inmenso, y este abismo en que se habia hundido la sociedad, tenia á lo menos de bueno, que hacia sentir la necesidad de llenarse, y que llamaba naturalmente á él su primer objeto.

Debia, pues, haber otra cosa mas funesta aun, y esta era la aparicion de una filosofía que engañase esta necesidad por medio de

[1] *Ensayos filosóficos*, por Dugald Stewart, discurso preliminar, pág. 10, 11, 12, del Sr. Carlos Huret. — No hemos podido dar aquí mas que un extracto de la escuela escocesa. Se encontrará una exposicion mas completa en las *Obras* del presidente Riambourg, y en las notas y análisis tan juiciosos de su nuevo editor, M. Th. Foisset; un tomo en 4.°, edic. de Migne.

falsos sistemas que simulasen la verdad, que cubriese el abismo de densos nublados, y que empujase hácia allí el espíritu humano por la confianza en sus propias creaciones, y por el orgullo que estas le inspirarian; orgullo no ya solamente de rebeldía contra Dios, sino de deificacion de sí mismo.

Viendo, pues, la destruccion total que amenazaba, presentábase naturalmente la fe para rehacer su obra. Viene por su lado la razon, y pretende no tener necesidad de su socorro; y á pesar de no haber podido conservar, y de no haber tenido fuerza sino para destruir, pretende reconstruir, edificar, satisfacer la necesidad imperiosa que el alma humana tiene de la verdad, darle todas las luces y todas las fuerzas de que necesita para el cumplimiento de sus destinos, reemplazar la Religion en una palabra, y ejercer su sacerdocio. Tal llega á ser la pretension del Racionalismo.

Al principio se limitaba á poco, como acabamos de ver: fue mas que modesto al nacer; el buen sentido se lo imponia como un deber. Pero el interés y el orgullo muy presto le empujaron á tener mas audacia.

Dividióse en dos escuelas: la escuela doctrinaria y la ecléctica.

La escuela doctrinaria se dejó inspirar de lo mas grave, honesto y religioso de la escuela escocesa, restos flotantes del Cristianismo disuelto por el Protestantismo; y de ellos hizo, no una doctrina, porque la propiedad de la escuela doctrinaria ha sido el no tener una doctrina, sino un fondo, una materia para formular doctrinas, segun las circunstancias y las situaciones, procediendo de la conducta á la doctrina, mas bien que de la doctrina á la conducta; justificando esta por aquella, despues de haber hecho aquella sobre el molde de esta. El carácter de esta escuela fue el de ser moderadora, y de ponerse como una razon de Estado entre la verdad y el error. Ha sido esencialmente individual é infecunda, y no ha hecho discípulos. Ha tenido por cátedra la tribuna, por campo la política: no ha imbuido de su doctrina sino los acontecimientos, ni convertido sino el poder. Su importancia, con todo, ha sido considerable por el talento y el crédito de sus maestros, y no menos funesta por este alto patronato que, igualando al error con la verdad, ha producido un nivel de escepticismo mucho mas peligroso que el ataque abierto, que distingue y que pone á prueba la verdad.

La escuela ecléctica ha sido mas brillante y mas extensa.

Esta escuela parte del principio exacto de que hay algo de verdad en cada error; y se ha dado por mision el «separar los erro-«res mezclados á esta porcion de verdad, que es la fuerza y la vi-«da de cada sistema; hacer la misma operacion en todos los sis-«temas; y despues de haberlos así depurado y reconciliado, com-«poner con ellos un vasto conjunto adecuado á la verdad entera.» (Mr. Cousin *Fragm. filosof.*, tomo I, pág 39).

El vicio de este sistema salta á la vista. Implica contradiccion, en efecto, el pretender poder distinguir y reconocer la verdad mezclada en cada error, si no se sabe ya lo que es verdad, si no se tiene ya posesion de la verdad, es decir, de la cosa misma que se busca, y cuya investigacion es tan inútil si se posee, como imposible si no se posee. Mas breve, menester es tener ya la verdad para poder discernir la verdad.

A pesar de esta evidente contradiccion, la escuela ecléctica ha hecho mucho ruido y ha ejercido la mas grande influencia. Para los espíritus vanos ha tenido el mismo atractivo que tuvo por mucho tiempo la alquimia, esto es, procurar cada cual hacerse por sí mismo su fortuna, y no deber la adquisicion de la verdad sino á la industria de la propia inteligencia. Y aun tenia sobre la alquimia la especiosa ventaja de que el oro de la verdad no está para hacer, y sí solo se ha de despegar ó segregar de los errores con que está mezclado. Desgraciadamente para operar esta segregacion era necesario un *reactivo*, que no podia encontrarse sino en el resultado de la operacion.

Este sistema se ha sostenido asaz largo tiempo, y se ha extendido sobre toda la enseñanza en Francia, merced al poder de que disponian los maestros; y sobre todo, merced á la independencia en que ponia al entendimiento con respecto á la verdad, permitiendo el prescindir de ella, y hasta atacarla, bajo el pretexto de cultivarla y de inquirirla.

Mas no siendo asaz grande esta independencia, el terreno de reunion y de ataque no era bastante accesible á todos los enemigos de la verdad, pues no admitia completamente ningun sistema. Tampoco podia de otra parte sostenerse contra la crítica: debia, pues, abandonársele, y tomar una posicion mas avanzada.

El dia en que se debia poner en obra aquel proyecto, los maestros mismos del Eclectismo no dejaron de mostrarse ingratos en esta parte, ni de alegar razones plausibles para paliar su desercion.

Y estas razones, que hasta entonces no habian querido atender, supieron muy bien promulgarlas ellos mismos; y los censores mas inexorables del Eclectismo fueron los que en el dia anterior habian sido sus maestros.

«El Eclectismo, dice el Sr. Cousin, supone un sistema que le «sirva de punto de partida y de principio para orientarse en la «historia. En efecto, para recoger y reunir las verdades diseminadas en los diferentes sistemas, es necesario ante todo segregarlas de los errores con los cuales van mezcladas; y para esto «es preciso saberlas discernir y reconocer. Mas para reconocer «que tal opinion es verdadera ó falsa, preciso es saber antes por «sí mismo en dónde está la verdad; y es indispensable tener un «sistema para juzgar todos los sistemas.» (*Fragm. filosof.*, tomo I, pág. 42).

«La crítica, decia Jouffroy, presupone el conocimiento de la verdad... La historia de la Filosofía presupone la Filosofía ya formada. Emprender la una cosa antes de la otra es querer el fin «antes del medio. Es un círculo vicioso manifiesto.» (*Nuevas Miscelánea*s, pág. 369). Pudiéramos extender y multiplicar las citas, pero estas nos parecen suficientes.

Fuerza es, pues, salir del Eclectismo, abandonarlo; mas ¿para ir á dónde? A la verdad misma, sin la cual, como dice muy bien el Sr. Cousin, no se pueden discernir los errores; á esta verdad, contenida en un librito que se llama *Catecismo*, del cual Jouffroy, en uno de sus momentos felices, como ha sido, segun se dice, su último momento, decia tan á propósito: «Hay un librito, que se «hace aprender á los niños, y sobre el cual se les pregunta en la «iglesia: leed este pequeño libro que se llama el *Catecismo*, y allí «encontraréis una solucion de todas las cuestiones que acabo de «proponer, de todas sin excepcion. Preguntad al Cristiano de dónde viene la especie humana, y él lo sabe; á dónde va, él lo sabe; «de qué manera va, y él lo sabe. Preguntad á este pobre niño «quién ha procurado por su vida, por qué está acá en la tierra, y «lo que será de él después de su muerte; y os dará una respuesta «sublime, que no comprenderá, pero que no por esto deja de ser «menos admirable. Preguntadle cómo ha sido creado el mundo, y «á qué fin; por qué razon puso Dios en él animales y plantas; cómo se fué poblando la tierra, si fue por una sola familia ó por «muchas; por qué hablan los hombres muchas lenguas; por qué

«sufren, por qué luchan unos con otros, y como acabará todo esto; «nada ignora. Orígen del mundo, orígen de la especie, cuestion de «razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones «del hombre con Dios, deberes del hombre hácia sus semejantes, «derechos del hombre sobre la creacion, todo lo sabe; y cuando «será grande, ya no tendrá duda alguna sobre el derecho natural, «sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes; porque «todo esto sale, todo esto emana claramente y como por sí solo del «Cristianismo. Hé aquí á lo que llamo una grande religion, y la «reconozco por esta señal, esto es, de que no deja sin respuesta «ninguna de las cuestiones que interesan á la humanidad.» (Miscelánéas filosóficas *Del problema del destino humano*).

Pues bien, ¿era acaso par ir á esta grande religion y á este pequeño libro que reasume toda su doctrina, era para ir al Catecismo que se dejaba el Eclectismo? No: era para ir al *Syncretismo*.

¿Qué cosa es el Syncretismo, y en qué difiere del Eclectismo, en qué es sobre él una evolucion progresiva del Racionalismo? Hélo aquí.

Supone el Eclectismo que hay partículas de verdad mezcladas con los errores de todos los sistemas; y que hay por consiguiente errores de los cuales hay que segregar estas porciones de verdad: ahí está lo difícil, ó mas bien lo imposible, para quien no esté en posesion de la verdad. Pero, se ha dicho, si no hubiese errores propiamente dichos; si todo en cada sistema fuese verdad, mas tan solo incompleta; si no hubiese mas que recoger y combinar todos los errores, es decir, todas las verdades, y adicionar ó juntar todas estas fracciones para tener en suma la verdad completa; no habria ya entonces graves dificultades, ya no mas doctrinas falsas que destruir, ya no mas contradicciones que resolver; toda crítica filosófica y todo criterio serian inútiles. Esto seria muy sencillo. La ciencia se limitaria á un puro inventario de todo lo que se ha sostenido, de todo lo que se ha adelantado en las diversas filosofías: hé aquí el Syncretismo.

Pero ¿es una realidad el que se haya esto enseñado? ¿Es una verdad que en este país de buen sentido y de sentido moral que se llama Francia, se haya profesado en público y á nombre del Estado, y se haya enseñado á la loca juventud que no hay error, que no hay extravagancia, que no hay monstruosidad alguna que sea repudiable, mas ¿qué digo? que no sea digna de ser recogida

y honrada como una participacion de la verdad misma? Escuchad sino:

«El error no es otra cosa que una verdad incompleta convertida «en una verdad absoluta. *No hay otro error posible.* (Curso de 1828, «7.ª leccion, pág. 5).—Síguese de ahí, que el error no es extra- «vagante, y que *no hay sistema alguno falso,* sino muchos sistemas «incompletos, verdaderos en sí mismos, y viciosos tan solo en su «pretension de contener en cada uno de ellos la absoluta verdad, «que no se encuentra sino en todos. *(Ibid.* 6.ª leccion, pág. 29, y «*Fragm. filosof.*, tomo I, pág. 48).— *Todo es verdad tomado en sí,* «pero puede pasar á ser falso si se toma exclusivamente. Así con- «cebido el error *es necesario* y *útil.* En efecto, ¿qué es lo que ha- «cen las diferentes filosofías? Aspiran á dar de la razon una re- «presentacion completa. Luego *cada una de ellas es buena en su lugar «y á su tiempo.* El error, si se me permite hablar así, es la *forma «de la verdad* en la historia. Todos estos errores, *es decir, todas es- «tas verdades*, se suceden, etc.» *(Ibid.* 6.ª leccion, pág. 29, 31, 32, 35, y 7.ª leccion, pág. 6).

¡Bella obra podria hacerse por cierto, en la cual se probase la razon católica por la sinrazon de sus enemigos!

De esta apología de todos los errores, *es decir, de todas las verdades,* á la apología de todos los actos, de todos los sucesos, cualesquiera que sean, con tal que sean, y á la legitimacion del hecho por sí mismo, aun cuando sea una injusticia, aun cuando sea un crímen, no hay mas que un paso: y este ¿no se saltará? y la enseñanza permitida, ¿qué digo? oficial y retribuida, ¿llegará á tal enormidad?... Sigamos escuchando:

«El carácter propio, la señal de grande hombre es el que *salga* «bien... (Introduccion á la *Historia de la Filosofía,* 10.ª leccion, pá- «gina 17). Si el vencido excita nuestra piedad, debemos reservar «nuestra mayor simpatía para el vencedor, pues que *toda victoria* «arrastra *infaliblemente un progreso de la humanidad.* Es necesario «ser del partido del vencedor; porque este es *siempre el de la mejor «causa,* el de la civilizacion y de la humanidad, el del presente y «del porvenir, mientras que el partido del vencido es siempre el «de lo pasado...» *(Ibid.* 10.ª leccion, pág. 37, 38).—«La victo- «ria y la conquista no son mas que la victoria de la verdad del «dia sobre la verdad de la víspera, que ha pasado á ser el error «de hoy.» *(Ibid.* 9.ª leccion, pág. 31).— «¿Admitís que la civiliza-

«cion adelanta incesantemente? ¿Lo admitís? ¡Y no podeis dejar «de admitirlo! Síguese pues de ahí, que cuantas veces el espíri- «tu de lo pasado y el espíritu del porvenir se hallarán en lucha, «la ventaja quedará necesariamente á favor del espíritu nuevo.

«He definido la victoria como necesaria y útil; me propongo «defenderla *como justa en el sentido mas estricto de la palabra;* me «propongo demostrar *la moralidad del buen éxito*... Pues que el ven- «cido es siempre el que debe serlo, acusar al vencedor y tomar «partido contra la victoria, es tomar partido contra la humanidad, «y quejarse del progreso de la civilizacion. Y aun debe irse mas «adelante: *el vencido debe ser vencido y ha merecido serlo;* el vence- «dor no solamente sirve á la civilizacion, sino que *es mejor, mas «moral,* y por esto es vencedor... Señores, EN ESTE MUNDO TODO ES «PERFECTAMENTE JUSTO... (*Ibid.* pág. 36, 37, 38). Sin hacer aquí «una teoría ni una clasificacion de las virtudes, me contentaré «con recordaros que la *prudencia* y el *valor* son las dos virtudes «que contienen con corta diferencia todas las demás... La impru- «dencia es un vicio, y ved ahí porque pocas veces sale bien: *la «debilidad es un vicio, y por lo tanto queda siempre castigada* y *bati- «da*... (Ibid. 9.ª leccion, pág. 39). Nunca se atiende á que *todo «lo que es humano, la humanidad es la que lo hace, no sea sino per- «mitiéndolo;* que maldecir el poder (entiendo hablar de un poder «largo y durable) es blasfemar de la humanidad; que acusar á «la gloria es acusar al fallo de la humanidad sobre uno de sus «miembros, pues *la humanidad tiene siempre razon.* En el órden «de los hechos, ¡citadme una gloria inmerecida! Además, *à priori* «es imposible: pues jamás se tiene la gloria sino á condicion de «haber hecho mucho, de haber dejado grandes resultados. ¡Los «GRANDES RESULTADOS, señores, LOS GRANDES RESULTADOS! TODO LO «DEMÁS ES NADA.» (*Ibid.* 10.ª leccion, pág. 20, 21).

Inútil parece hacer observar cuán fecunda es una doctrina semejante para justificar y fomentar todas las extravagancias y todos los crímenes que por medio de la *prudencia* y del *valor* pueden lisonjearse de salir bien, de ser absueltos como *necesarios* y *útiles,* de ser *honrados como justos;* de ser *celebrados como gloriosos*, en virtud de la *moralidad del buen éxito,* y en vista de los *grandes resultados*... Marat y Robespierre, segun esta cuenta, debieron merecer altares. No queremos creer sin embargo que el Sr. Cousin haya querido llevar hasta tan extrema aplicacion una doctrina que, no

obstante, conduce á ella por camino llano: no, no queremos creer lo que dice Pedro Leroux, que el profesor de la Escuela normal profesaba una viva admiracion á Marat, y que leia secretamente á sus discípulos los periódicos mas incendiarios del 93. Lo cierto es que su maestro Hegel escribió las siguientes líneas: — «Robes- «pierre proclamó el principio de la virtud, como el mas elevado «principio de gobierno. — Fue un hombre que tomó la virtud en «su gravedad. — Bajo Robespierre reinaron la virtud y el terror.» (*Filosofía de la Historia* publicada por Gans; Berlin, 1836, página 443).

Ved ahí el Syncretismo, y el punto á donde conduce el Syncretismo.

Pero seria altamente engañarse el creer que los partidarios de esta doctrina la han conocido, la han querido y amado por lo que es en sí misma. Ella no era mas que un medio, cuyo fin era siempre idéntico al que se habia ya propuesto el Protestantismo en sus precedentes transformaciones, de protestar contra la verdad católica, de echar por tierra la Iglesia, de continuar la grande lucha; y esto no era sino un cambio de estrategia.

Échase de ver como bajo este respecto, el Syncretismo era un progreso sobre el Eclectismo, pues que, sin discutir ningun sistema, los admitia á todos en su vasto plan de conjuracion. Levantaba un grande ejército de cuanto habia de mas confuso, de mas contradictorio, de mas inconciliable en las opiniones humanas, y cuyo único lazo era el odio de la verdad: Sensualismo de Condillac, Idealismo de Berkeley, Cinismo de Voltaire, Utopía de Rousseau, Ateismo de Holbach, Panteismo de Espinosa, Materialismo de Helvecio, todo era admitido, todo era abarcado y justificado por una escuela que se gloriaba de haber realzado el Espiritualismo, y que habia parecido hacerlo en efecto, pero para abatir con mas seguridad el Catolicismo, y cambiar contra él las armas ya embotadas del último siglo.

El Syncretismo era lo que significaba su nombre y su etimología, una coalicion [1].

¿Las sectas protestantes desaprobaron acaso esta monstruosidad? ¿ó bien esta monstruosidad las rechazaba como incompati-

[1] De la palabra griega συγκρητισμός, que significa propiamente reunion de diferentes repúblicas en la isla de *Creta* contra el enemigo comun; mezcolanza confusa de opiniones, de sectas y de comuniones.

bles con ella? ¡Cuán al contrario! Ellas eran invitadas formalmente á tomar parte en el tratado: la Filosofía consentia en abjurar sus prevenciones antireligiosas, con tal que las *religiones*, por su parte, hiciesen el sacrificio del *viejo dogma*. Tales eran las bases de este PACTO ENTRE TODOS LOS SISTEMAS, QUE SE PREPARA EN SILENCIO, Y QUE ESTÁ TAL VEZ EN LOS DESTINOS DE LA FRANCIA EL VER COMO SE FIRMA EN PARIS, decia *el Globo*, órgano del partido. (*Tomo I*, número 92, artículo de Jouffroy).

«Poco costará, escribia entonces un verdadero filósofo, porque «contenia en sí un verdadero cristiano (el presidente Riambourg, «pág. 281 de sus *Obras* en un tomo, edicion de Migne), poco cos«tará al Protestantismo, que debe reconocer aquí el desarrollo de «su propio principio, el suscribir á estas condiciones, y seguir á «la Filosofía en la senda del Syncretismo en la que se ha encar«rilado. ¿Y qué resultará de aquí? Fácil es el preverlo, en el caso «en que el Syncretismo moderno llegase á desarrollarse comple«tamente. Porque entonces las sectas disidentes, siempre mas in«diferentes sobre el dogma, se unirán á las sectas filosóficas, las «cuales por su parte corren tambien á su encuentro [1]. Esta gran«de coalicion del Racionalismo contra la Revelacion no tendrá «mas lazo que el fondo de antipatía que abrigan estas sectas hácia «la única religion que conserva intacto el depósito de las doctri«nas reveladas. Divididas entre sí, solo convendrian sobre este «punto, á saber, que la razon humana debe ser libre en adelante, «y emanciparse para siempre del yugo de la fe. Habrá, pues, un «último esfuerzo contra el Catolicismo, el cual se habrá reforzado «por su parte de todo lo mas puro, y verdaderamente religioso, «y de lo mas ilustrado de las filas de los Filósofos. Así se verá, co«mo en los primeros siglos de la Iglesia, todas las doctrinas fun«dadas sobre el porvenir, usando de una tolerancia recíproca, «sublevarse á la vez contra la verdad. La lucha será obstinada sin «duda, pero el Cristianismo, otra vez aun, prevalecerá.»

En 1828, el Sr. Riambourg anunciaba así la grande lucha, cuya crísis acabamos de atravesar, y que por lo mismo que es una lucha contra el Catolicismo, debia ser una lucha contra la civilizacion, y debia estallar en los dos centros correspondientes al uno y á la

[1] Esto es lo que hemos visto: los Protestantes del *Sembrador* han palmoteado los mas extremados extravíos de los Sres. Quinet, Michelet, etc. (*Nota del Sr. Foisset*).

otra, en Roma y en Paris. El profetizaba tambien su triunfo, triunfo reciproco y solidario, al cual asistimos, y que tenemos la confianza que va completándose mas y mas.

Pero antes de esto el Racionalismo debia adelantar un paso, debia llegar hasta el último límite del error. No era por cierto el Syncretismo su forma mas acabada. El espíritu del error habia sucesivamente negado á la Iglesia, Jesucristo, Dios, el alma, la verdad; habia despues acumulado todas estas negaciones para hacer una afirmacion de la fuerza, de la grandeza, de la legitimidad de la razon humana en todos sus delirios, en todos sus atentados; debia llevar esta glorificacion subversiva hasta la divinizacion, é ir á perderse en el Panteismo.

CAPÍTULO III.

PANTEISMO Y CRISTIANISMO; CONSECUENCIAS SOCIALES.

Bien que en Francia tomamos y desenvolvemos con rapidez el error; con todo, como nacion católica por esencia, no tenemos en nosotros el principio mismo del error, el cual en nuestro país solo es una importacion de las naciones protestantes.

Así hemos visto á Voltaire, tan *libertino* como era, segun se decia en su época, ir á buscar á Inglaterra en el seno del Socinianismo protestante el ingerto del Filosofismo.

Hemos visto mas tarde la escuela protestante escocesa darnos los gérmenes del Racionalismo.

Y ahora el Protestantismo aleman es quien va á infiltrarnos el veneno del Panteismo.

Y aquí se confirma de un modo singular lo que demostrar nos proponemos, á saber, que el Protestantismo es en nuestros tiempos modernos el principio generador de la negacion en todos los grados, hasta en su último término. El Filosofismo y el Racionalismo habian ido muy léjos en Francia, habian producido un trastorno considerable, habian hecho gran ruido y mucho mal; habian en gran manera sobrepujado, al parecer, al Protestantismo,

el cual, bajo ciertos respectos podia desaprobarlos: y no obstante, al mismo tiempo el Protestantismo hacia mucha mas via en el error, tocando ya á su término antes que aquellos, y él es quien debia darles la leccion y el ejemplo del Panteismo.

Mas, ¡cosa admirable, que queremos sobre todo exponer con toda su claridad á la atencion de nuestros lectores, como una de las mas brillantes pruebas de la divinidad del Catolicismo! Solo él, el Catolicismo, puede preservar de este monstruoso error, y al salir de la Iglesia el Protestantismo debia caer en él necesariamente.

Vamos á entrar aquí en un órden de reflexiones especiales, que deberán absorber nuestra atencion hasta hacernos olvidar, al parecer, nuestra marcha; pero que nos conducirán despues á ella, con el peso de una conviccion superior y completa.

En cambio de la atencion que exigimos, prometemos ser tan precisos y claros como nos será posible.

Dios es el principio necesario de todo cuanto existe: nada es sino por él; todo es de él; y sin embargo, nada es Dios excepto Dios mismo.

De ahí proviene en la unidad de todos los seres, un dualismo necesario: un lado por donde dependen de Dios, y otro lado por el cual de él se distinguen.

Este misterio que nosotros encontramos en la raiz de toda existencia creada, constituye el fondo de todos los misterios, y el punto de partida de todas las grandes aberraciones del espíritu humano fuera de la fe católica.

Porque, ó bien busca la razon de los seres finitos en su causa necesaria, el Ser infinito; y como la idea del Ser infinito absorbe para él toda la idea del ser, llega á no concebir ni querer admitir otra realidad que Dios: entonces lo contingente, lo variable, solo se le aparece como una forma, un fantasma; y termina en el Panteismo idealista.

Ó bien, buscando como explicar el fenómeno de la existencia por sus condiciones variables, pierde de vista su principio necesario: Dios le escapa, lo niega, y tiende al Naturalismo, desde donde vuelve á caer por lo comun en el Panteismo materialista.

El Panteismo, ó el Naturalismo, lo finito absorbido en lo Infinito, ó lo Infinito en lo finito, tal es el doble término inevitable

de las investigaciones del espíritu humano cuando quiere darse alguna razon del problema de la existencia.

Así vemos al Panteismo ocupar todas las regiones no ilustradas por la revelacion, ya antes, ya despues del Cristianismo; bajo la forma mística é idealista en todo el Oriente, bajo la forma filosófica y mitológica en todo el Occidente del mundo antiguo, y despues del Cristianismo, bajo la forma dogmática en todas las herejías que se han sucedido. La Iglesia *sola* en los tiempos modernos, y la Sinagoga, que tampoco es otra cosa que la Iglesia en los tiempos antiguos, la tradicion mosáica cumplida por el Cristianismo, y continuada por la tradicion católica, han recibido solas, y solas guardado la solucion del problema, el secreto de la distincion absoluta, y juntamente de la union íntima de lo Infinito y de lo finito, de lo Sobrenatural y de lo natural, de lo Divino y de lo humano, sin las cuales no puede haber sino estancamiento ó perturbacion, nada ó cáos en las sociedades humanas.

El gran dogma de la creacion domina desde luego toda la tradicion mosáica; y este dogma constituye la distincion incontestable de lo Infinito y de lo finito; de lo que es eterno y de lo que tuvo un principio; del Ser que *es el que es*, y de los seres sacados de la nada, que en rigor no *son*, sino que *ex-sisten*. — «En el «principio Dios hizo *de nada* el cielo y la tierra.»

Hé aquí el dogma capital que pone un abismo, la nada, entre el Ser y los seres, y que refiriendo el Ser mas allá de los tiempos, ante todo principio, hace imposible toda confusion entre Él y nosotros.

Así todas las religiones y todas las filosofías de la antigüedad, si se desviaron de la revelacion primitiva cayendo en el Panteismo, fue por haber perdido la idea del dogma de la creacion; y en nuestros dias la negacion de este dogma es lo que constituye el punto de partida de todos los sistemas del Racionalismo.

Entre el pueblo judío, el conocimiento de este gran dogma habia sido firmemente conservado por la tradicion sagrada, y sobre todo por la institucion del dia del *Sábado* y del año *sabbático*, cuyas obligaciones y privilegios imprimian y renovaban vivamente en el ánimo de aquel pueblo el recuerdo de la creacion con el sentimiento de su importancia. La enseñanza de aquel dogma era el fundamento y el punto de partida de la instruccion reli-

giosa de aquel pueblo; y hasta en los últimos tiempos, hallamos de ello un ejemplo interesante en las exhortaciones de la heróica madre de los Macabeos á sus tiernos hijos para alentarlos al martirio. «El *Criador del mundo*, decia á uno de ellos, que ha formado al hombre en su nacimiento, y que *dió orígen á todas las cosas*, te volverá tambien el espíritu y la vida por su misericordia, en recompensa de lo que ahora te menosprecias á tí mismo para obedecer su ley.» — «Hijo mio, decia al mas pequeño, inclinándose para hablarle en secreto, te ruego encarecidamente que mires al cielo y á la tierra, y á todo cuanto en ellos se encierra, y que *conozcas bien que Dios los ha criado de nada*, como á todos los hombres.» (*I Machab.* VII).

Esta distincion entre el Ser y los seres, entre el Criador y las criaturas, tomada del dogma de la creacion, se reproducia en todas las relaciones de Dios con su pueblo. Este diálogo continuo, este *altercato*, si así puede decirse, incesante, así en las acciones como en las palabras, esta grande personalidad de Dios, que enseña, que exhorta, que amenaza, que perdona, que hiere, que salva, que no mueve ni conduce á su pueblo sino por su libertad, la cual él respeta, por su responsabilidad, que mantiene siempre en accion, por su personalidad, que pone siempre en juego, son lo mas exclusivo que puede imaginarse del Panteismo y del Fatalismo. La omnipotencia de Dios y la libertad del hombre marchan frente á frente sin cesar en la religion judía, á diferencia de todos los demás pueblos, en donde el destino y el dogma de la fatalidad pesaban sobre la existencia humana, paralizaban toda espontaneidad moral, y autorizaban todos los vicios y todos los crímenes.

Mas esto no es sino un lado del problema. La *union* de lo Infinito y de lo finito no importa menos que su distincion, y en el modo de conciliar esta union y esta distincion es donde viene ordinariamente á naufragar la razon humana. Y á ello es arrastrada por una fatalidad. Lo Infinito nos atrae á pesar nuestro. Somos de tal manera hechos para Dios, que cuando no podemos unirnos á él, corremos á perdernos en él; y el medio mas seguro de perdernos en él, es querer aislarnos de él, porque este aislamiento nos deja reducidos á nuestra propia debilidad, que no puede soportar el vértigo de nuestra grandeza. Un solo medio hay para salvarnos de lo Infinito, y es aceptar el socorro que nos pres-

ta él contra sí mismo; y este es el objeto de la verdadera *religion*, en la cual lo Infinito nos tiende la mano para unirnos siempre mas á él, sin que caigamos jamás en él como en un abismo sin fondo.

Y en efecto, solo en esta religion la union y la distincion de lo finito y de lo Infinito están perfectamente conservadas, y se conservan la una por la otra, y la una en la otra; pues no podria haber union sin distincion, y esta se ejerce en la union misma.

Dos *alianzas*, dos *testamentos* son los que se invocan siempre y se recuerdan en las santas Escrituras, las cuales á este efecto han tomado el nombre de *Antiguo* y de *Nuevo Testamento*. La una de estas alianzas fue sellada en el monte Hereb por la promulgacion de la antigua ley, aguardando la otra que debia tener lugar en la plenitud de los tiempos, y abrazar todas las naciones.

En la primera de estas alianzas la distincion es la que domina; y el fulminante resplandor de que Jehovah hace preceder la promulgacion de su ley, imprime vivamente el terror en el ánimo de su pueblo. Mas no se halla la union enteramente excluida de esta alianza; pues la ley misma, las promesas de serle fiel de parte del pueblo, las bendiciones que Dios se compromete tambien á derramar sobre su pueblo, en recompensa de su fidelidad, constituyen una admirable *alianza*, en la cual hallamos el bosquejo de la solucion del problema, que consiste en la distincion sin separacion, y en la union sin confusion de lo finito y de lo Infinito.

Mas lo que sobre todo constituia la antigua alianza era la promesa antigua y cien veces renovada de parte de Dios, sin cesar esperada y aguardada de parte de los hombres, de una alianza mas perfecta, en la cual el misterio de la union de lo Infinito y de lo finito debia consumarse en un prodigio de la sabiduría y de la misericordia de Dios hácia la naturaleza humana.

La promesa de esta alianza, que data del primer hombre, y que habia sido sucesivamente renovada á todos los patriarcas, no se borró por la alianza que se verificó mas tarde con todo el pueblo en masa. No, pues esta misma alianza llevaba consigo aquella promesa; y esta nunca resonó tanto como despues de aquella alianza.

«Vendrán los dias, dice el Señor, en que yo haré una nueva «alianza con la casa de Judá [1]: no una alianza como la que hice

[1] La casa de Judá y la casa de David representan en el sentido de la promesa todo el pueblo judío, como el pueblo judío representa todos los pueblos de la

«con sus padres: ellos violaron aquella alianza, y yo les hice sen-«tir mi poder, dice el Señor. Mas hé aquí el pacto que haré con «la casa de Israel, cuando sus dias serán venidos: imprimiré mi «ley en sus entrañas, y la escribiré en sus corazones. Yo seré su «Dios, y ellos serán mi pueblo.» (*Jeremías*, XXXI, 31, 32, 33).

¡Qué bella alianza! ¿y puede acaso expresarse con términos mas vivos ni mas fuertes? «Yo seré *su* Dios, y ellos serán *mi* pue-«blo.» Dios y el hombre, lo Infinito y lo finito deben unirse; mas aun, penetrarse, poseerse recíprocamente: *recíprocamente*, y por esto mismo sin confundirse; porque la accion personal *posesiva*, si me es dado hablar así, de cada uno de ellos, será el agente de esta misma penetracion: «Yo seré *su* Dios, y ellos serán *mi* «pueblo.»

¿Y cómo se verificará este prodigio? ¿Hase de esperar el acontecimiento para saberlo? No: la promesa profética nos lo va á manifestar; escuchad:

«El Señor os dará por sí mismo un prodigio: Hé aquí que la «Virgen concebirá: dará á luz un hijo, que se llamará EMMANUEL, «que quiere decir, DIOS CON NOSOTROS.»

Ved ahí la maravillosa union, la solucion adorable del grande misterio de la existencia, que una sola palabra basta á exprimir; EMMANUEL.

Y para que los dos términos de la mediacion, lo finito y lo Infinito, sean perfectamente distintos en la consumacion misteriosa de su union, hé aquí cómo continúa el Profeta diciendo: «Un «niño nos ha nacido, y se nos ha dado un hijo (el que debia en «efecto llamarse Hijo del hombre). Lleva sobre sus hombros el «principado, y tendrá por nombre EL ADMIRABLE, EL CONSEJERO, «DIOS, EL FUERTE, EL PADRE DEL SIGLO VENIDERO, EL PRÍNCIPE DE «LA PAZ.» (*Isaías*, IX, 2, 3, 6).

Nunca en las santas Escrituras fueron prodigadas, acumuladas, y por decirlo así, atestadas, las mas sublimes y supremas

tierra, la naturaleza humana toda. *In te benedicentur* UNIVERSAE COGNATIONES TERRAE. — *Benedicentur in semine tuo* OMNES GENTES TERRAE. — *Benedicentur in te et in semine tuo* CUNCTAE TRIBUS TERRAE. — *Non auferetur sceptrum de Juda, donec veniat qui mittendus est,* ET IPSE ERIT SPECTATIO GENTIUM. (Génesis, XXVI, XXVIII, XLIX). Mas tarde la promesa se particularizó, en cuanto á su héroe Jesucristo, á la nacion, á la raza y á la familia de donde debia salir; mas ella quedó general y universal en su objeto, como lo ha tan prodigiosamente demostrado el cumplimiento.

atribuciones del nombre *incomparable*, como lo están aquí sobre este *pequeño niño que nos ha nacido*, como para dar un contrapeso al abatimiento por la grandeza, á lo finito por lo Infinito, y para que los dos términos sean profundamente distintos estando íntimamente unidos. Aquí no hay para que engañarse, pues este *pequeño infante* es el *Padre de la eternidad*, y de estos dos términos se hace un solo *Emmanuel*. El mismo cielo y la tierra se unen sin confundirse para producirlo, segun aquella otra palabra tan profética como admirable: «Cielos, destilad vuestro rocío de lo alto, «y que las nubes hagan llover al Justo: que la tierra se abra, y «que germine al Salvador, y que aparezca á la vez *la* Justicia.» *Rorate, coeli, desuper, et nubes pluant Justum: aperiatur terra, et germinet Salvatorem, et Justitia oriatur simul.* (Isaías, xlv, 8).

Y admirad ahora la conformidad del cumplimiento, y el maravilloso resultado de esta grande solucion del problema de la union sin la confusion de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, que no ha sido dada sino por el Cristianismo católico, fuera del cual ha quedado siendo el escollo fatal de todas las religiones y de todas las filosofías.

El suceso se ha cumplido. El *tierno niño*, esta *semilla de la mujer*, anunciado á la mujer primera, este *Hijo de la Virgen*, manifestado por Isaías, *Emmanuel*, nos ha nacido. ¿Cómo se ha cumplido esto, y cuál es su historia?

«En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y *el Ver-*«*bo era Dios. Todo se hizo por él*, y nada de lo que se ha hecho ha «sido hecho sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de «los hombres, la verdadera luz que ilumina á todo hombre que «viene á este mundo. Él era en el *mundo, y el mundo se hizo por «él*, y el mundo no le conoció... y *el Verbo se hizo carne*, y habitó «entre nosotros; y vimos su gloria como hijo único del Padre, «lleno de gracia y de verdad. (*Evangelio segun san Juan*, i).

Ved por cuál declaracion sublime de la genealogía divina del Verbo, de su omnipotencia *creadora*, hace preceder el Evangelista aquellas palabras: y *el Verbo se hizo carne*, por las cuales exprime su union con nuestra naturaleza, recordando el dogma de la *Creacion* en el momento en que anuncia el de la *Encarnacion*, para salvar y mantener en el mas alto grado la distincion mas profunda en la union mas perfecta.

Y ved tambien en qué términos el divino mensajero es envia-

do á la *Vírgen*, en quien debia operarse el *prodigio* anunciado por el Profeta: — «Ved ahí que concebiréis en vuestro seno, y pari-«réis un hijo, y le daréis el nombre de Jesús. Será grande, y se-«rá llamado *el Hijo del Altísimo*, y el Señor Dios le dará el trono «de *David su padre*... el Espíritu Santo vendrá en Vos, y la vir-«tud del *Altísimo* os cubrirá con su sombra... Por esto el fruto «santo que de vos nacerá será llamado el Hijo de Dios.» *(Evangelio segun san Lucas*, 1).

Así, este fruto único de las entrañas que han de darlo á luz, es á la vez y de una manera distinta, *Hijo del Altísimo é Hijo de David; Hijo de Dios e Hijo del Hombre: Dios y Hombre* distintamente, aunque personalmente un solo fruto, un solo *Jesús*.

Y mas tarde, cuando este Jesús va á inaugurar la carrera de su apostolado, cuando va á obrar su primer milagro, y á obrarlo á la invitacion de su Madre, á la cual hasta entonces habia estado *sometido;* ved como, al paso que bendice en algun modo á esta Madre, poniendo la Omnipotencia al servicio de su caridad, como si no fuese mas que el ministro de esta Omnipotencia, no teniendo ella mas que designar el objeto con aquellas palabras: *No tienen vino;* ved, repito, como en esta union de lo Infinito á lo finito, que llega hasta á la sumision, lo Infinito, no obstante, se desase ó se desprende por aquella palabra sublime: *Quid mihi et tibi est, mulier?* «*Mujer* (no madre, sino *Mujer*, criatura), *¿qué* «*hay de comun entre vos y mí?*» Lo cual no turba á aquella madre que estaba en el secreto de esta palabra, y no impide que diga ella con confianza á los que servian: *Haced lo que os diga*, y que el Todopoderoso, su hijo, no concediese el milagro á su ruego.

Limítome á estos simples hechos, sin hablar de las otras manifestaciones de la Divinidad en Jesucristo, y de los rayos que de ella se le escapaban al través de la nube de su humanidad, tales como el testimonio que le rendia el Infierno por boca de los demonios que exorcizaba, el que le rindió el Cielo en su transfiguracion sobre el Thabor, y en fin, el que le rindió la naturaleza toda por su trastorno cuando él espiró, y por aquel grito de duelo que arrancó penetrando hasta el corazon de las naciones paganas: *¡El gran Pan ha muerto!* (Plutarco, *de los Oráculos que han cesado).*

¡Qué admirable concierto, qué maravilloso enlace en esta solucion tan limpia, tan sostenida, tan bien encadenada, tan fiel á

si misma, desde la primera palabra del Génesis: *In principio creavit Deus cœlum et terram*, hasta la última palabra del Evangelio: *Et Verbum caro factum est!*

La Iglesia, promulgando esta sublime doctrina, á medida que la herejía le iba dando motivo para ello, declaró desde el orígen, y sostuvo y ha sostenido contra todos los ataques y todas las insinuaciones del error, esta creencia que nunca ha vacilado en su seno, á saber, que hay en Jesucristo dos naturalezas sustancialmente distintas: la naturaleza divina y la naturaleza humana, Dios y el hombre, tan distintos en cuanto á la naturaleza, como cada uno de nosotros lo es de la Divinidad. Como Hijo de Dios, es consustancial á Dios, es el mismo Dios; como Hijo de María, es consustancial al hombre, y hombre él mismo: verdadero Dios y verdadero hombre: hé aquí bien marcada la distincion entre lo Infinito y lo finito.

Pero al mismo tiempo, estas dos naturalezas distintas se unen sin confundirse para formar una sola *persona*, que es Jesucristo; así como, en algun modo, la naturaleza espiritual y la naturaleza corporal se unen en cada uno de nosotros para formar una persona humana.

Tal es el dogma de la Encarnacion, que nos muestra en Jesucristo un Dios-Hombre, Dios por razon de la naturaleza divina, hombre por razon de la naturaleza humana, y todo junto por razon de la persona; y que permite decir que si por razon de las dos naturalezas es verdaderamente Dios, y verdaderamente hombre, por razon de las mismas es verdaderamente Hijo de Dios, y verdaderamente Hijo del hombre; y que en este sentido María se halla ser, con toda realidad, la madre de Dios, del Dios-hombre, como el Padre celestial es el padre del hombre-Dios, y nosotros sus hermanos, sus miembros, cuando queremos serlo, *no haciendo mas que uno con él, como su Padre y el no hacen mas que uno.* (Juan, cap. XVI).

Adorable y profundo misterio que es la solucion del primero, del mas importante, y por decirlo así, del solo problema, del problema de la Religion, que consiste en *religar* lo finito á lo Infinito, sin absorberlo en él. Toda la economía de la revelacion cristiana se reasume en este misterio inicial: Dios hecho hombre: todos los misterios no son otra cosa que el desenvolvimiento de este misterio; donde quiera se hallan los dos términos que la Igle-

sia afirma y sostiene en la fe del mundo, y que concilia al mismo tiempo: lo natural y lo sobrenatural, lo humano y lo Divino, lo finito y lo Infinito.

¡Cuán precioso seria el seguir este misterio en todas sus fecundas aplicaciones! Dirémos tan solo, que los Sacramentos son como sus canales, por los que se derrama en el seno de la naturaleza humana, y que vienen á comunicarnos sus divinos efectos en los diversos estados de nuestra existencia; que el sacramento por excelencia, la Eucaristía, con tanta razon llamado la extension de la Encarnacion, reitera en cierto modo, y particulariza en cada uno de los que lo reciben la Encarnacion que se verificó una sola y primera vez; y que, así como el Verbo se hizo carne tomando la naturaleza humana *in individuo*, en el seno de María, del propio modo, por decirlo así, se hace nuestra carne de una manera particular, incorporando en nosotros la suya, y uniéndonos por ella á su divinidad, sin absorbernos en ella, á fin de que nuestra union con él sea tanto mas íntima y tanto mas profunda, cuanto mas recíproca es por la distincion misma: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in* ME *manet, et* EGO *in* ILLO.—EGO *et* ILLO, ¡qué distincion! *Manet in me et ego in illo*, ¡qué union! Este es el cumplimiento de la profecía: *Yo seré* SU *Dios, y ellos serán* MI *pueblo*. Hé aquí el verdadero *Emmanuel*.

Por la virtud de este Sacramento, y de todos los Sacramentos que tienen su orígen en el grande sacramento de la Encarnacion, el Cristianismo ha penetrado con su influencia civilizadora el mundo moderno en las edades de su formacion, que con tanta excelencia han sido edades de fe. Él lo formó sobre el tipo del hombre-Dios, «inspirándole los sentimientos que en sí tenia el Cristo «Jesús, que teniendo él mismo la naturaleza de Dios, no creyó «que le fuese una usurpacion el ser igual á Dios,—y no obstante, se anonadó él mismo, tomando la forma de esclavo á semejanza de los hombres, y habiendo sido reconocido por hombre, «por lo exterior, se abatió él mismo, y se hizo obediente hasta la «muerte, y hasta la muerte de cruz.» (*Ad Philip.* II, 5).

Hé aquí, repito otra vez, la solucion del gran problema que presenta la relacion de la Existencia infinita con las existencias finitas, que es propiamente la *Religion*. Fuera de esta, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos, siempre, en todas partes, así las religiones como las filosofías, han faltado comple-

tamente á esta solucion, y se han fatalmente estrellado, ó en el Panteismo idealista, ó en el Panteismo materialista, lo finito absorbido en lo Infinito, ó lo Infinito absorbido en lo finito. Sin entrar en pormenores que nos distraerian demasiado, bástenos mostrar de un lado todos los pueblos de la India, encorvados, inmóviles y como acurrucados en el Bhramanismo, que no permite considerar la naturaleza y la humanidad sino como formas, fantasmas, sueños de la única Existencia de donde emanan, y en la cual vuelven á entrar, sin estar dotados de realidad alguna que de aquella los distinga, locura que da á todos estos pueblos la actitud y la expresion del sueño y del delirio; — y de otro lado todos los antiguos pueblos del mundo greco-romano, entregados á una actividad brillante y poderosa, pero rápidamente precipitados en la mas monstruosa corrupcion por la divinizacion de la naturaleza, la deificacion de todas las pasiones humanas y de todos los instintos brutales; hallándose en las creencias antiguas la naturaleza y la humanidad dominadas por otras tantas divinidades y fuerzas fatales cuantas son las seducciones corruptoras y los malos deseos [1].

El Cristianismo vino á retirar el mundo de esta doble monstruosidad, de estos dos abismos, entre los cuales ha abierto la senda de la civilizacion, de la cual han salido, como verémos, para reincidir en los antiguos errores, todos cuantos han hecho rompimiento con la Iglesia. Ella nos ha salvado del Panteismo idealista del Oriente, en el cual Dios lo es todo, lo cual absorbe toda la actividad humana en la existencia infinita, y del Panteismo materialista de Occidente, en donde todo es Dios, lo cual absorbia la existencia infinita en la actividad humana, y divinizaba nuestras corrupciones.

De ahí se conocerá sin duda, que lo considerado hasta aquí mas particularmente como el problema religioso, se halla ser al mismo tiempo el problema social; mas aun, el problema universal de las existencias; y que de consiguiente, la solucion de este

[1] Lo mismo eran las filosofías que las religiones: el Panteismo constituia el fondo de todas ellas, pues ninguna habia que no partiese de la eternidad de la materia, y por consiguiente, de la unidad de sustancia. Y hasta la mayor parte se formulaban en un Panteismo absoluto, tales como las escuelas de Pitágoras, de Timeo de Locres, de Xenófanes, de Parménides, de Zenon de Elea, y de Zenon el estóico.

problema se aplica á todo. Resolviendo el problema de la existencia en Jesucristo, el dogma de la Encarnacion lo resuelve para la universalidad de los seres. Jesucristo, como Verbo, representa todo Dios, todo lo Infinito; como hombre representa toda la creacion, todo lo finito, de lo cual es él el compendio, pues lo es de la humanidad, la cual lo es de toda la naturaleza creada. En él, pues, se reasume todo para armonizarse en la mas admirable relacion de distincion y de union. Así, yo no dudo de que pueda aplicarse la fórmula de la Encarnacion á la ciencia de la creacion entera, cuyas leyes se descubririan mucho mas profundamente. Mas á nuestro objeto solo cumple aplicarla á la ciencia de la civilizacion, y á la solucion de la cuestion social.

Pues siendo el dogma de la Encarnacion la única solucion de la union sin la confusion de lo Infinito y de lo finito, é implicando toda otra solucion, ó la separacion, ó la confusion de lo Infinito y de lo finito, esto es, ó el Naturalismo, ó el Panteismo; fácil es demostrar que el dogma cristiano de la Encarnacion es el dogma social por excelencia.

En efecto: lo finito no puede bastarse á sí mismo: lo Infinito, que le ha dado la existencia, puede solo conservársela, desplegarla, terminarla, y hacerle llegar al fin de sus destinos, que no puede ser otro sino el mismo Infinito: hé aquí una primera ley universalmente atestiguada por el instinto religioso, que es el peculiar de la especie humana, y sin cuya satisfaccion no puede moral ni socialmente subsistir. La relacion, pues, de lo finito con lo Infinito es necesaria, y el Naturalismo es socialmente imposible [1]. — Ahora, si en esta relacion necesaria de lo finito con lo Infinito no salvais la distincion absoluta en la union misma, rómpese la libertad, que es el resorte de nuestra actividad y de nuestro perfeccionamiento; el hombre es absorbido ó tiranizado por la fatalidad; lo que hace, no puede dejar de hacerlo; su responsabilidad perece con su libertad, y con entrambas la distincion del bien y del mal, que son sus términos, y de consiguiente la civilizacion, que es su fruto.

Extendamos esta demostracion sobre un terreno mas práctico.

Toda sociedad humana descansa sobre el derecho y el deber, y se desenvuelve por el juego de sus relaciones.

[1] No hablarémos aquí sino de una necesidad de conveniencia, y tal como resulta del estado en el cual crió Dios la humanidad, y la regeneró Jesucristo.

El Panteismo, pues, tiende á la destruccion del derecho;—á la destruccion del deber;—al mas monstruoso desquiciamiento de las condiciones de toda sociedad.

El Panteismo tiende á la destruccion del derecho.— Borrando toda distincion entre lo sobrenatural y lo natural, hállase tambien que borra toda distincion en el mismo órden natural. El Panteismo no es mas que un Comunismo entre lo Infinito y lo finito, el cual debe venir á parar, con mayor razon, al Comunismo entre todo lo que es finito. Si las grandes personalidades de Dios y de la humanidad quedan absorbidas la una en la otra, ¿qué vendrá á ser de todas las demás personalidades secundarias, de todas las individualidades inferiores y mezquinas que nos distinguen los unos de los otros, y por consiguiente, de todos los derechos que á ellas se refieren, y de los cuales son ellas el centro y el apoyo? ¿Cómo puede una cosa pertenecer á quien no se pertenece á sí mismo? La primera de todas las propiedades es la de sí mismo, y solo por esta podemos llegar á las demás. En el Panteismo, pues, se desvanece todo derecho con toda personalidad.

Todo deber se desvanece igualmente. Esto es claro: si no tenemos una existencia propia, no tenemos ya actividad propia; somos por fatalidad lo que somos, ó mas bien, lo que nos hace ser lo Infinito, del cual no somos mas que sueños ó evoluciones. El ejercicio del deber está en este movimiento del libre arbitrio por el cual nos alejamos del mal y nos dirigimos al bien. No hay, pues, libre arbitrio con el Panteismo, porque no hay espontaneidad propia; no hay bien ni mal distintos y elegibles, pues nada hay fuera de la unidad de sustancia que lo absorbe todo, que lo produce todo necesaria, fatalmente. El deber perece así en su móvil y en su objeto, y desaparece en una comun necesidad de naturaleza.

Mas hay aun: los términos del mal y del bien, segun la universal acepcion, quedan destruidos. No solamente ya no hay para nosotros ni bien ni mal elegibles y existentes en sí mismos, sino que el mal se ha convertido en bien, y el bien se ha convertido en mal. En efecto, el mal nos es demasiado natural por desgracia; la inclinacion nativa de nuestro ser es hácia el egoismo, la pereza, la sensualidad, y todas las pasiones que de ellas derivan. Y, segun el Panteismo, lo que somos naturalmente, lo somos por necesidad, por fatalidad, divinamente: ello es la accion, la vida, la manifestacion del ser en nosotros: es el órden. Las pro-

pensiones naturales en este sistema son desde entonces no solamente mandadas, sino legítimas, santificadas; ni podemos ni debemos contrariarlas; y el bien, el deber consisten en seguir estos impulsos del Ser en nosotros. La nocion universalmente admitida del deber contrariando la naturaleza, es decir, estas inpulsiones del Ser, pasa á ser desde entonces una nocion falsa; toda la organizacion de la sociedad que descansa sobre esta nocion es viciosa; las creencias religiosas que sancionan esta nocion y esta organizacion son mentirosas; y Dios, tal como se ha entendido siempre, siendo el autor y el ordenador del género humano así establecido, es el gran fautor de este desórden natural, y nosotros somos sus miserables juguetes. Así todo se ha de rehacer en sentido inverso de lo que es: el deber, la sociedad, la religion, Dios, tales como se los ha siempre entendido, todo esto es el mal. Destruirlo todo de cuajo para restablecer la armonía de nuestras voluntades y de nuestras instituciones con nuestros apetitos y con nuestros instintos, esto es el deber, esto es el progreso, esto es la perfeccion. — Nada exagero; no me pierdo en vanas paradojas: hago la historia, harto sabido es; y luego lo verémos.

Hé aquí en donde termina el Panteismo, la confusion de lo finito y de lo Infinito.

Para evitar este abismo, ¿nos separarémos de lo Infinito? ¿harémos abstraccion de él para atenernos á lo finito, á las leyes y á las condiciones tales como son de su existencia? Mas entonces caemos por este medio en otro abismo, en el abismo del Naturalismo. Lo finito no puede pasarse de lo Infinito; porque en lo Infinito encuentra la razon y el fin de su existencia. Esta existencia, privada de razon y de objeto, pereceria al momento, y la sociedad quedaria disuelta. Moral y socialmente, el Naturalismo es imposible. La moral y la sociedad toman todos los principios que las constituyen y todos los motivos de accion que las determinan en las nociones de lo Bueno y de lo Justo, y en el cultivo de estas dos nociones, que son los dos aspectos de lo Infinito como Ley originaria y como Justicia final. Dios legislador, Dios remunerador: hé aquí el fundamento de toda ley y de toda justicia, y como los dos polos sobre los cuales gravitan y giran las sociedades humanas. Si Dios no existiese, seria menester inventarlo, se ha dicho, y lo creo muy bien, pues tampoco existiríamos nosotros; la existencia social importa y atestigua necesariamente la de

Dios, y su relacion con ella. Interceptar nuestras relaciones con lo Infinito, es interceptar el aire mismo que nos hace vivir en sociedad; porque, segun la bella y exactísima expresion de san Pablo, hablando al Areopago, «en él vivimos, nos movemos y somos.» *In Ipso vivimus, et movemur et sumus.* Nuestra existencia moral y social aumenta ó disminuye segun nos acercamos ó nos alejamos de lo Infinito, y nuestra separacion de él arrastraria inmediatamente nuestra disolucion y nuestra ruina [1]. De otra parte, no hay que tantear la experiencia: el Naturalismo no puede ser sostenido por largo tiempo por la naturaleza humana; como hemos dicho ya, no tarda el vértigo á apoderarse de nosotros en este aislamiento, y á precipitarnos mas profundamente en el Panteismo, por haberle querido evitar por este medio.

Hay, pues, un peligro igual de muerte para la naturaleza humana en estar sin relacion con lo Infinito, y en confundirse con él. Son dos escollos que es preciso poder evitar, alejándose totalmente del uno por la union, y totalmente del otro por la distincion entre lo finito y lo Infinito.

> Utque ferant aequos et coelum et terra calores,
> Nec preme, nec summum molire per aethera currum.
> Altius egressus coelestia tecta cremabis,
> Inferius terras: medio tutissimus ibis.
> Neu te dexterior tortum declinet in Anguem,
> Neve sinisterior pressam rota ducat ad Aram;
> Inter utrumque tene.
>
> Ovid. *Metam.* lib. II.

Tan inútilmente se darian estos consejos á la razon del hombre, como lo fueron al hijo del Sol: la suerte de Faetonte será siempre la de las religiones y de las filosofías humanas, y no pertenece sino á Jesucristo y á su Iglesia guiar el carro de la verdad [2].

Esto es lo que el hombre-Dios ha divinamente hecho en sí mis-

[1] Robespierre, recordando la fe en el Ser supremo en el seno de la sociedad espirante, por haberla repudiado, y á riesgo de ser él mismo la primera víctima de su resurreccion, es una brillante prueba de esta verdad.

[2] La dificultad es mucho mayor aun para guiar el carro de la Verdad divina, de lo que lo era en la imaginacion del poeta para guiar el del Sol; porque en este último caso no se trataba sino de guardar el justo medio entre la tierra y el cielo, *inter utrumque tenere*, mientras que en el primer caso no es el medio entre lo finito y lo Infinito que se ha de tomar, sino que lo que debe hallarse es la union perfecta en la distincion absoluta.

mo como tipo y forma de lo que debíamos hacer despues de él, presentándonos la union personal mas perfecta, y la distincion sustancial mas profunda entre lo finito y lo Infinito; esto es lo que ha reproducido en toda su religon; esto es lo que la misma ha realizado en la civilizacion moderna.

La civilizacion antigua se resentia de la impulsion original que habia recibido de la mano de Dios por la revelacion primitiva, y vivia de sus primeras tradiciones. Sin embargo, ella habia terminado por desviarse de estas, y por caer en el Panteismo politeista: nosotros vemos los efectos mortales de este error, creciendo á proporcion que mas en él se hundia, y llegados ya á su colmo cuando Jesucristo vino á sacarla de su funesto dominio. Estos efectos eran lo que es el Panteismo en sí, confusion y desunion; pues no pudiera haber union sin distincion, por cuanto quien dice union, dice tambien pluralidad de existencias.

Las sociedades antiguas nos presentan, en efecto, la confusion de todas las existencias las unas en las otras, y su contradiccion. Así, empezando por la existencia individual, el hombre, dentro de sí mismo, era un abismo de confusion, en el cual no podia distinguir la grandeza de la miseria, lo Divino de lo humano, y, por consecencia, un abismo de contradiccion.—Igual confusion, igual contradiccion existia entre el esclavo y el señor, es decir, entre los dos tercios del género humano, cuya existencia no pertenecia á sí misma, sino que estaba absorbida en la del otro tercio. Ni tampoco se pertenecia á sí propia esta tercera parte; la existencia del hijo y de la mujer estaba absorbida en la del padre y del marido; la familia no era sino lo que era el jefe. La existencia de este jefe estaba á su vez absorbida en la de la Patria, especie de divinidad fatal, personificada en una divinidad mitológica, en Júpiter Capitolino, Minerva, Juno; y á la fin, en Tiberio, Neron, Calígula, Heliogábalo, especies de Panes mónstruos, en quienes se reasumia todo el mundo romano, que disponian de todas las existencias, de todos los derechos, de todos los bienes, de todas las almas, y que movian el mundo al gusto de su locura, de su ferocidad ó de su infamia; y en esta monstruosidad panteística, la desunion, la disolucion mas inaudita de todos los elementos que le estaban avasallados [1].

[1] En la fundacion misma de Roma vemos esta idea panteista curiosamente marcada en una antigua tradicion que refiere Plutarco. «Romulo, dice, hizo

Viene el Cristo, y se coloca como la distincion misma y como la union de lo finito y de lo Infinito, de lo natural y de lo Sobrenatural, del hombre y de Dios. Su doctrina, que él mismo predica, sus discípulos, que la esparraman, su Iglesia, que la mantiene, formados todos sobre él, no tardan en conformar con él el mundo. Todas las existencias se desprenden las unas de las otras, y se unen en la misma proporcion. Vense salir poco á poco todas estas grandes distinciones, todas estas grandes personalidades que ignoraba el mundo antiguo, y cuyas relaciones constituyen la civilizacion moderna, del servidor con respecto á su amo, de la mujer con respecto al marido, del mas pequeño niño con respecto al hombre, del pobre con respecto al rico, del ciudadano con respecto al César, del César con respecto á Dios, de Dios, en fin, con respecto á todo, y de todo con respecto á Dios. Y al mismo tiempo que se operan todos estos desasimientos, todas estas distinciones, establécense entre ellas la union y la armonía por la resignacion, por el espíritu de sacrificio, por el socorro mútuo, por la recíproca asistencia, por la comun fe, por la única esperanza, por la unánime caridad, que nos une á todos, los unos con los otros por Jesucristo y en Jesucristo, hasta á no hacer con él, á pesar de todas las distinciones de nuestras diversas existencias, sino un solo cuerpo místico, una sola persona divino-humana, un solo hombre-Dios, conforme á aquella grande plegaria que dirigia él mismo á su Padre, y que revela el grandioso objeto de su mision: «¡Padre santo, conservad en vuestro nombre á aquellos que «me habeis dado, á fin de que sean Uno como Nosotros! No ruego «solamente por ellos (los primeros discípulos), sino tambien por «todos aquellos que deben creer en Mí por su palabra, á fin de «que Todos no sean mas que Uno. Como Vos, Padre mio, estais «en Mí, y Yo en Vos, que sean asimismo Uno en Nosotros.» (*Joan.* XIV, XV, XVI).

Así es como se ha cumplido «lo que en su bondad habia re-

«abrir un grande hoyo en el centro de la ciudad, al rededor del lugar llamado «*comitium*. Allí se depositaron las primicias de todas las cosas buenas y ne«cesarias; despues cada uno echó allí un puñado de tierra traida del país de «donde habia venido, y se mezcló todo junto. A este hoyo se le dió, como al «universo, el nombre de κοσμός.» (*De los principios de la Revolucion francesa, considerados como principios generadores del Socialismo y del Comunismo, por el Sr. Alberto du Boys*).

«suelto Dios en sí mismo, de instaurar en la economía de la ple-«nitud de los tiempos todas las cosas sobre el Cristo, ya en el «órden celeste, ya en el órden terrestre, en él mismo.» *Secundum beneplacitum ejus, quod proposuit in eo, in dispensatione plenitudinis temporum, instaurare omnia in Christo, quae in coelis, et quae in terra sunt, in ipso.* (San Pablo á los de Éfeso, 1, 9, 10). Lo cual es tan verdadero, como acabamos de ver, en el órden de la civilizacion como en el órden de la religion, porque esto es absolutamente verdadero en el órden de la creacion entera, de la cual es Jesucristo el primogénito, como es el primogénito del Padre celestial, acercándolos y uniéndolos en esta doble calidad en su persona, conforme á esta otra palabra sublimemente filosófica de san Pablo: «Nos-«otros tenemos la Redencion en aquel que es la imágen del Dios «invisible, el Hijo de su predileccion, primogénito de toda cria-«tura. Porque en Él todas las cosas han sido criadas en los cielos «y sobre la tierra, las visibles y las invisibles, sean tronos, sean «dominaciones, sean principados, sean potestades; todo ha sido «criado por Él y en Él. Él mismo es ante todo, y todo subsiste «en Él. Y Él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el príncipe, el «primogénito de entre los muertos, de manera que en todo ob-«tiene la primacía. Porque plugo al Padre que toda plenitud ha-«bitase en Él, y por Él reconciliar todas las cosas consigo, pacifi-«cando por la sangre de su Cruz todas las cosas ya en la tierra ya «en los cielos.» *In quo habemus Redemptionem... qui est imago Dei invisibilis, primogenitus omnis creaturae: — Quoniam in Ipso condita sunt universa in coelis, et in terra, visibilia et invisibilia, sive throni, sive dominationes, sive principatus, sive potestates: omnia per Ipsum et in Ipso creata sunt: — Et Ipse est ante omnes, et omnia in Ipso constant. — Et Ipse est caput corporis Ecclesiae, qui est Principium, primogenitus ex mortuis: ut sit in omnibus Ipse primatum tenens. — Quia in Ipso complacuit omnem plenitudinem inhabitare: Et per Eum reconciliare omnia in Ipsum, pacificans per sanguinem Crucis Ejus, sive quae in terris, sive quae in coelis sunt.* (San Pablo á los Colosen. 1, 14 y siguientes).

Filósofos, que buscais la sabiduría, nubes sin agua llevadas acá y allá por los vientos, árboles de otoño cuyo tallo marchito no da fruto, ondas de un mar bravío, que arrojais sin cesar la espuma de vuestras dudas y de vuestras decepciones, astros errantes, entregados á una eterna tempestad de tinieblas, si no volveis

a entrar en la orbita de la verdad [1]; vosotras todas, almas privadas de la luz, vedla aquí esta luz, esta verdad, esta sabiduría en su divina esencia, en su sublime é incomparable manifestacion. Esto no lo ha concebido el hombre, no es obra del hombre; yo invoco el testimonio de todas las aberraciones en que cayó siempre y en todas partes fuera de la revelacion en los tiempos antiguos; y concluiré por demostrarlo con aquellas otras en que ha caido fuera de la Iglesia en los tiempos modernos.

CAPÍTULO IV.

DE LAS HEREJÍAS EN SU RELACION CON EL PANTEISMO Y EL COMUNISMO. — HEREJÍAS DEL PRIMER PERÍODO.

Apenas quedó establecido el Cristianismo, cuando en torno de la Iglesia, que era su fiel depositaria, surgieron y se sucedieron las herejías, hostigando su majestuosa marcha al través de los siglos.

Mas hay una cosa sorprendente y decisiva que no ha sido aun bastantemente observada, y que prueba la divinidad del Cristianismo y de la Institucion de la Iglesia por la verdad de nuestra existencia social; y es, que cualquiera de estas herejías, sea cual fuere su punto de partida y su punto de ataque, al través de sus mil orígenes, de sus mil nombres y de sus mil formas, todas han querido atentar contra el dogma de la Encarnacion, y atacando este dogma, han, por esto solo, inmediatamente abundado en el Panteismo, en el Fatalismo, en el Comunismo; han sido, en una palabra, tan antisociales como anticatólicas, y han tendido á ha-

[1] Todas estas grandes imágenes que expresan la idea de lo que vale la verdad y de la desgracia de haberla perdido, cual nunca lo habia expresado ningun filósofo, y como lo ha sido despues por Dante y Pascal, son de un pobre barquero de Galilea, de Judas el pescador: «*Nubes sine aqua, quae à ventis «circumferuntur; arbores autumnales infructuosae; fluctus feri maris, despu-«mantes suas confusiones, sidera errantia, quibus procella tenebrarum serva-«ta est in aeternum...*» (Epíst. de san Judas, 12, 13).

cer retroceder hácia el antiguo cáos la jóven civilizacion, cuyos destinos ha salvado así la Iglesia, salvando los de la fe.

Es una prueba que nos parece digna de fijar la atencion de todo amante de saber la verdad, la que tan estrechamente une el Catolicismo y la sociedad, y permite establecer entre los dos una regla de proporcion, por la cual, sentada la verdad de la sociedad, da por resultado de la incógnita de su relacion con el Catolicismo, la verdad de este, y así recíprocamente [1].

La historia de las herejías miradas bajo este punto de vista, seria sobre vivamente curiosa, altamente interesante. Nosotros no podemos ahondar mucho en ella; pues seria la materia de una larga obra, y nuestro cuadro no nos permite mas allá de algunas páginas. Lo que de ello dirémos será á lo menos incontestable, y bastará para nuestro propósito.

En cuatro períodos podemos dividir la historia de las herejías:

1.° El período de las herejías indo-helénicas, en el que el viejo Oriente y el viejo Occidente hicieron sus últimos esfuerzos contra el Cristianismo.

2.° El período de las herejías dogmáticas, en el que los principales artículos del dogma católico fueron puestos en cuestion, y recibieron su definicion precisa.

3.° El período de las herejías escolásticas, en el cual, por el abuso del raciocinio, las herejías nacieron de las especulaciones del entendimiento sobre la doctrina.

4.° El período de las herejías protestantes y racionalistas, cuyo carácter propio es la negacion del principio mismo de la autoridad católica.

Vamos á examinar en seguida las herejías del primer período.

I.—Las primeras de todas las herejías contemporáneas del nacimiento mismo de la Iglesia, y que el Hércules cristiano ahogó en su propia cuna, fueron las de los *Judaizantes*, de los *Nazarenos*, y de los *Ebionitas*.

La singularidad que distingue estas herejías de las posteriores

[1] Los Socialistas han penetrado y justificado admirablemente esta relacion, confundiendo en su comun rabia el Catolicismo y la sociedad; y los Racionalistas conservadores, que despues de tantas lecciones quisieran todavía separar el Catolicismo de la sociedad, serian los mas incorregibles y los mas obcecados de los hombres.

es, que no habian salido del seno de la Iglesia, separándose de su doctrina, sino que mas bien se colocaron desde un principio á su lado, como formas particulares y defectuosas del Cristianismo.

Y por esto mismo, constituyen una prueba histórica inmediatamente contemporánea y directa de los hechos evangélicos, pues que la fe de estos heresiarcas en tales hechos no la bebieron en la Iglesia, á la cual no pertenecieron jamás, sino fuera de la Iglesia y en los hechos mismos, como lo atestigua notablemente su *falso Evangelio de los Hebreos*. Estos son, no Cristianos degenerados, sino Judíos mal cristianizados; *pruebas mal tiradas* que atestiguan en el mas alto grado la realidad de los caractéres históricos sobre los cuales se ha tirado la *hoja correcta* [1]. Quizás bajo este respecto no se ha hecho valer asaz este argumento en la apologética cristiana.

Sea como fuere, estos cristianos judaizantes, como se les llamaba, ó mas bien, estos judíos cristianizantes, cuyas diversas sectas iban comprendidas bajo el nombre de *Ebionitas*, se distinguian del resto de los judíos en reconocer que Jesucristo era el Mesías; y se separaban de los Cristianos, en que no admitian que fuese Dios. Negaban el dogma de la Encarnacion. La mayor parte admitian, no obstante, que Jesucristo habia nacido de una vírgen; mas no veian en él sino un hombre dotado de una sabiduría sobrenatural, en quien el Mesías celeste habia descendido, durante su bautismo, bajo la forma de una paloma. Este Mesías celeste era el mas elevado de los espíritus *emanados* de Dios. La doctrina, pues, de estos sectarios era la de la *emanacion*, es decir, del Panteismo oriental. Habian tomado su nombre de *Ebionitas* de una palabra hebrea que significa *pobre*, á motivo de que profesaban el desapropio individual y la *comunidad de bienes*, como una prescripcion que falsamente imputaban á los Apóstoles [2].

[1] Para entender este símil, ó imágen metafórica del autor, adviértase de paso que en el arte de imprenta se llama *prueba* la primera impresion incorrecta que se hace sobre los caractéres tipográficos, y *hoja correcta*, ú *hoja de prensa* aquella, despues de la cual se hace el tiraje de todas las demás.

[2] Los Apóstoles jamás han prescrito la comunidad de bienes. Verdad es que los primeros cristianos de Jerusalen, no teniendo mas que un solo corazon y una alma sola, vendian sus bienes y depositaban su precio á los piés de los Apóstoles, para que los distribuyesen á cada cual segun sus necesidades. Pero esto se hacia libremente, y nunca los Apóstoles hicieron de ello una ley. La prueba se halla en las mismas palabras de san Pedro á Ananías y á Safira, he-

Permitian ademas la poligamia, ó pluralidad de mujeres. (Dellinger, *Orígenes del Cristianismo.* — Alzog., *Hist. de la Iglesia.* — Bergier, *Dic. de teólog.* — Fleury, *Hist. ecl.*, etc.).

Así es como desde el primer dia del Cristianismo, la negacion del dogma fundamental de la Encarnacion se señaló por el Panteismo y el Comunismo.

La Iglesia dió el golpe mortal á estos primeros enemigos de la fe y de la civilizacion, aclamando la divinidad del Hijo de María.

II.—En seguida, ó al mismo tiempo que esta herejía, pareció la de los *Gnósticos*. Quien dice herejía, dice fraccionamiento al infinito, así como quien dice Iglesia, dice unidad perfecta. Cuando, pues, designamos una herejía por un nombre, no se ha de representar bajo este nombre una unidad de fraccion, sino fracciones de fraccion innumerables. Así, bajo la denominacion de *Gnósticos* pululaban una multitud de sectas; tan solo porque tenian algo de comun se les reunia bajo el nombre de *Gnósticos*, y este algo de comun es el punto de seccion por el cual se separaron de la Iglesia. Llamábanse *Gnósticos*, de la palabra *gnose*, que significa iluminacion, ciencia superior. Los Gnósticos tomaron por sí mismos este nombre orgulloso, porque se gloriaban de poseer luces extraordinarias, de estar iluminados. La Iglesia tuvo que sostener contra ellos combates muy largos y multiplicados, desplegando en esta lucha todo el ardor y todo el genio de sus primeros grandes doctores, particularmente de san Ireneo, de san Epifanio, de san Clemente y de Tertuliano. Los primeros Gnósticos eran paganos mal convertidos en Cristianos, así como hemos visto que los Ebionitas eran Judíos igualmente mal entra-

ridos de muerte, no por no haber llevado el precio íntegro de su campo á los Apóstoles, sino únicamente por haber *mentido*, diciendo que así lo hacian: «¿No érais *dueños* vosotros, les decia san Pedro, de guardar vuestro campo, ó «despues de haberlo vendido, de retener aun el precio?... Vosotros no habeis «mentido á los hombres, sino á Dios.» (*Actos de los Apóstoles*, v, 4). Nada puede darse mas formal. El Cristianismo, como se ve, no es comunista sino de la *verdad;* este es el único bien que exige que nosotros pongamos en comun. Pero este bien, á diferencia de todos los otros, se aumenta repartiéndose, y enriquece á los que lo comunican tanto como á los que lo reciben. En lugar de partirse, nos hace á nosotros participantes; y en vez de dividirse, nos une. Tal es la comunion de las almas, el reverso y el antídoto del Comunismo, y que la Iglesia sola ha podido operar.

dos en el Cristianismo: los Gnósticos posteriores fueron herejes salidos de la Iglesia.

La propiedad de los Gnósticos era negar el dogma de la Encarnacion, como los Ebionitas; con la sola diferencia de que los Ebionitas negaban la divinidad de Cristo, y los Gnósticos negaban su humanidad. Decian que Jesucristo no habia tenido sino una carne aparente; y que el haber nacido, el haber sufrido, el haber muerto era todo una pura apariencia [1]. Es incontestable que el Panteismo formaba el fondo de todas estas sectas; las cuales profesaban la doctrina de la *emanacion* descreciente, por una multitud de *eons*, ó de genios, á los cuales atribuian la produccion de las cosas y todos los sucesos; doctrina tomada en parte del Boudhismo, en parte del Platonismo. Su herejía misma, que consistia en no ver en Jesucristo mas que una apariencia, emanaba á un mismo tiempo y conducia al Panteismo; pues siendo Jesucristo el primogénito entre las criaturas, toda la creacion no pasaba de ser una simple apariencia como él.

Los Gnósticos se dividian en dos grandes categorías: los que solo admitian una sustancia única, ó panteistas simples; y los que admitian dos sustancias principios, los panteistas dualistas ó maniqueos. Estos eran tan panteistas como los primeros, con la sola diferencia que su Panteismo era doble: el Panteismo de la materia, cuyo principio emanador era el mal; y el Panteismo del espíritu, cuyo principio emanador era el bien: uno y otro necesarios. En consecuencia, profesaban el horror á las cosas materiales: se alejaban del matrimonio como de una propagacion del mal, y de la posesion de los bienes terrestres como de una adhesion al mal principio; pero, como todas las sectas que se han atrevido á reprobar la union legítima de los sexos, y la legítima propiedad de los bienes, esto era tan solo para hundirse en todas las torpezas que ultrajan la naturaleza, y en todas las locuras que desquician la sociedad. El Socialismo y el Comunismo de nuestros dias se vuelven á encontrar al pié de la letra en estos antiguos herejes. Leemos en un libro titulado: *De la Justicia*, compuesto por Epifanio, uno de sus jefes, á quien honraban como á un dios, que «la naturaleza misma quiere la comunidad de todas las co-

[1] Beausobre, *Historia del Maniqueismo*, lib. II, cap. IV, § 1.—Bergier, *Diccionario teológico.*—Alzog, *Historia de la Iglesia.*—Dellinger, *Orígenes del Cristianismo.*—Pluquet, *Diccionario de las Herejías.*

«sas, del terreno, de los bienes de la vida, de las mujeres; y que «las leyes humanas, invirtiendo el órden legítimo, han produci- «do el pecado por su oposicion á los instintos mas poderosos de- «positados por Dios en el fondo de las almas.» Tales principios podian fácilmente conducir á los crímenes contra naturaleza que la historia atribuye á estos herejes [1].

Dos inscripciones descubiertas poco hace en la Cirenáica, son un monumento notable de estos Gnósticos maniqueos. La una pone en un mismo nivel Thot ó Hermes, Trismegisto, Kronos, Zoroastro, Pitágoras, Epicuro, el persa Mazdac, Juan y el Cristo, como habiendo unánimemente enseñado la comunidad de toda propiedad (μηδὲν οἰκειοποιεῖσθαι). La otra dice: «La comunidad de «todos los bienes y de las mujeres es la fuente de la justicia di- «vina y la felicidad perfecta para los hombres buenos, sacados «del ciego populacho. Á ellos enseñaron el vivir juntos Zaradés «y Pitágoras, los mas nobles de los hierofantes.»

Si la fe no debiese ya levantar altares al Catolicismo, el reconocimiento deberia habérselos erigido por haber salvado la civilizacion en su cuna, abatiendo con redoblados golpes, y con la maza de la ortodoxia, la hidra del Gnosticismo, cuyas cien cabezas renacian erguidas por espacio de doscientos años para devorarla [2].

[1] Dellinger, *Orígenes del Cristianismo*, tomo I, pág. 248 de la primera traduccion francesa.—Maret, *Ensayo sobre el Panteismo*, pág. 219.

[2] La edad de la fuerza y de la pujanza del primer Gnosticismo, dice un sábio y muy respetable historiador, duró cerca cien años. Hácia la mitad del tercer siglo viéronse ya las señales precursoras de su disolucion; si en algun tiempo se habia podido temer que la forma gnóstica tomase un ascendiente sobre el Cristianismo, la preponderancia de la Iglesia fue desde entonces evidente y decidida. Pero el deslumbramiento que aquel error habia ejercido sobre el espíritu de tantos hombres, no se habia aun disipado enteramente, como lo probaron los progresos rápidos y la vasta extension del Maniqueismo, nueva secta, hijuela de la que se extinguia. El espíritu de las religiones naturalistas del Oriente reunió aun otra vez todas sus fuerzas, y probó el imprimir al Cristianismo una direccion retrógada hácia el viejo Paganismo. El alma humana fue de nuevo identificada por el Panteismo con la Divinidad, y una y otra se hallaron engullidas en el círculo de la naturaleza. (*Dellinger*, tomo I, pág. 266).—Mas tarde encontramos el Maniqueismo en los Albigenses, en los Templarios, y hasta en los Francmasones de nuestros dias, á lo menos en cuanto á las formas y al ceremonial de sus iniciaciones y señales secretas, de su reconocimiento, literalmente descritos por san Agustin, que en su juventud se habia dejado arrastrar por la secta de los Maniqueos. Mas adelante volverémos á tra-

III. — El Gnosticismo era el viejo error panteista del Oriente que habia querido transfigurarse en Cristianismo: el viejo error del Occidente tanteó el hacerlo á su vez, bajo el nombre de *Neo-Platonismo*.

La piedra de toque de su tentativa fue asimismo el dogma de la Encarnacion, Jesucristo, esta piedra angular siempre rechazada por cuantos quieren alzar los edificios vacilantes y ruinosos de la razon humana, y siempre subsistente como cimiento eterno del templo de la Verdad.

El dogma de la Encarnacion no es mas que el dogma de la Trinidad en accion para la salud del mundo, y necesariamente lo encierra. Jesucristo es el Hijo de Dios, Segunda Persona de la adorable Trinidad, que manifiesta la Primera en la Encarnacion, y que es él mismo manifestado por la Tercera en la Iglesia. La Encarnacion nos manifiesta al Padre celestial, reconciliándose el mundo en el Hijo; y la Iglesia nos muestra á este Hijo convirtiendo el mundo á esta reconciliacion por el Espíritu Santo. Mas estas tres Personas no tienen relacion necesaria y sustancial sino entre sí: con el mundo solo tienen relaciones de libre eleccion y de misericordia puramente gratuita. Ellas son Dios; y Dios, lo Infinito, es soberanamente independiente de lo finito, tanto en su esencia como en sus actos; tanto en la Iglesia como en la Encarnacion, como en la Creacion, como en la Eternidad. Extender las relaciones *necesarias* de las tres Personas divinas con el mundo, es, pues, ir á chocar directamente contra el dogma de la Encarnacion, que protesta contra este error por la distincion absoluta de las dos naturalezas en Jesucristo, que las reune solamente en su persona, no menos que contra el dogma de la Trinidad, que no admite en la participacion de la divina Esencia sino las tres Personas que la constituyen.

Tal fue el escollo del Neo-Platonismo.

El Neo-Platonismo tuvo tres centros principales: Alejandria,

tar de estas afinidades de secta. Observemos sin embargo, ya ahora, que los Maniqueos, como mas tarde los Albigenses y los Protestantes, tenian una aversion particular á las imágenes y á la cruz; que echaban en cara á los Católicos el dar en los errores de la idolatría, y honrar los Santos como á divinidades; y que pretendian que para ocultar á los láicos la contradiccion entre la conducta de la Iglesia y la Escritura Santa en este punto, prohibian los sacerdotes la lectura de esta última. (Pluquet, *Diccionario de las Herejías*).

Roma y Atenas; pero conservó el nombre de Alejandrino ó de escuela de Alejandría. Sus representantes mas célebres fueron Plotino, Porfirio, Jámblico, Hiérocles y Proclo. Su fin era salvar la filosofía helénica, y con ella el Paganismo, cristianizándolo, y suplantar el Cristianismo, tomando de él todo lo que se puede tomar, cuando no se entrega á sí propio á Jesucristo, es decir, cuando se quiere excluir de él á Jesucristo; pues los que no están con él, van necesariamente contra él.

Y por esto mismo fueron á dar tambien en el Panteismo, consecuencia ordinaria de rechazar el dogma católico de la Encarnacion.

Y lo hicieron, queriendo mas particularmente platonizar el dogma de la Trinidad, ó cristianizar el Platonismo. Véase, en efecto, segun la traduccion que el Sr. de Gerando nos ha dado de las *Enneades* de Plotino, el resultado de sus esfuerzos:

«La Unidad es el principio necesario, el orígen y el término «de toda realidad, ó mas bien, la realidad misma, la realidad «originaria y primitiva... Ella encierra en su seno los *gérmenes de «toda cosa;* es el Saturno encadenado de la mitología, Padre del «padre de los dioses... El Uno, con todo, no es el Ser, no es la «Inteligencia, es superior al uno y á la otra, estando sobre de to«da accion, de toda situacion determinada, de todo conocimiento. «Es cierta cosa invisible, retirada en una noche inmensa; el Pa«dre desconocido, el abismo, Βυθός. Esto es lo mismo que el *Brahm* «indeterminado de la metafísica de la India; el fondo del Ser, la «sustancia que es inaccesible, imperceptible en sí misma, y que «se concibe como aquello que está oculto en lo que se ve.

«Del seno de esta unidad absoluta procede la *Inteligencia* su«prema, segundo principio, perfecto tambien, aunque subordi«nado, la cual procede de aquella por emanacion, como la luz «procede del sol. El *alma universal* es el tercer principio, subor«dinado á los dos otros; esta alma es el pensamiento, la palabra, «una imágen de la inteligencia, el ejercicio de su actividad... «Esta procesion ó procedencia es de toda eternidad, y estos tres «principios, aunque formando una jerarquía en el órden de la «dignidad, son contemporáneos entre sí.»

Esta triada de Plotino compone el mundo inteligible, mundo perfecto que no es otra cosa sino la Divinidad misma en tanto que ella se manifiesta. Este mundo inteligible es no solamente el tipo

del mundo visible, sino que es *su base, la esencia real y verdadera.*

«Del alma suprema y de la inteligencia emanan en efecto las «ideas ó las almas que son las únicas realidades verdaderas, las «almas de los dioses, de los hombres, de los animales y de los ele- «mentos; la materia misma». El mundo, en una palabra, era para Plotino la grande alma, dando forma á la materia por las ideas ó las almas que ella produce.

La identidad absoluta, que es el fondo del sistema de Plotino, se revela sobre todo en la teoría del conocimiento. «El verdadero «conocimiento, dice, es aquel en que el objeto conocido es idén- «tico al sujeto que le conoce». Cuando percibimos, pues, la uni- dad absoluta, nosotros somos quienes la percibimos; cuando co- nocemos las otras inteligencias, nosotros somos tambien los que conocemos.

Con semejante sistema, la libertad, la espontaneidad, la per- sonalidad individual, elementos de toda sociedad, desaparecen enteramente. Así, segun Plotino, todo en el mundo es necesario, todo es la obra de una produccion fatal. El mal mismo no es mas que una negacion necesaria del bien; reside en la materia, la cual es considerada alguna vez por Plotino como una produccion im- perfecta del Ser supremo. En esta hipótesis, el mal reside en Dios mismo.

La misma doctrina en el fondo se halla en Proclo y en los de- más Neo-Platónicos.

Las operaciones theurgícas (ó de Dios) eran para ellos el grande medio de la purificacion y de la iluminacion de las almas. Busca- ban comunicaciones directas con los genios, con los dioses, con el Dios supremo. Así estos filósofos se empeñaban en rehabilitar todas las supersticiones paganas, y se entregaban con un celo in- creible á todas las prácticas del politeismo y de la mágia.

Esta doctrina, en la cual son fáciles de reconocer los princip- les rasgos del Hegelianismo de nuestros dias, era una amalgama extravagante de las filosofías orientales y helénicas, colorada con la doctrina cristiana sobre la Trinidad. Era una coalicion de to- dos los sueños del espíritu humano contra el dia de la verdad que venia á disiparlos. Los Neo-Platónicos, para contener los progre- sos del Cristianismo, se esforzaron en efecto en escoger de las di- ferentes escuelas de filosofía las opiniones que, á fuerza de palia- tivos, podian hacerse semejantes en apariencia á los dogmas del

Cristianismo, á fin de persuadir á los espíritus superficiales que los filósofos habian tambien descubierto la verdad como Jesucristo, y que no habia necesidad alguna de renunciar á su doctrina para abrazar la del Evangelio. El Neo-Platonismo, bajo este respecto, es una alta confirmacion de esta misma verdad que queremos sobre todo dejar patente y á toda luz, esto es, que todos los conceptos filosóficos del espíritu humano, sobre la verdad sobrenatural y fuera del círculo de la fe cristiana, van por último término á perderse inevitablemente en el Panteismo y el Fatalismo, pues aquel sistema nos presenta la reunion de todos estos conceptos reasumiéndose en este monstruoso error.

Tampoco negaban los mismos Neo-Platónicos que su doctrina se compusiera de otras tomadas de varias partes. Y tan léjos estaban de negarlo, como que habian erigido por método estos mismos plagios, y su amalgama por sistema, el sistema del *Eclectismo* y del *Syncretismo*, que tan fiel y discretamente ha vuelto á resucitar el Sr. Cousin.

Llegaron hasta pretender que la diferencia de carácter de los pueblos exigia una diversidad en su religion, y que necesitaban de este Syncretismo religioso, que vemos expuesto en Proclo, Hiérocles, Simplicio, Chalcedio, y el historiador Ammiano Marcelino. Y partiendo de este punto de vista decia Proclo: «El filósofo «no se concreta á tal ó cual culto nacional; no es extraño á forma «alguna de religion, porque él es el *gran sacerdote del universo.*» —*Este ministerio de las almas* es el que pretenden ejercer tambien nuestros filósofos, al igual ó mas bien sobre los pontífices de la religion.

Por lo demás, aquellos filósofos hacian al Cristianismo el mismo honor que se le hace en nuestros dias, de admitirlo, con las demás religiones, á la participacion de la Filosofía; Cristianismo y Paganismo estaban puestos al mismo nivel, no siendo uno y otro mas que manifestaciones de la Inteligencia, que tiende sin cesar á desprenderse para elevarse á la razon pura.

Mas esta tolerancia filosófica, á mas de ser atentatoria al Cristianismo dogmático, que no puede sufrir estas asimilaciones sacrílegas, servia de una verdadera táctica para batir en brecha el Cristianismo práctico y su accion civilizadora sobre el mundo. El Panteismo, bajo este respecto no solamente era el término inevitable de todos los conceptos humanos fuera de la fe, sino que se

presentaba al mismo tiempo como el terreno mas á propósito para esta grande conjuracion. Haciéndolo proceder todo de un mismo principio, y emanar todo de una misma Inteligencia, consagraba todos los errores, y autorizaba su coalicion y su liga contra la verdad que los excluia. Y esto es idénticamente lo que hemos visto en nuestros dias. No habia mas diferencia sino que el convenio estaba estipulado en Alejandría en vez de serlo en París, y redactado por Hiérocles ó por Jámblico, en vez de serlo en el *Globo* por Damiron ó por Jouffroy.

Pero esta tentativa fue tan vana entonces como lo ha sido en nuestros dias. La cuestion entre el Panteismo y el Cristianismo, entre el Paganismo antiguo y la civilizacion moderna, un instante suspendida sobre el mundo, fue cortada por la cuchilla de la verdad católica: el Panteismo y el Paganismo fueron precipitados otra vez en el abismo, y el Cristianismo prosiguió su marcha triunfadora, arrastrando el mundo en pos de sí en la gran senda luminosa de su destino.

¡Ambrosio! Apolinaro! Lactancio! Eusebio! Cirilo! Teodoreto! Arnobio! Clemente! Orígenes! Atanasio! Agustino! genios brillantes, doctores ilustres, y muchos de vosotros, sobre todo, grandes Santos, que combatísteis entonces por la Verdad, sed saludados por nuestra edad como los verdaderos Padres no solamente de la fe y de la Iglesia, sino tambien de la razon y de la sociedad, y del mundo, arrancado por vosotros á las antiguas tinieblas y restituido á sus elevados destinos! ¡Sed invocados en la gloria que os han adquirido tan grandiosos combates, en que la Verdad no solo fue salvada por vuestros escritos, sino tambien pagada, mas de una vez, con vuestra vida y con vuestra sangre; y alcanzad para vuestros sucesores, herederos de vuestro celo en la civilizacion y en la fe, las mismas luces contra los mismos errores, el mismo valor contra los mismos peligros, el mismo triunfo para la misma causa!

CAPÍTULO V.

HEREJÍAS DEL SEGUNDO PERÍODO.

Despues de la victoria decisiva obtenida sobre el Syncretismo alejandrino, la Iglesia y la sociedad cristiana no encontraron durante largo tiempo liga alguna exterior que detuviera su marcha. El espíritu del error, sin embargo, no faltó á su naturaleza eternamente envidiosa y subversiva, y al poder que recibió de la Providencia de entregarse á este su espíritu, en la medida prescrita, para probar incesantemente el valor y el celo de los discípulos de la Verdad. Sufrió entonces una especie de metempsícosis; pues quedando disueltas por el dogma cristiano los sistemas panteistas externos bajo cuya forma se habia producido, pasó á formas mas teológicas, mas dogmáticas, pero cuyo fondo no era menos panteista, ni el resultado menos antisocial.

I. — Segun esta nueva estrategia el espíritu de tinieblas empezó por transfigurarse en Ángel de luz en el *Montanismo* [1].

El Montanismo, al que cupo la triste gloria de mancillar la del esforzado Tertuliano, y de hacerle caer por exceso de su valor mismo, no desmiente este parentesco lógico que acabamos de hacer ver entre toda herejía cristiana y el Panteismo. La doctrina de Montano consistia en pretender que Jesucristo y la Iglesia no eran el término del *progreso* moral y religioso; que á mas de Jesucristo, que á mas del Espíritu Santo, del cual la Iglesia habia sido hasta entonces asistida, debia venir el Espíritu Santo en persona, el Paracleto, para traer á la tierra una doctrina mas avanzada, una moral mas severa, que debia ser un progreso sobre la del Evangelio, así como la del Evangelio habia sido un progreso sobre la ley mosáica, y esta sobre la ley natural: «La moral, decia, debe «perfeccionarse; debe aumentar en rigor. El mismo Dios ha pro«bado y mostrado de antemano esta gradacion, pasando del Anti-

[1] Aunque el Montanismo remonta de época mas lejana, sin embargo, como él abre la série de las herejías mas particularmente teológicas, hemos creido poder colocarlo despues del Syncretismo.

«guo al Nuevo Testamento *al traves de las instituciones y de los medios «de salud progresivos* del uno y del otro Testamento.» (Alzog, *Historia de la Iglesia*, t. I, p. 254, ed. de Riera). Fácil es reconocer á esta simple exposicion del Montanismo las trazas del Panteismo. Este progreso sucesivo al través de las instituciones y de los símbolos, no del hombre en la perfeccion moral, sino de la moral en el seno de la humanidad, se resiente mucho en efecto del desarrollo, de la procesion de lo Infinito al través de las formas y de los modos de lo finito, que es propiamente el Panteismo. Aplicábase Montano el beneficio de esta doctrina, haciéndose pasar como particularmente inspirado por el Espíritu Santo, como el órgano mas poderoso del Paracleto que hubiese parecido jamás. Predicaba, en consecuencia, una moral mas rigorosa que la del Evangelio enseñado por la Iglesia, pretendiendo, contrariamente á esta, que debian excomunicarse para siempre y sin remision los pecadores públicos, entregarse á abstinencias y ayunos desmedidos, prohibir las segundas nupcias, é ir delante de las persecuciones. Así como el Gnosticismo habia desenvuelto de una manera fantástica la parte teórica del Cristianismo, el Montanismo exageraba su parte práctica. El primero amenazaba transformar el Cristianismo en una teosofía mística; el segundo le convertia en un extremado Monaquismo. Y uno y otro, saliendo por los pasos del orgullo de la via prudente y sensata de la Iglesia, y privándose de sus socorros sobrenaturales al mismo tiempo que exageraban sus reglas y mandamientos, llegaron á todas las locuras del Iluminismo, y á todas las infamias por las cuales la naturaleza, cuando se la desconoce demasiado, recobra sus derechos.

Así, atacando el Montanismo el dogma de la Encarnacion en su eficacia absoluta, degeneraba en Panteismo, y acababa por la inmoralidad.

Los Obispos católicos, reunidos en varios sínodos, fulminaron contra esta sabiduría insensata y este rigorismo inmoral, y cercenaron de la sociedad de la Iglesia á esta secta de mentira.

II. —Sobre esta misma época surgieron las herejías de los *Antitrinitarios*, de los *Sabelianos*, y de los *Patripasionistas*. Estos herejes, para salvar la unidad de Dios, comprometida, segun decian, en el dogma de la Trinidad, negaban este dogma, y por consiguiente, el de la Encarnacion del Verbo, —los unos negando á Jesucristo toda relacion consustancial con la Divinidad, —

los otros no viendo en él sino una potencia Divina, no una persona Divina, no la Divinidad misma, —los otros, en fin, viendo en él la Divinidad, pero sin pluralidad de personas, reducida á la única persona del Padre, que se habia hecho hombre, y que habia sufrido por nosotros, y de esto derivaba su nombre de *Patripasionistas.*

¡Cosa singular, pero profundamente justa y lógica! estos herejes, por querer ser mas sábios, mas celosos por la grandeza de Dios que la Iglesia, caian en el extremo opuesto á su orgullosa pretension, prostituian la Divinidad. Y ¡cosa no menos singular y no menos lógica! la prostituian por el Panteismo, alternativa inevitable del dogma cristiano.

Así, estos espíritus vanos y soberbios, que pretendian vengar la Divinidad del ataque que se daba, segun ellos, á su union santa, la admision de tres personas que, sin embargo, no hacen en ella ninguna division; admitian á la identidad con esta Divinidad misma, no solamente las tres personas coinfinitas y coeternas, sino el mundo, la humanidad, todas las criaturas; y para salvar el Teismo, caian tambien en el Panteismo.

Hé aquí, en efecto, cuál era su sistema:

«El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo *no son* personas distin-«tas y coeternalmente existentes en una misma sustancia divina, «*sin relacion necesaria con el mundo.* Son denominaciones exterio-«res y temporales de la *manifestacion* de la *monas* divina, en su «accion sobre el mundo. Estas manifestaciones diversas de la mo-«nas no tienen otro objeto que su propio desenvolvimiento; ellas «se extienden, *se dilatan,* segun las expresiones estóicas (ἐκτείνεσ-«θαι ó sea πλατύνεσθαι) ó se restringen, se *concentran* (συντέλλεσθαι). «La monas se despliega en el mundo, y *viene á ser Padre;* se une «al Cristo por la obra de la Redencion, y se llama *Hijo;* se *iden-«tifica con la humanidad,* y se hace *Espíritu Santo.* En fin, despues «de haber *desenvuelto la vida divina* en los tres reinos del Padre, «del Hijo y del Espíritu Santo, la Divinidad se retira, se recoge, «se encierra en sí misma.» (Alzog. *Hist. de la Iglesia,* tomo I, página 259. —Dellinger, *Orig. del Cristian.,* tomo I, pág. 252. —Bergier, *Diccion. teol.*).

De este modo el Panteismo salia abiertamente de la negacion de los dogmas de la Trinidad y de la Encarnacion por estos herejes.

Réstanos que estudiar ahora las consecuencias antisociales de esta doctrina, y la profunda sociabilidad de los dogmas cristianos; y en esto deseamos que se nos siga con alguna atencion.

Si nosotros no somos mas que una manifestacion, una apariencia, somos anihilados; y siendo al mismo tiempo esta manifestacion una manifestacion, una *dilatacion* de Dios, quedamos autorizados, forzados, divinizados en todas las malas propensiones de nuestra naturaleza, consecuencia general del Panteismo, expuesta ya, y que nos limitamos á recordar.

Bajemos á un análisis mas elementar.

El elemento de toda sociedad consiste en dos cosas: *pluralidad* de seres, y *similitud*.

Y realmente, quien dice sociedad dice pluralidad, y de consiguiente distincion entre sí de seres cuya union forma la sociedad. Sin esta pluralidad conservada por la distincion en la union misma, no puede haber relacion, ni movimiento, ni vida. — Y añado yo: Nuestras sociedades, fundadas sobre la nocion y el culto del Bien y de lo Justo, es decir, de Dios, suponen una primera sociedad entre nosotros y Dios, entre lo finito y lo Infinito, por medio de su distincion necesaria á su union misma, y sin la cual, no siendo distintos y sociales con respecto á Dios, tampoco lo seríamos los unos con respecto á los otros. — En cuanto á la similitud de los seres, es evidente que no es menos necesaria que su pluralidad, para establecer entre ellos una sociedad: no se puede tener sociedad sino con seres semejantes; y con esta mira el hombre fue originariamente criado á la semejanza de Dios, y por esta primera similitud, fue formada nuestra primera sociedad con Dios, la cual, arruinada por el pecado, debia reformarse y consumarse mas tarde por Dios, haciéndose á su vez semejante al hombre.

De estas premisas yo saco dos luminosas consecuencias en favor de los dogmas de la Trinidad y de la Encarnacion.

En favor del dogma de la Trinidad, que Dios, siendo infinito, no puede tener relacion eterna y necesaria de sociedad natural, sino consigo mismo; porque ¿quién le es semejante? *Domine, quis similis tibi?* (Ps. xxxiv, 10) y que toda relacion, toda sociedad, importando, como hemos dicho, pluralidad no menos que similitud, es necesario de toda necesidad que haya en Dios una pluralidad, la cual, no pudiendo ser en la esencia, pues que *muchos* infinitos son una contradiccion, debe ser en alguna cosa en él

diferente de la esencia, á cuya cosa llamamos *personas*, y que, debiendo corresponder á las dos grandes necesidades de conocer y de amar, que son la vida del Ser, deben ser conocimiento y amor, distintos del sujeto que las engendra; que esta debe ser la primera de todas las sociedades, sobre la cual deben estar formadas todas las demás, de la que deben descender, y á la que deben remontarse.

En favor del dogma de la Encarnacion, que, para que haya sociedad entre nosotros y Dios, suponiendo la sociedad pluralidad y similitud, fue preciso que Dios se hiciese semejante á nosotros, quedando distinto de nosotros; que *uno de Dios*, si se puede hablar así, se hiciese *uno de nosotros;* que así formase el anillo de la union, el *Emmanuel*, que liga la sociedad de los hombres á la sociedad divina, y que inauguró el dogma social sobre el dogma de la Trinidad, por el dogma de la Encarnacion, como tan bellamente lo reasumió Jesucristo en aquella divina plegaria que no nos cansarémos de repetir tratando de esta materia: Que *Todos no sean mas que uno*, hé aquí la sociedad; *como Vos, Padre mio, estais en mí y yo en Vos, que sean asimismo uno en nosotros*, hé aquí el tipo de esta sociedad; en fin, *Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros;* ved ahí su nudo.

Así, pues, rechazar el dogma de la Trinidad, como lo hacian estos herejes, es negar al Ser por esencia la vida de la relacion, que es la propia del Ser, y que no puede hallar necesariamente sino en sí mismo; es forzarle en alguna manera, segun esta idea, á buscar fuera de sí y en lo finito los términos de sus relaciones necesarias, es decir, á abdicar su naturaleza, y á absorber la nuestra, y por consiguiente, toda sociedad, en el Panteismo.

Del mismo modo, rechazar el dogma de la Encarnacion, es hacer imposible toda sociedad mediata entre nosotros y Dios, toda relacion accesible é imaginable entre nuestra sociedad y su sociedad; y como esta sin embargo sea, segun el plan de Dios, el fundamento de aquella, es forzarnos asimismo á nosotros á ponernos en sociedad inmediata, en relacion directa y necesaria con Dios, á asimilar, por consiguiente, su naturaleza y la nuestra, es decir, á confundirlas, y á ir á perdernos en lo Infinito por el Panteismo.

Así es como se encadenan de un modo adorable todas las verdades en el seno de la doctrina católica, y como la herejía de los

Antitrinitarios y de los Sabelianos debia ser necesariamente panteista y antisocial.

III.—Esta herejía abrió la senda á otra herejía, mucho mas vasta en sus maneras de desarrollarse, al *Arrianismo*. El Arrianismo, que tantos estragos causó entre los pueblos germanos, y retardó por tan largo tiempo la accion civilizadora del Catolicismo sobre aquellos bárbaros, fue una consecuencia de la herejía antitrinitaria y sabeliana. El Cristo, segun Arrio, no era consustancial al Padre: era un ser creado, pero producido sobre todas las demás criaturas, y produciéndolas á su vez. El Arrianismo era una prolongacion parcial del Panteismo gnóstico, que habia puesto en boga la doctrina de las emanaciones divinas en disminucion. El Verbo divino, á los ojos de los Arrianos, era una emanacion inferior al Padre; y como al mismo tiempo le concebian bajo la idea de criatura, la creacion entera, cuya verdadera nocion quedaba destruida, venia á ser una série de emanaciones, lo cual era propiamente el Panteismo [1]. El primer grande concilio de Nicea anatematizó aquella herejía, y formuló la verdad católica en aquel pasaje de su símbolo, que hacemos resonar en nuestros templos: *Credo in... Jesum Christum... Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero, genitum non factum, consubstantialem Patri;* ensalzando de este modo la Divinidad de Jesucristo, y, por el contrario, segregando de la Divinidad la humanidad, la cual, confundiéndose con aquella, hubiera podido quedar comprometida.

IV.—Pareció entonces en la escena el *Pelagianismo*, el cual no fue otra cosa sino una aplicacion de los principios del Arrianismo. Y como, segun este, Jesucristo no era mas que una criatura, deducíase naturalmente que no podia alcanzarnos gracia alguna divina. La necesidad de esta gracia es lo que rechazaba Pelagio, pretendiendo que el hombre podia llegar al mas alto grado de perfeccion moral, y sustraerse al imperio del pecado por sus propias fuerzas. Verdad es que los Pelagianos no negaban la divinidad de Jesucristo, como lo hacian directa ó indirectamente los Arrianos; pero hubieran podido hacerlo sin el menor detri-

[1] Lo mismo debe decirse de las doctrinas heterodoxas sobre el Espíritu Santo, que no eran otra cosa mas que el Arrianismo aplicado á la tercera persona de la Trinidad divina, y que fueron condenadas en el segundo concilio ecuménico de Constantinopla.

mento de su teoría. Partiendo de dos puntos de vista diferentes, los dos sistemas llegaban á un mismo término, con solo seguir las consecuencias de sus principios. El Arrianismo separaba á Dios del hombre; el Pelagianismo separaba al hombre de Dios: el uno, partiendo de la negacion de la divinidad de Jesucristo, debia llegar á la negacion de la gracia divina; el otro, partiendo de la negacion de la gracia divina, debia llegar á la negacion de la divinidad de Jesucristo, y entrambos debian terminar en el Naturalismo.

Esto es lo que hemos visto obrarse en grande escala en el Protestantismo, el cual, por Zuinglio y Socino, llega en Rousseau á la doctrina de la *bondad nativa* del hombre y de la perversion de la sociedad, de donde Luis Blanc y los Socialistas han tomado los principios de su reforma. La confianza de estos en la bondad del hombre, sobre la cual fundan sus acusaciones contra la sociedad que lo ha pervertido, y sus locas utopías de reforma, embaucaba igualmente á los Pelagianos, y los inducia, por un falso refinamiento de perfeccion de que creian exageradamente al hombre capaz, á acriminar igualmente la propiedad, y todas las relaciones que constituyen la sociedad de los hombres. «Al con-templar como los discípulos de Pelagio, dice un moderno escri-«tor, sostuvieron que el renunciar á la riqueza era una obligacion «absoluta para cualquiera que quisiese trabajar para su salud, se «conoce muy bien que lo que ellos trataban era llegar sistemá-«ticamente á la miseria pública, á la negacion de la propiedad, «al Comunismo.» (Lacombe, *Estudios sobre los Socialistas).*

La ortodoxia religiosa y social halló en san Agustin un campeon indomable, que falló contra todos los errores pelagianos confrontándolos contra la verdad católica. Justificó la propiedad así mobiliaria como inmobiliaria del hombre individual con respecto al Estado; definió de una manera admirable lo que era de precepto y lo que era de consejo en la ley de la renuncia á las riquezas, y restituyó á esta ley su verdadero carácter evangélico, mas bien moral que material, y que no podrá jamás perjudicar á la vida social de los indivíduos de que se compone la de las sociedades.

V. — Rara vez se arroja el espíritu humano en un exceso, sin que quede de ello castigado luego, cayendo en un exceso contrario. De otra parte, como dijimos ya, el Naturalismo no puede

ser conservado mucho tiempo por el alma humana. Esta se horroriza del vacío, de su aislamiento de Dios; y nunca se halla mas cercana á precipitarse en este abismo, que cuando ha llegado á separarse de su Dios. El Naturalismo no es mas que una rápida transicion al Panteismo, despues que se ha dejado el Cristianismo. No es, pues, la separacion la que puede salvarnos de confundirnos con Dios: es la union, la *Religion.*

El Pelagianismo debia conducir al *Predestinantismo,* ó á la doctrina opuesta de la omnipotencia de la gracia divina en el hombre, exclusiva de toda cooperacion humana, y negativa de toda libertad. Dios nos predestina fatalmente á la felicidad ó á la condenacion: su sola accion nos hace necesariamente justos y santos. Tal fue la herejía del Predestinantismo, que contenia el Panteismo y el Fatalismo, doble error *que todas las herejías parecen haber tenido por único objeto de ingerir en las sociedades cristianas.* (F. Lacombe).

La Iglesia con una profunda sabiduría anatematizó el Pelagianismo y el Predestinantismo: el primero en el grande concilio de Cartago en 418; el segundo en muchos concilios de Arles y de Lyon. Ella sostuvo dos verdades igualmente ciertas: la accion de la gracia divina, y la accion de la libertad humana, es decir, siempre, la realidad distinta de lo Infinito y de lo finito, de lo sobrenatural y de lo natural, así en su accion como en su esencia. La gracia nada hace sobre nosotros sin el concurso de nuestra libertad. Nuestra libertad nada puede en nosotros, en el órden de salud, sin el socorro de la gracia. Distincion capital, esencial, que levanta á derecha y á siniestra de la humanidad un muro, y como un repecho que la preserva del Naturalismo y del Panteismo, y que despeja y deja desembarazado el sendero del buen sentido, de la experiencia, de la tradicion social, y de la verdad práctica de las cosas, por el cual debe aquella marchar.

VI. — Mas ¿cómo se verifica la conciliacion de la gracia divina y de la libertad? ¿Cuál es la parte recíproca de su accion en la obra de la salud humana? Aquí es donde se toca con el misterio de los misterios, con la dificultad de las dificultades: este es el paso que sola la Iglesia ha sabido atravesar, sin ir buscando ni vacilando, y en el cual han venido á resbalar y caer todos cuantos han pretendido separarse de poner simplemente el pié sobre la huella de su doctrina: *insistere vestigiis.*

Esto es lo que quiso hacer el *Semi-Pelagianismo.*

Segun el Pelagianismo, el pecado de Adan no ha desordenado las condiciones de la perfectibilidad humana: el hombre puede obrar el bien así despues como antes: tiene en sí una fuerza natural suficiente para propender hácia las buenas acciones: es naturalmente bueno; y la gracia es simplemente un socorro que le ayuda á hacerse mas fácilmente mejor.

Segun el Predestinantismo, el pecado de Adan mató la libertad, la posibilidad del bien para el hombre. Este tiene necesidad de la gracia, no como ayuda para *volverse á levantar,* sino como medio único y absoluto de *ser levantado.* Ella sola es la que le levanta, la que le sostiene y la que le hace andar: él no es en esto para nada: es un cadáver.

El Semi-Pelagianismo cree ser la misma sabiduría, viniendo á tomar un justo medio entre estos dos extremos, y decir que la gracia y la libertad concurrian mútuamente á realzar el hombre, y á llevarle al bien; que á las dos cabia igual parte en su salud, y que de las dos tenia igual necesidad; que despues del pecado original el hombre no es naturalmente bueno, verdad es, y llevado al bien mas que al mal; pero que se determina con la misma facilidad hácia el uno que hácia el otro; que solamente la gracia viene á determinar el buen movimiento, y desenvolver el buen principio que está en él.

¡Sabiduría humana! La Iglesia anatematizó esta herejía, mas perniciosa aun que las dos primeras, porque era mas especiosa, y conducia á aquellas por una doble pendiente. Ocupada, no en buscar el justo medio entre dos errores, sino únicamente en declarar la verdad revelada, que no se halla necesariamente en este justo medio, promulgó estos grandes axiomas de fe, de tradicion y de experiencia: Que por el pecado de Adan habíamos perdido aquel equilibrio de nuestra voluntad entre el bien y el mal; que por la concupiscencia somos arrastrados al mal; y que para restablecer en nosotros una igualdad perfecta, es indispensable la impulsion de la gracia; que de consiguiente esta es siempre previniente, y gratuita en cuanto es previniente; pero que no es eficaz sino con el concurso de nuestra libertad.

Así desató la Iglesia el nudo gordiano de la libertad y de la gracia formado por la herejía. Este nudo tiene indudablemente otros pliegues que se hunden en las misteriosas profundidades de la

libertad humana y de la gracia; pero la Iglesia jamás entra prematuramente en estos abismos, así como tampoco titubea jamás en perseguir el error, y aplicar á él, para disiparle, la luz limpia y viva de la precision, cuando esta le da motivo á ello. Solamente ella mantiene el mundo en la posesion de estas dos grandes verdades, de estos dos grandes principios; el sobrenatural y el natural, el divino y el humano, la gracia y la libertad; y las concilia en su accion de este modo: la gracia siempre previniente, la libertad cooperante; Dios tendiendo la mano al hombre, y el hombre tomándosela.

VII.—El Arrianismo, y todas las herejías que le habian precedido, habian puesto en cuestion la existencia de la Divinidad ó de la humanidad, de lo Infinito ó de lo finito en Jesucristo. El *Nestorianismo* vino á inaugurar otro órden de herejías, las que tocan no ya á la existencia sino á las relaciones naturales y á las operaciones recíprocas de las dos naturalezas en el Cristo.—La unidad de Persona fue atacada, como lo habia sido la dualidad de naturaleza. Transformó la distincion esencial de lo finito y de lo Infinito en su separacion. Segun él, habia en Cristo dos personas, *puestas la una junto á la otra,* unidas exterior y moralmente. Escandalizábase del título de *Madre de Dios*, universalmente dado á María; y sostenia que se debia decir tan solo *Madre de Cristo*, y que el hombre dado á luz por María debia ser llamado *Theophoro, ó que lleva á Dios*, como templo en el cual Dios habita. Desde entonces la Encarnacion no era mas que una simple *inhabitacion del Logos* en el Cristo, y el Verbo eterno no se habia hecho hombre.

Esta herejía procedia, sin saberlo, de los principios del Maniqueismo, el cual, como ya lo hemos advertido, no es mas que un Panteismo doble. La antítesis de las dos voluntades, de las dos naturalezas divina y humana, ó la dificultad de concebirlas unidas en una sola persona fue su principal base, así como la antítesis del espíritu y de la materia, ó la dificultad de referirlas á un comun orígen habia sido una de las bases principales del Dualismo.

Mas sobre todo, aislando lo finito de lo Infinito, debia terminar por precipitarle á él.

VIII.—Y esto es lo que no tardó en suceder.

Eutiques vino, siguiendo las huellas de Nestorio, á decir, que

«antes de la union del Verbo con la humanidad, las dos naturale-«zas eran absolutamente distintas; pero que despues de la union, «la naturaleza humana, confundida con la naturaleza divina, fue «por esta de tal modo absorbida, que solo quedó la Divinidad, «y esta fue la que sufrió por nosotros y nos rescató. El cuerpo de «Cristo era, pues, un cuerpo humano en cuanto á la forma, en «cuanto á la apariencia exterior, pero no en cuanto á su sustan-«cia.»

El *Eutiquismo* conducia tambien al Gnosticismo panteista puro, y produjo el *Monophysitismo*, que no admitia sino una sola naturaleza, y el *Monothelismo*, que no admitia, de consiguiente, sino una sola voluntad en Jesucristo; la naturaleza y la voluntad divinas.

Así es como estas herejías se engendraban y se reproducian recíprocamente; como el error se implicaba en su propio laberinto, y como fuera del dogma de la fe católica, y por poco que se desviasen de ella, se volvia siempre por fatalidad, de una parte ó de otra, al grande abismo.

El dogma salvador de la Encarnacion fue de nuevo desprendido de todas las herejías que intentaban alterarle; y estas fueron fulminadas con el anatema en los mas numerosos y célebres concilios. El tercer concilio ecuménico de Éfeso lanzó el rayo contra el Nestorianismo; el cuarto concilio ecuménico de Calcedonia hirió de muerte al Eutiquismo, y el sexto concilio ecuménico de Constantinopla condenó al Monothelismo.

La doctrina del Verbo hecho carne, vida del mundo, fue conservada en toda su pureza; y estas herejías no habian conseguido mas que ponerla á prueba, y darle mas vivo resplandor. Ella fue repetida, afirmada y definida tal como habia sido siempre creida desde los Apóstoles, desde Jesucristo.

«Conforme á lo que enseñan los santos Padres, — dice el de-«creto de unos de estos concilios, — declaramos unánimemente «que se debe confesar un solo y mismo Jesucristo Nuestro Señor; «el mismo, perfecto en la Divinidad y perfecto en la humanidad, «verdadero Dios y verdadero hombre; siendo, como hombre, «compuesto de una alma racional y de un cuerpo: consustancial «al Padre, segun la Divinidad, consustancial á nosotros segun la «humanidad; en todo semejante á nosotros, menos en el pecado; «engendrado del Padre antes de los siglos, segun la Divinidad;

«el mismo nacido en estos últimos tiempos, segun la humanidad; «un solo y mismo Cristo, Hijo único, Señor en dos naturalezas, «sin confusion, sin cambio, sin division, sin separacion, sin que «la union quite la diferencia de las dos naturalezas, conservan- «do la una y la otra su propiedad, y concurriendo en una sola per- «sona y subsistencia; de manera que no está partido ó dividido «en dos personas, sino que es un solo y mismo Hijo único, Dios «el Verbo, Nuestro Señor Jesucristo, como los Profetas y Nues- «tro Señor mismo nos lo han enseñado, como el Símbolo de los «Padres nos lo ha transmitido.» *(Decreto del cuarto concilio de Calcedonia).*

Al leer esta definicion de fe, el universo cristiano, por boca de todos sus Obispos, exclamó de una voz unánime: «Esta es la fe «de los Padres, esta es la fe de los Apóstoles; en ella consenti- «mos todos, así como ellos pensamos tambien nosotros.» *Haec fides Patrum, haec fides Apostolorum, huic omnes consentimus, ita sapimus;* y á esta aclamacion, todas las herejías quedaron confundidas, y el sol de la verdad católica, libre de ellas, continuó su curso.

Que no nos venga la incredulidad de este siglo á preguntarnos, despues de esta definicion del dogma de la Encarnacion, que le expliquemos y que le digamos cómo se hizo esto: nosotros le responderíamos con un Padre: *Esto se hizo de la manera que Dios sabe.* Esto se define, mas no se explica.

Pero al propio tiempo le explicarémos muy bien como esto no debe explicarse, haciéndole observar, que en los conocimientos de todo órden, aun los mas exactos como las matemáticas, que tienen por objeto lo finito, las cosas no se explican en definitiva sino por cosas que no se explican; que la propiedad de estas cosas que explican las otras es el de ser ellas mismas inexplicables, y de ser, por consiguiente, tanto mas inexplicables cuanto son mas explicativas; y que la cosa mas explicativa de todas, la que lo explica todo, Dios, es una cosa que nada puede explicar. —Y ¿por qué así? —Porque lo Infinito solo puede explicar lo finito, y que es propio de lo Infinito el ser inexplicable. La explicacion desciende de lo Infinito á lo finito, pero no remonta. —Y ¿por qué así, otra vez? —Porque las cosas no pueden explicarse sino *por medio* de otras cosas que les son anteriores ó superiores, como la palabra *por medio, ó segun,* usada en todas las explica-

ciones lo indica; y que la cosa que nada tiene que le sea anterior ni superior no puede, por consiguiente, ser explicada *segun* nada, ni *por medio* de nada; —y mas particularmente, porque lo Infinito es el Arquetipo de lo finito, el cual, siendo hecho segun este Arquetipo, se refiere á él y recibe de él la explicacion de su existencia, porque de él ha recibido esta existencia misma. La imágen se explica por medio del original; pero el original mismo, el Arquetipo, el Infinito, ¿quién lo explicará? *Quis videbit eum et enarrabit?* (Eclesiástico, XLIII, 35). Tanto valiera preguntar ¿quién lo ha hecho? *Es Aquel que es:* hé aquí su definicion tanto en sus operaciones como en su esencia. ¿Quién explicará racionalmente el mundo sin la creacion, sin Dios? Mas ¿quién explicará la creacion, quién explicará Dios? ¿Quién explicará el mundo moral y social, quién explicará el hombre y la humanidad sin Jesucristo, sin la solucion que da la Encarnacion del Verbo? Mas ¿quién explicará esta Encarnacion, quién explicará Jesucristo? Esto ni es posible, ni debe naturalmente ser posible. Pero si nada explica lo Infinito y sus operaciones, todo le prueba, todo le rinde testimonio, el testimonio que el problema rinde á su solucion. La verdad sola, en efecto, puede explicar la verdad. En este sentido, lo que escapa y debe escapar á la explicacion en la verdad infinita se halla en que ella misma da la explicacion de las verdades finitas; pues no puede darse sino lo que se tiene: y Rivarol pronunció una palabra de una profunda exactitud cuando dijo: *Dios explica el mundo, y el mundo lo prueba.* La explicacion desciende de Dios al mundo, y remonta en prueba del mundo á Dios: *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.*

Así se verifica en el dogma de la Encarnacion: siendo él inexplicable, explica solo y resuelve solo el problema de la union de lo Infinito y de lo finito, sin su confusion. Los une, y los distingue, y los distingue uniéndolos: dos condiciones sobre las cuales descansa todo el edificio de las existencias morales y sociales, ninguna de las cuales puede vacilar sin que todo el edificio se disloque, se derrumbe, y se abisme; dos condiciones, no obstante, que fuera de la tradicion católica, así en los tiempos antiguos como en los modernos, todos los movimientos del espíritu humano tienden á falsear y á violar, y que solo el Catolicismo conserva filosófica y prácticamente en el mundo.

Jesucristo solo, y despues de él la Iglesia, como habiéndola recibido de él, tiene la llave de esta puerta misteriosa de comunicacion entre lo finito y lo Infinito, de que habla san Juan en su Apocalipsis: «El Santo, el Verdadero, que tiene la llave de Da-«vid, que abre, y nadie cierra, que cierra, y nadie abre: SANC-«TUS ET VERUS QUI HABET CLAVEM DAVID: QUI APERIT ET NEMO CLAU-«DIT; CLAUDIT, ET NEMO APERIT.» (*Apocal.* III, 7).

Pero lo que no podemos omitir sin hacernos culpables de un silencio, que renovamos la promesa de romper por un homenaje mas especial [1], es que Jesucristo, que lo define todo, es el mismo definido por María.

La herejía lo sabe muy bien; y si para saberlo nosotros tuviésemos que juzgarlo por su conducta, ella nos instruiria de todo. Así como ella nunca atacó el dogma religioso y social de la creencia en un Dios *criador*, sino atacando el dogma cristiano de la Encarnacion; del mismo modo nunca atacó el dogma cristiano de la Encarnacion, sin atacar el dogma católico de la maternidad divina de María.

En la grande herejía de Nestorio esta divina maternidad es la que estaba al frente de la cuestion; pero en esta cuestion, y bajo esta cuestion se agitaba la de la Encarnacion, así como bajo de esta se agitaba la de toda religion y de toda sociedad. Muy limitado tiene el conocimiento quien no penetra todo este enlace, y no siente toda la profundidad de su extension.

¿María es ó no la madre de Dios, debe ó no ser honrada como tal? Vana y pueril cuestion, decian los entendidos y los suficientes; ¡vana y pueril como el siglo que la agitó! — Ved, sin embargo: — María no es la madre de Dios, decia la herejía; porque no puede admitirse que Dios haya nacido de una mujer. En efecto, lo que nació de María, decia Arrio, es el Hijo de Dios, pero no Dios mismo: es el primogénito de Dios, es aquel por quien ha nacido todo lo demás, de la misma manera que nació él mismo, siendo todo una pura emanacion de la sustancia infinita... Lo que nació de María, decia Nestorio, es el Cristo, es decir, un hombre en quien vino á habitar la Divinidad; pero que no es la Divinidad misma, no pudiendo la naturaleza humana y la naturaleza divina referirse á un mismo sujeto, así como ni tampoco la materia y el espíritu á un mismo orígen, y estando las dos separadas por toda la

[1] Bajo el título: *La Virgen y el plan divino.*

oposicion de los dos principios de que derivan, y que los animan exclusivamente... Lo que nació de María, decia Eutiques, no es nada, es una simple apariencia humana, una figura de hombre; María no es en este hecho sino el pretexto que cubre solamente el fondo de Jesucristo, el fondo de la naturaleza humana, el fondo de todo, que es Dios, Dios solo en todo, y del cual Jesucristo, como todo, no es sino la apariencia [1]... Así es como procurando la cabeza de la serpiente sustraerse de ser hollada bajo los piés de la maternidad divina de María, la cola del mónstruo, si me es lícito hablar así, se iba replegando por diversas sinuosidades, y degeneraba luego en Panteismo, en Maniqueismo, en Fatalismo, para infiltrar su veneno en la sociedad.

Mas no en vano se fulminó contra él aquel decreto primitivo: *Pondré enemistad entre tú y la mujer, entre su raza y la tuya: ella aplastará tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañar.* (Genes. III, 15). — La Iglesia, ejecutora de este decreto, ha conservado á María en la posesion de su poder sobre el espíritu de las tinieblas, publicándola madre de Dios. María es madre de Dios, porque Dios nació de María. Dios nació de María, porque el Cristo, su hijo, es el Hijo de Dios, y como tal, igual á Dios, Dios mismo. María tiene el mismo Hijo que el Padre celestial; solamente que es Hijo del Padre celestial desde toda eternidad, y de María en el tiempo; pero el mismo Hijo, la misma persona divina, el mismo Verbo, el mismo Dios, que tomó nuestra naturaleza, para hacer de ella, en union con la suya, una sola persona, la cual nació íntegramente de María. Esta grande personificacion de dos naturalezas finita é infinita, distintas y unidas en el Cristo, por la cual todo el mundo moral y social ha quedado retirado del Naturalismo y del Panteismo, y que le preserva de caer en estos dos escollos, se formó en las entrañas de María, la cual es su nudo vital.

Ya se conocerá desde luego, que, si el dogma de la Encarnacion es, como hemos manifestado, la solucion del gran problema de la religion y de la civilizacion, es igualmente verdadero que María, honrada en su divina maternidad, es la *fórmula* mas exacta, la mas decisiva y la mas conservadora de esta solucion [2].

[1] Si bien hemos dado toda la precision posible á las palabras, no hemos violentado en lo mas mínimo el sentido lógico de estas tres herejías.

[2] Esta fórmula se halla muy bien expresada por san Cirilo en aquellas pa-

Ella es, valiéndonos de una imágen ya tomada del lenguaje tan admirablemente simbólico de los Libros santos, la llave de David, *clavem David;* la llave de esta puerta misteriosa de comunicacion que rueda sobre el mismo gozne, y la cual de una cara da á lo finito y de la otra da al Infinito, Jesucristo, el cual ha declarado por sí mismo ser esta puerta: *Ego sum ostium: per me si quis introierit, salvabitur.* Joan. x, 9).

Cualquiera que se resiste á honrar la maternidad divina de María, este tal, sépalo ó no lo sepa, no es cristiano [1]. Este no cree en el *Verbo hecho carne,* es deista en cierto grado, ó cuando menos, se halla en la via de serlo; —y el que es deista, es, en cierto grado, panteista ó ateo, ó se halla en camino de serlo, lo cual permite decir, en cierto sentido, con san Gregorio Nazianceno: *El que no considera á María como la madre de Dios, no cree en la Divinidad, es ateo.*

Así, pues, ¡oh integridad admirable de la divina verdad en el Catolicismo! esta devocion tan humilde, tan olvidada, tan desdeñada de los Filósofos, —á los cuales solo falta para serlo el reconocerse por la piedra de toque de la humildad, cuya sublime escuela es esta devocion misma, —esta devocion, repito, está de tal manera enlazada con todo lo restante de la doctrina, que puede llamarse el último anillo de una cadena que tiene el primero en el dogma de un Dios criador, y que suspende y contiene las sociedades sobre el abismo del Naturalismo y del Panteismo. Las mas graves cuestiones, las mas vastas consecuencias del órden humano y social descienden de estos artículos de fe, de estos puntos de dogma relegados en el dominio de la devocion y de la teología, y cuyo extravío conduce de deduccion en deduccion, de

labras del decreto del sínodo de Éfeso: *Si quis non confitetur Deum esse secundum veritatem* Emmanuel, *et propter hoc Dei genitricem sanctam Virginem (genuit enim carnaliter carnem factum Dei Verbum),* anathema sit.

[1] «Cualquiera que no ame y no honre á la Vírgen con un amor y un honor «del todo especial y particular, no es un verdadero cristiano.» (San Francisco de Sales en su admirable segundo sermon sobre la Visitacion, que tiene por texto *Unus Deus. Ephes.* IV). «Por consiguiente, exclama Bossuet, toda vez «que la devocion hácia la bienaventurada Vírgen está tan solidamente funda«da, anatema á quien la niega, y priva á los Cristianos de tan poderoso socor«ro; anatema á quien la disminuye, pues debilita la piedad en las almas.» (Tercer sermon sobre la concepcion de la Santísima Vírgen, al concluir el tercer punto.)

desvío en desvío, á las doctrinas mas antisociales y mas subversivas.

Así, cuando el concilio de Éfeso, confirmando la tradicion, sostuvo la fe de los pueblos en la maternidad de María, el mundo cristiano rebosó de júbilo, y levantó hasta el cielo sus entusiastas aclamaciones; porque sintió instintivamente que habia escapado de un escollo. Y hoy, que acaba de escapar otra vez de su ruina por medio de unos de esos golpes, cuya saludable oportunidad revela la mano de la Providencia, por una inspiracion análoga á aquella, y á la relacion instintiva que ha existido siempre entre la Francia y María, la sociedad entera, precedida de aquel por quien Dios acababa de libertarla, ha corrido á rendir su gratitud á los piés de Nuestra Señora, y á hacer resonar las bóvedas de su templo con cánticos de triunfo, representando por donde quiera debajo de estas mismas bóvedas, entre las pompas de la mas acertada decoracion, la madre del Verbo encarnado, estrechándole con una mano contra su corazon, extendiendo la otra sobre el mundo, y aplastando debajo su planta la hidra del Socialismo.

CAPÍTULO VI.

HEREJÍAS DEL TERCER PERÍODO.

La referencia de todas las herejías con el Panteismo es verdadera y constante hasta á la monotonía: mas no por esto dejarémos de seguir su exposicion; porque, en nuestro concepto, de ello resulta una de las pruebas mas evidentes y poderosas de la verdad de nuestra fe, y de la necesidad de retornar á ella. Fuerza es preguntarse, ¿cómo una doctrina, de la cual nadie puede desviarse sin correr por todas partes á los abismos, dejaria de ser la pura verdad? ¿Cómo, si no fuese la verdad misma, pudiera sola, entre todas las invenciones de sistemas é instituciones, preservarse de este fatal destino, preservar de él al mundo, haciéndole adelantar incesantemente? ¿Cómo se posee tan bien á sí misma, se mantiene tan perfectamente en la actividad de su cien-

cia por sus doctores, y de su aplicacion universal por sus apóstoles, sin exageracion ni diminucion, ni extravío, ni confusion, y esto aunque siempre provocada, aunque siempre sitiada, aunque siempre hostigada por la violencia ó las sugestiones de las herejías que rebrotan de continuo á su alrededor; pero tan presto nacidas como reconocidas, tan presto reconocidas como fulminadas de muerte, sin que ninguna de ellas haya podido nunca, no digo desmembrarla en lo mas mínimo, pero ni tan solo suspenderla, ni embarazarla una sola vez durante mas de diez y ocho siglos, no logrando, al contrario, sino favorecer su desarrollo y poner á prueba su sabiduría? A la inversa de aquella estatua marina de Glauco, que las olas siempre batientes habian desfigurado y cambiado en un informe peñasco, la figura de la Iglesia jamás se ha alterado por las ondas espumantes de la herejía; y cuanto mas esta ha probado estrellar contra aquella la espuma de sus aguas, ha hecho resaltar mas y mas los rasgos divinos que la distinguian. Pregúntase sobre todo cada cual á sí propio, ¿cómo, defendiendo la Iglesia sus mas elevados misterios, ó mas bien su único misterio, se halla defender al mismo tiempo toda la série de verdades naturales y sociales; y, cual vigilante centinela apostada en las Termópilas de la civilizacion, cómo señala siempre de tan léjos al enemigo, le reconoce siempre al través de todos sus disfraces y de todas sus estratagemas, le hiere siempre con segura mano, sin que la astucia pueda jamás sorprenderla, ni imponerle la audacia, ni conmoverla la violencia, ni la ingratitud de esta misma sociedad que ella protege, desalentarla, y hacerle abandonar su obra inmortal? Y ¿qué será cuando, sobre todos estos prodigiosos caractéres, se observe, que la maravilla de la Iglesia, ya tan grande en sí misma, se halla duplicada por la maravilla de su prediccion y de la infalible palabra que desde su nacimiento, y antes aun de nacer, le prometió una estabilidad, contra la cual no podrian jamás prevalecer los asaltos del error?

Todo esto se explica naturalmente para aquellos que creen en la divinidad de la institucion de la Iglesia: en cuanto á los que no creen todavía en ella, no pueden responder sino enmudeciendo de admiracion.

Importa, pues, aumentar esta admiracion, y llevarla hasta no tener otro término razonable que en la fe.

Despues de las herejías del período que hemos llamado dogmatico ó teológico, vienen las herejías del período escolástico, desde el siglo nono al décimosexto. No vemos precisamente herejía propiamente nueva en este período, despues que las grandes decisiones de la Iglesia habian fijado todas las cuestiones; sino únicamente, de una parte una disposicion vaga á la herejía de las herejías, quiero decir, á la emancipacion de toda autoridad, estallando al fin en la audacia de algunos sectarios; y de otra parte, el tósigo de las primeras herejías gnósticas y maniqueas, derramándose de nuevo, extraviando los pueblos, y haciendo correr á la civilizacion los mayores peligros.

I. — Poco hablarémos del Islamismo, que volvió á tomar á la civilizacion los lugares que fueron su cuna. Bastará una palabra. El Islamismo se estableció al favor del Arrianismo, del Nestorianismo y del Eutiquismo, que infestaban entonces todo el Oriente. Estas tres herejías, en efecto, atacando el dogma de la Encarnacion, y el de la Maternidad divina, abrieron la puerta á la gran barbarie, por el doble impulso del Deismo fatalista y del envilecimiento de la mujer. Del mismo modo, ¡cosa digna de notarse! los dos sentimientos opuestos precipitaron la Europa sobre el Asia, y disputaron esta á la barbarie, de la cual libertaron por lo menos á aquella: el culto de Jesucristo, y el culto de la mujer; la cruz y la caballería. Dejo á cada cual que desenvuelva por sí mismo estos puntos, y siga sus luminosas indicaciones.

II. — El cisma de Focio, á mas de atentar contra el principio de la unidad de la Iglesia, contenia un principio de herejía sobre la procesion del Espíritu Santo, y en este punto participaba indirectamente del Arrianismo. Por lo demás, cuanto una rama separada del tronco puede subsistir, la Iglesia griega ha conservado en su forma las antiguas tradiciones del Cristianismo, y las ha conservado hasta la supersticion; y esta minuciosa fidelidad en algunos ritos primitivos, cuyo cambio en nada afecta el fondo de la doctrina, en esta Iglesia no es mas que una singularidad, y sobre todo un efecto de su inmovilidad y de su falta de vida. Y es un testimonio evidente de la vida divina en el seno de la Iglesia católica la comparacion de su estado y de su accion con el estado y la accion de la Iglesia griega. La Iglesia griega tenia para sí la inmensa ventaja sobre la Iglesia romana, que por su situacion y el intermedio en que se hallaba colocada, heredaba

mas inmediatamente de la civilizacion antigua y de la primera civilizacion cristiana. Constantinopla, Antioquía, Éfeso, Corinto, toda esta Asia Menor, todo este archipiélago griego en que los primeros rayos de la fe cristiana vinieron á cruzarse con los últimos rayos de la civilizacion antigua, en que la impresion viviente y continua de la vida del Salvador, de las predicaciones apostólicas, de los primeros combates y de los primeros concilios de la Iglesia, de los primeros testimonios de sus Confesores y de sus Mártires, y del estupendo milagro de la conversion de lo mas corrompido del mundo pagano en lo mas puro y mas santo del mundo cristiano : todas estas impresiones; todas estas inspiraciones, todos estos torrentes de luz, de tradicion, de fe, de gracia y de vida, brotando de sus mismas fuentes, daban á la Iglesia griega una ventaja inmensa sobre la Iglesia romana. Y ¿qué ha hecho ella de esta ventaja? No solamente no la ha propagado, no solamente no la ha conservado, sino que ha dejado que la noche de la barbarie invadiese las regiones de la luz; y ella misma ha quedado en sus tinieblas hundida y estacionada, sin hacer jamás el menor esfuerzo para salir de tan lastimoso estado, no presentando ya mas en el dia que un agregado de herejías y de groseras supersticiones que la simonía compra al despotismo el derecho de explotar, partiendo con él los provechos.—La Iglesia romana, al contrario, inundada desde un principio, de Bárbaros, expuesta siempre á los ataques de las mas malignas y tenaces herejías, teniendo que combatir á la vez la ignorancia y la falsa ciencia, la violencia y la sutileza, recibiendo á cada instante en su seno elementos extraños á todo orígen y á toda tradicion cristiana, y extendiendo por sí misma su apostolado en las regiones mas lejanas, las mas bárbaras, las mas salvajes, en que la lengua, las costumbres, las supersticiones, las habitudes, el clima, las comunicaciones, todo era obstáculo, todo era peligro, todo debia ser humanamente alteracion, perversion, naufragio para la disciplina y para la doctrina; la Iglesia romana, repito, no solo se ha mantenido íntegra y libre en medio de esta confusion y de estos obstáculos; sino que, obrando sobre todos estos elementos de barbarie, los ha dominado, disciplinado, fundido; les ha inspirado con su soplo, vivificado con su vida; ha sacado de ellos una civilizacion enteramente nueva; hasta ha recogido los últimos restos de la civilizacion antigua, que la Iglesia griega no ha sa-

bido conservar, y que de Constantinopla han venido á refugiarse á Roma; ha creado el mundo moderno, el mundo actual, en lo mas animado, en lo mas puro, en lo mas rico, en lo mas fuerte que tiene, de tal manera que no puede oponer á la misma Iglesia, sino el abuso de los beneficios que de ella ha recibido. ¡Qué prueba mas brillante de que la Iglesia católica es la única que tiene las promesas de Jesucristo, y que estas promesas son divinas tanto para la sociedad del tiempo como para la de la eternidad!

III. — Mas volvamos ahora al exámen de esta verdad, entrando en el pormenor de las herejías del período escolástico, y observando la relacion que cada una de ellas tiene con el Panteismo.

El primer movimiento de herejía escolástica se nos presenta en el célebre Scot Erígenes. Para demostrar la relacion de su herejía con el Panteismo, no hay mas que oir á uno de los historiadores mas exactos, y uno de los apreciadores mas indulgentes y mas reservados de los acontecimientos católicos.

«A pesar de su perspicacia divinatoria, dice Alzog, Erígenes «no supo ponerse á cubierto de los mas graves errores. Teniendo que luchar con expresiones que se resisten alguna vez en la «exposicion de las verdades inteligibles, no se mostró siempre «fiel á su propio principio de distinguir bien los términos propios «y figurados; confundiólos con harta frecuencia, abusó de ellos, «se hizo el precursor de Berenger en su doctrina de la Eucaristía, y dió inmediatamente ocasion á los errores posteriores «sobre las relaciones de la fe y de la ciencia, de Dios y del mundo, sobre la naturaleza del mal y la predestinacion. Sus opiniones vinieron á ser el orígen de donde, mas tarde, se sacó «una teoría positivamente panteista.» (Alzog. *Hist. de la Iglesia*, tomo II, pág. 392).

Así, pues, ved ahí una inteligencia, que sin ninguna mala intencion, pero sí con alguna temeridad, en vez de desplegar su actividad en la profundidad y en la sublimidad de la doctrina católica, como tan poderosamente lo hizo el genio de santo Tomás, quiere empujar y forzar sus límites: da un paso fuera del dogma de la Encarnacion eucarística, y al momento, ¿á dónde se dirige? ¿en dónde va á parar? En el Panteismo.

El historiador de quien hemos tomado el juicio que le concierne, es uno de los mas moderados acerca de él, y se esfuerza en excusarlo. «Por haberse ignorado, dice, la distincion terminan-

«temente establecida por Scot entre el lenguaje propio y el len-«guaje impropio aplicado al Criador, se le ha inculpado general-«mente el ser panteista... La proposicion, *Dios es en todo y lo vie-«ne á ser todo*, quiere decir en Erígenes: Dios se manifiesta en «todo; todo lo criado es manifestacion de Dios.» Esta explicacion es por lo menos muy benigna; pero la tendencia al Panteismo no deja por esto de ser muy manifiesta en el doctor sutil, y hasta nosotros no somos nada severos, atribuyéndole únicamente una culpa de tendencia [1].

IV. — Lo que sobre todo importa observar como una verdad, que parecerá tal vez excesiva, y que sin embargo es muy positiva, muy lógica y muy especialmente justificada por el género de herejías que vamos examinando, consiste en que, si el dogma de la Encarnacion es preservativo del Panteismo como doctrina, es bajo la condicion que se vivifique y realize en nosotros como sacramento. La realidad de la presencia sobrenatural de Jesucristo en la Eucaristía, nos hace sentir vivamente la distincion de lo Infinito y de lo finito; y la participacion de esta divina realidad nos hace probar su comunion sin dañar á su distincion, haciéndola al contrario mucho mas profunda por el sentimiento de la reciprocidad del amor que toca vivamente á los dos términos, Dios y nosotros; Dios en nosotros y nosotros en Dios, distintos y unidos, tan distintos como la mas honda miseria de la criatura lo

[1] Júzguese de ello por el pasaje siguiente: «El rio entero (de la ciencia su-«prema) mana de la primera fuente; la onda que de allí sale se esparce por «toda la extension de aquel inmenso rio, y forma su curso, que se prolonga «indefinidamente. Así la bondad divina, la esencia, la vida, la sabiduría y todo «cuanto reside en la fuente ú orígen universal, se dilatan desde luego sobre las «causas primordiales; descienden despues por estas mismas causas sobre la «universalidad de sus efectos, de una manera inefable, en una progresion su-«cesiva, pasando de las cosas superiores á las inferiores; y estas efusiones «vuelven despues á ser incorporadas en el manantial originario por la oculta «transpiracion de los poros mas secretos de la naturaleza. De allí deriva lo que «es y todo lo que no es, todo lo que se concibe y se siente, todo cuanto es su-«perior á los sentidos y al entendimiento. El movimiento inmutable de la bon-«dad superior y triple, de la verdadera bondad sobre sí misma, su simple mul-«tiplicacion, su difusion inagotable, que parte de su seno y vuelve á él, es la «causa universal, ó mas bien ella lo es todo. Porque si la inteligencia de toda «cosa es la realidad de toda cosa, esta causa que lo conoce todo lo es todo: «ella es la sola potencia gnóstica, ella no conoce nada fuera de sí misma, y «nada hay fuera de ella; todo está en ella, ella es la única que tiene una ver-«dadera existencia. (*De Divisione naturae*, lib. III, pág. 4).

es de la santidad de su autor, y tan unidos como deben serlo por un amor que salva esta distancia y supera esta distincion : dos sentimientos, dos necesidades profundamente verdaderas, profundamente necesarias al corazon del hombre; y cuya satisfaccion por el Catolicismo le salva de todas las aberraciones á que le precipitan por la falta de no encontrar su objeto.

Si la Escolástica, en la edad media, volvió á inclinar á algunos bellos espíritus hácia la especulacion racionalista, fue emancipándose de este contrapeso divino, que en las largas y seguras sendas de la teología positiva sostuvo los Anselmos, los Tomás de Aquino, los Lafranc, los Bernardos, los Gerson, los Buenaventuras, cuyo genio debió todo el vigor y todo el aplomo de su vuelo magnífico á las inspiraciones de la fe práctica. El alejamiento del foco de esta fe, la privacion del sobrenatural eucarístico, condujo á los otros al decaimiento de la fe á este sobrenatural, y al de toda la religion, y produjo muy presto su descomposicion en el Panteismo. Si en vez de tanto buscar cómo explicar en sí lo que es inexplicable, hubiesen sido fieles á la práctica del Sacramento divino, hubieran *conocido á Jesucristo en la fraccion del pan*, se hubieran conocido á sí mismos, hubieran conocido todas las cosas mucho mejor que escudriñándolas en ellas mismas; ó á lo menos hubieran sido ilustrados y preservados en los peligros de sus investigaciones. Pero, espíritus aguijoneados por el orgullo, y corazones enervados por la lucha de los sentidos, se hicieron al fin sus esclavos, y se hallaron arrastrados por esta esclavitud á aquella falsa libertad de raciocinar y de pensar, cuya iniciativa tanto han exaltado en ellos nuestros modernos racionalistas, y que no es mas en el fondo sino la libertad de extraviarse y de abismarse, abismando consigo el mundo. Tales fueron principalmente Berenger, Guillermo de Champeaux, Amaury de Chartres, David de Dinan, Gilberto Porretano y el célebre Abelardo.

El dogma de la Eucaristía habia sido hasta entonces respetado. Solo Scot Erígenes habia comenzado por atacarlo. Mas Berenger de Tours fue, en el siglo undécimo, el autor de una verdadera herejía sobre este punto : pronunciόse de una manera mas fuerte y mas formal aun que Erígenes contra el dogma de la *transustanciacion* y de la presencia real, y fue el autor de la secta de los Berengarios, que fueron los precursores de los Luteranos y de los Calvinistas, y que se vieron condenados por muchos con-

cilios, especialmente por los de Verceil, de Tours, de París y de Roma en 1079.

Se ha dicho, sin empero quedar bien establecido, que á estos ataques contra la fe en el dogma de la Eucaristía Berenger mezclaba otros contra los primeros fundamentos de la sociedad, que condenaba los matrimonios legítimos; que profesaba el principio de que las mujeres debian ser comunes; que reprobaba tambien el bautismo de los niños; que daba, en fin, en la herejía de los Gnósticos y de los Maniqueos. (Bergier, *Diccion. de teolog.)*.

V.—Roscelin fue el autor de una herejía sobre la Trinidad, que consistia en ver en las tres personas divinas tres seres, y por consiguiente tres Dioses; esta herejía fue la de los *Tritheistas*, condenada en un concilio habido en Constantinopla en 1092, y contra la cual escribió san Anselmo su bello tratado de la Encarnacion del Verbo.

Por medio de este ataque al dogma de la Trinidad Roscelin preludió la célebre disputa sobre los *reales* y los *universales*, que tanto agitó aquella época, y que bajo aquellos nombres bárbaros encubria el escollo fatal del espíritu humano desviado de la fe, cuya presencia anunciamos bajo todas las herejías.

Las ideas generales de los seres ¿son alguna cosa de real ó de puramente nominal? ¿Hay otra cosa de real que los seres en sí mismos, tomados individualmente?

No hay otra realidad sino los seres en sí mismos, tomados individualmente, y las ideas generales no pasan de una pura abstraccion nominal: esto sostenian Roscelin y los *nominales*.

Las ideas generales son, al contrario, las solas realidades, y los objetos individuales no son mas que sus formas ó fenómenos, decian los *realistas* [1].

¿Quién no reconoce nuestra grande cuestion bajo estas fórmulas? Las ideas generales de los seres son para nosotros los tipos, segun los cuales se particularizan los seres mismos, y sobre los cuales los juzgamos: ellas implican la generalidad de la Idea y del Ser, el Ser mismo como su principio, y la Inteligencia Infinita como su asiento. Negar un valor real á las ideas generales, es, pues, negar la generalidad del Ser, el Ser mismo, es caer en

[1] Las calificaciones de *nominales* y de *realistas* se entendian tambien con respecto á las ideas generales: decian los *nominales* que ellas no eran sino un nombre; decian los *realistas* que ellas eran las solas realidades.

el *Naturalismo.* — Y por otro lado, no admitir nada real sino las ideas generales, y no ver en los seres particulares sino las formas de las ideas generales, fenómenos del Ser, ¿no es evidentemente caer en el *Panteismo?*

Naturalismo ó Panteismo, tales son, pues, las dos salidas por las cuales la Filosofía se desembarazaba de esta grande cuestion. El Catolicismo, afirmando igualmente la realidad distinta del mundo sobrenatural y la del mundo natural, y la armonía ó concordancia de estos dos mundos en la grande personificacion de Cristo; presentándonos al Cristo como el Verbo, es decir, como el Pensamiento, la Idea eterna por la cual todo ha sido hecho, y todo ha sido regenerado, ya en el órden terrestre, ya en el órden celeste, y este mismo Verbo hecho carne; salva admirablemente, enlazándolas sin confundirlas, la realidad de las ideas generales en la realidad de la Idea divina, y la realidad de los objetos particulares en la individualidad humana de Cristo. Pone á la Filosofía en estado de determinar tanto su combinacion como su distincion en los conocimientos humanos, y dejando á los talentos que se ejerciten en el campo de la disputa, los retiene á lo menos en los términos generales de la verdad, y pone barreras á los precipicios [1].

[1] No podemos menos que dar aquí algunas muestras de la Filosofía católica sobre esta elevada cuestion, tomadas de *Scot Erigenes* en un pasaje irreprensible de sus obras, de *santo Tomás de Aquino* y de *Duns-Scot.* — Scot. Erigenes, de *Divis. nat.* lib. II, cap. 2: *Ideae* quoque, id est species et formae, in quibus rerum omnium faciendarum, priusquam essent, immutabiles rationes conditae sunt, solent vocari; et nec immerito sic appellantur, quoniam Pater, hoc est principium omnium, in Verbo suo, unigenito videlicet Filio, omnium rerum rationes, quas faciendas esse voluit, priusquam in genera et species, numerosque atque differentias, caeteraque quae in condita creatura aut considerari possunt et considerantur, aut considerari non possunt prae sui altitudine, et non considerantur, et tamen sunt, praeformavit. — *Thomas Aquineus,* Summa theologica, p. 1, quaestio XV, art. 1: Respondeo dicendum quod necesse est ponere in mente divina ideas. Ἰδέα enim graece, latine *forma* dicitur. Unde per ideas intelliguntur formae aliarum rerum praeter ipsas res existentes. Forma autem alicujus rei praeter ipsam existens ad duo esse potest, vel ut sit principium cognitionis ipsius, secundum quod formae cognoscibilium dicuntur esse in cognoscente. Et quantum ad utrumque est necessarium ponere ideas; quod sic patet. In omnibus enim, quae non à casu generantur, necesse est formam esse finem generationis cujuscumque. Agens autem non ageret propter formam, nisi in quantum similitudo formae est in ipso. Quod quidem contingit dupliciter. In quibusdam enim agentibus praeexistit forma rei fiendae

Muy poco ha reflexionado, y muy superficialmente ha observado el que no está convencido de la importante verdad de que el estado material de las sociedades es, ó pasa luego á ser conforme con las doctrinas que se agitan en el mundo superior de las inteligencias; y que de las ideas á los hechos, del gabinete del filósofo á la calle, no hay mas que la distancia de algunos grados, rápidamente salvada por las pasiones, que están siempre en acecho de lo que puede autorizar su licencia. El mundo de las inteligencias jamás está sin doctrinas, y estas doctrinas jamás están mucho tiempo sin manifestarse en hechos, sin dar su forma á la sociedad, y hacerla mover al sabor de sus inspiraciones. Las cuestiones mas especulativas de la Teología y de la Filosofía están siempre henchidas de órden ó de desórden, de vida ó de muerte.

La época de que hablamos tuvo de ello, como la nuestra, terribles experiencias.

Ya multitud de sectas conocidas bajo el nombre de Cathares, Patarinos, Patelinos, Coterales, Rutieros, Triaverdinos, Búlgaros, paseaban su delirio y su perversidad por toda la Europa. Su foco estaba principalmente en la alta Italia y en la Francia meridional, desde donde se esparcieron por lo largo del Rhin, en la Suavia y en Inglaterra; y despues vinieron á compendiarse todas en los Vaudenses y en los Albigenses, que pusieron un instante en problema la civilizacion universal, y contra los cuales se vió esta en precision de emprender una cruzada.

Y ¿qué doctrinas habian henchido estas sectas con su ponzoña? Y ¿cuál era la última palabra y el fin de sus empresas?

secundum esse naturale, sicut in his quae agunt per naturam; sicut homo generat hominem, et ignis ignem. In quibusdam vero secundum esse intelligibile, ut in his quae agunt per intellectum; sicut similitudo domus praeexistit in mente aedificatoris: et haec potest dici idea domus, quia artifex intendit domum assimilare formae quam mente concepit. Quia igitur mundus non est casu factus, sed est factus à Deo per intellectum agente; necesse est quod in mente divina sit forma ad similitudinem cujus mundus est factus. Et in hoc consistit ratio ideae.— *Duns Scotus* in lib. Sentent. distinct. XXV: Idea est ratio aeterna in mente divina, secundum quam aliquid est formabile ad extra, ut secundum propriam rationem ejus. — J. J. Gœrres, en su libro *de la Iglesia y del Estado*, pág. 91-94, Weissembourg, 1842, ha dicho tambien muy acertadamente: «La raíz mas profunda de las ideas universales se halla en el mismo Logos: «allí están las ideas, los prototipos segun los cuales todas las cosas han sido «hechas, y que el Criador ha ingerido en el espíritu humano, para servirle de «principio de toda ciencia...»

Todos los autores están unánimes para informarnos en esta parte.

Las doctrinas panteistas, que hemos visto ya en estado de herejía teológica, y que la Iglesia habia sucesivamente fulminado bajo los nombres de Ebionismo, de Gnosticismo, de Maniqueismo, de Montanismo, de Arrianismo, de Nestorianismo, de Eutiqueismo, como atentadoras contra el dogma de la Encarnacion, tales eran las fuentes reconocidas de estas sectas. — Su objeto era la destruccion de la religion, de la familia y de la propiedad, el mas horroroso Comunismo.

Vimos ya los Ebionitas y los Gnósticos maniqueos profesar abiertamente *la comunidad de todas las cosas; del suelo, de los bienes de la vida, de las mujeres*, y pretender que *las leyes humanas, invirtiendo el órden legítimo, han producido el pecado por su oposicion á los* instintos mas poderosos depositados por Dios en el fondo de las almas. (Epifanio, *de la Justicia.* — Inscripciones de la Cirenáica.)

El Catolicismo, ya al nacer, tuvo que hacer los mayores esfuerzos para domar esos mónstruos de disolucion y de barbarie.

Mas no quedaron enteramente vencidos. Los restos de estas sectas gnósticas bajo el nombre de Paulicianos se atrincheraron en algunos pueblos de la Armenia. Haciendo liga luego con los Sarracenos y los Musulmanes, esparcieron la devastacion por el Asia Menor: derrotados despues por el emperador Basilio, fueron poco despues trasplantados de las orillas del Eufrates á la Tracia y á la Bulgaria, de donde les viene el nombre de Búlgaros [1]. Infestaron en poco tiempo con sus doctrinas las fronteras de la Bulgaria, de la Croacia y de la Dalmacia, en donde residia su primado, y desde donde, segun Gibbon, penetraron en Europa por tres comunicaciones: — mezclándose con las caravanas de los peregrinos de Hungría, que al ir y venir de Jerusalen debian pasar por Philipópolis; — al favor de las relaciones de comercio y de hospitalidad que Venecia tenia entonces con toda la

[1] El nombre de *Bulgari*, B — ulgres, B —ugres, designaba un pueblo; despues que fue dado á los Albigenses, pasó á ser un término injurioso, que se ha aplicado sucesivamente á los usureros y á los que se entregan al pecado contra naturaleza. *(Gibbon).*

En nuestro dialecto catalan se ha conservado esta palabra *Bugre*, que D. Pedro Labernia en su *Diccionario de la lengua catalana* define así: «Sodomita, «y se aplica comunment per despreci, sens la idea de sodomía, sols per ha«berlo obit sens saber lo que significa.» *Scelestus. (N. del T.).*

costa del Mar Adriático; — en fin, como enganchados en las filas del imperio de Bizancio, y transportados con sus tropas á las provincias que poseia el emperador en Italia y en Sicilia. Á consecuencia de estas diversas emigraciones y comunicaciones, los Maniqueos, Paulicianos ó Búlgaros sembraron los gérmenes de sus doctrinas en la alta Italia y en la Francia meridional. Estos gérmenes cultivados en sociedades secretas, y fomentados por las nuevas herejías escolásticas que estamos pasando ahora en revista, echaron raíces profundas sobre las márgenes del Ródano y en el territorio de los *Albigenses*, cuyo nombre ha quedado como el nombre genérico de toda aquella multitud de sectas impuras que tomaban su orígen del antiguo Maniqueismo gnóstico, y que amenazaron en el siglo décimotercio volver á abismar la Europa en la noche de donde el Cristianismo la habia sacado, y de la que la iba depurando de dia en dia [1].

Así es como volvemos á encontrar entre los Albigenses las mismas doctrinas antisociales que hemos señalado en los primeros gnósticos.

Así que, los Albigenses profesaban el Panteismo dualista, ó el Maniqueismo. Desechaban el dogma de la Encarnacion en su punto de partida, el dogma de la Trinidad negando la igualdad de las tres personas divinas con los Arrianos; y le rechazaban tambien negando la humanidad de Jesucristo, ó reduciéndola á un puro fantasma, como los Docetos y los Eutiquianos. El grande objeto de su odio era la Iglesia, la tradicion, los sacramentos, las oraciones por los muertos, la intercesion de los Santos, el *Ave María*, las ceremonias y las imágenes, sobre todo la de la Cruz; en una palabra, todo lo que mantiene, reproduce ó recuerda la fe al grande misterio de la Encarnacion, supremo objeto del culto católico.

Por consecuencia, la destruccion radical de todo cuanto tenia forma de culto y de religion era el designio y por desgracia el fre-

[1] La rapidez con que marchamos no nos permite hacer el retrato de cada una de estas sectas, y distinguir los Vaudenses, los Cathares, los Henricianos, los Arnaudistas, los Popelicanos, y una multitud de otras sectas que si bien divergentes en sus delirios, convergian todas en la negacion del dogma cristiano de la Encarnacion, y en un odio encarnizado contra la Iglesia y contra la sociedad; y de este odio eran hijas todas ellas, como dice su historiador Reinier: *Sic processit doctrina ipsorum et rancor.* — Formarémos su principal diseño en los Albigenses.

cuente resultado de sus empresas; y como en aquella época la religion era el alma de todo, se hubiera seguido de ello la destruccion de todo.

Además de la religion atacaban tambien los otros fundamentos de la sociedad. Así proscribian el matrimonio, y esto era asimismo una consecuencia directa de su doctrina. Siguiendo sus opiniones maniqueas, siendo la materia y la carne la obra del mal principio, y estando impregnadas de este mal principio, era un crímen el contribuir á su propagacion por medio de la procreacion conyugal. Por la misma razon proscribian el uso de la carne. Mas, bajo este doble respeto, afectaban una continencia y una temperancia, que no pasaban de aparentes, y que encubrian los mas monstruosos excesos. Como la concepcion era propiamente, segun ellos, lo que debia ser objeto de horror, se lo permitian todo, excepto lo que era legítimo; y aflojaban tanto mas la brida á los malos deseos, cuanto mas los dejaban absolutamente sin remedio [1].

La propiedad y la justicia no sufrian menos sus ataques que el matrimonio y la religion. Sucesores de los Ebionitas, pretendian erigir en ley la pobreza universal, es decir, la mas absoluta comunidad de bienes. «Vosotros, decian á los Católicos, juntais casa «con casa, campo con campo. Los mas perfectos entre vosotros, «como los monjes y los canónigos regulares, no poseen bienes «propios, á lo menos los tienen en comun. Nosotros que somos «los pobres de Jesucristo, sin reposo, sin domicilio cierto, va«mos errando de pueblo en pueblo, como ovejas en medio de lo«bos, y sufrimos persecucion, como los Apóstoles y los Mártires.» (Enervin.) — Bajo esa falsa dulzura y bajo ese falso desprendimiento, renovaban el error antisocial de los Maniqueos y de los Pelagianos, que tan victoriosamente habia sido combatido por san Agustin: ellos abusaban de las máximas del Evangelio para pretender «que no debian dividirse las tierras ni los pueblos.» *Lo cual tiende,* dice Bossuet, *á la obligacion de ponerlo todo en comun* [2].

[1] Stupra, etiam adulteria, caeterasque voluptates in charitatis nomine committebant, mulieribus cum quibus peccabant et simplicibus quos decipiebant impunitatem peccati promittentes, Deum tantum modo bonum, et non justum praedicabant. (*Acta* del Sr. de Tinnières, de 1375, y *Cartas* de Felipe Augusto allí contenidas, de 1211).

[2] Bossuet, *Hist. de las Variaciones,* lib. XI. — Este es el antiguo sistema de los Maniqueos: *Nec domos, nec agros, nec pecuniam ullam possidendam.* (Ex Epiphan. et August.).

Reprobaban todas las magistraturas, diciendo que todos los príncipes y todos los jueces son condenados, porque condenan á los malhechores contra aquella palabra: *La venganza me pertenece, dice el Señor;* y contra aquella otra: *Dejadlos crecer hasta la siega.* «Ved «ahí, dice Bossuet, como estos hipócritas abusaban de la Escri«tura santa, y con su fingida dulzura echaban por tierra todos «los fundamentos de la Iglesia y de los Estados [1].»

De este modo, justicia, propiedad, familia, religion, todos los elementos de la sociedad, estaban atacados por estos herejes, en los cuales habian venido á resumirse todas las antiguas herejías.

Tomando por pretexto la relajacion de costumbres que se dejaba sentir entonces tanto en el clero como en la sociedad, y que reclamaba una reforma, estas sectas hipócritas afectaban un rigorismo exagerado y falso, que no era sino un modo de arruinar los principios, en vez de dar un remedio á los abusos.

Importa observar en esta parte, que todas las sectas empiezan ordinariamente por una gran pretension de rigorismo, de desinterés y de reforma, á beneficio de la cual van derramando su veneno. Al principio, debemos decir que se seducen á sí mismas por esta ilusion de orgullo; pero esta ilusion no tarda á quedar disipada por dos funestos resultados: el primero es, que, erigiendo en precepto general lo que no pasa de consejo particular, echan por tierra los fundamentos de la naturaleza y de la sociedad, en provecho de las pasiones de la multitud, la cual se detiene y se complace en esta destruccion sin ir hasta aquella perfeccion, objeto quimérico de aquella secta; y es el segundo, que aquellos mismos que tocan á esta perfeccion, ó mejor llamarémos extremo, por algun tiempo, no pudiendo hacerlo sino á fuerza de una tirantez violenta de los resortes de la imaginacion y de la voluntad, sin el socorro de los medios sobrenaturales que pone el Catolicis-

[1] *Hist. de las Variaciones*, lib. XI.—*Magistratus civiles et politias damnabant, ut quae à Deo malo conditae et constitutae sunt.* (Voy. Centur. Magdeb., tomo II, in Manet.). Esta herejía social era de tal modo peculiar á los Albigenses, que, segun el concilio de Tarragona, que ponia en ejecucion los decretos 3.° y 4.° del concilio de Letran, la prueba designada á los jueces para la aplicacion de los decretos dados contra aquellos sectarios consiste en examinar si el acusado es de aquellos *qui dicunt potestatibus ecclesiasticis vel saecularibus non esse obediendum, et poenam corporalem non esse infligendam in aliquo casu et similia.* (Concil. Tarrac. an. 1242).

mo á disposicion de las almas, no tarda en verificarse una explosion; y por haber querido elevarse naturalmente sobre la naturaleza, esas sectas orgullosas caen vergonzosamente á un punto muy inferior á ella. Observad todas las sectas: su inauguracion es angélica; su terminacion rápida es satánica: *desinit in piscem mulier formosa superne*. El Catolicismo, á pesar de ser el único que tiene en sus Sacramentos medios sobrenaturales para dominar la naturaleza, permite no obstante sus legítimas satisfacciones á la generalidad de los hombres. Forma al santo, sin deshacer al hombre, y edifica la ciudad del cielo, sin desarreglar, antes bien, afirmando mas sobre sus bases la sociedad de la tierra. Tal es el buen sentido práctico de la vida santificada. ¿Y por qué esto? Siempre por la misma razon; porque distingue y une lo natural y lo sobrenatural, que todas las sectas tienden á confundir; porque continúa á Jesucristo, que era distintamente y á la vez perfectamente Dios y perfectamente hombre; que amaba á Juan, que lloraba á Lázaro, que mandaba que se pagase el tributo al César, que se sentia conmovido por la suerte de su patria, que acariciaba á los pequeñuelos, que comia y bebia con los pecadores, y que al mismo tiempo mandaba la naturaleza, hacia estremecer los elementos, era servido por Ángeles, santificaba las prostitutas y los ladrones, y moria como Dios sobre la cruz entre todos los tormentos de la naturaleza humana.

Las sectas de que hablamos en este momento habian concebido un singular medio de conciliar el rigorismo con la licencia: dividianse los sectarios en dos clases: la una, de los *hombres buenos* ó *perfectos;* la otra, mucho mas numerosa, y que componia la multitud, de los *creyentes*. Los *hombres buenos* hacian alarde de un rigorismo exagerado, sobre todo en lo exterior, y en materia de intereses. Los *creyentes* podian entregarse á todo género de excesos, creyéndose justificados por la *sola fe* de los crímenes mas enormes, y asegurados de su salud, con tal que antes de espirar hubiesen recibido la imposicion de manos de un *perfecto*, «sin pre-«tender estar obligados ni á la confesion de sus culpas, ni á la «restitucion de lo que habian robado, por las usuras, rapiñas y «latrocinios de que no hacian el menor escrúpulo, no menos que «de todos los otros desarreglos de la sensualidad, á que se aban-«donaban con una desenfrenada licencia; no dudando de su sa-«lud, con tal de que antes de morir pudiesen recibir la imposi-

«cion de manos de alguno de sus *buenos hombres*, ó *perfectos* [1].» Aquí se reducia toda su religion.

Uno de los caractéres distintivos de estos sectarios, y que se encuentra igualmente en los primeros Maniqueos, en los Templarios, en los Masones, era el misterio de sus sociedades, sus juramentos, sus signos, su lenguaje convencional, su fraternidad subterránea, su propaganda invisible, y aquellos formidables secretos que no podia *el padre revelar á los hijos, ni los hijos revelar al padre; aquellos secretos, de que la hermana no podia hablar al hermano, ni el hermano á la hermana* [2]. (Philichdorf. cont. Wald. c. 13).

Organizados así en una conjuracion antisocial, ponian sus doctrinas en ejecucion donde quiera que podian, *demoliendo las iglesias y las casas religiosas, degollando inexorablemente las viudas y los pupilos, los viejos y los niños, no distinguiendo edad ni sexo, como los*

[1] *Historia de los Albigenses* por el R. P. Benoist, segun todos los historiadores contemporáneos. — Así los *buenos hombres* y los *creyentes* se asistian recíprocamente: los *creyentes* cometiendo el pillaje y la devastacion para los *buenos hombres*, y los *buenos hombres* mereciendo para los *creyentes*: aquellos eran los *Bertrands*, que remedaban la perfeccion, y estos los *Raton*, verdaderos bandidos, perfectos socialistas.

[2] Es muy curioso el hallar en la descripcion que hace san Agustin de las ceremonias secretas de los Maniqueos, á que habia pertenecido en su juventud, lo que se practica todavía, punto por punto, en las logias de los *francs-maçones*, — ante todo el secreto á todo trance, *Jura perjura: secretum prodere noli.* Jura, perjura, pero guarda tu secreto; esta era su divisa. — Tambien el mismo número é identidad de signos, *signa oris, manuum et sinus.* — La manera de encontrarse, con una secreta presion de mano, en señal de que el otro ha visto la luz; *Manichaeorum alter alteri obviam factus, dexteram dant sibi ipsis signi causa, velut à tenebris servati.* — En fin, hasta aquel catafalco, levantado sobre *cinco gradas*, y aquellos aparejos de muerte en memoria de la de Manes, que forman una de las principales ceremonias masónicas. *Pascha suum, id est Diem qui Manichaeus occisus, quinque gradibus instructo tribunali, et pretiosis linteis adornato, ac in promptu posito, et objecto adorantibus magnis honoribus prosequuntur.* (Aug. contra epist. Manich.). Acerca la relacion entre Maniqueos, Templarios, Albigenses y Masones, véanse las *Memorias para servir á la historia del Jacobinismo* por Barruel. — No queremos de aquí inducir que los Masones deban ser asimilados á los Albigenses, á los Templarios y á los primeros Maniqueos: no, ni tampoco que los hermanos Moravos se parezcan á los Husitas: estos no son mas que resíduos ó cenizas resfriadas de aquellos volcanes que algun dia ardieron y abrasaron. Su principal culpa está en romper con la luz, de la cual se llaman sin embargo los principales secuaces, en hacerse completamente ridículos, y en perpetuar ese fondo de sociedades secretas que reprueban la civilizacion no menos que la Iglesia, y que en dias de turbulencias pueden llegar á ser el foco del desórden.

enemigos juramentados del Cristianismo, destruyéndolo todo, desolándolo todo en el Estado y en la Iglesia [1].

Esto era, en una palabra, la perversidad humana desencadenada sobre la sociedad por el fanatismo anticatólico: era el Socialismo nacido bajo forma de herejía teológica de los diversos ataques dados al dogma salvador de la Encarnacion, y llegado á la entera confusion del bien y del mal, y á su trastorno mas completo.

El Filosofismo prodigó hasta estos últimos tiempos la acusacion de intolerancia á la Iglesia, por haber autorizado á la sociedad á que reprimiese á estos bárbaros. En el dia, en que la experiencia nos ha ilustrado sobre el mismo peligro, no creo que hubiese un solo hombre honrado y racional que rehusara suscribirse á aquel cánon del concilio general de Letran, que consagró la legítima defensa de la civilizacion en aquella época: «En cuanto á los Bra-«banzones, Aragoneses, Navarros, Bascos, Triaverdinos, que co-«meten tan grandes crueldades sobre los Cristianos, que no res-«petan ni las iglesias ni los monasterios, y no perdonan ni viudas, «ni huérfanos, ni viejos, ni niños, sin consideracion alguna ni «á la edad ni al sexo, sino que lo destruyen y lo devastan todo «como paganos, mandamos á todos los fieles para la remision de «sus pecados, que se opongan valerosamente á tales estragos, y «que defiendan á los Cristianos contra aquellos desdichados [2].» (*Conc. Lateran.* 1179, can. 27).

[1] Así los presentaba *Glaber*, testigo de su primera aparicion en Orleans en 1017, Reinier, y los demás historiadores contemporáneos. — Hé aquí cómo habla de ellos Mézeray: «Escurriéronse de Italia á Francia algunos otros apes-«tados, que llevaron ahí el mas emponzoñado veneno de los Maniqueos; y es-«tos fueron, segun creo, los que infestaron primeramente la diócesis de Alby, «por cuya razon fueron llamados estos herejes Albigenses... Estos países del «Languedoc y de Gascuña estaban llenos de otra especie de bestias feroces, «que se complacian en la carnicería. No se contentaban con destruir los bienes «solamente, sino las personas y las vidas, sin perdonar condicion, edad ni «sexo. No eran de ninguna religion, sino que ayudaban á los herejes para te-«ner ocasion de despojar á los clérigos y á las iglesias. Llamábanse Braban-«zones, Aragoneses, Navarros, Bascos, Cotteros, y Triaverdinos.» (*Resúmen cronológico*, tomo II, pág. 655).— Estos bandidos eran los que formaban la categoría de los *creyentes*, puestos al servicio de los *buenos hombres*.

[2] En los libros protestantes que tratan esta materia se citan las disposiciones de los decretos dados contra los herejes, pero se guardan muy bien de citar los motivos.

Esto es lo que hacemos en el dia.

Pero lo haríamos en vano, si no volviésemos al gran principio civilizador, cuya negacion es el orígen de este cataclismo. Todo el mal y todo el bien que se hacen en el mundo, no es otra cosa que el hecho de poner en práctica el error ó la verdad. Y como Jesucristo es la Verdad, pues él mismo ha dicho: *Ego sum Veritas*, y esta palabra resonará en todos los acontecimientos hasta la fin de los siglos; todo ataque dado contra Jesucristo es dado contra la Verdad misma, y viene á parar, directa ó indirectamente, tarde ó temprano, por último término al error, que es la oposicion de lo que es Jesucristo, á saber, la confusion y el trastorno de lo finito y de lo Infinito de que es él la union y la personificacion adorable, el Panteismo, el Comunismo, el cáos, la muerte.

Tal es lo que no dejarémos de demostrar hasta el fin.

VII. —En tanto que la experiencia de esta verdad se acababa en grande escala con la guerra de los Albigenses, volvia á renacer en las cátedras filosóficas de París, y tendia rápidamente á las mismas consecuencias.

Amaury de Chartres hizo profesion de la lógica de la exégesis en la universidad de París. Interpretando falsamente esta proposicion de Erígenes: «Todo es de Dios, todo es manifestacion de «Dios,» esparció entre sus contemporáneos una doctrina estrictamente panteista. Bien que encubriese su error bajo el velo de una enseñanza en apariencia ortodoxa, la Iglesia, centinela vigilante de la fe y de la civilizacion, la descubrió: la Sorbona de París dió contra él una sentencia que el Papa confirmó, y que hizo morir á Amaury de despecho. Á su muerte se descubrió que habia tenido un cierto número de adeptos, entre los cuales se contaban Guillermo de Champeaux y David de Dinan, por quien extendió sus estragos la peste del Panteismo. De aquella proposicion fatal que habia enseñado: «Todo es uno, y uno es todo; este todo es Dios, «la Idea es la misma cosa que Dios,» se vió brotar la subversion de toda idea moral y social. El dogma de la Trinidad, del cual tan admirablemente sale el dogma de la Encarnacion, que por medio de los Sacramentos abraza toda la humanidad en sus diversos estados, y mediante el concurso de la libertad y de la gracia, va á unirla á Cristo para unirla á Dios; esta economía admirable de la doctrina católica, en donde todo está distinguido y todo está unido para ser santificado, en la herejía de estos sectarios se con-

vertia en esto: «Se ha de entender por el Padre el período real «de la historia del mundo, en la cual la vida de los sentidos do- «mina, como sucedió en los tiempos del Antiguo Testamento: el «Hijo es el período ideal y real, durante el que el hombre se con- «vierte á lo interior, sin que por esto pueda el Espíritu triunfar «del mundo exterior, y que lo Ideal y lo real sean coordinados. «En fin, el Espíritu se manifiesta en el período puramente ideal, «y alcanza la victoria. Desde entonces, los sacramentos, instituí- «dos por el Cristo, el Bautismo, la Penitencia, la Eucaristía, no «tienen ya sentido; y desde entonces, cada cual halla su salud por «la inspiracion inmediata del Espíritu Santo, y sin práctica alguna «exterior. La inspiracion resulta del recogimiento del espíritu en «sí mismo. La santificacion no es otra cosa que la conciencia de «la presencia de Dios, el pensamiento de uno y de todo. El pe- «cado consiste en el estado del hombre limitado en el tiempo y «en el espacio. Cualquiera que está en el Espíritu Santo no puede «ya mancharse, aun cuando se abandone á la fornicacion. Cada «uno de nosotros es el Espíritu Santo.» *(Engelhardt,* Amaury de Bene *(Tratado de hist. eccl. n.* 3.) — *Conc. Paris.* Acta.)

VIII. — David de Dinan desnudó esta envoltura mística, y confesó francamente el Paganismo panteista, que hace de Dios el principio material de todo. Muy pronto el torrente de esta filosofía perversa fué á confundirse con el de todos los sistemas heréticos de los Cathares, de los Vaudenses y de los Albigenses. Unos y otros, partiendo de un mismo principio, el Panteismo, volvian á encontrarse al través de la diversidad de sus errores, en el mismo resultado: la barbarie. De esta escuela, fulminada por las decisiones del concilio de París en 1209, derivó la secta en parte montanista y en parte panteista de los *hermanos* y *hermanas del Libre-Espíritu,* que tomaban su nombre de la doctrina que profesaban. Consideraban todas las cosas como una emanacion inmediata de Dios, y se aplicaban á sí mismos las palabras de Cristo: «Yo y mi «Padre somos uno.» Cualquiera que haya llegado á esta conviccion, decian, no pertenece ya al mundo de los sentidos, no puede ya recibir de ellos mancha alguna, y no tiene ya por consiguiente mas necesidad de sacramentos. Separando absolutamente el cuerpo del espíritu, pretendian que los excesos de la sensualidad no tienen influencia alguna sobre el espíritu; y así algunos de ellos se abandonaban con toda seguridad á las mas groseras obscenida-

des. Vestidos de un modo extravagante, y algunas veces hasta sin vestidos, iban errantes por do quiera como mendigos. Llamáronse Begardos ó Picardos en Alemania, y en Francia Turlupines. Estos descamisados de la edad media llevaron el desórden y su Comunismo salvaje hasta tal punto, que tanto la Sociedad como la Iglesia tuvieron aun que hacer los mayores esfuerzos para reprimirlos. (Engelhardt, *Hist. ecl.* tomo IV, pág. 151. — Alzog, tomo III, pág. 117).

IX. — El célebre Abelardo fue el continuador contenido de Berenger, de Roscelin, de Amaury de Chartres, y de David de Dinan. Separando, como ellos, la escolástica de la mística, la teología especulativa de la teología positiva, buscando temerariamente como hacer reposar la fe sobre la razon, en lugar de elevar la razon sobre los fundamentos de la fe, desplegó un grande prestigio de ingenio y de conocimiento, mas cuya tendencia, y á veces cuyo efecto fueron el salirse de la fe. El concilio de Soissons condenó su *Introduccion á la teología*, á causa de muchas proposiciones heréticas sobre la Trinidad. Y, ¡obsérvese el encadenamiento fatal del error! las mismas proposiciones se hallaban ser panteistas, y correspondian á proposiciones licenciosas. Así, segun él, el Padre, ó mas bien, la Paternidad, era la suprema Divinidad, que se *desarrolla* en el Hijo y en el Espíritu Santo, por manera que el Hijo y el Espíritu Santo *nada son* en sí mismos. *(Aliae vero duae personae nullatenus esse queant)*. Esto era negar implícitamente el dogma de la Encarnacion del Verbo, de su mediacion entre el mundo y Dios, que él une sin confundirlos, y de consiguiente, abrir la puerta al Panteismo: esto era introducir ya en el seno mismo de la Trinidad el principio de la emanacion, el cual una vez admitido, no se detiene mas, y se extiende necesariamente á todos los seres. Negar las personas divinas, es dejarse conducir á negar las personalidades humanas. Dios, el Ser por excelencia, la vida misma, no puede, como hemos dicho ya, ser concebido sin relaciones, relaciones por consiguiente necesarias. Si por la supresion de las personas divinas le retirais los términos de estas relaciones en sí mismo, os veis conducido á dárselas en el mundo, absorbiéndole á él en el mundo, ó absorbiendo el mundo en él. Á esta proposicion positivamente panteista llegó Abelardo, pues, segun él: «El Padre solo es y existe por su relacion con el «mundo y su manifestacion en el mundo.»

Por consiguiente, las cosas sensibles, los actos exteriores, los hechos, no tenian para Abelardo valor real ni existencia objetiva. El Espíritu solo lo era todo; y el pecado consistia solamente en la voluntad perversa, y no en las obras. El amante de Heloisa iba á caer por esta pendiente al Iluminismo inmoral de las sectas del Libre-Espíritu.

San Bernardo combatia sobre todo esta última proposicion de la *Ética* de Abelardo, y él fue contra este quimérico y brillante espíritu el campeon de la Iglesia y de la sociedad, como san Anselmo lo habia sido contra Roscelin, y el bienaventurado Lanfrac contra Berenger. ¡Qué cosa mas admirable que esta union de la santidad y de la verdad en los grandes doctores de la Iglesia, y el ver como todo el hombre, por el genio y por el corazon, está firme y en todo su aplomo, y la sociedad con él, sobre el fundamento de la fe, fuera del cual no se puede poner el pié sin vacilar, y arrastrar consigo la sociedad en los abismos!

X. — En aquella época levantábase sobre el horizonte del mundo católico una de las mas elevadas, mas vastas y mas puras inteligencias que jamás honraron la humanidad, á cuyo elogio apenas basta el aplicarle el supremo encomio que hace la Escritura de la naturaleza humana, llamándola *un ligero diminutivo de la naturaleza angélica*, MINUISTI EUM PAULO MINUS AB ANGELIS. (*Ps.* VIII, 6). He nombrado ya al Ángel de la teología, al Águila de la Filosofía, al grande santo Tomás. Aquel genio luminoso fue suscitado por Dios en aquella época de divergencia de espíritus racionalistas, y á la víspera del gran divorcio de la razon y de la fe por el Protestantismo, para sellar entre la una y la otra la mas magnífica alianza, para determinar en algun modo toda la altura á donde puede llegar el espíritu humano, todo el poder, toda la plenitud, todo el vasto círculo de la razon desarrollada en la fe, y hacer sentir mejor toda la disminucion, toda la oscuridad, toda la abyeccion en que cae cuando de ella se separa.

La grande Suma de Santo Tomás sienta y resuelve todas las cuestiones posibles sobre la naturaleza y las relaciones de lo finito y de lo Infinito. Desenvuelve y precisa al propio tiempo todas las soluciones con un aplomo, una facilidad, una rectitud luminosa, que partiendo de la fe, como de un foco comun, se esparce en rayos intelectuales que van á ilustrar en todo sentido el mas dilatado horizonte que pueda abrirse al ojo de la inteligen-

cia. No se percibe en esta obra incomparable ni timidez ni atrevimiento; ni laxitud, ni esfuerzo; ni insuficiencia, ni exageracion; sino un pleno, natural y seguro ejercicio del pensamiento, balanceando su vuelo por su sumision, y recibiendo en cambio de la fe una especie de infalibilidad intelectual. No hay una cuestion que haya sido agitada alguna vez, que santo Tomás no trate á fondo, y suscita innumerables en las que ni aun se sospechaba. Mas, á la inversa del espíritu humano, que solo puede promover las cuestiones sin resolverlas, él se halla en posesion de resolverlas antes aun de suscitarlas, y en alguna manera no las promueve sino para la forma, y para justificar el rigor de sus soluciones, de las cuales en definitiva ni una sola queda cuestionable, tanta es la exactitud, el enlace y el aplomo en la verdad que en ellas se percibe. Lo mas especialmente notable es, que cuando la razon de los heresiarcas, desde el primer paso que da, cae en el Panteismo, la razon católica de santo Tomás va por sobre el borde de los precipicios hasta las mas remotas extremidades de la naturaleza y del fin de las cosas, sin tropezar, sin vacilar, sin desvanecerse jamás, hallando, al contrario, en estas mismas extremidades la justificacion armónica de sus miras, y como la repercusion sonora de la verdad.

Además de esta grande obra, de esta magnífica pirámide de la doctrina católica, que previene todos los errores y los destruye implícitamente por la exposicion y la estática de la verdad, santo Tomás escribió especialmente contra este Panteismo satánico en una ó dos cabezas, que, venido de la India y de la Persia, y reclutando todos los errores análogos de las escuelas talmúdicas y helénicas, habia elaborado el primer escollo de la civilizacion cristiana en las sectas gnósticas y neoplatónicas; que acababa de ponerla de nuevo en peligro en las herejías de los Albigenses y de los Vaudenses; y que, rechazado del Mediodía de la Europa, la invadia entonces al revés, inyectando su ponzoña en el seno de las razas eslavas y germánicas. El genio de santo Tomás corrió en auxilio de la civilizacion con dos obras especiales: la *Suma contra los Gentiles*, en la cual la fe católica combate vigorosamente el Maniqueismo [1], y su tratado contra los errores de los Orientales.

[1] Summa contra Gentes, *in qua libris quatuor, catholica fides in omnes orthodoxae Ecclesiae perduelles acerrime propugnatur.*

En la *Vida de san Raimundo de Peñafort*, uno de los Santos y sábios mas eminentes de su siglo, y gloria de Cataluña su patria, apoyados en el testimo-

En ella disipa las tinieblas del Panteismo, restableciendo con una claridad invencible la verdadera nocion de un Dios esencialmente distinto de todos los seres creados: considerando á Dios en sí mismo; despues á Dios con relacion á las criaturas; despues las criaturas con relacion á Dios; y sellando estas distinciones fundamentales y estas relaciones naturales por la exposicion de la union inefable de Dios con la naturaleza humana en la Encarnacion del Verbo, y de todo el destino del hombre en el plan general del Cristianismo.

Cuando la doctrina católica hubo recibido bajo la pluma de este gran genio identificado con la fe, todo el desenvolvimiento de su exposicion y de su síntesis, permitió Dios al error el concentrar á su vez en los grandes sectarios todos los elementos de falsa filosofía y de teología errónea de que se hallaba entonces infectado el Occidente. Wiclef y Juan Hus vinieron á preparar las sendas á Lutero.

Decir que su separacion de la doctrina católica y su caida en el Panteismo fueron una misma cosa, es adivinar los hechos á ojos cerrados; tan absoluta es la ley de esta relacion.

El inglés Juan Wiclef se distinguió desde luego por su oposicion sistemática contra la Iglesia, y fue tal vez el primero que hizo de la negacion de su autoridad el objeto de su herejía, á la que no tardó en mezclar un ataque contra los dogmas, en especial contra el dogma de la transustanciacion. Al mismo tiempo que quitaba la doctrina católica, le sustituia esta otra: «Lo que es Dios, «segun la Idea, es Dios mismo, ó la Idea es Dios.» *Deus est quaelibet creatura in esse intelligibili.* «Toda naturaleza es Dios, y cada «ser es Dios.» *Quaelibet creatura est Deus; quodlibet est Deus.* — Nada detiene al heresiarca en las consecuencias de su sistema. «Luego, «dice, un asno es Dios [1].»

nio de los autores mas acreditados, escribimos las siguientes palabras: «En «sus ardientes deseos (de san Raimundo) de que la verdad cristiana triunfase «en todos los entendimientos, y el amor de Dios en todos los corazones, in«vitó la pluma victoriosa de su célebre contemporáneo y hermano de religion, «el inmortal Tomás de Aquino, á que escribiese la Suma contra gentiles, que «debemos á la profunda sabiduría del santo Doctor, y á las humildes súplicas «de Raimundo.» *(N. del T.).*

[1] Et si dicatur quod male sonat concedere *asinum* et quodlibet aliud esse Deum, conceditur apud aegre intelligentes; ideo multi non admittunt talia, nisi cum determinatione, ut talis creatura secundum esse intelligibile, vel ideale, quod habet in Deo ab intra, est Deus. Illi autem qui habent eumdem sen-

Una vez admitido este principio de identificacion panteista de Dios con la Idea, todo lo demás del sistema se va desenvolviendo fácilmente. Wiclef llegaba á sostener la eternidad real de las cosas y del tiempo; la creacion entera era una emanacion, lo cual arrastra consigo el *fatum* y la necesidad del mal, que Wiclef profesa abiertamente, no temiendo el someter á esta necesidad á Dios mismo, aniquilar su libertad, así como la de la criatura, y sujetarlo todo al yugo de esta necesidad estúpida.

Á esta doctrina, ya tan perversa, mezclaba Wiclef otra que habia tomado de los Albigenses contra la propiedad. Los Albigenses habian atacado principalmente las propiedades eclesiásticas; Wiclef generalizó este ataque, extendiéndolo á toda propiedad; fundándose en que, para tener un derecho legítimo de poseer alguna cosa sobre la tierra, era necesario ser justo, y que un hombre perdia todo derecho á sus posesiones desde el momento en que cometia un pecado mortal; y esta doctrina la aplicaba á los señores, á los príncipes y á los reyes, así como á los papas y á los obispos. (Pluquet, *Diccion. de las herejías).*

Wiclef no dejaba de reconocer que con su sistema abria la puerta á todos los crímenes y al aniquilamiento de toda sociedad. «Pero, «añadia, si no se tienen mejores razones para decirme que las di«chas hasta ahora, me confirmaré en mi opinion, sin decir sobre «ella una palabra.» (Bergier, *Diccion. de teolog.* — Bossuet, *Hist. de las Variaciones).*

Desgraciadamente no quedó sin hablar palabra, y sus predicaciones subversivas produjeron la secta de los *Wiclefistas,* que se engrosó con la de los *Lollardos*, que era originaria de Bohemia, y tenia por autor á *Lollard Walter*, que no habia hecho sino reproducir los errores maniqueos de los Albigenses contra los Sacramentos y la penitencia, el matrimonio, la justicia y la propiedad, y que habia urdido sobre ellos aquella doctrina verdaderamente infernal, de que los demonios habian sido injustamente arrojados del cielo, que san Miguel y los Ángeles serian un dia condenados eternamente, así como aquellos que no abrazarian su doctrina [1].

sum per subjectum per se positum, aeque concedunt propositionem simplicem. (*De Ideis* c. 2.) — Staudenmaier, *Phil. du christian.* — Alzog, *Historia universal de la Iglesia*, tomo III, pág. 273).

[1] La filiacion de todas estas herejías queda atestiguada por todos los historiadores: ellas se completaban y se explicaban las unas por las otras; de ma-

XI. — Juan Hus fue el discípulo y el heredero inmediato de Wiclef, y tuvo por asociado á su herejía y á su destino á *Jerónimo de Praga*. Talento menos especulativo que el de Wiclef, no pudo abarcar todas las doctrinas del teólogo inglés; pero no le escaparon los principales resultados, y supo defenderlos con habilidad. Aferróse sobre todo á la doctrina de la predestinacion absoluta, dividiendo los hombres en elegidos y en reprobados de toda eternidad, fuesen cuales fueran sus obras, no considerando sino á los elegidos como miembros de la verdadera Iglesia, y segregando irremisiblemente á los demás, sin que ningun arrepentimiento ni enmienda fuese capaz para volverlos á entrar en ella. De ahí partió para decir, con los Lollardos y los Vaudenses, que los poderes de la Iglesia y la virtud de los Sacramentos dependian de la santidad de sus ministros, y perecian en manos indignas de ejercerlos. Extendió naturalmente esta doctrina á los reyes, á los príncipes, á los señores, y á todas las superioridades sociales. Decidió, en consecuencia, que aquellos que son viciosos están de pleno derecho decaidos de su autoridad, y despojados de su derecho; y *que el pueblo puede á su gusto corregir á sus jefes, cuando caen en alguna falta.* (Proposicion de Juan Hus, condenada por el concilio de Constanza, en su sesion octava).

Fácil es conocer que el efecto inmediato de semejante doctrina es la destruccion de toda organizacion social. ¿Quién es el que no sea vicioso, ó no se haga tal, sobre todo á los ojos de aquellos que están interesados en que lo sea? ¿Quién es el que no cae en al-

nera que para conocer cada una de ellas es menester conocerlas todas, y no hay injusticia en decir que aquella que parecia la mas inocente era tan culpable como aquella que era la mas criminal. Así, los *Vaudenses* de Lyon, por ejemplo, cuya aparente moralidad tanto se pondera, fueron, como todos reconocen, los padres de los Wiclefistas y de los Husitas. «De estos riñones de los Vaudenses, dice un historiador, salieron con el tiempo un grande número de otros «fanáticos, que aumentaron en parte la secta con nuevos descarríos, y en parte la transformaron tambien en otras nuevas.» (Guido Carmelita, *Summa haeresis Waldensium*). — Wiclef, que suscitó á nuestro Juan Hus, fue secundado por los Vaudenses, dice por su parte un historiador husita. (Clarissimi viri Joachimi camererii Pabepergensis, *Historica narratio de fratrum orthodoxorum ecclesiis in Bohemia, Moravia et Polonia*, p. 264). Era siempre el mismo veneno, el mismo vírus, ora latente, ora en explosion, y mas peligroso quizás en el primer estado que en el segundo, porque iba ganando mas terreno. Quede bien convencido cualquiera que toda herejía lleva en su seno la muerte.

guna falta? Jesucristo no ha exceptuado de la comun miseria los ministros mismos de sus gracias, y con esto ha hecho dos cosas grandes: la primera, el hacer resaltar con tanto mas resplandor la pureza sobrenatural de la doctrina, la infalibilidad de su enseñanza, y la virtud de sus efectos, en cuanto se conservan invariablemente á despecho de todos los accidentes humanos, aun los de aquellos que son órgano suyo; la segunda, el sostener la sociedad en masa sobre el cáos de estos accidentes, haciendo sentar su autoridad, que en todos los grados constituye sus bases, sobre un derecho superior é independiente. Toda la sociedad estaba, pues, interesada en la querella suscitada por Juan Hus contra la Iglesia y los poderes supremos.

La santidad de los representantes de la Iglesia se hallaba por lo demás oscurecida y como eclipsada en aquella época por una de aquellas sombras que proyecta algunas veces la tierra sobre los astros mismos que deben iluminarla, y que no por esto dejan de ser, tras estas sombras, los que llevan la luz.

No tenemos reparo en confesarlo: la Iglesia en la parte terrestre de su existencia, no exceptuada de la corrupcion de nuestra naturaleza, ofrecia entonces un espectáculo aflictivo de relajacion y de desórden. Sin duda que los causadores del escándalo fueron culpables y responsables de males sin cuento; pero no lo fueron hasta el punto de descargar á aquellos que se escandalizaron, y sobre todo á los que explotaron el escándalo, de la responsabilidad inmensa de la revuelta que produjo la doctrina solidaria de su violacion, y que abusó del mal para hacer desechar el remedio, en vez de probar la infalibilidad del remedio, aplicándolo al mal. Lo peor que hay en el mundo no son las malas acciones, sino las malas doctrinas que las desencadenan.

Para favorecer las que pretendia propagar, Juan Hus, como todos los sectarios que lo han seguido, violentaba, hasta la calumnia, el cuadro de la relajacion de costumbres del clero de aquel tiempo, hasta el punto que obligó á que cierto dia le interrumpiese un grave y honrado oyente suyo, el cual le dijo: «Maestro, «yo he ido á Roma, he visto el Papa y los cardenales, pero en «verdad no son tan malos como vos nos los pintais. — Pues bien, «si tanto te agrada el Papa, respondió Hus, vete de una vez á «Roma, y quédate allí. — No, maestro, replicó el interlocutor: «soy demasiado viejo para hacer el viaje; pero vos, que sois jó-

«ven, id allá, pues, y hallaréis, os lo repito, que las cosas no «van allí tan mal como decís.» (Alzog, *Historia universal de la Iglesia,* tomo III, pág. 276).

No cerraba la boca la Iglesia á los que señalaban los abusos de sus ministros, sino cuando este llamamiento á la reforma lo era á la rebelion, y estaba solo inspirado por el espíritu de subversion y de orgullo. Siempre discreta, aun en representantes suyos, que humanamente hablando, no siempre lo eran, escuchaba, aun mas, suscitaba verdaderos reformadores en su seno, reconociendo satisfecha en ellos el derecho y el deber de reanimar la vida comun de los fieles, hasta el punto de convertir el ejercicio de este derecho en un justo título para los honores supremos de la santidad. Así fueron acogidos, alentados y honrados, entre muchísimos otros, san Bernardo y santa Brígida, que pintaron con los colores mas vivos el relajamiento de la disciplina, reclamando su reforma con todas sus fuerzas. ¡Cosa admirable! Brígida fue canonizada precisamente por el concilio que condenó á Juan Hus. Uno y otra habian hecho un llamamiento á la reforma; pero Brígida empezaba por reformarse á sí misma, y Juan Hus, como despues de él Lutero, dando rienda suelta á todas las pasiones.

Desencadenadas estas, é inflamadas por Hus, convirtieron durante diez y seis años toda la Alemania en un campo de espantosa mortandad, de incendio, de pillaje, de horrores inauditos.

La cuestion que á todo esto dió lugar parece á primera vista bien fútil, y la moderna Filosofía no ha dejado de lanzar sobre el siglo que ella agitó, y sobre la Iglesia que la sostuvo, todos los soberbios menosprecios de la razon. Tratábase de saber si el pueblo comulgaria ó no, como el clero, bajo las dos especies. Tal era la cuestion por la cual el suelo de la Alemania se vió blanquear con huesos humanos.

Mas esta cuestion, por simple y fútil que parezca, era la mayor de todas las cuestiones que se hayan jamás promovido en el seno de las sociedades; era la cuestion de la barbarie ó de la civilizacion, una cuestion de vida ó de muerte social, la misma cuestion que nos llena de terror en el dia: el Socialismo, el Comunismo.

Cuando las hordas bárbaras de los Husitas se levantaron dando el grito de ¡La copa al pueblo! exigian que toda distincion entre el clero y los fieles quedase suprimida, y que todos fuesen admi-

tidos á beber igualmente en la misma copa. Ellos inauguraron, bajo la forma mas sagrada, la salvaje divisa de *igualdad* y de *fraternidad* que ha ensangrentado nuestros últimos tiempos. Ellos transformaron el dogma de la caridad infinita de Dios, la *Comunion*, en *Comunismo*, no por el hecho en sí de la comunion bajo las dos especies, sino por la intencion que se la hacia pedir; intencion de tal modo perversa, que ellos no creian mas en la transustanciacion que su jefe Juan Hus que la habia atacado, y que su exigencia no era otra cosa sino la fórmula sacrílega del levantamiento de todas las pasiones salvajes contra la sociedad. Por fin, fieles herederos de los Gnósticos, y precursores de los Socialistas, al grito de ¡La copa al pueblo! añadian el de ¡La propiedad al pueblo! que era su natural consecuencia; y los Socialistas modernos no han dejado de saludar en ellos con transporte sus *hermanos y amigos*, y de alargarles, al través de cuatro siglos, una mano conjurada contra la sociedad y sus santas leyes. (Véase todo el capítulo sobre *Juan Hus*, que abre la *Historia de la Revolucion francesa* por Luis Blanc).

La Iglesia, con su buen sentido profundamente civilizador y su inflexible firmeza, hizo frente á la tempestad, y abrigó otra vez aun bajo sus alas á la sociedad ingrata que debia un dia maldecirla.

Pero esto no pasaba de ser el prólogo de un drama mas vasto; y aquel siglo, lleno de acritud, como dice Bossuet, acababa de producir á Lutero.

CAPÍTULO VII.

HEREJÍAS DEL CUARTO PERÍODO.

El Protestantismo [1] para escapar al argumento por el cual la Iglesia ha confundido siempre la herejía, el argumento de la *novedad*, se ha dado trazas para procurarse progenitores. Todo, á este fin, le ha servido; y por el hecho, no ha sido libre en su eleccion, pues no ha podido tomarlos sino entre los rebelados como él. No ha vacilado, pues, en tomarse por heredero de Juan Hus, de Wiclef, de los Cathares y de los Albigenses, y subiendo mas allá, de los Gnósticos, de los Ebionitas, y de los otros herejes de la primitiva Iglesia. No le disputarémos por cierto semejante antigüedad, que, por otra parte no le sustrae del argumento de novedad; pues por antigua que sea la herejía, es siempre una novedad con respecto á la doctrina de la cual se separa; y el Protestantismo, que en efecto se encuentra en todas las herejías, presupone necesariamente el objeto anterior de la protesta. El Protestantismo remonta mucho mas allá de lo que él mismo se cree, sin dejar por esto de ser siempre una novedad. Cuando el tentador se deslizó al lado de nuestros primeros padres, los primeros humanos; cuando les dió á entender con un silbido de reptil el primer *quare*, el primer *nequaquam;* cuando les insinuó aquella falaz sugestion, *Eritis sicut Dii*, trabajaba Protestantismo y Panteismo. Pero aquel Protestantismo era una gran *novedad* para los oidos inocentes y virginales que lo escuchaban. Y aun podemos hacer remontar mas alto el Protestantismo. En el cielo, y en la primitiva escuela de los Ángeles es donde levantó por primera vez su cabeza, diciéndose á sí mismo: *Similis ero Altissimo*. Mas, por unánime voz, el gran concilio de Espíritus celestiales confundió aquella audaz *novedad*, con aquella aclamacion sublime: *Quis ut Deus!* ¡Quién

[1] No digo los Protestantes, á quienes considero siempre fuera de combate, porque personalmente valen mas que el Protestantismo, tanto como los Católicos, aun los mejores, valen menos que el Catolicismo. Aquí lo que ventilamos son las doctrinas.

como Dios! Hé aquí el primer Protestante; hé aquí el primer Panteista, ó mas bien el único; el que por una especie de metempsícosis, no ha cesado de cambiar de forma, y de animar sucesivamente todas las herejías, todas las revueltas, todas las aberraciones del espíritu humano contra Dios. La grande herejía del Politeismo, por la cual habia llegado á hacerse *semejante á Dios* sobre la tierra, divinizando todas las viles pasiones, fue su grande triunfo. De él fue despojado, y llevado él mismo humillado y cautivo á la faz de todo el mundo, en el triunfo que Jesucristo obtuvo sobre su poder, *Expolians principatus traduxit confidenter palam triumphans illos in semetipso* (Coloss. II, 15); y despues, conforme á la antigua profecía que habia anunciado que, á los piés de su vencedor, procuraria siempre derribarlo, no ha cesado al través de todas las herejías cristianas que acabamos de recorrer, de enroscarse contra la Iglesia, y de vomitar el veneno del Panteismo que constituye el fondo de su natural envidia, y de su conjuracion eterna.

Tal es el Génesis del Protestantismo.

Él no difiere de todas las herejías sino en cuanto mas audaz y abiertamente ha depurado y establecido su principio, que es la negacion de la autoridad. Ved ahí su distintivo.

Hasta su aparicion, las herejías procedian por via de dogmatismo; por ejemplo, adelantando la proposicion de que en Jesucristo hay dos personas, ó que solo hay una naturaleza, etc.; y como estas opiniones eran contrarias á la doctrina de la Iglesia, y anatematizadas por ella, seguíase que tales herejías se hallaban en estado de insubordinacion y de rebelion contra la Iglesia.

Esta rebelion, consecuencia natural de la obstinacion de los heresiarcas en los errores que habian avanzado, ha sido convertida por el Protestantismo en principio, y en ella consiste la herejía protestante. Esta guerra, que cada herejía estaba obligada á sostener á cuenta suya, la ha declarado él abiertamente, levantando una vez para todas el estandarte de la revuelta por cuenta de todas las herejías.

Así es como vemos militar bajo esta bandera, no una herejía dogmática especial, como cada una de las herejías que habian precedido, sino una amalgama de herejías, diversas y opuestas las unas á las otras, y que solo tienen de comun el principio de revuelta, del cual se ha declarado jefe.

El Protestantismo no tanto es una herejía, como un campo abierto á todas las herejías, un nombre genérico de lucha, un llamamiento á todas las revueltas, la revuelta misma á provecho de quien quiera usar de ella.

Así es como, despues de él, no ha habido ya mas herejía que haya tenido un nombre y una suerte particular como antes, aunque las herejías hayan pululado mas que nunca; porque han pululado en su seno y bajo su nombre.

Pero lo siempre digno de notarse, y lo que debemos perseguir en él es, que todas estas herejías, partiendo de la separacion de la doctrina católica, tienden y terminan todas, al través de mil diversidades y de mil divergencias, al mismo fin: el Panteismo. ¡Tan inevitable es este abismo, desde que se rompe con la Iglesia!

Es evidente que no podemos examinar cada herejía protestante en particular; pero veamos las cabezas principales del Protestantismo, y su comun desinencia.

El primer uso dogmático que hizo Lutero del Protestantismo fue apropiarse una doctrina que se habia expuesto inmediatamente antes de él en un libro conocido bajo el nombre de *Teología alemana*, y cuyo autor ha quedado desconocido. Este libro, que el Protestantismo ha reproducido muchas veces, hasta en estos últimos tiempos, lo fue la primera vez por Lutero, el cual, en el prefacio con que lo acompañaba, decia de él: «Yo no tendré reparo en «poner al *lado de la Biblia* y de san Agustin una obra que me ha «enseñado mas que otra cualquiera lo que son Dios, el Cristo, el «hombre y todas las cosas.»

Y el pensamiento fundamental de la *Teología alemana*, que bajo mil formas se reproduce, es que «Dios lo es todo, y todo lo que «no es Dios no es nada.» En esta doctrina lo finito no solamente es un puro nada, sino que, en cuanto es finito, es un mal, es una cosa criminal. Así en lo finito hay dos cosas: el *ser*, en tanto que es ser, que es esencialmente divino y bueno en todo, aun en el demonio; y el *querer*, que no es nada en cuanto es malo, y que es malo en tanto que no es nada. El querer no es el ser; luego el querer es malo en sí. Es necesario atacarlo, ahogarlo sin cesar, para que no sea sino el instrumento ciego de Dios manifestando sus perfecciones divinas: lo cual aniquila todo el hombre, divinizándole. (Véase la exposicion de esta teología en Staudenmaier, *Filos. del Cristian.* tomo I, pág. 654-666).

Esta doctrina ha quedado por fondo del Protestantismo. El Protestantismo, pues, ha tenido mucha razon en darse siempre por precursores suyos á los Cathares, á los Vaudenses, á los hermanos del Libre-Espíritu, á Amaury de Bene, á Wiclef, á Juan Hus, que han sucesivamente renovado aquel misticismo panteista.

El Protestantismo no hizo mas que dar á esta doctrina un corte mas absoluto y decisivo, formulándola en las siguientes proposiciones, que constituyen el conjunto de su sistema: — «El pecado «original ha completamente corrompido la naturaleza humana; por «cuya razon el hombre nace absolutamente siervo. Lo que hace en «bien ó en mal no es obra suya; es la obra de Dios. La fe sola jus«tifica, cualesquiera que sean las obras. Cualquiera se salva por la «sola confianza que tiene en el perdon de Dios.» Proposicion singularmente fecunda en licencia, y que concede al hombre una indulgencia plenaria y anticipada de sus pecados, de tal especie, y tan fácil de ganar, que ciertamente nunca Papa alguno habia prometido una de igual. Desde entonces, ya para nada se necesitan la jerarquía y el sacerdocio; el culto exterior es inútil: de nada sirve ocuparse de las cosas santas. La oracion, el ayuno, las vigilias, las obras buenas, toda esta santa disciplina del alma es inútil, y puede ser suplida por la fe, simplemente por la fe. Para tales operaciones, todo cristiano es sacerdote, y puede administrarse á si mismo la salud, sin sujetarse á medio alguno especial instituido por Dios, ni aun al de las obras.

Ved ahí el Protestantismo, tal como salió de los primeros escritos de Lutero: «*Á la nobleza alemana*,» — «*del perfeccionamiento cris«tiano*,» — «*de la esclavitud de Babilonia*,» — «*de la libertad cristia«na.*» — Lutero en sus escritos hizo prevalecer sobre todas las demás esta proposicion, tan lisonjera para el pueblo, que todo hombre es sacerdote; y tan cercana á esta otra, que todo hombre es soberano. Una y otra de estas proposiciones emanaban, por fin, naturalmente de la grande proposicion panteista que formaba el punto de partida del Protestantismo, y que le unian á la cadena de todas las herejías que habian precedido, que todo hombre es Dios; Dios operando en el hombre, doctrina que, por el aniquilamiento de la voluntad humana, concluye en efecto por su divinizacion, no siendo su actividad sino la de Dios.

Hemos visto, y son además evidentes, todas las insurrecciones y todos los estragos antisociales que esta doctrina habia producido

en el mundo, en especial los excesos salvajes de los Picardos, de los Lollardos y de los Husitas. Nuevos desastres salieron de la doctrina de Lutero: la guerra de los *Paisanos* ó Campesinos, y la de los Anabaptistas.

Hemos hablado ya de esta terrible guerra de los Campesinos, y mostrado su estrecha y simpática relacion con el Socialismo de esta época. Lutero saltaba de gozo en su principio, y escribia á Linck: «En todas partes el pueblo se subleva: al fin ha abierto los ojos; «no puede ni quiere dejarse oprimir mas por la violencia.» Mas no tardó la reflexion en hacerle ver que tales hijuelas podian comprometerle con las potencias; reprobó inexorablemente el proceder de los sublevados, pero en vano, pues los excesos de los Campesinos no eran mas que proposiciones sacadas de sus escritos. Así, Erasmo le escribia en estos términos: «Ahora recogemos los «frutos de tu talento. Tú dices que es propio de la palabra de Dios «el producir resultados diversos. Verdad es, mas yo creo que esto «depende de la manera con que se predica esta palabra. Tú desaprueba los revoltosos, pero ellos te reconocen por su padre y «su doctor; y ya nadie ignora que las gentes que no tenian en sus «labios otro nombre que el Evangelio, han sido los instigadores «de las mas horribles insurrecciones.» (Citado por Alzog, *Hist. univ. de la Iglesia*, tomo III, pág. 382).

Apenas sufocada la guerra de los Paisanos ó Campesinos, dispertóse mas exterminadora y mas salvaje bajo el nombre de *Anabaptismo*. Lo que le dió un carácter mas pronunciado de extravagancia y de barbarie, es, que se dejó inspirar mas por la doctrina panteista protestante, la cual aniquila enteramente al hombre, haciéndole el instrumento, el juguete fatal de la Divinidad, es decir, que autoriza y diviniza los mas perversos instintos, haciéndolos pasar por inspiraciones. La doctrina de la justificacion por la fe sola, que asegura el perdon de todos los crímenes no mas que por la confianza de obtenerlo por los solos méritos de Jesucristo, acababa de disipar los últimos escrúpulos, y de sufocar los últimos remordimientos de la conciencia.

Esta doctrina de la justificacion por la fe sola era la que mas fanatizaba á los Anabaptistas. Su nombre de *Anabaptistas* provenia de que pretendian ser necesario bautizar de nuevo á los Cristianos en la edad de la razon; porque solamente en esta edad el bautismo podia excitar en ellos la fe, en la cual hacian consistir

el orígen de toda justificacion, cualesquiera que fuesen las obras, y de consiguiente el orígen de toda licencia.

Nosotros, por vivir de ella, no conocemos aun lo bastante toda la sabiduría, toda la economía admirable y verdaderamente divina de la doctrina católica en su completa simplicidad.

Segun esta doctrina verdaderamente social, la diversidad y la desigualdad de los méritos y de las obras importan un cambio en la igualdad natural de los hombres. Estas obras establecen, así en este mundo como en el otro, una desigualdad de destino fundada sobre la libertad y sobre la justicia, no menos que sobre la gracia; pues cada cual es, con el auxilio de aquella, *el hijo* de *sus obras*. Y si en este mundo esta desigualdad no siempre es la expresion equitativa del mérito, dos correctivos vienen á corregir este desórden: la Caridad, que endulza los rigores del infortunio, y la Esperanza, fundada sobre la fe en una recompensa futura del mérito, cuya prueba es el infortunio mismo.

Tal es la doctrina eminentemente social y civilizadora del Catolicismo.

El Protestantismo, suprimiendo la necesidad de las obras, y haciendo resultar la justificacion de la sola fe, ha destruido todos los fundamentos de la desigualdad social con los de la libertad humana. Si el mérito de las obras es ineficaz é inútil, si la fe en los méritos de Jesucristo bástа por sí sola; pudiendo cada cual hacer este acto de fe, tanto derecho tiene el uno como el otro á la salud, sea cual fuere la vida que lleva; pues todos quedamos iguales por el medio de esta fe. Y como las desigualdades que resultan del mérito y de las obras carecen de fundamento, la ciudad de Dios desaparece en un espantoso comunismo.

Los Anabaptistas pusieron en práctica esta doctrina que Lutero habia arrojado al mundo bajo el nombre de *libertad cristiana*. El Comunismo que él habia plantificado en el cielo, se hizo naturalmente descender sobre la tierra; y como cada cual por la fe sola quedaba emancipado delante de Dios, pretendia estarlo por el mismo medio delante de los hombres. Si las obras no justifican a los elegidos en el cielo, ¿cómo justificarán á los grandes y á los ricos, que son los elegidos de la tierra? ¿Cómo serán un título para sus distinciones y para sus riquezas? Si los méritos de Jesucristo nos libran de pleno derecho de la servitud del pecado, ¿cómo no nos librarán igualmente de la servidumbre de la miseria?

— «Nosotros somos iguales todos, todos hermanos por la fe, decia «el jefe de los Anabaptistas, y todos tenemos en Adan nuestro co- «mun padre. ¿De dónde viene, pues, esta diferencia de rangos y de «bienes que la tiranía ha introducido entre nosotros y los grandes «del mundo? ¿Por qué razon gemiríamos en la pobreza y estaría- «mos agobiados de males, mientras ellos nadan en las delicias? «Restituidnos, ricos del siglo, avaros usurpadores, restituidnos «los bienes que reteneis en la injusticia. — El Omnipotente aguar- «da de todos los pueblos que destruyan la tiranía de los magis- «trados, que reclamen su libertad con las armas en la mano, que «se denieguen á pagar los tributos, y que pongan sus bienes en «comun. — Á nuestros piés deben traerlos, como se llevaban, co- «mo se amontonaban en otro tiempo á los piés de los Apóstoles. «Sí, hermanos mios, no tener nada propio, tal era el espíritu del «Cristianismo al nacer; y rehusar pagar á los príncipes los im- «puestos con que nos agobian, es sustraerse á la servidumbre de «que nos ha emancipado Jesucristo.» (Catrou, *Hist. de los Anabap.* — Seckendorf, *Comen. sobre la hist. de Lut.* — Sleidan, l. 10).

A tales discursos precipitáronse sobre la Alemania el pillaje y la devastacion, y de ello se siguieron las mas sangrientas repre- siones, las guerras mas horribles.

Por mas que el Protestantismo fuese el orígen de todos estos ma- les, los señores y los príncipes no lo rechazaron, por una razon muy sencilla; porque les permitia á ellos tambien el pillaje de los bienes eclesiásticos, y la revuelta contra la supremacía espiritual, en virtud del mismo principio que la fe tiene lugar de mérito; y que de consiguiente la Iglesia y los sacerdotes, instituidos para conducirnos á las buenas obras, son inútiles y tiránicos.

La emancipacion que el Protestantismo introducia en el mundo, esta emancipacion por que la opinion moderna tanto le ha ensal- zado, era tambien una emancipacion de la virtud por la doctrina de la inutilidad de las obras, y una emancipacion de la verdad revelada por la doctrina de la exclusiva competencia de la razon humana en interpretarla. Es decir, que bajo estos nombres de emancipacion y de libertad, que tanto han embriagado al mundo, lo que positivamente y en realidad introducia el Protestantismo era la tiranía, la doble tiranía de las pasiones y de los errores, la servidumbre de la voluntad y de la inteligencia. Por mentidos nombres, por falsos semblantes con que se pretendan desfigurar

y disfrazar las cosas, en el fondo y en realidad es esto: filosófica y prácticamente es esto.

Por esta razon el Protestantismo desde su nacimiento se dirigió naturalmente hácia el Socialismo y el Comunismo, bajo los nombres de libertad, de igualdad y de fraternidad. Esto no puede negarse; y los frutos que debia llevar en nuestros dias de una manera general, los llevó desde entonces de una manera especial é idéntica hasta tal punto, que los discursos de Muncer y los de Luis Blanc se confunden.

En esta parte el Protestantismo no hacia mas que reproducir y que continuar por si mismo el destino de las herejías que le habian precedido, y que todas (y lo hemos visto de una manera tan constante que debe tener para nosotros la fuerza de ley), todas, repito, nos presentan la relacion generativa de estas tres cosas: Herejía, — Panteismo, — Comunismo.

Lo cual nos explica, hasta la demostracion, por cuanto en su lugar hemos expuesto, que la doctrina cristiana es la única que contiene la solucion del problema religioso y social de la relacion de lo finito con lo Infinito, y que sola la Iglesia tiene el depósito de esta doctrina.

De ahí viene que todo lo que sale de la Iglesia sale de la doctrina cristiana, y desde aquel momento altera esta solucion tan delicada y tan divinamente precisa y conservada de la relacion de lo finito y de lo Infinito, y del juego vivificador de esta relacion; que todo cuanto altera esta relacion cae por el mismo hecho en la absorcion de lo finito por lo Infinito, ó de lo Infinito por lo finito, en el Panteismo ó en el Naturalismo, es decir, en el Panteismo inmediato ó mediato, y por esto mismo, muy presto en el Socialismo y el Comunismo, que son la traduccion práctica de aquel.

Esta es la gran verdad que nos hemos propuesto mostrar con toda su irresistible evidencia, verdad que parece sistemática á fuerza de ser repetida; pero suplicamos que se observe al mismo tiempo como ella es la que se repite en los hechos, y que de tal modo corresponde á la teoría, que si esta teoría puede solo explicarse por los hechos, estos por consiguiente son la prueba matemática de la teoría.

Y de otra parte, así ha de suceder si la doctrina cristiana es divina, pues ella debe ser la única que posea el secreto de la natu-

raleza de los seres y de su relacion. *A priori*, así debe ser para cualquiera que crea en la divinidad de esta doctrina; y *à posteriori*, el que ve que así es, debe creer en la divinidad de esta doctrina.

Y nótese bien que en esta demostracion silogística ó inductiva entran no solamente la doctrina cristiana, sino tambien y al mismo tiempo la institucion de la Iglesia: tanto el depósito como la depositaria quedan igualmente justificados, y ligados el uno con el otro en una suerte comun. Todo cuanto decimos, todo cuanto manifestamos y demostramos por tanto cúmulo de hechos y de pruebas, no se limita únicamente á que la doctrina cristiana es la solucion divina del problema de la existencia y de la civilizacion de los seres, sino tambien, que solo se halla en la Iglesia y por la Iglesia; y hemos visto que este aspecto de la demostracion es asimismo admirable. Es admirable el ver que todo cuanto se sale de la Iglesia ataca á la vez la doctrina cristiana y la civilizacion, y que no sale de ella sino porque las ataca á entrambas; y en medio de estos ataques de la herejía, tan diversos, tan numerosos, tan repetidos, la Iglesia inmutable mantiene firmemente su depósito contra todas las sutilezas y contra todas las violencias del error.

El Protestantismo acaba de añadir su ejemplo á todos los demás errores, y de un modo muy singular y estrepitoso. Como dijimos ya, el Protestantismo no es una herejía, sino un conjunto, un agregado de herejías, dividiéndose en mil sectas tan diversas entre sí, como todas ellas lo son de la Iglesia. Pues bien, ¡cosa singular, ó mejor dirémos necesaria! ahora que conocemos la ley que á todas preside, estas sectas, divididas en todo, se concilian y vienen á confundirse al través de todas sus diversidades y oposiciones, en este punto único, á saber, que Dios lo hace todo en el hombre, así el bien como el mal, irresistible y fatalmente; doctrina á todas luces panteista y antisocial.

Así hemos visto á Lutero partir de esta doctrina, que el pecado original ha completamente destruido el libre arbitrio; que de consiguiente el hombre nace absolutamente siervo; que lo que hace en bien ó en mal no es obra suya, sino la obra de Dios, y que la fe sola basta para justificarlo.

Viene luego Zuinglio, que parte de la doctrina inversa, profesando que el pecado original en nada ha lesiado á la naturaleza

humana; que niega hasta el pecado original, y todo lo concede á las fuerzas de la naturaleza. Sin duda que al considerar que la doctrina sobre el pecado original es el punto de partida de toda religion, pregúntase uno á sí mismo, cómo el Protestantismo puede reconocer igualmente dos reformadores, de los cuales el uno dice *Sí*, y el otro dice *No* sobre esta doctrina; y solo se lo explica sino porque estos dos reformadores dicen igualmente NO contra la Iglesia, cuya doctrina en efecto es igualmente opuesta á los dos extremos contrarios de Lutero y de Zuinglio.

Pero lo mas digno de notarse es, que por contrarias que sean estas dos doctrinas, se resuelven igualmente la una y la otra en el Fatalismo y en el Panteismo. Así, al paso que Zuinglio es partidario de la integridad de la naturaleza humana, no por esto deja de afirmar, como Lutero, — «que Dios es el primer principio del «pecado; — que por una necesidad divina comete el hombre to- «dos los crímenes, hasta la traicion y el asesinato, hasta el par- «ricidio; queriendo Dios revelar por estos crímenes que hace co- «meter, cuáles son los que él predestina á la condenacion [1].» En fin, Zuinglio adopta enteramente la doctrina de Séneca sobre Dios, alma del mundo, es decir, el Panteismo en todo el rigor de sus principios y de sus consecuencias [2]: tan verdad es, que en cualquier punto que se coloque el espíritu humano fuera de la doctrina católica, no puede evitar el Panteismo, porque no puede evitar el problema de lo Infinito; y que no hay en cierto modo sino un solo vado para pasar ese rio formidable, sin ser arrastrado por él en el mar.

Calvino, viniendo despues de Lutero y Zuinglio, hubiera debido aprovecharse de la experiencia de sus errores; y hasta tenia un interés en distinguirse de ellos, y en hacerse recomendable por una doctrina menos perniciosa. Distinguióse de ellos, en efec-

[1] Epist. ann. 1527: Hic ergo proruunt quidam: «Libidini ergo indulge- «bo, etc.; quidquid egero Deo auctore fit.» Qui se voce produnt cujus oves sint! Esto enim, Dei ordinatione fiat, ut hic parricida sit, etc., — ejusdem tamen bonitate fit ut qui vasa irae ipsius futuri sint, his signis prodantur, quum scilicet latrocinantur — citra poenitentiam. Quid enim aliud quam gehennae filium his signis deprehendimus? Dicant ergo, *Dei providentia se esse proditores ac homicidas!*

[2] *Hahn*, Doctrina de Zuinglio sobre la Providencia, sobre la existencia y el destino del hombre, así como sobre la gracia electiva. (*Estudios y crit.* 1837. Entrega 4.ª, pág. 765-805).

to, pero precipitándose aun mas profundamente en el abismo de la Predestinacion absoluta, del Fatalismo y del Panteismo.

Así, decia Lutero, que por el efecto de la caida original del hombre era necesariamente impelido *(necesitado)* al mal; que su libre arbitrio ya no existia, y que Dios solo lo hacia todo en él. Calvino encontró el secreto de insistir aun mas sobre esta monstruosidad, enseñando que Dios, para tener justos motivos de odio y de castigo, impulsó por necesidad *aun al primer hombre* á la caida, y que impulsa necesariamente tambien á los que quiere reprobar, á que añadan sus propios pecados al pecado original; que los ciega y los paraliza para el bien, y que los excita al mal: *Nam res externae quae ad excaecationem reproborum faciunt, illius irae (Dei) sunt instrumenta.* — Y no se crea eludir esta doctrina por el frívolo subterfugio de los escolásticos, que consiste en decir que Dios por su presciencia ve la perdicion de los impíos. No, él no la ve solamente; la premedita, la quiere, la dispone. *Corruit ergo frivolum illud effugium quod de praescientia scholastici habent. Neque enim praevideri ruinam impiorum à Domino Paulus tradit, sed ejus consilio et voluntate ordinari.* (Comment. Ep. ad Romanos, IX, 18). — Ya se nos ofrecerá ocasion de citar en otra parte pasajes aun mas horrorosos.

Importa observar que esta doctrina tiene tanto de relajada como de inexorable; pues segun ella, Dios lo es todo así en la salud como en la perdicion del hombre. Sean cuales fueren las obras, los elegidos son salvados, así como los reprobados son condenados. La doctrina de la justificacion por la fe *sola* es llevada mas adelante aun por Calvino que por Lutero. Dios solo nos condena ó nos salva á su sabor: todo lo hace, y todo lo es en nosotros; y nosotros no somos mas que los juguetes de su cólera ó de su bondad, igualmente gratuitas.

Preciso es convenir en que este sistema es muy sencillo; sencillo como la nada, pero la nada engendra el cáos.

El Protestantismo procede así de la nada al cáos, de la servitud á la licencia. Él aniquila al hombre, y le declara absolutamente siervo y pasivo. Mas, como no por esto deja menos de existir de hecho la actividad del hombre, la deja abandonada á todos los desarreglos de la naturaleza. ¡Y aun se limitase á esto! mas consagra estos desarreglos, y los hace *necesarios*, los *necesita*, usando de su expresion: quita á ese fogoso corcel la brida del libre arbi-

trio, por la cual la voluntad le dirige; hace sentar en lugar suyo la Fatalidad armada con su aguijon, y le lanza á los precipicios. — «La voluntad del hombre es semejante á un caballo, dice Lu- «tero, y todo el Protestantismo con él. Si Dios la monta, va y vie- «ne como Dios quiere y la guia; si sube en ella el diablo, corre «á donde el diablo la empuja. Todas las cosas suceden segun los «decretos inmutables de Dios. Dios hace en nosotros tanto el mal «como el bien, y así como nos salva sin mérito de nuestra parte, «así tambien nos condena sin que haya falta nuestra.» *(De serv. Arbitrio ad Erasm. 1525. Walch, tomo XVIII, pág. 20-50).*

Hasta á este Fatalismo turco empuja á la humanidad el emancipador de la especie humana. Por dicha de la civilizacion, la Iglesia ha conservado altamente en el mundo el elemento sagrado de la libertad moral que Jesucristo vino á asegurarnos, y que ella sola puede guardar y preservar, porque ella sola puede conciliarlo con lo Infinito, y dárselo por campo para sus excursiones.

Mas, hay una cosa que merece fijar toda nuestra atencion, y que viene á confirmar de una manera singular la grande verdad cuya demostracion vamos siguiendo; y es, que el Protestantismo empujaba la humanidad hácia los abismos por dos vias extrañamente contradictorias, y no obstante, perfectamente lógicas.

Por un lado aniquilaba el libre arbitrio, y por otro proclamaba el libre exámen: ¿qué puede darse de mas contradictorio? — ¡Mas haciendo esclavo el arbitrio, negaba el hombre; y por el libre exámen llegaba á negar á Dios! ¿Qué puede darse de mas lógico?

Y notemos de qué manera se operan estas dos grandes negaciones. — Por la doctrina del arbitrio esclavo, el hombre es aniquilado por Dios: lo finito es absorbido en lo Infinito. — Por la doctrina del libre exámen, Dios y todo lo sobrenatural de la verdad revelada queda llevado, reducido y sujeto á la razon humana: lo Infinito es absorbido en lo finito. — Por la via del arbitrio esclavo se cae en el Panteismo, y por la del libre exámen en el Naturalismo. En el primero de estos abismos el hombre es quien desaparece en Dios; en el segundo es Dios quien desaparece en el hombre: en entrambos los desarreglos de la naturaleza humana son divinizados por inspiracion ó por apoteosis; son divinamente impelidos por la necesidad, ó glorificados, y se convierten en Fatalidad ó en la diosa Razon.

¡Cuán admirable lógica nos ofrece el error en el encadenamiento de sus deducciones y de sus caidas! ¡y qué poderosa demostracion de la verdad de ahí resulta! Porque esta lógica del error ¿qué otra cosa es sino el reverso de la de la verdad? Y le sirve tambien de contraprueba, tanto mas concluyente en cuanto lo es sin saberlo y sin quererlo, y que combatiéndola la glorifica. ¡Tan verdadero y profundo es aquel *Oportet haereses esse* del grande Apóstol!

El Protestantismo de esta manera ha servido, mas que ninguna otra herejía, á los intereses de la verdad católica. Jamás se hubiera sabido ni comprendido hasta qué punto la doctrina cristiana es divina y divinamente conservada en la Iglesia, si por una sucesion de delirios antisociales, las herejías no hubiesen venido incesantemente á demostrar que, fuera de esta divinal doctrina, no hay salud, ni aun en este mundo; si el Protestantismo, sobre todo, acumulando todas las herejías, no hubiese acumulado todos los desórdenes del espíritu humano, y por contraposicion, todas las pruebas de la verdad católica que los previene y los corrige.

CAPÍTULO VIII.

PASO DEFINITIVO DEL PROTESTANTISMO AL PANTEISMO.

No nos resta mas ahora que manifestar el trecho que media entre la herejía protestante y las herejías antisociales que han sido el terror, y que son todavía el peligro de nuestra época.

El Protestantismo hemos dicho que tendia á ellas por dos corrientes; el Naturalismo y el Panteismo.

Hemos ya manifestado en la primera parte de esta obra, como, partiendo del libre exámen, y pasando por la negacion sucesiva de la enseñanza católica, del Sacramento, de la divinidad de Jesucristo, de la Escritura, de toda creencia en lo sobrenatural, el Protestantismo habia pasado del Luteranismo al Calvinismo, del Calvinismo al Socinianismo, del Socinianismo al Teismo, del Teismo al Materialismo y al Naturalismo puro.

Y aquí se abismó todo.

Lo que sobre todo nos hemos propuesto demostrar, es que el

Filosofismo, que fue el agente inmediato de esta grande destruccion, no era otra cosa que una emanacion del Protestantismo. Fue desde luego empujado hasta sus últimas aplicaciones por el furor francés, fatal para el error al cual compromete, y que lo niega despues de haberlo inspirado; pero él era hijo verdadero y legítimo del Protestantismo, nacido del Socinianismo en Inglaterra y en Ginebra, propagado por la prensa de la Holanda, é importado solamente en Francia.

Por lo demás, nosotros le vemos en la misma época, y desde 1735, nacer de sí mismo y desarrollarse en la tierra clásica del Protestantismo, en la Alemania. Sus partidarios se llamaban *concienciarios*, así como en Inglaterra se llamaban *libres pensadores*, siendo sus jefes Math. Kuntzen, Edelmann, Nicolaï, Wolfenbüttel, Reimarus, Lesseing y otros teólogos, profesores y doctores protestantes. En una nube de escritos titulados: *las Verdades inocentes; el Fraile sin máscara; el Cristo y Belial; la Divinidad de la razon; el Grito de la razon desde lo alto de su cátedra; de la Imposibilidad de una Revelacion divina; de la Falsedad de la resurreccion; del Objeto de Jesús y de sus discípulos; la Pequeña Biblia; Almanach de las iglesias y de las herejías; Ensayo del sistema de dogmática bíblica; Cartas sobre la Biblia de Folkstone; la Nueva revelacion; Explicacion del plan y del objeto de Jesús y de algunos otros; Historia de la vida de Jesús por el mismo*, etc. etc., el Naturalismo hacia su explosion como una fermentacion de la razon *protestantizada*. Allí se enseñaba, que «se debe rechazar el Coran cristiano, no menos contradictorio y tan «poco auténtico como el de los turcos, para atenerse, como Henoch y Noé, á la razon sola, á la conciencia, que la naturaleza da «maternalmente á todos los hombres, y que les enseña á vivir honestamente, á no dañar á nadie, á dar á cada cual lo que le pertenece. Esto es la verdadera Biblia. El cielo y el infierno es la «conciencia. No hay Dios ni diablo. La Biblia no hace diferencia «entre el matrimonio y la fornicacion. Es preciso purgar la tierra «de sacerdotes, de reyes, de todas las potestades establecidas [1].»

Verdad es que el Protestantismo, no todo habia llegado hasta tal punto: habia la cola de ortodoxos, que protestaba contra la ca-

[1] *Acta hist. Eccl. nostr. temp.* tomo IV, pág. 434; VI, 292; XII, 119: XVIII, 957, seq. — Véase tambien Elster, *Memorias de Juan Chr. Edelmann*, á propósito del Dr. Strauss. — Alzog, *Hist. univ. de la Iglesia*, tomo IV, páginas 274 y 275.

beza; pero existia entre la una y la otra una comunidad de principio, que por un encadenamiento lógico no formaba de todo el Protestantismo mas que un solo cuerpo de herejía, que iba desplegando sus anillos, y avanzando de evolucion en evolucion hácia el escollo del Naturalismo.

Hemos visto ya como este escollo viene á ser el de la sociedad, y por cuál subterránea senda partiendo desde Rousseau á Luis Blanc, ilustrada á nuestra vista por la tea de Proudhon, la negacion del sistema cristiano de la caida y de la Redencion, quitando la grande explicacion y el grande remedio del mal en el mundo, conducia á los sistemas socialistas, que atribuyéndolo á la sociedad y á la Providencia, se empeñan en conseguir su reparacion al través de la destruccion universal.

Mas el Protestantismo, que habia conducido el mundo al Socialismo por medio del Naturalismo, debia precipitarle en él por medio del Panteismo.

La naturaleza humana tiene horror al vacío del Infinito. Trastórnala el vértigo cuando se halla al borde de este abismo, y precipítase locamente en él, cuando no está en comunicacion regular con él por el medio de la Religion verdadera. La impiedad misma, que forma este vacío del Infinito, lo llena á medida que lo va formando, por la divinizacion de lo finito, que ella le sustituye. Los altares no están jamás un instante sin divinidad y sin adoradores; y cuando de ellos es precipitado el verdadero Dios, la diosa Razon sube á ocupar su puesto. La religion del vicio y del crímen protesta contra la irreligion; y el crímen mismo, antes que sufrir el suplicio de la nada, irá delante del castigo, decretando *el Ser supremo*.

Mas estos enormes extremos que prueban hasta qué punto el hombre es religioso, no pasan de accesos de locura, que duran poco. Es indispensable que para regularizar la satisfaccion de este sentimiento echemos mano de la verdad, ó de un error mas especioso.

La sociedad francesa salió del Naturalismo para remontar al Catolicismo; la Alemania protestante para ir á hundirse en el Panteismo.

La reaccion religiosa en Alemania tendió hácia el Panteismo, bajo la influencia de Kant. Y, ¡cosa digna de observarse! el mas grande genio que ha honrado el Protestantismo, Leibnitz, no tuvo

sobre él la menor influencia. Verdad es que Leibnitz, aunque protestante, gravitó toda su vida hácia el Catolicismo, y que acabó por inclinar ante él su robusta cabeza; mas, ¡con qué candor de intencion, con qué grandeza de espíritu, con qué majestad de carácter! ¿Tuvo ni tendrá jamás el Protestantismo una lumbrera mas propia para ilustrarle, mas digna de ser seguida, que le allane la vuelta á la unidad por una autoridad mayor, y que le conquiste la abjuracion del error con mas gloria? Pues bien, este grande hombre no dejó impresa la mas leve huella, el mas ligero movimiento en el Protestantismo; poco falta que este no le rechace, y que su grande gloria no sea importuna á los Protestantes, tanto como es querida de la humanidad.

Esta influencia que Leibnitz no tuvo en el Protestantismo, estaba reservada á Kant, Fichte, Schelling, y sobre todo á Hegel.

Estos parecieron y hasta se creyeron de buena fe los defensores del Cristianismo, en cuanto esto es posible con una doctrina que sin tener mas que la razon natural para llegar á un fin sobrenatural, no puede evidentemente llenar un abismo sino dejando otro abierto.

Kant hizo la guerra á la metafísica racionalista en su *Crítica de la razon pura*, y procuró afirmar la Religion y levantar el Cristianismo sobre la base de la *razon práctica* y de la *conciencia moral*. Schelling continuó la tarea de sostener el edificio cristiano por el *sentimiento religioso;* y por fin el mismo Hegel, envuelto en una fraseología bíblica, admitia y sostenia «que la Religion es en sí «misma lo mas importante que hay; que el conocerla en su esen«cia es el fin de toda sabiduría; que la Religion cristiana tiene en «su constitucion eclesiástica una significacion histórica y univer«sal mas profunda de lo que admiten los Racionalistas, etc.»

Sin embargo, bajo estas doctrinas, ¿qué sucedia? Abierto estaba un abismo en donde no solamente el Cristianismo, sino la Religion natural, la libertad moral, la civilizacion, todo principio social determinado iban á desaparecer.

Como los entendimientos no estaban contenidos por ningun dogma cierto, por ninguna doctrina fija que tuviese autoridad sobre la razon para regularla y satisfacer en ella la necesidad que tenia de verdad final, de verdad total; y como el Cristianismo, bajo la accion prolongada del libre exámen, aun para aquellos que no lo habian abiertamente desechado, habia llegado á ser una doctrina

hasta tal punto diversificada y diversificable que podia revestirse de todos los sistemas; Kant abrió una ruta, que prolongaron despues Fichte y Schelling, en la cual, fatigados los espíritus del vacío de la naturaleza, se precipitaron con todo el ardor que pudieron impulsarles las pasiones, que debia terminar en Hegel y en sus discípulos, en el mas extravagante Panteismo, en el mas grosero Comunismo.

Probemos exponer en un sucinto análisis la deduccion de estos sistemas.

La filosofía práctica de Kant sentaba como hecho una dualidad primitiva: el sujeto y el objeto, el yo y el no-yo. «El sujeto, co-«mo facultad de sentir y como facultad de conocer, es el princi-«pio de la *forma* de nuestras representaciones.» Las nociones son vanas, si se las separa de la materia que suministran los sentidos: la materia que los sentidos suministran nada ofrece de necesario sin la forma que le dan las nociones. Así pues, todo conocimiento supone la union de la forma y de la materia, el concurso del sujeto y del objeto; y esto es lo que constituye la experiencia, grande *criterium* de la filosofía de Kant.

Kant añade: «Claro es que el sujeto y el objeto no son los seres «reales en sí mismos, pues no conocemos al sujeto sino con re-«lacion al objeto, ni al objeto sino relativamente al sujeto, sin co-«nocer la naturaleza íntima del uno ni del otro. Alguna cosa debe «haber oculta bajo el sujeto y el objeto; mas esta existencia, ó este «ser, cualquiera que sea, nos es desconocido, y equivale para nos-«otros á X. No podemos jamás esperar ni aun debemos tantear el «penetrar hasta él; porque los sentidos y las nociones solamente «nos ofrecen testimonios relativos, que no pueden elevarnos sobre «la experiencia.»

Esta X misteriosa, sin embargo, debia despejarse, y llegar á ser el Dios del siglo. El haberlo establecido solamente como el único ser real, y el no haber dado sino un valor relativo y fenomenal al sujeto y al objeto, era el haber legado á los que habian de venir la tentacion de hacerlo prevalecer sobre el sujeto y el objeto, y de sacrificarlos á él.

Fichte tomó desde luego por su cuenta el objeto, y considerándole por relacion al sujeto, observa «que este, en la concurren-«cia de uno y otro, tenia la parte activa, y el objeto tan solo la «pasiva; que era cogido, formado, determinado por el sujeto; y

«que, como no tenia consistencia ni valor objetivo sino por esta ac-
«cion plástica del sujeto, podia decirse que habia sido criado por
«el sujeto.» De aquí nació el sistema del *Idealismo transcendente* de Fichte, en cuyo sistema, «no hay otra existencia que la del su-
«jeto ó del *yo*. Todo lo que no es el *yo*, todo el universo por con-
«siguiente, no es mas que el *no-yo*, es decir, la antítesis natural
«y necesaria del *yo*, acompañándolo como la sombra acompaña á
«la luz. El sentimiento del *yo* se tiene por el pensamiento. La ope-
«racion del pensamiento es doble, pues consiste en abstraer y re-
«flejar; abstraer todo lo que no es el *yo*, y el universo no es otra
«cosa sino esta abstraccion: reflejar, es decir, replegar la accion
«del pensamiento sobre el *yo*, cuya existencia queda depurada ó
«desembarazada; por manera que el ser pensador y la cosa pen-
«sada se confunden en una misma idea, y la ciencia no es mas que
«la existencia percibiéndose á sí misma, y situándose en esta pro-
«posicion única que tiene una certitud inmediata: *Yo=yo*.»

Schelling vino á dar un paso mas en su *Filosofía de la naturaleza*. Así como Fichte habia hecho desaparecer el *no-yo*, él hizo desaparecer el *yo*, mas para hacerle reaparecer en el estado de existencia absoluta, en el estado de Dios, y elevar la fórmula de Fichte: *Yo=yo*, á la fórmula: *Dios=Dios*. —Hé aquí el modo con que llega á ella: — «No se trata ya de saber si las cosas fuera
«de nosotros tienen una existencia real, si hay alguna cosa fuera
«de nosotros; sino si nosotros mismos somos una cosa real en el
«sentido transcendental de la palabra. Pues, el objeto y el sujeto
«son correlativos que se suponen el uno al otro; y desde el mo-
«mento en que se quita uno de estos términos, el otro se desva-
«nece con él. La verdad no se halla sino en la existencia abso-
«luta, y no hay mas que *una existencia, una, eterna, inmutable*. La
«abstraccion y la reflexion, que en el Idealismo transcendental de-
«ben conducir al acto puro y libre, por el cual el Ser se pone á
«sí mismo, son medios lentos é insuficientes; debe empezarse,
«pues, por este acto puro y libre: la Filosofía es una creacion in-
«dependiente, á la cual se llega destruyendo el uno por el otro
«el sujeto y el objeto, y colocándose en el punto en donde los dos
«son igualmente indiferentes, y desde donde, por un acto de in-
«tuicion intelectual, se concibe la existencia absoluta. Esta exis-
«tencia es Dios, el principio de la unidad y de la dicha: esta exis-
«tencia es una; afirmarla es conocerla, y conocerla es afirmarla,

«pues hay identidad perfecta entre el conocimiento y la existen-«cia. El conocimiento que de Dios tenemos, es, pues, la existen-«cia misma de Dios por el conocimiento y la conciencia que tiene «él de sí mismo en nosotros; así como, segun Fichte, el conoci-«miento que tenemos del *Yo* es la existencia misma del *Yo*. — De «otra parte, fuerza es admitir en la existencia absoluta una antí-«tesis verdadera, la de la unidad y de la pluralidad. El Ser, en «tanto que es unidad perfecta, debe manifestarse, y no puede ma-«nifestarse en sí mismo en su unidad, sino necesariamente en otro «que no sea él mismo, y por consiguiente en una pluralidad. Es «necesario, pues, que sea él mismo, y otro que él mismo; unidad «en su esencia, y pluralidad en su manifestacion. Y como la uni-«dad perfecta no puede concebirse sin manifestacion, ni la mani-«festacion sin la unidad que ella manifiesta, síguese, que ni lo «uno ni lo otro, ni la unidad ni la pluralidad, en tanto que uni-«dad y que pluralidad, no existen propiamente, y que no hay mas «que la cópula, es decir, la existencia pura y simple. *Deus est in «fieri.*»

Ó razon humana, ¡y cuál es tu vértigo! Y ¡á dónde vas á perderte en tu loca libertad!

El Panteismo estaba ya hecho, y Hegel solo tuvo que precisar los términos y hacer las aplicaciones. «Unidad de sustancia en el «estado impersonal é indeterminado, cuando se la considera en «sí misma; el Infinito indefinido, solo ser, sustancia y causa del «mundo visible. El Ser, lo Infinito, así latente, hace esfuerzos «para exprimir todas las combinaciones ocultas en su seno con «sus innumerables diferencias: dispierta, se revela, se expresa «cada vez mas en los seres que componen el universo, y que ofre-«cen estados siempre mas perfectos de este desenvolvimiento pro-«gresivo de la existencia. Duerme en la piedra, sueña en el ani-«mal; y no sale del estado impersonal ni llega á la conciencia de «sí mismo sino en el hombre. Así el hombre no existe por sí mis-«mo, así como todo el resto del universo. Nada existe sino la exis-«tencia absoluta, sino Dios; y el hombre no es otra cosa que esta «existencia absoluta llegada á su mas alto grado de desarrollo: «es Dios, y Dios en el supremo grado, Dios acabado, Dios co-«nociéndose Dios, Dios que ha llegado á la ecuacion de sí pro-«pio por la reflexion y el sentimiento de su personalidad en la «cual se contempla, Dios=Dios.

Échanse de ver las terribles consecuencias contenidas en esta doctrina. Si no hay mas que una *sola esencia*, que viniendo á ser la *naturaleza*, comienza solamente á contratar una existencia determinada, y que no llega al estado de personalidad, de conciencia y de reflexion sino en la *humanidad*, es absolutamente necesario el negar á Dios fuera del hombre, negar una inteligencia infinita, una voluntad infinita, una Providencia infinita, anterior y superior al mundo. De este modo el Panteismo, segun la exacta expresion de Bossuet, no es mas que un Ateismo disfrazado. Pero es mucho peor que el Ateismo; porque el Ateismo deja el vacío de la negacion, y este vacío, con la boca abierta, grita en algun modo, llama á sí su Objeto, protesta contra su negacion, acusa la insensatez del ateo, y no le permite otro refugio que una degradacion, un embrutecimiento de sí mismo, que le deja á lo menos el recurso de la humillacion de su estado para salir de él. Pero el Panteismo, identificando la existencia absoluta con el mundo, transportando su personalidad divina en el hombre mismo, afirma á Dios negándole, burla el sentimiento que tenemos todos de su existencia, satisface hasta la exaltacion el que tenemos de nuestra grandeza, y produce la peor de todas las obcecaciones, la del orgullo, y del orgullo compatible con las mas viles pasiones, del orgullo disfrazado bajo la apariencia de la mas completa abnegacion, pues en este sistema el hombre indivíduo no tiene existencia distinta, no es mas que una molécula del hombre *in genere* de la humanidad, única que exprime la Razon absoluta, y que es su mas elevada expresion.

Así, en este concepto, el hombre no queda menos negado que Dios; no hay verdad distinta de él; fuera ley moral que ponga en juego su libertad; fuera temor y esperanza para el porvenir; fuera personalidad, en una palabra: cada uno queda asimilado á la masa, como esta lo es á la Divinidad. Pero al mismo tiempo que es á ella asimilado, se la asimila á sí; de la libertad general del hombre, de la libertad absoluta de Dios, hace su propia libertad; y sus pasiones mas desordenadas quedan no solamente emancipadas de la conciencia individual, de la del género humano y del sentimiento de la Divinidad, sino tambien autorizadas, consagradas, divinizadas, como no siendo mas que su expresion, su determinacion activa. Y para decirlo todo de una vez, en este monstruoso sistema Dios y el hombre son á la vez negados y afir-

mados el uno por el otro, negados para el bien y afirmados para el mal. De la nocion de Dios se separan las ideas de independencia, de justicia, de providencia, de sabiduría, de bondad suprema; de la nocion del hombre se separan las ideas de libertad moral, de responsabilidad, de conciencia, de mérito y de virtud; y cuando queda formado en Dios y en el hombre el vacío, la ausencia de todo bien, se hacen pasar á Dios las pasiones del hombre, y al hombre el derecho de Dios; y del uno y del otro así arruinados, se hace un solo mónstruo que tiene de Dios el poder absoluto, y del hombre la perversidad.

Por cúmulo de delirio, este va creciendo. La Idea infinita, la Razon absoluta, segun el Hegelianismo, vaga y confusa en sí misma, empieza solamente á tomar una existencia determinada en la naturaleza, en la cual se va dispertando por grados desde la piedra hasta el hombre, en quien solamente alcanza la conciencia de sí misma. Mas llegada allí, no por esto se detiene, sino que continúa en progresar incesantemente, y produce las evoluciones históricas de la humanidad, como ha producido ya los reinos de la naturaleza. La historia, y toda la sucesion de los hechos que la componen, tampoco es mas que la sucesion de las manifestaciones siempre mas perfectas de la existencia absoluta; y es para el desarrollo del espíritu universal lo que es la reflexion para el espíritu individual: en los períodos sucesivos vienen á colocarse bajo una forma palpable y viviente, y con un órden lógico y necesario, todos los elementos interiores de la idea divina. En cada época, las constituciones, el arte, la religion, la Filosofía tienen una raíz comun, el *espíritu del tiempo,* que es en sí mismo el Espíritu universal, la Idea infinita en su término de desarrollo relativamente el mas avanzado. Por ahí, todo, hasta los crímenes mas horrorosos, quedan justificados si están conformes con el espíritu del tiempo; y las virtudes mas heróicas quedan reprobadas si le son contrarias. El último estado de la humanidad es al propio tiempo el punto mas elevado de la existencia absoluta; y desenvolviéndose de continuo esta existencia, cada época puede y debe obrar para la destruccion de lo que la precede y la realizacion de sus mas ventajosas y sus mas perversas teorías, con el sentimiento de lo Infinito y de lo absoluto, haciendo un legítimo esfuerzo para manifestarse.

Esta teoría del desenvolvimiento sucesivo de Dios en la histo-

ria es la teoría revolucionaria elevada á su mas alta potencia, á la potencia de lo absoluto, del *Fatum*, pero del Fatum para servir á las mas feroces pasiones desencadenadas, ¡qué digo! excitadas por el sentimiento de la legitimidad, ó mas bien de la divinidad de su accion. Así vemos á los maestros de esta teoría, aunque mas circunspectos que sus discípulos, hallar, sin embargo, entusiasmo para celebrar las virtudes de Robespierre y de Marat.

Mas esta teoría no ha completado toda su aplicacion en el principio revolucionario; porque este principio, si bien derriba los tronos y las superioridades políticas, deja subsistir las condiciones sociales, los principios eternos de la propiedad, del matrimonio, de la libertad moral, y de la individualidad de las existencias. Pues, como dijimos ya en otra parte, el Panteismo excluye todas estas distinciones: si Dios lo es todo, nada hay que no sea Dios; todas las existencias quedan absorbidas en lo absoluto de la Existencia; ninguna se pertenece á sí propia, y nada tiene de consiguiente que le pertenezca: siendo el Panteismo el Comunismo de lo finito y de lo Infinito, no halla su completa expresion sino en el Comunismo social de los diversos elementos de lo finito tomado en sí mismo. Si lo finito colectivo no es nada, ¿cómo lo finito particular, que es tan solo su elemento, seria alguna cosa? Todo confusion, todo comunismo, todo cáos social, tal es, pues, el término del Hegelianismo.

Nada he violentado ni en la exposicion de esta doctrina, ni en la extension de sus consecuencias; nada he dicho que no se haya formulado ni practicado á nuestra vista; y serian tan fáciles las citas como las juzgo ahora supérfluas.

Lo que importa observar bien ahora es que el Panteismo, además de haber hallado su antecedente en la doctrina protestante del *esclavo-arbitrio*, como el Naturalismo en la del *libre examen*. ha germinado, y se ha desenvuelto en el seno del Protestantismo, y sobre su terreno primitivo; que sus doctores y sus adeptos eran admitidos como cristianos protestantes, en oposicion con los racionalistas propiamente dichos; que estos ocupaban las cátedras de la enseñanza teológica, y se ponian en la línea de los defensores del Cristianismo [1]; por fin, que el Hegelianismo es un sis-

[1] Así, cosa extraña, exclama el historiador Alzog, habíase llegado á desconocer hasta un tal punto el Cristianismo, que se creia volver á encontrar su verdadero espíritu en un sistema que, como el de Hegel, ve en Dios la razon im-

tema teológico protestante, explicando á su manera los dogmas de la Trinidad y de la Encarnacion. En la exposicion que de él acabamos de hacer, le hemos despojado de sus fórmulas dogmáticas, tan plausibles, tan admisibles para la razon emancipada de la Iglesia, como todo el simbólico de las demás herejías, y menos chocante, menos repugnante por cierto que la doctrina general protestante del esclavo-arbitrio y de la justificacion por la fe.

Así, segun Hegel, la esencia absoluta, la sustancia de todas las cosas considerada en sí misma, y antes de todo desenvolvimiento, es el Padre, ó la primera persona del misterio de la Trinidad.— El paso de la sustancia indeterminada á la existencia realizada, la transformacion de la esencia infinita en universo, en mundo creado, en lo que llamamos la *naturaleza,* es Dios el Hijo, la segunda persona, que exprime ó manifiesta cuanto hay en la sustancia divina.—En fin, cuando el Espíritu llega al término de todos los desenvolvimientos, se reconoce á sí propio; cuando afirma la identidad de lo finito y de lo Infinito, cuando por esta intuicion y esta afirmacion, vuelve á entrar en alguna manera en sí mismo, se iguala á sí mismo, se completa á sí mismo, es el Espíritu Santo, la tercera persona, y es el espíritu humano.

El dogma de la Encarnacion es igualmente respetado en la escuela hegeliana, con sola la diferencia que la doctrina del Verbo hecho carne, de Dios hecho hombre, en lugar de ser particularizada en Jesucrito, es generalizada en la humanidad; y Strauss, discípulo de Hegel, en su *Vida de Jesús*, no ha hecho mas en este órden de ideas que despojar la doctrina cristiana de su vestido histórico; mas la ha conservado transportándola en el género humano: segun él, como segun toda la escuela hegeliana, la especie humana es el Verbo.

Por lo demás, toda esta teoría panteista hegeliana nada tiene de original; y es tan solo, si mal no nos acordamos, un retorno á las antiguas teorías de los Gnósticos y de los Neo-Platónicos: Strauss no hace mas que reproducir á Filon; y el ciclo de las herejías termina como habia empezado diez y ocho siglos hace.

Así esta doctrina ha podido presentarse autorizada por el Pro-

personal, no llegando á la conciencia de sí misma sino en el espíritu del hombre, que destruye la libertad divina y humana, y precipitando la humanidad de las inefables luces del Evangelio en las tinieblas del Paganismo, evoca de este cáos, como árbitro supremo de todas las cosas, la ciega necesidad (ἀνάγκη).

testantismo que la ha dado á luz, y darse como un progreso final sobre todas las evoluciones de esta grande herejía. Leemos asimismo bajo todas las formas en los Anales alemanes, que «la mi-«sion de la Iglesia protestante es de arrancar la fe al Cristianis-«mo evangélico; que Lutero fue solo el precursor del grande «Hegel; que el Protestantismo puede existir sin la Biblia, ya tiem-«po hace decrépita, ó envejecida, llena de errores sobre las cues-«tiones mas importantes de la vida, y que puede, con la ayuda «de la ciencia y de la civilizacion, reemplazar eficazmente toda «disciplina moral [1].»

Bajo el nombre de *Esencia del Cristianismo*, Feuerbach y Bruno Bauer vinieron, despues de Strauss, á hacer descender el Hegelianismo sobre el terreno de la política social, y á proclamar el advenimiento del Comunismo. En su programa de 1843 criticando el viejo Liberalismo, declaraba esta escuela que de allí en adelante tratábase de arrancar del pueblo las ilusiones sobre las cuales reposa actualmente nuestra vida política y religiosa, de poner las masas en movimiento, de destruir la organizacion militar, de enseñar al pueblo á gobernarse á sí mismo y á hacerse justicia, de arrancar el mundo germánico á la muerte, y de asegurar su porvenir, transformando el liberalismo en pura democracia.

El Protestantismo no rechazó la responsabilidad de semejantes tendencias. Para hacerlo así, hubiera sido necesario que hallase en él algun fondo de creencia comun, sobre el cual pudiese apoyarse y rehacerse. Pero tan léjos se hallaba de esto, que todas las facultades teológicas de Prusia acompañaron con sus aplausos las reclamaciones de Bruno Bauer en favor de la libertad teológica; y las últimas tentativas hechas con el objeto de obligar á los predicadores prusianos á adoptar algun símbolo positivo del Cristianismo por regla de la instruccion de la juventud y del pueblo, han venido á estrellarse contra la negativa de estas mismas facultades, exceptuando el decanato de Berlin y de Hengstenberg [2].

[1] El respeto de la Biblia y de la divina persona de Jesucristo no era mucho mayor en los primeros reformadores que en los últimos, y Strauss no ha sobrepujado mucho á Lutero. Lo verémos á no tardar.

[2] El Anglicanismo bajo su cohesion facticia no encierra menor division, ni menor inutilidad. En mayo de 1840 se promovió en la cámara alta sobre los treinta y nueve artículos un debate en el cual se preguntó si el clero mismo creia en la verdad de los artículos que suscribia. A esta pregunta respondió uno de los obispos que todos los miembros del clero creian en ellas; otro, que

En una palabra, todos los recursos del Protestantismo para reaccionar contra las últimas consecuencias de su principio pueden compendiarse en este dicho de Nicolás Harms: «Yo escribiría sobre la uña de mi dedo pulgar todo lo que ha quedado de «dogma generalmente creido en la Iglesia protestante.»

CAPÍTULO IX.

RELACION FINAL DEL PROTESTANTISMO CON EL SOCIALISMO.

Nos propusimos demostrar hasta el fin el movimiento del Protestantismo hácia el Panteismo, y presentar, desde el orígen del Cristianismo, la herejía bajo sus mil nombres y bajo sus mil formas, girar siempre por ese círculo del Panteismo, por donde hubiera conducido el mundo á la disolucion de la cual le sacó el Cristianismo, si la Iglesia católica, por el prodigio de su exencion del error universal, no hubiese constantemente burlado sus proyectos, y alta é invenciblemente mantenido el sagrado depósito de la fe y de la civilizacion cristianas.

Ahora, empero, nada hay tan fácil como demostrar, que el desencadenamiento del mal, que bajo el nombre de Socialismo y de Comunismo, pone en nuestros dias esta civilizacion en problema, no es otra cosa sino la aplicacion en grande de este Panteismo, de este Hegelianismo protestante, combinado con el Naturalismo, cuyo orígen comun hemos asimismo manifestado hallarse en el Protestantismo.

Hemos hecho ver ya al Racionalismo francés nacido de la escuela escocesa, terminar en la escuela alemana, y transformarse rápidamente en Eclectismo, en Syncretismo y en Panteismo. He-

nadie creia; un tercero, que era imposible el aceptarlas, sobre lo cual añadió un cuarto, que todas las personas razonables las suscribian en masa, pero reservándose el no creer lo que les pareciese conveniente. Lo que ha pasado despues en Inglaterra solo ha servido para poner mas en evidencia y en accion esta division escandalosa, y al mismo tiempo muy instructiva para una multitud de almas rectas y desengañadas, que han tomado y van tomando todos los dias su vuelo hácia la unidad.

gel todo entero ha pasado á Francia en el Sr. Cousin. El Sr. abate de Valroger por sus tan juiciosos y delicados como sólidos *Estudios críticos sobre el Racionalismo contemporáneo*, ha puesto en su mayor evidencia la identidad de las dos enseñanzas en Francia y en Alemania. Esta obra excelente nos dispensa de entrar en pormenores sobre este punto: bástanos referir á ella á nuestros lectores; y además la verdad de esta relacion ha quedado tan completamente justificada en sus consecuencias, que seria hasta trivial en el dia el insistir demasiado en el empeño de hacerla resaltar.

Mas de treinta años hace que el Panteismo protestante ha pasado la frontera con el Sr. Cousin, y que este prestigioso talento, en las diversas peregrinaciones que hizo atravesando la Alemania en 1817, 1818, 1824, y en las relaciones que tuvo con Wette, Schleiermacher, Jacobi, Schelling, y con el mismo Hegel, contrajo el mal de este error pestilencial, cuyos gérmenes trajo á Francia, como cincuenta años antes Voltaire habia traido de Inglaterra los del Filosofismo.

De estos gérmenes sembrados con toda la destreza de un talento que sabia ocultar el plagio bajo las formas de la inspiracion [1], y recibidos por un terreno que el Filosofismo, el Naturalismo y el vacío de toda creencia habian hecho maravillosamente propio para dejarse penetrar por ellos, nacieron las doctrinas *fatalistas, humanitarias* y *progresistas*.

[1] Gracias, escribe el Sr. Damiron, gracias á esa feliz flexibilidad de espíritu que tomando tan presto una habitud como dejando otra, se amolda á todo, hasta el extranjerismo, no tardó en poseer las opiniones y el lenguaje de un filósofo aleman. Se apoderó, desenvolvió, exprimió las ideas de su maestro, como si de su boca las hubiese recibido, y llevó la fidelidad de la imitacion hasta al germanismo: pareció un *apóstol*. Este modo de quedar poseido de sus ideas, esta facilidad de bosquejar en cuadros abstracciones metafísicas, esta vivacidad de espíritu, estos arranques de golpe de vista, estas explosiones de conciencia de que se componian sus improvisaciones á la vez tan animadas y tan sérias, tan fáciles y tan imponentes, y hasta sus debilidades, que presentaban las trazas de un espíritu que descansa de la inspiracion, todo era de un poeta. (*Globo*, número del 6 de noviembre de 1824).

No podia concebirse en Berlin cómo importaba él á Francia una doctrina, sin ni aun nombrar su autor, y Hegel se chanceaba de este proceder con una indulgencia algo satírica. Yo no creo que el Sr. Cousin haya querido engalanarse con lo que no es suyo; pero, llevado de su imaginacion, ha creido haber concebido por sí mismo lo que habia aprendido de otros. Con la mejor buena fe del mundo, haciendo una amalgama de Kant y de Hegel, persuadióse haber creado alguna cosa. (Lerminier, *Cartas filosóficas á uno de Berlin*. 1833).

La *Filosofía del éxito*, cuyas delirantes doctrinas hemos ya dado á conocer, inspiró la historia, y acostumbró á las almas á no indignarse, á no conmoverse sino por el solo placer de la emocion, tanto á la vista de las mas horribles atrocidades, como de las mas angélicas virtudes; á no ver mas en ellas que un fatal é inevitable acontecimiento de la idea revolucionaria, un drama en donde el personaje que mas horror inspira es el mas aplaudido, porque desempeña mejor su papel, y en el que se perdonan todos los crímenes precisamente por el *efecto* que producen, y por el *éxito* que obtienen. Desde la *Historia de la Revolucion* del Sr. Thiers, que ha á lo menos resarcido por la del *Consulado*, hasta esos *Girondinos* de Lamartine, despues de los cuales no hay mas que llorar sobre el Ángel de las *Meditaciones*, pues, lo que hace su crímen forma asimismo su castigo, toda la historia estuvo consagrada al culto de la necesidad, y á la violacion de esta conciencia del género humano, cuya abolicion parecia imposible á Tácito, y que nuestros historiadores modernos, debiendo ser sus vengadores, no han tenido reparo de inmolar sobre las aras de la opinion á los mónstruos mismos que ellos debian sacrificarle. ¿Quién podrá decir cuán inmensa parte ha tenido este fatalismo histórico en pervertir el sentido moral, y en emponzoñar la fantasía? Y al mismo tiempo ¿quién será capaz de poner en duda que su orígen no esté en el Panteismo protestante importado de Alemania, y anteriormente en la doctrina teológica del esclavo-arbitrio y de la justificacion por la fe?

Ni fue solamente la historia, sino la Filosofía en sus mil cátedras pagadas por el Estado, el Periodismo con sus romances de folletin, en que se deleitaba la clase media conservadora, la economía política por todas las plumas y todas las bocas de nuestras academias, el arte dramático por todas sus representaciones teatrales, todas las producciones, en una palabra, del espíritu humano, las que infiltraron en las venas del cuerpo social el veneno del Hegelianismo, por la glorificacion de todos los vicios, la censura de todas las instituciones, el ultraje á la Religion en sus mas sagrados caractéres, la sublevacion de todos los malos instintos de envidia, de revuelta y de licencia contra las leyes de la naturaleza y de la sociedad. El Catolicismo era el único, que por medio de los gemidos y de las proféticas alarmas de sus pontífices protestaba contra esta general inundacion, y solo recogia por

pago los enojos y los desprecios de los que iban á ser sus víctimas.

No hay duda que se han visto en otros tiempos escritos impíos y licenciosos; pero lo que no se habia visto, es la impiedad erigida en religion, y la licencia en moral; es la violacion de todas las leyes bajo el nombre de reforma, la barbarie bajo el nombre de progreso; es, en fin, el genio del mal bajo el santo nombre de Dios.

Formáronse religiones con sus reveladores, sus ministros, sus símbolos, su apostolado; y el ídolo de estas religiones era la *Humanidad*, el *Progreso*, teniendo á Dios por esencia, por leyes las pasiones, por medio la destruccion de todas las instituciones sociales, y por objeto final el cáos de las teorías mas extravagantes y mas inmorales.

Tales han sido sucesivamente el San-Simonismo, el Fourierismo, el Socialismo y el Comunismo, cuyo fondo era el mismo: la doctrina del progreso continuo, la legitimacion de las malas propensiones, la emancipacion de la materia, la marcha de Dios en la humanidad al través de las ruinas de todas las instituciones sociales, en una palabra, el Panteismo.

El poder destructor de esta doctrina es aterrador, y cien veces mas grande que el del mal hasta entonces reputado por el mayor. Un hombre que no cree ni en Dios ni en un juicio futuro, es muy peligroso sin duda; pero el que á esta monstruosidad añade la de creerse él mismo Dios, juez soberano y absoluto de todo cuanto existe, es un verdadero loco de atar. Esta locura, pues, es la del Panteismo, de la doctrina de la Humanidad-Dios, y siempre Dios, cada vez mas; bien que los últimos venidos son la mas alta expresion de Dios, y se creen realmente con la mision de reformarlo todo, de crearlo todo, es decir, de destruirlo todo y de aniquilarlo todo, que niegan, que atacan á Dios, al hombre, á la sociedad, todo con la audacia inconcebible de un delirio que se cree ser la sabiduría divina, y la fuerza brutal que se cree investida del derecho divino, sublevando las pasiones mas salvajes, desencadenándolas y arrojándolas sobre el mundo como los rayos de su divinidad. Nada hay ya mas allá de este horror, pues es el infierno, y el infierno armado con el poder del cielo para desolar la tierra.

Mas no se crea que hayamos acabado de manifestar todo el peligro de esta situacion, única en la historia, y de la cual ha hecho temer que no fuese el término.

En la primera parte de esta obra hemos demostrado como el Protestantismo, por medio del principio del libre exámen, habia conducido el mundo al Naturalismo.

Manifestamos en la segunda como, apartándose de la doctrina católica, habia, como todas las demás herejías, degenerado en Panteismo.

El Naturalismo habia al principio causado solo sus estragos, y su fruto fue la revolucion del siglo décimoctavo. Grande mal fue este, pero no el peor.

El Naturalismo habia dejado un espantoso vacío, el vacío inmenso de Dios, en el seno de la naturaleza humana. De este vacío del Infinito debia salir el Panteismo, seguido del Socialismo, como del *pozo del abismo*, de que se habla en el Apocalipsis: *Una vez removida la piedra que lo cierra*, y sobre la cual descansan las sociedades, *sube un vapor semejante al humo de una grande hoguera, que oscurece el sol y el aire, y salen sin número aquellos animales misteriosos, con cara de hombre, cabellos de mujer y dientes de leon, llevando todos igualmente en su cabeza una corona de oro, preparados para el combate, y teniendo por rey al Ángel del abismo, que se llama el Exterminador.* (Cap. IX, 2-11).

Si la ausencia de toda creencia hubiese sido en esta última época tan general como en el siglo décimoctavo, si el Naturalismo y el Panteismo se hubiesen encontrado en su apogeo, hubiera tenido fin la sociedad. Pero ¡felizmente, cuando reinaba el Naturalismo, el Panteismo social no habia aun aparecido, y Babeuf llegó demasiado tarde! ¡Felizmente tambien, cuando el Panteismo hizo su aparicion, y Proudhon acaba de llegar, el Naturalismo habia perdido terreno, y Voltaire se iba ya!

Y nótese bien, en efecto [1], que lo que hace audaz al Socialismo contra la sociedad es el peligro de esta; y este peligro no consiste solamente en que el Socialismo esté desencadenado, sino que consiste principalmente en que la sociedad está desmantelada. La propiedad y todas las instituciones sociales no se verian tan peligrosamente atacadas, si no se hallasen tan en estado de serlo; y lo que hace la fuerza del Socialismo es la flaqueza de la propiedad y de la sociedad. Y ¿de dónde viene que la propiedad

[1] Importa mucho que el lector entre aquí en el espíritu de la nota que corresponde á la pág. 163. Y solo con la luz que da esta nota se ha de leer lo que sigue.

y la sociedad sean tan débiles? ¡Ah! porque los títulos de la propiedad, porque los fundamentos de la sociedad están en el cielo, en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la moderacion, en la paciencia, en todas las convicciones, en todas las virtudes cristianas, que suponen la otra vida, y que por la perspectiva del goce anticipado de la recompensa que allí nos espera, hacen aceptar los rigores y las injusticias aparentes ó reales de la presente, aumentan, por la resignacion, la fuerza que las soporta, disminuyen por la caridad la superioridad que las impone, y las hacen mirar como disposiciones preparatorias de la Providencia, cuyas miras son la prueba por el combate, y cuyo fin es la felicidad por la justicia.

Suprimid todo este órden de cosas celestes y ulteriores que forman el contrapeso al órden terrestre y actual, y este pierde todos sus títulos, todos sus lazos, todos sus fundamentos, y se disuelve al menor choque. Dígase lo que se quiera, la propiedad y todas las desigualdades sociales ni se explican ni se justifican siempre por sí mismas. Si son muchas veces el fruto del trabajo ó la recompensa del mérito, muchas otras son tambien la suerte ó el patrimonio de la indolencia y de la estupidez, y hasta alguna vez la presa del vicio y de la iniquidad. Y aun cuando admitiéramos la enormidad de que la riqueza y todas las distinciones del bienestar son siempre merecidas por aquellos que las poseen, quedaria otra para devorar, y es, que todos cuantos yacen en el sufrimiento y en la miseria lo tienen igualmente merecido; y que si la Justicia suprema descendiese á la tierra para dar á cada cual lo que le es debido de los bienes de este mundo, nada tendria que cambiar en su reparticion. ¡Cuántas fatigas solitarias, cuyos sudores y lágrimas caen sobre un suelo que no se les devuelve! ¡Cuántas virtudes dignas de un trono, y que tienen apenas un asiento junto á un hogar ya extinguido! Y además, ¿se han tomado en cuenta todas las tentaciones de la miseria, de la necesidad, de la desesperacion, del aislamiento ó de las malas compañías, y aquella disminucion de la dignidad y de la confianza propias, que es como la degradacion interior de la abyeccion externa, y que puede aplicar á la pobreza lo que decia Homero de la esclavitud, que el dia en que toca una alma, le hace perder la mitad de su virtud? Admito, por fin, que todas las cosas en méritos y en dificultades estén iguales y mezcladas entre los pobres

y los ricos, queda siempre en pié la cuestion: ¿Por qué estos son ricos, y por qué aquellos son pobres? ¿Por qué el mayor número sufre falto de lo necesario, y el menor número nada en lo supérfluo? Decir que esto es en sí justo, es la mas insolente de las paradojas: decir que esta injusticia es necesaria para el mantenimiento de la sociedad, es descubrir esta sociedad á los golpes del Socialismo, y justificar todas las teorías de aquellos que quieren el total trastorno de la sociedad para rehacerla de nuevo: decir, en fin, como Voltaire, que la sujecion del pueblo por el poder del oro es el último término de las cosas: esto es, hallarse en el verdadero Naturalismo, pero en un verdadero Naturalismo tan peligroso como horrible. En una palabra, si no hay otra vida que dé un sentido á la presente; si no hay bienes futuros infinitos cuya reparticion deba verificarse en razon del mérito, así como esta se verifica en razon de la prueba; si estos mismos bienes futuros no se hacen al propio tiempo bienes presentes, y si la fe no toma en cuenta su esperanza en provecho de la caridad y de la justicia, y si esta esperanza no constituye valores reales que circulen en la sociedad entre la pobreza y la riqueza; en una palabra, si toda esta admirable economía política del Cristianismo queda suprimida, el Socialismo, tan monstruoso como es, no llega á serlo tanto como una tal sociedad.

Haced tantos libros como querais sobre la propiedad; defendedla por las razones mas naturales, mas sensatas, mas ingeniosas, todas las cuales, por fin de cuenta, podrán ser convertidas contra vosotros mismos, yo suscribo á todas ellas: mas hay un libro anterior y superior á los vuestros, en el cual está escrito que todo hombre ha nacido igualmente para ser feliz, infinitamente feliz; para ver todos sus sudores contados, todas sus lágrimas enjugadas, todas sus miserias terminadas, todos sus méritos retribuidos, toda su sed de justicia y de órden moral satisfecha: este libro es el corazon del hombre, y su autor es Dios. El Socialismo es una verdad en su punto de partida, que es esta promesa de felicidad, de justicia y de equitativa reparticion de bienes en razon de las obras, escrita en el corazon del hombre; y si halla tanto séquito en las masas, es porque las coge por este medio. En lo que es falso, criminal, monstruoso, es en lo que está de acuerdo con vosotros, á saber, que no hay otra vida en la cual esta promesa tendrá su cumplimiento; porque la negacion de esta otra

vida desencadena en la presente todos los apetitos del hombre.

Hay, pues, en el Socialismo, como en todo error, una cosa verdadera y una cosa falsa, que forman pareja. La cosa verdadera es la vocacion igual de todo hombre á la felicidad; la cosa falsa es la negacion del cumplimiento de esta vocacion en una otra vida.

Vos, pues, conservador racionalista, vos os hallais de acuerdo con el Socialismo en lo que tiene de falso, que es la negacion de la otra vida; y no estais de acuerdo con él en lo que tiene de verdadero, que es el derecho del hombre á la felicidad. Y así solo os diferenciais de él por una negacion de mas.

De este modo, la sociedad racionalista no puede defenderse contra el Socialismo sino colocándose en lo falso completamente, añadiendo á la negacion de la otra vida la negacion del destino del hombre á la justicia y á la felicidad.

Mas ella se defiende muy mal, aun á este precio, por una muy sencilla razon, y es, que no tiene en su mano el disuadir al hombre de ser llamado á la felicidad, como lo tuvo el disuadirle de la fe en otra vida. Negando esta, no ha querido hacerse cargo de aquella, y esta no puede hacerlo; y esta imposibilidad, junta á aquella negacion, constituye la fuerza del Socialismo.

La fe es como una válvula de seguridad por la cual se escapan ó se exhalan todos los deseos y todas las esperanzas que tienen su mas ardiente foco en el corazon del hombre, y que no hallan todo su cumplimiento en esta vida. Cerrar esta válvula sin poder extinguir aquel foco, es preparar la explosion.

Así es como el Naturalismo conservador es culpable del Socialismo en primera línea. El Socialismo, propiamente dicho, no difiere del Naturalismo, sino en que atiza el fuego que este quisiera apagar, y convierte en furor lo que el otro quisiera convertir en embrutecimiento.

Solo el Cristianismo, ¡gloria á él! resuelve el problema sin desencadenar el hombre y sin embrutecerle. Esta verdad de la vocacion de toda humana criatura á la felicidad, de lo que el Socialismo se hace una arma contra la sociedad que quisiera en vano esquivarlo, la acepta, la toma, ó mas bien, la recobra, porque le pertenece como toda verdad, y se la habian usurpado. Mas á esta verdad junta otra, que el Naturalismo y el Socialismo niegan de concierto: tal es la verdad de una otra vida, y la fe en una remuneracion futura, en una equitativa reparticion de bienes en

razon de las obras, en una final revolucion que pondrá para siempre al pobre Lázaro en la gloria, y al mal rico en los infiernos. Y de este modo el Cristianismo completa la verdad que hay en el Socialismo, así como el Naturalismo completa el error. Difiere del Socialismo, en que este coloca el término de la miseria humana mas acá del sepulcro, y el Cristianismo lo pone mas allá; en que el Socialismo quiere realizar el cielo en la tierra, y con bienes cuya insuficiencia absoluta vuelve infernal su participacion, y el Cristianismo lo realiza en la otra vida, y con bienes que por ser infinitos colman los deseos del hombre, y cuyo gusto anticipado y esperanza son ya una dicha en este mundo. Y como da el derecho á estos bienes futuros por premio del respeto á los bienes presentes por parte de los que de ellos están privados hácia aquellos que los poseen, y por premio de los socorros que con los mismos dispensen estos á aquellos, da con esto títulos á la riqueza, un alivio á la indigencia, una justificacion y un correctivo á la enorme y tiránica desigualdad que de una y otra resulta, y fundamentos eternos á la sociedad.

Reto á cualquiera que explique esta de otro modo con nuestras costumbres cristianas; reto á otro que la justifique, y que justifique toda esa amalgama de que se compone; y su última palabra han de ser las blasfemias espantosas de Proudhon, si el Cristianismo no es la primera.

Esto es, no hay que dudarlo, lo que ha hecho posibles estas blasfemias, hasta ahora inauditas; esto es lo que ha dado una actitud plausible al Socialismo. La sociedad se habia adormecido en el Naturalismo y en la posesion de los bienes presentes por sí mismos: el rico se habia encerrado en su fortuna, el industrial en sus especulaciones, el ambicioso en su posicion, el hombre de Estado en su poder, la sociedad entera en esta vida: se habia concluido ya con los viejos dogmas, y se les daba honorífica sepultura: no se habia expulsado á Dios, pero se le habia despedido con política; hacíanse grandes reverencias á la religion y á sus ministros, y se cubria con el oropel del respeto el menosprecio de sus lamentos; se asistia como á un espectáculo á las elocuentes protestas del Sr. de Montalembert, y se le toleraban por el placer de escuchárselas; dejábase al obispo de Chartres que profetizase, y se leia con furor á Eugenio Sue; se toleraban las reclamaciones del episcopado, y se daba la contraseña á todos los

profesores de Filosofía contra la Religion, y á todos los maestros de las aldeas contra el cura; por fin, con respecto al Cristianismo se habia tomado la posicion media entre el respeto exterior y el desprecio secreto, y la petulancia humana habia llegado á tal extremo, que creia poder sostener en el aire al mundo sin su Autor, y conjurar el desórden por medio de la corrupcion.

De repente llama á la puerta un recien venido, y este es el Socialismo. Y pide á la propiedad sus títulos, á la industria sus cuentas, á la ambicion sus derechos, al hombre de Estado sus principios, á toda la sociedad sus fundamentos; y á tan imprevista interpelacion quedan todos sin palabra, no saben qué responder, pierden el sentido, se escapan, ó se enfurecen... ¡Por dicha el Cristianismo se encontraba allí para responder al Socialismo! ¡Por dicha un movimiento de retorno hácia él se habia, desde algun tiempo, declarado en las almas! ¡Por dicha el nombre santo de Pio IX, extendiéndose por el mundo, habia amansado el leon popular que la religion pudo hacerse seguir moderándole, y el sacrificio heróico de un *buen pastor* logró rescatar con su sangre la civilizacion que se hallaba en peligro en la capital de su imperio!

Desde entonces el Catolicismo ha sido la única fuerza existente, la sola columna que ha quedado en pié, que han venido á abrazar aquellos mismos que se divertian en demolerla, y en la cual deben venir á apoyarse todos cuantos quieran ahora levantar otra vez el edificio.

Desde este momento queda ya juzgada la cuestion. La experiencia que empezó en el siglo décimosexto ha dado sus últimos frutos. El Protestantismo directo ó indirecto, religioso, filosófico, político ú social, el espíritu de revuelta, en una palabra, en todas sus aplicaciones y en todas sus fases, pudo producir sucesivamente ilusion al favor de las verdades de fe, de justicia, de humanidad, de libertad, de fraternidad, que tomaba al Catolicismo, y por las cuales imitaba la vida y el progreso. Mas el error, cuyo destino es desenvolverse en detrimento suyo, y perderse al llegar á su colmo, ha parecido descubierto á toda luz en sus consecuencias; y todos estos semblantes de verdad y de vida han desaparecido, dejando en pos de sí la decepcion y la ruina.

Se dice que Lutero al morir dejó percibir estas palabras, que sus partidarios no han cesado desde entonces de grabar sobre sus

medallas, como la expresion del verdadero espíritu del Protestantismo:

Pestis eram vivus, moriens ero mors tua, Papa!

Esta profecía del odio no ha tenido su cumplimiento. Tres siglos han transcurrido, y el Papa está sentado aun en el Vaticano, venerado del mundo, guardado por el amor de la Francia, aborrecido tan solo de los enemigos de la sociedad, y abrigándola á esta por la division de este odio, que él vuelve mas impotente y mas execrado haciéndolo mas sacrílego y mas criminal. Su autoridad y la de la Iglesia en todos los grados de la jerarquía, es la sola autoridad moralmente existente, á la cual debemos no haber perecido, que es el primer fundamento de nuestra seguridad en lo presente, y única que puede garantirnos aun el porvenir.

Así, pues, se halla desmentida la profecía de Lutero. Pero esta profecía falsa en la boca de Lutero con respecto al Papa y la Iglesia, encuentra una significacion terrible en el estado del Protestantismo con respecto á la sociedad. Si la vida del Protestantismo ha sido funesta al mundo, diríase que su muerte puede serle mortal. *Pestis eram vivus, moriens ero mors tua, mundus!* Esta grande herejía, muerta en su carácter religioso por haberse disipado la porcion de verdad cristiana que le daba vida, ya no es mas, de cien años á esta parte, que un inmenso cadáver de error, que va descomponiéndose en mil errores pestilenciales y siempre mas mortales á la sociedad. De esta descomposicion, como hemos visto, han nacido y han salido sucesivamente el Filosofismo, el Naturalismo, el Racionalismo, el Panteismo, y por fin, el Socialismo y el Comunismo. De la fermentacion del espíritu de exámen, del espíritu de protesta y de revuelta, de los errores dogmáticos de la Reforma sobre Dios, el hombre, el mundo y sus relaciones, han nacido todas estas doctrinas desastrosas, y han llegado á su último estado de Protestantismo social, despues del cual ya no queda mas que la muerte, si no se vuelve á la vida.

Y en todo cuanto mi objeto y la verdad me obligan á decir contra el Protestantismo, no se ofendan los Protestantes, ni, sobre todo, me acusen no digno del designio de afligirlos, pero ni aun de indiferencia por lo que les interesa; porque su interés es lo primero que me anima, y á ellos ante todo me dirijo para suplicarles que depongan todo espíritu contencioso, como lo hago yo

mismo, invitándoles, estrechándoles para que reflexionen sobre esta grande y última leccion de la experiencia, de que somos los testigos y las víctimas. Necesario es no hacerse ilusiones, cuando se ama, cuando se quiere la verdad por ella misma. El Protestantismo, en la menos mala acepcion de la palabra, ya no existe. Habia en él dos elementos: el elemento cristiano y el elemento protestante; el uno de edificacion, el otro de destruccion; el uno de vida, el otro de muerte. En tanto que estos dos elementos han cohabitado juntos, algunas almas cristianas han podido dejarse atraer por el primero, por el elemento cristiano, y formarse del segundo, del elemento protestante, un medio, para desembarazar, para depurar mas el elemento cristiano, que les parecia comprometido en la falsa idea que tenian del Catolicismo. Muy bien se concibe esta ilusion; y ciertamente para gran número de almas habrá tenido delante de Dios y delante de la misma Iglesia católica cierta equivalencia de fidelidad. Mas en el dia, que el elemento protestante se ha sobrepuesto al otro, y se ha hecho traicion, que se ha condenado en sus consecuencias atacando y destruyendo enteramente este elemento cristiano á favor y en el interés del cual era únicamente admitido; en el dia, que ha llevado sus ataques, del Catolicismo al Cristianismo, del Cristianismo á todo el órden sobrenatural, del órden sobrenatural al órden político, del órden político al órden social; en el dia, que se ha convertido en Filosofismo, en Naturalismo, en Racionalismo, en Panteismo, en Socialismo y en Comunismo, y que sobre este vasto hacinamiento de ruinas solo aparece como un espectro de negacion y de division, impotente para reunir nada, para reconstruir nada, y á punto de desvanecerse completamente dejando sus crédulos y obstinados partidarios burlados ó comprometidos en las últimas escenas de su drama; es equivocarse, es engañarse lastimosamente el no saber dejarlo á tiempo para volver á esta Iglesia, sola verdaderamente cristiana, verdaderamente católica, verdaderamente una, verdaderamente santa, verdaderamente apostólica, verdaderamente Iglesia.

Sé, comprendo y respeto todo lo que hay de honroso en la fidelidad á la fe de nuestros padres, y me hago cargo como el que mas de todos estos nudos naturales del corazon y del alma, y de la opinion que retienen todavía á los Protestantes, como por una cadena sagrada, al hogar ya extinguido del Protestantismo.

Con todo, á mas de lo que oigo decir á personas muy honradas, mas aun, cristianas, y que no tengo necesidad de recordarles aquellas palabras de nuestro divino Salvador y Maestro, «Se-«guidme, y dejad á los muertos que entierren sus muertos «(Matth., VIII, 22);—El que ama a su padre ó á su madre mas que «á mí no es digno de mí (Matth., X, 37), creo que los muertos, creo que los padres mismos de los Protestantes, si pudiesen volver de repente, y ver el Protestantismo al presente, y ver otra vez la Iglesia católica, y ver otra vez la sociedad con aquella independencia y desinterés de almas que se han despojado de los intereses y de las emociones de esta vida, juntarian su voz solemne á mi débil voz para sacudir los escrúpulos de sus hijos, para absolverlos, ó mas bien para apresurarles á dejar lo que fue el Protestantismo, y volver á entrar en el seno de lo que fue, de lo que es, y de lo que será siempre el Cristianismo, la Iglesia católica, asilo de la paz, de la concordia, de la unidad, de la fe verdaderamente cristiana.

Y ¿qué? ¿no es por ventura su espíritu, el espíritu cristiano de los antepasados, el que acaba de inspirar el siguiente manifiesto de uno de los órganos mas celosos del Luteranismo aleman en Mecklembourg, del *Corresponsal del Norte de la Alemania?* ¿No es este mismo espíritu el que nos parece oir en el lenguaje tan sincero, tan noble, tan delicado, tan generoso, que recomendamos á la recogida y religiosa atencion de nuestros lectores?

«Nosotros somos Luteranos por el nacimiento y la educacion, «y por cierto no es una pasion culpable la que nos impele á se-«pararnos de lo que Dios nos ha dado. Al separarnos no tenemos «la mira de una ventaja temporal de interés personal alguno. Mas «¿cómo pudiéramos permanecer por mas tiempo en una iglesia en «la cual no hay mas que desunion, debilidad y ruinas? Porque «tal es la iglesia luterana. Tenemos la pretension de fundar nues-«tra fe sobre la Biblia, y de rechazar lo que la combate. Está muy «bien; pero todo el mundo conviene en que la Biblia es un libro «lleno de oscuridades y de dificultades. Dícese, verdad es, que «estas provienen de que Dios, infinitamente perfecto, cuando se «revela á nosotros, hombres imperfectos, queda siempre incom-«prensible por algun punto; y por esto aceptamos la Escritura «santa, á pesar de ciertos pasajes que son para nosotros impene-

«trables. Debe haber, sin embargo, para la mayor parte de los «textos una interpretacion á nuestro alcance, y un modo como «discernir la verdadera. Esta interpretacion, pues, segura, in- «variable, tal como la posee la Iglesia católica, es la que falta á «la iglesia luterana. No solamente nuestros teólogos disputan á «derecha y á siniestra sobre la canonicidad de tal ó cual libro, «borrando de una plumada ya un capítulo, ya un versículo, sino «que caen tambien en las mas graves discordancias cuando se «trata de la inteligencia de los pasajes cuya autenticidad reco- «nocen. Cuando este ha demostrado, *claro como la luz del dia*, que «tal pasaje debe tomarse en tal sentido, viene al momento el otro, «que demuestra, *claro* tambien *como la luz del dia*, que todos los «intérpretes se han engañado antes de él, y que debe entender- «se en tal otro sentido. Y cuando los mismos teólogos ignoran el «arte de penetrar el sentido de la Biblia, ¡cuán dignos de lásti- «ma somos nosotros, infelices legos! Se nos remite siempre á la «Biblia, y en ninguna parte encontramos medio alguno para com- «prender este libro de modo que lleguemos á la unidad de la fe. «Y ¿qué viene, pues, á ser una Iglesia, que siempre y para todo «apela á la Biblia, sin poder suministrar una interpretacion só- «lida é invariable? ¿que jamás puede decir con llena seguridad «á sus fieles: «*Tal es la interpretacion de la Iglesia, y esta interpre- «tacion es la verdadera?*» ¿No se ha de dudar si posee ó no el Es- «píritu Santo? Y todo hombre adherido de buena fe al Cristianis- «mo, ¿no deberá volver sus miradas hácia aquella que dice «dogmáticamente: «*Hé aquí la decision de la Iglesia?*» El buen «sentido y la lógica ¿no le conducen á que se atenga á esta de- «cision?

«Á tal punto nos encontramos, pues. Prodúcese entre nosotros «una tal mezcla de opiniones contradictorias, que da lugar á las «mas sérias reflexiones. Tenemos predicadores viejos luteranos, «ortodoxos, pietistas, supernaturalistas, racionalistas, con todos «los grados de matices y de transicion que conducen de los unos «á los otros. En una misma cátedra ó púlpito, el *Cristo* tan pres- «to es el *Hijo eterno del Padre eterno*, como tan solamente *el mas «sábio de los hombres*. Se enseña á los fieles por la mañana que el «hombre no vuelve á entrar en gracia con su Dios sino por la re- «dencion que el Cristo consumó en su cruz; y por la tarde, que «el mérito personal es el único que consigue el cielo. Dirá un

«predicador á sus confirmantes que la explicacion de los manda-
«mientos es lo esencial, y pretenderá otro en esta misma Iglesia
«que las doctrinas sobre la fe y los Sacramentos ocupan el pri-
«mer lugar, y que lo restante está en segunda línea. Y tal es, sin
«embargo, la direccion que se da á toda la enseñanza. ¿Á qué
«deben, pues, atenerse las comuniones en medio de estas varia-
«ciones diametralmente opuestas sobre puntos fundamentales? Es
«evidente que no son todas verdaderas, pues que son contradic-
«torias, y es preciso que una sola sea la verdadera. Y ¿cuál será
«esta? ¿á qué doctrina debe uno someter su fe para esperar le-
«gítimamente la salud? En este punto la iglesia luterana no nos
«da ni principio ni decision; antes al contrario deja á sus minis-
«tros libres para decidir como lo entiendan; y á sus ovejas libres
«para divagar en este laberinto de contradicciones. Y esta con-
«fusion extravagante no se manifiesta menos en todo lo relativo
«al culto exterior que en la enseñanza teológica; pues en parte
«alguna no existe uniformidad. En cási todas las comuniones las
«cosas litúrgicas están abandonadas al capricho individual, co-
«mo hasta el traje de los dignatarios de la iglesia. Por lo que
«concierne á los libros de cánticos, los tonos, los textos de sermo-
«nes, el órden del servicio divino, la liturgia del altar, la forma
«del bautismo, de la confirmacion, de la cena, del matrimonio,
«del entierro, la práctica de una localidad jamás está enteramen-
«te conforme con la de otra; y sucede con frecuencia que á una
«distancia de cuatro ó seis millas, cuando se visita una iglesia ó
«se asiste á un oficio, apenas se reconoce si aquella iglesia ó co-
«munion pertenecen á una profesion misma, tanta es la dispari-
«dad y el cambio que se observa. ¿Qué es, pues, repito, una
«iglesia que ni aun ha llegado á establecer la unidad en cosas de
«tal importancia? Bajo tales condiciones, y con tan esenciales
«desacuerdos, ¿cómo penetrará los corazones el espíritu de union,
«para hacer sentir en ellos el espíritu de comunidad? ¿No es mas
«bien propio todo esto para engendrar division, indiferencia, fas-
«tidio? El orígen deplorable de todas estas variaciones es la au-
«sencia en nuestra iglesia de una fuerte organizacion fundada
«sobre el principio de autoridad. Los ministros viven en las co-
«munidades solos é independientes, libres de hacer y dejar ha-
«cer, segun les convenga; de ello no se cuidan los consistorios,
«mientras que los pastores practiquen lo que es de rigor, y no

«se tenga contra ellos queja alguna. En muchos puntos las visi-
«tas han caido en desuso; el pastor y el sacristan, y á menudo el
«sacristan y el pastor, se ocupan en la administracion espiritual
«de la comuna, en buen año, ó en mal año, con la misma ruti-
«na, con el mismo descuido, ó mejor dirémos, con una negligen-
«cia siempre en aumento, y una decadencia que se va haciendo
«siempre mas sensible. Nadie se cuida si el servicio de Dios se
«hace, si la palabra de Dios se predica cual conviene, si hay so-
«licitud para la direccion de las almas, si los confirmantes son
«catequizados y reciben una instruccion conveniente, y si todo
«lo que concierne al bien y á la administracion espiritual de la
«comunidad se practica ó no con celo, exactitud é inteligencia.
«Los pastores, es verdad, dan sus informes; pero estos informes
«que hacen por sí mismos para ellos y sus ovejas, quedan la ma-
«yor parte sin resultado. Y es porque el gobierno de la iglesia se
«halla en manos de hombres ó que nada entienden en ello, ó que
«están de tal modo absorbidos, que dan gracias al cielo de que
«quedando las cosas en el viejo carril de lo pasado, se hacen por
«lo menos un poco mas soportables. Y si sucede alguna vez que
«se pongan al frente de la iglesia algunos hombres, que anima-
«dos por el bien de la iglesia, presten oido á sus quejas, ó abran
«los ojos á sus males, se encuentran ligados por las circunstan-
«cias, de modo, que se ven sin poder ni medio para ordenar, re-
«gular ó castigar donde seria necesario. ¡Oh! ¡qué desgracia que
«la iglesia luterana haya entregado al Estado sus bienes y sus
«privilegios en precio ó dote de la alianza que ella ha contrata-
«do! Hase presentado como una esposa rica, poderosa y rodea-
«da de gloria; y ahora que se han disipado sus riquezas, ¡se ol-
«vida la deuda que de derecho y de justicia le pertenece! Pobre
«y humilde sierva del Estado, no recoge sino las migajas que
«caen de la mesa de su duro señor, ¡y todo su esplendor de otro
«tiempo ha desaparecido completamente!

«Ved ahí el cuadro de lo interior de la iglesia luterana. Su es-
«tado no ofrece mas que desunion, debilidad é impotencia; y en
«situacion semejante, ¿qué bien puede hacer? Demos una ojea-
«da á nuestro alrededor. Escuelas bajo la direccion de maestros
«sin fe y sin conocimientos, que recogen apenas en ciertos pun-
«tos lo mas preciso para no morir de hambre; pastores viejos y
«decrépitos encargados de su ministerio hasta el último suspiro,

«ó reducidos á la miseria si lo dejan para el bien de la parroquia; «pastores sin fe, sin costumbres, perezosos é indiferentes, al «abrigo de toda queja y de todo juicio; otros en tal extremo in- «digentes, que tienen apenas para el pan cotidiano; iglesias mi- «serables que se avergüenzan muchas veces de verse al lado de «magníficas caballerizas, erigidas con el mayor lujo para nobles «animales, tal es su pobreza y abondono; una multitud de co- «munas que han repudiado la fe y sus ministros; ni rastro si- «quiera de domingo ni de servicio dominical; no mas santidad «en el matrimonio y en la educacion de los hijos; la religion des- «terrada de las familias; ya no mas disciplina religiosa en nin- «guna parte, porque nadie hay que se halle dispuesto ni á llevar «ni á defender el yugo de la Iglesia; — ved ahí la situacion de «la iglesia luterana, que es la iglesia nacional. Allí está como «un tronco, venerable por su orígen, pero despojado de su coro- «na, de sus ramas, de sus hojas, hueco y podrido, roido de gu- «sanos, crujiendo hasta en sus raíces á los primeros golpes de «la tempestad que se desencadena con toda su violencia! Y ¿aquí «nos quedaríamos, agarrados á ese tronco hasta su ruina, por el «placer de que al caer nos aplastase? No pudiendo nosotros re- «animarle, nuestro corazon no puede hallar en él la paz, ni jamás «quedarán satisfechos nuestros deseos. *Nosotros queremos salvar «nuestro Cristianismo; irémos allá donde la Iglesia sabe lo que dice la «Escritura; en donde la Iglesia prescribe lo que sus ministros deben «enseñar, lo que los fieles deben aprender; en donde se vigila sobre la «uniformidad del culto*; *en donde todo es solemne, elevado, en armonía «con el corazon y la adoracion; en donde un poderoso jefe espiritual no «dobla su cerviz ante los poderosos de la tierra, sino tan solo delante de «Dios; en donde las comunidades de fieles han conservado la fe, la dis- «ciplina, las costumbres religiosas; en donde la Iglesia está realmente «edificada sobre una roca contra la cual las puertas del infierno no pre- «valecerán jamás. Duélenos el corazon al dejar la casa de nuestros pa- «dres, pero es preciso separarnos. Y ¡adelante, hácia Roma!* (Wohl «auf, zu Rom!)»

Este clamor de regreso no se dirige solamente á los Protestantes, sino que debe generalizarse, y ser entendido y repetido por todos cuantos el espíritu maléfico de duda y de exámen ha extraviado léjos de la fe y de la verdad, y que han hecho la experiencia del vacío de la esterilidad y de la decepcion que este espíritu

deja tras de sí en las almas. Todas estas almas sinceras y engañadas, desviadas en algun modo de buena fe, y ¡cuántas hay en nuestros tiempos de desprecio recíproco, de preocupacion, de confusion, de falsa posicion, que han guardado ó recobrado el candor mismo de la sinceridad, hasta en las opiniones y partidos mas extremos! Racionalistas, san-simonianos, fourieristas, panteistas, socialistas, comunistas, fatigados, apurados en las vias del error á donde generosas ilusiones de verdad los han muchas veces arrastrado, deben prestar atento oido á este grito de llamamiento y de retorno, *¡Adelante, hácia Roma!* Adelante hácia la única doctrina que satisface el exámen, y sobre todo que justifica la experiencia! ¡Adelante hácia la única autoridad que se dirige al espíritu, y que le emancipa de todo error, de toda inquietud, de toda incertidumbre, conteniéndolo y desenvolviéndolo en la verdad! ¡Adelante hácia la suprema caridad, que tiene aguas para saciar todo género de sed; ardores santos para todos los sentimientos; suaves calmantes para todas las agitaciones; reconciliaciones y misericordias infinitas para todas las faltas; indecibles consuelos para todos los sufrimientos; y sosiego, paz, gozos y delicias inefables para todos los corazones! ¡Adelante hácia el orígen, la fuente inagotable de todos estos bienes, *adelante, hácia Roma!*

—¡Mas Roma! ¡qué recuerdos, qué impresiones no despierta este nombre solo, que vienen á oponerse á la confianza de todos estos bienes que nos anunciais, y en los cuales os confesamos estaríamos dispuestos á creer! ¿Roma no ha sido la intolerancia? ¿Roma, no ha sido el oscurantismo? ¿Roma, no ha sido la corrupcion? Y este Protestantismo, este Filosofismo, este Racionalismo que hemos de dejar, ¿no nos proporcionaron la tolerancia, las luces, las costumbres, todos los bienes de la civilizacion moderna? ¿Se ha de abjurar tambien esta civilizacion que no negarémos tiene sus males, sus grandes males, pero que tiene tambien sus bienes, sus ventajas, á las que no queremos ni podemos de otra parte renunciar? *Adelante hácia Roma*, en una palabra, no quiere decir: *¿Atrás hácia Roma?*—Explicaos, pues, os lo rogamos, disipad esta preocupacion, y hacedlo con confianza, pues os lo pedimos sinceramente.

LIBRO TERCERO.

DEL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION.

CAPÍTULO I.

ESTADO DE LA CUESTION.

De cien años á esta parte se convino en asegurar, que en esta gran lucha entre la barbarie y la civilizacion, de la cual hemos nacido nosotros, la Iglesia ha representado la intolerancia, la oposicion al progreso de las luces, hasta la corrupcion; y que al Protestantismo y al Filosofismo somos deudores de la libertad de conciencia, del desarrollo de las fuerzas del espíritu humano, y de la reforma de las costumbres.

Si esto es verdad, me explico y aplaudo el haberse alejado del gremio de la Iglesia muchos talentos elevados y corazones generosos, y comprendo la adhesion de los protestantes al Protestantismo, de los filósofos á sus sistemas, de los incrédulos y de los indiferentes á su escepticismo. Por vacío, por mentiroso y desolador que sea lo que ellos prefieren á la fe católica; por persuasivo, por admirable y sublime que sea lo que resplandece radiante de verdad y de virtud en el seno de esta fe, comprendo que esta prevencion de que el Catolicismo ha sido el enemigo del desarrollo de la civilizacion, y que á despecho suyo este desarrollo se ha obrado en el mundo, se levante en su espíritu como una barrera de honor, como un motivo de repulsion, de desconfianza, ó cuando menos de oscilacion y de duda, y justifique á sus propios ojos su alejamiento y su resistencia.

No es, pues, un vano pretexto de polémica, ni menos un mal deseo de recriminacion el que nos mueve á volver á abrir este

proceso: es un interés real, considerable, actual, pues que de la aclaracion de la cuestion depende, entre nuestros adversarios mismos, la resolucion y la salud de un grande número de almas.

El Catolicismo, además, en este proceso, ha sido hasta ahora condenado sin defensa. No ha tenido jueces, sino acusadores solamente, y acusadores interesados é injustos: la pasion y la prevencion mas malévolas y mas obcecadas han inspirado todo cuanto se ha escrito contra él de cien años á esta parte: este es un hecho que hoy dia empieza á ser reconocido, y que no es posible contestar sin hacerse cómplice otra vez del mismo hecho.

Si, pues, restableciendo la verdad, el Catolicismo se presenta á su vez como acusador tambien, además de que lo será con verdad, lo será segun justicia, pues que apelando en esta grande causa, lo que parecerá acusacion en boca suya, no será en el fondo sino defensa, y si presenta el carácter de acusacion será por el abuso de aquellos que, queriendo imputarle sus propias faltas, le habrán puesto en la necesidad de serle imposible justificarse de ellas por otro medio que restituyéndoselas él mismo.

Esta situacion en que se nos ha puesto, debe explicar y excusar lo que tendrémos que decir con verdad y con viveza sobre el Protestantismo. Pero la verdad, cuando se dice sin pasion, es como la lanza de Aquiles, que cura las heridas que hace, y aun mas, que cura con sus heridas.

Por último, mas ahora que nunca debo decir y declarar en alta voz que yo separo en mi intencion los Protestantes del Protestantismo; y si á este le levanto el velo, no es para envolverles á ellos en los sentimientos de repulsion que debe inspirar el contemplarlo en toda su repugnante desnudez, sino al contrario, para desprenderlos y desengañarlos de él. No solo delante de los Católicos, sino tambien, y principalmente delante de los Protestantes, me propongo dar la verdadera version del Protestantismo. No serán ellos acusados, sino jueces: como tales los considero, y apelo de sus prevenciones á la honradez de sus sentimientos.

Antes de venir al fondo de la cuestion, séanos lícito ante todo valernos de todo cuanto dejamos sentado en esta obra, y sacar de ello un argumento prévio, que simplifique, y hasta puede decirse que resuelva implícitamente la cuestion.

Si se separa el Catolicismo del estado actual de la sociedad, y

toda la influencia que en él ejerce, no quedarán mas que dos disposiciones, dos influencias que hemos expuesto ya en su oríjen, en su desenvolvimiento y en su término: el Naturalismo y el Panteismo.

El Naturalismo y el Panteismo ¿son la civilizacion? Las locuras y los horrores que uno y otro han producido á nuestra vista, ¿no son la disolucion misma de toda sociedad, léjos de ser su apogeo? ¿Qué viene á ser una civilizacion en la cual se pone en disputa la propiedad, la familia, la religion? ¿en la cual se ha llegado al extremo de decir que la propiedad es el robo, que el matrimonio es la prostitucion, que Dios es el mal; y en la cual se ha llegado á decir esto y á poder decirlo, por el efecto de haberse debilitado, ofuscado y borrado sucesivamente el órden sobrenatural en las almas, y por el efecto tambien de una doctrina que sustituyéndose á este órden sobrenatural, absorbe al indivíduo, á la sociedad, á la humanidad entera en un sentimiento pervertido de la Divinidad?

No, no se halla aquí la civilizacion, fuerza es convenir en ello: tampoco es este el estado rudimental de la sociedad: es el estado de barbarie, y la peor de todas las barbaries, la barbarie final.

Indudablemente poseemos grandes y bellísimos elementos de civilizacion: no trato aquí de formar causa á mi siglo, y tanto menos lo pretendo, en cuanto esto seria formarla al Catolicismo, único que á la hora presente salva y reanima estos elementos. Pero síntomas espantosos de disolucion, aparentes ó rechazados, no permiten que nos lisonjeemos de una seguridad completa, y mucho menos que nos envanezcamos por ella. El bien y el mal se hallan hoy en una lucha sorda, que puede llegar á ser suprema. Nunca, y esto es un beneficio para nuestro tiempo, han sido uno y otro mas distintos y mas claramente divididos; nunca fue mas fácil señalar su causa, y separar la responsabilidad de cada cual.

Poco hace, lo que ha venido á ser Socialismo y Comunismo, y que no era aun sino Panteismo, Racionalismo ó Filosofismo, pasaba por fuerza de espíritu, libertad de pensar, y se elevaba hasta á la pretension de reemplazar la religion, y *ejercer el ministerio espiritual de las almas*. Entonces no habríamos ganado mucho en analizar estas doctrinas, y en manifestar que bajo el crédito brillante de que gozaban, y entre los pliegues de su ropaje, llevaban las tinieblas y la barbarie.

Pero hoy dia no tenemos que emplear este trabajo; la Providencia ha permitido que el error lo hiciese por nosotros: solo tenemos que tomar acta de los hechos y de los sucesos de que la tierra tiembla todavía, y es claro, claro para todos, que el Socialismo es la barbarie.

Y no lo es menos que el mayor enemigo y el único vencedor posible de esta barbarie es el Catolicismo; si bien que todos cuantos desean no perecer, por hostiles que le hayan sido, y que le sean tal vez aun, se ven obligados á venir á abrazar sus altares.

Lo que queda de principios religiosos, morales y sociales, de autoridad, de libertad, de sociabilidad, de vivificantes virtudes, de influencia purificante y verdaderamente civilizadora, en una palabra, lo que mas neutraliza el Socialismo, es el Catolicismo.

Basta, y ni aun es necesario enunciar esta verdad: es el hecho de la época.

Á la hora presente es, pues, manifiesto que el Catolicismo es la civilizacion.

Y, no se olvide sobre todo, volviendo á cuanto dejamos expuesto en la segunda parte de esta obra, que el espectáculo, tal como se nos presenta á nuestra vista, se ha reproducido con frecuencia en el mundo desde el orígen del Cristianismo: muchas veces el Catolicismo ha sido la salud de la civilizacion, tantas como herejías ha habido.

Si desde su nacimiento y en el largo decurso de su desarrollo la civilizacion cristiana no se ha visto cien veces vuelta á sumergir en las antiguas tinieblas del Maniqueismo y del Panteismo, y en los desórdenes del Socialismo y del Comunismo, es porque la Iglesia, vigilando infatigable sobre el depósito que se le ha confiado, ha siempre descargado sus golpes á derecha y á siniestra sobre la barbarie teológica ó filosófica, madre fecunda de la barbarie social.

Inútil es entrar otra vez en pormenores; y todos los que hasta aquí dejamos sentados nos dan derecho para sacar la conclusion. Aquí está la historia de la Iglesia, de sus concilios y de todas las herejías. Y si hay algun enlace ó unidad en la historia de la civilizacion cristiana; si hay una ley constante que domina la fluctuacion y la confusion aparente de sus acontecimientos; si existe, en una palabra, una filosofía positiva de la historia, es induda-

blemente la que resulta de la repeticion y de la constancia de este hecho que la atraviesa en toda su carrera.

Sobre este punto, aplazo á todos los entendimientos ilustrados, ó que quieren serlo.

Y ahora, ¿no me sobra razon para decir que la cuestion está del todo simplificada, si no es que esté ya resuelta?

¿Cómo hubiera sido contrario al progreso de la civilizacion el Catolicismo, que nunca ha cesado de ser el salvador de la civilizacion?

¿Y cómo el honor de este progreso puede recaer sobre doctrinas que nos han conducido á la barbarie?

¡Extraña confusion de ideas, extraña perversion del sentido moral y social, extraño yerro aquel de que hemos sido todos juguetes de cien años acá, y que el estado presente del mundo parece muy á propósito para disipar! ¡La Iglesia y el Catolicismo acusados de haber sido los enemigos de la civilizacion! ¿qué digo acusados? condenados é inmolados como tales; ¿y por quién? ¡por el Protestantismo y el Filosofismo, es decir, por aquellos que nos han dado á Hegel, Luis Blanc, Proudhon, y que se dan á sí mismos por antecesores á Lutero, Juan Hus, Wiclef, los Albigenses y los Vaudenses, Abelardo, Roscelin, Amaury de Chartres, y subiendo mas arriba, los Neo-Platónicos, los Gnósticos, todos los Panteistas, todos los Maniqueos, todos los Comunistas, todos los conjurados, todos los rebelados contra la sociedad, y que no lo fueron contra la sociedad sino despues de haber comenzado por serlo contra la Iglesia!

En verdad, nos parece que, merced á la luz que el Socialismo proyecta sobre todos sus ascendientes, ya no es posible dejarse hoy engañar; y que la grande conjuracion urdida en el siglo décimoctavo entre el Filosofismo y el Protestantismo, se va desenredando por sí misma á nuestros ojos, sin que tengamos que hacer otra cosa sino confrontar su principio contra la Iglesia con su resultado contra la sociedad.

Largo tiempo ha durado la ilusion, no lo niego, sobre todo si nos remontamos á su punto de partida, al Protestantismo, que se dió por reforma trescientos años hace; mas ¿qué son trescientos años en la larga historia de la Iglesia y de la sociedad cristiana? ¿Acaso no tuvo la misma duracion el Gnosticismo en el principio de esta historia? Ó mas bien, si se quieren seguir las evolu-

ciones del error, ¿no se hallarán ser estas tan largas como la permanencia de la verdad?

De todo lo dicho concluyo, que en su estado actual la cuestion puede ser préviamente juzgada, y que, sin entrar en el fondo, se puede dar por fallo, que la verdadera civilizacion no puede deber su desarrollo sino al principio mismo al cual debe su nacimiento, su salud y su conservacion; esto es, al Catolicismo y á la Iglesia.

Y ahora, ¿se quiere entrar en el fondo? ¿Se desea con sinceridad, con imparcialidad? ¿Se quiere analizar la civilizacion, distinguir cada uno de sus elementos, estudiar su filiacion, y saber quién del Protestantismo ó del Catolicismo tiene el derecho para reivindicar este honor, cuál ha sido la parte positiva ó negativa de una y de otra doctrina en esta grande elaboracion? ¿Se desea quedar completamente satisfecho sobre tan curiosa como importante cuestion? Hecho está el trabajo, y un trabajo á la altura de su objeto, un trabajo verdaderamente largo, profundo, elevado, extenso, lleno, y al propio tiempo filosófico y liberal, en la buena acepcion de la palabra. Jaime Balmes, en su excelente y bellísima obra: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, ha dispensado á cualquiera el escribir despues de él sobre esta materia. Preciso es leerlo, si se quiere pasar del estado de ciega preocupacion al estado de opinion ilustrada sobre la mas grande cuestion que pueda interesar á todo espíritu recto y de buena fe.

Esta bella obra, pues, viene á completar la nuestra, y no podemos menos que referirnos á ella. Lo que vamos á decir de nuestra cuenta no puede ni aun remotamente suplir su lectura: es una ligera tienda al pié de un grandioso monumento (*).

(*) Nos congratulamos por el justo y repetido elogio que tributa el autor al que fue nuestro colaborador y amigo, Dr. D. Jaime Balmes, y de que dé á su inmortal produccion el mismo dictado que le dimos cuando en nuestra *Memoria académica* consideramos á su autor ya en sus estudios, ya como historiador y como literato. «Llegamos, Señores, dijimos entonces, al gran monu- «mento que el genio de Balmes ha levantado á la Religion para la posteridad, «á mediados del siglo XIX: monumento, que elevándose en medio de los co- «natos y de las ruinas de tantos sistemas, perpetuará en la historia de la Igle- «sia la memoria del moderno apologista de la doctrina católica y de la civili- «zacion cristiana... Balmes siguió en el siglo XIX la defensa de los grandes «intereses del mundo cristiano. Su obra de cotejo es otra de las pirámides que

CAPÍTULO II.

DEL PROTESTANTISMO CON RESPECTO Á LA TOLERANCIA.

Atribúyese al Protestantismo la gloria de los tres elementos principales de la civilizacion moderna:

La tolerancia,

Las luces,

Las costumbres.

Veamos primero en este capítulo lo que tiene de verdad esta opinion con respecto á la tolerancia.

Vamos á limitarnos á algunos hechos en grande.

La libertad de la conciencia delante de los poderes civiles de la tierra es uno de los bienes mas preciosos de la moderna civilizacion; y es sobre todo lo que halaga la opinion de los últimos tiempos, porque ha favorecido el abuso que de él se ha hecho contra la conciencia. Libertad de religion se ha hecho sinónimo de libertad de irreligion, y aun mas que esto, de libertad de ataque contra la religion. Todo el siglo décimoctavo ha sido una guerra á muerte contra el Catolicismo, y de exterminio contra *el Infame*, en nombre de la tolerancia y de la libertad; y esta táctica, que consiste en tomar el nombre de la cosa que se quiere destruir, para destruirla con mayor seguridad, no se ha limitado á la religion, como es notorio, sino que, despues de haber derribado el órden político, ha dirigido sus ataques contra el órden social.

Esta ha sido siempre la táctica del error: bastante lo hemos manifestado y explicado en el capítulo del *Filosofismo y de la Revolucion*.

Y esta ha sido mas particularmente la táctica del Protestantismo.

«á largos trechos se levantan en la prolongada séric de los siglos católicos.» (*Una palabra sobre el Dr. D. Jaime Balmes, presbítero.* Memoria leida en la Academia de Buenas Letras de Barcelona en 4 de marzo de 1849 en honor de aquel su difunto sócio, por D. J. R. C.) (*N. del T.*).

Y esta misma táctica le ha logrado tanto mayor éxito en la opinion en Francia, en cuanto él ha sido desde un principio combatido, rechazado, perseguido en este país, y que, en el deplorable exceso del sentimiento de una legítima defensa, la sociedad católica se ha enconado contra él hasta hacerse su verdugo para no ser su víctima.

Mas este es mas bien un infortunio que un mérito del Protestantismo; infortunio que él ha sagazmente explotado, y el Filosofismo lo ha explotado con él contra la Iglesia. Y de ella ha quedado en los ánimos la falsa preocupacion, de que el Protestantismo ha traido la libertad de la conciencia y del pensamiento, y que ha sido el mártir de ella.

No tengo necesidad de decir, despues de las brillantes páginas del Sr. Guizot en su *Historia de la Civilizacion en Europa*, que la libertad de la conciencia, la independencia del pensamiento en la lata y legítima acepcion de la palabra, no datan del Protestantismo; que este es un fruto primitivo é inherente al Catolicismo, el cual proviene de la distincion entre lo espiritual y lo temporal, de la actitud de la Iglesia delante de los poderes de la tierra, y de las luchas que no ha cesado de tener con ellos para conservar la independencia de su autoridad [1].

El Protestantismo, destruyendo la autoridad de la Iglesia, ha destruido, pues, la autoridad de lo espiritual á presencia de lo temporal, es decir, del pensamiento y de la conciencia delante de la fuerza y del poder humano. Él ha borrado esta distincion ca-

[1] Sosteniendo la independencia del mundo intelectual en general y en su conjunto, la Iglesia, dice el Sr. Guizot, ha preparado la independencia del mundo intelectual é individual, la independencia del pensamiento. Decia la Iglesia que el sistema de las creencias religiosas no podia caer bajo el yugo de la fuerza; cada indivíduo se ha visto naturalmente conducido á usar del mismo lenguaje de la Iglesia. El principio del libre exámen, de la libertad del pensamiento individual, es exactamente el mismo que el de la independencia de la autoridad espiritual general con respecto al poder temporal. — La separacion de lo espiritual y de lo temporal ha sido, pues, el orígen de la libertad de conciencia la mas rigurosa y la mas extensa. El grande principio de esta libertad, por la cual la Europa tanto ha combatido, tanto ha sufrido, que tan tarde ha podido prevalecer, y á menudo á disgusto del clero, este principio estaba en gérmen, bajo el nombre de separacion de lo espiritual y de lo temporal, en la cuna de la civilizacion europea; y la Iglesia cristiana es la que, por una necesidad de su situacion, lo ha introducido y conservado en ella. (*Historia de la Civilizacion en Europa*, lec. 5 y 6).

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

pital, que es la palanca de la libertad. Él ha abdicado esta libertad en las manos mismas del poder humano, contra del cual se conserva aquella en la Iglesia. Él ha restablecido la antigua confusion entre la espada y el incensario, y resucitado los César-Pontífices.

Mas ha hecho: ha convertido la espada contra el incensario, y donde quiera ha podido hacerlo, se ha servido del poder de los príncipes contra la libertad de conciencia.

Á la inversa del Cristianismo, que solo se ha establecido por el apostolado y el martirio, el Protestantismo se ha establecido por la violencia del brazo secular, y la opresion de la conciencia católica de los pueblos.

Los hechos en esta parte son tan patentes, que no tenemos necesidad de ir á buscar su testimonio en otras fuentes que en las del propio Protestantismo.

«Es incontestable, — dice Jurieu, — que la Reforma se ha obra-«do por el poder de los príncipes: así en Ginebra fue el senado; «en otras partes de Suiza, el gran consejo de cada canton; en Ho-«landa fueron los estados generales; en Dinamarca, en Suecia, «en Inglaterra, en Escocia, los reyes y los parlamentos. Los po-«deres del Estado no se contentaron con asegurar plena libertad «á los partidarios de la Reforma, sino que llegaron hasta quitar «á los Papistas sus iglesias, y á prohibirles todo ejercicio público «de su religion. Aun mucho mas; el senado prohibió en ciertas «localidades el ejercicio secreto del culto católico.» (Jurieu, citado por Alzog, *Hist. de la Iglesia*, tomo IV, pág. 76).

El historiador protestante Menzel, despues de haber referido las brutales violencias por las cuales el Luteranismo señaló su aparicion en la Silesia, añade: «No tardó en triunfar en toda la «provincia, y con él un extremo rigor con respecto á los Católi-«cos: porque donde reinaba el Protestantismo, reinaba la intole-«rancia; mientras que en los Estados hereditarios del Emperador, «en Austria, en Bohemia, en las regiones comarcanas, los Pro-«testantes gozaban de los derechos civiles y eclesiásticos, y hasta «habian llegado en una parte considerable de la Silesia á reinar «solos.» (Menzel, *Nueva Historia de los Alem.* tomo V, pág. 244).

¡Qué idea de intolerancia y de caprichosa crueldad no dispierta el solo nombre de Enrique VIII, de ese fundador del Protestantismo anglicano, que hubiera merecido figurar en la lista de los

emperadores romanos entre Tiberio y Calígula, y que introdujo por este medio la Reforma en Inglaterra! — «Yo quisiera borrar «de nuestros anales, si fuese posible, dice un escritor inglés «protestante, cada rastro de la larga série de iniquidades que «acompañaron la Reforma en Inglaterra. La injusticia y la opre- «sion, la rapiña, el asesinato y el sacrilegio quedan en ella con- «signados. Tales fueron los medios por los cuales el tirano san- «guinario é inexorable, el fundador de nuestra creencia, instaló «su supremacía en su nueva iglesia; y todos cuantos quisieron «conservar la religion de sus padres, y mantenerse adictos á la «autoridad que él mismo les habia enseñado á respetar, fueron «tratados como rebeldes, y no tardaron en ser sus víctimas.» (Fitz-William, *Cartas de Ático*, página 114).

Por el mismo medio Cristiano II, justamente llamado el Neron del Norte, Gustavo Wasa y Alberto de Prusia, introdujeron el Protestantismo en sus Estados.

Bajo un punto de vista mas general, importa observar que el Protestantismo hacia necesaria la opresion de los príncipes hácia los pueblos, desencadenando la licencia de los pueblos contra los príncipes, y recíprocamente. Destruyendo á la vez la autoridad y la libertad, agitaba á la vez con su soplo la licencia y la tiranía. Así fue el Protestantismo quien suscitó la *guerra de los Paisanos*, y él fue quien para reprimir aquella guerra impulsó después á los príncipes á la mas inícua y cruel arbitrariedad. Nada digo de Lutero, el cual, despues de haber exclamado lleno de júbilo: *Donde quiera se subleva el pueblo; por fin ha abierto los ojos: no puede ni quiere dejarse mas oprimir por la violencia;* no hablaba mas que de *matar aquellos perros rabiosos;* pero el suave Melancton, respondiendo al príncipe Luis, margrave palatino del Rhin, que deseando ahorrar la sangre del pueblo y restablecer el órden, se aconsejaba con los teólogos, decia en su *Tratado contra los doce artículos de los Paisanos:* «Que un pueblo tan grosero y tan igno- «rante como el pueblo aleman deberia tener mucha menos li- «bertad aun de lo que se le concede. Lo que hace la autoridad, «añade, para combatir las reclamaciones de los Paisanos, lo ha- «ce bien; si por consiguiente impone tributos sobre los bosques y «los bienes comunales, nadie puede oponerse á ello; si toma el «diezmo de las iglesias y lo aplica á otras, menester es que los «alemanes lo aprueben y se acomoden á estas providencias, al

«modo que los judíos debieron dejar que los romanos se apode-«rasen de las riquezas del templo.» «Así, dice el historiador pro-«testante Bensen, mientras que la iglesia católica jamás autorizó, «á lo menos en teoría, la opresion por la parte de los sacerdotes «y de los príncipes, y que defendió siempre con vigor, y mas ve-«ces aun con victoria, los derechos de los indivíduos y de los pue-«blos, hasta contra los emperadores; los reformadores evangéli-«cos merecen que se les eche en cara con razon el haber predi-«cado y enseñado los primeros, entre los germanos, la doctrina «de la servidumbre y del derecho del mas fuerte.» (Bensen, *Hist. de la guerra de los Paisanos*, § 19, l. c.).

Las poblaciones católicas no en todas partes se dejaron poner el yugo de la intolerancia; y la resistencia que opusieron, la lucha que sostuvieron para conservar la libertad de su fe, fue la causa de las guerras de religion, en especial de la célebre guerra de los Treinta años en Alemania, que fue la guerra de la libertad de conciencia contra la expoliacion de todos los bienes y de todos los derechos.

En Francia y en España el Protestantismo ha tenido que ceder en esta lucha, y desde entonces ha guardado la actitud de víctima, que, merced á las connivencias filosóficas de la historia, y al artificio con que se han sabido combinar los hechos, exagerarlos ó disimularlos, ha servido de texto á todos los falsos juicios que se han pronunciado contra la Iglesia de cien años á esta parte, y de los cuales es tiempo ya de apelar por ante la imparcialidad de nuestra época.

Para huir de todo cuanto pudiera oler á recriminacion, tanto como para quitar toda materia discutible, vamos á abstenernos de entrar en el exámen minucioso de los hechos: los supondrémos desde luego exactos en su conjunto, y para destruir las consecuencias que de ellos se sacan contra el Catolicismo, y restablecer la verdad en su lugar, vamos á concretarnos á algunos datos y á una sola reflexion general.

Las cifras no pueden ser en parte verdaderas y en parte falsas, como un relato, como un cuadro de hechos: son ó verdaderas ó falsas; y cuando estas cifras son datos sacados de la historia general, es tan imposible alterarlas como contestarlas.

Las primeras represiones ejercidas contra el Protestantismo en Francia datan de 1535: en 29 de enero de aquel año tuvo lugar

el primer suplicio aplicado á los Protestantes. Esta represion violenta fue suspendida despues durante once y catorce años, y hasta 1546 y 1549 no volvieron á encenderse las hogueras.

Mas lo que se ignora, lo que nadie ha hecho observar, y lo que sin embargo tiene en la cuestion un peso considerable, es, que en 1535, cuando se preludiaba solamente la represion del Protestantismo en Francia, el Protestantismo habia ya derribado al Catolicismo, y ejercido sobre él todos los géneros de intolerancia, de violencia, de despojo y de proscripcion en cási todos los Estados de la Europa, y esto desde cinco, diez y quince años.

Así desde 1520 la Dinamarca, la Noruega y la Islandia fueron entregadas al Protestantismo, al Luteranismo por el feroz Cristierno II, que volvia cubierto de la sangre que habia derramado en los horribles degüellos de Stockolmo, y que recurria á la persona de Martin, discípulo de Lutero, para cimentar su despotismo sobre las ruinas de las libertades públicas, representadas y defendidas principalmente por el clero católico. Los Estados, el clero, el pueblo, protestaron. Cristierno sufocó sus reclamaciones por toda suerte de violencias; hizo cortar la cabeza al arzobispo nombrado de Lund, y no permitió poseer bienes sino á los sacerdotes casados.

Desde 1527 Gustavo Wasa cometió el mismo crímen en la Suecia, por el mismo motivo y por los propios medios. Queriendo hacer de la monarquía hasta entonces electiva una monarquía, ó mas bien una tiranía hereditaria, llamó á su ayuda la doctrina luterana contra el episcopado, la nobleza y el pueblo, cuya resistencia venció con la violencia, y con la cooperacion principalmente de los hermanos Olaf y de Lorenzo Peterson, los dos formados en la escuela protestante de Wittemberg, y regresados á Suecia desde 1519. Apoyándose en la doctrina expuesta por Lutero en su tratado: *Del despojo de los bienes eclesiásticos*, forzó los conventos, sin miramiento por la edad, ni por la santidad, ni por el sexo; cargó á las religiosas de Wadstena de malos tratamientos y de ultrajes, é hizo perecer en los suplicios mas crueles y mas ignominiosos á Magnus Knut, obispo electo de Upsal, y Pedro Jacobson, obispo de Westeræs, para hacerles expiar el amor y la veneracion que les tenia el pueblo.

En 1524 la Silesia fue entregada á merced del Luteranismo por su duque Federico II; los religiosos fueron expulsados del país;

los Protestantes ejercieron las mas brutales violencias contra los Católicos y sus iglesias; y muy pronto, dice el historiador protestante Menzel, triunfó el Luteranismo en toda la provincia, y con él un extremado rigor con respecto á los Católicos.

En 1526 el príncipe Alberto, para hacer tiránica su autoridad, desprendiéndola de todo contrapeso religioso, y enriquecerse con los despojos de la Iglesia, forzó igualmente los súbditos de sus Estados á abandonar el Catolicismo que los habia en otro tiempo arrancado á la ignorancia y á la barbarie, y ponia en ejecucion por la violencia aquel principio subversivo de toda libertad de conciencia: *Cujus regio illius religio.*

En 1527 el Protestantismo hacia su irrupcion en Basilea, siguiendo las huellas de Ecolampadio. Desencadenando allí la licencia, como desencadenaba en otras partes el despotismo, y haciéndose de él una arma para oprimir las conciencias, devastaba las iglesias, destruia los altares, quemaba los ornamentos, y forzaba al indignado Erasmo á huir ante aquella manera salvaje de reformar. Todas las ciudades de la Suiza vieron á corta diferencia renovar las mismas escenas, singularmente Mulhouse, en 1524; Schaffouse, en 1525; Appenzel, en 1524.

En 1533 y 1535 la libertad de conciencia era pisoteada en Inglaterra por Enrique VIII, y la Reforma tomaba posesion de la *Isla de los Santos* por el pillaje y la destruccion de los conventos y de los templos, la profanacion de los sepulcros, y los suplicios de los Católicos.

En fin, al propio tiempo que la Reforma consagraba en Inglaterra el mas extravagante y el mas brutal despotismo de que haya hecho mencion la historia moderna, levantaba y desencadenaba las pasiones populares sobre la Alemania, y embriagaba las masas anabaptistas de los mas fanáticos y mas salvajes furores.

Ved ahí hechos, ved ahí datos que pertenecen á la historia general, y que es absolutamente imposible contradecir; hechos y datos anteriores á la aparicion del Protestantismo en Francia.

Y sobre esto se me permitirá una reflexion.

Donde quiera que el Protestantismo habia podido tomar la ventaja, es decir, en la grande mitad de la Europa, se habia, pues, mostrado tiránico, nivelador, intolerante de toda libertad católica, pues era la destruccion misma del Catolicismo. Y como todas las relaciones políticas y sociales se habian formado y desenvuelto so-

bre el Catolicismo, el Protestantismo introducia una profunda perturbacion en todas estas relaciones, y trastornaba enteramente la condicion de los Estados y de las sociedades. Sublevando los pueblos contra los soberanos, ó consagrando el despotismo de los soberanos hácia los pueblos, sustituia en todas partes al principio de templada autoridad sobre el cual reposaba el mundo cristiano, un principio violento, intolerante, de licencia ó de tiranía, que lo desnaturalizaba todo; lo que hacia decir con mucha razon á Francisco I, que se opuso á él por este motivo: «Que aquella novedad «tendia enteramente á la destruccion de la monarquía divina y «humana [1].» El Protestantismo, en una palabra, se presentaba á los ojos de los Estados que de él se habian preservado, no solamente como una simple religion que venia á pedir su parte de libertad, sino como un torrente revolucionario, político y social, no menos que religioso, como un huracan que todo lo tronchaba en su tránsito, que habia ya desquiciado la Europa á su alrededor, que amenazaba tragárselos tambien á ellos, y del cual por consiguiente era preciso defenderse á toda costa, como defiende cada cual su vida, sus hogares, sus altares; avisados como estaban, repito, por el espectáculo de las revoluciones que el Protestantismo acababa de hacer, y hacia donde quiera tenia la ventaja, de ser aquella la suerte inevitable que aguardaba á los Estados que habian escapado de su invasion, si no le contenian en su cuna.

Este punto de vista es capital, y decisivo para formar el juicio sobre todo lo demás.

[1] Un apologista declarado de la Reforma, Cárlos Villers, al citar este dicho de Francisco I, no pudo menos que dejar se le escapase esta observacion, que la Revolucion francesa ha sido un corolario muy remoto de la Reforma. «Hállase, añade, entre algunas de las sectas exageradas que nacieron de la Re«forma, tales como la de los Anabaptistas en su principio, las mismas preten«siones á la libertad y á la igualdad absolutas, que causaron todos los excesos «de los Jacobinos de Francia. La ley agraria, el despojo de los ricos formaban «ya parte de su programa, y en sus banderas hubiera ya podido ponerse esta «inscripcion: ¡Guerra á los castillos, paz á las chozas!» (*Ensayo sobre el espíritu y la influencia de la reforma de Lutero*, 5.ª edicion, pág. 117). — Verdad es que por otra parte el Protestantismo favorecia el despotismo de un Enrique VIII, de un Cristierno y de un Wasa; pero en esto no destruia menos la autoridad que desencadenando los Anabaptistas y los Independientes. El despotismo y la anarquía no son contrarios: se engendran recíprocamente, ó mas bien es la misma cosa de rechazo, siendo la anarquía el despotismo de bajo arriba, como el despotismo es la anarquía de arriba abajo, y los dos son el desórden.

Los Estados, las naciones que componian la Catolicidad europea, eran cada cual responsables de su propia conservacion. Lo que contra los unos se habia comenzado, se emprendia al momento contra los otros, como si la Europa no hubiese sido sino un solo Estado grande, y cada reino una de sus provincias. En este único Estado, pues, de la Catolicidad, en esta verdadera República federativa cristiana, el Protestantismo — y nótese bien esta advertencia, — no empezó por ser perseguido, sino por ser perseguidor, intolerante, tiránico y proscriptor. En esta parte no hay medio para suscitar la menor sombra de duda. Prescindo de los hechos particulares, y solo me atengo al hecho general; y no hablo de lo que el Protestantismo ha hecho despues, sino de lo que habia hecho antes de ser detenido en Francia. Ya, como hemos visto, en Dinamarca, en Noruega, en Irlanda, en Suecia, en Prusia, en Silesia, en Suiza, en Inglaterra, en Alemania, habia derribado el Catolicismo, despojado los conventos, devastado y echado por tierra las iglesias, prohibido todo culto público, y muchas veces secreto, á los Católicos, y enrojecido con sangre de estos los cadalsos. Ya las hordas salvajes y verdaderamente socialistas de los Paisanos y de los Anabaptistas habian paseado y paseaban aun en triunfo el degüello, la violacion y el incendio en toda la Alemania. Con estos precedentes de profanacion, de desquiciamiento, de revolucion, de destruccion, al estrépito general del derribo de todas las instituciones católicas, políticas y sociales, y llevando en alguna manera en sus manos el martillo de demolicion y el nivel de la intolerancia, presentóse el Protestantismo á dos naciones tan profunda como soberbiamente católicas y monárquicas, tales como la Francia y la España, y vino á *protestar* violenta y sediciosamente contra sus costumbres y contra su fe; débil, verdad es, en su principio, si se le considera al entrar en estos Estados, pero colosal y formídable, si se le considera en su poder exterior, en el cual se apoyaba, y de quien recibia socorros; señalándose en su misma debilidad, cuanto podia, por los mismos actos de intolerancia y de agresion que ejercia en grande donde quiera se le habia permitido pasar [1]; y en las provincias de que

[1] El primer acto del Protestantismo en Francia fue el diseminar y el fijar en todas las esquinas pasquines sediciosos y blasfemos contra los mas sagrados misterios del Catolicismo, llegando su audacia, y esto es lo que mas irritó á Francisco I, hasta fijar uno de estos carteles sobre la puerta de la cámara del

se apoderaba, como en Nimes, Montauban, Alais, la Rochelle y otras, cometiendo ya aquel propio vandalismo, aquella misma persecucion, aquel mismo derribo del Catolicismo por los que se habia hecho imponente en Suecia, en Dinamarca y en Inglaterra.

Esta reflexion se encuentra plenamente confirmada por lo que dice un historiador contemporáneo, cuyo testimonio invocan los mismos Protestantes, y que explica de esta manera las causas de la conjuracion de Amboise, por donde se introdujeron en Francia: — «Los Protestantes de Francia, dice Miguel de Castelnau, «proponiéndose por modelo la historia de sus vecinos, á saber, «de los reinos de Inglaterra, de Dinamarca, de Escocia, de Sue- «cia, de Bohemia, etc., en donde los Protestantes *tienen el poder «soberano, y han quitado la misa;* á imitacion de los Protestantes «del Imperio, *se querian hacer los mas fuertes,* para tener llena liber- «tad de su religion, como asimismo *esperaban y recibian sus socorros «y apoyo de aquel lado,* diciendo que la causa era comun é insepa- «rable. Los jefes del partido del Rey no ignoraban las guerras so- «brevenidas por el hecho de la religion en los puntos sobrecitados; «pero los pueblos, ignorantes por la mayor parte, nada sabian; y «muchos no podian creer que hubiese tanta multitud de ellos en «Francia, como se descubrió despues; ni que los Protestantes *osa- «sen ó pudiesen hacer frente al Rey, y reunir un ejército, y recibir au- «xilios de Alemania, como realmente consiguieron.* Así que, no se reu- «nian solamente para el ejercicio de su religion, *sino tambien para «los negocios del Estado, y para probar todos los medios de defenderse «y de acometer, de suministrar dinero á su gente, y hacer empresas so- «bre las ciudades y fortalezas para tener algunos puntos de retirada.* «Despues de haber hecho leva, pues, del número de sus adic- «tos por toda la Francia, y conocido sus fuerzas y sus alistados, «*concluyeron que era indispensable deshacerse del cardenal de Lorena «y del duque de Guisa,* y por via juicial, *si era posible,* para que no «se les tuviera por asesinos.» (Castelnau, lib. I, cap. VII [1]).

Rey. Todos los historiadores, aun los protestantes, y singularmente Teodoro de Beza, refieren este hecho, dándole la calificacion y la importancia que se merece.

[1] Nos abstendrémos de recordar de qué manera se deshicieron del duque de Guisa. Los Protestantes, á quienes pretendemos tan solo ilustrar, pueden leer la relacion de este hecho y de sus circunstancias, mas graves aun que el

Así es como con la resolucion y con el empeño de hacerse á toda costa los mas fuertes, á imitacion y con los auxilios de los Protestantes del Imperio, de apoderarse de la soberanía y de quitar la misa, esto es, de proscribir el Catolicismo, y de extender á los Gobiernos que habian quedado católicos la revolucion religiosa y política que habian ya verificado, como vimos ya, en Inglaterra, en Dinamarca, en Escocia, en Suecia, en Bohemia, etc., se presentaron y se declararon los Protestantes en los Gobiernos católicos, y particularmente en Francia.

Bajo este punto de vista, —que es el verdadero, —¿quién se atreverá á vituperar en estos Gobiernos el haber defendido su existencia conteniendo al Protestantismo en su principio, ó no tolerarlo sino con restricciones que moderasen su violencia? Y cuando por el abuso de esta tolerancia el Protestantismo, despues de haber consumado este trastorno en muchas provincias, ha estado mas de veinte veces en vísperas de obtenerlo completamente por medio de la guerra civil, y subyugar la Francia entera, ¿quién admirará que la Francia, exasperada y fuera de sí, haya acabado por ahogarlo y rechazarlo en las convulsiones de su peligro y de su defensa?

¡Léjos, en verdad, muy léjos de nuestro pensamiento el querer justificar ni aun excusar los crímenes particulares y políticos que han manchado esta grande causa! El Catolicismo, que nunca los ha inspirado, no cesará de lamentarlos. Pero el Protestantismo, que se habia inaugurado por estos crímenes, en el seno de la paz religiosa de la Europa; el Protestantismo, que los ha provocado por tantos atentados, de los cuales él es el primero que se ha hecho culpable; el Protestantismo, que voluntariamente se puso á la cabeza de esta violenta conjuracion contra el Catolicismo, ¿tendrá derecho de levantar el grito contra la intolerancia, y de presentarse como víctima?...

Bossuet, con aquella riqueza de concision que caracteriza su pluma, ha trazado en diez líneas toda la historia de aquellos tiempos desgraciados. «Harto sabido es, dice, que la violencia del «partido reformado, contenida bajo los reinados fuertes de Fran-

hecho mismo, en la apología que de él ha dejado uno de sus mas ilustres jefes, Teodoro de Beza, el cual no ha vacilado en hacerse su panegirista, despues de haber sido su instigador. (Véase su *Apología para la reforma*, lib. VI, páginas 267, 268, 269, 290 y 299).

«cisco I y de Enrique II, no dejó de estallar en la debilidad de «los de Francisco II y de Cárlos IX. Sabido es, repito, que el «partido, no bien sintió sus fuerzas, cuando meditó nada menos «que participar de la autoridad, apoderarse de la persona de los «reyes, y dar la ley á los Católicos. Encendióse la guerra en to- «das las ciudades y en todas las provincias: los extranjeros fue- «ron llamados de todas partes al seno de la Francia como á un país «de conquista; y á este reino floreciente, honor de la Cristiandad, «se le puso al borde de su ruina, sin cási nunca cesar de hacer «la guerra, hasta que el partido, despojado de sus plazas fuertes, «se halló en la imposibilidad de sostenerla.» *(Quinto aviso á los Protestantes.)*

Háganse cuantos esfuerzos se quieran, téngase el deplorable gusto de hacer resaltar los excesos de los Católicos para encubrir los de los Protestantes; este es el fondo, este es el hecho general, esta es la historia.

«Tan enormes excesos, y no hay que disimularlo, dice Anque- «til con todos los historiadores, vinieron de que los Calvinistas «no respetaron lo bastante, en sus principios, las reliquias, las «imágenes, y los demás objetos de veneracion de los Católicos. El «príncipe de Condé, retirado á Orleans, se halló sin recursos. «Despues de haber agotado los efectos del Rey, de que se habia «apoderado, envió á la fábrica de moneda los relicarios, las cru- «ces, los cálices, y todos los demás vasos ú ornamentos de oro y «plata consagrados al culto de la religion católica. Imitáronle sus «partidarios, y en poco tiempo, todas las iglesias de que lograron «apoderarse, fueron despojadas; y cuanto mas ricas eran, mas «excitaban la avidez de los soldados. Y lo que mas indignaba al «clero y al pueblo católico era, que muchas veces los robos y ra- «piñas de los herejes tenian mas el carácter de la irrision que de «la necesidad. Derribaban las iglesias, destruian los altares, que «profanaban de mil maneras, mutilaban las imágenes de los San- «tos, cuyas reliquias quemaban con mofa, haciendo pedazos los «ornamentos, ó aplicándolos á usos ridículos, bajando hasta los «sepulcros, y dispersando los huesos en odio de la religion catól- «lica que los muertos habian profesado.» *(Espíritu de la Liga,* tomo I, página 127).

Por tan salvaje intolerancia hizo su primera salida al mundo el Protestantismo, é inflamó todos los sentimientos generosos, con-

virtiéndolos en delirio; y aun esta es la menor de las provocaciones y de las violencias, por las que atizaba las guerras que él mismo habia encendido.

Y de otra parte, ¿cuál ha sido la causa de estas guerras tan crueles bajo los reinados de Francisco II, de Cárlos IX, y de Enrique III? ¿Es porqué no se hubiese querido, en definitiva, tolerar en Francia á los Protestantes, que se les hubiese denegado el ejercicio de su religion contenida dentro de sus límites? No; y los numerosos tratados, pragmáticas y edictos que se sucedieron en su favor, dan el mas alto testimonio de lo contrario. ¿Cuál, pues, ha sido la causa de estas guerras? Fue que los Protestantes se armaron con estos edictos de tolerancia para oprimir á los Católicos, para querer apoderarse de la autoridad, para ver cómo sujetarian la Francia al yugo de la herejía: hé aquí la verdadera historia. Así el edicto de enero de 1562, la pragmática de Amboise de 1563, la paz de Lonjumeau en 1568, la paz de San German en 1570, que concedieron tantas veces á los Protestantes el libre ejercicio de su religion, —cual en ninguna parte lo tenian entonces los Católicos en las naciones protestantes, — fueron principalmente rotos por los Protestantes, ó por la fundada sospecha que se tenia de sus conjuraciones y de sus ataques; pues nada era tan insoportable para estos entusiastas sectarios, dice Lacretelle, como una tolerancia, durante la cual no pudiesen hacer muchos prosélitos. El crímen de la de San-Bartolomé fue producido por esta larga série de sorpresas, de maquinaciones, de violaciones, de tratados, de tentativas regicidas, por medio de las cuales los hugonotes procuraban siempre hacerse árbitros, y que acabaron por poner furiosa la Francia. Ella no queria ser protestante, y se la queria forzar á serlo [1].

[1] Inútil parece el decir que ni la Religion ni la Iglesia han inspirado ni aprobado jamás el crímen de la San-Bartolomé. Sin embargo, se ha hecho prevalecer, para insinuarlo así, la acogida que la noticia tuvo en Roma, y el *Te Deum* que el papa Gregorio XIII hizo cantar en aquella ocasion. Pero no se ha hecho la justicia de decir que la corte de Roma no juzgó del suceso sino por el modo con que le fue presentado por la corte de Francia, es decir, como un golpe de Estado que habia caido sobre los conjurados en el momento en que iban por ellos mismos á degollar al Rey y á la Corte, y abismar la Corte y la Catolicidad en un mar de sangre. Si Cárlos IX presentó así los hechos, sobre el teatro y á la hora misma del suceso, en la silla misma que tenia en el Parlamento; si el Parlamento mismo, presidido por Cristóbal de Thou, no desmintió esta

Por lo demás, en los horrorosos cuadros de esas guerras, los escritores filósofos, escribiendo quien mas quien menos para su convento, no han dejado de presentar en todo su realce los excesos de los Católicos, tanto como han ocultado bajo las sombras los de los Protestantes. Bien pudiéramos nosotros poner los de estos á toda luz, é invocar con Bossuet, en presencia de los lugares y de los documentos que se mostraban en su tiempo, marcados con el sello de aquellos crueles recuerdos, las matanzas cometidas en el Bearn por las órdenes de la reina Juana en una infinidad de sacerdotes, de religiosos y de católicos, sin mas crímen que el de su religion y el de su órden; y las torres desde donde los precipitaban, y los abismos á donde los arrojaban, y los pozos del obispado en donde se les hacinaba en Nimes, y el puerto en donde se les ahogaba en la Rochelle, y los crueles instrumentos de que se servian para hacerlos ir al sermon de los Protestan-

alegacion, y consintió en hacer el proceso *á la memoria del jefe de los rebeldes, á todos sus adherentes y cómplices*, ¿con cuánta mayor razon Roma, á quien nadie podia ilustrar acerca la verdad del hecho, debió recibir la impresion, tan verosímil de otra parte, como falsa, que le fue transmitida por la corte de Francia? De ello tenemos además una prueba palpable en un documento, del cual se ha hecho un título de acusacion contra la corte de Roma, y que sirve, al contrario, para justificarla: tal es el discurso que Muret pronunció en aquellas circunstancias, y que explica perfectamente lo que la corte de Roma entendia aprobar en el suceso de la San-Bartolomé. En este discurso, tan á menudo citado para inculpar, como poco leido, Muret se expresa así: «Veriti non sunt «adversus illius regis caput ac salutem conjurare, à quo post tot atrocia fa- «cinora non modo veniam consecuti erant, sed etiam benigne et amanter ex- «cepti. Qua conjuratione, sub id ipsum tempus quod patrando sceleri dica- «tum ac constitutum est in illorum sceleratorum ac foedifragorum capita, id «quod ipsi in regem et in totam prope domum ac stirpem regiam machinaban- «tur. O noctem illam memorabilem quae paucorum seditiosorum interitu, re- «gem à *praesenti caedis periculo*, regnum à perpetua civilium bellorum for- «midine liberavit!» (*Mureti*, Oratio XII, pág. 177, op. ed *Ruhnkenii*). Ved ahí lo que entendió celebrar, lo que realmente celebró la corte de Roma: la represion de una conjuracion inminente, y el haberse librado el Rey y el reino de la matanza que aquella se proponia por objeto. Este sentimiento era sin duda, no diré excusable, sino legítimo; y sin embargo en medio de las acciones de gracias que inspiraba, apareció contristado un semblante, derramáronse lágrimas, y unos labios movidos por la ternura y la piedad no cesaron de repetir estas palabras que la injusticia de nuestros adversarios ha dejado para nosotros el honor de recoger y de citar: *¿Quién me asegurará que no haya perecido un gran número de inocentes?* Y estas palabras y estas lágrimas de padre fueron las palabras y las lágrimas de Gregorio XIII.

tes, y los registros de las municipalidades de la ciudad de Nimes, de Montauban, de Alais, de Montpeller, así como las decisiones consistoriales en cuya virtud se hacian estas ejecuciones sangrientas con propósito deliberado y á sangre fria, no por el furor popular; y en fin el silencio de Jurieu y de los demás protestantes, á la faz de los cuales Bossuet avanzó por dos diferentes veces estos hechos públicamente, sin que ellos hubiesen dicho una sola palabra para negarlos ó atenuarlos. (*Historia de las Variaciones*, libro X, y *Quinta advertencia á los Protestantes*).

«Cuando se arrostra á los católicos romanos, dice un autor protestante ya citado, los degüellos de París bajo el reinado de Cárlos IX, responden suspirando, que si sus antepasados se dejaron llevar hasta tales extremos, es porque se veian forzados á defenderse contra sus enemigos, prontos á echar por tierra su religion y su constitucion. ¿No tienen mas bien ellos derecho de echar en cara á los Protestantes todo el odioso encarnizamiento y el criminal entusiasmo de un espíritu vengativo, intolerante y perseguidor? Las representaciones de los parlamentos hacen estremecer por el cuadro de los horrores que ofrecen. Las dos conjuraciones de Amboise y de Meaux; cinco guerras civiles encendidas; plazas fuertes entregadas por traicion; las iglesias y los monasterios saqueados y quemados; los sacerdotes, los monjes y los religiosos degollados; hasta los simples fieles, en el ejercicio de su culto y durante una procesion solemne y santa, atrozmente asesinados en las calles de Pamiers, Rodez, Valencia, etc., son los testimonios incontestables de la sangrienta barbarie que ejercieron los Hugonotes contra los Católicos romanos, ya en paz, ya en guerra. Y confieso que no me atrevo á entrar á combatir esta acusacion, por desgracia demasiado probada por los hechos.» (Fitz-William, *Cartas de Ático*, pág. 115).

Mas, sea rechazado para siempre y sepultado en el olvido el recuerdo de tales horrores, y no venga ya mas á contristar las almas de nuestros hermanos, ni alarmarlas, cuando acercados ya por la estimacion y por las relaciones de amistad, estamos ya á punto de unirnos en el seno de nuestra comun madre.

Decimos únicamente, para disipar una preocupacion que desfigura esta misma madre, que en estos horribles acontecimientos, el Protestantismo fue provocador, agresor, intolerante; y que si la sociedad católica se indignó contra él, fue por la exaltacion del

sentimiento de su legítima defensa, sin la cual los Católicos no hubieran tenido mas libertad que la que han tenido en todos los países en que ha dominado exclusivamente [1].

Por fin, si se quiere conocer el verdadero espíritu del Protestantismo, no hay mas que tomarlo en su orígen, en sus padres, y en sus fundadores. ¡Por cierto quedarian muy admirados y muy embarazados, si tuviesen que admitir los honores de la tolerancia, y aun se disgustarian de ellos como de la mas insultante ironía!

Nunca en lengua alguna fue proferida expresion que se acerque á la sanguinaria violencia de los escritos de Lutero. Su libro titulado: *El Papado de Roma instituido por el Diablo* es una mancha que afeará eternamente no tan solo la literatura alemana sino hasta los anales del género humano. «El Papa (vacilo en transcri-«bir estas asquerosas líneas, mas, ¿qué he de hacer sino citar el «Protestantismo á él mismo, y presentarle un espejo para que sus «partidarios de buena fe retrocedan al ver su rostro, y abjuren «tanto horror?), el Papa es el diablo. Si yo pudiese matar al dia-«blo, ¿cómo no lo haria aun con peligro de mi vida? Es un lobo «rabioso contra el cual armarse debe todo el mundo sin aguardar «ni aun la órden de los magistrados: de este modo no puede ha-«ber lugar de arrepentirse, á menos que sea de no haberle podi-«do hundir la espada en el pecho... Menester fuera, cuando el «Papa está convicto por el Evangelio, que todo el mundo le azu-«zase y le matase, con todos los que con él están, emperadores, «reyes, príncipes y señores, sin tener en ellos la menor conside-«racion. Si nosotros castigamos á los ladrones con la cuerda, á «los asesinos con la espada, á los herejes con el fuego, ¿por qué «no hacemos otro tanto con los peligrosos predicadores de la cor-«rupcion, con los papas, con los cardenales, con los obispos, con «toda la turba de la Sodoma romana que emponzoña sin cesar la «Iglesia de Dios? Sí, nosotros debiéramos arrojarnos sobre ellos «con toda especie de armas, y lavarnos las manos en su sangre... «Los monarcas, los príncipes y los señores que forman parte de «la turba de la Sodoma romana, deben ser atacados con toda espe-«cie de armas; y es menester lavarse las manos con su sangre...»

[1] Ya en Francia mismo el Catolicismo estaba proscrito donde quiera el Protestantismo habia llegado á tomar pié; y el edicto de Nantes, que parecia no haber sido dado mas que en favor de los Protestantes, lleva por título de una parte de sus disposiciones: Restablecimiento del culto católico.

(T. XII, f. 233, sig. — T. I, f. 51, a. — T. IX, f. 24, b. *ed. Witt. cit.*). ¡Tal era el espíritu de tolerancia que animaba la primitiva iglesia de la Reforma!

Y no se crea que esta intolerancia fuese exclusivamente propia de Lutero; pues se extendia á todo el partido de los novadores, y los efectos se hicieron sentir de una manera cruel. De esta verdad tenemos un testimonio irrecusable en Melancton, el discípulo querido de Lutero, y uno de los hombres mas distinguidos que haya tenido el Protestantismo: «Hállome en una opresion tal, escribia á su amigo Camerario, que me parece encontrarme en la «cueva de los Cíclopes; me es cási imposible el explicarte mis «penas, y á cada instante me siento tentado de huir.» — «Estos «son unos ignorantes, decia en otra carta, que no conocen ni la «piedad ni la disciplina; ved cuáles son los que mandan, y com«prenderéis que estoy, como Daniel, en la cueva de los leones.»

Y qué diré de Calvino, que tenia á cada instante á la punta de su pluma los epítetos de *malvados, bribones, borrachos, locos, furiosos, rabiosos, bestias, toros, puercos, asnos, perros*, y otras lindezas de esta jaez; de Calvino, que escribió estas líneas: «En cuanto «á los Jesuitas, que nos son especialmente contrarios, preciso es ma«tarlos, ó si esto no se puede cómodamente hacer, expulsarlos, ó «cuando menos, aplastarlos bajo el peso de las mentiras y de las ca«lumnias.» *Jesuitae vero, qui se maxime nobis opponunt, aut* NECANDI, *aut si hoc commode fieri non potest,* EJICIENDI, *aut certe* MENDACIIS ET CALUMNIIS OPPRIMENDI SUNT. (Cf. Maur. Schenkl. *Institut. juris eccles. Landish.*, 1830, tomo I, pág. 500, citado por Alzog, *Historia universal de la Iglesia*, tomo IV, pág. 255). Si algun loco y oscuro jesuita, como los hay en la sociedad humana, y los habrá tambien entre los Jesuitas, hubiese alguna vez escrito semejantes líneas, ¡qué clamor no se hubiera levantado contra todo el Instituto, por desmentido que fuese por todas las doctrinas, y sobre todo por todas las doctrinas de esta Órden! ¿Qué partido no hubiera sacado de ello un calumniador de talento como Pascal, para disfamar la Congregacion, y tras él toda la cohorte filosófica para disfamar la Iglesia? Mas aquí no es un protestante oscuro y perdido quien ha trazado estas líneas friamente perversas, y que han tenido despues tan literal ejecucion; es el jefe francés del Protestantismo, es el Calvinismo en persona.

Y sabido es de otra parte con cuánta facilidad pasaba Calvino

de las palabras á las obras en hecho de intolerancia, y cuán árida y cruel era la suya. El suplicio de Servet, quemado vivo en Ginebra por haber vertido sobre la Trinidad una proposicion herética, segun el hereje Calvino, es el solo que se cita ordinariamente; mas ¡cuántos otros ejemplos pudieran citarse de la intolerancia de las diversas sectas protestantes hácia cualquiera que disintiese de sus opiniones, aun entre ellas! Así el médico Bolsec, desterrado; el consejero Ameaux, sepultado en una cárcel; Jacobo Grünet, ejecutado; Gentilis, condenado á muerte por haber puesto solamente en cuestion la ortodoxia de Calvino; el predicador Nicolás Antoni, quemado vivo por causa del Judaismo; Funck, ejecutado como discípulo de Osiandro; el canciller Crell, torturado de una manera infernal, y decapitado; Feliz Manz, ahogado en el agua á instigacion de Zuinglio; Henning Brabante, horriblemente mutilado y sentenciado á muerte á causa de un pretendido comercio con el diablo, son otros tantos testigos del Protestantismo contra sí mismo. Y aun estos son solo los nombres de alguna importancia. En el solo pequeño territorio de Nuremberg, trescientas cincuenta y seis personas sospechosas de herejía ó de sortilegio fueron ejecutadas desde 1577 á 1617, y otras trescientas cuarenta y cinco fueron condenadas á la mutilacion y al látigo.

Todas estas ejecuciones se verificaban no con precipitacion, sino con la mayor madurez imaginable, y hasta quedaron erigidas en doctrina. Melancton y de Beza justificaron científicamente la pena de muerte aplicada á los herejes: Melancton, de acuerdo con Lutero, autorizó el asesinato de los tiranos [1].

Las mismas testas coronadas pagaron su tributo á la intolerancia del Protestantismo; y aquellas palabras del conde de Kent, *¡Así puedan perecer todos los enemigos del Evangelio!* que acompañaron el golpe que hizo caer la cabeza real á María Stuart, proclamando los verdaderos motivos de tan inícua ejecucion, no fueron otra cosa que el clamor del Protestantismo.

No olvidemos, en fin, que el primer asesinato jurídico de un rey por sus vasallos, que la primera testa real cortada en el seno mismo de los Estados que ella mandaba, es el hecho del Protes-

[1] Walch, *Obras de Lutero*, tomo XXII, pág. 2151 y sig. — Cf. Strobel. *Miscel.*, tomo I, pág. 170. — Ukert, *Vida de Lutero*, tomo II, pág. 46, y sobre todo el ensayo intitulado *el Asesinato religioso y político*, en las hojas históricas y políticas, tomo IX, pág. 737-70.

tantismo; y que si este espantoso crímen se reprodujo en Francia, fue bajo la influencia general del Filosofismo, continuador del Protestantismo.

¿Y por qué tenemos necesidad de engolfarnos en la conducta y en los escritos del Protestantismo para saber lo que él es en materia de tolerancia? Hasta aquí solo hemos tratado de víctimas individuales mas ó menos numerosas, mas ó menos ilustres. Pero son reinos, son naciones, son pueblos enteros los que vienen á deponer contra él. ¿Cuál ha sido la suerte de los Católicos en Suecia, en Dinamarca, en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda... donde quiera ha prevalecido el Protestantismo? Cuanto mas fuerte se sentia, tanto mas tolerante podia ser. Pues bien, ¿cuál es la mezquina existencia católica que haya sido tolerada en los países protestantes, que haya sido admitida al libre ejercicio de su fe, y que no lo haya pagado por el entredicho de sus derechos civiles y políticos?

La revocacion del edicto de Nantes ha quedado como el grande crímen de intolerancia del Catolicismo; Protestantes y Filósofos viven de ciento cincuenta años acá del favor que sacan de aquella revocacion. No quiero internarme aquí en apreciar las causas de aquella grande medida. Lo que sé es, que Voltaire y D'Alembert en sus confidencias deicidas, se escribian lo que sigue: «En «cuanto á mí, lo veo todo en este momento de color de rosa; veo «desde aquí constituirse la tolerancia, los *Protestantes vueltos á lla-«mar*, los sacerdotes casados, abolida la confesion, el *infame aplas-«tado*, sin que lo perciba.» (4 mayo 1762). Es regular que D'Alembert y Voltaire se diesen por comprendidos en ello; y si el llamamiento de los Protestantes era sinónimo del casamiento de los sacerdotes, de la abolicion de la confesion, del aniquilamiento del Cristianismo, y de cuanto á esto se ha seguido, confieso que, á pesar de mi vivísimo y muy sincero amor de la tolerancia, conozco que se ha menguado mucho mi indignacion contra la revocacion del edicto de Nantes.

La revocacion del edicto de Nantes fue de otra parte un acto político, una medida de bien público. Luis XIV es el único sobre quien recae la responsabilidad de este hecho; y esta responsabilidad no debia serle muy embarazosa ante el derecho público de su tiempo, si hemos de juzgar por estas palabras del protestante publicista Grocio, escritas cuarenta años antes de la revocacion:

«Menester es que los Protestantes se penetren que el edicto de «Nantes y otros del mismo género no son tratados de alianza, si- «no disposiciones tomadas por los reyes para utilidad pública, y «sujetas á revocacion cuando el bien público exige que se revo- «quen [1].»

Dos cosas hay que distinguir en la revocacion del edicto de Nantes: la medida y su ejecucion. — La medida en sí misma, que de otra parte se habia ya cumplido en detalle por muchos edictos restrictivos anteriores, encontró una general aprobacion, y ninguna reclamacion, ni aun por parte de las naciones protestantes, que la practicaban en su país con respecto á los Católicos. Así Bossuet en su oracion fúnebre de Miguel le Tellier, pudo alabarla, sin ser tachado de intolerante. — La ejecucion, pasando de las manos de Colbert á las de Louvois, despues de la época en que fue pronunciada aquella oracion fúnebre, pasó á ser atroz, y en esta parte nos unimos sinceramente á nuestros adversarios para reprobarla. Pero en esto nada tiene que ver el Catolicismo. Y hasta es digno de notarse que Bossuet hizo frente á la opinion de su tiempo para sostener que no debia forzarse por género alguno de apremio, ni aun por las mas ligeras multas, á los Protestantes á ir á misa [2]; que en la diócesis de Meaux los Protestantes respiraron al abrigo del grande nombre de Bossuet, y que bajo su influencia, si ya no es por su misma mano, fueron redactadas la declaracion de 1698, la *Instruccion del Rey á los Intendentes*, y la *Carta del Rey á los Obispos*, que abrian otra vez las puertas del reino á los Protestantes, y les restituian sus bienes, bajo la única condicion de *consentir en dejarse instruir*, sin fijar término alguno para obligarles á explicarse acerca los resultados de *su instruccion;* y que prescribian las mas suaves medidas y los mas sensatos y cristianos procedimientos para tratar con ellos.

[1] ...«*Norint illi, qui reformatorum sibi imponunt vocabulum, non esse illa «foedera, sed regum edicta ob publicam facta utilitatem, et revocabilia, si aliud «regibus publica utilitas suaserit.*» (Grocio, citado por el Sr. de Bausset en su *Historia de Bossuet*, tomo IV, pág. 66).

[2] Es curioso á la verdad que se opusiese á Bossuet, para determinarle á la violencia en materia de religion, el ejemplo de los Protestantes, y singularmente el ejemplo de *Juana de Navarra*, la cual por decretos expedidos con el consentimiento de los Estados de Bearn, condenaba á multas exorbitantes, á la prision, y á penas aun mas fuertes á *todas las personas* que no asistiesen á las predicaciones.

Se ha ponderado contra Bossuet (*el Sembrador* de 28 de febrero de 1849) una carta que escribió á Nicole despues de la completa ejecucion de la revocacion del edicto de Nantes, y en la cual habla «del triste estado de la Francia cuando se hallaba obligada á ali- «mentar y á tolerar, bajo el nombre de Reforma, tantos socinianos «ocultos, tantas gentes sin religion, y que solo pensaban en derri- «bar el Cristianismo.» «Yo adoro con vos, dice Bossuet, los de- «signios de Dios, que quiso revelar por la dispersion de nues- «tros Protestantes este misterio de iniquidad, y purgar la Francia «de estos mónstruos...» Nos hacemos cargo de la impresion que debe producir en los Protestantes la fuerza de tales expresiones, y de la ventaja que creen poder sacar de ellas contra la memo- ria de Bossuet. Sin embargo, esta impresion y esta ventaja que- dan ilusorias, si es que no se convierten contra el Protestan- tismo.

Y en efecto, ¿quiénes son aquellos á que Bossuet en el secreto confidencial de una carta llama mónstruos, y de los que da gra- cias á Dios por haber librado á la Francia? ¿Son acaso protestan- tes adictos á su fe y perseguidos por ella? No por cierto: tanto en la intencion como en las palabras de Bossuet son, bajo el nombre de Reforma, gentes sin religion, socinianos ocultos que pensaban nada menos que en derribar el Cristianismo (esto es, como mas tarde lo hicieron los Filósofos, toda religion y toda sociedad), y cu- ya dispersion habia revelado aquel misterio de iniquidad. ¿De qué era culpable en esto Bossuet, y de que le acusarémos nosotros, cristianos sinceros, protestantes ó católicos? ¿Es quizás por ha- ber descubierto demasiado con su mirada de águila al Filosofismo en el Protestantismo, ó porque, al verlo, se mostró demasiado sen- sible á los males que cien años despues habian de descargar sobre la Francia é inundarla de su propia sangre? Lo muy cierto es, que el elogio ó el vituperio que le reservamos, deberémos compartirlo entre él y otros protestantes ilustres, cuyas expresiones en aquella misma ocasion no hacia mas que repetir, ó reproducir: «Descor- «rido está el velo, exclamaba entonces Jurieu en Rotterdam; se «ha visto el fondo de la iniquidad, y esos señores (los Protestan- «tes) se han arrancado cási del todo la máscara, desde que la per- «secucion los ha dispersado en lugares donde han creido poder «descubrirse con libertad... Los jóvenes, continúa Jurieu, veni- «dos recientemente de Francia, henchidos con la tolerancia uni-

«versal de todas las herejías y de su libertinaje, han creido llegado «ya el tiempo, y que este era el lugar á propósito para darla á luz.» (*Tab.* carta I, pág. 8, y carta VIII, pág. 479). — «Así es, con- «tinúa Bossuet, cómo estaba educada la juventud entre nuestros «pretendidos reformados. Estaba en cinta de la indiferencia de re- «ligiones; y este mónstruo, que las leyes del reino no le permi- «tian dar á luz en Francia, ha nacido al momento en que esta ju- «ventud libertina ha respirado en Holanda un aire mas libre.» (*Sexta advertencia*).

Hemos ya manifestado cómo la Holanda y la Inglaterra nos habian, cincuenta años despues, vuelto á regalar aquel veneno por la pluma de Voltaire, que habia ido á buscarlo en ellas, y que empleaba sus prensas para diseminarlo. Pero lo mas curioso es que los Protestantes extranjeros, adictos todavía á la fe cristiana, para repeler aquel tósigo de impiedad que les traian los refugiados de Francia, no reparaban en invocar las mismas medidas de rigor que allá se les enviaban. «Tiempo es ya, escribia Jurieu, de opo- «nerse á este *torrente impuro*, y de descubrir los funestos desig- «nios de los discípulos de Episcopio y de Socino. Cuando el ve- «neno empieza á pasar á las partes nobles, tiempo es de recurrir «á los remedios. Prescindiendo de que el número de estos indife- «rentes se multiplica de un modo que no nos atrevemos á decir, «nuestra lengua no se habia manchado aun con tales abominacio- «nes; pero desde *nuestra dispersion* acá, la tierra está cubierta de «libros franceses que hacen consistir la caridad en la tolerancia «del Paganismo, de la Idolatría y del Socinianismo.» (*Tab.* carta VI.) — En tanto que Jurieu daba este grito de alarma en Holanda, y pedia que se *acudiese á los remedios* para repeler á los refugiados de la revocacion, y preservar de su contacto la fe cristiana; no se conmovia esta menos, ni exigia menores remedios para cortar de raís el mismo mal en Inglaterra. Treinta y cuatro ministros de Francia antiguamente refugiados se lamentan allí «del escándalo que les causan los nuevos ministros refugiados, «que hallándose infectados de diversos errores, trabajan en di- «seminarlos entre el pueblo; y estos errores tienden nada menos «que á derribar el Cristianismo... Tan grande es el peligro, aña- «den, y la licencia ha llegado á tal extremo, que ya no pueden «las comunidades eclesiásticas disimular por mas tiempo, y seria «hacer incurable el mal el aplicarle no mas que remedios palia-

«tivos.» *(Cartas escritas al Syn. de Amsterdam por muchos ministros refugiados en Lóndres).*

Así es como el Protestantismo se hacia miedo á sí propio, y como los refugiados de la revocacion eran acogidos por sus correligionarios en el extranjero. ¿Tenian estos razon ó no? Á los actuales Protestantes toca el responder á esta pregunta. Lo cierto es que estas alarmas se han visto harto confirmadas por los sucesos, y que en todos los casos, seria una injusticia el echarlas en cara á Bossuet, cuando las hallamos cási en igual grado en el ánimo de sus adversarios.

En un principio no nos proponíamos mas que disculpar á aquel grande obispo; pero si la digresion á que se nos ha obligado á entrar se extiende á mucho mas [1], échese la culpa á la ventaja que se habia pretendido sacar de la carta de Bossuet á Nicole, y á la necesidad en que nos hemos visto de desviarla.

Volviendo ahora á la revocacion del edicto de Nantes, por desfavorable que sea la opinion que se tenga de aquella medida; á pesar de todo cuanto acabamos de poner de manifiesto, no puede suministrar armas al Protestantismo en la cuestion de tolerancia, y esto por una razon muy sencilla. ¡Que se nos muestre la revocacion de un edicto de Nantes con respecto á los Católicos en las naciones protestantes! — Para esto seria menester que se hubiese dado alguna vez en ellas un edicto semejante. — No se trata para ellas de la intolerancia que revoca, sino de la intolerancia que no concede. Los Protestantes disfrutaron por espacio de doscientos años de la libertad de su culto en Francia, antes de la revocacion del edicto de Nantes; y cien años hace están en plena posesion de la misma. Durante todo este tiempo, ¿cuál ha sido la suerte de los Católicos en los países protestantes? ¿Cuál ha sido, cuál es aun la suerte de la Irlanda, de esta nacion-mártir, en la cual ha sido siempre una verdad el decir que *no hay leyes para los Católicos* [2]? ¿No es en la plenitud del siglo décimoctavo cuando de-

[1] Sobre el paso del Protestantismo al Filosofismo. (Véase la pág. 118).

[2] Mas en desquite no han faltado leyes contra ellos; ved ahí una muestra: Destierro de los obispos católicos de Irlanda, á fin de impedir las ordenaciones; martirio en caso de regreso, (Guil. III, 9 an. tomo III, pág. 339). — Recompensa de 20 á 40 libras esterlinas á todo sacerdote apóstata. (Anna, 2 an. cap. 7, § 21). — Destruccion de las imágenes; castigo para los que hacen oracion delante de ellas. (Anna, 2 an. cap. 6, § 26 y 27). — Supresion de las escuelas católicas. (Anna, 2 an. cap. 3, § 31). — Prohibicion de educar los hi-

clara un tribunal, que en este reino tan profundo y tan unánimemente católico, «las leyes no reconocen allí católicos, y que «su existencia no era allí posible, sino mientras que el Estado «quiera tener bien cerrados los ojos?» (Thom. Moore, *Memoires*, lib. II, cap. V, pág. 185). ¿Y no decia el gran Burke, hablando del régimen bajo el cual el Protestantismo aplastaba en aquella misma época aquel desgraciado y admirable país: «Es una má«quina de una invencion complicada, y la mas ingeniosa que pue«da imaginarse para asegurar la opresion, el empobrecimiento y «la degradacion de un pueblo, para el abatimiento de la misma naturaleza humana; una máquina tal, en una palabra, que nada «pudo jamás inventar de peor la perversidad mas ingeniosa?»

En la mayor parte de los países protestantes, los Católicos, aun en la hora presente, están para aguardar un edicto de Nantes [1]: ¡y se viene hoy á acusar al Catolicismo de intolerancia! ¡y el Protestantismo se presenta todavía como víctima! ¡y viene aun á afectar el terror y la opresion! ¡y da á la Iglesia consejos de libertad! ¡Verdaderamente Dios ha concedido en este mundo una extraña fortuna á la paradoja!

Á tan aterradoras acusaciones, veo al Protestantismo haciendo otra vez cara al Catolicismo, y evocando contra él el espectro de la Inquisicion.

Pero puede detenérsele desde luego por medio de algunas muy sencillas distinciones:

1.° La cuestion actual es el saber, no si el Catolicismo ha sido intolerante, sino si el Protestantismo ha sido tolerante; si, como se ha dicho y dice, y como se ha hecho hasta ahora creer, ha llevado é introducido en el seno de las costumbres rudas y bárbaras todavía de la Europa el principio de la tolerancia, y si es su legítimo representante: esta es la cuestion. Y á esta cuestion responde

jos propios ni en casa ni en el extranjero; prision y confiscacion en caso de desobediencia. (Anna, 2 an. cap. 6).—Destierro de los preceptores católicos; muerte en caso de regreso. (Anna, 8 an. cap. 3, § 31).

[1] Donde quiera domina el Protestantismo, hacia notar últimamente el *Diario de Bruselas*, los Católicos son todavía oprimidos: ó bien si han podido conquistar algunas de las libertades y garantías á que tienen derecho, están condenados sin embargo á permanecer en una condicion inferior. Tan presto son excluidos de los destinos públicos, como les está cerrado á veces el acceso á las administraciones y á los cuerpos deliberantes, y con mucha mas frecuencia aun deben sufrir toda suerte de vejaciones.

la intolerancia violenta, opresiva, tiránica, con la cual se ha introducido y conservado en todas partes; intolerancia *mucho mas general y mucho mas prolongada* que la que pudo nunca ejercer el Catolicismo.

2.° La intolerancia del Protestantismo es tanto mas opresiva é insoportable, en cuanto, á diferencia de la que se ha echado en cara al Catolicismo, está absolutamente destituida de fundamento y de excusa; es enteramente arbitraria, y peca no solo por exceso, sino tambien por principio; y aun mas, está en perenne contradiccion con toda idea de razon y de justicia. Que la autoridad no tolere la licencia, por cuyo medio se asegure la libertad, una tal intolerancia está en el órden: puede hallarse que ha sido excesiva, pero para ser justo este cargo, deben tenerse en cuenta todas las circunstancias en medio de las cuales se ha ejercido: mas en fin, esta intolerancia tiene para sí un fundamento necesario y perfectamente justificado: tal ha sido la intolerancia del Catolicismo, tal es la de toda sociedad. Pero que una doctrina que no descansa sobre la autoridad sea intolerante; que una doctrina que tiene por principio la libertad de exámen, oprima esta libertad; que una doctrina que echa por tierra la autoridad por la libertad, venga despues á echar por tierra la libertad por la opresion y la tiranía; este es el colmo, y si puedo hablar así, la perfeccion de la intolerancia, una intolerancia doble y de dos cortes, que suprime á la vez la autoridad y la libertad, y que no existe ni obra sino para sí misma. Tal es la intolerancia del Protestantismo.

3.° La intolerancia del Protestantismo ha sido una intolerancia agresiva; la del Catolicismo una intolerancia defensiva. En vez de encerrarse en sí mismo y de ejercitarse en el círculo de sus partidarios, no procurando extender este círculo sino por la persuasion y por el ejemplo, por el solo imperio de la verdad y de la virtud, como lo hizo el Cristianismo en el seno del mundo pagano que convirtió, pero que no derribó; el Protestantismo ha atacado el edificio de la catolicidad europea por el hierro y por el fuego, y por todo género de violencias. Despojar los conventos, destruir las iglesias, profanar las cosas santas, y hasta el culto de los sepulcros; proscribir el ejercicio de las mas antiguas y mas sagradas convicciones; poner fuera de ley los mas venerados y mas augustos representantes de la autoridad religiosa; excluir, en una pa-

labra, el Catolicismo, y desquiciarlo completamente, tal ha sido su marcha. Y porque el Catolicismo no ha querido dejarse desquiciar, porque ha defendido su existencia, porque ha opuesto la Inquisicion á la subversion, ¡se le cubre con el odio de la intolerancia, y el agresor rechazado se presenta como mártir!

4.° El Protestantismo no solamente era agresor del Catolicismo como religion, sino que lo era tambien, y por esto mismo, de la sociedad civil y política, cuya base principal era entonces la religion, y *tendia enteramente,* como decia Francisco I, *al derribo de la monarquía divina y humana.* Así hemos visto que donde quiera penetraba, atacaba el equilibrio de autoridad y de libertad que constituye la monarquía, que formaba entonces el derecho público de la Europa, y que resultaba sobre todo de la distincion y de la alianza de lo espiritual y de lo temporal, del sacerdocio y del imperio; el Protestantismo, repito, atacaba este equilibrio, haciendo prevalecer por todas partes el despotismo ó la licencia. Su intolerancia, pues, era doblemente agresiva y subversiva, y la de la sociedad católica doblemente defensiva y legítima.

5.° La intolerancia del Protestantismo era el hecho del Protestantismo mismo; sus ataques, sus violencias, sus destrucciones partian de sus fundadores y de sus apóstoles, ó mas bien de su doctrina, que podia compendiarse contra el Catolicismo en aquel grito que fue y será siempre el del infierno contra la Iglesia: *¡Aplastemos á la prostituta! ¡Aplastemos al infame!* La intolerancia del Catolicismo no era del mismo modo el hecho del Catolicismo, sino el hecho de la sociedad. La herejía en aquellos tiempos tenia un doble carácter, y presentaba un doble peligro: era antireligiosa y antisocial. Como antireligiosa era anatematizada por la Iglesia; pero este anatema nunca importó en sí mismo ninguna represion material, ninguna intolerancia civil. Como antisocial (y lo era porque era antireligiosa, en una época, repito, en que la religion era la ciencia misma de la sociedad), era ordinariamente reprimida por los poderes civiles, como lo son en el dia los Socialistas. La Iglesia autorizaba esta represion, como la autoriza aun en el dia, como la autorizará siempre, cuando la sociedad tendrá en ello un interés real. Pero lo que importa observar bien es, que la Iglesia, autorizando esta represion, ha mas bien contenido que impulsado el brazo secular que la ejercia, que siempre ha abogado por la causa del perdon y de la humanidad, en cuanto la existencia de

la sociedad podia permitirlo; y que en una época en que nadie, ni aun entre los herejes, pensaba en poner en duda el derecho entonces público de la intolerancia, fue la primera que dejó oir la palabra de tolerancia, y la practicó hasta ponerse en lucha con los Gobiernos para arrancar de sus manos á los herejes. Á muchos sorprenderá esta nuestra asercion; tanto han desfigurado á nuestros ojos la verdad, la mentirosa y fanática educacion con que nos regaló el último siglo; mas no por esto deja de subsistir menos el hecho bajo todas las prevenciones, y reaparece por sí mismo luego que aquellas se han disipado.

La Inquisicion, con todos sus rigores, en Francia y en España fue un privilegio de la corona mas bien que un tribunal romano. En España, sobre todo, apenas salida de su lucha postrera con los moros, compuesta de elementos tan diversos, tan heterogéneos y tan inflamables, se habria convertido la herejía, si se la hubiese dejado crecer, en un desmembramiento y en una confusion, en cuyo seno la nacionalidad española hubiera perecido en medio de horrores intestinos inimaginables, y de los que las guerras de religion en Francia no hubieran sido sino una sombra. En lugar de este desmembramiento, de esta confusion y de esta ruina, presentó la España el espectáculo de la civilizacion mas precoz, sin contradiccion, entre todas las de los demás países de la Europa, y que tan solamente ha sido detenida en su marcha por la súbita acumulacion de riquezas que sobre ella derramó el Nuevo Mundo, y por el retroceso de actividad que esta acumulacion llevó consigo [1]. Esto puede decirse para explicar la Inquisicion española, aunque se la deba condenar despues por sus excesos. Sea como quiera, no debe el Catolicismo cargar con su responsabilidad, porque no es obra suya, sino que es obra de Felipe II, y sobre todo de Fernando é Isabel, los mas grandes y los mas gloriosos soberanos de que se gloría España. Algunos eclesiásticos teólogos tomaban parte en esta institucion, y componian su tribunal, esto es una verdad; pero esto era para decidir los casos de here-

[1] «Los españoles tuvieron una notable superioridad sobre los demás pue-«blos, — dice Voltaire. — Ellos se señalaron en las artes de genio. Su lengua se «hablaba en París, en Viena, en Milan, en Turin; sus modas, su manera de «pensar y de escribir subyugaron los ánimos de los italianos; y desde Cárlos V «hasta el principio del reinado de Felipe III, tuvo la España una considera-«cion que no tenian los demás pueblos.» (*Ensayo sobre las costumbres*).

jia, y en alguna manera como jurados, pronunciando el hecho de culpabilidad, sin aplicar á él la pena. Y aun en esto mismo, y en la facilidad que podian prestar á los rigores de la Inquisicion, no representaban ni comprometian la Iglesia; y sobre esto llamo muy especialmente la atencion.

La Iglesia tenia una incumbencia especial, una incumbencia que le era realmente propia con respecto á la Inquisicion, y era de recibir las avocaciones de sus sentencias y las evasivas de sus rigores, y de procurarles en su seno maternal el perdon y la libertad. — Roma ha sido el vasto y seguro asilo de los refugiados de la Inquisicion. — Hase observado en los tiempos del mayor rigor desplegado contra los judaizantes [1] y los moriscos, que las personas perseguidas ó amenazadas por las pesquisas de la Inquisicion, se esforzaron en sustraerse á la accion de aquel tribunal. Y para esto ¿qué hacen? ¿qué camino toman? Huyen del territorio español, y se dirigen á Roma. Este hecho parecerá increible, gracias á la prevencion en la cual hemos sido educados contra la Iglesia; y sin embargo nada es mas cierto. El número de causas avocadas de España á Roma es innumerable durante los cinco primeros años de la existencia del tribunal, y Roma propendia siempre al partido de la indulgencia. Hállanse en una sola vez no menos que doscientos cincuenta refugiados españoles convencidos en Roma de haber reincidido en el judaismo. Y sin embargo no se hizo ninguna ejecucion capital. Se les impuso algunas penitencias, y una vez absueltos, quedaron libres de regresar á sus casas, sin la menor marca de ignominia. Esto pasaba en Roma en el año 1498. Yo no sé, dice Balmes, de quién tomamos esta página, si seria posible citar en aquella época un solo culpado que por su recurso á Roma no hubiese mejorado su suerte. La historia de la Inquisicion en aquel tiempo se halla llena de contestaciones sobrevenidas entre los Reyes y los Papas sobre esta materia; y si se atiende al espíritu que domina en todas las instrucciones pontificias relativas á la Inquisicion, si se atiende á la manifiesta inclinacion de los Papas de ponerse al lado de la mansedumbre y á suprimir los signos de ignominia con que se degradaba á los culpables, hay motivo para conjeturar, que si los Papas no hubiesen temido indisponerse

[1] Llamábanse judaizantes los que, despues de haberse convertido al Cristianismo, volvian á caer en sus errores. Contra estos procedia la Inquisicion, no contra los judíos.

con los Reyes, con demasiada violencia, y provocar funestas divisiones, sus medidas benéficas se hubieran extendido á mucho mas. (*Cf.* Adolfo Menzel, *Nueva Historia de los Alemanes*, tomo IV, página 197).

Balmes en las notas de su segundo tomo ofrece documentos curiosos sobre el hecho que estamos exponiendo. Y en ellos se ve que lo que embarazaba sobre todo á los Papas en la accion de su tolerancia, y en los esfuerzos que hacian para inspirarla en el corazon de los Soberanos, es el oponerles estos el temor de que las innovaciones religiosas no produjeran perturbaciones públicas.

Esta razon de Estado, este interés político y social mezquinamente inviscerado en la fe religiosa, daban á esta un carácter, y por decirlo así, un temple mas duro y mas inflexible, y esto instintiva y recíprocamente: la fe autorizándose con el interés social y político, y este interés autorizándose con la fe. Esta fe, extrema, ardiente, vida y alma de todo, no podia ser atacada y ultrajada sin que todo lo fuese, sin que todo se encendiera por un movimiento unánime y espontáneo para repeler el ataque.

La fe católica sola, la inspiracion de la Iglesia, desprendida del interés político y social ha mas bien suavizado que favorecido este movimiento; y la prueba mas notable se halla en este hecho hácia el cual llamamos muy especialmente la atencion del lector, que allí en donde la Iglesia era juez y árbitro del interés político, en su propia casa, en Roma, aunque fuese al propio tiempo el lugar en que la fe debia ser mas intensa, *la Inquisicion no ha pronunciado jamás la ejecucion de una pena capital*, por mas que la Silla apostólica haya sido ocupada durante aquellos tiempos por Papas de una extremada severidad para todo lo concerniente á la administracion civil. En todos los puntos de la Europa los cadalsos castigaban los crímenes contra la religion: en todas partes escenas que contristan el alma; y Roma es una excepcion de esta regla, Roma, á la que se ha querido pintar como un foco de intolerancia y de crueldad. Verdad es que los Papas no han predicado, á la manera de los Protestantes, la tolerancia universal; pero los hechos dicen la distancia que hay de los Papas á los Protestantes. Armados de un tribunal de intolerancia, los Papas no han derramado una gota de sangre; los Protestantes y los Filósofos, con la palabra de tolerancia en los labios, la han derramado á torrentes. Este es el crímen, el doble crímen á que la Escritura

santa llama *hacer que se cueza el cabrito en la leche de su madre.*

Ni puede tampoco ser de otro modo. Echar en cara al Protestantismo su intolerancia, es hacerle un cargo de su existencia misma. *Protestar* y *no tolerar* son sinónimos; y quien dice *protestante* dice *intolerante*. El Protestantismo, como todas las demás cosas, no tiene su razon de ser sino en su objeto; y su objeto es negacion, agresion, destruccion, intolerancia por consiguiente del Catolicismo. El Catolicismo es en sí afirmacion; su razon de ser está en el objeto de esta afirmacion, la verdad católica, en quien y por quien subsiste unánimemente la sociedad de los fieles que le componen. No tiene necesidad de negar ni de protestar para ser; existe en sí mismo y por sí mismo, y esta existencia no es necesariamente incompatible con la coexistencia civil de otras religiones, porque, repito, no tiene necesidad de su exclusion para subsistir. El Protestantismo, al contrario, no siendo mas que protesta, que exclusion, cesa de ser, si cesa de excluir y de protestar. Hay sin duda protestantes cristianos, en quienes el Cristianismo es formal, profundo, eficaz, edificante; así lo reconozco, y me complazco en publicarlo, deplorando el cautiverio de esas almas buenas en el error, y el peligro que puede hacerles correr su oposicion á la verdad entera del Cristianismo, por miedo de que su ceguera no sea invencible. En este sentido parece podria decirse que el Protestantismo es afirmacion, y que subsiste en sí propio como el Cristianismo. Pero no; porque, á diferencia del Catolicismo, no hay union entre los Protestantes en el objeto de su afirmacion y de su creencia, sino únicamente en el de su negacion y de su exclusion. Así que, no se dice la comunion sino *las comuniones* protestantes; lo cual no deja de ser un tanto ridículo, sobre todo cuando se considera la cantidad innumerable de estas comuniones, y la profundidad de las disidencias que las separan. Y siendo por necesidad estas disidencias tan numerosas como estas comuniones, dan á esta última palabra de pluralidad un sentido correspondiente de division por el cual tanto valdria decir las divisiones protestantes como las comuniones protestantes, sobre todo cuando se observa que lo que ha sido, y lo que va siempre en aumento en el Protestantismo no es la comunion, sino las comuniones, ó de otra manera dicho, las divisiones. No hay, pues, union entre los Protestantes en el terreno del Cristianismo, y solo la hay en el del Protestantismo. Y están tan unidos en este

como divididos en aquel. Y como la union es la que constituye la existencia de una sociedad, el Protestantismo no existe sino en cuanto protesta, y existe, y no puede existir sino *protestando*. Este es su nombre, porque esta es su obra, y su única obra. Y sino, ¿qué se propone el Protestantismo en todas partes? ¿á qué tiende? ¿Es tal vez á hacer cristianos? No, sino á deshacer católicos. Para esto todo le es bueno y todo le parece bien. Ha hecho un protestante cuando ha deshecho un católico, cuando le ha vuelto contra la Iglesia, cuando lo ha reclutado para esta conjuracion enemiga, cuyo punto esencial es la intolerancia del Catolicismo, y cuyo espíritu múltiple y dividido al infinito solo sirve para demoler, para negar y para destruir [1].

Á semejanza de aquel espíritu de que se habla en el Evangelio, á quien preguntó Jesucristo: ¿Cuál es tu nombre? el Protestantismo podria responder: *Mi nombre es* Legion, *porque somos muchos*, y porque estoy siempre en guerra.

Así pues, tanto el raciocinio como los hechos, todo refuta la opinion de que nosotros somos deudores al Protestantismo del principio de la tolerancia en la verdadera y genuina acepcion de la palabra. Esta opinion es falsa hasta al antífrasis: tolerar y protestar braman de hallarse juntos: el reinado perfecto de la tolerancia seria para el Protestantismo lo que es la paz para un ejército: seria el acto de despedir las tropas, seria su disolucion.

[1] En la preocupacion exclusiva en que se halla el Protestantismo de destruir el Catolicismo, llega al extremo, como hemos visto recientemente en una obra protestante estimada, de discutir la cuestion acerca si seria un buen medio para conseguir este objeto el destruir al Cristianismo; y si rechaza este medio es porque el echar mano de él seria provechoso al Catolicismo.

CAPÍTULO III.

DEL PROTESTANTISMO CON RESPECTO Á LAS LUCES.

Cuando el Protestantismo apareció, todo cuanto hay de inspirado, de original, de descollante en el arte cristiano, así como en las profundidades sublimes del pensamiento, habia ya visto la luz, y hasta se hallaba en su apogeo. Abiertas estaban las grandes fuentes de la civilizacion cristiana, y manaban como corrientes caudalosas. Nuestras mas valientes y mas puras obras de arquitectura estaban ya en pié dos ó tres siglos habia; y ellas nos dejan formar concepto de cuál era la sociedad que las levantó, porque ellas son esta misma sociedad impresa y en cierta manera petrificada en estos monumentos. Hoy dia en que el gusto, por largo tiempo obcecado, vuelve á abrir los ojos á sus maravillas, y las descubre al través del bárbaro desden con que por tanto tiempo han sido miradas, se las contempla con una curiosidad entusiasta, y en el anonadamiento de la admiracion; y lo que en ellas se admira no es solamente ellas mismas, sino lo mucho que suponen, lo mucho que manifiestan en ciencia, en gusto, en inteligencia, en sentimiento, en cálculo, en delicadeza, en fuerza, en vida, en saber, en razon, no menos que en extension de vuelo y en elevacion de fe, en el mundo que las concibió y que las produjo, y en las cuales vemos, por decirlo así, su propia existencia. Ellas equivalen á una exposicion de todas las artes, de todas las ciencias, y de todas las industrias de aquella época. Ciencia de la construccion, de la estática, de la mecánica, de la óptica, de la acústica, de la metalúrgia, de la química, pintura, música, estatuaria, mosáico, todas las artes, todas las ciencias vienen á reunirse y compendiarse en estas creaciones incomparables, en las cuales, del fondo de los santuarios, enriquecidos con todas las obras maestras de la carpintería, de la cerrajería, de la platería, del esmaltado, del bordado y del ornato de todo género, los cantos eternamente sublimes del *Dies irae*, del *Stabat*, del *Miserere*, del *Te Deum*, de todos los sentimientos de la naturaleza humana en lo que tiene de mas profundo, de mas ele-

vado, de mas patético y de mas candoroso, se arrancan como de un vasto instrumento cuya voz fuese el arco, y resuenan á lo largo de las naves, y bajo las bóvedas magníficamente colocadas y suspendidas por los prodigios de la arquitectura, mágicamente iluminadas por los prodigios de la vidriería y de la pintura, mágicamente animadas por los prodigios de la estatuaria y de la escultura, mágicamente coronadas en fin en lo exterior por torres colosales, por atrevidas agujas, en que la piedra, lanzada para siglos á alturas inconmensurables, álzase para alabar á Dios en la region de los aires. Y todo esto no es mas que la letra y que la forma; porque todas estas maravillas del arte cristiano en todas sus fuerzas y en todas sus delicadezas, nada tienen de imaginario ni de caprichoso, pues son perfectamente amoldadas y dictadas por la idea que fielmente expresan. Son verdaderos poemas, epopeyas inmensas que cantan la gloria de Jesucristo, como los cielos refieren la gloria del Criador, y que parecen reproducir el milagro de su encarnacion, presentándonos la materia en todos sus elementos, y la naturaleza en todos sus reinos, informadas, cristianizadas por el soplo del genio de la fe. Ellas son al mismo tiempo tratados profundos de teología histórica, dogmática y moral, en las que la ciencia sagrada exposita de la manera mas minuciosa, mas completa y mas fiel toda la síntesis de las verdades que unen el mundo natural con el mundo sobrenatural. Con una de nuestras catedrales se podria hacer un curso enciclopédico de todas las artes, de todas las ciencias físicas y metafísicas, de todos los conocimientos divinos y humanos; y el colmo de las luces de nuestra época consiste en estudiarlas, en comprenderlas, en restaurarlas, sin poder llegar hasta á reproducirlas, á crearlas de nuevo, hasta á aceptar el reto que ellas parecen echar á nuestra industria rastrera.

Por el mismo tiempo escribia san Anselmo meditaciones filosóficas, á cuya profundidad y plenitud de doctrina no ha alcanzado Descartes, y de las cuales ha tomado las que forman su gloria: san Bernardo removia la Europa á los acentos inspirados de su elocuencia, y la encantaba con la dulzura y la delicadeza incomparable de sus escritos: san Buenaventura enlazaba maravillosamente la mística y la escolástica en una direccion práctica, sellaba la concordancia de todas las ciencias con la teología en su *Reductio artium liberalium ad Theologiam*, y merecia de la admiracion de sus contemporáneos el sobrenombre de *Doctor seráfico*, que será

confirmado por todos cuantos tienen derecho á ser jueces en el tribunal de la filosofía: su discípulo Gerson, ó Kempis trazaba en el profundo retiro de la humildad *el mas bello libro que haya salido de la mano de los hombres*, para ilustrarlos y consolarlos; y santo Tomás levantaba su grande Suma, su Suma contra los Gentiles, su pequeña Suma, sus Cuestiones, sus Tratados de toda especie, en los cuales el ingenio humano parece haber tomado las alas del Ángel para abismarse en las misteriosas profundidades de las cosas divinas y humanas, y hacer penetrar en ellas una claridad inmortal.

Á la idea del arte cristiano, propiamente dicho, habia venido á juntarse un ilustrado renacimiento á las letras, al arte y á la erudicion antiguas. Á Dante, poeta creador no menos que profundo teólogo, prendado á un tiempo de Virgilio y de Beatriz, habian sucedido Petrarca, el Taso, el Ariosto; tras las huellas de Giotto, de Massacio y de Fiésolo, avanzaban Miguel Ángel, Rafael, Corregio, el Ticiano, y todos los grandes maestros de la pintura; á la escolástica y á la mística puras de san Buenaventura, de Gerson y de santo Tomás, venian á unirse la erudicion clásica de Roberto Agrícola, cuya influencia sobre la cultura científica de la Alemania meridional fue tan considerable, de Luis Vives en España, de Guillermo Budeo en Francia, de Pico de la Mirándula en Italia, de Fisher, de John Colet, de Lilly en Inglaterra, todos hijos sumisos y piadosos de la Iglesia. Ya el monje Bacon *(Doctor admirabilis)* y Gerberto, elevado á Papa bajo el nombre de Silvestre II, habian abierto la senda á los grandes descubrimientos científicos; y la Iglesia fue la primera que acogió estos descubrimientos apenas nacidos, y que los engrandeció y los consagró, poniéndolos al servicio de la fe. «En Italia, Roma fue «la primera, dice un historiador protestante, en acoger la nueva «invencion de la Alemania (la imprenta); y los Papas contribuye«ron poderosamente en extender la ciencia y la civilizacion, por «el favor que dispensaron á este maravilloso descubrimiento de «los tiempos modernos.» (M. de Wessenberg. *Historia de los Concilios*, tomo II, pág. 544). En cuanto á la brújula, sabe todo el mundo que fueron velas españolas y portuguesas, es decir, eminentemente católicas, las primeras que la tomaron por guia sobre los mares, y que navegaron hácia nuevos mundos.

Una de las causas que mas contribuyeron al desarrollo de la in-

teligencia humana fue la creacion de estos grandes centros de enseñanza, en los que se reunia lo mas ilustre de la ciencia y del talento, y á donde corria á abrevarse la juventud. Esta institucion, pues, es exclusivamente católica. La mayor parte de las universidades de Europa se hallaban fundadas mucho tiempo antes del Protestantismo por los Papas, ó bajo la influencia de los Papas, que intervenian en sus fundaciones, les concedian privilegios, y las honraban con inminentes distinciones. Así fueron establecidas la universidad de Oxford en 895; la de Cambridge en 915; la de Padua en 1179; la de Salamanca en 1200; la de Aberdeen en 1213; la de Viena en 1237; la de Montpeller en 1289; la de Coimbra en 1290; la de Perusa en 1305; la de Heidelberg en 1346; la de Praga en 1348; la de Colonia en 1358; la de Turin en 1405; la de Leipzig en 1408; la de Ingolstadt en 1410; la de Lovaina en 1425; la de Glascow en 1453; la de Pisa en 1471; la de Copenhague en 1498; la de Alcalá en 1517. Inútil seria recordar la antigüedad de las de París, de Bolonia, de Ferrara y gran número de otras que se habian adquirido ya la mayor celebridad mucho tiempo antes de la aparicion del Protestantismo.

No hay ciencia, hasta la filosófica y la exegética aplicada á los libros santos, á la reproduccion de los textos, á la propagacion de las traducciones, que la Iglesia no haya sido la primera en instalar y fomentar dos siglos antes que el Protestantismo se arrogase este honor. En el concilio de Viena (en el Delfinado) celebrado por Clemente V en 1311 se decidió que se fundarian cátedras en Roma, en París, en Oxford, en Bolonia, en Salamanca, para la enseñanza del griego, del hebreo, del árabe y del caldeo; formáronse distinguidos orientalistas, publicáronse Biblias poliglotas, se repartieron numerosas traducciones [1], é interpretaciones históricas, gramaticales y literales abrieron un ancho campo al ejercicio del pensamiento y á la libertad del exámen, que solo quedó para el Protestantismo la licencia; y que el Catolicismo pu-

[1] Desde los siglos XII y XIII el pueblo leia los principales libros de la Escritura en traducciones aprobadas. En Francia, en Inglaterra, en Italia y en Alemania, vino la imprenta á prestar su poderoso concurso para satisfacer las demandas siempre crecientes de los pueblos. En la sola Alemania, entre el año 1460 y el momento en que pareció Lutero, no menos de *catorce* ediciones de la Biblia se habian publicado en el dialecto alto aleman, y otras *seis* en el de la baja Alemania. En verdad, ¿no es el exceso, mas bien que la falta lo que habria que arrostrar á la Iglesia?

do ya que no incurrir en la inculpacion de haberle prestado el motivo, á lo menos sentir el dolor de haberle proporcionado los medios, como lo expresa aquel dicho del tiempo sobre Nicolao de Lyra, célebre profesor de teología en la universidad de París. *Si Lyra non lyrasset; Lutherus non saltasset* [1].

¿Y cómo á presencia de unos hechos tan brillantes y universales, que atestiguan que nunca el trabajo del espíritu humano fue mas grande, mas general, y al propio tiempo mas alentado, mas excitado por la Iglesia, ha habido osadía para decir, y se ha llégado á hacer creer que Roma abrigaba el designio de ahogar las luces y de retener los pueblos en la ignorancia? ¡Cuánta dispo-

[1] «Los Protestantes, dice un sábio modesto, quisieran hacerse pasar por «haber sido los restauradores de la lengua hebrea en Europa; mas preciso es «que reconozcan que, en esta parte, si saben algo, son deudores de ello á los «Católicos, que han sido sus maestros, y las fuentes de donde hoy deriva todo «lo mejor y lo mas útil que tenemos en punto á lenguas orientales. Juan Rech«lin, que pasó la mayor parte de su vida en el siglo XV, era ciertamente ca«tólico, y fue tambien uno de los mas hábiles en la lengua hebrea, y el pri«mero de los Cristianos que la redujo á arte. Juan Weissel de Groningue le «habia enseñado los elementos de esta lengua, y él mismo tuvo discípulos en «quienes habia dispertado el amor hácia aquel estudio. Asimismo por el au«xilio de Pico de la Mirandola, que estaba verdaderamente unido á la comu«nion de la Iglesia romana, el ardor para con el hebreo se animó en el Occi«dente. Los herejes del tiempo del concilio de Trento, que sabian esta lengua, «la habian aprendido la mayor parte en el seno de la Iglesia que habian aban«donado; y sus vanas sutilezas sobre los sentidos del texto excitaron á los ver«daderos fieles á profundizar mas y mas una lengua, que tanto podia contri«buir á su propio triunfo y á la derrota de sus enemigos. Estas miras ocuparon «de otra parte el ánimo de Clemente V, el cual, desde el principio del siglo XIV «habia mandado que el griego y el hebreo, y hasta el árabe y el caldeo, se en«señasen públicamente para la instruccion de los extranjeros en Roma, en «París, en Oxford, en Bolonia y en Salamanca. Pues el objeto de este Papa, «que tan bien conocia las ventajas de los estudios hechos con solidez, era el «producir para la Iglesia, por medio del estudio de las lenguas, mayor número «de luces propias para ilustrarla, y doctores capaces de defenderla contra todo «error extraño. Era su particular designio que el conocimiento de las lenguas, «y sobre todo el del hebreo, renovase el estudio de los Libros santos; que es«tos, leidos en sus fuentes pareciesen aun mas dignos del espíritu que los ha«bia dictado, que conocida de mas cerca su sencilla majestad les hiciesen mas «venerables, y que sin perder nada del respeto debido á la version latina, pu«diese percibirse que el conocimiento del texto original era todavía mas útil «á la Iglesia para apoyar la solidez de su fe, y cerrar la boca á la herejía.» (El abate Gouget, *Discurso sobre la renovacion de los Estudios, y principalmente de los estudios eclesiásticos desde el siglo XIV*, pág. 73).

sicion de espíritus prevenidos, hasta el extremo de la mas obcecada credulidad, no ha sido necesario introducir y mantener en los ánimos para llegar á imbuirles la paradoja de que el Protestantismo ha venido á encender en Europa la antorcha de los buenos estudios! Al favor de esta prevencion, un escritor apreciable, si se quiere, y nos complacemos siempre en creerlo así, porque los Protestantes afectan llamar católico, cuando ni aun era cristiano, impelido y patrocinado por el partido, Cárlos de Williers, se propuso en 1802 sostener delante del Instituto la apuesta de que la Iglesia habia sido la enemiga declarada de las luces, y que solo el Protestantismo habia venido á enriquecer al espíritu humano. Semejante apuesta podia sostenerla con seguridad en cuanto al premio del Instituto; pero en cuanto al ilustrado criterio de sus lectores, no puede darse otra de mas desgraciada, y que por el completo vacío de hechos y de pruebas, encubierto con la ligereza y vulgaridad de las declamaciones, manifieste mayor miseria é impotencia. ¿Es concebible que en un juicio, que se llama *filosófico*, es decir, cuando menos, verídico y con los informes suficientes, se escriban, se impriman y se reimpriman hasta verlo nosotros frases como estas: «La Iglesia mantenia cuidadosamente las «naciones envueltas en una ignorancia amiga de la supersticion: «habíase hecho el estudio inaccesible á los láicos, en cuanto po- «sible fuese; *el de las lenguas antiguas era mirado como una monstruo- «sidad, una idolatría:* la lectura de las santas Escrituras, este patri- «monio sagrado de todos los Cristianos estaba severamente pro- «hibido, etc.?» Todo el libro está escrito bajo ese tono hinchado y falso, es un continuo escarnio de los hechos. Parécenos que al investigar las causas del progreso de las luces, no deberia empezarse por apagar la de la verdad. «Todas estas rapsodias sobre la «oscuridad de aquellos tiempos (dice un sábio protestante) se nos «han hecho tan habituales, que no chocaria tanto como el probar «que dos y dos hacen cinco, como el negar las *profundas tinieblas «de la edad media.* Y con todo estas tinieblas se dejan hendir y ras- «gar muy fácilmente.» (Daniel, *la Biblia en la edad media*, capítulo VIII, pág. 73).

«Cual si la Providencia hubiese querido confundir á los futuros «calumniadores, dice Balmes, apareció el Protestantismo preci- «samente en la época, en que bajo la proteccion de un gran Papa, «se desplegaba el mas vivo movimiento en las ciencias, en las le-

«tras y en las artes. La posteridad, que juzgará imparcialmente «nuestras disputas, pronunciará, á no dudarlo, un fallo muy se- «vero contra los pretendidos filósofos que se empeñan en encon- «trar en la historia pruebas irrefragables de que el Catolicismo «embarazaba la marcha del entendimiento humano, y de que los «progresos de las ciencias fueron debidos al grito de libertad le- «vantado en el centro de Alemania. Sí: á los hombres juiciosos «de los siglos venideros, como tambien del presente, les bastará «para fallar con acierto el recordar que Lutero comenzó á propa- «lar sus errores *en el siglo de Leon X.*

Las ciencias y las artes, en todas sus direcciones, divinas y humanas, ó lo que se llama *las luces,* habian, pues, tenido su aparicion y tomado su vuelo antes del Protestantismo; ellas habian producido ó estaban produciendo sus grandes descubrimientos y sus obras maestras inmortales bajo la inspiracion y el alto patrocinio de la Iglesia. La colmena católica de la civilizacion estaba en plena fermentacion, y sus maravillosos enjambres llenaban el mundo con la misteriosa armonía de su zumbido, cuando sobrevino el Protestantismo.

¿Qué parte tiene que reivindicar en esta grande elaboracion del ingenio humano? Cronológicamente, ninguna: esto es manifiesto. Pero ¿vino á lo menos á juntarse á ella, trayéndole nuevas condiciones que han podido favorecer el desarrollo de la civilizacion? Esto es lo que hemos de examinar.

Bastaba, por de pronto, que la civilizacion intelectual en todas sus obras científicas, artísticas y literarias fuese hija de la Iglesia, y se emplease en defenderla ó embellecerla, para que el Protestantismo la confundiese con la madre en sus anatemas. El punto de partida del Protestantismo fue hasta la inculpacion hecha á la Iglesia de corrupcion, á consecuencia del excesivo favor que dispensaba á las letras y á las bellas artes, y el abuso de las indulgencias por las cuales Roma convocaba el mundo católico para que cooperase á la ereccion de un templo que debia reasumir la fe y la civilizacion del universo, como el Capitolio compendiaba en otro tiempo su error y su servidumbre.

Por el hecho, el primer grito, el primer acto del Protestantismo fue un grito prolongado, un grande acto de vandalismo. ¡Fuera culto sensible! ¡Anatema al arte en su mas natural, en su mas elevado, en su mas puro destino! ¡Anatema á la soledad y á la vida

evangélica del claustro, tan favorable á las grandes meditaciones y á los sublimes partos del pensamiento! La devastacion de los conventos, la destruccion de las basílicas y de los monasterios, la proscripcion de las pompas religiosas, bajo el nombre de idolatría, es decir, de la elocuencia, de la música, de la pintura, de la escultura, de la arquitectura; la profanacion de los santuarios, el saqueo y la secularizacion de todos los tesoros espirituales y materiales con que la vida religiosa alimentaba y vivificaba el mundo [1], y este mismo mundo transformado por siglos en un campo de disputa y de carnicería: hé aquí la obra del Protestantismo.

El Protestantismo, rompiendo con la tradicion, repudió hasta la herencia de la civilizacion, acumulada por los siglos anteriores. Rompiendo con la autoridad y con la unidad, repudió el asiento y la condicion primera de la verdad, de su concentracion, y de su expansion en el mundo. Rompiendo, por fin, con la creencia en el milagro eucarístico de la caridad infinita de Dios, agotó la fuente de todos los milagros del corazon, de donde vienen así los grandes pensamientos del genio, como los sacrificios heróicos de la virtud.

Todo lo redujo, todo lo sacrificó á dos cosas, la *Escritura* y la *razon individual;* y estas dos cosas las limitó y las arruinó la una por la otra.

Esto merece la mas atenta observacion, porque es el punto cardinal de la verdad acerca el Protestantismo.

Lo repito: el Protestantismo todo lo ha derribado para no dejar subsistir sino dos cosas, la Escritura y la razon privada.

Y añado, que despues de haberlo sacrificado todo á la Escritura y á la razon privada, ha sacrificado la razon á la Escritura, y la Escritura á la razon.

[1] Esto hacia decir á Cárlos V que Enrique VIII habia muerto á la *gallina de los huevos de oro.* Imágen muy exacta de la vida religiosa y de la fecundidad de lo que se ha convenido en llamar su *holganza.* — Y es tan sensible esta verdad, que ha llegado á percibirse últimamente al través de las prevenciones protestantes, de una manera digna de notarse. A la fin del año 1849 la universidad de Cambridge tuvo una conferencia compuesta de clérigos anglicanos y de graduados en vísperas de serlo, en la cual se tomó la resolucion siguiente: «La «supresion de los monasterios por Enrique VIII fue para la nacion *una espan-* «*tosa calamidad;* y las actuales circunstancias exigen imperiosamente el res- «tablecimiento de instituciones análogas entre nosotros.» (Véase el *Tiempo* y los demás periódicos ingleses de aquella época).

Su primer grito fue la Escritura, ¡nada mas que la Escritura! Á este grito ha echado por tierra el edificio de la civilizacion católica donde quiera ha tenido poder para hacerlo. Sus templos vacíos y desnudos, no presentando mas que un libro por toda significacion, son la fiel expresion del vacío que dejó en el templo intelectual de la razon humana, de la cual ha excluido igualmente toda luz, todo otro elemento de actividad fuera de la Escritura. Si el Protestantismo hubiese triunfado enteramente, el mundo seria como un templo protestante. Ved ahí con toda verdad la influencia del Protestantismo: á tal estado dejó reducida la razon humana.

Y además, despues de haber limitado la razon á esta Escritura, añado yo que ha limitado esta Escritura á la razon, es decir, quitándole todo cuanto es sobreracional, todo lo que constituye su infinidad, su divinidad, para reducirla á la inteligibilidad, es decir, al naturalismo de la razon humana, lo cual era matemáticamente necesario.

Hé aquí, pues, como el Protestantismo, despues de haber reducido la razon humana á la sola Escritura, reduce la Escritura á la sola razon. ¡Y á este encogimiento, á este ahogamiento, á esta consuncion recíproca se la ha decorado con el bello nombre de emancipacion del espíritu humano! ¿Y no hay como un castigo del cielo en esta tergiversacion del lenguaje, por la cual el error se engaña á sí propio y no se sabe reconocer?

Pero no para aquí: estos dos esqueletos, estos dos fantasmas de Escritura y de razon no pueden subsistir en tal estado: van á desaparecer, y por esto los vemos completamente aniquilarse el uno por el otro en el seno del Protestantismo.

El principal uso que el *libre exámen* protestante ha hecho de la Escritura, ha sido el sacar de ella la doctrina del *siervo-arbitrio*, es decir, de la negacion de toda espontaneidad, de toda actividad libre en el hombre. Por un justo castigo, la Escritura, que la razon protestante ha querido volver contra la autoridad de la Iglesia, de quien la tenemos, ha estallado en sus manos como una arma parricida, y la primera víctima de su explosion ha sido la libertad humana, no solamente en la accion, sino hasta en su principio. Esta libertad desnaturalizada queda desde luego castigada de haber roto el yugo libertador del Catolicismo, cayendo bajo el aterrante yugo del Fatalismo, y esto por el medio mismo y por el

instrumento de su rebelion, que es la Escritura. El Catolicismo, se decia, impide el libre desarrollo de la actividad humana; le pone frenos y barreras que no le permiten hacer lo que quiere; y hé aquí que el emancipador de esta autoridad verdaderamente liberal de la Iglesia, que por primer fruto de esta manumision proclama la servidumbre, la anihilacion de la voluntad y de la libertad humana, el *siervo*, el *no arbitrio*. ¡Qué leccion! ¡Y qué prodigio el que esta leccion pase desapercibida y sin sentirse!

Y al propio tiempo he dicho que la Escritura, desasida de la Iglesia, mata de este modo la razon que la invoca, queda ella muerta por esta misma razon.

Esta santa Escritura, en efecto, objeto de un culto tan fanático para el Protestantismo, que le ha hecho servir de texto para tantas locuras sacrílegas, al paso que ha sido siempre venerada, siempre predicada, siempre presentada al respeto y á la fe del mundo por la Iglesia católica, sabemos lo que ha venido a ser bajo la accion deletérea de la exégesis protestante, habiendo toda la Alemania llegado mas ó menos hoy dia á este sepulcro de la Escritura, cuya piedra ha levantado Strauss. Pero lo que no tan comunmente se sabe es, que desde el orígen del Protestantismo, y el mismo Lutero, la Escritura no quedó menos sacrificada é insultada. Desde luego se recortaron de ella los libros de Judith, de Tobías, del Eclesiástico, de los Proverbios y de los Macabeos. Despues de esta depuracion del rigorismo protestante, parece que lo restante de las Escrituras debia ser mas sagrado: que el *Pentateuco*, base de todo el edificio histórico de la religion; que el *Eclesiastés*, inspirado por la misma sabiduría; que los *Evangelios*, que son como el foco de la fe cristiana; que las *Epístolas*, que son como su irradiacion; que el *Apocalipsis*, en fin, arsenal de todas las maldiciones arrojadas por la herejía contra la Iglesia católica, debian ser tenidos por verdaderos, por santos, por la palabra misma de Dios. Escuchad, pues, cómo habla de estos libros, no Strauss, sino Lutero. — Sobre el *Pentateuco*: «Nosotros no quere-«mos ver ni escuchar á Moisés. Dejémosle, pues, á los Judíos para «que les sirva de *espejo de los Sajones*, sin que nos sirva de emba-«razo. Moisés es el jefe de todos los verdugos; nadie le gana cuan-«do se trata de aterrar, de torturar, de tiranizar.» — Sobre el *Eclesiastés*: «Este libro es truncado: no tiene botas ni espuelas; va «montado en alpargatas puramente como yo, cuando era fraile.»

ST. ALBERT'S COLLEGE LIBRARY

—Sobre los *Evangelios:* «El evangelio de san Juan es el *solo* ver-«daderamente tierno, el *solo verdadero* Evangelio, pues los otros «tres han hablado mucho mas de las obras del Señor, que de sus «palabras [1]. Las Epístolas de san Pedro y de san Pablo son *supe-«riores* á los otros tres Evangelios.» —Sobre las *Epístolas:* «La «epístola de san Jaime es una verdadera epístola de paja, en com-«paracion de las epístolas de san Pablo; y en cuanto á la epístola «á los Hebreos del mismo san Pablo, no debemos pararnos, si en-«contramos por el camino un poco de leña, de heno y de paja.» —Sobre el *Apocalipsis*: «Piense de él cada uno lo que le dicte su «espíritu: en cuanto á mí sé decir que mi espíritu lo repugna, y «*esto me basta* para desecharlo [2].»

Así, pues, no solamente interpretar cada cual segun su espíritu, sino desechar las santas Escrituras, por poco que repugne á ellas el espíritu; tratarlas con la mas grosera y con la mas sacrílega indignidad, ved ahí lo que desde su nacimiento y en el mismo Lutero ha hecho el Protestantismo de las santas Escrituras, despues de haber sacrificado á ellas todo lo demás, y hasta la razon misma que tan indignamente las trata.

No sin razon he dicho, pues, que por la doctrina protestante del siervo-arbitrio la Escritura ha herido de muerte el principio mismo de la libertad humana; y que por la doctrina del libre exámen la libertad humana ha herido de muerte la Escritura; y estos dos solos elementos, á los cuales, repito, se habia reducido el movimiento general de actividad intelectual, la Escritura y la razon, ejecutan el decreto de la celeste Justicia destruyéndose mútuamente en el seno del Protestantismo, el cual no es tampoco sino negacion total, noche profunda, en cuyo seno aparecen y desaparecen, bajo mil mudables formas, fantasmas de doctrina, en quienes la Escritura y la razon continúan en repelerse y chocar entre sí hasta en sus últimos restos, para eterno suplicio del espíritu de rebelion y de error.

Si el Protestantismo, pues, se constituyó, fue por la exclusion de toda actividad fecunda y civilizadora, y concentrando la del

[1] Este motivo de exclusion es muy notable, y caracteriza al Protestantismo.

[2] Citado por Alzog, *Historia universal de la Iglesia*, tomo III, pág. 368.—Inútil es, despues de esto, el procurar conocer el sentir de Lutero sobre los Padres: «*Todos* los Padres, dice, han errado en la fe; y si no se arrepintieron «antes de morir, son condenados por la eternidad...»

espíritu humano en este duelo á muerte entre la Escritura y la razon.

Se ha arrostrado al Catolicismo como un crímen de leso-progreso de las luces, el haber formado causa á Galileo y á su sistema astronómico, en nombre de la *Escritura*, que parecia condenarlo; y el Protestantismo se ha prevalecido de todas las calumnias que sobre el particular se han esparcido. Mas, aun cuando el hecho fuese cierto con todos los caractéres odiosos que se le atribuyen, no crea poder prevalerse de él el Protestantismo; porque este proceso que accidentalmente y por una muy excusable equivocacion hubiese formado el Santo Oficio á Galileo, el Protestantismo lo ha formado en nombre de la *Escritura* á la civilizacion entera, bajo el nombre de idolatría. La destruccion de las basílicas y de los monasterios, esto es, de todas las obras maestras, de todos los santuarios de las artes y de las ciencias, no menos que de la fe y de la piedad, y la proscripcion sistemática, la condenacion fanática de todo culto sensible, de toda expresion elevada y creadora del pensamiento y del sentimiento religioso, como contrario á la *Escritura*, y esta *Escritura* sola, transformada en manos de las sectas protestantes como el Coran de un nuevo Islanismo, ¡distan ciertamente mucho de este desgraciado proceso de Galileo, del cual tanto cacarea el Protestantismo!

Este proceso es la única cosa opuesta á la ciencia que se pueda levantar contra el Catolicismo, y esta cosa es una calumnia. La verdad ha por fin penetrado por entre el tumulto filosófico que se procuraba rodear esta cuestion, y en el dia sabe todo el mundo el concepto que debe formar de este suplicio de Galileo, de esta *prision perpétua* [1], de este calabozo horrible en donde se representa al genio cargado de cadenas, trazando sobre las húmedas paredes que lo encierran el sistema astronómico del universo. La buena fe de los Protestantes, los amigos de Galileo, Galileo mismo es quien va á informarnos sobre este particular:

«Al escuchar los patéticos relatos y las repetidas reflexiones so-«bre este asunto que se leen en mil obras, — escribia ya en 1784 «el protestante genovés Mallet du Pan, — el físico toscano fue sa-«crificado á la barbarie de su siglo, y á la inepcia de la corte de «Roma; la crueldad se mancomunó con la ignorancia para sofo-«car al físico en su cuna, y no era dado á los inquisidores que

[1] Carlos de Villers.

«una verdad fundamental de la astronomía fuese sepultada en el «calabozo de su primer demostrador.

«Esta opinion es un cuento. Galileo no fue perseguido como «buen astrónomo, sino en calidad de mal teólogo. Se le hubiera «dejado tranquilamente que hiciese caminar la tierra, si no se hu- «biese metido á explicar la Biblia. Sus descubrimientos le dieron «enemigos; pero solo sus controversias le dieron jueces, y su pe- «tulancia amargas pesadumbres. Si esta verdad es una paradoja, «esta paradoja tiene por autor al mismo Galileo, en sus cartas ma- «nuscritas; á Guichardin y al marqués Nicolini, embajadores de «los grandes duques en Roma, y los dos, así como los Médicis, «protectores, discípulos y celosos amigos del imperioso filósofo. En «cuanto á los *bárbaros* de aquella época, los *bárbaros* eran el Taso, «el Ariosto, Maquiavelo, Bembo, Torricelli, Guichardin, fra Pao- «lo, etc. [1].»

Resulta de la correspondencia de Guichardin, que lo que motivó la cuestion fue la pretension del mismo Galileo en apoyar su sistema sobre la Biblia, y en querer que fuese no solamente un artículo de ciencia, sino en cierto modo un artículo de fe. «*Exigió*, «dice Guichardin en sus despachos oficiales, de 4 de marzo de «1616, que el Papa y el Santo Oficio declarasen el sistema de Co- «pérnico *fundado sobre la Biblia*... Galileo, añade, pone en todo «esto un empeño extraordinario, y hace mas caso de su opinion «que de la de sus amigos, etc.» Aquí teneis, pues, las causas de la condenacion de Galileo. Veamos ahora, en cuanto á su suplicio, cómo lo refiere él mismo:

«El Papa me creia digno de su estimacion... Fuí alojado en el «delicioso palacio de la Trinidad del Monte... Cuando llegué al

[1] *Mercurio de Francia*, tomo III, pág. 141, julio de 1784. — La cuestion ha sido ilustrada en el mismo sentido por otro escritor protestante sir David Brewster, miembro de la Academia real de Lóndres, en un libro titulado: los *Mártires de la ciencia*. — Pero sobre todo quien ha tomado otra vez, profundizado y definitivamente trazado este asunto ha sido nuestro ilustre amigo el Sr. Conde Alfredo de Falloux, con aquel discernimiento franco é inteligente que no disimula, no diré ningun hecho, sino ninguna razon, ninguna consideracion favorable á sus adversarios, con tal que sea verdadera, y que busca en esta sinceridad de no olvidar lo mas minucioso la autoridad de la imparcialidad en favor de la última conclusion: de modo que confunde la rectitud de la conciencia con la destreza del raciocinio. (Véase la *Biografía de Galileo* por el señor de Falloux en la coleccion del *Correspondiente*, n.° de 29 noviembre de 1847).

«Santo Oficio, dos jacobinos me invitaron con la mayor urbani-«dad á hacer mi apología... Yo estaba obligado á retractar mi opi-«nion, como buen católico. Para castigarme, se me prohibieron «los diálogos, y se me despidió despues de cinco meses de per-«manencia en Roma. Como la peste reinaba en Florencia, se me «destinó por habitacion el palacio de mi mejor amigo, monseñor «Piccolomini, arzobispo de Sena, en donde he gozado de pleno «sosiego: hoy me encuentro en mi campiña de Arcetra, en donde «respiro un aire puro, cerca de mi querida patria.» *(Carta de Galileo al P. Receneri, su discípulo).*

Tal es la verdad acerca el suplicio de Galileo, y acerca las causas de su condenacion.

Pero falta ahora, ya lo sé, esta condena misma, en la que positivamente Galileo fue condenado por haber sostenido, contra la Escritura, que el sol está inmóvil en el centro del universo, y que la tierra se mueve á su alrededor; proposicion que fue declarada *formalmente herética* en su primera parte, y á lo menos *errónea segun la fe* en su segunda.

Mas, el tribunal del Santo Oficio, que pronunció esta condena, no era ni jamás ha sido respetado por infalible. Engañóse una vez, diez veces, si se quiere; pero así se engañan tambien á menudo los mas graves y los mas sábios tribunales de justicia. El tribunal del Santo Oficio no representaba absolutamente el Catolicismo, no digo ya en su infalibilidad, cuya sede y órgano son únicamente los concilios ecuménicos y el Papa pronunciando *ex cathedra*, pero ni en su espíritu, ni en su clero, ni en su opinion general. El clero estaba vivamente dividido sobre el sistema de Galileo. Émulos, despechos, rivalidades, y todas las pasiones mezquinas que, á nuestros mismos ojos hacen mover los resortes de la intriga bajo el manto de la severidad académica de los cuerpos sábios, en una palabra, la naturaleza humana existia con sus debilidades y sus miserias en el tiempo de Galileo como en el nuestro; y si Galileo mismo no hubiese sido el primero en pagarle el tributo empezando por su arrebato de furia, y despues siguiendo por su debilidad; es probable, como nos lo dicen sus amigos, que no hubiera llegado á ser su víctima. Dominicos y Jesuitas le acusaron, pero Jesuitas y Dominicos le defendieron; prelados numerosos y eminentes le protegieron; Papas hubo que adoptaron su sistema, ó mas bien el sistema de Copérnico, sacerdote católico, que ha-

bia sido el primero en sostenerlo, dedicando su exposicion al papa Paulo III, con grande admiracion del cardenal Schomberg y del obispo de Culm, que alentaron su publicacion, y del obispo de Emersland, el cual habia erigido un monumento para perpetuar la memoria de este descubrimiento brillante. Galileo pudo propagar desde luego este sistema con una entera tolerancia, ó mas bien con el favor de la admiracion, ó mejor diria entusiasmo que suscitaron en toda la Italia sus invenciones astronómicas. Y mucho mas aun: en el año mismo en que empezaron las persecuciones que se atrajo, en 1615, y despues en 1622, apologías de su persona y tratados de su sistema salieron espléndidamente del fondo de los monasterios, bajo el patrocinio de Cardenales y de Generales de Órden, y con aprobacion de la autoridad eclesiástica; en fin, en 1624, en el tiempo mismo en que mas abuso hacia de tan generoso concurso, fue recibido, abrazado, festejado, pensionado por el papa Urbano VIII, con la sola condicion de ser mas circunspecto en la exposicion de su sistema, en vista de la herejía que lo convertia entonces en una arma contra la Iglesia. «La pen-«sion concedida por Urbano, dice sir David Brewster, no era una «de aquellas recompensas que los soberanos dispensan alguna «vez á los servicios de sus súbditos. Galileo era extranjero en «Roma, y el soberano de los Estados de la Iglesia no tenia con él «la menor obligacion. Así pues debemos mirar esta pension como «una dádiva del Pontífice romano hecha á la misma ciencia, y co-«mo una declaracion al mundo cristiano que la Religion no tenia «envidia de la filosofía, y que la Iglesia romana respetaba y ali-«mentaba donde quiera el ingenio humano.» (*Los Mártires de la ciencia*, por sir David Brewster).

Tenemos ya esta cuestion del proceso de Galileo medio ilustrada; y si lo fuese completamente, viérase salir, depurado de los nublados de la prevencion y del error sistemático que nos lo desfiguran un siglo hace, el noble y majestuoso semblante de la Iglesia, admirada de causar miedo á la ciencia que ella amamantó en su cuna, y de no ser reconocida como madre suya por hijos engañados.

Este mismo espíritu de prevencion y de error, que bajo el nombre de luces se ha empeñado en derramar las negras sombras de la calumnia sobre el carácter divino de la Iglesia, ha sabido disimular muy bien bajo un velo oscuro y silencioso la realidad de

las faltas en que estaba interesado el honor del Protestantismo.

Así, merced á ese criminal artificio, todo el mundo cree saber que la Iglesia ha perseguido á Galileo, y que para este grande hombre, y para la ciencia que él representaba no ha tenido sino cadenas y cási una hoguera; y todo el mundo ignora que un hombre, mas grande aun que Galileo, fue realmente perseguido por la ciencia, por la misma ciencia, por el mismo sistema; que en una palabra el verdadero romance de Galileo existe; tan solo hay que cambiar dos palabras: en lugar del Catolicismo, poned el Protestantismo, y en lugar de Galileo poned á Keplero; — añadid que, en su persecucion, fue acogido por los Jesuitas.

«Este hombre admirable, dice su biógrafo, que descubrió las «leyes del mundo planetario, nació en Weil, ciudad de la Suabia. «Los teólogos de Tubingen condenaron su descubrimiento, por- «que la Biblia enseña, decian, que el sol gira al rededor de la «tierra. Keplero queria ya destruir su obra, cuando se le ofreció «un asilo en Grætz, desde donde fue llamado despues á la corte «de Rodolfo. Los Jesuitas, mejores apreciadores de su mérito, le «toleraron, aunque no ocultase jamás su luteranismo. Entonces «se contentaron sus enemigos con perseguirle en secreto; y su ma- «dre, que se vió acusada de sortilegio, pudo apenas escapar de la «hoguera.» (El baron de Breitschwerdt, *Vida é influencia de Kepler, sacada de nuevas fuentes originales;* Stuttg. 1831. *Cf.* A. Menzel, tomo V, pág. 117-126).

La conducta del Protestantismo con respecto á Keplero y su madre no fue mas que la aplicacion, mas ruidosa por el grande nombre de Keplero, de su proceder ordinario. Siendo la Biblia la sola y única regla de la doctrina religiosa, todo lo que parecia separarse de ella era bruscamente perseguido; y en cuanto á la locura y á la inhumanidad de los procesos de sortilegio y de mágia que han descarriado tantos espíritus, y retardado el movimiento de la ciencia, á menudo implicada en tales procesos, bueno es que se sepa por fin que es el Catolicismo, que son los *Jesuitas* los *primeros* que se han levantado con mas fuerza contra estas barbaries, y que los doctores protestantes son los *últimos* que las han sostenido y profesado.

No creemos se nos niegue la justicia de observar que tenemos la costumbre de apoyar cada una de nuestras aserciones sobre hechos precisos, de lo cual se han dispensado por lo comun los

adversarios de la Iglesia, y continúan usando de esta dispensa. Por lo que hace á nosotros, no tenemos todavía crédito bastante: debemos probar; probemos pues.

Desde 1593 el católico Corn. Loos, de Mayencia, tuvo el valor de protestar contra los errores vulgares en materias de hechicería. En 1632 el jesuita Tanner, y en 1635 el P. Federico Spé, lucharon con energía y feliz éxito contra los mismos desvaríos, é hicieron ante los soberanos de la Germania el proceso en forma á tan odiosos como salvajes procedimientos [1]. — Algo mas tarde, en 1666, Benito Carpzow, de Leipzig, á quien llamaban el legislador de la Sajonia, y cuyas opiniones eran de gran peso en materias de derecho canónico ó criminal, y en 1689, cási en el siglo décimoctavo, Juan Enrique Pott, célebre profesor de la universidad de Iena, protestantes, sostuvieron tenazmente que debia perseguirse con los mas severos castigos no solamente la hechicería, sino aun, y esto es mas notable, á los que negaban la realidad de los pactos diabólicos; imprimiendo escritos sobre tales materias, cuyos títulos eran como por ejemplo el siguiente: *D nefando lamiarum cum diavolo coitu* [2].

Por lo demás, en todo esto el Protestantismo no hacia sino agarrarse de la ortodoxia de Lutero, y de sus otros fundadores, que decian tener comercio con el diablo. Pretendia Lutero haber sido enseñado por aquel doctor singular, haber tenido entrevistas y discusiones teológicas con él, y haber sido llevado hasta á *suprimir la misa* por la victoria que sobre él alcanzó aquel lógico terrible; «y no hay para que admirarse de ello, dice, porque la ló-

[1] Fr. Spé. *Cautio criminalis sive de processibus contra sagas, liber ad magistratus Germ. hoc tempore necessarius etc.* Rinthel, 1631.

[2] El célebre proceso de Urbano Grandier, cura de Loudun, es de 1634, es decir, de sesenta años antes.

En segundo lugar es un suceso ó acontecimiento, y no un tratado *ex professo* para la hechicería, como los que publicaban entonces y despues los Protestantes.

En tercer lugar, era reprobado, bajo este punto de vista, por los tratados católicos contra las brujerías, que hemos citado, y que eran contemporáneos ó anteriores.

En cuarto lugar, sabido es que bajo el nombre de hechicería este proceso era un proceso de venganza del cardenal Richelieu, contra el cual el desgraciado Urbano Grandier habia tenido la temeridad de arrojar un folleto titulado: *La Franciscana de Loudun.* (Véase la *Historia de los diablos de Loudun, ó crueles esfuerzos de la venganza de Richelieu;* Aubin 1716).

«gica del diablo iba acompañada de una voz tan espantosa, que la «sangre se helaba en mis venas... Entonces comprendí, añade, «como sucede muchas veces que las personas mueren repentina- «mente; y es porque el diablo puede matar ó ahogar á los hom- «bres; y aun sin ir tan léjos, los pone, cuando disputa con ellos. «en un embarazo tal, que puede tambien causarles la muerte, y «esto experimenté muchas veces por mí mismo.» (*De Abrog. miss. priv.*, t. VII, pág. 216).

Zuinglio, fundador del Protestantismo en Suiza, fue igualmente asistido de un cierto diablo ó espectro, *blanco*, ó *negro*, dice, en la investigacion de las razones que determinaron la negacion del dogma de la Eucaristía. Y como no supiese él qué responder al secretario de la ciudad, que le apretaba sobre este punto: *¡Cobarde*, le dijo el fantasma, *por qué no respondes lo que está escrito en el Éxodo (el cordero es la pascua, para decir que no es mas que su signo)!* Y en virtud de esta razon tan grave como persuasiva, fue suprimida la Eucaristía. (*Hosp.* 2, part. 25).

Melancton, el mas honrado de los primeros reformadores, estaba asimismo entregado á las preocupaciones y á las manías de la mas ridícula supersticion: una inundacion del Tíber, el nacimiento de un mulo monstruoso con un pié de grulla, en Roma, y la de un becerro con dos cabezas en el territorio de Augsbourg, son para él otros tantos pronósticos infalibles de la próxima ruina de Roma y del triunfo de la Reforma.

De semejantes inspiraciones salió el Protestantismo, y por tales extravagancias aspira al título de emancipador del espíritu humano, y al derecho de acusar á la Iglesia de supersticion y de fanatismo.

La misma noche que el Protestantismo ha amasado en derredor de sí, le ha sustraido á la mirada, propicia á él de otra parte, tanto como torva para el Catolicismo, de la historia moderna, y ha favorecido la opinion anticipada que le atribuye un lugar ventajoso en el progreso de las luces, llevando consigo la acusacion de tinieblas contra la Iglesia.

La verdad se halla cabalmente en el reverso de esta opinion. La Iglesia ha disputado el mundo á las tinieblas que la herejía derramaba sobre él, y solo á fuerza de ciencia y de luces, no menos que de santidad, ha llegado á asegurar la marcha de la civilizacion, gravemente comprometida por el Protestantismo.

Y este es al mismo tiempo uno de los mas bellos y curiosos espectáculos que nos presenta la historia, desde el siglo décimosexto, y que historiadores protestantes imparciales, y dignos por esto mismo de haber vuelto ó de volver al Catolicismo, han trazado con brillante pincel, y con asombro grande de la opinion pervertida.

Un apologista de la Reforma se ha desde luego encargado de borrar en alguna manera por su propia mano, y por un último rasgo de su pluma arrastrada por la verdad, todas las páginas precedentes, en que habia probado con fatiga luchar contra ella.

«Es una verdad el decir, dice Cárlos de Villers, que la Refor-«ma ha *momentáneamente* (esta sola palabra de reserva se halla «tambien borrada por el cuadro que va á seguir) hecho retrogra-«dar las luces y la cultura de las ciencias. Figúrense las devas-«taciones inauditas de que fue teatro la desgraciada Alemania; «la guerra de los Paisanos de Suabia y de Franconia; la de los «Anabaptistas de Munster; la de la liga de Smalkalde contra «Cárlos V; la que duró hasta el tratado de Wetsfalia, y aun des-«pues de este tratado hasta su completa extincion. Por ella se vió «transformado el Imperio en un cementerio inmenso, sepulcro «de dos generaciones. Las ciudades reducidas á cenizas; las es-«cuelas desiertas; los campos abandonados; las manufacturas «incendiadas; agriados los ánimos, y exasperados por sus largas «divisiones. Católicos, Luteranos, Calvinistas, Anabaptistas, Mo-«ravos se acusaban los unos á los otros, y se atribuian las nume-«rosas llagas de la patria; de esta patria, no solamente desgar-«rada por sus propios hijos, sino entregada á los bandos españo-«les é italianos, á los fanáticos de la Bohemia, á las hordas turcas, «á los ejércitos franceses, suecos y dinamarqueses, que habian «llevado á ella la carnicería y la desolacion de una guerra civil «y religiosa. Muy largo tiempo necesita un país para repararse «de una tal conmocion y de una ruina como esta. Así vemos la «nacion alemana, despues de haber hecho al principio grandes «progresos en las ciencias, durante la paz [1], reincidir, durante «una parte del siglo décimoséptimo, en un estado muy cerca de «la barbarie. Y no es solo en su suelo natal allí donde su causa «fue combatida con tanta tenacidad, y en que la Reforma oca-

[1] Vamos á ver dentro un instante á quién fue debido este movimiento en los estudios.

«sionó crueles trastornos. No pudo escaparse de ellos la Francia; «pero las turbulencias de este país no fueron tan largas como las «de la Alemania. Esta última region se encontraba en el mas de- «plorable estado, cuando la Francia tenia curadas ya sus heri- «das, y habia llegado al apogeo de su gloria política y literaria [1]. «Los Países Bajos fueron el teatro de la lucha convulsiva de la «España contra la nueva República holandesa. Los males que de «ello resultaron para sus hermosas provincias igualaron cási á «los del resto del Imperio. En fin, la Inglaterra se vió abando- «nada á dos conmociones intestinas, que hemos recordado mas «arriba en el artículo sobre esta potencia. Y lo dicho es sufi- «ciente para verse obligado á convenir en que, desde la inunda- «cion de los pueblos del Norte sobre el imperio romano, ningun «acontecimiento habia aun provocado en Europa estragos tan lar- «gos y tan universales como la guerra encendida por el foco de «la Reforma. Y bajo este respecto es harto verdadero que ella ha «retardado la cultura general.» (*Ensayo sobre el espíritu y la refor- ma de Lutero*, por Cárlos de Willers, quinta edicion, pág. 225).

El Sr. de Villers se esfuerza despues en salvar las consecuencias de esta confesion, diciendo ser los adversarios de la Reforma los que, por haberla querido ahogar con la sangre de sus sectarios, fueron los únicos culpables de los males que de ella resultaron, y que, de otra parte, despues de aquel cataclismo, los beneficios de la Reforma se hicieron sentir de nuevo en la mejor direccion y en el libre movimiento de los espíritus.

Pero muy breves reflexiones van á arrebatar del Protestantismo el beneficio de sus reservas, y asegurarnos el de sus confesiones.

Compárese sino la manera con que se estableció el Cristianismo, y la manera con que se estableció el Protestantismo, y júzguese de esta pretendida reforma del Cristianismo por el propio Cristianismo. Y ¡qué! ¡se pretende haber reformado por medio de violencias, de guerras, de devastaciones, de exterminios inauditos, una religion que profesa el horror de las guerras, de las devastaciones y de los exterminios! ¡Una religion toda de paz, de mansedumbre y de caridad, que prohibe hacer, decir, pensar hasta el menor mal, ¿qué digo yo? que manda volver el bien por el mal! Admito que el Catolicismo haya querido, como se dice,

[1] ¿Y por qué esto, sino porque el Catolicismo habia tomado la ventaja?

ahogar la Reforma en la sangre de sus sectarios; ¿y el Paganismo no quiso ahogar tambien al Cristianismo del mismo modo? ¿Qué hicieron los Cristianos, no obstante, y qué han hecho los reformados? «Una sola noche con algunas teas incendiarias bas-«taria, decian los primeros, si nos fuese lícito volver el mal por «el mal; pero no permita Dios que una religion divina recurra á «medios humanos para vengarse, ó que se deje abatir por las «pruebas.» (Tertuliano, *Apológetico*).—«Los monarcas, los prín-«cipes y los señores que forman parte de la turba de la Sodoma «romana, decian los segundos, deben ser atacados con toda es-«pecie de armas, y es necesario que nos lavemos las manos en «su sangre.» (Lutero, *del Papado de Roma instituido por el diablo*). —Así es cómo se reformaba el Cristianismo[1].

Es falso, además, el decir que el Catolicismo haya querido ahogar la Reforma en la sangre de sus sectarios, y esta fuese la causa de todas sus guerras. El Catolicismo no quiso dejarse destruir por el Protestantismo: este es quien atacó, quien oprimió, quien ahogó desde luego el Catolicismo en Dinamarca, en Suecia, en Bohemia, en Suiza, en Inglaterra, en Escocia, y quien, en su marcha agresiva y subversiva, vino despues á atacar á la Francia y al Austria. La sociedad católica, en cuanto á sociedad, ¿tenia el derecho de defenderse? Hé aquí la cuestion.

Resta ahora saber si al Protestantismo es á quien se debe la conservacion de las luces, al través de esa prolongada época de guerras y de trastornos, y el brillo que tuvieron despues. Tal es la cuestion que resta para examinar.

El Protestantismo ha sido rechazado y contenido por dos fuerzas, la una material y violenta, como la que él empleaba, la otra puramente espiritual y moral.

La fuerza material y violenta fue empleada contra él por la sociedad civil, la fuerza espiritual y moral lo fue por la Iglesia.

[1] La Reforma se ha visto obligada á condenar en este punto y abjurar el Cristianismo por el órgano de sus mas fervientes doctores. Para justificar á los Reformados de la conjuracion de Amboise, por la cual empezaron todas las guerras de religion en Francia, Jurieu, en su *Apologia de la Reforma*, se expresa en estos términos: «La tiranía de los príncipes de Guisa no podia des-«truirse sino por una *grande efusion de sangre:* verdad es que el espíritu del «Cristianismo no sufre semejante medio; mas si se juzga de esta empresa por «las reglas de la moral del mundo, no es de modo alguno criminal.» (*Apol. de la Ref.*, parte I, cap. XV).

Y al empleo admirable de esta última fuerza débese sobre todo la conservacion de las luces y la salud de la civilizacion.

Cuando el Protestantismo hubo desbordado en Alemania, en Suecia, en Dinamarca, en Holanda, en Inglaterra, y amenazado invadir todo el orbe católico, la Iglesia para hacerle frente se afirmó en su disciplina, y apeló en lo interior de sí misma á todas las fuerzas divinas que Cristo habia depositado en ella. Se reformó, se purificó, se santificó, desde los sumos Pontífices sobre el trono de san Pedro, hasta el mas oscuro religioso en el retiro de su celda. Mas, al propio tiempo que apeló á la santidad, no dejó de hacer un llamamiento á la ciencia; y en las Órdenes nuevas que produjo, así como en las que reformó para combatir la herejía, no se exigieron menos las luces que las virtudes, y unas y otras fueron igualmente el objeto de la profesion religiosa.

Uno de los caractéres mas maravillosos de la Iglesia es esta propiedad que siempre ha tenido de producir Órdenes religiosas, en razon de las necesidades de la civilizacion, y de la accion que ha tenido que ejercer sobre ella. Segun los diversos estados, los diversos males, los diversos peligros de la sociedad, se ha visto siempre á la Iglesia, de su único tronco y de su única sustancia, echar diversos vástagos, producir institutos especiales y á propósito para estas necesidades, para estos males, para estos peligros, como un solo árbol, cuya sávia, sin necesidad del engerto, produjera por sí misma y sucesivamente diversos ramos llevando toda especie de frutos. La historia de la Iglesia, estudiada bajo este punto de vista, seria uno de los mas curiosos espectáculos para el observador; y pudiera hacerse sobre esta materia un precioso libro, en el cual deberia hacerse notar el incesante fenómeno, á saber, que desde el momento en que la sociedad se veia en una gran necesidad, en un grave mal, ó en un inminente peligro, el espíritu de amor y de sacrificio, cuyo ardiente foco es la Iglesia, iba á dispertar una solicitud proporcionada en el alma de algun cristiano, colocado por su nacimiento, por sus costumbres y su condicion al extremo opuesto cási siempre de esta solicitud, y haciéndole concebir la prodigiosa resolucion de emprender la radical curacion de un mal universal, por remedios heróicos tomados en la profesion especial de las virtudes mas opuestas á este mal, y llevadas á un rigor extravagante, si se con-

sidera en sí mismo, pero perfectamente lógico, necesario y calculado si se le mide con la necesidad ó con el peligro al cual ha de servir de contrapeso. De este modo pudiera leerse la historia de las costumbres y de la civilizacion europea en la historia de las Órdenes religiosas. Sucedia alguna vez que el espíritu del error, interesado en recomendarse por alguna apariencia de virtud, tomaba la delantera sobre la Iglesia, y se metia á reformador; mas, como vimos ya, esto no era mas que un juego grosero de reforma, á cuyo favor la disolucion adelantaba mas rápida, y que provocaba en la Iglesia un esfuerzo mayor de reforma verdadera; lo cual inspiró al Sr. de Maistre, hablando de los herejes, aquella feliz expresion: *Ellos se deforman, y nos reforman.* Ya antes del Protestantismo los Vaudenses y los Albigenses habian afectado la pobreza y el apostolado evangélico, de que la sociedad civil y religiosa tenia entonces grande necesidad. Mas esta falsa pobreza y este falso apostolado no habian hecho mas que añadir el Comunismo á la avidez, y la revuelta al escándalo, el mal al mal. La Iglesia, doblemente solícita por su divina mision en crear remedios, produjo entonces dos Órdenes célebres que opusieron verdaderos pobres y verdaderos apóstoles á los falsos pobres y á los falsos apóstoles; los Franciscanos á los Vaudenses, y los Dominicos á los Albigenses. *Entre estos herejes*, dice Mezeray, *habia que se llamaban los* POBRES, *y otros que se llamaban los* HUMILDES. *Los primeros hacian profesion de una pobreza evangélica; los segundos se encargaban de predicar donde quiera se encontraban. Para contrarestarlos fueron instituidas dos Órdenes religiosas, á saber,* HERMANOS MENORES *ó* FRANCISCANOS, *y* HERMANOS PREDICADORES *ó* JACOBINOS. *Aquellos fueron fundados en Italia por san Francisco de Asis, hijo de un rico negociante; estos en Languedoc por santo Domingo, de la noble casa de Guzman en España, y canónigo de Osma, que habia venido á esta provincia con su obispo para convertir á los Albigenses.* (Resúmen cronol. tomo II, pág. 618).

Del mismo modo, cuando el Protestantismo hubo emprendido su falsa reforma, la Iglesia, cuya mision divina es la de *contrarestar* al error y al mal sobre la tierra, creó Órdenes nuevas con la mira de combatirlo.

Y entre estas nuevas Órdenes deben ponerse en primera línea los *Jesuitas*.

Y no será posible dar jamás razon de esta Órden célebre, si no

se la considera con respecto á la especialidad de la funcion que le es propia.

Esta funcion, decimos, que era combatir el Protestantismo y servirle de contrapeso en el mundo.

Si quiere apreciarse, pues, el instituto de los Jesuitas, preciso es considerarlo como un contrapeso completo del Protestantismo, haciéndose cargo de todo cuanto debe tener de absoluto una organizacion, cuyo objeto era la guerra;

La guerra á la revuelta por el voto de la mas absoluta obediencia; la guerra á la division por la mas firme adhesion al centro de la unidad; la guerra á la licencia del libre exámen en materia de fe, y á la tiranía de las opiniones que es su consecuencia, por la sumision ciega á la doctrina católica, así como por la mayor libertad posible en todo lo que es de pura opinion; la guerra á la confusion y á la anarquía por la mas fuerte organizacion jerárquica, funcionando con la mas consumada prudencia y con la mas meditada prevision; la guerra á todos los vicios por todas las virtudes, y á todo género de tinieblas por todo género de luces; y para decirlo todo en una palabra, la guerra á la disolucion social y á la barbarie por todas las condiciones de la verdadera civilizacion llevadas á su último extremo, y amoldadas en cierto modo cual convenia para tan gran combate.

Y lo que pretendemos sobre todo hacer observar, es que entre estas condiciones, y en primera línea, se hallaban la ciencia, la instruccion, las luces en todo género; como si la Órden de los Jesuitas hubiese debido ser un cuerpo sábio y literato, encargado del apostolado de la ciencia tanto como del de la fe, por haberlas puesto á entrambas en igual peligro el Protestantismo.

El éxito correspondió admirablemente á los preparativos. Cuando los Jesuitas entraron en campaña, parecia que una verdadera barbarie iba á extenderse sobre la Alemania, cuna del Protestantismo. Las universidades estaban en decadencia y amenazaban ruina. El pueblo habia caido en la mas profunda ignorancia, y las tinieblas iban ganando terreno, aun en los países católicos circunvecinos, como el Austria. Esta situacion impulsó á Fernando I á pedir Jesuitas en 1551. Entre los que fueron enviados se distinguen Jay y Canisio. Por mediò de instrucciones seguidas, predicaciones frecuentes, una nueva organizacion de la universidad de Viena, la publicacion de un nuevo catecismo y la prudente

administracion de la diócesis, detuvieron el progreso del Protestantismo, y hasta hicieron volver gran número de protestantes al seno de la Iglesia. Fundaron al mismo tiempo el célebre colegio de Friburgo en Suiza. Conducidos luego por idénticas circunstancias á Baviera, despues á Munich, supieron dispertar allí el gusto de los estudios clásicos, cuya enseñanza proscribian los Protestantes como una ocupacion mundana, inútil y peligrosa. Fundaron sucesivamente colegios en Colonia (1556); Tréveris (1561); Mayencia (1562); Augsbourg, Dillingen (1563); Paderborn (1585); Wurtzbourg (1586); Munster y Saltzbourg (1588); Bamberg (1595); Amberes, Praga, Posen, y en otras comarcas. Por todos estos focos de luces disiparon la noche de la ignorancia que se condensaba mas y mas, y reconduieron los pueblos á la fe católica por el camino de la ciencia y de la instruccion. Sus notables trabajos sobre todas las partes de la Teología, de la Filosofía y de la Filología se esparcieron por todas partes. Tales fueron los trabajos de Turselin *(de Particulis linguae latinae)*, de Vigier *(de Idiotismis linguae graecae)*, sobre la gramática; de Juan Perpinian, Jaime Pontano, Vernuleo y otros, sobre la buena latinidad; de Jaime Balde, Sarbiewski, Jouvency, Vanière, Spé, sobre la poesía; de Clavio, Hell, Scheiner, Schall, de Bell, Poczobut, Wilna, sobre las matemáticas y la astronomía; de Kircher, Nieremberg, Raczynski, sobre la historia natural; de Acunha, Charlevoix, Dobrizhofer, Gerbillon, sobre la geografía; de Aquaviva, Mariana, Ribadeneira, sobre la historia y las ciencias políticas [1]. No hay, en una palabra, una senda del espíritu humano en la que no se encuentren profundamente impresas las huellas de los Jesuitas.

Por último, mientras que ellos disputaban con ventaja el terreno á la ignorancia y al Protestantismo en Alemania, purificaban y reformaban las costumbres con no menos éxito en los países católicos, particularmente en Italia y en Portugal, y obraban á la vez sobre todos los puntos, desplegando mas ó menos especialmente, segun era necesario, su actividad moral, dogmática y científica, enlazando siempre por un maravilloso método y una sábia disciplina la ciencia, las costumbres y la fe.

[1] Winter, *Historia de la doctrina evangélica en Baviera*, tomo II, pág. 167. —Smetz, *¿Qué es lo que el Órden de los Jesuitas ha hecho para la ciencia?* Aix-la-Chapelle 1834. — Alzog, *Historia de la Iglesia*, tomo IV, pág. 129.

Y no limitó la Iglesia su prodigiosa fecundidad á esta Órden célebre; sino que produjo otras al mismo objeto de arrebatar el mundo á la herejía y á la ignorancia por la instruccion y por la fe. Tales fueron mas particularmente los *Teatinos*, que como predicadores y misioneros vinieron á ser un semillero para el alto clero; —los *Barnabitas*, destinados principalmente á la instruccion de la juventud, y al cuidado de los seminarios; — los *Oratorianos*, fundados por Felipe de Neri en Italia, y por el cardenal de Berulle en Francia, cuyo principal objeto era la instruccion de la juventud, y que al mismo tiempo se dieron desde el principio á elevados é importantes estudios, y formaron sábios ilustres y grandes predicadores, tales como Baronio, Oderico, Raynoldo, Galloni en Italia; y en Francia Malebranche, Morin, Thomasino, Ricardo Simon, Bernardo Lamy, Houbigant, Massillon; —los *Benedictinos* reformados, cuyo nombre vino á ser sinónimo de la ciencia misma, á los cuales debemos la conservacion de los mas preciosos libros clásicos de la antigüedad, «de los cuales un «solo convento, dice Gibbon, contribuyó mas á la literatura que «nuestras dos universidades de Oxford y de Cambridge;» y que dieron al mundo á Mabillon, Montfaucon, Ruinart, Thuillier, Martène, Durand, d'Achery, le Nourry, Mortianay, y trabajos colectivos que han sido como los profundos manantiales, los vastos receptáculos de los conocimientos humanos.

La Iglesia, al paso que ilustraba la parte superior de la humanidad, no descuidaba las clases inferiores, pues creó Órdenes expresas para educarlas por la instruccion, fijándolas tambien en el deber por medio de la fe. Tal fue la congregacion de los *Somascos* y de los *Piaristas*, destinados especialmente á la instruccion de los pueblos del campo, y sobre todo á la educacion de los huérfanos; — los *Padres de la doctrina cristiana*, y mas adelante los *Hermanos de la doctrina cristiana*, cuya instruccion primaria se ha hecho superior, á fuerza de mérito, á fuerza de servicios, á las mas odiosas prevenciones; y para la educacion de las niñas, las *Ursulinas* y las *Hermanas de las escuelas del Niño Jesús*. — No he de hacer mas que nombrar á los *Sacerdotes de la Mision* ó *Lazaristas*, y las *Hijas de la Caridad* ó *Hermanas pardas* (Sœurs grises), estos ángeles custodios de la humanidad, para hacer que se bendiga la inspiracion católica del gran santo Vicente de Paul, que las instituyó con el fin de reparar los estragos que el Protestantismo ha-

bia hecho á las costumbres y á la fe con mas de un siglo de guerra civil en Francia.

Limítome igualmente á nombrar las grandes antorchas salidas de diversas Órdenes religiosas que han dominado por su individualidad poderosa, eclipsando las luces mismas por su concentracion: tales como Melchor Cano, de la Órden de Dominicos, que por sus eminentes conocimientos teológicos fue enviado por la universidad de Salamanca al concilio de Trento, en donde se distinguió entre los mas sábios; el cardenal Cayetano, célebre por sus trabajos exegéticos; el cardenal Sadolet, obispo de Carpentras, por sus trabajos filosóficos y por sus esfuerzos para reunir las diversas confesiones protestantes; el cardenal Gaspar Contarini, el P. Marsena, Dionisio Petau, y el grande cardenal Belarmino, de quien no es posible comprender el número y solidez de sus escritos, que opuso sobre todos los puntos á la herejía protestante, sino recordando la santidad y continuo sacrificio de toda su vida al bien de sus prójimos.

Al mismo tiempo que estos grandes trabajos de ciencia y de doctrina ejercitaban y desplegaban las fuerzas del espíritu humano en el servicio de la verdad, la vida moral y el sentimiento religioso de los pueblos se veian reanimados por obras ascéticas, que desenvolvian la actividad moral paralelamente á la actividad intelectual, vivificándose las dos recíprocamente. Tales fueron los escritos y los sermones de san Ignacio, de san Cárlos Borromeo, de san Francisco de Sales, de Simon Vigor, arzobispo de Narbona, de Pablo Segneri, de Claudio y de Juan de Lingendes, de Francisco Fevault del Oratorio, de Pedro Sharga, y del piadoso Luis de Granada, autor de la *Guia de pecadores*, de los *Pensamientos sobre la vida cristiana*, de un *Tratado de la oracion*, de un *Catecismo* muy popular, y de otros escritos en los cuales se vuelve á encontrar el soplo cási divino de la *Imitacion*, y que merecieron este brillante elogio que el papa Gregorio XIII escribia al piadoso autor: «Tú has prestado á todos cuantos han procurado «instruirse en tus libros un servicio mucho mayor que si hubie«ses obtenido del cielo, por tus oraciones, la luz para los ciegos «y la vida para los muertos.»

No olvidemos que al mismo tiempo que la Iglesia, acosada tan de cerca por el Protestantismo, reconquistaba así palmo á palmo y á fuerza de luz y de virtud el terreno que aquel le habia arre-

batado en Europa, mientras que Lutero ocupaba los campos, como la antigua Roma, hacia pasar delante de este nuevo Aníbal las legiones apostólicas que enviaba á las extremidades del mundo; fundaba la admirable institucion de la Propaganda; hacia llevar por manos de sus misioneros la antorcha de la civilizacion y de la fe en el fondo de las Indias y de las Américas, en donde creaba esas maravillosas *reducciones* del Paraguay, cuya realidad ha superado todas las utopías, reportando de ellas las mas favorables observaciones y doctrinas para el desenvolvimiento de las ciencias en Europa.

Por medio de ese prodigioso desarrollo de actividad moral y verdaderamente civilizadora, ha llegado la Iglesia á salvar las luces que ella sola, como vimos ya, habia al principio producido en el mundo, que el Protestantismo no habia hecho sino oscurecer, y que hubiera ahogado del todo, á no haberse redoblado la actividad católica.

De ello puede juzgarse por la suerte de algunas regiones colocadas fuera de la esfera de esta actividad, y exclusivamente ocupadas por el Protestantismo, tales como la Suecia, la Dinamarca, la Noruega y la Holanda.

«Las ciencias y las artes, dice un escritor protestante, habian «sido en otro tiempo llevadas hasta las Hebridas, en donde los es- «tablecimientos religiosos las conservaban y las hacian florecer; «pero Johnson nos refiere que la fertilidad sola de la isla de Iona, «una de las principales, constituye en el dia toda su prosperidad. «Los habitantes, dice, son notablemente groseros y descuidados. «No sé si tienen un ministro para instruirlos; y la isla que antes, «en tiempo de su catolicidad, era la metrópoli del saber, de la li- «teratura y de la piedad, está ahora sin escuela para la educa- «cion, sin templo para el culto, y solo tiene dos habitantes que «hablen inglés, y ni uno solo que sepa leer y escribir. La misma «suerte han tenido muchas ciudades episcopales ó abaciales de «Escocia; San Andrés, Aberbrotic, Elgin, etc. Otras en Irlan- «da; Kilkenny, Boyle, sobre todo, Turles, etc. Decaidas de su «antigua importancia, no ofrecen mas que el aflictivo cuadro de «calles despobladas, de indigencia inactiva, de colegios silen- «ciosos y desiertos, y de ruinas sobre las cuales el artista llora y «las admira. En Inglaterra, este país de Santos, título de que se «gloriaban nuestros padres, vense por todas partes los deplora-

«bles y magníficos restos de conventos convertidos en rústicas «habitaciones de pobres labriegos, y de otros muchos en medio «de terrenos erizados de malezas y en el dia inhabitables [1].»

La Francia, en donde ha prevalecido el Catolicismo, vino á ser, sobre todo desde entonces, la reina de la civilizacion. El siglo décimoséptimo le ha asegurado para siempre el cetro de ella; y este siglo tan glorioso, tan brillante, tan completo, en el cual todas las luces llegaron á su apogeo de grandeza, de pureza y de magnificencia; en que la superioridad solo es comparable con la diversidad en todo, así en las letras y en las artes como en las ciencias; que produjo los Poussin, Sueur, Corneille, Molière, Bossuet, Pascal, Descartes, Cassini, por no nombrar sino los príncipes, sin descender á la multitud de otros genios, el menor de los cuales bastaria para honrar un siglo [2]: el *gran siglo*, en una palabra, salió entero de las entrañas del Catolicismo, y fue extranjero, antipático al Protestantismo, hasta la exclusion, hasta la proscripcion.

El Catolicismo, además de la continuidad de los grandes hombres que ha producido, ha tenido cuatro ó cinco siglos ó focos literarios: los de Leon X en Roma; de los Médicis en Florencia; de Cárlos V en España; de Francisco I, y en fin, de Luis XIV en Francia. El Protestantismo no ha tenido uno solo.

Algunos genios, y grandes genios, han sido protestantes, así lo reconozco; pero lo han sido por el azar del nacimiento, aislada y accidentalmente, sin que el Protestantismo haya influido sobre ellos ni sobre sus obras, ni que ellos hayan influido sobre él, sin que él los haya directamente producido. Así, en el órden de las

[1] Es imposible no reconocer la verdad de lo que dice en otra parte el mismo escritor: «No hay Estado alguno en Europa que esté tan adornado de nobles «edificios, públicos y particulares, como lo están los Estados católicos roma- «nos; ninguno que sea tan cultivado y tan poblado; ninguno que vea llegar en «su seno tantos extranjeros, ya sea para perfeccionarse en todas las ciencias y «en todas las artes, ya sea para respirar allí la dulce y habitual alegría que se «halla universalmente esparcida en la sociedad, la mas civilizada que hubo ja- «más. En los Estados reformados de Europa las semillas de la civilizacion fue- «ron echadas por la religion católica, y á esta fuente primitiva debe atribuirse «enteramente la parte de cultura que en ellos se encuentra aun en el dia.» (Fitz-William, *Cartas de Ático*, pág. 16).

[2] Además de todos los otros nombres que no recordamos, porque ellos se nombran por sí mismos, ¡qué multitud de sábios, y de sábios católicos del siglo XVII nos revelan los elogios académicos de Fontenelle!

letras, Shakspeare ¿era protestante ó católico? No se sabe, y aun las probabilidades son de que era católico. Milton era protestante; pero el genio del ilustre ciego es todo propio suyo, y brota de aquella fuente íntima de inspiracion que su ceguera parecia hacerle mas personal. Byron lo era todo menos protestante; y otro tanto puede decirse de Goëthe y de Schiller, debiendo añadirse tambien que si ellos han dado con su genio, ha sido tratando asuntos católicos. Sea como fuere, estos diversos genios no han formado escuela, sociedad ni siglo con nadie: no han pertenecido á ninguno de esos florones literarios que germinan y se ramifican en otros genios contemporáneos, y cuya aparicion no puede explicarse sino por la fecundidad de la sociedad que los lleva en su seno, que los educa, que los corona, y que siente á su vez su influencia. — Lo mismo sucede en el órden de las ciencias. Newton y Keplero eran protestantes; mas si ellos han sido sábios é inventores, es haciéndose ellos mismos el gasto, por decirlo así, y hasta Keplero, como vimos ya, bien á costa suya. — En fin, en el órden filosófico, Bacon y Leibnitz honran en gran manera á la humanidad, fuerza es confesarlo: pero el primero pertenece todavía á aquella clase de espíritus solitarios, sin relacion, en cuanto al genio, con la sociedad á que pertenecen, como lo atestiguan estas palabras de su testamento, que acusan á la nacion que le dió el ser: «*Lego mi nombre y mi memoria* Á LAS NACIONES EXTRANJE-«RAS, *y á mis compatriotas, cuando habrá pasado algun tiempo.*» En cuanto á Leibnitz, puede decirse que en su *Systema theologicum* se legó á sí propio al Catolicismo.

El siglo décimoctavo, que ha sido el grande enemigo del Catolicismo, y que, distantes estamos de negarlo, ha sido tan rico en inteligencias, inferiores todas, sin embargo, á las del gran siglo; este siglo décimoctavo que tanto se nos opone, ¿de dónde procede? ¿Quién tiene el derecho de reivindicar su honor, ó de declinar su afrenta?

Esta cuestion no ha sido nunca limpia y sobre todo francamente resuelta. El siglo décimoctavo ha sido opuesto al Catolicismo bajo dos respectos contradictorios, como vergonzoso, y como glorioso. — Como vergonzoso, se dice al Catolicismo: Ve aquí tu obra, porque de tí, de tus colegios de Jesuitas y de Oratorianos, de tus tan católicas universidades han salido esos famosos incrédulos que han escalado el cielo y abrasado la tierra; — como glo-

rioso, se le dice: Ve aquí genios que valen tanto como los tuyos, y que prueban que se puede ser ingenioso, espiritual, elocuente, inspirado, sábio sin tí, contra tí.

Pero, ante todo, fuerza es ponerse de acuerdo consigo mismo, y que, ó bien se nos abandone el siglo décimoctavo, ó se nos descarte de él. Por lo que á nosotros mira, verémos despues lo que debemos hacer de él.

El embarazo del partido que se debe tomar con respecto á este siglo, proviene de que hay en él dos cosas que se confunden y que deberian distinguirse: buena la una, la otra detestable. La cosa buena es el talento y el genio; la cosa detestable es el abuso que hizo de uno y otro. Y este abuso ha sido mas detestable y funesto en cuanto ha sido la corrupcion de lo mejor que tenia.

Ahora, pues, la atribucion que se hace de lo bueno y de lo malo de este siglo con respecto al Catolicismo ¿es exacta? Tan léjos está de serlo, que es falsa hasta al absurdo, hasta al completo trastorno de las palabras; y en lo contrario de esta atribucion es en donde se halla cabalmente la verdad.

¿No es absurdo decir que el Catolicismo, que los Oratorianos y los Jesuitas han dado lecciones de impiedad, de cinismo y de blasfemia á Voltaire, á Diderot, á D'Alembert? ¿No es de otra parte cierto, que estos preceptores católicos fueron quienes los formaron en el gusto, en las bellas letras, en las ciencias? ¿Y no es evidente, pues, que lo bueno que tiene el siglo décimoctavo, el espíritu, el gusto, la instruccion, la cultura, en una palabra, le vino de la enseñanza católica, y que en este sentido es hijo y discípulo del Catolicismo? Y es de notar asimismo, que las mas bellas páginas que nos ha dejado aquel siglo, las que la posteridad tiene ya escogidas, y que irá depurando mas y mas como únicas dignas de la inmortalidad, fueron inspiradas por aquel soplo cristiano que sus autores tenian del Catolicismo.

Pero lo que tiene de detestable aquel siglo, la corrupcion del talento que convirtió sus resplandores en reflejos siniestros, ¿á quién debe imputarse sino al espíritu de odio contra la Iglesia, y de negacion de sus creencias, que es propiamente el espíritu del Protestantismo? Y es sabido, además, que los filósofos del siglo décimoctavo pasaron de la escuela del Catolicismo á la del Protestantismo. En esta, pues, en Lóndres, en la sociedad sociniana de los *libres pensadores*, fue donde pasó á tomar Voltaire sus gra-

dos de impiedad, y á jurar odio de muerte al Cristianismo: de allí nos vino el *Diccionario filosófico*, así como de Ginebra nos vino el *Contrato social*, y de Holanda la impresion y la propagacion de todas las producciones perversas de aquel siglo, y de Prusia, por fin, el real patrocinio que les dió aliento á todas. El Filosofismo es tan poco católico como francés: es discípulo é hijo del Protestantismo inglés, ginebrino, holandés, prusiano: es el Protestantismo en persona, rompiendo su confinamiento, y entrando entre nosotros en estado de disolucion filosófica.

Y cuando despues de haberse generalizado el incendio que aquel causó, y de haberlo consumido todo; cuando la civilizacion no fue mas que un monton de cenizas y de huesos, ¿quién fue el que sopló sobre estas cenizas? ¿á que voz volvieron á reunirse estos huesos, y salió la civilizacion de sus ruinas, si no es al soplo y á la voz del Catolicismo? ¿Quién volvió á levantar el faro de las letras, destruido y anegado en sangre? ¿Qué genios, qué escritores fueron los primeros en volverlo á encender y en transmitírnoslo? Chateaubriand, de Bonald y de Maistre, tres genios eminentemente católicos, y que quedaron como los altos depositarios de las verdades que todo el mundo invoca en los dias de peligro.

Otra escuela se ha formado fuera, y luego en oposicion con la suya, y esta es la escuela racionalista. Su cuna fue la escuela escocesa, y su sepulcro la escuela alemana, que reasumen todos los esfuerzos y todos los resultados del Protestantismo de nuestros dias en el órden de las luces. En tan rápida existencia, ¿con qué obras el Racionalismo protestante ha enriquecido el espíritu humano? ¿qué progresos le debemos? ¿á dónde nos ha conducido?... La respuesta la tenemos á la vista; la disolucion social, la barbarie final, ya lo hemos manifestado, hé aquí el término, hé aquí el fruto de este movimiento anticatólico.

¿Qué verdad fue, pues, nunca demostrada por una série de hechos y de experiencias mas considerables, mas repetidas y mas concluyentes que esta verdad: Que el Catolicismo ha constantemente favorecido el vuelo y el progreso de las luces, que á él debemos el mayor lustre y esplendor que hayan jamás tenido é irradiado, y todo lo que de ellas se conservó despues de la aparicion del Protestantismo? Y ¿por cuál perversion del sentido humano, por cuál prodigio de prevencion y de ceguera ha podido acreditarse la opinion contraria?

Ya sé todas las excepciones individuales que se pueden citar en favor del Protestantismo, y nadie me ganará en saludar y honrar el talento y el mérito donde quiera que se presenten. Suscribo de buen grado á todas las galerías y retratos que se quieran hacer de las glorias de la Reforma, y no quiero disputar los casos particulares. ¡Líbreme Dios de estrechar la cuestion, y de reducirla á una mezquina calificacion de inteligencias mas ó menos elevadas! No me opongo á reunir todos esos montecillos. Mas para juzgar cual conviene esta vasta cuestion, es necesario dejar la llanura, subir sobre las eminencias, y considerar el conjunto de los movimientos del terreno de la civilizacion, ver cuáles son las cimas mas elevadas, los picos mas cercanos á los cielos, y cuáles son los grupos, las cadenas de montañas que dominan la generalidad del suelo, y que marcan sus horizontes. Allí es donde yo llamo al observador imparcial, y le ruego que considere á qué se reduce el Protestantismo al lado de nuestros grandes hombres, al lado de nuestros grandes siglos, al lado de nuestras grandes tradiciones católicas.

La parte que en ello ha de caber al Protestantismo no es fácil de determinar, y el Catolicismo pudiera muy bien reivindicar para sí muchas glorias protestantes. Y ¿cómo hubiera, en efecto, el Catolicismo formado la Europa, y la hubiera dotado de todas las luces que irradiaban ya tan poderosamente en el siglo de Leon X; cómo hubiera vivido quince siglos antes de la Reforma y sobrevivido tan grande despues en las naciones que han continuado en pertenecerle con tanto esplendor; cómo hubiera luchado de tan cerca y tan de firme con el Protestantismo durante estos tres últimos siglos, sin obrar sobre sus enemigos, sin penetrarles con su influencia, sin elevarles á su altura, ó sin disminuir ó retardar á lo menos el abatimiento en que los hubiera postrado la sola influencia del Protestantismo? No hay que dudarlo: en las principales naciones protestantes, como la Alemania y la Inglaterra, la parte que ha sobrevivido de Catolicismo, ya sea en el corazon de estas naciones, ya sea en la relacion que estas han conservado con las demás naciones católicas de la Europa, y singularmente con la Francia, ha impedido que el Protestantismo no produjera en ellas todo su efecto.

Para apreciar el Protestantismo cual se debe, seria menester que hubiera sido puesto á prueba en un terreno enteramente vír-

gen, y exento de relacion con el Catolicismo. La civilizacion americana, que es entre todas la que mas se ha formado con estas condiciones, puede darnos de ello una ligera idea. Figuraos al mundo no habiendo jamás conocido otra civilizacion que aquella, y considerad consternados, aterrados, para honor de la naturaleza humana, toda la inmensidad de grandeza y de gloria de que ha de despojarse para hacerla descender hasta este nivel. ¡Qué enorme mengua ha de ser la suya! ¿Qué se ha hecho toda esta elevacion metafísica del pensamiento humano que se ha manifestado en las grandes obras de los doctores de la Iglesia, y de los filósofos que le han pertenecido, de san Anselmo, de santo Tomás, de san Buenaventura, de Suarez, de Belarmino, de Pascal, de Descartes, de Malebranche, de Leibnitz, de de Maistre, de Bonald, para no nombrar sino los príncipes del pensamiento, y aun algunos? ¿Dónde está toda esta brillante comitiva de la mística cristiandad que nos arrebata y nos transforma en los escritos de san Bernardo, de santa Teresa, de san Francisco de Sales, de Fenelon, del libro de la *Imitacion*, y toda esta profundidad de la ciencia del alma que se descubre en Bourdaloue, en Massillon, en Bossuet, y en todos los grandes sermonarios?... ¡Y las letras! ¿Contémplase á Bossuet formándose, engrandeciéndose y llegando hasta pronunciar sus *Oraciones fúnebres*, y escribir su *Discurso sobre la Historia universal* en la sociedad americana, Racine componiendo allí su *Atalía;* Corneille, *Polyeucto;* Fenelon, el *Telémaco;* la Fontaine, sus *Fábulas;* Sevigné, sus *Cartas;* la Bruyère, sus *Retratos;* Molière, su *Misántropo?...* ¡Y las artes! Rafael, Miguel Ángel, Corregio, Ticiano, le Sueur, Palestrina, Pergoleso; y vosotros, maravillas anónimas del arte cristiano, á quienes se llama Chartres, Reims, Amiens, Strasburgo, Colonia, admirables catedrales, que compendiais la creacion, y que la transfigurais para volver su gloria hácia su autor, apariciones de un mundo nuevo, sueños realizados del alma humana que se creyó por un instante al lado del Ángel, disipaos como el humo al soplo del Protestantismo: nosotros os evocamos como ideas de encanto en un mundo que no os conoce ni os conocerá jamás, y al estrépito de los aplausos idólatras que un pueblo de negociantes prodiga á... Lola Montes.

Si la civilizacion de que se trata es esta civilizacion llana y horizontal, cuyo tipo es el pueblo americano, damos desde luego

las armas al Protestantismo. Esta civilizacion, en su género, es perfecta, prodigiosa, porque, gracias á ella, es puramente industrial, y tiene por móvil aquel instinto infalible que en la escala de los seres está en razon inversa de la reflexion y del pensamiento, así como tiene por único objeto los establecimientos terrestres. Esta es la civilizacion del castor. Mas si por civilizacion se entiende ese desenvolvimiento ascendente de actividad intelectual, moral y estética, que, léjos de acercar la naturaleza humana á la naturaleza animal, la hace repeler la tierra y la lleva sin cesar á elevarse sobre sí misma, para ir á probar el destino del Ángel, y recobrar los cielos, el Protestantismo, desde su nacimiento, no ha cesado de atacar esta civilizacion, precisamente porque estaba identificada con el Catolicismo.

Bien desearíamos entrar aquí en un estudio especial sobre las costumbres industriales de nuestra época, sobre sus fuentes, sus elementos, sus peligros, sus remedios; pero nos espanta el punto á donde nos llevaria el desenvolver esta grave cuestion, cuando ya no nos arredrase de antemano lo mucho que nos hemos extendido en este libro. Bástenos, pues, el indicar que al Protestantismo le ha cabido una inmensa parte en la formacion de estas costumbres, cuya tendencia parece debe ser funesta, no ya precisamente á las ciencias metafísicas, morales y estéticas, sino hasta á las ciencias exactas, cuya aplicacion hace la industria. Todas las ciencias son solidarias, porque la verdad que cultivan bajo varios aspectos, es una. Aislar la física de la metafísica y de la moral, y despues de haberla así aislado, no cultivarla en sus hermosas teorías, sino únicamente en sus aplicaciones industriales, y bajo el solo punto de vista del lucro, es, recordando un símil aplicado ya al Protestantismo, matar la gallina de los huevos de oro. Cuanto mas las máquinas tienden á reemplazar á los hombres, tanto mas los hombres tienden á convertirse en máquinas. Al paso con que marcha la civilizacion industrial, el espíritu humano no puede dejar de descender al nivel de sus productos, y hasta de caer en un punto inferior á sus industrias, y llegar á verse como el rey Lear, expulsado por sus hijas, que en la estupidez de su abyeccion, ni aun se acordaba de que hubiese reinado. «Porque «la civilizacion romana murió á consecuencia de la invasion de «los bárbaros, dice el Sr. Alejo de Tocqueville, estamos quizás «demasiado dispuestos á creer que la civilizacion no podria mo-

«rir de otra manera... Si las luces que nos alumbran viniesen al-«gun dia á extinguirse, se irian oscureciendo poco á poco y co-«mo por sí mismas. Á fuerza de encerrarse en la aplicacion, se «perderian de vista los principios; y cuando se habrian olvidado «enteramente los principios, se seguirian mal los métodos que «de ellos derivan; no se pudieran inventar de nuevos, y como «sucede en la China, se emplearian, sin inteligencia y sin arte, «sábios procedimientos que no se comprenderian... No debemos, «pues, tranquilizarnos con la idea de que los bárbaros están lé-«jos de nosotros; porque si pueblos hay que se dejan arrancar «de las manos la luz, hay otros que la ahogan ellos mismos de-«bajo de sus piés.» *(De la Democracia en América,* tomo II, capítulo X).

Con sentimiento me separo de tan interesante materia, y prometiéndome desplegarla á la primera ocasion favorable, concluyo de esta rápida exposicion, que el reproche hecho á la Iglesia de ser enemiga de las luces es de tal modo inconcebible, y la fortuna que ha tenido esta paradoja durante cien años es de tal manera prodigiosa, que solo puede explicarse por un oscurecimiento de estas mismas luces, que las tinieblas ya no comprendieron jamás.

CAPÍTULO IV.

DEL PROTESTANTISMO CON RESPECTO Á LAS COSTUMBRES.

Una *sociedad que produce Santos,* ha dicho Bossuet, *tiene ya en sí un sello infalible de regeneracion.* Esta expresion es un rasgo sublime de buen sentido y de genio.

El Catolicismo ha siempre producido, produce, y producirá siempre Santos, y tiene de ellos una multitud innumerable.

El Protestantismo, que se ha presentado como el reformador del Cristianismo, no podrá presentar uno solo. — Hay en el Protestantismo almas honradas, bellas almas, almas cristianas, dignas de estimacion, y algunas veces de admiracion, á las cuales la naturaleza y la fe educan hasta un punto muy elevado de be-

lleza moral; pero, además de que tales almas no tanto son protestantes como cristianas, jamás llegan á lo que se llama *la santidad.*

Ya me parece oir quien se levanta para impugnarme, y me dice: — Vos prejuzgais mal al Protestantismo; ¿qué sabeis vos de él? El Protestantismo no canoniza sus santos, no hace ruido con ellos, es verdad; pero ¿se ha de concluir de aquí que no los contiene en su gremio? No puede mostrárnoslos, ni se manifiestan ellos por sí mismos, tambien es cierto; pero la misma humildad, y por consiguiente, lo profundo de su santidad, nos los oculta á nuestras miradas. Dios solo los conoce, y son mas grandes aun delante de él, por lo mismo que quedan perdidos á los ojos de los hombres.

Convengo en que la humildad es la condicion esencial de la santidad, por lo cual esta debe hallarse oculta y como enterrada, y por consiguiente, desconocida á los hombres. Una cosa observo, sin embargo; y es que los Santos católicos son humildes, muy humildes, incontestablemente, y que no obstante son conocidos, muy conocidos, y tanto mas conocidos; y que en ellos se cumple á la letra la palabra de Jesucristo: *Qui se humiliat exaltabitur.* Así, por ejemplo, ¿qué mas humilde que san Vicente de Paul, que san Francisco de Sales, que santa Genoveva, que santa Brígida, que san Vicente Ferrer, que san Juan de la Cruz, que san Luis, que santo Tomás de Aquino, que san Bernardo, etc.; que todos nuestros Santos, en una palabra, y qué hay de mas conocido? ¿Es porque la Iglesia los ha canonizado, y por esto los ha dado á conocer? De ninguna manera; porque su juicio en esta parte es siempre precedido del de los pueblos, y no le da sino sobre su testimonio, y por decirlo así, á su aclamacion.

¿Cómo seria, pues, repito, que los santos del Protestantismo, si el Protestantismo los tuviese, no fuesen igualmente conocidos, toda vez que la humildad no es una razon que lo explique?

La palabra del enigma se halla en esta observacion: que si la humildad es una condicion de la santidad, hay otra virtud que lo es tambien; virtud tanto mas brillante, cuanto la humildad, que es su fundamento, es mas profunda; virtud, por consiguiente, que descubre la humildad, y que prueba su existencia descubriéndola. Esta virtud es la caridad, la caridad esencialmente activa, operadora, bienhechora, conquistadora, cuya propiedad es á la

vez encerrar mucha humildad, pues no es posible darse y consagrarse á los demás sin desasirse de sí propio, sin dejar de pensar en sí, y revelar esta humildad en la misma proporcion; porque nadie puede sacrificarse al bien ajeno, aliviar las miserias, fundar obras buenas, derramar el bien, regenerar el mundo, sin que el mundo lo sepa, sin que conserve su sello, sin que proclame su beneficio.

El Protestantismo, pues, no tiene santos, á pesar de que su pretension de *Reforma* le obligaba á darlos en mayor número que el Catolicismo.

Como no tiene santos, tampoco tiene obras, buenas obras, obras de aquellas que influyen sobre las costumbres, que las preservan, que las reparan, que las elevan purificándolas, y que operan la verdadera civilizacion. El Catolicismo tiene una multitud de estas obras, tan numerosas, tan diversas, tan incesantes, tan renovadas y tan activas como la depravacion y la miseria. Mas el Protestantismo, fuerza es repetirlo, está desprovisto de ellas.

¡Y que no se me venga aquí á oponer algunos ejemplos particulares, algunas felices tentativas! Todo lo concederé, todo lo alabaré, aplaudiré todo el bien que se hace en el Protestantismo y que en él se debe hacer, gracias al Cristianismo y al pundonor; pero despues de esta concesion de casos particulares, apelaré sin temor á la vista del conjunto y á la comparacion general del Catolicismo y del Protestantismo sobre este punto; y digo que el resultado de esta comparacion es negativo para el Protestantismo.

Muchas razones hay para probarlo; pero en tan rápida ojeada no podemos enunciar sino las principales.

Ante todo, el Protestantismo está casado; lo cual hace que es infecundo. El celibato religioso es la grande condicion de la paternidad y de la maternidad de las obras, de la fecundidad del bien. Figuraos á san Vicente de Paul casado. ¿Hubiera acaso dejado sus hijos propios para ir á recoger los ajenos, y ser él mismo el primero en dar el ejemplo del abandono de que queria salvar á aquellas inocentes criaturas? La sola idea repugna al buen sentido no menos que al sentido moral. Si san Vicente de Paul ha sido el padre y la providencia de los hijos abandonados por el vicio, fue porque él mismo estaba sin familia y sin hijos. Sus entrañas, que habrian estado constreñidas á una sola familia, se ensancharon y se extendieron á la humanidad; y de ellas salieron estos

millares de millares de ángeles, que con mucha razon se llaman hijas suyas, las hijas de san Vicente de Paul, que continúan y perpetúan su fecundidad por su maternidad virginal.

El mismo Protestantismo reconoce esta verdad. «Grave error «es, dice uno de sus mas eminentes y mas respetables órganos «en un tratado espiritual sobre los deberes del santo ministerio, «es un grave error el creer que la parroquia debe ir antes de la «familia. Para el pastor, así como para otro hombre cualquiera, «el primer interés es el de la familia. Si esto no quiere admitirse, «lo mas sencillo es no casarse. ¿Cómo la caridad que se desvela «por los extraños, dejará de estar solícita por los de la casa? «¿Cómo el pastor no será antes pastor de la familia?» (Vinet, *Tratado del ministerio pastoral*, pág. 191). — «Hay tiempos y situa- «ciones, dice además, en que el ministro celibatario prestaria á «la Iglesia servicios que el ministro casado no puede prestarle «(estos tiempos y estas situaciones ¿no son continuos como el mal «y la miseria humana?) fuera del dominio religioso. Los hombres «que han hecho muy grandes cosas (el sacerdote es llamado á «hacer todos los dias grandes cosas) han vivido en el celibato.» (Id., *ibid.* pág. 185).

Concluyamos francamente: el ser casado, el tener sus afecciones y sus pensamientos encerrados dentro del círculo de un hogar doméstico, es cerrar su puerta á las buenas, á las grandes obras, por las cuales se obra sobre la civilizacion y sobre las costumbres.

La segunda razon por la cual el Protestantismo es impotente é infecundo, consiste en que ha muerto, ha extinguido el foco mismo del elemento del voluntario sacrificio y de la caridad, el sacramento divino de la Eucaristía. Un Dios dándose á nosotros hasta hacerse nuestro alimento, hasta nutrirnos con su carne y con su sangre, hasta asimilarnos de este modo su divina caridad, y encender su llama en nuestras entrañas, ¡qué ejemplo! ¡qué móvil! ¡qué principio de heroismo y de intrepidez santa para todas las grandes empresas de la caridad! Una alma que salvar á la extremidad del mundo; la masa de las miserias humanas que consolar con una existencia endeble y delicada; muchedumbres hambrientas que alimentar con algunos restos de panes; enfermedades contagiosas que curar sin ni pensar en contraerlas; dolencias morales y mentales, horribles y asquerosas que tratar, con un can-

dor y una delicadeza exquisitas; la humanidad entera que proveer; el mundo que abrazar y que regenerar; nada arredra, nada sorprende, nada cuesta en hecho de milagros de la caridad al que se alimenta, al que ve ese gran milagro de la Caridad misma, al que recibe todos los dias al Omnipotente. Mas, sin la creencia, sin la participacion de este grande milagro, el héroe, el santo, el poderoso en obras, no es mas que un pobre hombre mezquino, que léjos de poder elevar á los demás, no puede él mismo sostenerse. Así, el celibato religioso no es prudente sino bajo esta condicion; y el Protestantismo, haciendo divorcio con el himeneo Eucarístico, ha hecho muy bien en permitir y recomendar el matrimonio á sus pastores; pero haciendo lo uno y lo otro, se ha abdicado de esta grande accion civilizadora.

En tercer lugar, la fe, esta fe que transporta de un punto á otro las montañas, falta al Protestantismo. Y desde luego la fe en su objeto mas vivificante, mas activo, el mas *operador*, por decirlo así; la fe en la caridad infinita de Dios, en esta caridad Eucarística, de que acabamos de hablar, el Protestantismo no la tiene, y sin ella todo lo demás de la fe queda lánguido y debilitado. El que no cree en la Cena, ¿cómo creerá en la Cruz? ¿cómo creerá en el Pesebre? El que se niega á admitir que Dios ha amado al mundo hasta alimentarle con su carne y con su sangre, está en camino de no creer que le haya amado hasta entregar su carne y derramar su sangre para su salud; en camino de no creer que haya tomado esta carne y esta sangre en el seno de la Vírgen madre; en camino de no creer nada, porque todo lo que creeria no seria menos increible. Mas, sobre todo, la fe en el Protestantismo nada tiene de colectivo ni de inmutable; es enteramente individual, y por esto mismo undulante y diversa. De aquí tanta incertitud, tanta vaguedad, tantas flotantes diversidades, tantas variaciones en las confesiones protestantes. Estas divisiones, estas variaciones, este defecto de unidad y de concentracion de la fe, le quita toda la fuerza del conjunto, todo punto de apoyo real para obrar, para producir buenas obras. El Católico obra no solo con su propia fe, sino tambien con la fe de toda la Iglesia en su universalidad y en su perpetuidad, con la fe de los Mártires de la primitiva Iglesia, así como con la fe de los Mártires que espiran á estas horas por esta fe en las extremidades del mundo. Una comunion, una asociacion de fe, cuya base cubre todos los tiem-

pos y todos los lugares, y tiene arraigados sus fundamentos en toda la tierra y en todos los siglos, mas aun, en el cielo y en la eternidad, y obra en cada uno con las fuerzas de todos, una tal fe es realmente invencible. El Protestante, al contrario, no puede apoyarse sobre un solo protestante, no puede ahondarse sobre sí mismo; su fe no es mas que un móvil humo de opinion individual: ¿qué obras grandes podrá inspirarle?

Pero mucho mas hay aun: no solamente esta fe, tal cual es no puede producir buenas obras, sino que, segun la doctrina fundamental del Protestantismo, no tiene necesidad de inquietarse para producir alguna; ¿qué digo? parece aun autorizar las malas. Todo el Protestantismo, tan dividido sobre la verdad, está concorde y unánime sobre este error, que el hombre está fatalmente predestinado á la salud ó á la condenacion, sin que las obras buenas ó malas, puedan cambiar su destino; y que la fe sola, sin las obras, á pesar de las obras, basta para la justificacion y para la salud eterna. Nada exagero: «Enséñase, dice la confesion de «Augsbourg, que los hombres no pueden ser justificados delante «de Dios por sus esfuerzos, sus méritos ó sus obras, sino gratuitamente, á causa del Cristo y por la fe, *con tal que* crean que son «acogidos en gracia, y que sus pecados les son remitidos á causa de Cristo, el cual ha satisfecho con su muerte por nuestros «pecados.» (Art. IV, *de Justificatione*).

De donde Lutero, el primer padre de esta doctrina, concluyó: «Sé pecador, y peca fuertemente; pero mas fuertemente ten fe y «gozo en Cristo, que es vencedor del pecado, de la muerte y del «mundo. Hemos de pecar mientras en él nos hallamos; pero basta que reconozcamos, por las riquezas de la gloria de Dios, al «Cordero que lleva los pecados del mundo. Por él el pecado no «podrá perdernos, aun cuando mil y mil veces cada dia nos entregásemos á la fornicacion y al homicidio...» *Esto peccator, et pecca fortiter: sed fortius fide et gaude in Christo, qui victor est peccati, mortis et mundi. — Peccandum est, quamdiu hic sumus. — Sufficit quod agnovimus per divitias Dei Agnum qui tollit peccata mundi: ab hoc non avellet nos peccatum, etiamsi millies, millies uno die fornicemur aut occidamus.* (Lutheri epist. a Joh. Aurifabro, coll. Jen., 1556, in 4.°, tomo I, pág. 545).

Tan horrible delirio no es peculiar á Lutero: de él participan Zuinglio y Calvino, y si es posible, lo refuerzan. Segun Lutero,

en efecto, Dios tolera y permite el crímen; segun Calvino, lo *necesita* y se lo *apropia*: nos excita á él, nos quita la capacidad de evitarlo, él mismo lo comete en nosotros y por nosotros. «*Sata-*«*nás* mismo, dice Calvino, cuando nos empuja interiormente al «mal, tampoco es otra cosa que el *ministro de Dios*, pues que sin «el imperio que Dios le da, no lo haria.» *Satan autem ipse, qui intus efficaciter agit, ita est ejus minister, ut nonnisi ejus imperio agat.* Y hasta encuentra un ejemplo para justificar su doctrina: «Ab-«salon, dice, manchando por el incesto el lecho paternal, comete «un crímen detestable; y sin embargo, Dios hace esta accion su-«ya.» *Absalon incesto coitu patris torum polluens, detestabile scelus perpetrat: Deus tamen hoc opus suum esse pronuntiat*, etc. (*Coment. sobre la Epist. á los Romanos*, IX, 18). De lo cual Teodoro de Beza, el mas famoso de los discípulos de Calvino, saca este fundamento de la doctrina reformada: «Que Dios hace todas las cosas se-«gun su consejo definido, hasta aquellas, es á saber, que son «malas y execrables.» (*Exposicion de la fe*, cap. II, concl. 1).

Felizmente el corazon del hombre vale mas que su pensamiento, y que, gracias al sentido moral cristiano que el Catolicismo ha conservado en el mundo, los Protestantes valen mas que el Protestantismo. Pero aun cuando tan horrible doctrina no hallase los corazones asaz degenerados para convertirse en aplicacion social, fuerza es confesar que los predisponia á ella, no fuese sino por el mero hecho de dispensar de las buenas obras, ó simplemente no prescribiéndolas.

Diríase que el Protestantismo, viendo su impotencia para reformar la sociedad, quiso erigir esta impotencia misma como reforma, y deformar la doctrina sobre las costumbres, en vez de reformar las costumbres sobre la doctrina.

Los hechos vienen á confirmar este juicio. La Reforma reventó por todos los puntos por una inundacion de licencia.

Una reforma en la disciplina de la Iglesia se dejaba sentir en aquella época. Las costumbres del clero, participando siempre hasta cierto grado de las costumbres generales de la sociedad, de que forma parte, habian degenerado, como esta, hasta el escándalo. Pero lo muy digno de notarse es, que nunca habia habido mas reclamaciones y protestas contra estas costumbres; nunca se habian visto tantos llamamientos á una reforma, como los que partieron en aquella época del seno de la Iglesia. La Iglesia no

ha dejado á sus enemigos el cuidado de acusarla; aun diré mas, de calumniarla; ella ha sido la primera en acusarse, en calumniarse, en atacar, con una violencia á que no han igualado aquellos, los vicios de sus miembros. Ni aun el lenguaje de Lutero alcanza en fuerza y energía al de san Vicente Ferrer, al de san Bernardo, al de santa Brígida, al de una multitud de Santos ilustres, reputados tales y canonizados por la Iglesia, precisamente por haber usado de este lenguaje de censura y de reforma de costumbres, apoyándolo con la santidad de su vida. El vivo sentimiento de esta necesidad y su expresion resuenan por todas partes en la Iglesia. *¡La Reforma en la Iglesia y en sus miembros!* tal era el grito que salia de todas las bocas de la Iglesia; y si este grito acusaba á la Iglesia, la honraba mas aun de lo que la acusaba, pues que la mostraba impaciente del mal, y dominada por el celo de su reforma.

Mas, como habia dos géneros de reformadores, los Bernardos y los Luteros, hubo tambien dos géneros de Reformas.

La una, que tomando las costumbres desde el punto á que habian descendido, las hizo remontar desde la avidez á la abnegacion mas sublime, de la incontinencia á la mas virginal pureza, de la insubordinacion á la obediencia mas humilde, de la violencia á la mas caritativa dulzura, en una palabra, de todas las relajaciones, á todos los sacrificios, y de todos los vicios á las mas eminentes virtudes: tal fue el magnífico espectáculo que dió la Iglesia.

La otra, que tomando las costumbres en el punto mismo de relajacion, en vez de estrechar el freno, abandonó la rienda, y para hacer cesar la violacion de la ley, quitó la ley; que reformó las costumbres, desencadenándolas, legitimándolas, precipitando el mismo desórden; que reformó la avidez por el pillaje de los bienes eclesiásticos; la incontinencia del clero y de los conventos, por el matrimonio de los sacerdotes y los monjes, la insubordinacion y el relajamiento de la jerarquía eclesiástica, por la emancipacion y la revuelta; el enervamiento de la unidad, por la violenta division de las sectas, y el de la fe por el libre exámen: tal fue la reforma protestante, tales fueron las causas que la hicieron acoger por todas partes, el absoluto rompimiento de todos los lazos morales.

Zuinglio hablaba por todos los reformados, cuando vino á decir francamente al obispo de Constancia: — « Vuestra Grandeza

«conoce la vida vergonzosa que hasta ahora ¡ay! hemos lleva-«do con las mujeres, y que ha escandalizado y pervertido á mas «de uno. Nosotros pedimos, por consiguiente (pues sabemos por «experiencia que no podemos llevar una vida casta y pura, no «habiéndonosla Dios concedido), que no se nos prohiba el ma-«trimonio. Sentimos en nosotros, como san Pablo, el aguijon «de la carne: esto nos pone en peligro, etc., etc.» (Alzog. *Hist. de la Iglesia*, tomo III, pág. 400).

Así es como comprendia y verificaba la reforma el Protestantismo.

En esta senda, y con semejante móvil, muy léjos se podia ir. Una vez sentado este principio de reforma, no habia desórden á que no abriese él mismo la puerta á otros mucho mayores desórdenes. Así, la violacion organizada del celibato eclesiástico no debia limitarse al matrimonio; y deshonrado este en aquellos á quienes era permitido por la participacion de aquellos á quienes estaba vedado, debió hallarse, por la misma razon, libre de las santas leyes que lo constituyen. Si la incontinencia en el celibato eclesiástico autoriza el matrimonio, la incontinencia en el matrimonio debia autorizar el divorcio, así como la incontinencia en el divorcio debia autorizar la poligamia. En todas las cosas las malas inclinaciones debian tambien legitimarse por sus excesos; y siguiendo esta pendiente, debia por fin llegarse á aquella completa reforma anunciada en estos términos por Fourrier: «No es verdad «que Dios haya criado la mas bella de las pasiones para repri-«mirla, comprimirla, oprimirla al sabor de los legisladores, de los «moralistas, y de los pachas: Dios ha criado al hombre para las «costumbres fanerogramas.» (*Tratado de la Asociacion*, pág. 399).

«Sígase la línea lógica del espíritu que animaba á Lutero, dice «el Sr. Buchez, y de concesion en concesion, se llegará á la con-«cesion universal publicada por tantos reveladores contemporá-«neos, y que es la consecuencia práctica del Panteismo. Los re-«formadores del siglo décimosexto pretendieron que el matri-«monio era el único remedio contra el desenfreno de los clérigos. «Hoy escriben los Panteistas: La fidelidad conyugal es imposible: «¿quereis impedir el adulterio? abolid el matrimonio, é instituid «la promiscuidad: ¿quereis que no haya mal? negad y destruid «el bien.» (*Hist. parlamentaria de la Revolucion francesa*, t. XXIX, pág. 3).

Así es como la primera Reforma conducia, por una sucesion de reformas lógicas, á la Reforma final que suprime toda moral y toda sociedad.

Ya por sí sola avanzó muchos pasos en la via que conduce á este fin. Así, despues de haber abierto á la incontinencia de los clérigos la puerta del matrimonio, abrió á la incontinencia del matrimonio la puerta del divorcio. La Reforma es la que introdujo en la Cristiandad el divorcio; el divorcio, que atacando la union del nudo conyugal, disuelve la familia, que produce los disgustos y las discordias domésticas por el aliciente del cambio y del rompimiento, que fomenta y favorece el adulterio por la esperanza de su legitimacion, y que turba, corrompe y seca la mas viva fuente de la civilizacion.

La Iglesia ha sufrido cien veces la furia de las mas brutales pasiones, antes que ceder sobre este punto, y sobre un punto mas secreto, no menos atentatorio á la santidad del matrimonio: y gracias á Dios ha llevado siempre la ventaja; sin lo cual la civilizacion hubiera abortado en la barbarie. Mas, si ella ha salido con victoria, es porque ella misma ha sido la primera en dar en la persona de sus ministros el ejemplo de la continencia absoluta, de la castidad misma, y por este ejemplo sublime ha salvado el principio de la castidad en sus diversas aplicaciones secundarias é inferiores. La castidad en el celibato eclesiástico inspira y tiene el derecho de mandar la castidad en el celibato láico y en el matrimonio, que es tambien un celibato relativamente á toda otra mujer que no sea la legítima, y relativamente á esta aun en ciertos casos. Por la razon misma, la violacion del celibato religioso absoluto debia arrastrar la violacion del celibato relativo del matrimonio.

Sabido es por cuán criminales infamias la facultad del divorcio fue inaugurada en el rey de Inglaterra Enrique VIII, y que esta fue, junto con el pillaje de los bienes eclesiásticos, la brecha por la cual penetró el Protestantismo en *la isla de los Santos*. La Iglesia, que en aquel momento tan grande interés tenia en contemporizar con Enrique VIII, pues que, despues de la pérdida de la Alemania, veia escapársele la Inglaterra; entonces, que bastaba para retenerla con una sola palabra, con un *sí* puesto al pié del acta de divorcio de Enrique VIII con Catalina de Aragon, y que esta palabra podia ir encubierta bajo el especioso pretexto de la

nulidad de matrimonio, siendo Catalina hermana política de Enrique, rehusó santamente el consentimiento, y por medio de esta heróica negacion salvó el primer principio moral de la civilizacion moderna.

Añadamos tambien, para gloria del Catolicismo, que el mas grande hombre y el mas íntegro, tanto como el mas amable de Inglaterra, en aquel tiempo, que reunia las calidades de hombre de Estado á las de sábio, de literato y de cristiano, Tomás Moro, pagó con su cabeza, como san Juan Bautista, el *Non licet* que tuvo el glorioso valor de dirigir á aquel nuevo Herodes.

«Yo desearia, por respeto hácia los consejos de mi país, dice «Fitz-William, no hablar del débil motivo que produjo el gran«de suceso de la Reforma en Inglaterra; pero es demasiado cono«cido para que se le pase en silencio con una apariencia de afec«tacion: tal es la pasion ilegítima de Enrique por Ana de Boleyn. «Si la pasion y el capricho no hubiesen tenido parte en la dispo«sicion de este Monarca, hubiera conservado sus amistosas rela«ciones con la Santa Sede; el título de *Defensor de la fe*, que se «habia adquirido por sus escritos, se le hubiera debido hasta el «fin, y sus sucesores habrian podido llevarle, sin que hubiese «venido á convertirse, como en el dia sucede, en un objeto ir«risorio, tanto por el donador como por la dádiva. Mas EL PASAR «DE LA IGLESIA Á UNA SECTA SE HACE CON HARTA FRECUENCIA POR «EL CAMINO DE LOS VICIOS, Y EL PASAR DE UNA SECTA Á LA IGLESIA «SE HACE SIEMPRE POR EL CAMINO DE LAS VIRTUDES.» (Fitz-William, pág. 113).

Estas últimas palabras encierran una admirable verdad: ellas reasumen toda la historia de la Reforma, y reciben cási tantas confirmaciones como casos hay de su experiencia. Puede altamente apelarse á esta prueba, sobre la cual yo no sé concebir cómo haya un hombre honrado protestante que no abra los ojos.

Tampoco ignora nadie hasta qué punto llevó Enrique VIII la licencia, cuyo camino le habia abierto la Reforma, y que continuó en allanárselo. Despues de haber repudiado á Catalina de Aragon para satisfacer su pasion con Ana de Boleyn, hizo decapitar á esta cuatro años despues, so pretexto de adulterio, y casó sucesivamente con Juana Seymour, que murió de sobreparto; Ana de Clèves, á la cual repudió por fea; Catalina Howard, á la cual condenó á muerte por el mismo motivo ó pretexto que Ana

de Boleyn; y en fin, Catalina Parr, que le sobrevivió. Preciso es bajar otra vez á la decrepitud del Paganismo, á las monstruosidades impúdicas y sanguinarias de un Calígula ó de un Neron, para encontrar algo que se acerque á este preludio de la Reforma en el seno de la Cristiandad.

Y que no se nos oponga á la conducta de Enrique VIII la de ciertos soberanos católicos; porque la conducta de estos ha sido siempre condenada por la Iglesia, que no ha dejado de conservar sobre su cabeza la regla inflexible de las costumbres, mientras que la Reforma ha legitimado la conducta de Enrique VIII, y Enrique VIII ha sido él mismo un Reformador que se ha aplicado el beneficio de la Reforma. Y aquí está el punto importante.

El divorcio, ó la poligamia sucesiva, no debia satisfacer las pasiones emancipadas por la Reforma. El matrimonio, aun con la facilidad del divorcio, imponia tambien, como hemos dicho, un celibato relativo, y algunas veces absoluto; y siguiendo su principio una vez sentado, de que la incontinencia en el celibato religioso autoriza el matrimonio, y la incontinencia en el matrimonio el divorcio, la Reforma no debia parar hasta admitir que la incontinencia en el matrimonio, aun con la facilidad del divorcio, autoriza la poligamia.

La secta protestante de los Anabaptistas profesó altamente y practicó indefinidamente la poligamia. Juan de Leyde, uno de sus jefes, tenia veinte mujeres. Loca extravagancia, se dirá, que no debe tomar por su cuenta la Reforma. Veámoslo, sin embargo.

El landgrave Felipe de Hesse, el mas ardiente y el mas poderoso defensor de la Reforma, partiendo desde luego de este principio fundamental del Protestantismo, que la fe sola justifica y priva de que los pecados sean imputados, y aun mas, que la predestinacion los necesita, habia creido poder permitirse, aunque casado, vivir en concubinaje con otra mujer á mas de la legítima, la virtuosa Catalina, que le habia hecho padre de ocho hijos. Con todo, acabó por tener remordimientos; y para hacerse autorizar canónicamente para este concubinaje, ó mas bien para hacerlo erigir en matrimonio, cumulativamente con el que le unia con su mujer legítima, se dirigió á la Reforma en sus tres principales jefes, Bucer, Lutero y Melancton. Su vigorosa constitucion, les decia, y sus frecuentes asistencias en las dietas del Imperio y de sus Estados, en donde se vivia á sus anchuras, no

le permitian estar solo; y con todo, no podia llevar allí á la Princesa su mujer con todo el tren dispendioso de la corte. ¿No podia, desde entonces, á mas de esta, casarse tambien con Margarita Sahl, doncella de honor de su hermana Elisabet, y tener de este modo una segunda mujer de repuesto?... Los tres reformadores examinaron el caso, y examinaron este doble matrimonio, *á fin*, lleva la decision, firmada por los tres eminentes autores y seis otros teólogos de Hesse, *de proveer así á la salud de su cuerpo y de su alma, como y tambien á la gloria de Dios.* (Véanse las piezas originales citadas por Bossuet, *Hist. de las Variaciones).*

Este acto de la Reforma no era solamente un acto de cobarde condescendencia hácia un soberano que la ayudaba con el poder de su brazo, sino que era con toda realidad la expresion de su doctrina. Encontramos tambien esta doctrina de la poligamia muy libremente enseñada en el Comentario de Lutero sobre el Génesis (tomo IV, Jen. germ., f. 103, a.), así como en su carta de 13 de enero de 1523 á Jorge Bruck, canciller del duque de Sajonia-Weimar, que, descontento de su mujer, deseaba tomar otra. Dirigióse para esto á Lutero, el cual le respondió por este oráculo verdaderamente délfico: «Me es imposible, en virtud de la Es-«critura santa, el prohibir á cualquiera que sea el tomar muchas «mujeres á un mismo tiempo; mas no quisiera yo ser el prime-«ro en introducir esta laudable costumbre entre los cristianos.» (N. 572, tomo II, pág. 459. Indicado en *la Suecia y la Santa Sede*, por Augusto Theiner, tomo I, pág. 209).

Algo de peor que la poligamia se lee fijado en este pasaje de los escritos de Lutero, que una pluma pagana hubiera rehusado escribir, y que una pluma cristiana no puede reproducir sino purificándose con la intencion de servir á la verdad... «Si la mujer «legítima rehusa, viene la sirvienta:... si esta no quiere, procú-«rate una Ester, y envia á pasear á la Vasthi, como hizo el rey «Asuero.»

No es tomado este pasaje de sus *Conversaciones de mesa*, á las que no descendemos; lo es sí de su *Tratado de la vida conyugal*, en la edicion de Iena, pág. 11, fól. 168.

En fin, la mas brutal promiscuidad hubiera sido predicada por Lutero, si hemos de dar crédito á la carta que le escribia en 1526 el piadoso duque Jorge de Sajonia, y que transcribe Surio en sus Comentarios, pág. 150, y refieren Sleiden y otros... «¿En cuál

«época Wittemberg, se dice en esta enérgica protesta, se ha vis-«to poblado de tantos monjes secularizados, y de religiosas mun-«danas? ¿En qué época las mujeres se han visto arrebatadas de «sus maridos para ser dadas á otros, como tu Evangelio permi-«te? ¿En qué época se han cometido tantos adulterios como des-«pues que tú te has atrevido á escribir: *Cuando una mujer no pue-«de ser fecundada por su marido, preciso es que vaya á encontrar otro «para que le haga hijos, que el marido estará obligado á alimentar, y «lo mismo podrá hacer el marido en igual caso?*»

La Reforma parecia no tener mas objeto que hacer un crímen de la castidad y de la continencia, y de permitirlo todo, de alentar á todo, antes que el pudor y la virtud. Así, segun Lutero, no habia solamente permiso, sino obligacion en romper los votos de este género: todos sus escritos son una continua excitacion á la emancipacion de la carne, á la libre satisfaccion de los sentidos; y despues de haber fulminado sus anatemas contra la continencia en el celibato, ni aun le permite el refugiarse en el matrimonio. Esta union santa no es tal para él sino en cuanto permite, no en cuanto retiene; y se la ve sucesivamente ó exaltarla ó escarnecerla, segun el uno ó el otro de estos dos caractéres; y para él no es mas en cierto modo que la puerta del desarreglo y del libertinaje.

Nada exagero: y aun paso por alto este fondo de infamias en que la obscenidad compite con el sacrilegio ó con la blasfemia. Los que hayan entreabierto las obras de Lutero pueden apreciar mi reserva [1].

¡Imagínese ahora lo que debian llegar á ser los países protes-

[1] Lutero compuso sobre su propio matrimonio un epitalamio, que da bien á conocer sus disposiciones:

Ó Dios, en tu bondad
Danos vestidos y sombreros,
Así como mantos y sayas,
Becerros gordos y machos cabrios,
Bueyes, carneros y vacas,
Muchas mujeres y pocos hijos.—Amen.
(*Conversaciones de mesa*).

Exprésase asimismo con el mas profundo menosprecio sobre sus relaciones matrimoniales, y habla de su mujer en unos términos, y le escribe unas cartas que el mas desenfrenado libertino no se atreveria á escribir de iguales á la compañera de sus vergonzosos placeres, ni aun usarlas hablando de ella.

tantes bajo la influencia de semejante Reforma, que desencadeba la lujuria de los conventos sobre la sociedad, la avidez de la sociedad sobre los conventos, y la rebelion é insurreccion general del espíritu y de los sentidos contra toda autoridad, toda regla y toda disciplina [1]! ¿Qué habia de ser de la civilizacion, que con tantos esfuerzos habia la Iglesia sacado de la barbarie germánica, si esta misma Iglesia no hubiese opuesto su reforma á la de Lutero, y por prodigios de santidad combatido prodigios de licencia?

Segun el testimonio de los mas celosos historiadores protestantes, Strype, Cambden, Dugdale, y segun la declaracion del mismo Enrique VIII á su Parlamento, las consecuencias inmediatas de la Reforma fueron desde luego la corrupcion general de las costumbres y el entero abandono de toda justicia. «La caridad «debilitada; ninguna conformidad en la manera de vivir con la «ley de Dios; la avaricia, la opresion, el asesinato; los magis«trados haciendo tráfico con la justicia; el clero, desde los obis«pos hasta los curas, corrompidos; el adulterio y el libertinaje: «por manera que la Inglaterra parecia entregada á toda la rabia «y á toda la locura del espíritu de revuelta, de tumulto y de par«tido, etc.;» tal es el cuadro de la Reforma naciente, trazado por uno de sus historiadores.—Witgist, obispo de Cantorbery se lamentaba de que su iglesia estaba llena de ateos. *(In sua defens.)*. —Edwino Sandis, hablando de las divisiones de los reformados, suspiraba de que «sus debates contribuian mucho á aumentar el «Ateismo entre los protestantes y el Mahometismo en lo exterior.» *(In relat.*, 7, n.° 45, an. 1605). — «Tan distantes estamos, decia «King, obispo de Lóndres, de ser unos verdaderos israelitas, que «mas bien estamos convencidos de ser unos perfectos ateos.» (King, *super Zonam*, sect. 32, pág. 442). — Zanchio se quejaba igualmente de que «los ministros de Satanás habian llevado del «infierno el Ateismo á algunas iglesias reformadas de Alemania.» *(Epist. ante confession.* August., pág. 7). etc.

[1] Los versos siguientes pueden darnos una idea de esta reforma:

I Cuculla! vale Cappa!
Vale Prior, Custos, Papa,
Cum obedientia!
Ite Vota, Preces, Horae!
Vale Timor cum Pudore!
Vale Conscientia!

En fin, Lutero y Calvino mismos retrocedieron delante de su Reforma, y la maldijeron en su cuna. En Wittemberg, su ciudad querida, la Jerusalen del *puro* Evangelio, Lutero hizo resonar un dia estas palabras: — «Desde que hemos predicado nuestra doctrina, el mundo se hace de dia en dia mas malo, mas impío, mas descarado. Los diablos se precipitan en legiones sobre los hombres, los cuales, á la pura luz del Evangelio, son mas ambiciosos, mas impúdicos, mas detestables de lo que eran en otro tiempo bajo el Papado. Paisanos, rústicos y nobles, gentes de todos estados, desde el mas grande al mas pequeño, no hay donde quiera sino avaricia, intemperancia, crápula, impureza, desórdenes vergonzosos, pasiones abominables.» (*Sermon* 1533). *Salgamos de esta Sodoma*, escribia una ocasion á su mujer.

Las mismas palabras, expresiones idénticas se escapan de la boca y de la pluma de Calvino: — «Entre *cien* evangélicos, escribia, apenas se hallará *uno solo* que se haya hecho evangélico por otro motivo que para poder abandonarse con mas libertad á toda especie de deleites y de incontinencias.» (*Comment. in II Epist. Petri*, 110, 2, pág. 60).

Por dicha de la civilizacion, mientras la Reforma soltaba tan escandalosamente la rienda á la inmoralidad, la Iglesia estrechaba el freno con una energía sobrenatural. «Los Pontífices romanos presentaban en sus personas, dice un historiador protestante, toda la austeridad de los primeros anacoretas de la Siria. «Paulo IV desplegaba en el solio pontificio el mismo fervor de celo y de devocion que le habia conducido en el convento de los Teatinos; san Pio V, bajo su espléndido ropaje, ocultaba el cilicio de un solitario, caminaba á pié desnudo delante de las procesiones, y edificaba el mundo por ejemplos innumerables de humildad, de caridad, de perdon de las injurias; Gregorio XIII se esforzaba no solo en imitar, sino en superar á Pio V en las severas virtudes de su profesion. — Tal era la cabeza, tales los miembros. — Un espíritu interior de reforma se habia apoderado de la Iglesia, y una sola generacion la habia renovado desde el palacio del Vaticano hasta la mas escondida ermita de los Apeninos.» (Ranke, *Hist. del Papado;* Macauley, *Rev. de Edimb.*, oct. 1840).

Reformándose así fue como la Iglesia reformó el mundo, y le salvó de los abismos de disolucion que la falsa Reforma le preparaba.

En la pintura que de la inmoralidad de esta acabamos de hacer, se nos arrostrará quizás el habernos complacido en presentar no mas que el lado malo de la Reforma, y sin discutirlo, se limitará quien nos impugne á oponernos una sencilla consideracion.

Se nos dirá: El Protestantismo contiene y ha contenido siempre convicciones y caractéres tan indisputablemente respetables, tan puros, tan cristianos, que es imposible que no sea sino una escuela de inmoralidad y de licencia. Esta reflexion prévia es superior á todos los raciocinios y á todos los hechos.

Reconocemos todo el valor de esta reflexion preventiva, y le debemos el honor de una satisfaccion que nos apresuramos á darle.

Hay en el Protestantismo dos elementos perfectamente distintos: el uno por el cual se ha separado del Catolicismo; el otro por el cual ha quedado unido á él.

El primero, el elemento protestante, consiste en todo lo que ha sido objeto de la separacion y de la pretendida Reforma, á saber: el libre exámen, la doctrina de la justificacion, la exclusion de los sacramentos de Penitencia y de Eucaristía, la supresion de los ayunos y abstinencias, el matrimonio de los sacerdotes, el divorcio, etc., etc.: hé aquí la Reforma, hé aquí el Protestantismo.

El segundo elemento, por el cual el Protestantismo ha quedado en comunion con el Catolicismo, consiste en la autoridad de las Escrituras, la fe en Jesucristo, el Bautismo, la moral evangélica, etc., etc. Este elemento no nació del Protestantismo como el primero. Él estaba ya, y no ha cesado de estar en el Catolicismo, de quien únicamente lo tiene el Protestantismo. Sobre este punto no ha habido separacion, protestacion, reforma; y el Catolicismo en esta parte se ha continuado en el Protestantismo, el cual no ha hecho sino debilitar y disipar este elemento.

Ahora, pues, en el juicio que hemos hecho sobre la Reforma, no hemos debido considerar sino la Reforma, lo que ha sido su obra propiamente dicha, es decir, el primero de los elementos que acabamos de distinguir. Y este no es un lado solamente de la Reforma, es toda la Reforma. Lo que se llamaria el otro lado, el segundo elemento, es el elemento conservado, el elemento no reformado, el elemento cristiano, el elemento católico; y de él no debe hacerse honor á la Reforma, así como no se hace un mérito al que os ha despojado de vuestro patrimonio, el haberos dejado de él algunos pedazos. Reducida, pues, de este modo á sí

misma, hemos dicho y demostrado que la Reforma ha sido inmoral, y no ha sido otra cosa que inmoral, y así lo sostenemos. Todos los artículos de la Reforma, en efecto, sin excepcion, el libre exámen, la doctrina de la justificacion, la supresion de la confesion, la negacion de la presencia real, el matrimonio de los sacerdotes, el divorcio, etc., son (y atiéndase bien á este punto) artículos de emancipacion, de relajacion, de indisciplina, de incontinencia para el espíritu, para el corazon ó para los sentidos. ¡Aberracion extraña de las ideas y del lenguaje! El sentido comun y la mas vulgar experiencia solo aplican á la palabra de reforma una idea de represion, de disciplina, de llamamiento á la regla, de sumision á la autoridad, como así lo ha entendido, como así lo ha admirablemente practicado el Catolicismo, por la óbvia y sencilla razon de que lo que tiene necesidad de ser reformado es el desarreglo, la indisciplina, la incontinencia y la revuelta; y hé aquí que el pomposo nombre de Reforma se dió y ha quedado á una herejía que lleva escrito en su bandara: Abolicion de la autoridad; abolicion de la confesion y de toda penitencia; abolicion de la fe en los santos misterios; abolicion de la continencia eclesiástica; abolicion de la indisolubilidad del matrimonio; abolicion de toda regla de fe, de toda privacion, de toda disciplina, de todo freno. ¿Podria, en verdad, hallarse un epigrama mas cruel contra la Reforma que su mismo nombre [1]?

[1] Sabido es aquel dicho de Erasmo: «¡Así es como se sacrifican! *La Refor-*«*ma* parece no haber tenido otro objeto que transformar en pretendientes de «novios y de novias á los monjes y á las monjas.» —*Nosotros hemos oido al mismo Calvino que nos decia:* «que no se hacia *evangélico*, sino para poderse «abandonar con mas libertad á toda suerte de incontinencias;» y Fitz-William ha dicho tambien con muchísima verdad y con la experiencia de todos los dias, que EL PASO DE LA IGLESIA Á UNA SECTA ES CON HARTA FRECUENCIA POR EL CAMINO DE LOS VICIOS, Y QUE EL DE UNA SECTA Á LA IGLESIA ES SIEMPRE POR EL CAMINO DE LAS VIRTUDES. — Esta verdad acaba de presentarse personificada á nuestros propios ojos, y por decirlo así, representada en el proceso entre el Dr. Newman y el Dr. Achilli. El Protestantismo nos ha dejado ver en este memorable negocio toda la franqueza de sus principios y de sus instintos. Un diario inglés, el *Tablet*, en un artículo que ha sido reproducido por el *Sund* y por el *Galignani* de 9 de julio de 1852, hace á este propósito las siguientes reflexiones, que son de una verdad indisputable. Por su lectura se juzgará si las insertamos ahora con oportunidad:

«El Protestantismo ha adquirido un nuevo santo, todo enteramente segun «su corazon y segun su naturaleza: no es este solamente san Achilli de Exeter-«Hall, sino san Achilli de Westminster-Hall, consagrado y canonizado por

Ahora bien: el Protestantismo no ha enteramente protestado; la Reforma no ha enteramente reformado. Algunos elementos cristianos han hallado indulgencia, ó mas bien, se han juzgado deber ser conservados como elementos de vida para el Protestantismo mismo; tales como la santa Escritura, la fe en Jesucristo, el bautismo, algunos puntos de la moral evangélica, etc. Por ellos el Protestantismo, separado en todo lo demás, ha continuado en tenerse unido al Cristianismo, es decir, á la verdad, á la vida, cu-

« las aclamaciones universales de una multitud que se lanzaba como una ir-
« rupcion en el santuario de la *in*-justicia, para dar testimonio de su simpatía
« al jurado y al juez, que la han muy bien merecido. Sí, el Protestantismo, que
« es esencialmente una religion de *no-castidad* y de incontinencia, que ha te-
« nido su orígen en las brutales propensiones del mas inmundo de los reyes de
« Inglaterra, y en que, en sus últimos dias, acaba de coronar sus impuras tra-
« diciones por el triunfo público de Achilli, el Protestantismo, digo, ha reci-
« bido su último sello en este modo de proceder. Achilli era demasiado perver-
« so para la Iglesia católica. Fue condenado por los tribunales católicos á causa
« de su brutal incontinencia; juzgado por la Inquisicion indigno de ejercer nin-
« guna funcion eclesiástica. Se le prohibió el celebrar misa, el oir confesiones,
« el predicar y enseñar, como si su presencia sola mancillase el puro aire del
« cielo. Mas este mismo hombre ha recibido por los aplausos entusiastas de
« un numeroso tribunal de justicia, representante de una vasta porcion de la
« clase media en Inglaterra, la sancion de la aprobacion pública. Condenando
« á la execracion la cruel injusticia de esta Inquisicion (que sin embargo habia
« castigado muy póco y muy tarde), los Protestantes indignados han elevado al
« rango de confesor de su fe y de sus costumbres un hombre que ha sido pre-
« sentado para consagrarse sinceramente á la práctica de sus principios. — En
« efecto, fuerza es convenir que hay un fondo de verdad en su manera de mi-
« rar el negocio. Achilli es realmente el verdadero confesor y mártir de una re-
« ligion que ha abolido el sacramento de la Confesion y el celibato de los sa-
« cerdotes, porque en su alma y conciencia, y con todas sus fuerzas, niega y ha
« negado siempre que ni la gracia misma de Dios tenga el poder de preservar
« la castidad en los hombres; de una religion, que se ha hecho, y es realmente
« una religion de instintos materiales; de una religion que, por su propia esen-
« cia da una libre accion á los apetitos del hombre, proclamando la imposibi-
« lidad de la continencia, y que no tiene mas garantía contra peores y mas in-
« fames abominaciones que el pudor natural al carácter de la mujer. — El pú-
« blico protestante que aplaudió á Achilli no le cree casto por cierto; pero este
« público mira al libertinaje, especialmente en un hombre no casado, como un
« muy leve defecto, por el cual, aun cuando sea llevado á los mas abominables
« excesos, es en verdad demasiado duro y demasiado injusto el castigar á na-
« die. El público protestante inglés se muestra y se ha mostrado siempre celoso
« del derecho teológico que tienen los célibes de infringir por lo menos dos de
« los diez mandamientos de Dios... Y está persuadido que lo que no puede ab-
« solutamente negarse ser la ley de Dios, es una ley de una imposibilidad ex-

ya integridad solamente el Catolicismo ha mantenido [1]. De allí ha tomado la sávia que le ha hecho vivir de la vida del tronco, que le ha privado de corromperse y de disolverse enteramente. Todo lo que tiene, pues, de convicciones y de caractéres honorables, viene de esto, y por esto se sostiene. Todo cuanto hay de cristiano en el Protestantismo es un resto del Catolicismo, y seríamos tanto mas culpables en desconocer en él este elemento honorífico, moral, religioso, cristiano, en cuanto tenemos un interés en reivindicarlo. Y ¿cómo no ven estas convicciones mismas, que ellas son extranjeras en el Protestantismo, que son nuestras, y que de nuestro lado, del lado de la Iglesia, es donde se ha obrado la verdadera Reforma, y se ha conservado el verdadero Cristianismo? ¿Cómo no ven que una Reforma, salida del alma de Lutero y de la de un Enrique VIII, está ya corrompida en su propia fuente, y que todas las innovaciones por las cuales se ha constituido fuera y en oposicion con la Iglesia, consideradas artículo por artículo, no son sino relajaciones, medios de facilitar, connivencias para las perversas propensiones de rebeldía, de orgullo y de concupiscencia que el Cristianismo tiene precisamente por objeto el reprimir; que una doctrina que hace profesion de no humillarse, de no mortificarse, de no contenerse, de no creer en el grande milagro de la caridad infinita de Dios, y de burlar el supremo deseo que nuestro muy amado Salvador dirigia á su Padre al instituir este grande milagro: *¡Qué sean uno como nosotros!* es manifiestamente una doctrina antievangélica y anticristiana;

«travagante, y que todos los célibes que pretenden observarla son perversos, «hipócritas y necesariamente impuros.

«Así, pues, los dos *convertidos* ó *apóstatas*—se presentan al mundo—el uno, «de una vida sin tacha y de costumbres irreprensibles, condenado en medio de «las execraciones de una multitud de celosos protestantes, que se llaman á sí «mismos *evangélicos*, porque tiene celo por la ley de Dios y horror á la impu«reza; el otro, elevado al pináculo de la santidad y del martirio protestantes, «porque representa, segun la opinion protestante, el derecho de cada hombre, «de *hacer lo que quiere*, y la necesidad impuesta, segun ella, á la naturaleza «humana, de infringir la ley de Dios y la disciplina de la Iglesia católica.»

[1] Así, con las santas Escrituras, el Catolicismo ha guardado la tradicion y la autoridad para explicarlas; con el santo Bautismo ha guardado la penitencia que hace recobrar su gracia; con la fe en Jesucristo y la moral evangélica ha guardado el dogma de la presencia real, que vivifica esta fe, y que inflama el corazon para la práctica de esta moral... etc. El Catolicismo es tambien el Cristianismo completo, el Cristianismo *integral*.

que la preocupacion está cuando menos para una Iglesia que profesa la virginidad, la penitencia, la confesion, la comunion, la unidad, la perpetuidad, la universalidad, la apostolicidad, todos los medios y todos los caractéres de la verdad y de la santidad que Jesucristo vino á establecer sobre la tierra? ¿Cómo no sienten estas convicciones, al simple aspecto general de una y de otra doctrina, que hay para su alma un grande peligro en contentarse con la menos cristiana, en hacerse cómplices de la hostilidad y del odio que esta doctrina profesa contra la Iglesia? ¿Cómo no comprenden desde entonces que hay para ellas un grande deber sobre que ilustrarse, y un generoso partido que tomar?

Mas aquí se levanta ante nosotros una objecion, y exige que la discutamos.

Si así es, se nos dirá, si el Catolicismo posee la integridad del Cristianismo, y si la Iglesia guarda las promesas de Jesucristo, las sociedades católicas deberian presentar un estado de moralidad indisputablemente superior al de las naciones protestantes. ¿De dónde nace, pues, que no aparece ser así, y que aun parece hasta ser lo contrario? ¿de dónde viene que las sociedades protestantes son generalmente mas religiosas, y que se ven en ellas menos impiedades y escándalos, menos trastornos y revoluciones que en las naciones católicas? Mirad la Inglaterra, mirad la Francia, y decidid.

La objecion es interesante, pero no embarazosa. Cuando se tiene de su parte la verdad, mas bien deben buscarse que evitarse las dificultades, porque estas deben redundar en su triunfo.

Digámoslo, pues, con confianza: la solucion de esta dificultad, léjos de poder ser contraria á la verdad católica, vuélvese toda en honor suyo.

Y aunque nos veamos obligados á constreñirla en el corto espacio que nos queda, todavía esperamos, con todo, decir lo suficiente para convencer á todo lector atento de la verdad de nuestro modo de pensar.

La respuesta es complexa, y fuerza es deducirla separadamente.

Ante todo, las sociedades católicas, y particularmente la Francia, que influye sobre ellas, de mas de un siglo á esta parte, se hallan en un estado de guerra con la Iglesia. La Francia cien años hace que es volteriana, y de treinta años acá hegeliana. Y ¿qué hay de extraño en que sea impía y sacrílega? Si ella fuese

sensata y arreglada, siendo anticatólica, el Catolicismo quedaria convencido cuando menos de inutilidad; pero ella es loca y descarriada á proporcion que es anticatólica: sus desórdenes, pues, prueban la verdad del Catolicismo, y le vindican de la objecion, la cual se destruye así por sí misma. La Francia es impía, no porque sea católica, sino porque no es católica: su impiedad, pues, léjos de probar nada contra el Catolicismo, da testimonio á su favor.

En segundo lugar: si la Francia no es católica, pues ¿qué será? Ya lo hemos dicho: ella es, ella ha sido sucesivamente volteriana y hegeliana. Y ¿de dónde proceden el volterianismo y el hegelianismo? Harto lo hemos demostrado: del Protestantismo. La Francia, bajo el nombre de católica, es, pues, por el hecho protestante: al Protestantismo, pues, á su influencia directa ó indirecta deben atribuirse los desórdenes de la sociedad francesa: él es, y no el Catolicismo, á quien se ha de acusar de esta desgracia.

Fuerza es observar tambien, que el Protestantismo, como á tal, obra mucho mas en Francia que en las naciones enteramente protestantes; porque está allí siempre en lucha con el Catolicismo. En las naciones protestantes, el elemento del Protestantismo que se despliega es el elemento cristiano; en las naciones católicas, al contrario, es el elemento protestante; y como, segun ya dijimos, este elemento cristiano en el Protestantismo no es sino un resto y una emanacion del Catolicismo, síguese de ahí que al Catolicismo ha de remontarse lo que hay de religioso en las naciones protestantes, y al Protestantismo lo que hay de impío en las naciones católicas.

Pero estas respuestas no hacen mas que deslindar la objecion; esta resiste todavía, y nos es preciso resolverla por razones mas directas y mas profundas.

Cuando se compara la accion religiosa del Cristianismo protestante á la del Cristianismo católico, lo primero que salta á la vista es lo siguiente, á saber: que la primera de estas acciones obtiene un asentimiento mas general, pero produce tambien resultados infinitamente mas débiles que la segunda. Todo el mundo es religioso, y nadie es santo en las sociedades protestantes. En las sociedades católicas hay impíos, grandes impíos, pero hay asimismo Santos, y grandes Santos.

La razon de esta diferencia es muy fácil de explicar.

El Protestantismo se aviene con todas las inclinaciones de debilidad ó de licencia que hay en el corazon del hombre, inclinaciones que el Catolicismo hace profesion de combatir absolutamente por las creencias mas precisas y por las prescripciones y prácticas mas severas, las cuales irrita, por consiguiente, y exalta, cuando no las doma. El Protestantismo se acomoda á estas propensiones; y si bien las reprueba de una manera general, no las somete á ninguna disciplina represiva ó preventiva, y ni aun las sujeta á discusion [1]. Y de consiguiente, no las subleva, ni las excita por la prohibicion ni por la lucha. De este modo disminuye la decidida violencia que tienen, pero debilita otro tanto el resorte de la virtud, y empobrece la naturaleza moral del alma humana. De ahí en los pueblos protestantes menos desórdenes morales ruidosos, menos impiedad declarada; pero por la misma razon menos virtudes eminentes, menos piedad profunda, menos prodigios de caridad y de heroismo; tan solo una medianía fria, uniforme, calmada y pobre de moralidad, ó mas bien de ausencia de moralidad, ó mejor aun, de ausencia de *estrépito* de inmoralidad; ni alto ni bajo, ni cielo ni infierno: la tierra; y el hombre identificándose mas y mas con ella.

El Catolicismo, al contrario, acosa y persigue todos los vicios, y hace un llamamiento incesante á todas las virtudes. Las pruebas á que somete el corazon del hombre fuerzan á que este se pronuncie en pro ó en contra de él, y jamás á medias; y se le hon-

[1] El Protestantismo es para las costumbres lo mismo que para la incredulidad, la tolerancia misma (ó mejor diríamos indiferencia). ¿Se quiere un ejemplo que lo muestre á la evidencia? Ved ahí uno de sus mas honrados, de sus mas puros y de sus mas piadosos doctores, el malogrado Sr. Vinet, el cual, escribiendo un tratado sobre las condiciones de la vocacion al santo ministerio, dice así: «¿Pueden las dudas anular la vocacion?... Nosotros contesta-«rémos 1.° que pocas vocaciones legítimas habria si la duda las anulase; 2.° «que el estudio, la vida, el ejercicio del ministerio suscitan nuevas dudas.— «Mas, se nos objetará, ¿cómo puede dudar un hombre enviado al socorro de «los que dudan?—No, absolutamente; pero aquí no se trata de un ministro «escéptico ó incrédulo, sino de un hombre que no está seguro de todo, y que «alguna vez deberá confesarlo.»—Esto por lo que toca á la fe; veamos ahora por lo que toca á las costumbres.—«¿*Ciertas inclinaciones* pueden anular la «vocacion?... Las inclinaciones de que queremos hablar son como las dudas del «alma, y la dificultad se resuelve por los mismos principios.» (*Tratado del ministerio pastoral*, pág. 107 y 108). Estas palabras no tienen necesidad de comentario. Por los pastores, juzgad del rebaño.

ra detestándole, cuando no se le honra siguiéndole. De él, como de su Autor divino, puede decirse: *Positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum: et in signum cui contradicetur* (Luc. II, 34); y tambien: *Si non venissem et locutus fuissem eis,* PECCATUM NON HABERENT... *Si opera non fecissem in eis, quae nemo alius fecit,* PECCATUM NON HABERENT: *nunc autem* ET VIDERUNT ET ODERUNT ET ME ET PATREM MEUM. (Joan., XV, 22, 24).

Hé aquí la verdadera razon de la impiedad y de los escándalos que estallan en las naciones católicas; rogamos al lector protestante que lo medite, y por este brillante y marcado carácter, reconozca á Jesucristo en su Iglesia.

Lo que se verificó en Jesucristo, se verificará eternamente en la Iglesia católica, la cual no es sino una continuacion de Jesucristo. El Fariseismo judáico era moral, honrado, doctoral y predicante; pocos desórdenes estrepitosos en la nacion judía, nada de impiedad sacrílega; al contrario, un celo ejemplar de la ley, y un ardor de las santas Escrituras incomparable. Si Jesucristo no hubiese venido, si no les hubiese anunciado la verdad, si no hubiese hecho, y sobre todo exigido de ellos obras que ningun otro hubo hecho ni exigido, la nacion judía habria quedado lo que ella parecia ser, ordenada y arreglada mas de lo que nunca habia sido. Pero vino la Verdad misma en medio de los Judíos, con sus caractéres vivientes y sus rigorosos preceptos; y entonces ved ahí que ella los divide, ella los agita, ella los subleva, y que hace estallar, por la prueba á que los somete, el odio de que están animados contra ella; en una palabra, hélos ahí impíos y criminales hasta el deicidio, y atrayendo sobre sí el memorable castigo que los persigue todavía á nuestros propios ojos. Lo que Jesucristo hizo con la nacion judía, su Iglesia continúa haciéndolo en el mundo; y los desórdenes, las revoluciones, los sacrilegios particulares ó públicos de que la Francia ha dado al mundo el horrible espectáculo, de sesenta años acá, no provienen de otra cosa que de este odio, de este pecado contra la Verdad, que atestigua en el mas alto grado su presencia. La naturaleza humana nada tiene que detestar ni que destruir en el Protestantismo, porque nada halla en él que la reprima, y al contrario, halla en el mismo un instrumento de su odio contra la Iglesia, la cual sola recibe este honor. Así es que, como ya lo reconocemos, se entrega en él á menos rùidosos excesos. Si en su orígen el Protes-

tantismo se entregó á tan terribles desórdenes, fue porque caia de toda la eminencia del Catolicismo; es porque era católico infiel y rebelado, lo que son aun los malos católicos, lo peor que existe, y ¿por qué? porque ellos son la corrupcion de lo mas grande y de lo mejor que hay: *Corruptio optimi pessima.*

Pero el Catolicismo, que es, como Jesucristo, una ocasion de ruina para los unos, es por la misma razon para gran número de otros un principio de resurreccion, de santidad y de salud, que prepondera definitivamente sobre el curso general de las cosas. Gran ruido se mete con los desórdenes morales de la sociedad francesa, pero no se tienen asaz en cuenta todas estas obras tan numerosas y tan admirables que allí el Catolicismo inspira, propaga y hace florecer para el alivio de todas las miserias, la reforma de todos los vicios, la instruccion de las inteligencias, la purificacion de los corazones, y la santificacion de las almas. No se cuenta con todos estos focos tan activos, tan abrasados de caridad, de desinterés, de sacrificio, de abnegacion y de santidad que allí combaten sin cesar los hielos de la indiferencia, ó las manchas del crímen, ó las tinieblas de la ignorancia, y que mantienen en el corazon del pueblo francés un valor de sentido cristiano y de sentido moral, muy superior en definitiva al de todos los demás pueblos.

¿Qué sociedad protestante ha presentado nunca nada comparable, ni aun de léjos, á la parte de virtud que vemos brillar en Francia, aun en los mas aciagos dias? Ved sino las jornadas de junio, tan horribles y tan salvajes, y en las cuales no obstante el pueblo fue extraviado en el fondo mas bien por falsas ideas que por perversos sentimientos: ¿qué combate, qué guerra mas fatricida y mas inexorable se vió jamás en el seno de un pueblo civilizado? Sin embargo, en lo mas fuerte de esta espantosa lucha un hombre, que no tenia la menor razon natural para exponerse á ella, que podia permanecer en el abrigo de su morada sin que por esto pareciese que faltaba á su deber, que no podia llevar al combate precaucion alguna de defensa, ningun éxito probable de salvacion para sí, ni de utilidad para los otros, siéntese agitado en su corazon por una inspiracion extraña, al parecer insensata, y que podia encerrar y sofocar dentro de sí tanto mas cuando nadie en el mundo podia imaginarlo y suponerlo. Es un hombre, y ¿por qué no he de decirlo? naturalmente sensible á las impresiones de

temor, al peligro y al dolor, y que por su estado parece que no puede hacer sino gemir y orar, esperando que el fin de la lucha abra una senda á su caridad consoladora. Pero esta expectacion le es insoportable; porque este hombre es un sacerdote católico, es un obispo, es un pastor. Su corazon, ensanchado por la caridad católica, abraza á todos los combatientes, y los tiene reunidos bajo su pastoral solicitud. Él recibe todos los golpes que se dan, arroja sangre por todas las heridas que se hacen, muere en las mil muertes de los que espiran. Todos estos golpes, que hacen temblar la tierra, y que llenan de espanto al mundo en torno de sí, son menos formidables para su alma, que los golpes interiores que recibe de rechazo: ellos le llaman, ellos le atraen al sacrificio con la misma fuerza con que harian retroceder y huir á cualquier otro. En fin, ya no puede aguantar mas: el espíritu que condujo su divino Maestro al Calvario, que la Iglesia sola, de quien es pontífice, inspira, dando á conocer con esto que es la verdadera esposa de Jesucristo, este divino espíritu católico le arrebata sobre todas las consideraciones naturales y humanas; no puede concluir su comida, se levanta: «Menester es que yo vaya «á mi pueblo, dice; *el buen Pastor da la vida por sus ovejas.*» Sale, acompañado de sus asesores, los cuales, sacerdotes católicos como él, no vacilan en participar de los peligros de su resolucion. Esta resolucion halla por el camino los mas intrépidos capitanes, asombrados de su arrojo, y esforzándose en vano á persuadirle su inutilidad. El buen pastor continúa, ó mas bien, precipita su marcha, al través de los peligros amenazadores y de los horribles destrozos de la discordia y de la guerra que se apartan á su presencia: llega al foco mas incandescente, el mas encarnizado de la lucha; atraviesa la plaza fatal que separa la civilizacion de la barbarie, y á ella va directamente. Sube sobre la terrible barricada con la misma calma que si subiera las gradas del altar, altar en efecto de su sacrificio... Mil muertes quedan suspendidas y se dirigen á su cabeza. Hace oir al fin el grito de su alma pastoral, el grito de amor y de paz. Mas un tiro infalible parte. ¡Cae! la vida le abandona con su sangre; mas no el espíritu católico de su mision, que halla aun que replicar al dolor y á la muerte, y que de su sangre misma hace un nuevo instrumento de salud y de misericordia por este voto sublime: *¡Que mi sangre sea la última derramada!*

¡Protestantes! ¡nuestros antiguos hermanos! ¡siempre nuestros hermanos, aunque nos hayais dejado! ¡mostradnos en todo el curso de vuestra tumultuosa historia un solo acto que se acerque, aunque de léjos, á este acto heróico, que es simplemente católico; hacednos ver solamente un gérmen de él, el menor indicio! Nosotros os reconocemos de buen grado virtudes humanas y naturales; pero virtudes sobrenaturales y sobrehumanas, virtudes divinas de consagracion y de sacrificio hasta la muerte, cual Jesucristo nos ha dado de ellas el precepto y el ejemplo, y por las cuales ha dicho que se conocerian quiénes son sus verdaderos discípulos, *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis* (Joan. XIII, 35), ni aun la pretension de ello teneis, y yo culpo solo á vuestra doctrina que ha extinguido su llama. Vosotros dais de vuestros bienes, y aun con medida; pero vuestra persona, toda vuestra persona, además de todos vuestros bienes, muy de buena gana, como el Apóstol, *Ego autem libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris* (II Corinth., XII, 15): ¡jamás! — En las Escrituras, que tan bien conoceis, hay una cosa que no veis vosotros: es la leccion del sacrificio y del absoluto desprendimiento, de que están llenas. Escuchemos en esta parte uno de vuestros mas puros órganos, Vinet:

«Las máximas de la Iglesia católica sobre la caridad son *remar-*
«*cables:* «El buen pastor, dice San-Cyran, ama á los pobres, y
«les hace una entera entrega de sus bienes.» (*Remarcables* ¡prodigioso es en verdad! ¡Cómo si el Evangelio no hubiese dicho lo mismo antes de San-Cyran, y mucho mas aun! ¡cómo si no dijera en todas las páginas que uno debe darse á sí mismo todo entero! ¡cómo si otra cosa dijera! ¡cómo si el Cristianismo no fuese una enseñanza, una escuela de sacrificio!) «La Iglesia católica llena
«de oprobio á los sacerdotes que dejan bienes. Y muchos han has-
«ta sostenido que, al ejemplo de ciertos obispos de los primeros
«tiempos, el sacerdote debe despojarse una vez para todas.» (Este es el ejemplo que da todos los dias el sacerdote). «Es evidente que
«el pastor célibe es mas libre en esta parte que el pastor casado.
«Este no debe despojarse de sus bienes, sino servirse de ellos, ad-
«ministrándolos por sí mismo, segun los designios de Dios, que se
«los ha dado. Jesucristo decia á su Padre: *Yo no te pido que los qui-*
«*tes del mundo, sino que los preserves del mal.*» (Joan. XVII, 15). (*De la Teología pastoral ó Teoría del ministerio evangélico*, pág. 176).

Así, pues, el *no quitar del mundo,* en el sentido de no dañarse, no despojarse, guardar para sí sus bienes y administrarlos, ved ahí, segun el Protestantismo, lo que está permitido al pastor, ¿qué digo? consagrado, mandado por el Evangelio. Á esto solo se limita, y no ve otra cosa. Tal es la regla protestante, y deja al Catolicismo estas máximas de caridad *remarcables,* que «el buen pas-«tor ama á los pobres, y hace una entera entrega de sus bienes.» Y ¿qué será de esta otra máxima, *mas remarcable todavía,* «que el «buen pastor da su vida por sus ovejas?»

Monseñor Affre supo heróicamente conculcar esta máxima protestante, que *no es necesario quitarse del mundo,* para seguir la máxima católica: *El buen pastor da la vida por sus ovejas;* y en esto nada hizo de extraordinario, católicamente hablando, nada que no hagan cada dia nuestros misioneros entre los otros salvajes. Nada hay aquí de extraordinario sino las circunstancias. Y su accion vino á ser en cierto modo la de todo el pueblo de París que se la apropió, honrándole con transportes de admiracion y de dolor, y sacrificándole sus discordias. En cuanto á él, cumplió simplemente con su deber de pastor católico, su profesion de héroe; y todo verdadero católico, todo cristiano perfecto lo hubiera hecho tan bien como él, mediando la gracia de Dios; porque *el cristiano es un héroe eventual, un héroe en potencia.*

Este feliz pensamiento no es mio, debo confesarlo; es de un protestante, y del mismo Vinet, y es para mí un placer el hacerle este honor, como á la inteligencia mas bella y al alma mas noble que haya jamás engañado el error. Y hasta saca de él consecuencias prácticas del ministerio pastoral, que contradicen felizmente sus máximas concernientes al sacrificio de los bienes. «En esta «carrera, dice, el heroismo es de rigor. El derecho que tienen «los ministros protestantes de tener una familia, en nada cambia «su posicion; tan solo hace mas difícil su desprendimiento. El sa-«cerdote es solo. Consagrarse todo no deja de ser su deber de mi-«nistro. ¿Por qué este sacrificio debereria serle mas costoso que «al médico, del cual nadie se informa si está casado?» (Pág. 57).

Los pastores católicos no dicen estas cosas, sino que las hacen, y las hacen todos los dias: esta es su vida. Hasta en estas palabras, que honran á Vinet, no se halla mas que un sentimiento humano, nada que brote de las entrañas de la divina caridad; y esta consideracion del médico, cási inexacta, y que no se habria jamás

presentado á la idea de un sacerdote católico, á quien es mucho mas familiar el sacrificio de su divino Maestro, es para Vinet el motivo supremo del supremo pensamiento de sacrificio.

¿Y no se presenta menos extraño que él haya emitido este pensamiento de sacrificio personal, despues de haberse mostrado tan singularmente reservado con respecto al sacrificio de los bienes? ¿De dónde puede venir esta contradiccion? Penoso es el decirlo; y el mismo Vinet seguramente que no se ha hecho cargo de ello. Procede esta contradiccion, de que el sacrificio de los bienes es de una aplicacion diaria y de una prueba inmediata, en tanto que el heroismo del sacrificio personal, como él lo entiende, *es eventual*, y muy eventual. En el primer caso el consejo del sacrificio habria sido imprudente; en el segundo, no tiene consecuencia.

El Catolicismo es mas lógico, porque es mas absoluto, y mas franco en su desprendimiento. Empieza por inspirar el sacrificio de los bienes, de las comodidades y de las ventajas de la vida, para disponer las almas de sus sacerdotes á dejar la vida misma cuando se ofrezca ocasion. Aun hace mas: prescribe la mortificacion y la penitencia corporal, para que el Cristiano sea una víctima probada, y comenzada en cierto modo para el sacrificio. No ha escapado á Vinet esta última consideracion, y hasta llega á apropiársela, con grande escándalo del Protestantismo, el cual rechaza la mortificacion y la abstinencia, así como toda disciplina. Mas veamos aun de qué manera: — «*Yo no creo*, dice, que, en una con-«dicion exteriormente mas feliz que el sacerdote católico, sea ni «*interdicho* ni *inútil* al pastor protestante el tratar con dureza su «cuerpo, como san Pablo, é imponerse, *á lo menos de tiempo en* «*tiempo, ciertas privaciones* que nuestra condicion ordinaria no nos «impone. De otra parte *bueno es* romper nuestras habitudes: ¿sa-«bemos á lo que podemos ser llamados?» (Pág. 143).

Comparemos esta indecision y esta blandura de lenguaje, que es sin embargo el mas áspero que el Protestantismo se ha hecho escuchar á sí mismo, con el estado constante, con la vida cotidiana de nuestros sacerdotes, de nuestros religiosos, de nuestros misioneros, de nuestras hermanas de la Caridad, de todos aquellos que sirven á los pobres, á los jornaleros, á los enfermos, á los niños, á los viejos, á los dementes, á los presos, á los criminales, á todas las miserias humanas que el Catolicismo respira dia y noche para poderlos mejor tratar, socorrer y santificar. El após-

tol católico no es un héroe eventual y en potencia, sino un héroe en actividad y en resultados, un héroe continuo, un héroe oscuro, lo cual es mucho mas heróico, mucho mas necesario para la moralizacion del mundo, en donde el heroismo de la caridad y del sacrificio halla harto en que ejercitarse, y no tiene que aguardar mucho las ocasiones para hacerlo. El que no halla estas ocasiones incesantemente, no las encontrará jamás. El que las aguarda tranquilo en su casa, en la molicie de su vida conyugal, se escapará de ellas cuando vendrán á llamar á su puerta y arrancarle de sus afecciones. Vinet lo ha dicho muy puntualmente en otra parte: «Es un grave error el creer que la parroquia deba ir de-«lante de la familia. La familia es el primer interés. El pastor es «ante todo pastor de su familia.» (Pág. 191). — Aun hay mas, «el «ministerio pastoral no es incompatible con *ciertas inclinaciones*, «así como con *ciertas dudas*, pues que pocas vocaciones legítimas «habria si estas *inclinaciones* y estas *dudas* debiesen anularlas.» (Página 107).

Mas entonces el ministerio pastoral, y con mayor motivo la disposicion de los fieles, el espíritu mismo del Protestantismo, esencialmente enemigo de toda disciplina intelectual y moral, que ha rechazado todo lo que mortifica en el Catolicismo, es radicalmente incompatible con la doctrina del *Dios crucificado*, con el Cristianismo, con la moral, con la caridad, con las verdaderas condiciones de la civilizacion, que son todas desprendimiento y sacrificio.

Esta es la verdad.

Así, pues, no vacilo en afirmar, sin pretender por esto injuriar las virtudes humanas de las sociedades protestantes, que hay mas caridad, mas cristianismo, mas moralizacion, mas civilizacion en una sola de nuestras *Pequeñas hermanas de los Pobres*, ó de nuestras *Hermanas de Caridad*, que en todos los honrados protestantes de la Holanda y de la Inglaterra; y una sociedad como la Francia, que produce esas angélicas maravillas de sacrificio, y tantas otras legiones apostólicas de la caridad, en número, de las mujeres solamente, de sesenta mil, que da el fruto de tan buenas obras, que las alimenta, que las propaga, que hace circular por todas partes su vida divina en sus venas y en sus costados; que empapa mas y mas cada dia el valor y la disciplina de sus soldados en las fuentes heróicas de la piedad católica, y los hace con

esto tan ejemplares en la paz como formidables en la guerra; que derrama á lo léjos sobre todas las plagas el celo intrépido de sus misioneros, y se corona incesantemente por sus manos con las palmas del martirio; una sociedad tal, una nacion semejante no ha cesado de ser moral y políticamente la primera nacion del mundo.

El pueblo, por último, en el cual se descubren los verdaderos instintos de una sociedad; este pueblo, tan fácil en sublevar por el soplo de las revoluciones, ha conservado en Francia los sentimientos de dignidad humana, de generosidad, de honradez, por los cuales se deja hasta extraviar, y que están del todo apagados en la poblacion de la protestante Inglaterra. Hemos visto ya el fondo de esta gazmoñería inglesa que tanto se nos pondera; nos hemos encontrado detrás de ese palacio de cristal de la industria, al que tan pomposamente se nos ha convidado; hemos descubierto los piés de ese coloso de la prosperidad británica que tanto levanta su erguida frente; aquellos piés son de barro; mejor dirémos, son de lodo. Leed sino lo que de ellos escribe el Sr. Leon Faucher; leed el informe oficial que sobre lo mismo acaba de hacer el señor Eugenio Rendu; considerad este cuadro, este daguerreotipo del pueblo inglés sacado de los mismos hechos; observad la estadística de los vicios y de los crímenes, y distinguid, deslindad, si podeis, el sexo, la edad, el parentesco, el pudor, la dignidad, lo que haya de social y de humano en estas masas de criaturas atestadas brutalmente, y abandonadas con ignominia á lo que en punto á inmoralidad ni aun nombre tiene, y sobre todo, que no se conoce, ni se sospecha á sí propio. *Seguramente*, dice el señor Rendu, *que el sentimiento de la dignidad humana no existe, ni aun en gérmen, en las angostas guardillas de la capital del* Reino-Unido [1],

[1] El Sr. Eugenio Rendu, en su informe al ministro, considera la poblacion inglesa bajo el triple aspecto, ó por decirlo mejor, en los tres escalones de la degradacion: la miseria, el vicio y el crímen.

En cuanto á la miseria, ved ahí un fragmento del cuadro: «En medio de uno «de los callejones nauseabundos desde donde se oye el rápido rodar de los car«ruajes y el pisoteo de los caballos, bajé por ocho ó diez escalones á unos apo«sentos subterráneos, en donde, por mis propios ojos me certifiqué de lo que «sigue: Treinta ó cuarenta criaturas, hombres, mujeres, niños, adultos, mo«zas, yacen acostados confusamente en un espacio de cerca diez piés cuadra«dos: los harapos que los cubren de dia son echados de noche sobre cuerdas «tendidas encima del lecho de paja ó de madera que sirve á aquella especie de

y lo mas horroroso es, que el Sr. Leon Faucher, aun cuando en sus capítulos sobre Lóndres se limita á citar varios relatos, ha hecho tambien por sí mismo las mismas investigaciones en Liverpool, Leeds, Manchester, Birmingham, y ha encontrado en las ciudades de las provincias de Inglaterra hechos absolútamente análogos.

«Lo que me ha impresionado mas vivamente quizá que el he-«cho material cuyo espectáculo tenia á la vista, dice el Sr. E. Ren-«du, es el sentimiento de profunda indiferencia, ó simplemente «de sorpresa estúpida con la cual aquellos desgraciados recibian «la visita de tres curiosos conducidos por cuatro agentes de poli-«cía. En París, en donde de otra parte no existe en lugar alguno

«rebaño, por manera que los cuerpos cubiertos solamente de inútiles andra-«jos, aparecen cási desnudos como un peloton de carne humana.»—«En la par-«roquia de San Gibex Hannover square) dice de otro lado el Sr. Leon Faucher, «nuevecientas veinte y nueve familias, segun el informe dado por lord Sandon, «no tenian respectivamente mas que una cuadra: seiscientas veinte y tres es-«taban reducidas á una sola cama. En una de estas familias una sola cama reu-«nia un padre y una madre, los dos de cincuenta años, un hijo de veinte años, «enfermo del pecho, una hija de diez y siete años, atacada de una afeccion es-«crofulosa, y un tercer hijo, mas jóven todavía.»—«Sin duda alguna, continúa «el Sr. E. Rendu, además de los resultados físicos de semejante hacinamiento, «enmedio de un aire que no se puede respirar, las condiciones morales en Lón-«dres ó en Liverpool son idénticas: las mismas causas deben producir los mis-«mos efectos; allá, como aquí, semejante estado de cosas debe llevar consigo «la promiscuidad. De manera que en estas ciudades, *el pudor parece ser, co-«mo la riqueza, el privilegio de las clases altas.*»— Ved ahí, pues, la miseria; pero la miseria nos conduce al vicio, del cual vamos á dar tambien una corta muestra:

«Todas las calles de Lóndres tienen su *room* ó sus casas públicas *(public «house)*, y no temo exagerar afirmando que se cuenta una por cada diez casas. «Segun los cuarteles los *rooms* son mas ó menos brillantes, y la poblacion se «escalona allí desde el hijo del lord, hasta el faquin del docks... Por la noche, «si hay valor para ello, es cuando se han de visitar estos lugares, para juzgar «de su efecto sobre la moralidad pública: de las diez de la noche hasta las dos «de la mañana, cuando la viva luz de los aposentos ó dependencias penetra «por las tinieblas del rededor al través de las espesas vidrieras, es cuando se «ha de contemplar la multitud de jóvenes perdidas y de gentlemen, si se trata «de los cuarteles opulentos, y de obreros y de muchachos, si se recorren los «cuarteles pobres, que llaman incesantemente á la puerta de estas casas pú-«blicas... No se necesita ser un moralista severo para afirmar que una pobla-«cion habitualmente sumergida en semejante atmósfera se halla fatalmente «abandonada á todos los excesos de la mas espantosa disolucion..... En los «cuarteles de que hablo, estos lupanares ó casas públicas parecen ser un lugar

«esta comunidad de familias, los mas miserables alquiladores de «la calle de los Leoneses (arrabal de San Marcelo) no sufririan «una visita hecha de este modo. Hay entre nuestras clases mas po- «bres un instinto que jamás las abandona, y es el de la igualdad. «Falseado por una excitacion facticia este sentimiento, se convier- «te en una idea revolucionaria; pero contenido en sus justos límí- «tes, constituye el respeto de la naturaleza humana, la cual, en «la humillacion misma de la miseria, guarda el decoro de su dig- «nidad.»

Tal es el crímen del crímen de Inglaterra, la pérdida del sentimiento de la dignidad humana; porque si el pobre no lo tiene hácia sí mismo, es porque el rico no se lo ha manifestado, es porque tampoco este lo tiene; pues es realmente no tenerlo en sí el no

«normal de recreo. Y es preciso notar esta circunstancia. Los *rooms* no se cier- «ran, como las tabernas en Francia, á una hora indicada por la regla de la po- «licía: quedan abiertos al arbitrio de cualquiera, *por respeto hácia la libertad «individual*. Menester es, so pena de abdicar todo juicio, conceder á nuestro «sistema sobre el sistema inglés la superioridad propia del buen sentido moral «sobre la estupidez y la degradacion.»

«Del vicio al crímen fácil es la transicion... Hay en White-Chapel, y en sus «confines, escuelas y maestros de robo y de latrocinio. La escuela son los docks, «en donde los productos del mundo entero, hacinados por un poder colosal, ir- «ritan su avidez, suministrando á las experiencias una mina inagotable; son, «tan presto los encubridores de robos, los cuales, ¡cosa apenas creible! hallan «padres que les alquilan sus hijos á tanto por semana; tan presto viejas muje- «res que venden al fiado para forzar á jóvenes é infelices pilluelos cargados de «deudas á desquitarse de ellas robando alguna habitacion.—Y no es bastante «que haya estos colegios ó cátedras del robo, sino que ha de haber tambien sus «*pensionistas*.—Yo propio en persona entré á las tres de la mañana, siem- «pre, como se entiende, bajo la proteccion de un agente de policía *(policemen)* «en una estancia, *reservada exclusivamente* á estos aprendices de robar: ¡otro «triunfo de la libertad individual!—Ahora, despues del relato, vienen los gua- «rismos: despues de las causas, los efectos: 70,000 capturas, por término me- «dio, han tenido lugar en Lóndres anualmente, y de este número, mas de cin- «cuenta mil han sido por hechos calificados de crímenes y de delitos por el «código penal francés. Resulta un arresto *por cada cuarenta habitantes*.—So- «bre la totalidad de esta cifra, las mujeres figuran como 30 por ciento. En Pa- «rís la proporcion no pasa de 14 ó 15 por ciento.—Sobre los 200,000 crímenes «ó delitos, de que conocen anualmente los tribunales de justicia, una décima «parte tiene niños por autores, 30,000 son cometidos por individuos de menos «de veinte años... En la sola ciudad de Lóndres se capturan anualmente 17,000 «autores de crímenes ó de delitos, inferiores á esta edad. Resulta la propor- «cion de uno por ciento: en París la proporcion no pasa de uno por 400.» Nosotros nos abstendrémos de añadir una sola palabra á estas cifras.

practicarlo ni cultivarlo en los otros. Este sentimiento de la dignidad humana, á pesar, ó mas bien, en razon de la miseria, de la pobreza y de la abyeccion, es el sentimiento cristiano por excelencia, que nos hace ver, honrar, servir en los pobres la persona misma de Jesucristo; de Jesucristo, el objeto principal de cuya mision han sido los pobres: *Evangelizare pauperibus misit me,* (Luc. IV, 18), y cuyo Evangelio puede compendiarse todo en estas dos grandes palabras: *Beati pauperes! beati misericordes!* No se ha desviado la Iglesia católica de su mision divina, porque ella no ha cesado de ser por medio de sus apóstoles y de sus discípulos la servidora de los pobres; y preciso es ver con cuán incesante ardor practica lo que con su elocuente voz llamaba Bossuet delante de la corte de Luis XIV *la dignidad eminente de los pobres,* en quienes reside, dice, la majestad del reino de Jesucristo, sobre quienes refleja el resplandor de su corona, como sobre aquellos que están mas cercanos á ella, que son sus compañeros de fortuna, los tesoreros y los receptores generales de Dios sobre la tierra. Hé aquí el Cristianismo, hé aquí el puro Evangelio. ¡Que se juzgue, pues, segun esto la Reforma! ¡que se acomode á esta medida! ¡Oh gran Dios! ¡Cómo se atreve á llamarse cristiana y evangélica!! ¿Acaso no ha descendido al nivel del Paganismo, y mas abajo aun? ¿Tenia la esclavitud antigua el menor punto de comparacion con la ignoble amalgama de indignidad, de abyeccion, de embrutecimiento en que la opulencia protestante deja, aglomera, hacina á los pobres, creyendo haber cumplido con el Evangelio y con la naturaleza con solo pagarles el salario?

Si el divino Autor del Cristianismo reapareciese en las naciones católicas, ¡cuántas almas caritativas, cuántos operarios de misericordia, cuántos continuadores de su ternura para con los pobres no encontrara, en quienes pudiera reconocer su divino espíritu, y á quienes podria decir: «¡Venid, benditos de mi Pa«dre! porque tuve hambre y me dísteis de comer, tuve sed y me «dísteis de beber, estuve desnudo y me vestísteis, fuí preso y «me visitásteis!» Mas, si reapareciese en las calles de Lóndres, en los cuarteles de Saint-Gilles, de Withe-Chapel, de Cethnal-Green, Spitalfieds, ¡ó Dios! ¿qué *Vae* tan formidable no tuviera que hacer resonar sobre todas aquellas sociedades bíblicas, que solo tienen la palabra del Evangelio en la boca, el furor de propagar su letra por mar y por tierra para dar prosélitos á la he-

rejia, cuando al mismo tiempo lo están pisoteando en la persona de los pobres, en los cuales está no escrito, sino vivo? Este divino Rey de los pobres no tendria que cambiar una sola palabra á sus antiguas maldiciones contra los Fariseos, consignadas en el Evangelio; y de este mismo libro, en el cual se atrincheran los Protestantes, las haria salir contra ellos: «¡Ay de vosotros, Escribas y «Fariseos hipócritas, porque recorreis el mar y la tierra para ha«cer un prosélito, y cuando lo habeis hecho, le volveis digno del «infierno dos veces mas que vosotros! — ¡Ay de vosotros, Escri«bas y Fariseos hipócritas, que pagais diezmo de la yerba buena, «y del eneldo y del comino, y no haceis el menor caso de la mi«sericordia y de la justicia! — ¡Ay de vosotros, Escribas y Fari«seos hipócritas, que os pareceis á los sepulcros blanqueados, los «cuales por defuera parecen bellos á los hombres, pero dentro es«tán llenos de huesos de muertos y de todo género de podredum«bre!» (San Mateo, XXIII, 15, 23, 27).

Esta última imágen pinta muy al vivo el estado de la Inglaterra. Su deslumbradora prosperidad encubre toda especie de podredumbre en hecho de miseria, de embrutecimiento y de inmoralidad, en donde yace hundido su pueblo, en donde ella lo deja, en donde ella lo hacina. Y lo mas grave contra ella, y lo que mas la acusa, es que ella misma no siente semejante estado; es que ricos y pobres han tomado ya su partido; y que se necesita todo nuestro asombro y toda nuestra indignacion para que ella lo sepa, sin comprenderlo todavía. Mas hay aun, y es que ella vive de este oprobio, del cual ha formado en cierto modo su pedestal, y que esta abyeccion de su pueblo ha venido á ser la condicion de su seguridad y de su prosperidad. Si el sentimiento de la dignidad humana se dispertase en aquellas masas, *en las cuales ni aun está en gérmen*, la fermentacion y la explosion que de ello resultarian, harian saltar la Inglaterra como una vasija. Resta á saber, como lo dice muy bien el Sr. E. Rendu, si una sociedad tiene el derecho de poner, como una de las condiciones de su existencia, la sustitucion, en el alma de un número cualquiera de sus miembros, de las pasiones del bruto á los sentimientos del hombre.

Digo los sentimientos del hombre, la dignidad humana; porque es preciso reconocer que hay otra especie de dignidad que sostiene y contiene esta nacion, mas que otra alguna, y esta es la dignidad de la ley y del ciudadano. La Inglaterra parece gran-

de bajo este aspecto, y por él nos seduce y nos impone. El espíritu nacional lo es todo en Inglaterra; ocupa el lugar de todo, de religion, de naturaleza, de conciencia. El respeto, tan edificante á primera vista, que allí se observa por la religion, proviene únicamente de que es una religion nacional, cuya autoridad espiritual se personifica en la *corona*, y de ella deriva, y que no tanto es Cristianismo como *Anglicanismo*. Este sentimiento de identificacion de la religion con la nacionalidad, de Dios con el César, es tan profundo en el corazon inglés, que todavía se hallan en el punto de no poder comprender, á pesar de todas las lecciones que se les han dado en esta parte, la distincion entre lo espiritual y lo temporal, que es el primer elemento de la civilizacion moderna, y cómo se puede ser obispo por otra gracia que por la gracia de la reina Victoria. Lo que hemos visto, lo que hemos justificado sobre el estado del pueblo, nos autoriza para decir igualmente que la naturaleza y la humanidad están cuando menos tan absorbidas como la religion en el culto de la policía y de la ley. En fin ¿tengo acaso necesidad de decir que la conciencia universal no tiene leyes para la Inglaterra, y que nada hay que ella no se crea permitido para su interés en hecho de violacion del derecho de gentes, y de ataques abiertos ó escondidos contra la justicia de las naciones?

Este espíritu nacional de la Inglaterra es una especie de divinidad, de ídolo, que consagra todas las víctimas cuya inmolacion exige, como Júpiter Capitolino en Roma, ó Juno en Cartago. Tiene notables rasgos de semejanza con las sociedades antiguas, en las que la calidad de ciudadano lo era todo, y en que bastaba invocarlo y exclamar: *Civis romanus sum!* para estar al abrigo de todo insulto; pero en donde, bajo esta calidad no existian ni el hombre, ni sus sentimientos naturales, y de los que pudiera decirse con un grande poeta francés:

Gracias doy á los dioses
Porque no soy romano,
Pues guardo todavía
Algo de ser humano.

Y si así es del hombre, ¿qué será del cristiano? Puede decirse que para la Inglaterra el Evangelio, del cual hace sin embargo comercio, no se ha publicado aun en el mundo. Para ella no se ha dicho todavía: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que*

es de Dios. Para ella no se ha dicho aun: *¡Bienaventurados los pobres! ¡bienaventurados los misericordiosos! ¡bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia! ¡Ay de aquellos por quienes viene el escándalo! ¡ay de los ricos!* etc.; no, esto no se ha dicho aun.

Y hasta habria peligro en que esto fuese dicho por otra boca que por la del Catolicismo; tan poco está hecha la Inglaterra para escucharlo, tan en sentido contrario se halla organizada. Si aun entre nosotros, nacion católica y á medias protestantizada, el abuso de estas santas máximas del espíritu cristiano emancipado de la Iglesia produce tantas agitaciones, á pesar del contrapeso de la enseñanza católica; ¿qué seria, pues, de una sociedad en donde este contrapeso no existiera?

Esta es la razon por la cual mientras la Inglaterra será protestante no estará tranquila sino á condicion de ser siempre mas y mas pagana; y que no puede volver á ser cristiana sino á condicion de volverse católica.

Severo es el lenguaje que hemos usado con respecto á ella, y que podrá parecer inspirado por un sentimiento de envidiosa rivalidad. Y sin embargo, ó Inglaterra, una madre pendiente sobre la cuna de su hijo, abismado en un letargo funesto, no aguarda con mas impaciencia, ni invoca con mas ardientes deseos, ni espía con mayor solicitud las primeras señales que dé de dispertar el objeto de su ternura, de lo que la Iglesia, de lo que la Francia aguardan é invocan tu vuelta del sueño á la verdad, y tu retorno á la fe de tus antepasados. ¡Por cuáles virtudes, por qué maravillas de santidad, por qué desarrollo de caridad no volvieras entonces á florecer de nuevo, recobrar el lustre de tus antiguas costumbres, y reinflamar el de tu prosperidad moderna! ¡Ah! ¡sin duda entonces, operaria de la última hora, pasarias a ser la primera en la senda de la fidelidad, y devolvieras á la Francia las severas lecciones que esta hermana hoy te dirige! Pueda, aun á este precio, consumarse cuanto antes esta feliz revolucion, y presto desplegarse este misericordioso designio de la Providencia, que Bossuet presentia é indicaba tambien inclinado sobre el féretro de una de tus grandes reinas, rechazada por las borrascas al seno de esta Francia que te la confió: «¡Ved, cristianos, cómo son señalados los «tiempos, y cómo son contadas las generaciones! ¡Dios determi«na hasta cuándo debe durar el adormecimiento, y asimismo cuán«do debe dispertar el mundo!»

Aquella es, en efecto, de una manera general y para el mundo entero, la solucion del problema de la civilizacion y de la suerte de las sociedades, que se agita en la hora en que nos hallamos.

Arrancadas ó fuertemente sacudidas por el Protestantismo del seno de la Iglesia católica, única poseedora de los secretos que concilian la autoridad con la libertad, la justicia con la caridad, la pobreza con la riqueza, las sociedades modernas se hallan ó bien desprovistas de espíritu cristiano, y se van hundiendo mas y mas en el antiguo Materialismo; ó bien, embriagadas por este espíritu escapado de la Iglesia, y abandonadas, hasta que enteramente se disipe, á todas las convulsiones que preceden la disolucion.

Y nos vamos acercando al término fatal en donde será indispensablemente necesario que esta situacion tenga su desenlace.

La cuestion, pues, de las relaciones entre las clases indigentes y las clases superiores, que constituye la gravedad de esta situacion, y que es la de la civilizacion misma, no puede resolverse sino de dos maneras: ó por el sistema católico de la caridad y de la justicia, aseguradas la una por la otra, y las dos por la fe en sus motivos sobrenaturales, mantenidos por la doctrina y vivificados por la gracia; ó por el sistema pagano de la esclavitud antigua, que suprime la naturaleza espiritual, moral y social del hombre, todo aquello por lo cual vive y se engrandece, y aspira á vivir y engrandecerse mas y mas, para hacer descender al nivel, si no es mas abajo, del bruto, aquel ser de quien se ha dicho que es apenas inferior al Ángel, y que está llamado á igualarle.

Esta gran cuestion, repetimos, es la que se agita en el mundo, y su agitacion es la que causa todas nuestras agitaciones.

Y si la Francia es el país mas sacudido, es porque está mas particularmente encargado de resolverla, y porque en su seno es donde se halla mas estrechamente empeñada la lucha en los dos extremos, entre el Cristianismo y el Paganismo. Por esto es ella siempre la primera nacion, y la que influye sobre todas las demás; sobre las naciones protestantes, y sobre las otras naciones católicas: sobre las naciones protestantes, reteniéndolas encima la pendiente del Materialismo por donde van descendiendo siempre mas; y sobre las otras naciones católicas, reanimándolas en la verdad católica, en la cual quedarian como adormecidas. La verdad ó el error reinan separadamente en las demás naciones; y solamente en Francia es en donde están realmente en lucha, y por esta razon

de ella es de quien el resto del mundo aguarda siempre su suerte. Esto es lo que da una importancia universal á todos los sucesos de que es ella el teatro, cualquiera que sea el desórden ó la indignidad de la forma bajo la cual se producen. Y como si Dios mismo quisiese designar la Francia á la atencion del mundo, interviene al parecer mas directamente en estos acontecimientos, y les da una proporcion y un valor providenciales. La Francia ha tenido siempre el privilegio de ser conducida por la Providencia mas visiblemente que toda otra nacion, pues por ella la Providencia conduce el mundo: es el timon que está mas inmediatamente en la mano del Piloto, y cuyo mas ligero movimiento influye sobre la marcha entera del navío. Para valerme de una imágen mas digna de esta verdad, es la Francia como aquel monte sagrado, en el cual, bajo la oscuridad de las nubes, y al través de las llamas y de las detonaciones del rayo, el Eterno hacia oir sus mandatos á la tierra, y promulgaba sus amenazas ó sus beneficios: es el Sínai de la Providencia. Tal es el destino de este país, el mas atormentado del mundo. Bien pudiera estar tranquilo, como muchos otros, pero bajo condiciones que le serian insoportables, porque heririan el sentido moral, el sentido cristiano, que están siempre en él vivamente dispiertos, y que conserva, á sus expensas, para el resto del mundo. Esta es su funcion, su mision tan brillante como dolorosa. Á la vez lógica por espíritu, é inconsecuente por carácter, es el país que apura con mas rapidez el error, y que vuelve mas fácilmente á la verdad. En él el error nunca es otra cosa que una importacion extranjera: la toma de la casa de sus vecinos, y cuando estos viven de aquel veneno, ó van muriendo por él lentamente, él se siente al momento atacado de la dolencia, atormentado, furioso, y por los estragos que en él hace el error, se convierte en víctima de experiencia para aquellos mismos que se lo han dado: y despues vuelve á la verdad, que le es natural, y lo acredita en el mundo por el ascendiente que le da la misma experiencia que ha hecho del error. Tal es esta grande nacion; y esto es lo que explica todas sus revoluciones, todas sus convulsiones, tan estériles para el reposo que busca, como fecundas para la verdad, fuera de la cual no puede hallarlo, y de cuyas vicisitudes participa sobre la tierra. Estas revoluciones, si las considerais en su fin inmediato, son miserables, tanto es lo que faltan y se desvian de este fin; pero si las considerais en un fin superior y universal, se os presenta-

rán como procedimientos de la Providencia para la prueba y acrisolamiento sucesivo de la verdad. Desde entonces, los sucesos relativamente á esta grandiosa alquimia no tienen mas valor que el de unos *reactivos*, que dejan de ser empleados tan luego como han producido su efecto. Con sola la diferencia, que este efecto no puede jamás ser absoluto y acabado en este mundo; la elaboracion se continúa, y la purificacion definitiva de la verdad y el gran *precipitado* del error no han de tener lugar hasta el fin de los tiempos.

Mas, lo que distingue en el mas alto grado nuestra época, lo que la hace una época incomparable, es que esta depuracion, esta separacion del bien y del mal, del error y de la verdad, se está operando á nuestra vista con una maravillosa evidencia. La lógica de las consecuencias, que es la enfermedad mortal del error, nunca le fue tan funesta. Todos los errores, todas las malas ilusiones que por su apariencia, y hasta su mezcla de verdad, habian seducido y extraviado el mundo de cien años acá, han sido puestas á prueba, y han vomitado su veneno; y por la libertad misma que han tenido de producirse, han quedado convictas de vergonzosa impotencia para el bien, y de un infernal poder para el mal, — *capaces de nada, y capaces de todo.* — En este grande exorcismo obrado por la Providencia, se ha visto salir de cada sistema el demonio que contenia, y á su presencia, ante sus cínicas revelaciones y sus odiosos estragos, se han visto forzados á retroceder los mismos que en la víspera le erigian altares. Así es que el demonio del Socialismo ha salido del Racionalismo, y Proudhon de Voltaire, así como este habia salido de Lutero.

Esto es lo que nos hemos propuesto demostrar en esta obra. Cuatro años hace que el cielo ha derramado en abundancia verdades y lecciones sobre la tierra; ó mas bien, para hacerlas mas memorables y mas instructivas, las ha hecho Dios brillar entre nosotros, de la tierra, del hombre, del error y del mal, de la impotencia ó de la perversidad, en fin, de nosotros mismos. Y lo mas notable aun es, que estas verdades y estas lecciones, así vomitadas por el error y el crímen, son el último resultado de una experiencia de muchos siglos. Dios tenia reservada nuestra época para ser como la orilla en la cual estas olas, partidas de tan léjos, subidas á tal altura, henchidas hasta las nubes, debian venir á estrellarse, y darnos el espectáculo de su impotencia y de su inmundo ser. Nos ha parecido que era muy interesante el tomar acta de estas grandes

y curiosas advertencias, y el justificarlas y el recogerlas, antes que estas mismas olas que nos las han traido no vengan á llevárselas otra vez; antes que, para servirme de las valientes expresiones que me ofrece la Escritura santa, *el perro no haya vuelto á su vómito, — y la marrana lavada revolcarse en el cieno* [1].

¡Ojalá podamos haber contribuido algo á prevenir ese retorno fatal y vergonzoso, y á decidir la vuelta completa á la verdad, á la gloria y á la vida!

CAPÍTULO V.

CONCLUSION.

Hemos sondeado ya la llaga del Socialismo. Al través de largas vueltas y revueltas hemos reconocido que esta llaga partia del principio protestante, el cual, ahorquillándose en cierto modo, ó extendiéndose en varias puntas, produjo de una parte, bajo la accion progresiva del libre exámen, el *Naturalismo*, ó sea, el aniquilamiento completo del órden sobrenatural, y de su influencia en todo, en el órden religioso, filosófico, político y social; y de otra parte, el *Panteismo*, ó sea la divinizacion de la naturaleza humana en toda la perversidad de sus apetitos, por la confusion de lo finito y de lo Infinito, resultado inevitable de toda herejía.

El Naturalismo y el Panteismo, volviéndose á reunir, han concurrido despues de concierto á producir el Socialismo: el Naturalismo quitando á la sociedad sus fundamentos; el Panteismo desencadenando contra ella las pasiones humanas.

A este mal, tanto mas alarmante, en cuanto es el resultado de muchos siglos de devastacion moral, y la fuerza de destruccion que de tan léjos lo ha conducido no puede ser repelida hácia atrás, y para triunfar solo necesita el concurso natural de las cosas; á este mal, repito, hay sin embargo un remedio; un solo remedio

Este remedio es el bien, cuya negacion es el mal, y que felizmente se ha conservado frente á frente él en el mundo, nos ha

[1] *Canis reversus ad suum vomitum; et sus lota in volutabro luti.* (San Pedro, II, II, 22).

acompañado, no nos ha dejado en cierto modo en todos nuestros descarrios; como un amigo fiel, como un guardian del cielo, ha preferido sufrir él mismo todos nuestros furores antes que abandonarnos á ellos, y se presenta á nosotros, hoy, que por el exceso mismo de nuestros males le hemos conocido, cubierto todo de nuestras calumnias, cargado todo de nuestras violencias, todo desfigurado por nuestras prevenciones, pero alargándonos sus brazos, y pronto á recibirnos en ellos, á estrecharnos en su seno. y á regenerarnos en él.

Este amigo fiel, este bien soberano, este único remedio es el Catolicismo.

Nosotros le hemos reconocido, por oposicion misma al mal que hemos descrito, y como siendo su constante antinomía; de tal manera, que la conclusion misma que nos lleva á rechazar el mal, implica el retorno á este bien, cuya pérdida es el mismo mal.

Llegados á este punto, no obstante, hemos vacilado en reconocer este bien en sí mismo, y en fijarnos en él: nos ha parecido como siendo, ó como habiendo sido, cuando menos, el enemigo de la tolerancia, de las luces, hasta de las costumbres; es decir, en suma, de la civilizacion, de la cual no queremos ni podemos desprendernos, aun cuando sus bienes debiesen comprarse al precio de los males que nos amenazan.

Pero muy presto esta opinion desfavorable al Catolicismo, efecto inevitable del mal que combatia, y que para acreditarse contra él debió desfigurarle por la calumnia; esta opinion, repito, queda disipada en una rápida revision del proceso instruido por el Filosofismo contra la Iglesia; y refiriéndonos á un estudio mas profundo sobre esta grande cuestion, y limitándonos á tocarla someramente, hemos llegado no obstante á destruir con la mayor facilidad los puntos capitales de la acusacion intentada contra la Iglesia, y á volverlos victoriosamente contra su adversario.

Queda, pues, sentado que el Catolicismo ha sido el autor de la sociedad y de la civilizacion en lo pasado, así como es su única salud en lo presente: dos verdades íntimamente correlativas que no forman mas que una sola y misma verdad, porque la naturaleza de las cosas no cambia. Este pasado, además, que se le habia atrevido á disputar, y en el cual no se habia temido el ir á atacarle, se ha levantado para aplastar con un *mentís* á los acusadores temerarios, y publicar los beneficios, la podero-

sa actividad, la inspiracion civilizadora y la maternidad fecunda de la Iglesia. Hoy dia, en que la barbarie social es el término de la emancipacion del espíritu humano; en que un abismo abierto nos descubre el camino que allí nos ha conducido; y en que la misma decepcion nos ha restituido la vista, nos preguntamos atónitos, cómo ha podido formarse, establecerse y dominar por tan largo tiempo esta extraña paradoja: Que el mundo estaba retenido en las sombras de la barbarie por la Iglesia, y que solo sacudiendo su yugo ha podido salir de ellas. Esta es una de tantas ilusiones fatales, cuya fortuna se explica por esta facilidad prodigiosa que tiene el espíritu humano para engañarse á sí mismo en las cosas que pertenecen á las determinaciones de la voluntad con respecto á la fe, y que ciegan con frecuencia á toda una sociedad, á todo un siglo, como á los simples individuos, y que no cegarian á los individuos si no cegasen al siglo. Cuanto mas salgamos de esta ceguera del espíritu humano, de esta eclipse de la verdad en la cual entró el último siglo, y cuya duracion ha hecho toda su importancia, mas conocerémos la falsedad de este juicio, mas la verdad de la influencia civilizadora de la Iglesia se nos volverá á aparecer en toda su grandeza lógica é histórica, mas nos verémos llevados á *esa Piedra, en la cual hemos sido cortados, á esta* caverna *de la cual fuimos sacados* [1].

Falta empero ahora una última paradoja que disipar, una última verdad importante que decir.

La Iglesia ha reinado en lo pasado, ha florecido en la edad media; ella produjo entonces maravillas de creacion intelectual y moral que nos hacen aparecer aquella época como su personificacion. La justicia misma que se le debe acaba de atribuirla la gloria de aquella grande época, como de su mas natural y de su mas magnífica obra.

Si esto es así, ¿el retorno á la Iglesia habrá de ser el retorno á la edad media? El mundo, puesto de nuevo bajo la misma influencia, echado, por decirlo así, en el mismo molde, ¿no deberia tomar la misma forma, y reproducir la misma civilizacion? ¿Los tres siglos que se han sucedido despues, ¿serán tres siglos de extravíos, de los cuales debamos abjurar todos los resultados, todas las instituciones, todas las conquistas, y la humanidad tiene que retro-

[1] *Attendite ad Petram unde excisi estis, et ad Cavernam laci de qua praecisi estis.* (Isaias, LI, 1).

gradar trescientos años?.... Si así es, si la salud del mundo ha de comprarse á tal precio, ya está visto: no hay mas que cubrirnos la cabeza, y resignarnos á perecer, por cuanto esta condicion de nuestra salud es de todo punto imposible.

Nada puede darse de mas falso y de mas pérfido que esta manera de considerar la accion de la Iglesia y su resultado: contra tan funesto error nos levantamos con toda la fuerza de nuestro juicio y de nuestra conviccion.

Aun cuando nosotros quisiéramos volver á la edad media, la Iglesia no lo querria; pues no en lo pasado nos llama, sino en el porvenir, y no hácia atrás, sino hácia adelante nos tiende la mano para levantarnos del abismo; ó por mejor decir, no nos propone pasado ni porvenir, sino lo eterno; y como la eternidad es y será siempre sobre de nosotros, á elevarnos siempre mas y mas es á lo que atiende la Iglesia: *Et extolle illos usque in aeternum*, como canta en uno de sus mas bellos himnos. ¿Hemos llegado ya á la perfeccion de la moral evangélica? ¿la hemos superado? Y ¿seria retrogradar el dirigirnos hácia ella? Esta es la cuestion; pues el realizar en nosotros la perfeccion evangélica, es la mision, toda la mision de la Iglesia. *Id*, le ha sido dicho por una boca divina, *enseñad á todas* LAS NACIONES *á guardar todo lo que yo os he mandado. y para esto estaré con vos hasta el fin* DE LOS SIGLOS.

Todos los *siglos*, así como todas las *naciones*, han sido dadas por herencia á la Iglesia, pues lo que ella está encargada de operar en el mundo es de todos los tiempos, así como de todos los lugares, á saber, la justicia y la santidad, sin las cuales ni siglos ni naciones podrian vivir, y por las cuales viven siempre mas y mas.

Así vemos que la Iglesia se adapta maravillosamente á todos los tiempos como á todos los lugares para inspirarles la vida: ella los toma en su infinita diversidad, con su temperamento, sus instituciones y sus costumbres particulares, y realiza en ellos la perfeccion de este temperamento, de estas instituciones y de estas costumbres: en una república la perfeccion de una república; en la monarquía la perfeccion de una monarquía.

Ella obra en la duracion lo mismo que obra en el espacio: vémosla florecer igualmente en todas las latitudes y en todos los Gobiernos, en los Estados-Unidos como en Nápoles, en las Montañas-Peñascosas como en la corte de Luis XIV: asimismo en la dura-

cion, conviene igualmente á la edad media que á la edad moderna, al siglo décimonono como al siglo duodécimo.

¿Qué mas notable en esta parte que la manera con la cual se verificó su establecimiento? Jesucristo, los Apóstoles, los primeros Cristianos tomaron el mundo romano tal como estaba; ni una sola de sus instituciones fue por ellos atacada, ni aun censurada, á excepcion de la sola idolatría: á todo lo demás se acomodaron, y no tenian otra mira que inspirar en todo el Cristianismo. Hasta los Cristianos eran los mejores súbditos del Emperador, los mejores soldados, los mejores senadores, los mejores esclavos. ¿Por qué esto? Porque eran los mejores hombres siendo cristianos, y porque los mejores hombres serán siempre los mejores ciudadanos, los mas solícitos, los mas servidores, los mas sociables. Una carta de san Pablo nos presenta el notable y tierno pasaje de un esclavo, huyendo del castigo de su señor, y vuelto á enviar á este por el Apóstol. El derecho del señor queda ileso: ved tan solo como el espíritu cristiano, el espíritu de caridad lo purifica y lo transfigura: «Yo os lo envio, y os suplico que lo recibais como «á mis entrañas... no ya como mero siervo, sino como quien de «siervo ha venido á ser como uno de nuestros muy amados her«manos. Si os hizo algun daño, apuntadlo á mi cuenta... Yo Pa«blo os lo escribo de mi puño, yo os lo pagaré...» *(Epist. á Filemon)*. De este modo hasta el Paganismo era respetado: tan solo el espíritu cristiano, como un flúido divino, venia atravesando sus instituciones y transformarlas; y aún doscientos años despues vemos el curioso fenómeno de este edificio pagano enteramente en pié, bien que compuesto de cristianos: «Nosotros lo llenamos to«do, escribia entonces Tertuliano, vuestras ciudades, vuestras is«las, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros consejos, vues«tras tribus, vuestros ejércitos, el palacio, el senado, la plaza pú«blica: no os dejamos mas que vuestros templos.» *(Apologético)*.

Seguramente que, si las instituciones nacidas del Paganismo eran conservadas y ejercidas por cristianos, ¿con cuánta mayor razon puede verificarse esto con las instituciones de nuestro siglo, que han nacido del Cristianismo?

En efecto el Cristianismo, la Iglesia, despues de la invasion de los bárbaros, tuvo que crear un nuevo mundo; y entonces fue cuando nos engendró, y cuando empezó la grande obra de la civilizacion moderna. Esta obra, á diferencia de la que obra en los

indivíduos con mayor rapidez, porque su vida es mas corta, debia ser sucesiva y gradual. La Iglesia es para la humanidad cristiana como un celeste pedagogo, que cambia y diversifica sus métodos, segun la edad y el progreso del discípulo que debe educar. Su doctrina es inmutable, porque es divina, y necesariamente acabada; pero el progreso del discípulo en esta doctrina es sucesivo é indefinido; y por esto los métodos, los procedimientos empleados por el preceptor para hacer adelantar el discípulo, deben cambiarse y graduarse segun este progreso. Así vemos á la Iglesia á la vez inmutable en lo que tiene el encargo de enseñar y de hacer practicar, y muy variable en el empleo de los instrumentos y de los medios de que se sirve á este efecto, y que constituyen su relacion con el mundo. Esta fecundidad de recursos, esta infinita diversidad y esta flexibilidad de medios, es asimismo una de las cosas mas maravillosas que presenta la historia de la Iglesia, con su inflexibilidad en el objeto de su enseñanza; encontrándose completamente en ella aquel doble carácter de la divina Sabiduría que la inspira: *Attingit à fine usque in finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* (La Sabiduría, VIII, 1).

Es ignorar completamente la historia de la Iglesia el inmovilizar sus relaciones con la civilizacion, por lo que fue en la edad media. La Iglesia ni nos ha dejado en la edad media, ni nos ha tomado en ella. Otros eran sus medios de accion antes, otros han sido despues. La edad media no ha sido sino una de las fases de la educacion cristiana de la humanidad. Esta educacion se ha proseguido despues, y se proseguirá hasta la fin del mundo, pues por respecto á la perfeccion evangélica, el mundo estará siempre *para educar*. La falta del Protestantismo, la falta del Filosofismo, la falta de todas las inteligencias cuya capacidad circunscribe el orgullo, es creer que la humanidad puede acá en la tierra emanciparse de la enseñanza divina, así como semejantes descarríos son útiles en cuanto prueban la necesidad de esta enseñanza, por los delirios y los crímenes en que muy pronto se precipitan.

Por mas que hayan causado una considerable turbacion en la marcha de la humanidad y en la obra de la Iglesia, el desarrollo de la civilizacion ha ido prosiguiendo despues, bajo la misma influencia que la habia empezado; y en verdad que el siglo décimoséptimo fue de ella un precioso fruto, y puede darnos la idea de lo que hubiera sido esta civilizacion, si se hubiese igualmente des-

plegado en todos los puntos, y si no hubiese sido retardada y desviada como lo fue por el siglo de trastornos y errores que llevó consigo el Protestantismo.

Hasta el siglo décimoctavo, en que el Protestantismo convertido en Filosofismo consumó esta obra de desquiciamientos y de errores, cuyas desastrosas consecuencias estamos nosotros sufriendo, el siglo décimoctavo nos presenta el efecto de esta educacion progresiva de la humanidad por la Iglesia, que constituye la civilizacion. Todos estos grandes principios, en efecto, de justicia, de humanidad, de libertad, de igualdad, de tolerancia, aplicados al órden civil y político, y que se ha convenido en llamar las *conquistas del 89*, deben ser referidos al Cristianismo y al Catolicismo, salvo empero sus excesos y sus falsas aplicaciones: «Yo no sé por qué, «decia muy bien Juan Jacobo, se quiere atribuir al progreso de la «Filosofía la bella moral de nuestros libros. Esta moral, sacada «del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica.» *(Tercera carta de la Montaña)*. Añadamos que ella era católica antes de ser protestante, y que ha perdido su virtud, y que hasta se ha vuelto funesta, pasando á protestante y filosófica. El Filosofismo no ha hecho de esta moral otro uso, como hemos visto, que volverla contra el dogma católico, único que puede alimentarla; *ha hecho cocer el cabrito en la leche de su madre;* y con esto ha hecho peor que si hubiese negado la moral con el dogma, pues no la ha exaltado, sino para destruirla mejor en su principio, y con ella toda civilizacion, y hasta para convertirla en instrumento de barbarie. — Los efectos justifican asaz este juicio.

De ahí resulta que nosotros hemos presentado, y estamos presentando aun, el extraño espectáculo de una sociedad, cuyas instituciones todas suponen el Cristianismo, el Catolicismo, son su fruto mas avanzado, y funcionan contra el Cristianismo y el Catolicismo. Protestantes hay que predican la autoridad, Filósofos la caridad, Ateos la Providencia, y todos hablan un lenguaje que no comprenden; manejan un instrumento que los hiere, hacen mover una máquina al revés.

Esta es, no hay que dudarlo, la causa, la grande causa de nuestra impotencia y de nuestra decadencia, que, si continúa, nos hará retrogradar, no de trescientos años solamente, sino de mil ochocientos años.

El Catolicismo solo puede realzarnos y hacernos adelantar, por-

que solo él puede introducir esta armonía que falta entre el juego y el espíritu de nuestras instituciones. Volviendo á entrar en ellas, léjos de serles extraño, y mucho menos hostil, no hará mas que encontrarse otra vez á sí mismo, y tomar otra vez su inmortal tarea de perfeccionamiento social, tan desgraciadamente turbada, profanada y pervertida por nuestras revueltas.

¡Ojalá la sociedad entera, instruida de su descarrío en la escuela de sus desgracias, comprenda por fin sus causas, y su único refugio! Este descarrío empezó en el siglo décimosexto por el Protestantismo. Hijo pródigo del Catolicismo, vino á pedir á su padre su legítima de fe y de Cristianismo, protestando contra la santa autoridad que le guardaba su depósito y que le dispensaba sus frutos; y partió, alejándose de la Iglesia, y á medida que se alejaba, gastando, disipaba su fe en todos los desvíos y todos los excesos del libre exámen. Su descarrío, tomando cuerpo, vino á ser el de la sociedad entera, la cual, á instigacion suya, ávida de gobernarse por sí propia, se emancipó del Cristianismo, llevándose consigo todos estos grandes principios de justicia, de libertad, de igualdad, de humanidad, de tolerancia, que eran como su legítima, pero que ella disipó asimismo en todas las orgías de la razon, prostituida á todas las brutales pasiones, á todos los salvajes instintos. Y no obstante, despues de todos estos grandes excesos, los recursos de la sociedad no quedaron todavía enteramente agotados. La fe habia perecido en los indivíduos, pero sobrevivia aun para la sociedad en este fondo comun de creencias generales y de principios morales, restos del Cristianismo, y que componian como la sustancia social. Pero esta reserva, á la que nada mas alimentaba, fue audazmente atacada por el Racionalismo, y desapareció por fin enteramente. Entonces fue cuando se vió reducida la sociedad, para subsistir, á someterse á los mas impuros sistemas, y descender al Fourierismo y al Comunismo, envidiando las costumbres fanerogamas, y aspirando á no tener otra ley que la que gobernaba la isla de Circe. Llegada á este último fondo de miseria, abandonada á todos los apuros y á todas las malas sugestiones del hambre, habiendo enteramente disipado la verdad, y habiendo por esto mismo apurado el error, la sociedad, en fin, ha vuelto á entrar en sí misma, ha sondeado la profundidad de su abatimiento, ha abierto los ojos sobre su estado, y volviéndolos despues *hácia la casa de su Padre*, se ha dicho á sí misma: *Yo me levantaré*, yo volveré á

aquel que me hizo, al Catolicismo, de donde he salido: *¡yo iré hácia mi Padre!*

¡Resolucion feliz! ¡feliz retorno! Para ilustraros, para decidiros, hemos escrito este libro, que dirigimos á nuestros hermanos; — á los Protestantes, ante todo, los primeros pródigos, y que por la responsabilidad que han asumido y que continúan en asumir sobre sí, profesando el mismo principio de la rebelion, deben comprender que hay para ellos una doble obligacion, personal y social, de dar tambien los primeros el ejemplo del retorno; — á los Católicos que no han perdido la fe, pero que no conforman á ella sus obras, y que son menos excusables y mas peligrosos porque la desmienten públicamente en un tiempo en que importa mas que nunca que cada cual cumpla con su deber; — á los Católicos que han dejado extinguir esta fe, y que deben tanto mas proponerse la cuestion religiosa, y resolverla, en cuanto es ella la cuestion social, la cuestion pública de vida y de muerte á la cual todo hombre honrado no puede quedar indiferente ni extraño; — á los Católicos hostiles á la fe, que, en diversos grados, la han atacado, y que, ilustrados por la experiencia del error, y teniendo que reparar los estragos por ellos causados, deben una cuenta mas rigorosa de su vida á la sociedad. Plegue al cielo, en fin, que esta sociedad, toda enteramente, penetrada de la gravedad de una situacion tan extrema, se levante como un solo pródigo, y se ponga en marcha hácia el Catolicismo, hácia el Padre comun.

No tema, no, su acogida, y no espere hallar en él las exigencias y las pretensiones de otra edad. Se le mostrará lleno de consideraciones y de ternuras. Ni le acusará, ni aun le dejará que se acuse; sino que, cubriendo su miseria con el manto mismo de la inocencia, la tratará con aquel pudor que conviene al reconocimiento, con aquella confianza que es debida al arrepentido, con aquella latitud y aquella libertad que son como el derecho del amor ilustrado por la experiencia.

¡Y nosotros, primogénitos de la familia, que por una gracia especial no hemos dejado la casa paterna, léjos de nosotros aquel humor intolerante y esquivo con que el primogénito de la parábola contristó el gozo del retorno! Seamos mas bien los primeros en allanarla y anticiparla, tendiendo la mano á nuestros hermanos, y dirigiéndoles estas palabras de sublime ternura, que en una

situacion enteramente igual la caridad católica inspiró ya hace tiempo á san Agustin:

Tollatur paries erroris, et simul simus. Agnosce me fratrem: agnosco te fratrem, sed excepto schismate, excepto errore, excepta dissentione. Haec corrigatur, et meus es. Annon vis esse meus? Ego, si te corrigas, volo esse tuus. Ego, sublato errore de medio, tamquam pariete maceriae contradictionis et divisionis, esto frater meus, et ego sim frater tuus, ut ambo simus ejus, qui Dominus est et meus et tuus. (Serm. 358. à Carth. ante collat. 2, cum Donatistis).

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

PÁG.

Prólogo del Traductor. 7
Prefacio del Autor. 15

INTRODUCCION.

EXÁMEN DEL ESCRITO DEL SEÑOR GUIZOT.

Capítulo I. — Cítase el opúsculo del Sr. Guizot. 23
Capítulo II. — Análisis del escrito del Sr. Guizot. 40
Capítulo III. — Discusion. 48
Capítulo IV. — Que no puede haber distincion sino entre los discípulos de la autoridad y los partidarios del libre exámen. 49
Capítulo V. — El principio de autoridad en religion no puede recibir la menor disminucion del principio de la libertad. 54
Capítulo VI. — La alianza que propone el Sr. Guizot entre los discípulos de la autoridad y los partidarios del libre exámen es tan falsa en su principio como quimérica en su objeto. 67

LIBRO PRIMERO.

DEL PROTESTANTISMO EN SU RELACION CON EL SOCIALISMO POR EL NATURALISMO.

Capítulo I. — Fisiología de la Iglesia católica. 87
Capítulo II. — Desórden traido por el Protestantismo en la accion civilizadora de la Iglesia: su originaria relacion con el Socialismo. 98
Capítulo III. — Marcha del Protestantismo: su paso al Filosofismo. 111
Capítulo IV. — El Filosofismo y la revolucion. 128
Capítulo V. — De la situacion creada á la propiedad por la revolucion. 144
Capítulo VI. — Soluciones del Filosofismo sobre la cuestion social. 150
Capítulo VII. — Del Naturalismo: relacion que este establece entre el Protestantismo y el Socialismo. 159

LIBRO SEGUNDO.

RELACION DEL PROTESTANTISMO CON EL SOCIALISMO POR EL PANTEISMO.

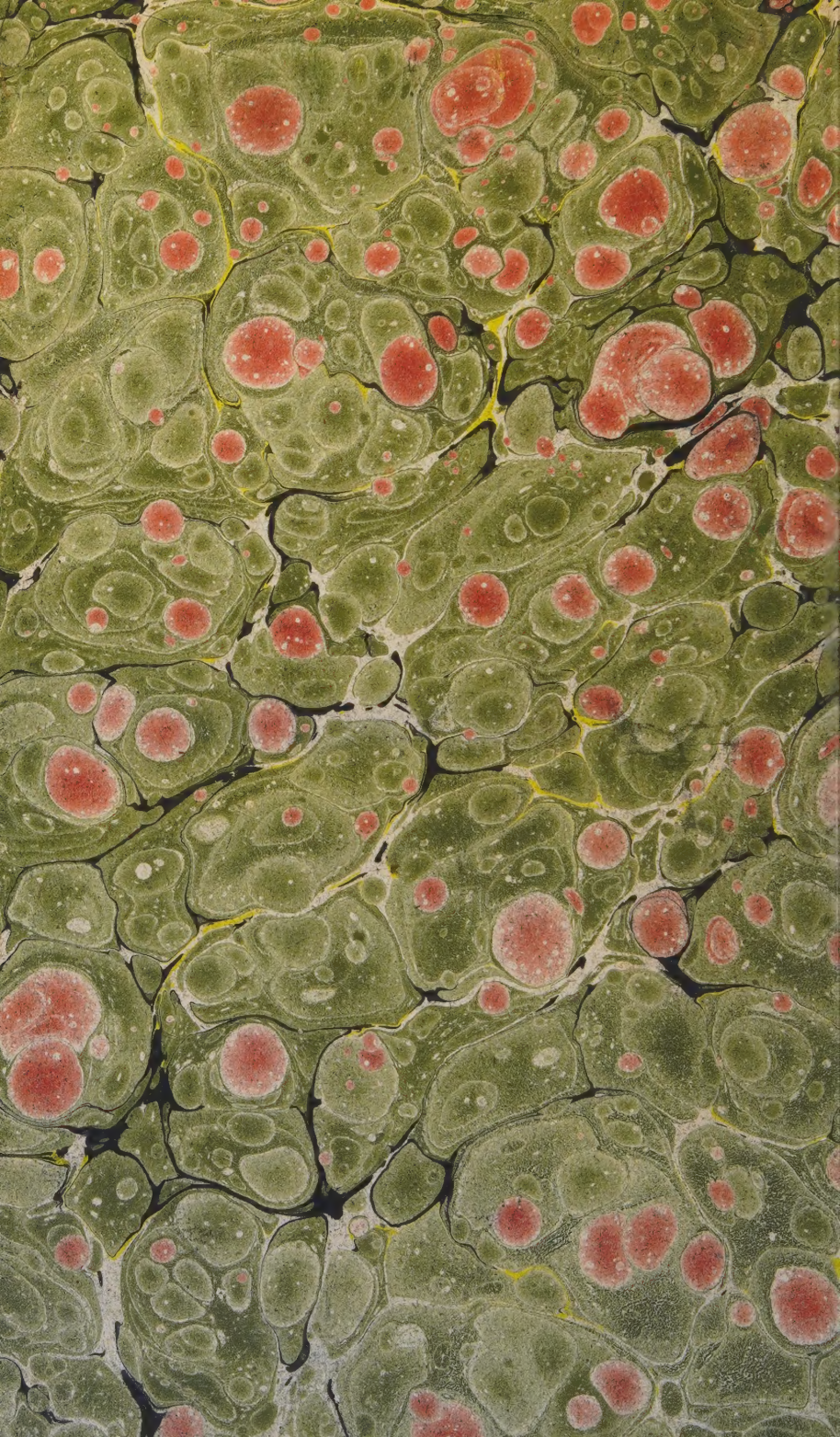
CAPÍTULO I. — Elevacion del estado llano, ó de la ciudadanía. 179
CAPÍTULO II. — Nacimiento del Racionalismo; su márcha rápida hácia el Panteismo. 185
CAPÍTULO III. — Panteismo y Cristianismo; consecuencias sociales. 199
CAPÍTULO IV. — De las herejías en su relacion con el Panteismo y el Comunismo. — Herejías del primer período. 217
CAPÍTULO V. — Herejías del segundo período. 228
CAPÍTULO VI. — Herejías del tercer período. 244
CAPÍTULO VII. — Herejías del cuarto período. 272
CAPÍTULO VIII. — Paso definitivo del Protestantismo al Panteismo. 284
CAPÍTULO IX. — Relacion final del Protestantismo con el Socialismo. 296

LIBRO TERCERO.

DEL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACION.

CAPÍTULO I. — Estado de la cuestion. 315
CAPÍTULO II. — Del Protestantismo con respecto á la tolerancia. 321
CAPÍTULO III. — Del Protestantismo con respecto á las luces. 332
CAPÍTULO IV. — Del Protestantismo con respecto á las costumbres. 387
CAPÍTULO V. — Conclusion. 427

FIN DEL ÍNDICE.



335
N 31

Nicolas Augusto
AUTHOR
Del Protestantismo Con El
TITLE socialismo